STEPHEN BAXTER



EVOLUCIÓN

ePUB

Hace sesenta y cinco millones de años, la extinción de los dinosaurios fue el primer paso hacia el futuro de nuestros primitivos antepasados. Desde los primeros homínidos al homo sapiens, la humanidad se ha enfrentado a la lucha por perpetuarse y por alcanzar la supremacía sobre las demás especies. Pero, en el año 2031, el mundo está al borde de la destrucción. El devastador calentamiento global amenaza el futuro del planeta Tierra, los bosques arden fuera de control y la polución deteriora de forma imparable las condiciones de vida.

Cuando el enorme volcán Rabaul se vuelve activo, la misma especie humana entra en peligro de extinción. Y, mientras tanto, lejos de la Tierra los robots marcianos empiezan a replicarse y a perpetuarse a sí mismos.

¿Será definitivo el declive de la especie humana? ¿Son los robots de Marte el nuevo paso en la evolución?

OceanofPDF.com

eBooks con estilo

Stephen Baxter

Evolución

ePUB v1.0
Superpollo1968 16.02.12

más libros en epubgratis.me

OceanofPDF.com

Título original: Evolution
Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano
© 2002, Stephen Baxter
1.a edición: noviembre 2004
ISBN: 978-84-9800-051-1
La Factoría de Ideas

OceanofPDF.com

A Sandra, una vez más
y
Al resto de nosotros,
Con la esperanza de largas perspectivas

OceanofPDF.com

«Juzgando por el pasado, podemos deducir con seguridad que ninguna especie viva transmitirá a su futuro lejano su semejanza inmutable. Y de las especies que ahora viven, muy pocas serán las que transmitan progenie de alguna clase a un futuro lejano.”

—Charles Darwin en *El origen de las especies por medio de la selección natural* (1859) o *La preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida.*

OceanofPDF.com

Prólogo

Mientras descendía hacia Darwin, el avión penetró en una densa nube de humo negro. Las ventanas se oscurecieron de repente, bloqueando la luz estival de Autralasia, y los motores protestaron. Joan había estado hablando en voz baja con Alyce Sigurdardottir. Pero en ese momento, al sentir la incómoda tensión del cinturón sobre el vientre, se movió en su asiento. Era un avión espacioso y confortable, en el que hasta los asientos de clase turista estaban organizados en grupos de cuatro o seis alrededor de pequeñas mesas, unas condiciones muy diferentes a las que recordaba Joan de una infancia pasada viajando por el mundo con su madre, una paleontóloga, en aviones que parecían transportes de ganado. En el año 2031, una época agitada, la gente que viajaba no era demasiado numerosa, y aquellos que lo hacían tenían garantizado un poco más de confort.

De repente, al sentir el roce del peligro, cobró consciencia del lugar en el que se encontraba y de la gente que la rodeaba.

Observó a la chica que se sentaba frente a Alyce y ella. La chica, que a primera vista parecía rondar los catorce años, tenía un aparato plateado pegado a la oreja y había estado viendo en la pantalla imágenes de la nave de Marte. Incluso allí, a diez mil metros sobre el mar de Timor, estaba conectada a la red electrónica que unía a la mitad de la población del planeta, inmersa en ruido e imágenes relucientes y danzarinas. Su pelo era de un color azul pálido... puede que aguamarina. Y sus ojos eran de un brillante naranja, el mismo color del polvo marciano que llenaba la pantalla.

Sin duda, pensó Joan con amargura, tendría muchas otras «mejoras» menos visibles. Sumergida en el capullo de su propia consciencia expandida, la chica no había notado siquiera la presencia de las dos mujeres de mediana edad que se sentaban frente ella. Su única reacción había sido un leve movimiento de los ojos al ver la figura de Joan, mientras se sentaba, que Joan había podido leer como si fuese un libro abierto: *¿Embarazada a esa edad? Puaj...*

Pero mientras el avión descendía trabajosamente por el cielo lleno de nubes, la chica, distraída por un momento de su burbuja de alta tecnología, había vuelto la mirada hacia la oscuridad de la ventana, y la inmaculada tez de su frente se había arrugado. Puso cara de temor... un temor bien justificado, pensó Joan. Toda su perfección genética no valdría un céntimo si el avión se estrellaba. Joan sintió una punzada de malicia, de una envidia absolutamente inapropiada en una mujer de treinta y cuatro años. *Sé adulta, Joan. Todo el mundo, enriquecido genéticamente o no, necesita contacto humano. ¿No es ese el argumento central de tu conferencia, que el contacto humano va a salvarnos a todos?*

Se inclinó hacia la chica y extendió la mano.

—¿Te encuentras bien, querida?

La chica esbozó una sonrisa llena de unos dientes tan blancos que casi resplandecían.

—Estoy bien. Es que... ya sabe, el humo. —Tenía el acento nasal de la costa oeste de los Estados Unidos.

—Incendios —dijo Alyce Sigurdardottir, mientras su rostro curtido se plegaba en una sonrisa. La primatóloga era una mujer esbelta de unos sesenta años, pero las arrugas de su cara le hacían parecer mayor—. No es nada más que eso. Los incendios estacionales de Indonesia y de la costa este de Australia. Hoy en día duran meses, todos los años.

—Oh —dijo la chica. No parecía muy aliviada—. Pensé que podía ser Rabaul.

Joan dijo:

—¿Y tú sabes algo de Rabaul?

—Lo que todo el mundo —dijo la chica con un deje de presunción en el tono de voz—. Es una enorme caldera volcánica en Papúa Nueva Guinea. Al norte de Australia, ¿verdad? El siglo pasado sufría pequeños terremotos y erupciones cada dos años, más o menos. Y en las dos últimas semanas ha habido terremotos de magnitud uno en la escala Richter casi todos los días.

—Estás bien informada —dijo Alyce.

—Me gusta saber adónde voy.

Joan asintió y reprimió una sonrisa.

—Muy sensata. Pero Rabaul no ha sufrido una erupción importante desde hace casi mil años. Sería una auténtica desgracia que ocurriera precisamente cuando tú estás a pocos cientos de kilómetros, eh...

—Bex. Bex Scott.

Bex —¿de Rebecca?— Scott. Pues claro. Alison Scott era una de las participantes más destacadas de la conferencia, una programadora genética a la que adoraban los medios de comunicación y que tenía varias hijas preciosas y manipuladas genéticamente.

—Bex, en serio, el humo del exterior es cosa de los incendios. No estamos en peligro.

Bex asintió pero Joan se dio cuenta de que no estaba del todo convencida.

—Bueno —dijo con voz animosa—, si vamos a achicharrarnos en una caldera volcánica, será mejor que nos conozcamos primero. Me llamo Joan Useb. Soy paleontóloga.

Bex dijo:

—¿Una cazadora de fósiles?

—Más o menos. Y esta señora...

—Me llamo Alyce Sigurdardottir. —Alyce extendió una mano muy esbelta —. Encantada de conocerte, Bex.

—Perdonad, pero tenéis unos nombres bastante raros —dijo Bex, mirándolas fijamente.

Joan se encogió de hombros.

—Useb es un nombre San... o su versión inglesa. El auténtico es mucho más difícil de pronunciar. Mi familia tiene profundas raíces en África... muy

profundas.

—Y yo —dijo Alyce— soy de padre americano y madre islandesa. Un romance militar. Es una larga historia.

Joan dijo:

—Vivimos en un mundo mezclado. El hombre ha sido siempre una especie vagabunda. Los nombres y los genes están dispersos por todas partes.

Bex miró a Alyce con el ceño fruncido: —Me suena tu nombre. ¿Chimpancés? Alyce asintió.

—He seguido parte del trabajo de Jane Goodall. Joan dijo:

—Alyce forma parte de una larga línea de importantes primatólogas... Siempre me he preguntado por qué es un campo en el que destacan las mujeres. Alyce sonrió.

—Eso es generalizar un poco, ¿no, Joan? Pero... bueno, los estudios sobre el comportamiento de los primates en el medio salvaje requieren... requerían décadas de observación, porque eso es lo que los animales tardan en vivir sus vidas. Así que hace falta paciencia y capacidad de observar sin interferir. Puede que estos sean rasgos femeninos. O puede que lo que nos guste sea escapar de las jerarquías masculinas del mundo académico. La jungla es bastante más civilizada.

—No obstante —dijo Joan—, es una tradición consolidada. Goodall, Birute Galdikas, Dian Fossey...

—Soy la última de una especie en extinción.

—Como tus chimpancés —dijo Bex con sorprendente brutalidad. El silencio de las dos mujeres la hizo sonreír—. Han desaparecido de la jungla, ¿no? Destruidos por el cambio climático.

Alyce sacudió la cabeza.

—En realidad no. El culpable fue el comercio de carne animal. Sin prodigarse demasiado en detalles le contó que hacia el final, mientras ella estaba trabajando en Camerún, los madereros se habían abierto camino hacia el corazón de las junglas tropicales, seguidos por los cazadores.

—¿Pero eso no es ilegal? —preguntó Bex—. Pensaba que todas esas especies antiguas estaban protegidas.

—Por supuesto que era ilegal. Pero la carne equivale a dinero. Oh, los nativos siempre han cazado monos. La carne de gorila era una comida muy prestigiosa. Si tu suegro venía de visita, no podías darle pollo. Pero cuando llegaron los madereros de Europa, la cosa empeoró mucho. La carne de mono se puso de moda.

La teoría del agujero negro de la extinción, pensó Joan. Toda vida, toda ella, desaparece en última instancia en los agujeros negros que los seres humanos tienen en el centro de la cara. Pero, ¿qué sería lo siguiente? *¿Seguiremos abriéndonos camino a mordiscos por el gran árbol de la vida hasta que no quede nada más que nosotros y las algas?*

—Pero —dijo Bex en una demostración de sensatez—, en los zoológicos sigue habiendo gorilas y chimpancés, ¿verdad?

—No todas las especies lo consiguieron —dijo Alyce—. Incluso aquellas que sí conseguimos salvar, como los chimpancés comunes, no se reproducen bien en cautividad. Son demasiado listos. Mira: los chimpancés son nuestros parientes vivos más cercanos. En la jungla vivían en familias. Utilizaban herramientas. Libraban guerras. Kanzi, el chimpancé que logró aprender un lenguaje de signos sencillo, era un chimpancé bonobo. ¿Has oído hablar de él?... Pues ahora los bonobos se han extinguido. Extinguido. Eso significa que han desaparecido para siempre. ¿Cómo podemos llegar a comprendernos si nunca hemos llegado a comprenderlos a ellos? Bex estaba escuchando educadamente pero parecía un poco distante. Se había criado con discursos como aquel, pensó Joan. Para ella debían de significar poco o nada, ecos de un mundo desaparecido antes siquiera de que ella hubiera nacido.

Alyce se apartó y en su rostro se dibujó una antigua frustración. Y, mientras tanto, el avión siguió avanzando a ciegas por el cielo inundado de humo.

Para romper la pequeña tensión creada —no había pretendido darle lecciones a la chica, solo distraerla— Joan cambió de tema.

—Alyce estudia criaturas que están vivas. Pero yo estudio a los seres del pasado...

Aquello pareció interesar a Bex y, en respuesta a sus preguntas, Joan le contó que había seguido el ejemplo de su propia madre y que su trabajo se había desarrollado principalmente en los desiertos de Kenia.

—La gente no deja muchos fósiles, Bex. Tardé varios años en aprender a encontrar esos fragmentos diminutos en el suelo. Es un mal lugar para trabajar, seco como un sarmiento, un lugar en el que todos los arbustos tienen espinas para impedir que les robes el agua... Y después de eso regresas al laboratorio y pasas los siguientes años analizando los fragmentos, tratando de descubrir más sobre cómo vivía aquel hom de hace un millón de años, cómo murió y quién era.

—¿Hom?

—Perdona. Homínido. Jerga profesional. Los homínidos son las criaturas más próximas al hombre que los chimpancés: los pitecinos, el *Homo erectas,* los Neandertales...

—¿Y todo eso lo sacas de unos trozos de hueso?

—Todo sale del hueso, sí. ¿Sabes?, tras varios siglos de trabajo, no hemos desenterrado más que dos mil individuos de nuestra prehistoria: dos mil personas, nada más, de los miles de millones que nos precedieron en la oscuridad. Y a partir de ese puñado de huesos hemos tratado incluso de inferir la enrevesada historia de la humanidad y de las especies precursoras, desde los tiempos del cometa que aniquiló a los dinosaurios... —Y sin embargo, pensó con nostalgia, a falta de una máquina del tiempo, la paciente labor de la arqueología era lo único que había, la única ventana al pasado.

Bex estaba volviendo a parecer distante.

Joan recordó un viaje que había hecho a Hell Creek, Montana, cuando tenía la edad de aquella chica, trece o catorce. Su madre trabajaba allí porque era un famoso campo de restos de dinosaurios. Allí podían encontrarse pruebas del tremendo acontecimiento que había puesto fin a la era de los dinosaurios, en las rocas, en una capa de arcilla gris más pequeña que su mano. Era la arcilla que marcaba la frontera entre el Cretácico y el Terciario, el material que se había posado los primeros años tras el impacto. Estaba llena de ceniza, el detrito de un desastre colosal.

Y debajo de aquella arcilla, un día, su madre había encontrado un diente.

—... Joan, esto no es solo un diente. Creo que es un diente de *Purgatorius.*

—¿Qué?

Su madre era grande, estaba acalorada y tenía el rostro cubierto de una película de polvo y sudor.

—Un *Purgatorius.* Un mamífero de la era de los dinosaurios. Estaba justo debajo de la arcilla fronteriza.

—¿Todo eso puedes averiguarlo con un solo colmillo?

—Claro. Míralo. Es una pieza precisa de ingeniería dental, resultado de ciento cincuenta millones de años de evolución. Verás, está todo relacionado. Si eres mamífero, necesitas dientes especializados para poder desgarrar la carne más deprisa, porque tienes que alimentar un metabolismo más rápido. Pero si tu madre da leche, no necesitas los dientes definitivos desde el principio. Las herramientas especializadas crecen más adelante. ¿Nunca te habías preguntado por qué tienes dientes de leche?... Joan, esto va a importarle a mucha gente. ¿Sabes por qué? Porque es un primate. Este pequeño fragmento podría ser lo único que queda de nuestro antepasado más antiguo... nuestro y de todo el mundo... y de los chimpancés, los gorilas, los lémures...

Y así continuaba. El discurso habitual de la gran profesora Useb. Con trece años, a Joan le interesaban bastante más los espectaculares cráneos de dinosaurio que un pequeño e insignificante diente como aquel. Pero sin embargo, había algo en ello que se había grabado en su mente. Y al final, momentos como aquel eran los que habían dado forma a su vida.

—... Este es el argumento principal de la conferencia, Bex —estaba diciendo Alyce—. Es una síntesis. Queremos reunir a los mayores expertos, la gente que mejor sabe cómo hemos llegado aquí, nosotros los humanos. Queremos contar la historia de la humanidad. Porque ahora tenemos que decidir cómo vamos a enfrentarnos con el futuro. Nuestro tema es: «La globalización de la empatía».

Era cierto. El auténtico propósito de la conferencia, conocido solo por Joan, Alyce y unos pocos colegas, era fundar un nuevo movimiento, establecer una nueva forma de pensar. Una nueva visión, que tal vez pudiese evitar las extinciones provocadas por el hombre.

Bex se encogió de hombros.

—¿Crees que alguien va a escuchar a un puñado de científicos? No te ofendas, pero nadie lo ha hecho hasta la fecha.

Joan se obligó a sonreír.

—No me ofendo. Vamos a intentarlo de todos modos. Alguien tiene que hacerlo.

—Pero todo eso ya no tiene sentido, ¿no? Me refiero a la arqueología.

Joan frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Bex se tapó la boca con una mano.

—No pienso decir nada más. Mi madre se pondría furiosa. —Sus ojos marcianos brillaban con fuerza.

Alyce se había ensimismado de nuevo. Su mirada estaba perdida en los ardientes rescoldos de los incendios, situados a mil kilómetros de allí.

Supongamos que te introduzco en esos estratos, que damos marcha atrás en el tiempo, le había dicho su madre a Joan. *Después de solo cien mil años, perderías esa bonita frente alta que tienes. Tus piernas erguidas habrían desaparecido después de cuatro o cinco millones de años. La cola volvería a crecerte después de veinticinco millones de años. Después de treinta y cinco perderías tus últimos rasgos humanoides, como por ejemplo los dientes. No serías más que un mono, pequeña. Y luego seguirías menguando. Cuarenta años después parecerías un lémur. Y finalmente...*

Finalmente sería un minúsculo roedor, corriendo para ocultarse de los dinosaurios.

Algunas veces le habían dado permiso para dormir al raso, en el aire fresco de los páramos. El cielo de Montana era enorme y estaba abarrotado de estrellas. La Vía Láctea, visión lateral de una gigantesca galaxia en espiral, era una autopista que cruzaba el firmamento. Se tumbaba mirando al cielo e imaginaba que la rocosa Tierra había desaparecido, con su

cargamento de fósiles y todo, y que estaba flotando en el espacio. Se preguntaba si aquella pequeña alimaña, aquel *Purgatorias*, habría visto el mismo cielo. ¿Nadaban las estrellas por el cielo hacía sesenta y cinco millones de años? ¿Giraba la galaxia como una enorme peonza en la noche?

Pero hoy, pensó, el humo del volcán habría ocultado las estrellas.

OceanofPDF.com

Libro Uno

ANCESTROS

OceanofPDF.com

1

Sueños de dinosaurio

MONTANA, AMÉRICA DEL NORTE,
C. 65 MILLONES DE AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

I

Al llegar al borde del claro, Purga salió reptando de un denso helechal. Era de noche, pero había muchísima luz... no de la Luna, sino del cometa cuya espectacular cola se extendía sobre el despejado cielo, apagando todas las estrellas salvo las más brillantes.

Aquel pedacito de bosque se encontraba en una amplia cuenca superficial, entre las montañas volcánicas que se elevaban al oeste —las montañas que un día se convertirían en las Rocosas— y las llanuras Apalaches al este. Aquella noche, la húmeda atmósfera estaba muy clara, pero a menudo llegaban neblinas y nieblas desde el sur, nacidas en el gran mar interior que todavía cubría las profundidades del corazón de

Norteamérica. El bosque estaba dominado por plantas capaces de extraer humedad del aire: las nudosas espaldas de los árboles de araucaria estaban tapizadas de líquenes y hasta los bajos arbustos de magnolia rezumaban moho. Era como si alguien le hubiese dado al bosque una gruesa capa de pintura verde.

Pero por todas partes las hojas estaban marchitas, y el moho y los helechos habían adquirido una tonalidad parduzca. Las lluvias, emponzoñadas por los gases de las grandes convulsiones volcánicas que se producían al oeste, habían sido terribles para las plantas y los animales. No era una época saludable.

Sin embargo, en el claro, los dinosaurios soñaban.

Cubiertos por el resplandor del rocío nocturno que pintaba su amarillenta coraza, los anquilosaurios habían formado un círculo defensivo, con las crías en el centro. En el suave aire del Cretácico, aquellos gigantes de sangre fría se erguían como tanques en reposo.

A la luz lechosa, los grandes y negros ojos de Purga se habían clavado en una polilla. El insecto descansaba sobre una hoja, con las alas marrones plegadas, grueso y complaciente. Con un eficiente salto, Purga atrapó la presa entre las zarpas. Le arrancó las alas con un par de mordiscos de los diminutos incisivos. Entonces, con un sonido parecido al de un mordisco en una manzana diminuta, empezó a devorar con deleite el abdomen de la polilla. Por un breve momento, con la boca llena de comida, Purga encontró un jirón de felicidad en su peligrosa y complicada vida.

La polilla, cuya consciencia fugaz, era incapaz de recordar demasiado dolor, murió casi instantáneamente.

Una vez consumido el insecto, Purga volvió a ponerse en marcha. No había hierba en el suelo —las plantas herbáceas todavía no dominaban la Tierra—, pero sí un tapiz verde de helechos bajos, moho, agujas de pino, belchos y semillas de conífera, e incluso unas pocas y extravagantes flores de color púrpura. Entre aquella espesura, escabulléndose de escondite en escondite, podía avanzar casi en silencio. En la oscuridad, la caza solitaria era la mejor estrategia. Los depredadores utilizaban la emboscada,

recurriendo a las sombras de la noche. Un grupo no podía ser tan invisible como un cazador solitario. Así que Purga trabajaba sola.

Para Purga, el mundo era una llanura delineada en negro, blanco y azul, e iluminada por la luz imprecisa del cometa, que brillaba detrás de unas nubes dispersas y altas. Sus enormes ojos no eran tan sensibles como los de los dinosaurios más eficientes —algunos raptores podían distinguir colores que el ser humano jamás sería capaz de percibir, sombríos infrarrojos y cegadores ultravioletas— pero la visión de Purga se desenvolvía bien con la escasa luz de la noche. Y, además, tenía sus bigotes, que se abrían en abanico delante de ella, como un equipo de radar táctil.

Purga, con aquellos bigotes, el morro afilado y las pequeñas orejas plegadas, se parecía más a un roedor que a un primate. Tenía el tamaño de un pequeño lémur. Caminaba por la tierra a cuatro patas, arrastrando su larga y velluda cola tras de sí, como una ardilla. A unos ojos humanos le hubiese parecido una criatura extraña, con algo de reptil en su inmovilidad y capacidad de vigilancia, acaso incompleta.

Pero, como Joan aprendería un día, de hecho era un primate, un progenitor de aquella gran familia de animales. Por su breve vida fluía un río molecular cuya fuente estaba en el pasado remoto y cuya desembocadura iba a perderse en el mar del futuro lejano. Y de aquel río de genes, ensanchado y modificado con el paso de los miles de milenios, emergería un día toda la humanidad: todos los humanos que algún día nacieran, serían descendientes de los hijos de Purga.

Ella no sabía nada de esto. No tenía nombre para sí misma. No era consciente, como los humanos... y ni siquiera como los chimpancés o los monos. Su mente se parecía más a la de una rata o una paloma. Su comportamiento estaba formado por patrones fijos, controlado por impulsos primarios cuyo equilibrio y prioridad estaba en estado de constante modificación y que a cada momento alcanzaba una nueva suma. Era como un robot diminuto. Carecía de sentido del yo.

Y, sin embargo, era consciente. Conocía el placer —un estómago lleno, la seguridad de la madriguera, los hocicos de sus cachorros cuando

buscaban la leche— y, en aquel peligroso mundo, conocía el miedo muy bien.

Se arrastró entre las patas de los anquilosaurios soñadores. Mientras se movía bajo los inmensos vientres, Purga podía oír el inmenso rugido de la interminable digestión de los dinosaurios, cuyos pedos nocivos inundaban la atmósfera. Como sus dentaduras eran muy toscas, todo el trabajo de procesamiento y digestión de su alimento recaía en las vastas entrañas de los dinosaurios, que trabajaban mientras ellos dormían.

Los anquilosaurios eran dinosaurios herbívoros. Pero esta era una época de enormes y feroces depredadores. Así que aquellos animales, más grandes que elefantes africanos, estaban protegidos por una coraza, una fusión de huesos, costillas y vértebras. El interior de su espalda lo recorría una gran columna vertebral amarilla y negra. El blindaje de sus cráneos era tan sólido que apenas dejaba espacio para el cerebro. Sus colas terminaban en pesados garrotes, capaces de destrozar piernas o cráneos.

Los dinosaurios eran tan grandes que Purga era incapaz de comprenderlos. Ella vivía en un mundo pequeño, donde un tronco caído o un charco suponía un obstáculo importante, donde un escorpión podía ser un depredador peligroso y donde un grueso ciempiés representaba un raro manjar. Para ella, los adormilados anquilosaurios formaban un bosque de patas inmensas y gruesas, y colas móviles y peligrosas, que no tenían conexión entre sí.

Pero para Purga, había allí un suculento tesoro: excremento de dinosaurio, inmensos montones esparcidos entre el lodo y la tierra pisoteada. Allí, en las fibrosas montañas de vegetación a medio digerir, podía encontrar insectos: hasta escarabajos del excremento, trabajando para destruir las inmensas deyecciones. Escarbó entre la humeante materia con ansiedad.

Aquel había sido el papel de los antepasados de la humanidad durante el prolongado estío de los dinosaurios: relegados a los márgenes de la gran sociedad de los reptiles, condenados a emerger de sus madrigueras por la

noche, escarbando los excrementos en busca de insectos y otros pequeños hallazgos del bosque con los que alimentarse.

Pero aquella noche las recompensas eran escasas, y las deposiciones, líquidas y malolientes. La vegetación, dañada por las emanaciones del volcán, había alimentado poco y mal a los dinosaurios, y lo que salía por el orificio del otro extremo era de poco valor para Purga.

Cruzó el claro y entró en el bosque. Allí se alzaban las coníferas, enormes, extendiendo un abanico de hojas en las alturas. Entre ellas crecían árboles más pequeños, que se parecían un poco a palmeras, y unos pocos arbustos chatos con flores de un color amarillo pálido.

Purga trepó velozmente al ramaje anguloso de un gingko. Mientras ascendía, utilizó las glándulas de su entrepierna para marcar el territorio con su olor. En el mundo nocturno en el que vivía, el aroma y el sonido eran más importantes que la vista, y si alguna otra criatura como ella encontraba aquella marca antes de que hubiera pasado una semana, sería como una señal de neón que le indicaría que había estado allí y cuánto hacía de ello.

Trepar resultaba placentero: sentir que sus músculos trabajaban acompasadamente al elevarla sobre los peligros del suelo, utilizar el delicado equilibrio que le proporcionaba su larga cola... y, por encima de todo, saltar, volar por un breve momento de una rama a otra, utilizando todo el equipamiento de su cuerpo, su equilibrio, su agilidad, sus manos prensiles, sus magníficos ojos... En el suelo se veía obligada a buscar refugio en madrigueras. Pero todo cuanto poseía se había adaptado a una existencia en el complejo medio tridimensional de los árboles, donde casi todas las especies de primates, a lo largo de la dilatada historia de su familia, encontrarían refugio.

Pero la ácida lluvia de los últimos meses había marchitado los árboles y el sotobosque. La corteza era amarga y los insectos escaseaban.

Purga estaba perpetuamente hambrienta. Tenía que consumir el peso de su cuerpo todos los días: era el precio por su sangre caliente y la leche que debía producir para sus dos cachorros, a salvo en la madriguera del interior del bosque. De mala gana, volvió a descender por el tronco del gingko.

Mientras el miedo y el hambre forcejeaban en su mente, probó suerte en uno o dos árboles más, pero sin resultado.

De repente levantó la cabeza, con los bigotes temblorosos y los ojos muy abiertos, y escudriñó el profundo verde del bosque. *Olía a carne:* el tentador aroma de la carne partida. Y oyó un piar desesperado e impotente, como de pajarillos.

Se escabulló en busca del rastro.

En un pequeño claro situado en la base de una enorme y nudosa araucaria, había un montón de moho apilado. En uno de sus lados, un montoncillo de sedimentos cubiertos de piedras empezó a moverse. Tras unos instantes, el montoncillo se levantó como si fuera una tapa, y un cuello pequeño y flaco salió de debajo y asomó por entre la capa de lodo y piedras. Una boca parecida a un pico se abrió de par en par.

Con la pequeña cabeza temblando y las diminutas escamas y plumas manchadas todavía de yema, el bebé de dinosaurio respiró por primera vez. Parecía una cría de ave hipertrofiada.

Era el momento que el didelfodón había estado esperando. Aquel mamífero, del tamaño de un gato doméstico, era uno de los más grandes de su época. Era una criatura chata y tenía el pelaje negro y plateado. Se abalanzó sobre la cría, la cogió por el flaco cuello, la sacó de su cáscara y la levantó en volandas.

La vida de la cría fue un puñado de impresiones fugaces y vividas: el aire frío más allá de la cáscara rota, el resplandor borroso del cometa, la sensación de estar volando... Pero entonces se abrió una inmensa caverna a su espalda. Con la piel manchada todavía de yema, la cría murió al instante.

Mientras tanto, más crías, saliendo simultáneamente de sus cascarones, estaban brotando del suelo. Fue como si la tierra se llenara de repente de bebés de dinosaurio. El didelfodón y otros mamíferos depredadores se acercaron a ellos para alimentarse.

Una ancestral estrategia de supervivencia se había puesto en funcionamiento. Los dinosaurios eran reptiles que ponían sus huesos en el

suelo. Aunque algunos padres se quedaban con las crías, era imposible proteger a todos los vulnerables huevos y crías. Así que los dinosaurios ponían muchos huevos y las crías salían del cascarón de forma sincronizada. En aquel mismo momento debía de haber docenas de crías emergiendo a la vida en aquella zona del bosque. La idea era que el suelo del bosque fuera inundado de repente por crías de dinosaurio, demasiado numerosas hasta para los más voraces depredadores. La mayoría de ellas moriría... pero esto era lo de menos. Bastaba con que sobrevivieran algunas.

Pero allí, aquella noche, la estrategia había salido mal... espantosamente mal para las crías de dinosaurios. La madre de aquellos pequeños era una cazadora aislada de la manada. Confusa, hambrienta, embargada de temor a otros depredadores, había puesto sus huevos en el lugar de siempre, el lugar que conocía —un nido con miles de años de antigüedad— y los había tapado con vegetación descompuesta para darles calor. Había hecho lo que debía... solo que no era el momento preciso y los huevos se habían visto forzados a eclosionar sin la compañía de cientos de semejantes suyos.

El tufo de la sangre, los sordos gruñidos de los depredadores y el penoso piar de las condenadas crías inundaron el aire. Había muchas especies de mamíferos representadas en aquel horripilante banquete. El mayor de todos era el gran didelfodón. Había un par de deltatheridium, omnívoros parecidos a ratas, ni marsupiales ni placentarios, una peculiar especie que no sobreviviría a los dinosaurios. Muchas de las criaturas presentes tenían un potencial que superaba con creces a su condición actual: una fea criaturilla que merodeaba por allí era el ancestro de un linaje que acabaría por engendrar a los elefantes.

Pero por ahora, lo único que les preocupaba eran sus estómagos vacíos. Insatisfechos con el lento y trabajoso emerger de las crías, los mamíferos habían empezado a escarbar entre los sedimentos sueltos, buscando huevos todavía enteros y esparciendo por todas partes la manta de moho con la que había cubierto el nido la madre dinosaurio.

Cuando Purga llegó, el nido se había convertido en un pozo de muerte, una masa revuelta de cuerpos de mamífero que se alimentaban. Purga, una de las últimas en llegar, se arrojó con impaciencia al barro. No tardó mucho

en estar mascando huesos diminutos entre las mandíbulas. Y tan profundamente enterró la cabeza en busca de tesoros ocultos que fue la última en percatarse del regreso de la madre dinosaurio.

Oyó un bramido furioso y sintió que la tierra se estremecía.

Con el hocico empapado de yema, Purga sacó la cabeza del barro. Los demás mamíferos estaban ya desvaneciéndose entre el negro y el verde del bosque. Por un instante, Purga pudo ver a la criatura entera, un extraño monstruo emplumado suspendido en el aire, con las extremidades extendidas y la boca muy abierta. Entonces, una inmensa zarpa afilada cruzó el cielo.

Purga exhaló un siseo y rodó por el suelo. Había descubierto demasiado tarde que aquel era el nido de un troodon: un asesino ágil y veloz... y un depredador especializado en mamíferos.

El nombre del troodon significaba «diente que hiere».

Diente que Hiere, apenas mayor que un perro, no era el dinosaurio más grande del mundo, pero era inteligente y ágil. Su cerebro era del mismo tamaño que el de las aves terrestres de épocas posteriores, con las que guardaba cierta semejanza. Sus ojos, tan grandes y tan bien adaptados a la oscuridad como los de Purga, le permitían enfocar lo que tenía delante y le proporcionaban visión binocular, lo que le permitía seguir mejor a las presas pequeñas y veloces que solía cazar. Tenía unas patas que le permitían saltar como un canguro, una garra larga y afilada como una guadaña en el segundo dedo de cada pata, y unas zarpas delanteras como picos, evolucionadas específicamente para excavar y para aplastar pequeños mamíferos.

Su cuerpo estaba cubierto de pequeñas y lustrosas plumas, una elaborada evolución de las escamas. Aquellas plumas no eran para volar, sino para proporcionarle calor en el frío de las noches de invierno. Con el clima templado que dominaba la Tierra en aquella época, no hacía falta poseer un motor metabólico de sangre caliente para sobrevivir. Si eras lo bastante grande, tu cuerpo conservaría el calor durante la noche aunque

vivieras en los extremos de la Tierra, en los polos. Pero los dinosaurios más pequeños, como el troodon, necesitaban un poco de aislamiento adicional.

Pequeño o no, poseía uno de los mayores cerebros de los dinosaurios. En conjunto, era un cazador muy bien equipado. Pero Diente que Hiere también tenía sus propios problemas.

Puede que ella no lo supiera, pero el responsable era el ensanchamiento del Atlántico, el colosal acontecimiento geológico que había dominado el período Cretácico en su totalidad. A medida que las Américas experimentaban un empuje en dirección oeste, el enorme mar interior de Norteamérica se había ido secando, y en las proximidades de la costa oeste —escasamente a unos cientos de kilómetros del lugar en el que el troodon tenía su nido— había emergido, como una herida abierta, una fila de volcanes. El vulcanismo había perturbado de muchas formas diferentes la compleja telaraña de la vida. Los volcanes jóvenes estaban activos casi siempre, escupiendo humo y cenizas cargados de azufre que, al mezclarse con la lluvia, se convertía en ácido. Muchas especies de plantas habían desaparecido y en las tierras altas, los árboles habían quedado reducidos a troncos desnudos. En otros lugares, vastos dedos de lava se habían adentrado profundamente en el bosque y la destrucción había sido más directa.

La base alimenticia del troodon, los mamíferos, se habían visto menos perturbados que la mayoría de las especies de grandes dinosaurios predatorios. De hecho, gracias a sus diminutos cuerpos, sus gruesos pelajes y su elevada tasa reproductiva, los mamíferos estaban mejor preparados para sobrevivir a esta época que los grandes amos de la tierra.

Pero los troodones cazaban en manada. Y esta hembra concreta había quedado, varios días atrás, aislada de su manada por culpa del espectacular brote de vapor caliente de una fisura. Aunque estaba sola, Diente que Hiere llevaba en su organismo los huevos de su última fertilización. Así que había regresado al ancestral nido de la manada. En su fuero interno, una parte de ella había albergado la esperanza de encontrar allí a otros de la manada. Pero allí no había nadie más que ella misma.

Diente que Hiere estaba haciéndose vieja. A los cincuenta años, muchas de sus articulaciones sufrían la agonía de la artritis. Y, por culpa de la edad y de la pérdida de fuerza y flexibilidad, ella misma estaba amenazada: aquella era, a fin de cuentas, una era de depredadores tan poderosos como para justificar la presencia de corazas blindadas en animales más grandes que los elefantes. Tenía que reproducirse. Sus instintos así lo exigían.

Había puesto sus huevos, como tantas otras veces. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El nido era un pozo circular excavado en la tierra, y había puesto sus huevos en él con precisión casi quirúrgica. Se había asegurado de que los veinte huevos no estuvieran demasiado próximos y de que las puntas estuvieran orientadas hacia el centro, a fin de que, al emerger, las crías tuvieran bastantes probabilidades de alcanzar la superficie. A continuación, los había cubierto con moho y tierra. Había regresado varias veces para sondear la tierra con las zarpas y comprobar el estado de los huevos. Estaban desarrollándose bien; podía verlo. Pero ahora que los huevos había eclosionado —sus pequeños habían emergido— no quedaba de ellos más que pedazos abandonados de carne roja y huesos mordisqueados. Y allí, en el centro del destrozado nido, había un mamífero, con la cara manchada de sangre, yema y tierra.

Y por esta razón, Diente que Hiere saltó.

Incapaz de hacer otra cosa, Purga soltó un chorro de almizcle y orina para dejar una señal de advertencia: *¡cuidado! ¡Cazador de mamíferos!* Entonces escapó corriendo del bosque, tratando de alcanzar el claro de los anquilosaurios.

Pero al llegar al lindero del claro, Purga titubeó. Tenía que hacer una elección: una elección entre peligros. Tenía que escapar del troodon que la perseguía. Estaba regresando a su madriguera, donde la esperaban sus cachorros. Pero si volvía a cruzar el claro, renunciaría a la protección de los árboles. El inconsciente cálculo produjo rápidamente un resultado. Correría el riesgo: penetró en el claro.

Una soñolienta cría de gigante levantó un fino párpado.

La luz, que por alguna razón era más intensa que nunca, eliminaba toda posibilidad de ocultarse. Pero todavía no había llegado el amanecer. Era solo el cometa, su inmenso núcleo, borroso y brillante, los chorros de gas que brotaban de su superficie y que se veían con toda claridad a pesar de la atmósfera. Era una visión espeluznante y extraordinaria que encendió una fugaz chispa de curiosidad en su ágil mente mientras seguía corriendo.

Una sombra se movió en el extremo de su campo de visión.

Instintivamente, se hizo a un lado... al mismo tiempo que una pala de dinosaurio caía al suelo, en el mismo sitio que acababa de abandonar. Regresó corriendo a la manada de anquilosaurios, zigzagueando a toda velocidad, buscando la protección de la sombra de los letárgicos dinosaurios.

El troodon la persiguió entre las inmensas patas. Pero incluso el enfurecido cazador de mamíferos era remiso a perturbar a las inmensas y colosales bestias, cuyas pesadas colas la habrían aplastado en un abrir y cerrar de ojos. Purga se atrevió a escabullirse peligrosamente por debajo de la enorme pata alzada de uno de los anquilosaurios, que se cernió sobre ella como una luna precipitándose a tierra, mientras Diente que Hiere, frustrada, emitía siseos y arañaba el suelo.

Por fin, Purga alcanzó el otro extremo del claro. Guiada infaliblemente por el rastro y por sus instintos, se precipitó a la espesura.

Su madriguera era oscura como el carbón, tan oscura que ni siquiera sus enormes ojos eran capaces de distinguir nada. Era como penetrar en una boca abierta en la cálida tierra. Pero en el interior flotaba el olor consanguíneo de su familia y pudo oír el husmear de sus dos cachorros, que se retorcían a ciegas en la oscuridad. Sus cálidas y diminutas bocas no tardaron en estar mordisqueándole el vientre, buscando los pezones. Su pareja no se encontraba allí: también él había salido a cazar en aquella clara noche cretácica. Pero Diente que Hiere debía de encontrarse cerca. El aroma a carne fresca, pelaje y leche, que había ayudado a Purga a encontrar su hogar, atraería también al depredador hasta allí.

La jerarquía de los imperativos volvió a cambiar en su cabeza. Ocultó a sus crías detrás de sí y se abrió camino hasta el fondo de la madriguera, lejos de la entrada. A diferencia del troodon, Purga era joven —apenas unos meses, de hecho— y aquella era su primera carnada. Y, a diferencia de los prolíficos dinosaurios, la especie de Purga tenía pocos cachorros. No podía permitirse el lujo de perder la carnada. Así que se preparó para luchar por ella.

Hubo un crujido a su espalda.

El techo de tierra compactada explotó y cubrió a Purga y sus cachorros. La luz del cometa entró a raudales, aterradoramente ajena tras aquellos segundos de oscuridad. Fue como si hubiera caído una bomba. Una enorme zarpa cruzó el cielo y penetró en la madriguera. Los cachorros chillaron y se retorcieron... pero uno de ellos estaba empalado en una garra sanguinolenta. Su vida acabó en una fracción de segunda. Fue arrancado de la madriguera, un desecho desnudo y carente de vida, y también de la vida de Purga.

Purga siseó, espantada. Corrió hacia la entrada de la madriguera, lejos de la zarpa. Podía sentir cómo la seguían los demás cachorros, desnudos y temblorosos. Pero el astuto troodon lo había previsto. La garra se precipitó contra la entrada y derribó sus muros de tierra. Los dedos del reptil se cerraron y acabaron con la vida del segundo cachorro, aplastando el cráneo y los diminutos órganos y reduciendo los órganos a pulpa.

Purga, cuyo mundo había sido aniquilado en cuestión de instantes, escapó a rastras de los restos de la entrada y del techo derrumbado, y regresó a los rincones más profundos de la madriguera. Pero aquella zarpa, con la insistencia de un mecanismo de relojería, volvió a caer una y otra vez sobre ella, derribando su madriguera y abriendo paso a la luz lechosa del cometa.

El cuerpo de Purga la instaba a huir, a buscar la oscuridad, una nueva madriguera, refugio... a estar en cualquier otro sitio que no fuera allí. Volvía a estar hambrienta. Para una criatura de metabolismo tan rápido como ella, había pasado demasiado tiempo desde que se atracara con la yema de los huevos de Diente que Hiere.

Poro de repente la abandonaron las fuerzas.

Se acurrucó en el fondo de su arruinada madriguera, temblando, y se cubrió la cara con las patas, como si quisiera limpiársela de restos de comida. Desde el momento de su nacimiento a este mundo de enormes colmillos y garras, que podían caer desde el cielo sin previo aviso, había luchado por sobrevivir con sus instintos y su agilidad. Pero ahora sus cachorros habían muerto. Los impulsos innatos se disolvieron y la embargó algo parecido a la desesperación.

Y mientras Purga temblaba en los restos de su madriguera, el mundo tembló con ella.

Si se sometía ahora, no dejaría descendencia viva; el río molecular de la herencia quedaría bloqueado allí, para siempre. Otros miembros de su especie se reproducirían, claro; otros linajes se adentrarían en el futuro distante, para crecer, para evolucionar... pero no el linaje de Purga, no sus genes.

Y nunca llegarían hasta Joan Useb. La vida siempre ha sido azarosa.

La gran zarpa volvió a caer una vez más, a pocos centímetros de Purga. Y esta vez, Diente que Hiere, impaciente, introdujo la cabeza en la madriguera. Purga lanzó un chillido frente a una muralla de dentelladas.

Pero mientras el dinosaurio se le echaba encima, siseando, Purga captó un olor a carne, a huesos destrozados, y el lejano y dulce aroma de la leche. El cálido aliento del monstruo apestaba a los cachorros de Purga.

Con un espasmo de furia, Purga saltó.

Los dientes se cerraron, y como una fila de guadañas o una vasta pieza de maquinaria, mordieron el aire alrededor de Purga. Pero esta se encogió para esquivar los refulgentes arcos y hundió sus propios dientes en un extremo de los labios del dinosaurio. La piel escamosa era muy dura, pero Purga sintió que sus incisivos inferiores se hundían en la cálida y blanda carne del interior de la boca de la criatura.

Diente que Hiere profirió un rugido y se apartó. Purga, atrapada por sus propios dientes, se vio arrancada de la madriguera y arrojada por los aires, a una altura muchas veces superior a su propia estatura, por encima del vientre escamoso de Diente que Hiere, y a la oscuridad de la noche.

La neblina de rabia se desvaneció. Sacudió la cabeza para sacarse de los dientes un jirón de carne de dinosaurio mientras daba vueltas por el aire brumoso. Mientras caía, una pata terminada en una zarpa trató de alcanzarla con un movimiento de costado. Pero Purga era una criatura de los árboles y se revolvió en su vuelo. Una vez más, la suerte la favoreció, aunque la garra le pasó tan cerca que la brisa que levantó le erizó el vello de la parte baja del vientre.

Cayó sobre un trozo de tierra pisoteada. Por un momento, se quedó allí, sin aliento. Pero los dientes y las garras, teñidos de plata por la espeluznante luz del cometa, estaban ya descendiendo sobre ella. Con una rápida sacudida, Purga rodó sobre sí misma, se puso en pie y corrió a esconderse entre las raíces del árbol más cercano. Sola, con los ojos y la boca muy abiertos, se acurrucó allí, jadeando, respondiendo con un respingo a cada hoja que se movía.

Había un trozo de carne en su boca. Ya había olvidado que era del dinosaurio. Lo masticó y lo engulló rápidamente, apaciguando por un momento el hambre que, incluso en aquel momento de terror, trataba de llamar su atención a gritos. Entonces miró a su alrededor, buscando un refugio mejor.

Diente que Hiere caminaba en el exterior, aullando de frustración.

Purga había elegido la vida. Pero había hecho un enemigo.

II

La Cola del Diablo era tan vieja como el Sol.

El sistema solar había nacido de una densa nube giratoria de rocas y materiales volátiles. Sacudida por la explosión de una supernova, la nube no tardó en coagularse, dando lugar a los primeros planetesimales: terrones

sueltos de hielo y roca que navegaban por la oscuridad siguiendo trayectorias caóticas, como peces ciegos.

Los planetesimales colisionaron. A menudo eran destruidos y su sustancia regresaba a la nube, pero algunos de ellos se fundían. De aquella violencia estrepitosa nacieron los planetas.

Cerca del centro, los nuevos planetas eran pelotas de roca como la Tierra, bañadas por el fuego del Sol. Más hacia el exterior nacieron inmensos mundos cubiertos de niebla, globos rellenos de gas, incluso los gases más livianos de todos, el hidrógeno y el helio, gases manufacturados en los primeros instantes de vida del propio universo.

Y alrededor de aquellos gigantes gaseosos en crecimiento, los cometas —los últimos planetesimales de hielo— revoloteaban como un enjambre de moscas.

Para los cometas fue una era peligrosa. Muchos de ellos se vieron atraídos por los pozos gravitatorios de Júpiter y los demás gigantes, y su masa pasó a engordar la adolescencia de estos monstruos. Otros, impulsados por la gravedad de los gigantes, fueron lanzados hacia el cálido y abarrotado centro y chocaron contra los planetas interiores.

Pero algunos supervivientes afortunados salieron despedidos en sentido contrario, lejos del Sol, en dirección a los inmensos y fríos espacios de las tinieblas exteriores. Muy pronto, se formó allí una difusa nube de cometas. Todos ellos describían vastas y lentas órbitas que podían llegar a cubrir la mitad del camino al vecino estelar más próximo al sol.

Uno de estos era la Cola del Diablo.

Allí, en el exterior, el cometa estaba a salvo. Durante la mayor parte de su prolongada vida, su vecino más cercano estaba tan lejos de él como Júpiter lo está de la Tierra. Y en el punto más lejano de su órbita, la Cola del Diablo había recorrido una tercera parte de la distancia que mediaba hasta la estrella más próxima, un lugar en el que el mismo sol se perdía entre los campos de estrellas y sus planetas se volvían invisibles. Lejos del calor del sistema solar, el cometa no tardó en enfriarse y endurecerse. El polvo de sílice tiñó de negro su superficie y una película de escarcha temporal grabó exóticas y frágiles esculturas de hielo sobre su superficie

casi ingrávida, un país de las maravillas carente de sentido que nadie llegaría a ver.

El cometa navegó así durante cuatro mil quinientos millones de años, mientras los continentes de la Tierra bailaban y las especies aparecían y desaparecían.

Pero la suave gravedad del Sol nunca había terminado de soltarlo. Y lenta, más lentamente que la aparición de los imperios, el cometa había respondido.

Y había emprendido el camino de regreso a la luz.

La roja luz del amanecer bañaba el horizonte, al este. Las nubes parecían ampollas y el cielo estaba teñido de un peculiar color purpúreo, como el de las magulladuras. En aquella era remota el aire era muy diferente —denso, húmedo, cargado de oxígeno— y hasta el mismo cielo hubiera resultado extraño a los ojos del hombre.

Purga, exhausta, mareada ya por la luz naciente, seguía viajando. Había llegado a un lugar en el que ya no había bosques. Allí solo había árboles solitarios, desperdigados sobre un manto de helechos bajos que teñía la tierra de verde. Los árboles eran cicadas, una especie de elevada talla y corteza áspera parecida a la palmera, coníferas achaparradas, extrañamente similares a piñas, y gingkos, con aquellas insólitas hojas en forma de abanico, un linaje ya antiquísimo y que sin embargo sobreviviría hasta la era del hombre y más allá.

En la quietud del temprano amanecer, nada se movía. Las manadas de dinosaurios aún no habían despertado y los cazadores de la noche se habían retirado a sus madrigueras y nidos... todos ellos a excepción de Purga, que, con los nervios crispados por una aprensión de peligro, había salido a campo abierto.

Algo se movió por el cielo. Purga se pegó al suelo y levantó la mirada.

Una forma alada planeaba por delante de la bóveda celeste. La luz rojiza y gris del amanecer delineaba claramente su contorno. Parecía un avión. No lo era; estaba viva.

Los cómputos instintivos de la mente de Purga relegaron al pterosaurio a una cuestión carente de importancia. Para ella, la más feroz de las criaturas voladoras era un peligro mucho menos inmediato que los depredadores que podían ocultarse debajo de aquellas cicadas, los escorpiones y las arañas, y los reptiles carnívoros, siempre voraces, incluidas las muchas, muchas especies de dinosaurios grandes y pequeños.

Reanudó su marcha en dirección al amanecer. Al poco tiempo, el follaje empezó a ralear y Purga empezó a trotar sobre dunas compactadas de arenas rojizas. Coronó una loma baja y se encontró frente a una masa de agua que se extendía con languidez hasta el horizonte. El aire tenía un olor extraño: lleno de sal y curiosamente eléctrico.

Había llegado a la costa septentrional de la gran lengua oceánica que se adentraba en el corazón de Norteamérica. Se veían vastas y lánguidas formas en la superficie del agua.

Y al sudeste, donde estaba formándose el alba, el cometa estaba suspendido del cielo. Su cabeza era una masa lechosa de la que brotaban inmensas fuentes de gases de color blanco perla y que cambiaban delante mismo de sus ojos. Sus dos colas gemelas, en dirección opuesta al sol, serpenteaban alrededor de la Tierra, formando una masa confusa e hinchada. Era como estar mirando un disparo de escopeta. El inmenso y brillante espectáculo se reflejaba entero en la superficie del mar.

Indiferente a todo aquello, Purga siguió adelante y descendió a una playa estrecha y en pendiente. La costa estaba llena de conchas y algas medio resecas. Rebuscó entre los restos, pero las algas eran un alimento demasiado amargo y salado. Y se olía la sal en el agua. Allí no había nada para beber.

Se sentía increíblemente expuesta, como si un foco la estuviera enfocando.

Avistó un árbol de helecho de apenas un metro de altura. Se le acercó y empezó a excavar entre sus raíces tratando de preparar una madriguera. Pero la blanda arena caía dentro de la zanja. Al fin, mientras el rojizo sol se levantaba por el horizonte, Purga logró abrir un agujero lo bastante grande

para albergar su cuerpo. Introdujo la cola tras ella, se tapó la cara con las patas y cerró los ojos.

El calor y la oscuridad de la madriguera le recordaban a la casa que había perdido. Pero el olor no era el que debía: no había en él otra cosa que sal y arena y ozono y algas en proceso de descomposición, los marcados aromas de un lugar en el que el mar y la tierra se encontraban. Su madriguera olía a ella, al otro que era su pareja, a los cachorros, que olían a su vez a una mezcla de ella y de su pareja... una maravillosa mezcolanza de yoes. Sintió un profundo acceso de pesar, aunque su mente no era lo bastante compleja para comprender el porqué.

Mientras dormía, todo aquel largo día, sus patas estuvieron arañando la arena joven y suelta.

La Tierra del Cretácico era un mundo de océanos, de mares poco profundos y de litorales.

Un océano gigante llamado Tethys —como una extensión del Mediterráneo— separaba Asia de África. Europa era más bien una colección dispersa de islas. En África, hasta el centro del Sahara era el lecho de un océano. El mundo era cálido, tan cálido que los casquetes polares no existían. Y, durante ochenta millones de años, los niveles del mar habían estado subiendo. La separación de los continentes posterior a la era de Pangea y la formación de enormes corales y macizos de creta alrededor de las costas habían vertido a los océanos inmensos volúmenes de materia sólida. Había sido como arrojar ladrillos a un cubo lleno a rebosar de agua, y los océanos habían inundado los continentes. Pero los mares vastos y superficiales carecían casi por completo de mareas y su oleaje era muy débil.

La vida en el mar era más rica y más variada que en cualquier otro período de la larga historia de la Tierra. Tremendas masas de plancton llenaban las aguas y se bebían la luz del Sol. El plancton era la base de la vasta pirámide trófica de los océanos. Y en el plancton había unas algas microscópicas llamadas haptofitas. Tras una corta fase en la que nadaban en

libertad, las haptofitas construían a su alrededor diminutas e intrincadas armaduras de carbonato cálcico. Al morir, miles de millones de cadáveres diminutos se hundían hasta los cálidos lechos oceánicos, donde se posaban y se endurecían formando una compleja roca blanca: la creta.

Con el tiempo, tremendos lechos de creta, de varios kilómetros de grosor, engullirían Kansas y el golfo de la costa de Norteamérica y se extenderían por la mitad meridional de Inglaterra, y por el norte de Alemania y Dinamarca. Los científicos humanos llamarían a esta era el Cretácico en honor a sus monumentos más duraderos, erigidos por el diligente plancton.

Cuando empezó el goteo de la luz del cielo, Purga emergió de su refugio.

Corrió con dificultades por la arena seca, que cedía a cada paso que daba, y a veces le cubría el vientre. Había descansado, pero estaba hambrienta, confusa y enferma de soledad.

Llegó a la cima de la duna que había cruzado el día anterior. Se encontró frente a una amplia llanura, ligeramente ondulada, que se extendía en dirección a las montañas cubiertas de humo que había al oeste. Antaño, el vasto mar americano se extendía hasta allí. Pero ahora había retrocedido, dejando una llanura salpicada de amplios y plácidos lagos y marismas. Había vida por todas partes. Los cocodrilos gigantes navegaban como nudosos submarinos por las aguas superficiales, algunos de ellos con aves montadas a la espalda. Había bandadas de pájaros y emplumados pterosaurios, parecidos a pájaros, algunos de los cuales construían enormes balsas en el centro de los lagos, lejos de los depredadores que vivían en tierra firme.

Y allá donde dirigiera la vista, había dinosaurios.

En las proximidades de las aguas, jugando y peleando, se agolpaban las manadas de herbívoros gigantes, anquilosaurios y algunos grupos de torpes y lentos triceratops. Alrededor de sus patas corrían y saltaban ranas y salamandras, lagartos que parecían iguanas y geckos, y muchos dinosaurios

de pequeño tamaño y grandes mandíbulas. En el aire, graznaban y aullaban las aves y los pterosaurios. En el lindero del bosque, se veían raptores, acechando, evaluando las apiñadas manadas.

Los hadrosaurios, dinosaurios con un pico parecido al de las aves, eran los herbívoros más comunes de esta época. Aunque eran más grandes que los mamíferos equivalentes de eras posteriores, como los ñus y los antílopes, caminaban sobre dos patas, como grandes avestruces, dando largas zancadas y sacudiendo la cabeza. Los machos, elaboradamente engalanados con enormes crestas que les cubrían la nariz y la frente, abrían la marcha. Las crestas, capaces de emitir notas tan graves como las de la octava baja de un piano, actuaban como trompetas naturales. De este modo, las voces quejumbrosas de los dinosaurios se extendían sobre las nubladas planicies.

A poca distancia, una manada de anatotitanes estaba atravesando la llanura aluvial. Era un auténtico convoy de carne. Aquellas inmensas criaturas, con sus poderosas patas traseras —cada una de ellas más alta que un humano adulto— y sus comparativamente pequeñas patas delanteras, parecían extrañamente desequilibradas y arrastraban tras de sí sus alargadas, gruesas y cónicas colas. Sus rugidos llenaban el aire: el bramido sordo de los estómagos colosales de los herbívoros y el gruñido más profundo de sus gargantas, que se adentraba en el registro de lo infrasónico. Su sonido era tan grave que el oído humano no hubiera podido captar nunca aquellas voces con las que intercambiaban mensajes tranquilizadores.

Los anatotitanes convergieron en una arboleda de cicadas. Las hojas maduras de las cicadas eran gruesas y espinosas, pero su carne en crecimiento, protegida por una corona de hojas más viejas, era verde y suculenta. De modo que los anatotitanes se levantaron sobre las gruesas patas traseras para alcanzar los brotes más tiernos. Al posarse sus grandes patas sobre los helechos que rodeaban los árboles, espantaron enjambres de insectos. Aquella falange de titanes dejaría las cicadas aplastadas y quebradas. A pesar de que llevarían muy lejos de allí las semillas que permitirían nuevos florecimientos, la vegetación tardaría mucho en recobrarse de la devastación que sembraban a su paso.

Había ruidos por todas partes: el poderoso bocinazo de sirena de los gigantes, los bramidos de los dinosaurios blindados, el graznido de las aves, el aleteo coráceo de las enormes bandadas de pterosaurios. Y, por encima de todo ello, el rugido desagradable y desestructurado de un tiranosaurio hembra, el depredador dominante de la zona. Todos aquellos animales estaban en sus dominios y de este modo se lo hacía saber a ellos y a cualquier tiranosaurio competidor.

A un humano, la escena podría haberle recordado a África. Pero aunque había grandes herbívoros para desempeñar el papel de los antílopes, elefantes, hipopótamos, y también depredadores que cazaban como leones, panteras y hienas, todos estos animales eran parientes más próximos de las aves que de cualquier mamífero. Se pavoneaban, posaban, luchaban y anidaban con movimientos extrañamente rápidos, impulsados por la densidad en oxígeno del espeso aire. Los más pequeños y ágiles dinosaurios que corrían o acechaban entre la espesura habrían parecido imágenes surrealistas: no había nada parecido a aquellos corredores bípedos en la era del hombre. Y no había visión en el África del siglo XXI que pudiera compararse a la de los dos anquilosaurios que habían empezado a copular, frotando las espaldas con el más exquisito de los cuidados.

Era un paisaje de gigantes, en el que Purga era una figura perdida e impotente, completamente irrelevante. Pero al oeste, Purga avistó el frente de un bosque más denso que se alzaba, capa sobre capa, en dirección a los lejanos volcanes.

Purga se había equivocado de dirección al correr hacia el mar. Era una criatura del bosque y la tierra: allí es donde debía ir. Pero para llegar, tendría que cruzar la planicie, y esquivar a todos esos pies montañosos. Temblando, empezó a descender por la arenosa ladera.

En ese momento, atisbó un movimiento sigiloso entre los helechos. Corrió a ocultarse bajo una araucaria juvenil y se pegó al suelo.

Un raptor: erguido, tan quieto como una roca, estudiando el grupo de anatotitanes. Era un deinonychus, una criatura parecida a un pájaro, pero sin plumas e incapaz de volar. Estaba tan inmóvil como un cocodrilo. El raptor solo dejaba un rastro tenue —su piel no tenía tantas glándulas como la de

los mamíferos— pero había una aroma entre acre y seco en el aire, un amizcle que embargó a Purga de temor.

Estaba muy cerca de Purga. Si la atrapaba, por supuesto, el raptor la mataría en un abrir y cerrar de ojos.

Un ave estaba trepando al árbol bajo el que se ocultaba. Sus plumas eran de un brillante color azul y tenía garras en los huesos de las alas y colmillos en el pico. Aquella criatura era una reliquia de tiempos ancestrales, del arcaico parentesco entre aves, cocodrilos y dinosaurios. El ave estaba trepando para alimentar a su prole de gruesos y ruidosos polluelos. Aparentemente, no había visto al raptor.

Pero por el momento, el raptor estaba acechando presas más grandes.

El raptor observaba la manada de anatotitanes con ojos muertos, como los de un halcón, tratando de evaluar cuál de aquellos titánicos herbívoros podía servirle de presa. Si era necesario, acosaría a la manada hasta conseguir que alguno de sus miembros quedara aislado, y por consiguiente, fuera vulnerable.

Pero no fue necesario.

Uno de los titanes adultos se rezagó y empezó a separarse de los demás. La hembra tenía más de setenta años de edad y caminaba con dificultades. Llevaba toda la vida creciendo y ahora era la más grande de toda la manada... de hecho, era uno de los especímenes más grandes de todo el mundo. Enterró la cabeza en las aguas lodosas de un estanque poco profundo.

El raptor empezó a caminar en línea recta, silenciosamente, hacia el viejo titán. Purga se pegó aún más a la araucaria.

El raptor tenía tres metros de altura, era compacto y ágil y poseía unas patas esbeltas capaces de alcanzar grandes velocidades y una cola larga y rígida para equilibrarse. Cada una de sus patas traseras terminaba en una enorme garra. Mientras caminaba, las garras se levantaron y dejaron de tocar el suelo.

El raptor no era demasiado listo. Tenía un cerebro pequeño, tan pequeño como el de un pollo o una gallina de Guinea. Y era un cazador solitario. No

era lo bastante inteligente como para cazar en manada. Pero tampoco le hacía falta.

El anatotitán no sabía todavía el peligro que corría.

El raptor emergió de su escondite. Se revolvió en el aire y las garras de sus patas traseras, incrustadas de mugre, despidieron crueles destellos. Golpeó con precisión.

Brotó la sangre. Rugiendo, el anatotitán trató de apartarse del agua. Pero sus negras entrañas, humeantes, salieron a borbotones de las profundas heridas del vientre. Sus patas anteriores tropezaron en la resbaladiza masa. Con un sonido parecido a un trueno, se deslizó hacia delante y cayó sobre el pecho. Y entonces, con un espasmo, las enormes patas posteriores cedieron, y la inmensa masa de su corpachón se desplomó de costado.

Otro de los anatotitanes dirigió la mirada hacia allí y profirió un gemido lúgubre, un sonido profundo que hizo temblar la tierra bajo los pies de Purga. Pero la manada ya se había puesto en movimiento.

El raptor, con la respiración entrecortada, esperó a que el titán se debilitase.

Los dinosaurios habían aparecido más de ciento cincuenta millones de años antes, en una época de climas cálidos y secos más propicia para los reptiles que para los mamíferos. En aquellos tiempos, los continentes conformaban una única y vasta masa de tierra emergida, Pangea, y los dinosaurios habían podido extenderse por todo el planeta. Desde entontes, los continentes se habían fisionado, habían bailado y dado vueltas, mientras las bandas climáticas se desplazaban por todo el planeta. Y los dinosaurios habían evolucionado como respuesta.

Los dinosaurios eran diferentes.

No cazaban como los asesinos mamíferos de épocas posteriores. La sangre fría que corría pos sus venas suponía que no eran aptos para mantener una velocidad elevada durante mucho tiempo. Nunca podrían ser cazadores pacientes como los lobos, que perseguían a sus presas durante largo tiempo. Pero poseían corazones versátiles, capaces de bombear la sangre a grandes presiones. Y el diseño de sus cuerpos tenía mucho en común con el de las aves: los huesos del torso y el cuello del raptor

contenían un sistema de conductos que absorbía el aire de los pulmones y podía suministrar oxígeno a los tejidos a tremendas velocidades. Era capaz de dar grandes acelerones y de inyectar una tremenda energía a sus ataques.

Las cacerías de los dinosaurios eran acontecimientos de quietud, de emboscada, silencio e inmovilidad, interrumpidos por breves estallidos de salvaje violencia.

No es que los mamíferos estuvieran poco evolucionados en comparación con ellos. Como producto de millones de años de evolución por un camino alternativo, Purga estaba exquisitamente adaptada al nicho ecológico en el que vivía. Pero las brutales realidades de la economía energética mantenían a los mamíferos acorralados en los rincones olvidados del mundo de los dinosaurios. En conjunto, un cazador dinosaurio hacía un uso más eficiente de la energía que un mamífero. Aquel raptor podía correr como una gacela pero descansaba como un lagarto, y era esta combinación de eficiencia energética y efectividad en el asesinato lo que había garantizado durante tanto tiempo la supremacía de los dinosaurios.

El raptor era algo parecido a una enorme ave de presa, quizá. O a un cocodrilo esbelto. Pero no era realmente como estos animales. No se parecía a nada que viviera en la era del hombre, a nada que el ojo humano hubiera visto jamás.

Era un dinosaurio.

El modo favorito de matar del raptor era emerger de repente de su escondite, caer sobre su presa e infligirle una o más heridas, graves aunque normalmente no letales. La presa podía huir pero el proceso de debilitamiento continuaría con nuevos ataques a sus patas y flancos, o sería destripada, o desjarretada, además de sufrir los efectos de la hemorragia y el shock. El raptor tenía una pésima higiene bucal —su aliento despedía un hedor espantoso— y su mordisco transmitía una hueste de bacterias. El raptor la seguiría: puede que atacase de nuevo o puede que se limitara a seguir el rastro de las heridas infectadas, hasta que la debilidad incapacitase a su víctima.

Aquel día, el raptor había tenido suerte, pues había acabado con su víctima de un solo golpe. Lo único que tenía que hacer era esperar a que el

titán estuviera demasiado débil para hacerle daño. Hasta puede que empezase a comer mientras su presa seguía viva.

El raptor no iba a molestarse con un bocado tan pequeño como Purga mientras un banquete gigante lo estuviera esperando. Moviéndose cauta y vigilantemente, el pequeño mamífero abandonó la protección del helecho, se escurrió entre la vegetación del suelo de la llanura aluvial y atravesó el rastro de devastación dejado por la manada de anatotitanes hasta alcanzar la seguridad de los árboles.

Por vez primera en cuatro mil millones de años, la superficie de la Cola del Diablo sintió calor. Frágiles esculturas de hielo más viejas que la Tierra se desplomaron en un abrir y cerrar de ojos.

Emergieron gases de las fisuras abiertas en la corteza. No tardó en formarse una brillante nube de polvo y gas del tamaño de la Luna alrededor del cometa. Los vientos solares, vientos de luz y de partículas empapadas, hicieron que el gas y el polvo fluyeran tras el núcleo del cometa en colas de millones de kilómetros de longitud. Las colas gemelas eran extremadamente finas y delicadas, pero atraparon la luz y empezaron a brillar.

Por vez primera, unos ojos que no comprendían lo que estaban viendo, otearon el cometa que se les aproximaba.

Girando, rodando, expulsando gases desde el núcleo cada vez con más fuerza, la Cola del Diablo siguió avanzando.

III

Otro largo y cálido día del Cretácico se desangraba hasta morir.

Purga había dormido todo el día rodeada por su nueva familia. Durmió incluso mientras sus cachorros estaban mamando. El suelo de la estrecha madriguera estaba tapizado por el suave pelaje de los primates y olía, de eso no cabía duda, a Purga, a su nueva pareja y a las tres crías que tenían una mitad de cada uno de ellos.

El macho de Purga no tenía nombre, y Purga no le había dado uno, como tampoco se lo daba a sí misma. Pero si lo hubiera hecho, puede que lo hubiera llamado —reconociendo que nunca podría ser el primero en su vida — Segundo.

Mientras dormía, Purga soñó. Los primates ya poseían cerebros tan grandes y complicados que necesitaban periódicas limpiezas auto-referenciales. Así que tuvo un sueño de calidez y oscuridad, de garras y colmillos, y de su propia madre, inmensa en sus recuerdos.

Purga, como todos los mamíferos, era una criatura de sangre caliente.

El metabolismo de todos los animales se basaba en la lenta consunción celular de los nutrientes y su transformación en oxígeno. Los primeros animales que habían colonizado la tierra firme —peces obligados a escapar de arroyuelos en proceso de desaparición y que, medio ahogados, habían empezado a utilizar sus vejigas natatorias como toscos pulmones— habían tenido que utilizar motores metabólicos concebidos para la vida en el mar: en aquellos pioneros de la tierra las hogueras del metabolismo habían ardido con escasas fuerzas. Sin embargo, su decisivo traslado a la tierra había dado sus frutos. Y desde entonces, y en el futuro, todos los animales —mamíferos, dinosaurios, cocodrilos y aves, e incluso serpientes y ballenas — utilizarían una variante del mismo y ancestral diseño fisiológico de cuatro patas, una columna vertebral, una caja torácica y manos y pies terminados en dedos.

Pero unos doscientos millones de años antes del nacimiento de Purga, ciertos animales habían empezado a desarrollar un nuevo tipo de metabolismo. Eran depredadores y la selección los había empujado a quemar los nutrientes con más rapidez para mejorar sus posibilidades en las cacerías.

Aquello había supuesto un rediseño completo, listos ambiciosos depredadores necesitaban más comida, una tasa digestiva más alta y un sistema de eliminación de residuos más eficiente. Todo esto había aumentado su tasa metabólica, aun cuando estaban en estado de inactividad, y habían tenido que incrementar el tamaño de los órganos que producían calor, como el corazón, los riñones, el hígado y el cerebro. Hasta el funcionamiento de sus células se había acelerado. Al final, sus organismos habían adoptado un nivel de temperatura corporal más alto y estable.

Los nuevos cuerpos de sangre caliente contaban con una ventaja que no estaba prevista en su diseño. Las criaturas de sangre fría dependían del entorno para obtener calor. Pero las de sangre caliente, no. Podían operar a máxima eficacia en el frío de la noche, cuando las de sangre fría tenían que esconderse. Podían incluso acechar a las criaturas de sangre fría —ranas, pequeños reptiles, insectos— en momentos como el anochecer y el alba, cuando eran más vulnerables.

Pero no hubieran podido derribar a los dinosaurios de su trono. La suprema eficiencia energética de estos se encargaba de impedirlo.

Sus sueños fueron perturbados por los inmensos pisotones de los dinosaurios, ocupados en quién sabe qué actividades en el mundo de la superficie. La tierra se estremeció como si estuviera produciéndose un terremoto y algunos pedazos de las paredes de la madriguera cayeron sobre la dormida familia. Era como si el mundo estuviera lleno de rascacielos ambulantes.

Pero no se podía hacer nada al respecto. Para Purga, los dinosaurios eran una fuerza de la naturaleza, tan ajenos a su control como el clima. En aquel mundo inmenso y peligroso, la madriguera era su hogar. La tierra compactada protegía a los primates del calor del día y amparaba a los cachorros, aún desnudos, frente al frío de la noche: la propia tierra era el refugio de Purga frente al clima de los dinosaurios.

Y sin embargo, en el fondo de su pequeña mente, había un diminuto nicho de memoria, el recuerdo de que aquel no era su primer hogar, ni aquella su primera familia, la persistente advertencia de que también podía perder todo esto, en otro instante de luz, garras y colmillos.

Cuando la Tierra completó una rotación y el aire se enfrió y los dinosaurios se entregaron al sopor de la noche, la tierra se agitó bajo sus pies. Emergieron las criaturas de la noche: insectos, anfibios y muchos, muchos mamíferos, que se alzaron como una inundación alrededor de los pilares que eran las patas de los dinosaurios.

Aquella noche, Purga y su nueva pareja viajaron juntos. Purga, un poco mayor y más experimentada, abría la marcha. Separados por unos pocos centímetros, avanzando a sacudidas y saltos, descendieron por la ladera en dirección al lago.

Normalmente no salían a buscar comida juntos. Pero el clima era muy seco y la prioridad para ambos era encontrar algo de beber.

Aquella parte de América había soportado un largo período de sequedad estacional. Allí, la reliquia del mar interior era una gran franja de tierra pantanosa, cubierta de sedimentos recientes de las Rocosas, al oeste, montañas jóvenes que se erosionaban casi a la misma velocidad que nacían. Y en aquella época de sequía relativa, cualquier masa de agua era un foco de atracción para todos los animales, grandes y pequeños.

Así que la ribera del lago estaba abarrotada de dinosaurios.

Allí había una manada de triceratops, gigantes de tres cuernos con enormes concreciones óseas sobre los hombros. Eran como inmensos rinocerontes blindados, dormitando en círculos irregulares, con los cuernos apuntando hacia fuera para desanimar a cualquier agresor nocturno.

Había muchos hadrosaurios. Las manadas se habían reunido alrededor del lago, una confusa y brillante colección de ellas, y Purga y Segundo tuvieron que sortear los bosques de sus patas inmóviles, como refugiados en un inmenso parque de esculturas. Incluso ahora, mientras los inmensos herbívoros dormitaban, sus inconscientes ronquidos formaban una cacofonía de profundos y lúgubres bocinazos, cuernos y graznidos, como buques navegando por un banco de niebla.

Finalmente, Purga y Segundo alcanzaron la orilla del lago. El agua había retrocedido y tuvieron que cruzar un trecho de lodo seco y piedras del

lecho del lago, cubierto por una resbaladiza capa de moco y vegetación verde. Bajo aquella luz ominosa e inmóvil, Purga, con los ojos muy abiertos y los bigotes temblando, bebió rápidamente.

Una vez saciados, los primates se separaron. Segundo empezó a recorrer la playa, buscando los pequeños montículos de arena que señalaban la presencia de gusanos.

Purga se marchó siguiendo la ribera hasta llegar al margen de la maleza, siguiendo un olor más intrigante.

No tardó en encontrar su fuente: un pez. Estaba tendido sobre un montón de hojas de helecho de color óxido, con las plateadas escamas arrugadas. Emergido de alguna manera, llevaba muchas horas muerto. Cuando Purga perforó su piel, el pez reventó, liberando un terrible tufo... y una masa temblorosa de gusanos pálidos como fantasmas. Purga introdujo la zarpa en el cadáver y empezó a llenarse la boca de gusanos. Las saladas delicias reventaban entre sus dientes, liberando suculentos jugos corporales.

Pero, de pronto, otro pez pasó volando sobre su cabeza y aterrizó entre la maleza, más al interior. Sobresaltada y con los dientes temblando, se pegó al suelo.

Había un dinosaurio en los bajíos, completamente inmóvil. Era alto y erguido, de unos nueve metros, con una mandíbula como la de un cocodrilo y una enorme vela púrpura y roja en la espalda. Sus dientes eran curvos y cada una de sus extremidades superiores estaba equipada con garras como navajas de unos treinta centímetros de longitud. De improviso, hundió las garras en el agua, haciendo añicos la resplandeciente superficie. Un puñado de peces plateados levantaron el vuelo, retorciéndose y cimbreándose, y el dinosaurio, con enorme destreza, atrapó a la mayoría en el aire con su alargada boca.

Era un suchomimus, un cazador especializado en peces. Su especie había llegado hacía relativamente poco desde África, atravesando los puentes que, de forma esporádica, conectaban los continentes. Podía sacar las presas del agua con las garras o introducir aquellas fauces de cocodrilo en el lago para utilizar sus dientes curvos. Cazaba de noche, cuando la mayoría de las criaturas de su tamaño estaban durmiendo, porque era

entonces cuando los peces, fiándose de la escasez de luz, acudían a la superficie y a la costa para alimentarse.

Algunos metros más allá, había un segundo suchomimus. Este era el macho. Al igual que muchos dinosaurios depredadores, los suchomimus cazaban en pareja.

La hembra de suchomimus volvió a meter la garra en el agua, y llovieron peces sobre la costa, donde se estremecieron fugazmente, antes de que la asfixia apagase la diminuta chispa de sus consciencias. Pero la hembra de suchomimus, aparentemente enfrascada en el placer de la cacería, ignoró estas presas fáciles.

Al igual que el deinosuchus que estaba mirándola.

El deinosuchus era un cocodrilo gigante. Avanzaba por las aguas del lago, casi en silencio, oculto bajo una fina capa superficial de helechos acuáticos. Sus párpados transparentes protegían a los ojos amarillos de la diminuta vegetación.

El deinosuchus era una hembra. Tenía unos sesenta años de edad, doce metros de altura y con muchos vástagos ya adultos y capaces de cazar por sí solos. Las temporadas así —las temporadas de sequía, cuando los animales se agolpaban en las aguas, azuzados por una sed que les hacía perder parte de su habitual precaución— eran tiempos de bonanza para los cocodrilos, tiempos de capturas fáciles. Pero el deinosuchus era una criatura capaz de acabar con un tiranosaurio. Rara vez estaba hambrienta, al margen el tiempo.

Los cocodrilos, descendientes de cazadores bípedos de hacía unos cincuenta millones de años, eran ya criaturas muy antiguas. Eran los señores supremos que dominaban los ríos poco profundos y los lagos de toda Norteamérica y más allá. En el Cretácico, los animales que llegaban a morir de vejez eran muy escasos, y entre ellos se contaban muchos cocodrilos. Sobrevivirían hasta la era del hombre y más aún.

Las fosas nasales del deinosuchus, exquisitamente adaptadas, podían captar los movimientos de la pareja de suchomimus en la orilla del lago. Batió una vez la poderosa cola.

Purga presenció una especie de erupción en la orilla del lago. Los pterosaurios y las aves abandonaron sus nidos flotantes entre ásperos graznidos de protesta. El suchomimus macho apenas tuvo tiempo de volver la inexpresiva cabeza antes de que las fauces del cocodrilo se cerraran sobre una de sus patas traseras. El cocodrilo levantó a su presa y la arrojó de espaldas sobre el lodo, destrozando la hermosa cresta. El suchomimus lanzó un ululato y luchó, tratando de defenderse con las alargadas y ensangrentadas garras. Pero el cocodrilo regresó reptando al agua, llevándoselo consigo.

Apenas un minuto después de que el deinosuchus hubiera emergido, la turbulencia provocada por su paso había desaparecido de la superficie del agua. La hembra de suchomimus parecía confundida por su pérdida. Empezó a patrullar por la orilla del agua, lanzando quejumbrosos gemidos.

El cocodrilo no era un asesino cuidadoso. El barro de la orilla estaba empapado de sangre y cubierto de trozos del suchomimus: relucientes pedazos de entrañas, trozos de carne desgarrada e incluso la cabeza arrancada, con los ojos todavía abiertos. Los primeros carroñeros en llegar a la escena fueron un par de pequeños y ágiles raptores. Emergieron de la maleza, saltando, brincando y haciendo cabriolas, mientras se propinaban golpes como *kick-boxers* para tratar de arrebatarse los jugosos pedazos de carne.

Los pterosaurios no tardaron en unirse a ellos, batiendo ruidosamente las alas. Se posaron sobre el barro y se aproximaron con andares torpes, con las patas y los codos extendidos como los de un murciélago. Tenían la cabeza alargada y el pico estrecho y erizado de afilados dientes. Los hundieron en los restos del suchomimus. Poco a poco, el cielo fue oscureciéndose con las alas enjutas de más pterosaurios que acudían al festín. Uno de ellos se precipitó sobre dos primates desprevenidos.

Purga lo vio venir. Segundo no.

Su única advertencia fue una bocanada de aire con olor a cuero y el atisbo de unas enormes alas cubiertas de vello que batían sobre él.

Entonces, unas garras cayeron del cielo y lo atraparon en algo que parecía una jaula.

Todo terminó antes de que Segundo supiera lo que pasaba. Desde los confortables ruidos del suelo se vio elevado a un silencio quebrado solo por el rumor del batir de las enormes alas del pterosaurio, la sedosa tensión de sus músculos, duros como cables de acero, y el roce del viento. Oteó la tierra, verde, oscura y salpicada de lagos de color azulado, cada vez más lejana. Y entonces la visión se abrió espectacularmente hacia el sudeste, la dirección en la que se encontraba el cometa. La cabeza del cometa era una colosal e insólita linterna que pendía sobre la lengua de agua que se adentraba en tierra firme desde el Golfo de México.

Segundo no anhelaba más que salir de aquella jaula de carne escamosa, volver al suelo y a su madriguera. Arañó las garras que lo tenían preso y trató de morder la carne, pero las escamas de la enorme criatura eran demasiado duras para sus dientecillos.

Y el pterosaurio apretó hasta que las costillas del pequeño primate se partieron.

El pterosaurio era un guiñazuii. Su tamaño era semejante al de un ala delta. Su enorme cabeza desdentada, acabada en un pico triangular y afilado y coronada por una elaborada cresta, tenía forma aerodinámica. Sus huesos huecos y su poroso cráneo hacían de ella una criatura asombrosamente liviana, y tenía un cuerpo diminuto. No era nada más que alas y cabeza. Parecía un esbozo de Leonardo da Vinci.

Cada una de sus alas terminaba en un solitario y gigantesco dedo con forma de espolón. Los tres dedos restantes formaban una pequeña garra en mitad del extremo anterior. Las patas traseras las mantenía abiertas. Con las cuatro extremidades dedicadas a controlar las superficies aerodinámicas de su cuerpo, los parientes del guiñazuii nunca podrían diversificarse, como las aves, adoptando formas corredoras o acuáticas. Pero el éxito de los pterosaurios había sido asombroso. Junto con los pájaros y los murciélagos, era uno de los tres grupos de animales dotados de columna vertebral que

habían conseguido dominar el vuelo y, de hecho, había sido el primero en hacerlo. En esta época, los pterosaurios llevaban más de ciento cincuenta millones de años oscureciendo los cielos de la Tierra.

El guiñazuii era capaz de pescar en aguas poco profundas pero normalmente se alimentaba de carroña. Raras veces capturaba mamíferos vivos. Pero Segundo, que había estado concentrado devorando un gusano que acababa de sacar de la arena, no se había dado cuenta de que, por culpa de la luz del brillante cometa, resultaba muy visible. No era el único animal cuyas costumbres e instintos se habían visto perturbados por la nueva luz del cielo. Había sido una captura fácil.

Se quedó inmóvil, envuelto en dolor, mientras el aire frío soplaba a su alrededor.

Veía las alas extendidas sobre él y la luz del cometa que brillaba azul a través de la piel traslúcida. Oyó el chillido de criaturas minúsculas: las alas de un pterosaurio formaban una extensión enorme de piel casi lampiña y cubierta de venas, una tentación difícil de resistir para los insectos parasitarios. Cada centímetro cuadrado de la superficie de las alas estaba controlada por una capa de tejido muscular que permitía al guiñazuii manejar con exquisita precisión su aerodinámica: su cuerpo era un planeador mejor diseñado que cualquiera construido por la mano del hombre.

El guiñazuii se ladeó para evitar una nube de polvo volcánico que flotaba sobre las jóvenes montañas. Para sus delicadas alas sería desastroso verse atrapadas en una masa de aire tan corrosiva. Era un experto detectando corrientes ascendentes de aire caliente —marcadas por cúmulos o por las laderas de las colinas orientadas al sol— y sabía explotarlas para ascender con facilidad. Para él, el mundo era una red tridimensional de invisibles cintas transportadoras, capaces de llevarlo a cualquier sitio al que deseara ir.

El nido del guiñazuii se encontraba en las colinas de las Rocosas, más allá de la altura a la que llegaban los árboles. Una empinada pared de roca joven ascendía en vertical sobre un saliente manchado de guano y cubierto de trozos de cáscara, huesos y picos. Las crías caminaban ruidosamente por

esta estrecha zona, desperdigando las cáscaras de los huevos de los que habían emergido pocas semanas atrás. Había tres en total; ya habían devorado a un cuarto hermano, más débil.

El padre movió una espuela de hueso en la muñeca que manejaba la forma de las membranas de las alas: como si fueran unos frenos de aire, esto le permitía aminorar sin caer en picado. Se detuvo a un metro sobre la repisa y se posó sobre las patas traseras. Plegó las delicadas membranas de las alas, situó los miembros voladores sobre la espalda y echó a andar, con las rodillas dobladas hacia delante y los codos arqueados.

Segundo fue soltado. Cayó sobre la roca desnuda. Vio cómo se alejaba volando el guiñazuii adulto. Arañó la roca, pero era demasiado dura para excavarla.

Y entonces varios monstruos de pequeño tamaño, teñidos de azul y negro por la luz del cometa, cayeron sobre él. Alimentados por los suculentos regalos de pescado y carne que sus padres les traían, los polluelos estaban creciendo deprisa. Pero sus alas todavía no estaban maduras y sus cuerpos y cabezas eran demasiado grandes. Parecían dinosaurios en miniatura.

El primer pico se clavó en una de las patas traseras de Segundo, casi como en un juego. El olor de su propia sangre le trajo el recuerdo inesperado de su madriguera. Experimentó algo parecido al pesar. Enseñó los dientes. Las voraces crías lo rodearon. En un abrir y cerrar de ojos, su cálido cuerpo fue despedazado.

Pero ahora algo se movía, muy por encima del guiñazuii padre. El pterosaurio estiró aquel esbozo que tenía por cabeza para mirar hacia allí. En la alta atmósfera del Cretácico, alimentada por el aire rico en oxígeno, había aparecido una pirámide de depredadores, con el mismo salvajismo de sus equivalentes terrestres. Pero cuando el guiñazuii vio la vasta sombra que pasaba rozando por encima de las nubes más bajas, supo que no estaba en peligro.

Era solo una ballena voladora.

El animal volador más grande descubierto jamás por los humanos era una especie de guiñazuii conocido como Quetzalcoatlus. La envergadura de

sus alas, con sus quince metros de longitud, era cuatro veces la de la mayor de las aves: el cóndor. Parecía un pequeño avión.

Pero el pterosaurio más grande del mundo era de un orden de magnitud superior.

Las tremendas y delicadas alas de la ballena tenían *cien* metros de longitud. Sus huesos, llenos de cavidades y huecos y asombrosamente ligeros, eran poco más que bosquejos. Su boca era vasta, una caverna traslúcida. El mayor peligro que la amenazaba era un calentamiento excesivo provocado por la luz del Sol, que llegaba sin filtrar a las capas superiores de la atmósfera, pero su cuerpo disponía de una serie de mecanismos para compensarlo, incluida la capacidad de variar el flujo de sangre en las inmensas alas y la posesión de sacos de aire en el cuerpo que permitían perder calor a sus órganos internos.

Su vida tenía por escenario esa tenue y alta capa de aire conocida como estratosfera, situada por encima de las montañas y de la mayoría de las nubes. Pues hasta tan lejos de la superficie había vida: un fino y etéreo plancton de insectos y arañas, remolcado por los vientos. Algunas veces, enjambres enteros de moscas, o incluso de langostas, se veían arrastrados hasta este elevado reino. Aquel era el botín de la ballena, que recogía incansablemente con su inmensa boca.

Mucho más abajo, si su hubiera dignado mirar, la ballena de aire habría asistido al pequeño drama de Segundo, las crías de guiñazuii y el pterosaurio. Pero desde las alturas en las que moraba, tan remotos acontecimientos carecían casi de interés para ella. Cuando bajaba la mirada desde sus aéreos dominios, la ballena podía ver la curva de la Tierra: la gruesa y azulada banda de aire más denso que señalaba el horizonte y el resplandor del mar bajo la luz del cometa. Sobre ella, el cielo se teñía de violeta en el cénit. Estaba a tal altura que el escaso aire que había apenas refractaba la luz. A pesar de la luminosidad del cometa, sus ojos veían estrellas.

La ballena de aire era capaz de circunnavegar el globo siguiendo los vientos estratosféricos y las corrientes ascendentes, sin tocar una sola vez el suelo. Su raza era poco numerosa —el plancton aéreo no permitía más—

pero se extendía por todo el planeta. Tres o cuatro veces en su vida se había emparejado, convocada a las más elevadas cimas de la Tierra por mecanismos innatos desencadenados por los movimientos del Sol. Las cópulas eran superficiales y poco interesantes. Estas criaturas tan delicadas e inmensas no podían permitirse los despliegues y rituales de cortejo de las especies terrestres. Sin embargo, en ocasiones, unos instintos ancestrales salían a la superficie. Podían producirse luchas, a menudo salvajes, casi siempre letales, y cuando esto ocurría, llovían del cielo cuerpos enormes y fláccidos para asombro de los carroñeros de la superficie.

La ballena representaba el producto definitivo de una brutal competición evolutiva, dirigida principalmente a la reducción de peso. Con el paso de las generaciones, todo cuanto superara un mínimo había sido eliminado por selección o reducido hasta una magnitud insignificante. Y, puesto que nada ocurría nunca allí, en lo alto de la estratosfera, entre los órganos más superfluos para aquellas ballenas se encontraba el cerebro. La ballena de aire era uno de los más espectaculares, pero también más estúpidos, miembros de una gran familia. Su cerebro, aunque era un extraordinario centro de control para su complejo sistema de vuelo, era poco más que una calculadora orgánica. De modo que la magnífica vista de que disfrutaba en las alturas no significaba nada para ella.

Solo el aire cargado de oxígeno y cálido de finales del Cretácico permitía que tan inmensas y delicadas criaturas escaparan a las garras de la gravedad, y nunca volvería a existir un banco genético como el de los pterosaurios que suministrara la materia prima para un experimento evolutivo similar.

Los paleontólogos humanos, en su reconstrucción de esta era remota a partir de fragmentos de hueso y plantas fosilizadas, descubrirían muy poco sobre sus auténticos gigantes. La mayoría de los huesos de pterosaurios que encontraran pertenecerían a especies lacustres o marinas, porque era en estos medios donde mejor se conservaban los fósiles. En comparación con ellas, las criaturas que dominaban el techo del mundo, las tierras altas y las cimas de las montañas, dejaban pocos rastros, porque sus hábitats estaban a merced de los efectos furiosos de la tectónica y la erosión: la cordillera más

importante de la era del hombre, el Himalaya, ni siquiera existía durante el Cretácico.

El archivo de los fósiles es incompleto y selectivo. En todos los tiempos han existido monstruos y maravillas que el ser humano no ha llegado siquiera a imaginar, como esta enorme criatura voladora.

Con el más delicado movimiento de sus inmensos dedos extendidos, la ballena plegó las alas y descendió en dirección a una capa especialmente rica en plancton aéreo.

La noche no había terminado aún con Purga.

A pesar de la pérdida de Segundo, continuaba buscando comida. No había otra alternativa. La muerte era una circunstancia siempre presente: la vida seguía. No había tiempo para el pesar.

Pero cuando regresó a su madriguera, una cara pequeña y estrecha salió de la oscuridad y se acercó a ella: un hocico arrugado y móvil, unos ojillos negros y brillantes, unos bigotes temblorosos. Uno de su raza, otro macho.

Siseó y se apartó de la entrada de la madriguera. Olía a sangre. La sangre de sus cachorros.

Ha vuelto a pasar. Sin vacilar, se abalanzó sobre el macho. Pero era rápido y fuerte —sin duda, le sería muy fácil conseguir comida— y la apartó sin dificultades.

Llena de desesperación, Purga salió corriendo al peligroso amanecer, donde los dinosaurios de las montañas estaban empezando a despertar y en el aire resonaban las primeras llamadas de los hadrosaurios. Se dirigía a un viejo helechal que conocía, cuya tierra era seca y estaba cuarteada alrededor de las raíces. Rápidamente se enterró allí, ignorando las húmedas caricias de los gusanos y los escarabajos. Una vez a salvo en su capullo de tierra, se quedó inmóvil, temblando, tratando de desterrar de su cabeza el terrible aroma de la sangre de sus cachorros.

Pero el extraño macho, tras descubrir el rastro de Purga —el aroma de una hembra fértil— la había seguido hasta la madriguera, cubriendo

cuidadosamente las marcas que dejaba con su propio rastro para ocultársela a los demás machos.

Al entrar en la madriguera, los cachorros se habían apiñado a su alrededor. El olor de un congénere había anulado la prudencia que hubieran debido de sentir ante alguien que no pertenecía a su familia. El macho olió en los restos de pelaje y excrementos que allí vivía una hembra fértil y sana. La hembra le era útil, pero los cachorros no. No olían a él. No tenían nada que ver con él. Sin ellos, la hembra tendría muchas más razones para criar a la carnada que él le daría.

Para él, la conclusión era de una lógica aplastante. Los dos cachorros mayores habían tanteado su vientre con las bocas, buscando leche, mientras él consumía a su hermana pequeña.

La noche siguiente, el macho, que había seguido su rastro, volvió a encontrar a Purga. Todavía apestaba a los cachorros muertos, la parte perdida de ella. Se resistió ferozmente.

Tardó dos noches más en aceptar su cortejo. Pero pronto su cuerpo empezaría a incubar a sus pequeños.

Era duro.

Era la vida.

Para Purga no habría supuesto el menor consuelo saber que aquel paisaje brutal, que había engullido ya dos carnadas suyas, sería pronto anegado por una oleada de muerte y sufrimiento que empequeñecería cualquier cosa que ella hubiera sufrido.

IV

La Tierra se encontraba ya dentro de la hinchada cabellera del cometa, la nube dispersa de gases que envolvía el núcleo propiamente dicho.

Por toda la cara nocturna del planeta podía verse la cola, apartándose del Sol. Era como si el planeta se hubiera metido en un túnel lleno de destellos. Los meteoritos, diminutos trozos del cometa que se precipitaban sin causar daño contra la alta atmósfera de la Tierra, cubrían el cielo de estrellas y creaban un juego de luces que los dinosaurios, ajenos a su significado, contemplaban.

Pero el núcleo del cometa era más grande que cualquier meteorito. Se movía a velocidades interplanetarias, veinte kilómetros por segundo. Ya había cruzado la órbita de la Luna.

Desde allí, solo tardaría cinco horas más en llegar a la Tierra.

Durante toda la noche, las aves y los pterosaurios profirieron cantos de confusión. Durante el día, exhaustos, descansaron. En su programación neuronal no había espacio para una nueva luz en el cielo, y su aparición los había perturbado a un nivel celular. También en los mares poco profundos, la luz incesante había trastornado al plancton, y a criaturas más grandes, como los cangrejos y los camarones. Los cínicos cazadores de los arrecifes se alimentaban a sus anchas.

Solo los grandes dinosaurios estaban impávidos. La luz del cometa no suponía diferencia alguna en la temperatura del aire y al caer la auténtica noche se habían sumido en su habitual letargo. En la última noche de un reinado que había durado casi doscientos millones de años, los señores de la Tierra durmieron sin preocupaciones.

De no ser por los huevos de tiranosaurio, el joven gigantosaurio habría visto antes al inquieto troodon. Situado a sotavento de las montañas, se movía silenciosamente entre sombras de color verde. Su nombre significaba «gigante».

En aquella zona el bosque crecía ralo: delgadas araucarias y altos helechos, desperdigados por un suelo cubierto de rocas volcánicas de bordes afilados. No se movía nada. Todo lo que podía esconderse se había escondido ya y todo lo demás estaba inmóvil, esperando a que pasase la sombra de la muerte.

Llegó a un montículo de moho y líquenes. En la superficie, parecía un montón de desperdicios formado por el viento o por el paso de los animales. Pero Gigante reconoció los característicos arañazos y el persistente aroma de un devorador de carne.

Era un nido.

Con un rugido de impaciencia, se lanzó sobre el nido y empezó a desmantelarlo con las hipertrofiadas patas delanteras. Una vez que los huevos estuvieron a la vista, Gigante hundió su afilado pulgar, con una precisión quirúrgica, en el más grande de ellos. Primero sacó la cabeza del embrión. Mientras la clara y la yema resbalaban por el cuerpo, Gigante vio que la cría se estremecía levemente y que su diminuto corazón latía una vez.

Al igual que los embriones de chimpancés, gorilas y humanos, que resultaban inquietantemente semejantes, los fetos de dinosaurio se parecían todos entre sí. Hubiera sido imposible distinguir a aquel embrión de tiranosaurio de uno de cualquier otra especie. Ciego, sordo e inmaduro, el feto, con el atisbo impreciso de la imagen de una madre en su mente, trató de abrir la boca. Gigante se lo metió en la suya y lo engulló sin masticarlo. La vida de la cría terminó en un instante de oscuridad aplastante y ácida.

Lo mismo daba. Aunque no hubiera pasado ningún depredador por allí, el huevo habría sido destruido antes de eclosionar por un monstruo aún más terrible que el gigantosaurio.

Gigante descendía de una raza sudamericana que había llegado al continente mil años antes, atravesando un puente temporal.

En un mundo formado por continentes que se separaban lentamente, la fauna de los dinosaurios se había diversificado. En África había gigantes herbívoros de largo cuello y aspecto arcaico y criaturas parecidas a hipopótamos, con cuerpos gruesos y achatados y poderosos pulgares terminados en garras. En Asia había pequeños y rápidos dinosaurios cornudos, con morros que parecían picos de loro. Y en Sudamérica, los grandes saurópodos eran cazados por depredadores gigantes que operaban en manada. Aquí era como si no hubiera pasado el tiempo, como si todos

siguieran en Pangea. Los gigantosaurios se habían mellado su compleja y perfeccionada dentadura cazando los grandes titanosaurios de Sudamérica.

Gigante era una criatura todavía joven y sin embargo ya superaba en peso a casi todos los grandes carnívoros de su época. Su cabeza era, en proporción al cuerpo, mayor que la de un tiranosaurio, y sin embargo tenía un cerebro más pequeño. Los gigantosaurios eran menos ágiles, menos rápidos y menos brillantes. Tenían más cosas en común con los antiquísimos allosauros, equipados para matar con los colmillos y las garras, mientras que en los tiranosaurios, toda la energía evolutiva se había canalizado hacia las enormes cabezas, especializadas en dentelladas como las de los tiburones. Mientras que los tiranosaurios eran cazadores solitarios y astutos, los gigantosaurios eran animales gregarios. Para derribar a un saurópodo de cincuenta metros de largo y cien toneladas, no hace falta tanto cerebro como fuerza bruta, un rudimentario trabajo de equipo... y una especie de implacable furia.

Pero, al cruzar el puente emergido y llegar a esta nueva tierra, los gigantosaurios se habían visto obligados a afrontar la presencia de un orden establecido de depredadores. Los invasores no habían tardado en aprender que nunca llegarían a controlar la zona hasta que llevasen a cabo un sanguinario golpe de estado contra el carnívoro dominante.

Y por esta razón, aquel joven gigantosaurio estaba devorando resbaladizos embriones de tiranosaurio. Implacable, Gigante fue rompiendo un huevo detrás de otro. El nido, cuidadosamente construido, se convirtió en una masa de fragmentos de huevo, moho y pedazos de crías desmembradas. Gigante estaba dándose un banquete... y lanzando un desafío.

Sería una transferencia de poder. El tiranosaurio había sido el depredador dominante, dueño y señor de la tierra en cien kilómetros a la redonda, como si el ecosistema entero fuera una inmensa granja establecida en su beneficio. Las especies predadoras habían alcanzado un compromiso con la formidable presencia que vivía entre ellas: gracias a su armadura, sus armas o sus estrategias evasivas, cada una de las especies cazadas había alcanzado un punto en el que sus pérdidas que sufrían a manos de los

depredadores no suponían una amenaza para la supervivencia de las manadas.

Con el tiempo suficiente, todo aquello habría cambiado. El impacto de la voracidad de los invasores habría trastocado la cadena trófica y habría perturbado a todas las criaturas, grandes y pequeñas, antes de que pudiera alcanzarse un nuevo equilibrio. Y las especies depredadoras habrían tardado más todavía en aprender nuevos comportamientos, o incluso en evolucionar, copiando sistemas o armaduras para enfrentarse a los gigantosaurios.

Pero nada de todo esto ocurriría. El clan de los gigantosaurios no tendría tiempo de explotar su triunfo. No en las pocas horas que le quedaban.

Una vez destruido el nido, Gigante se alejó. Seguía hambriento, como siempre.

Olía a putrefacción en el aire inmóvil y nublado. Algo enorme había muerto. Puede que fuese carne fácil. Se abrió camino por un banco de helechos muy altos y emergió a otro pequeño claro. Al otro lado, tras una pequeña pantalla de follaje, se avistaba a duras penas el flanco negro de un joven volcán.

Y allí, en mitad del claro, estaba el dinosaurio —un troodon—, casi inmóvil sobre una franja de suelo arañado.

Gigante se detuvo. El troodon no lo había visto. Y estaba solo: no se veía a ninguno de los vigilantes compañeros que asociaba con las manadas de aquel pequeño y ágil dinosaurio.

Había algo raro en su forma de comportarse. Y eso, o al menos esa fue la conclusión a la que llegó el siniestro cálculo predatorio de su mente, le daba una oportunidad.

Diente que Hiere debería haber sido capaz de sobreponerse a la pérdida de un puñado de huevos.

A fin de cuentas, vivía en una era salvaje. Las tasas de mortalidad infantil eran inmensas. Y, en cualquier momento de la vida, la muerte repentina estaba presente. El troodon había aprendido a vivir en un mundo así y su evolución le permitía adaptarse a él.

Pero no podía sobreponerse, ya no.

Siempre había sido la más débil de su carnada. Ni siquiera habría sobrevivido a los primeros días tras la eclosión de no ser porque el azar quiso que sus hermanos fueran diezmados por un marsupial depredador. Con el tiempo había logrado sobreponerse a su debilidad física y había terminado por convertirse en una cazadora eficaz. Pero en una parte oscura de su mente seguía siendo la más débil, la criatura a la que sus hermanos robaban la comida e incluso consideraban como posibilidad para saciar su apetito.

Añadámosle a esto el lento emponzoñamiento causado por los vapores y polvos de los volcanes del oeste. Añadámosle a esto la percepción de su propia vejez. Añadámosle a esto el mazazo de la pérdida de su prole. No había podido sacarse el olor de Purga de la cabeza.

Diente que Hiere estaba inmóvil y en silencio. El olfato le decía que la madriguera estaba justo debajo de ella. Se inclinó y apretó un lado de la cabeza contra el suelo. Pero no oyó nada. Los primates estaban muy quietos.

Así que esperó, largas horas, mientras el Sol ascendía por el cielo del último día, mientras la luz del cometa se iba volviendo poco a poco más brillante. Ni siquiera parpadeó cuando los meteoritos empezaron llenar el cielo de bengalas.

Si hubiera sabido que un gigantosaurio estaba observándola, no le habría importado. Ni siquiera le habría importado si hubiera conocido lo que significaba el cometa. Solo quería atrapar a Purga; eso era todo.

Era una curiosa ironía que su gran inteligencia fuera precisamente la que la hubiera llevado a ello. Pertenecía a una de las pocas razas de dinosaurio lo bastante inteligentes como para volverse locos.

Todavía no había oscurecido. Purga lo sabía gracias a la luz que se colaba por la tosca entrada de su madriguera. Pero, ¿qué era el día y qué era la noche en estos tiempos extraños?

Tras pasar varias noches bañada en la luz del cometa estaba exhausta, malhumorada y hambrienta, lo mismo que su pareja, Tercero, y sus dos cachorros supervivientes. Los cachorros tenían ya casi el tamaño suficiente para cazar por sí solos, y por tanto eran peligrosos. Si no había comida suficiente, la familia, encerrada en aquella madriguera, podía recurrir al canibalismo.

Los imperativos reptaron por su mente y tomó una nueva decisión. Tendría que salir, aunque supiera que no era el mejor momento, aunque la tierra estuviera llena de luz. Con paso vacilante se encaminó a la entrada.

Una vez fuera, se detuvo para escuchar. No se oían pasos que hicieran temblar la tierra. Avanzó un paso más, con el hocico arrugado y los bigotes temblando.

La luz era intensa, extraña. En el cielo seguía cayendo material del cometa, que iluminaba la cúpula del firmamento como un espectáculo de silenciosos fuegos de artificio. Era extraordinario, sugerente de algún modo... demasiado remoto para dar miedo...

Una inmensa jaula cayó del cielo. Purga retrocedió hacia la madriguera. Pero aquellas grandes manos fueron más rápidas y los gruesos y nudosos músculos cerraron los dedos a su alrededor.

De pronto se encontró frente a una valla de colmillos, cientos de ellos, un rostro tremendo, unos ojos de reptil tan grandes como su cabeza. Una boca gigante se abrió y Purga olió a carne.

El rostro del dinosaurio, con su vasto, delgado y pelado hocico, carecía por completo de la musculosa agilidad del de Purga. La cabeza de Diente que Hiere era rígida, desprovista de expresión, como la de un robot. Pero aunque no lo pareciera, todo su ser estaba concentrado en el diminuto y cálido mamífero que tenía en su poder.

Con los miembros pegados al vientre, Purga dejó de resistirse.

Extrañamente, Purga, en aquel momento final, conoció una especie de paz que Diente que Hiere habría envidiado. Purga estaba ya en la madurez y tanto sus movimientos como sus pensamientos empezaban a dar señales de decadencia. Y había, a fin de cuentas, alcanzado todo lo que una criatura como ella podía aspirar a alcanzar. Había tenido hijos. Aun atrapada como

estaba en la fría presa del troodon, podía captar el olor de sus cachorros en su propio pelaje. Ella moriría —allí y en aquel momento, en un abrir y cerrar de ojos— pero la especie perduraría.

... Pero algo se movió por detrás del voluminoso cuerpo del troodon, algo aún más grande, una montaña que se deslizaba en completo silencio.

El troodon estaba comportándose con inaudito descuido. A Gigante no le importaban las razones. Y tampoco le importaba el pedazo de carne cálida que tenía entre las garras.

Su ataque fue veloz, silencioso y completamente salvaje, un solitario mordisco en el cuello. Diente que Hiere tuvo tiempo de experimentar un instante de sorpresa, de increíble dolor... y entonces, mientras una luz blanca la envolvía, de curioso alivio.

Sus manos se abrieron. Una bola de pelo salió despedida.

Antes de que el cuerpo de Diente que Hiere cayera al suelo, Gigante había renovado su ataque. Con un movimiento rápido, le abrió el vientre y empezó a desparramar las entrañas. Arrojó el contenido al suelo sacudiéndolas de un lado a otro. La comida, manchada de sangre y a medio digerir, se esparció por el lugar.

Sus dos hermanos no tardaron en aparecer corriendo desde el otro lado del claro. Los gigantosaurios cazaban juntos pero lo mejor que puede decirse de su sociedad es que era frágil. Gigante sabía que no podía defender su captura, pero estaba decidido a no perderla entera. Al mismo tiempo que engullía el hígado de Diente que Hiere, se volvió para atacar con patas y colmillos.

Purga se encontró en el suelo. Sobre ella, las montañas batallaban con feroz salvajismo. Una lluvia de saliva y sangre caía a su alrededor. No sabía lo que había pasado. Estaba preparada para morir. Y de pronto volvía a estar en el suelo, libre de nuevo.

Y la luz del cielo se volvía cada vez más extraña.

El núcleo del cometa podría haber atravesado el volumen de espacio ocupado por la Tierra en apenas diez minutos.

Por culpa del enorme aumento de temperatura que había soportado, el cometa había perdido mucha masa, pero no en proporciones catastróficas. Si hubiera podido completar su órbita alrededor del Sol, había regresado a la nube de cometas, enfriándose rápidamente mientras sus hermosas cabellera y cola se dispersaban en la oscuridad, para reanudar su sueño de eones.

Si hubiera podido.

Durante días y semanas, el cometa había avanzado por el cielo, pero con lentitud, con un movimiento imperceptible para cualquier criatura que estuviera observando. Pero ahora la brillante cabeza estaba deslizándose: deslizándose cielo abajo como un sol poniente, hundiéndose en dirección al horizonte del sur.

Por toda la cara iluminada por el planeta se hizo el silencio. En los lagos medio secos, las manadas de grandes herbívoros levantaron la mirada. Los raptores dejaron de acechar y perseguir, solo por un momento, mientras sus astutos cerebros trataban de interpretar aquel espectáculo sin precedentes. Los pájaros y los pterosaurios levantaron el vuelo desde sus nidos, sobresaltados por una amenaza que no podían comprender, y buscaron la seguridad del aire.

Hasta los gigantosaurios cesaron en su brutal proceso de alimentación.

Purga corrió hacia la oscuridad de su madriguera. La cabeza decapitada del troodon cayó tras ella, tapó la entrada y siguió a Purga con una mirada grotesca y vacía mientras la luz continuaba cambiando.

OceanofPDF.com

2

Cazadores de Pangea

PANGEA,

C. 145 MILLONES DE AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

I

Ochenta millones de años antes de que Purga naciera, un ornitolestes caminaba silenciosamente por la densa jungla jurásica, cazando diplodocus.

El ornito era un activo dinosaurio carnívoro. Era casi tan alto como un humano adulto pero su esbelto cuerpo no alcanzaba ni la mitad de su peso. Poseía poderosas patas anteriores, una cola alargada que utilizaba para equilibrarse y afilados colmillos cónicos. Estaba cubierta de un plumón de color pardo, un camuflaje que resultaba muy útil en los linderos de los bosques, donde su especie había evolucionado como cazadores de carroña y huevos. Era como un pájaro grande y cubierto de plumón.

Pero su frente, con un arco superciliar muy elevado que descansaba como un detalle incongruente sobre un rostro afilado, como de cocodrilo, casi podría haber pasado por humana. Alrededor del talle llevaba un cinturón y un látigo enrollado. Sus alargadas manos prensiles empuñaban una herramienta, una especie de lanza.

Y tenía nombre. Su traducción sería algo así como «atenta» porque, aunque era joven, había demostrado ya que poseía un oído excepcional.

Atenta era un dinosaurio: un dinosaurio que creaba herramientas y tenía nombre.

A pesar de su capacidad de destrucción, las manadas de grandes herbívoros y dinosaurios blindados de la época de Purga no eran más que un recuerdo de los gigantes del pasado. En la era jurásica la Tierra había visto los mayores animales terrestres de toda su historia. Y habían sido perseguidos por cazadores con lanzas envenenadas.

Atenta y su pareja caminaban silenciosamente por entre las sombras verdes de los linderos del bosque, moviéndose con una silenciosa coordinación que les hacía parecer dos mitades de una misma criatura. Durante generaciones, remontándose hasta la inconsciencia teñida de rojo de sus antepasados, esta raza de carnívoros había cazado en parejas, así que eso es lo que ellos hacían.

Los bosques de esta era estaban dominados por altas araucarias y gingkos. En los espacios abiertos había un escondite de helechos bajos, árboles jóvenes y arbustos de cicádeas. Pero no había plantas en flor. Aquel era un mundo bastante monótono, de aspecto inacabado, un mundo gris, verde y pardo, un mundo sin color por el que caminaban los cazadores.

Atenta fue la primera en oír la manda de diplodicus que se aproximaba. Lo sintió como una suave trepidación en los huesos. Inmediatamente cayó al suelo, apartó los helechos y las agujas de conífera y pegó la cabeza al suelo pisoteado.

El sonido era un rugido sordo, como un lejano terremoto. Aquellas eran las voces más graves de los diplodicus, las que Atenta llamaba voces del

vientre, una forma de contacto de baja frecuencia que podía alcanzar kilómetros de distancia. La manada debía de haber abandonado la arboleda en la que había buscado refugio del frío de la noche, esas horas de tregua en las que tanto los cazadores como los cazados se sumergían en una inmovilidad desprovista de sueños. Cuando los diplodicus se movían era cuando tenías la oportunidad de acosarlos y, con un poco de suerte, de capturar algún cachorro o inválido.

La pareja de Atenta se llamaba Estego, porque era muy terco, tan reacio a dejarse apartar de su camino como los poderosos —pero famosos por su estupidez— estegosaurios. Preguntó, *¿están moviéndose?*

Sí, contestó ella, *están moviéndose.*

Los cazadores carnívoros estaban acostumbrados a trabajar en silencio. Así que su lengua estaba compuesta de suaves cloqueos, señales y movimientos corporales. No utilizaban expresiones faciales porque las caras de los ornitos eran tan rígidas como las de cualquier dinosaurio.

Conforme se aproximaban a la manada, el ruido de las voces del vientre de los grandes animales se hizo más evidente. Hacía temblar la tierra: las lánguidas frondas de los helechos vibraban y se levantaban nubecillas de polvo que echaban a bailar, como si estuvieran impacientes por su llegada. Los ornitos no tardaron en oír las pisadas de los poderosos animales, impactos tremendos y remotos que sonaban como si unos peñascos estuvieran desplomándose por la ladera de una colina.

Los ornitos llegaron al extremo mismo del bosque. Y allí, frente a ellos, se encontraba la manada.

Cuando los diplodicus andaban, era como si el paisaje estuviera cambiando, como si las colinas hubieran sido desarraigadas y estuvieran desplazándose líquidamente por la tierra. A un observador humano le habría costado comprender lo que veía. La escala era imposible: aquellas inmensas masas deslizantes tenían que ser algo geológico, no animal.

El más grande de los cuarenta ejemplares que formaban aquella manada era una inmensa matriarca diplodicus que llevaba casi un siglo gobernándola. Tenía más de treinta metros de longitud, cinco metros de altura en las caderas y pesaba veinte toneladas, pero hasta los cachorros de

la manada, algunos de ellos de menos de diez años de edad, eran más grandes que el mayor elefante africano. La matriarca caminaba con el inmenso cuello y la cola casi horizontales, paralelos al suelo durante decenas de metros. El peso de sus inmensas tripas lo sustentaban las poderosas caderas y unas patas tan gruesas como elefantes. A lo largo de su cuello, su espalda y su cola corrían poderosos ligamentos, anchos como cables de acero, alojados en los canales que cubrían la columna vertebral. El peso del cuello y de la cola tensaba los ligamentos, equilibrando el peso del torso. Estaba construida como un puente de suspensión biológico.

La cabeza de la matriarca era tan pequeña que resultaba casi absurda, como si perteneciera a un animal completamente diferente. Sin embargo, era el conducto por el que tenía que pasar toda la comida. Se alimentaba constantemente, con unas mandíbulas poderosas capaces de arrancar trozos enteros de árboles, y una musculatura que vibraba como si fuera fluida mientras procesaba con rapidez la dieta de baja calidad con la que se alimentaba. Incluso mientras dormía, seguía paciendo. En un mundo tan feraz como el de finales del Jurásico, encontrar comida no suponía problema.

Un animal tan grande solo podía moverse con tectónica lentitud. Pero la matriarca no tenía nada que temer. Contaba con la protección de su inmenso tamaño, una fila de protuberancias óseas afiladas como colmillos y las recias placas blindadas de su espalda. No necesitaba ser inteligente, veloz ni ágil. Su pequeño cerebro se ocupaba principalmente de la biomecánica de su inmenso cuerpo, de equilibrar, disponer y mover. A pesar de la inmensidad de su masa, la matriarca poseía una extraña elegancia. Era una bailarina de veinte toneladas.

Mientras la manada avanzaba, los herbívoros gruñían y pifiaban, irritados cuando un poderoso cuerpo impedía el paso a otro. Por debajo de todo esto se oía el chirriante y mecánico ruido de los estómagos de los diplodocus. En el interior de aquellos poderosos estómagos había rocas que retumbaban y entrechocaban continuamente para contribuir al proceso de digestión. Las tripas de un diplodocus eran un procesador altamente eficiente del material dispar y de baja calidad que apenas masticaban la

pequeña cabeza y las mandíbulas, carentes de musculatura. Emitía el sonido de una batería de maquinaria pesada en funcionamiento.

Alrededor de este inmenso desfile se encontraban los seguidores del campamento de los grandes herbívoros. Los insectos volaban entre los propios diplodocus y los inmensos montones de deyecciones. Entre los enjambres se veía gran variedad de pequeños pterosaurios insectívoros. Algunos de estos se posaban en los lomos de los diplodocus, sin que estos lo advirtiesen siquiera. Había incluso una pareja de desgarbadas proto-aves parecidas a gallinas, correteando entre las patas de los diplodocus y picoteando alegremente los gusanos, las garrapatas y los escarabajos. Y luego estaban los dinosaurios carnívoros, que a su vez cazaban a los cazadores. Atenta vio una manada de jóvenes coelurosaurios acechando a sus presas entre las patas de los herbívoros, anchas como troncos, y arriesgándose cada segundo a morir por culpa de un pisotón o un movimiento inesperado de alguna cola.

Era una comunidad vasta y móvil, una ciudad que marchaba sin descanso por aquel mundo boscoso. Y era una comunidad de la que Atenta formaba parte, en la que había pasado toda su vida y a la que seguiría hasta el día de su muerte.

La matriarca diplodicus acababa de llegar a una arboleda de gingkos, altos y rebosantes de follaje. Los cables de su cuello levantaron la cabeza para que pudiera inspeccionarlos con más detenimiento. A continuación, introdujo la cabeza entre las hojas y empezó a comer, arrancando las hojas con sus gruesos dientes. Los demás adultos se unieron a ella. Los animales empezaron a derribar los árboles, rompiendo los troncos e incluso desarraigándolos del todo. La arboleda desapareció en cuestión de instantes. Los gingkos tardarían décadas en recobrarse de esta breve visita. Así era como los diplodocus modelaban el paisaje. Dejaban tras de sí un gran garabato de tierra despejada, un corredor de verde sabana en un mundo dominado por los bosques, porque la manada arrasaba de tal modo la vegetación de cualquier área por la que pasaba que tenía que mantenerse en constante movimiento, como un ejército saqueador.

No eran los herbívoros más grandes. Este honor correspondía a los gigantescos braquiosaurios, tan altos como árboles y capaces de alcanzar las setenta toneladas de peso. Pero los braquiosaurios eran animales solitarios o se movían en grupos pequeños. Las manadas de diplodocus, formadas a veces hasta por un centenar de miembros, habían modelado el paisaje como ninguna otra criatura lo había hecho o volvería a hacerlo.

Aquella manada llevaba reunida, viajando siempre en dirección este, con miembros diferentes y la misma estructura, desde hacía diez mil años. Pero había sitio para travesías titánicas como la suya.

La tierra del Jurásico estaba dominada por un solitario e inmenso continente: Pangea, nombre que significaba «la tierra de toda la Tierra». Era un poderoso continente. Sudamérica y África se habían acoplado para formar una parte de la colosal plataforma de roca y un río titánico drenaba el corazón del supercontinente, un río del que el Amazonas y el Congo no eran más que afluentes.

Al fundirse los continentes se había producido una enorme pulsación de muerte. La desaparición de las barreras de montaña y océano habían forzado a las especies de plantas y animales a mezclarse. Ahora, una uniformidad de fauna y flora ocupaba toda Pangea, de un océano al otro, de un polo al otro, una uniformidad que se mantenía mientras las vastas fuerzas tectónicas empezaban a trabajar para fracturar las inmensas masas continentales. Solo un puñado de especies había sobrevivido a la fusión: insectos, anfibios, reptiles... y protomamíferos, criaturas parecidas a reptiles con ciertos rasgos de mamífero, una calaña torpe, fea e incompleta. Pero este puñado de especies terminaría con el tiempo por dar a luz a todos los mamíferos, el ser humano incluido, y a los linajes de las aves, los cocodrilos y los dinosaurios.

Como si quisieran responder al colosal paisaje en el que se encontraban, los diplodocus habían crecido hasta alcanzar proporciones inmensas. Desde luego, su inmensidad era apropiada para estos tiempos de vegetación impredecible e híbrida. Gracias a la longitud de su cuello, un diplodocus podía recorrer metódicamente una gran área sin necesidad de moverse,

tomando todo cuanto pudiera necesitar incluso de las ramas bajas de los árboles.

Sin embargo, en la inteligencia de los ornitos, los diplodocus afrontaban un peligro nuevo, un peligro para el que la evolución no los había preparado. Empero, tras más de un siglo de vida, la matriarca había adquirido una especie de sabiduría y sus ojos, teñidos de un profundo rojo por el paso de los años, revelaban que sabía algo de los diestros horrores que perseguían a sus hermanos.

Los pacientes ornitos tuvieron al fin su oportunidad.

Los diplodocus seguían apiñados alrededor de los troncos de los gingkos, formando una estrella con sus cuerpos. Las cabezas, sobre sus alargados cuellos, se inclinaban sobre el esparcido follaje como brazos mecánicos recogiendo fruta. Los cachorros permanecían cerca de la manada pero por el momento, estaban excluidos de las tareas de los gigantescos adultos.

Excluidos, olvidados, expuestos.

Estego alargó el cuello hacia uno de ellos. Era un poco más pequeño que los demás: tan grande como el más grande de los elefantes africanos, un auténtico enano. Estaba teniendo dificultades para abrirse camino entre los adultos, y deambulaba por el extremo de la formación con el nerviosismo de un pájaro colosal.

Entre los diplodocus no existía auténtica lealtad. La manada era una formación de conveniencia, no una agrupación familiar. Los diplodocus ponían sus huevos en los linderos del bosque y luego los abandonaban. Las crías que sobrevivieran tendrían que esconderse en los bosques hasta alcanzar un tamaño suficiente para salir a campo abierto y buscar una manada.

La manada tenía un sentido estratégico: los diplodocus se protegían unos a otros por su mutua presencia. Y todas las manadas necesitaban sangre nueva para pervivir. Pero si un depredador se llevaba a un cachorro, así eran las cosas: en los inmensos bosques de Pangea siempre había otro

para ocupar su lugar. Era como si la manada aceptara estas pérdidas como un peaje obligado pagado por su paso continuo por las ancestrales arboledas.

Aquel día, parecía que aquella pequeña hembra era la que iba a pagar el peaje.

Atenta y Estego sacaron los látigos de piel de diplodocus que llevaban en el cinturón. Con los látigos levantados y las lanzas preparadas, avanzaron sigilosamente entre los arbolillos y helechos que jalonaban el linde del bosque. Probablemente, los diplodocus no reaccionaran aunque los vieran: su programación evolutiva no contenía una señal de alarma frente a la aproximación de dos depredadores tan pequeños.

Se entabló una silenciosa conversación con movimientos sutiles, gestos de la cabeza y miradas.

Esa, dijo Estego.

Sí. Débil. Joven.

Voy a acercarme a la manada. Usaré el látigo. Trataré de asustarlos. De separar al cachorro.

Sí. Yo iré la primera...

Debería de haber sido cosa de rutina. Pero mientras los ornitos se aproximaban, los coelorosaurios se escabulleron y los pterosaurios batieron sus torpes alas para remontar el vuelo.

Estego soltó un siseo. Atenta se volvió.

Y se encontró frente a otro ornito.

Había tres en total, vio Atenta. Eran un poco mayores que Estego y ella. Eran animales hermosos, cada uno de ellos con la característica cresta de escamas decorativas a lo largo de la cabeza y el cuello. Atenta sintió que su cuerpo, obedeciendo a un instinto ancestral e incontrolable, respondía levantando sus propias escamas.

Pero aquellos ornitos estaban desnudos. No llevaban un cinturón de corteza tejida alrededor del talle, como el suyo; no tenían látigos, ni lanzas, y sus alargadas manos estaban vacías. No pertenecían a la nación de Atenta. Eran sus parientes lejanos — ornitos salvajes—, las criaturas de pequeño cerebro de las que descendía su raza.

Lanzó un siseo, con la boca muy abierta, y salió a campo abierto. *¡Largaos! ¡Fuera de aquí!*

Los ornitos salvajes no retrocedieron. Con las bocas muy abiertas y meneando las cabezas, le lanzaron miradas furiosas.

Atenta sintió una punzada de aprensión. Hacía no tanto, tres criaturas como aquellas habrían huido al verla. Los salvajes habían aprendido a temer la picadura de las armas que empuñaban sus parientes más listos. Pero el hambre superaba su temor. Seguramente había pasado mucho tiempo desde la última vez que habían topado con una manada de diplodocus, su fuente de sustento principal. Lo más probable es que los muy rastreros tuvieran la intención de robar lo que Atenta y Estego cazaran.

El mundo-bosque estaba cada vez más abarrotado.

Atenta, enfrentada a aquel inesperado recordatorio de la estupidez de su pasado, sabía que no debía mostrar miedo. Siguió dirigiéndose en línea recta hacia los tres ornitos salvajes, inclinando la cabeza y gesticulando. *Si creéis que vais a robarme las presas, será mejor que lo penséis dos veces. Marchaos de aquí, animales.* Pero sus tontos parientes respondieron con siseos y graznidos.

La conmoción estaba empezando a distraer a los diplodocus. La pequeña hembra acababa de refugiarse entre la manada, donde los cazadores no podrían alcanzarla. La gran matriarca miró a su alrededor, girando la cabeza como una cámara montada sobre una grúa.

Era la oportunidad que los allosaurios habían estado esperando.

Los allos esperaban, inmóviles como estatuas, a la sombra de los árboles, erguidos sobre sus enormes patas traseras y con las tres garras de las esbeltas extremidades delanteras plegadas. Era una manada formada por cinco hembras que, aunque todavía no habían alcanzado la edad adulta, superaban ya los diez metros de altura y las dos toneladas de peso. Los allosaurios no estaban interesados en las crías. Su objetivo era un obeso macho que, al igual que ellas, todavía no había alcanzado la madurez. Mientras la manada, distraída por la conmoción de la pelea entre los ornitos, se arremolinaba, el macho, sin darse cuenta, se separó de la protectora proximidad de sus hermanos.

Los cinco allos atacaron inmediatamente, por el suelo y por el aire. Sus garras delanteras, parecidas a garfios, infligieron inmediatamente profundas y feas heridas. Utilizaron sus sólidas cabezas como garrotes, para golpear al diplodocus, y sus dientes, afilados como dagas serradas, se hundieron en la carne del herbívoro. A diferencia de los tiranosaurios, poseían manos grandes y brazos largos y fuertes, que utilizaban para sujetar a los diplodocus mientras los desmembraban.

Los allosaurios eran los carnívoros más pesados terrestres de todos los tiempos. Eran como elefantes, solo que caminaban erguidos, podían correr a gran velocidad y comían carne. La escena fue una inmensa y feroz carnicería.

Mientras tanto, la manada de diplodocus estaba preparándose para repeler el ataque. Los adultos, entre bramidos de protesta, balanceaban sus enormes cuellos de un lado a otro, a poca distancia del suelo, a fin de barrer a cualquier depredador que fuera tan estúpido como para acercárseles. Incluso, uno de ellos se levantó sobre las patas traseras, una visión realmente imponente.

Y desplegaron su arma más terrible. Las colas de diplodocus empezaron a restallar alrededor de la manada y el aire se llenó con el estallido de unas ondas expansivas increíblemente ruidosas. Ciento cuarenta y cinco millones de años antes de la humanidad, los diplodocus habían sido los primeros animales de la historia en romper la barrera del sonido.

Los allosaurios reaccionaron con rapidez. Sin embargo, uno de ellos recibió en plena caja torácica el latigazo de una cola supersónica. Los allosaurios eran animales rápidos y sus huesos eran muy livianos. La cola partió tres costillas, que atormentarían al allosaurio durante meses.

Pero el ataque, en aquellos momentos escasos y abrasadores, había tenido éxito.

Ya una de las patas del macho, incapaz de sostener todo su peso con los tendones destrozados, había cedido. Muy pronto, la pérdida de sangre lo debilitaría más aún. Levantó la cabeza y profirió un rugido quejumbroso. Aún tardaría horas en morir — a los allosaurios, como a tantos otros carnívoros, les encantaba jugar— pero su vida estaba condenada.

Gradualmente, el crepitar de los latigazos fue remitiendo y la manada se tranquilizó.

Pero fue la gran matriarca la que lanzó el último coletazo.

Cuando los allosaurios habían atacado, los ornitos, repentinamente unidos en el terror, habían escapado del claro. Ahora, Atenta y Estego, con las armas ociosas en las manos, frustrada la cacería, habían tenido que esconderse entre la maleza del linde del bosque. Pero no todo eran malas noticias. Puede que, cuando los allos hubieran terminado de comer, quedase algo de carroña del caído diplo...

En ese momento cayó aquel último coletazo. La inmensa cola descendió sobre la espalda de Estego y lo hirió de muerte. Lanzó un grito, se tambaleó y cayó en el claro, con la boca abierta. Las pupilas verticales de sus ojos palpitaron mientras levantaba la mirada hacia Atenta.

Y uno de los allosaurios, no muy lejos, se volvió hacia él con vidrioso interés. Atenta, conmocionada, permaneció inmóvil, como paralizada.

De un solo salto, el allo alcanzó a Estego. Estego chilló y arañó el suelo. El allo lo tanteó con el hocico, casi con suavidad.

Entonces, con asombrosa rapidez, la cabeza del allo salió despedida hacia delante y de una sola dentellada limpia, le seccionó la cabeza a Estego. Lo cogió por los hombros y lo levantó en volandas. La cabeza pendía de unos jirones de piel pero el cuerpo seguía convulsionándose. Se lo llevó al otro extremo del claro, lejos de la manada, donde empezó a devorarlo. El proceso fue muy eficiente. El allo tenía articulaciones en las mandíbulas y el cráneo que le permitían, igual que una pitón, abrir la boca y colocar los dientes de la manera que le permitiera consumir mejor a sus presas.

Atenta se encontró mirando estúpidamente la huella de un allosaurio, un cráter de tres dedos plantado firmemente sobre el barro pisoteado. *Un cazador sin pareja es como una manada sin matriarca:* un proverbio ornito que se repetía una y otra vez en su cabeza.

La gran matriarca de los diplodocus volvió la cabeza y miró directamente a Atenta. Atenta comprendió. La pela de los ornitos había dado a los allosaurios una oportunidad de atacar. De modo que, con su

coletazo, la matriarca había sacado a Estego de su escondite. Se lo había entregado a los allos. Había sido un acto de venganza.

Algo, un núcleo oscuro, se endureció en el interior de Atenta.

Sabía que pasaría el resto de su vida con aquella manada. Y sabía también que la matriarca era el individuo más importante en su seno, la que ofrecía protección a los demás con su tamaño y fuerza y la que los guiaba con la sabiduría adquirida a lo largo de los años. Sin ella, la manada estaría mucho menos coordinada y sería mucho más vulnerable. En cierto modo, la matriarca era la criatura más importante de la vida de Atenta.

Pero en aquel momento, juró que también ella se cobraría venganza.

Cada noche, los ornitos se retiraban a su bosque ancestral, donde antaño habían cazado mamíferos, insectos y huevos de diplodocus. Se dispersaban en pequeños grupos y rodeaban la zona con grupos de centinelas bien armados. Aquella noche todos compartieron los lamentos. La nación ornito solo tenía varios centenares de miembros y no podía permitirse el lujo de perder a un macho joven tan fuerte e inteligente como Estego.

Mientras el frescor de la noche la cubría, Atenta descubrió que no podía descansar.

Levantó la mirada hacia el cielo, cubierto de auroras, esbeltas esculturas tridimensionales de luz verde y púrpura. En esta época el campo magnético de la Tierra era tres veces más intenso que en tiempos del hombre y cuando las brillantes auroras atrapaban los vientos solares, a veces envolvían el planeta de polo a polo. Pero las luces del cielo no significaban nada para Atenta y no le proporcionaron consuelo ni distracción.

Buscó refugio en los recuerdos de tiempos más sencillos y felices, cuando Estego y ella, emulando a sus parientes lejanos, habían cazado huevos de dinosaurio. El truco estaba en buscar un trecho de bosque, no muy lejos de los linderos, que aparentara carecer de vida y que estuviera cubierto de tierra y hojas. Si pegabas la oreja al suelo y tenías suerte, podías oírlo, el revelador sonido de las crías de diplodocus al arañar el interior de los huevos. Atenta siempre había preferido esperar, proteger «su» nido de

los demás hasta que las crías de diplodocus empezaban a salir de los huevos y asomaban la cabecita entre la tierra.

Para una mente inventiva como la de Atenta, el número de juegos que aquello permitía era infinito.

Podías tratar de adivinar qué cría sería la siguiente en salir. Podías ver el tiempo que tardabas en matar a una cría después de que hubiera visto por vez primera la luz del día. Podías hasta dejar que salieran del todo del cascarón. Con más de un metro de longitud, con los flojos cuellos y las colas columpiándose, la única prioridad de las crías era escapar al interior del bosque. Podías dejar que una de ellas llegara casi hasta la maleza y cuando estuviera a punto de conseguirlo, la arrastrabas de nuevo al punto de partida. Podías devorarle las patas una por una, o arrancarle trozos de la cola y, mientras engullías la delicada carne, ver cómo luchaban por escapar en los escasos instantes que duraba su vida.

A todos los carnívoros inteligentes les gustaba jugar con sus presas. Era una manera de aprender sobre el mundo, sobre el comportamiento de los animales de presa, de afinar sus reflejos. Para su época, los ornitos habían sido unos carnívoros muy inteligentes.

Una vez, hace no más de veinte mil años, un nuevo juego se le había ocurrido a uno de ellos. Había cogido un palo cercano con su mano prensil y lo había utilizado para buscar huevos.

La siguiente generación, los palos se utilizaban ya como ganchos para extraer los embriones y como afiladas lanzas para atravesarlos.

Y la siguiente, estaban utilizándose las nuevas armas en presas más grandes: crías de diplodocus de no más de cinco o seis años, que todavía no formaban parte de ninguna manada pero ya valían en carne lo que centenares de embriones. Mientras tanto había nacido un rudimentario lenguaje a partir de las sutiles comunicaciones entre los miembros de la manada.

Siguió una especie de carrera armamentística. En aquella era de presas inmensas, las herramientas de los ornitos, sus comunicaciones más sofisticadas y sus estructuras complejas recibieron enseguida la recompensa de mejores y más grandes capturas. Los cerebros de los ornitos se

expandieron rápidamente para responder a las necesidades de la fabricación de herramientas, la creación de sociedades y el procesamiento del lenguaje. Pero también experimentaron la necesidad de consumir más alimento para sustentar sus grandes cerebros en expansión, lo que hizo que fueran necesarias herramientas aún mejores. Fue una espiral virtual que se reproduciría mucho más adelante, en la larga historia de la Tierra.

Los ornitos se extendieron por toda Pangea, siguiendo a las manadas de sus presas en su recorrido por el supercontinente a lo largo de los vastos corredores que abrían en los bosques.

Pero las condiciones estaban cambiando. Pangea estaba fracturándose y su columna vertebral se debilitaba. Estaban empezando a abrirse valles tectónicos, inmensas zanjas llenas de cenizas y lava. Nacerían nuevos océanos formando una gran cruz. Con el tiempo, el Atlántico separaría las Américas de África y Eurasia, mientras el gran Tethys ecuatorial separaría a Europa y Asia de África, India y Australasia. Pangea se dividiría en cuatro.

Era un tiempo de rápidos y dramáticos cambios climáticos. La deriva de las placas continentales creaba nuevas montañas que a su vez proyectaban sombras pluviales sobre la tierra. Morían los bosques y se extendían inmensos campos de dunas. Generación tras generación —conforme sus reservas se desintegraban y la vegetación dejaba de tener tiempo de recobrarse de su devastador paso— las grandes manadas de saurópodos estaban menguando.

Sin embargo, de no haber sido por los ornitos, puede que los saurópodos hubieran perdurado mucho más e incluso es posible que hubieran sobrevivido hasta el gran verano de la evolución de los dinosaurios, el Cretácico.

De no haber sido por los ornitos.

Aunque Atenta escogió nuevas parejas y crió nuevas y orgullosas carnadas de saludables y salvajes cachorros, nunca olvidó lo que había sido de su primer macho, Estego. No se atrevía a desafiar a la matriarca. Todo el mundo sabía que para garantizar la supervivencia de la manada, lo mejor era que la vieja hembra siguiera viviendo mucho tiempo. A fin de cuentas, no había emergido ninguna matriarca para reemplazarla.

Pero, lenta e implacablemente, los planes de Atenta fueron madurando.

Tardó una década. En ese tiempo, el número de diplodocus de la manada se dividió por la mitad. Y también los allosaurios, a medida que sus presas empezaban a escasear, comenzaron a sufrir un acusado proceso de declive.

Al fin, después de una estación especialmente dura y seca, la anciana empezó a cojear. Puede que tuviera artritis en las caderas, como la que sufría ya en el largo cuello y la cola.

El momento se acercaba.

Entonces Atenta captó un olor en el viento del este, algo que no había olido desde hacía mucho tiempo. Era sal. Y comprendió que el destino de la matriarca había dejado de ser importante.

Finalmente obtuvo el consenso de los cazadores.

La gran diplodocus tenía por entonces ciento veinte años. Su piel lucía las cicatrices de los ataques fallidos de numerosos depredadores y muchas de las espinas de su espalda estaban rotas. Sin embargo, todavía seguía creciendo, y ya había alcanzado la considerable cifra de veintitrés toneladas. Pero la degeneración de sus huesos, después de una heroica y larga vida cargando peso, había mermado cruelmente sus fuerzas.

El día que al fin le fallaron del todo, solo hicieron falta unos pocos minutos del trote continuado de la manada para que se quedara rezagada.

Los ornitos estaban esperando. Llevaban días esperando. Reaccionaron instantáneamente.

Tres machos, hijos de Atenta todos ellos, se movieron los primeros. Empezaron a dar vueltas alrededor de la matriarca, haciendo restallar los látigos, finas hebras de cuero tratado que emulaban los graznidos supersónicos de los diplodocus.

Algunos de los miembros de la manada se volvieron un momento para mirar. Vieron a la matriarca y a los diminutos depredadores. Ni siquiera ahora, el millón de años de programación de los pequeños cerebros de los diplodocus pudo aceptar que aquellos flacos y minúsculos carnívoros

representaran una auténtica amenaza. Se dieron la vuelta y siguieron alimentándose imperturbablemente.

La matriarca veía a las saltarinas y diminutas figuras frente a ella. Emitió un rugido de irritación y las rocas rechinaron en su estómago. Trató de levantar la cabeza y de levantar la cola, pero eran demasiadas las articulaciones que habían quedado reducidas a un estado de dolorosa inmovilidad.

La segunda oleada de cazadores se puso en marcha. Armados con lanzas envenenadas y utilizando las garras de sus manos y pies, atacaron como si fueran allosaurios, golpeando y retrocediendo a continuación.

Pero la matriarca no había sobrevivido más de un siglo por casualidad. Reuniendo sus últimas energías e ignorando las cuchilladas calientes de su costado, se levantó sobre las patas traseras. Como un edificio que se desmorona, se irguió sobre la banda de carnívoros, que huyeron frente a ella. Cayó de nuevo a tierra con un impacto comparable a un pequeño terremoto y desde las patas delanteras, que golpearon el suelo, brotaron oleadas de dolor que se extendieron por todas las articulaciones de su cuerpo.

Si hubiera huido entonces, si hubiera corrido detrás de la manada, puede que hubiera sobrevivido, a pesar de los efectos del veneno. Pero este último esfuerzo monumental la había dejado momentáneamente exhausta. Y no le dieron tiempo para recuperarse. Los cazadores volvieron a rodearla y atacaron de nuevo con lanzas, garras y colmillos.

Entonces apareció Atenta.

Se había despojado de todo, hasta del látigo que llevaba alrededor de la cintura. Se lanzó contra el flanco de la diplodocus, que temblaba como una montaña en pleno terremoto. La piel era como cuero grueso, resistente hasta a sus poderosas garras, y estaba cubierta de cavidades, las cicatrices de antiguas heridas, en cuyo interior florecían los parásitos, criaturas teñidas de rojos y verdes insalubres. El hedor de la carne podrida era casi abrumador. Pero Atenta se encaramó a su enemiga y trepó hasta alcanzar las espinas que cubrían la espalda de la matriarca. Una vez allí, mordió la carne del diplodocus y empezó a arrancar las placas coriáceas que había debajo.

Puede que en algún rincón oscuro de su mente ancestral, la diplodocus recordase el día en que había arruinado la vida de la pequeña ornito. Ahora, al sentir aquella agonía nueva en la espalda, trató de volver el cuello, si no para eliminar la irritación, al menos para ver al culpable. Pero no pudo volverse.

Atenta no puso fin a su frenética y horripilante excavación hasta llegar a la espina dorsal, que seccionó de un cruel mordisco.

Durante muchos días, la montaña de carne sirvió para alimentar a la nación de cazadores, mientras los jóvenes jugaban en la cavernosa cámara de las grandes costillas de la matriarca.

Pero Atenta fue criticada, con furiosos cabeceos, danzas y gestos. *Ha sido un error. Era la matriarca. Deberíamos haber esperado a que surgiera otra. ¿No ves que la manada, indisciplinada y cada vez menos numerosa, está dispersándose? Ahora tenemos que comer. Puede que pronto muramos de hambre. Te ha cegado la rabia. Y nosotros hemos sido unos necios por seguirte.* Y así sucesivamente.

Atenta se guardó sus pensamientos. Porque sabía el daño que la pérdida de la matriarca le había hecho a la manada, lo mucho que la había debilitado y en qué medida había reducido sus posibilidades de supervivencia. Pero sabía también que ya no importaba. Porque había olido la sal.

Cuando la matriarca fue consumida del todo, la nación de cazadores volvió a ponerse en marcha, siguiendo el corredor de sabana en dirección este, como siempre había hecho, caminando en la inconfundible estela de tierra pisoteada y árboles destrozados que la manda dejaba tras de sí.

Hasta que se les acabó el continente. Tras un último cinturón de bosque, más allá de un acantilado de arenisca, se extendía un océano cegador. Los gigantescos diplodocus vagabundeaban de acá para allá, confusos en aquel lugar desconocido con su peculiar aroma eléctrico a ozono y sal.

La manada había llegado a la costa oriental de lo que un día se convertiría en España. Lo que estaban contemplando era el poderoso Mar

de Tethys, que se había abierto camino hacia el oeste entre las placas continentales que en aquel momento se separaban. Muy pronto, las aguas tethyanas inundarían todas las tierras que se extendían hasta la costa oeste y el supercontinente quedaría dividido en dos.

Atenta se irguió sobre el borde del acantilado. La luz del mar la deslumbraba, pues sus ojos estaban adaptados a las condiciones de los bosques. Volvió a oler el ozono y la sal que había detectado días atrás. La matriarca había sido destruida, pero no importaba. Porque, tras recorrer de un lado a otro un supercontinente, la manada de diplodocus no tenía adónde ir.

Puede que a los ornitos les hubiera ido mejor de haber tenido una cultura más flexible. Puede que si hubieran aprendido a explotar a los grandes saurópodos —o simplemente a no presionarlos tanto en esta época de cambios— hubieran sobrevivido más. Pero todo en ellos estaba determinado por su origen de cazadores carnívoros. Hasta su rudimentaria mitología estaba dominada por la caza, por leyendas que hablaban de una especie de Valhalla de su raza. Eran cazadores capaces de fabricar herramientas: eso es lo único que llegarían a ser, hasta que no quedara nada más que cazar.

La totalidad del auge y la caída de los ornitos se contenía en unos pocos miles de años, una diminuta fracción de tiempo comparada con los ochenta millones de años que persistiría el imperio de los dinosaurios. Todas sus herramientas estaban hechas de materiales perecederos: madera, fibras vegetales, cuero. No llegaron a descubrir el metal ni aprendieron a tallar la piedra. Ni siquiera aprendieron a hacer fuego, que podrían haber usado para crear hogares. Su presencia en la Tierra había sido demasiado breve: el fino estrato de su historia no preservaría sus cráneos hinchados. Cuando desaparecieran, los ornitos no dejarían rastro alguno que pudieran examinar los arqueólogos humanos, nada salvo el misterio de la abrupta extinción de los grandes saurópodos. Atenta y su cultura, como las ballenas de aire e incontables criaturas fabulosas más, desaparecerían para siempre.

Con una brusca punzada de congoja, Atenta arrojó su lanza al océano. El arma se hundió en la resplandeciente masa de agua y desapareció.

OceanofPDF.com

3

La cola del Diablo

AMÉRICA DEL NORTE,

C. 65 MILLONES DE AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

I

Antaño los impactos interplanetarios habían sido constructivos, una fuerza del bien.

La Tierra se había formado en las proximidades de un sol en proceso de calentamiento. El agua y otros volátiles no habían tardado en evaporarse, dejando el joven mundo reducido a un vacío teatro de roca. Pero los cometas que caían desde el exterior del sistema solar habían aportado sustancias coaguladas en aquellas regiones frías: en especial el agua que llenaría los océanos de la Tierra y ciertos compuestos del carbono, cuya química de cadenas se alojaría en el corazón de toda vida. La Tierra se estabilizó en una prolongada era química en la que se manufacturaron

complejas moléculas orgánicas en el inconsciente batir de los nuevos océanos. Fue un largo preludio para la vida. No se habría producido sin los cometas.

Pero ahora la era de los impactos había pasado, o eso parecía. En el nuevo sistema solar, los planetas y satélites restantes seguían órbitas casi circulares, como si formaran una vasta pieza de relojería. Los objetos que seguían trayectorias más extravagantes habían desaparecido en su mayor parte.

En su mayor parte.

La cosa que estaba saliendo de la oscuridad, envuelta en una capa de nieve sucia que chisporroteaba bajo el calor del Sol, era como un recuerdo de la traumática formación de la Tierra.

O un mal sueño.

En la época del hombre, la península del Yucatán era una lengua de tierra que sobresalía de México y se adentraba en el Golfo en dirección norte. En la costa septentrional de la península había un pequeño puerto de pescadores llamado Puerto Chicxulub. Era un lugar modesto, una llanura de piedra caliza salpicada de sumideros y manantiales de agua dulce, plantaciones de cabuya y maleza.

Sesenta y cinco millones de años antes de eso, en la húmeda era de los dinosaurios, aquel lugar era el lecho de un océano. Las llanuras del Golfo de México estaban inundadas hasta las primeras estribaciones de la Sierra Madre Oriental. La propia península del Yucatán se encontraba sumergida bajo cien metros de agua. Los sedimentos que darían lugar a Cuba y Haití se encontraban en las profundidades del lecho oceánico, esperando todavía a ser arrastrados hasta la superficie por los movimientos tectónicos.

En una era dominada por mares poco profundos, Chicxulub era un lugar como otro cualquiera. Pero era allí donde terminaría un mundo.

Chicxulub es una palabra maya, una palabra muy antigua acuñada por un pueblo que ha desaparecido. Más tarde, cuando los mayas ya no existieran, nadie sabría con seguridad lo que quiere decir. Las leyendas locales dicen que significa «la Cola del Diablo».

En sus últimos momentos, el cometa sobrevoló el Atlántico y Sudamérica desde el sudeste.

II

En las aguas brillantes y poco profundas navegaba un ammonite.

Aquel cazador de los lechos oceánicos, del tamaño de un neumático de tractor, parecía un caracol gigante, con una cáscara espiral de intrincada curvatura de la que asomaban con cautela unos brazos y una cabeza. A medida que crecía, había ido extendiendo la estructura espiral de su cáscara y desplazándose de una cámara a la siguiente. Ahora utilizaba las cámaras abandonadas para mejorar su flotabilidad y su control.

El ammonite se movía con sorprendente elegancia, cortando las aguas con su erguida espiral. Y escudriñaba los alrededores con ojos grandes y llenos de astucia.

El mar, bañado por el Sol, estaba abarrotado, traslúcido, lleno de suculento plancton. Algunas de las criaturas que vivían en él —ostras, almejas, muchas especies de peces— les habrían resultado familiares a los seres humanos. Pero otras no: había muchas especies de calamares ancestrales, estaba el propio ammonite y, apenas visibles como sombras que pasaban por los azulados confines de las profundidades del mar, nadaban los gigantescos reptiles marinos, mosasaurios y plesiosaurios, los delfines y ballenas de su época.

Conforme la luz del día iba aumentando, nuevos ammonites salían a la superficie, suspendidos como campanas del agua traslúcida.

Pero en ese momento el ammonite detectó movimiento en el lecho marino. Descendió rápidamente, sacando los tentáculos sensitivos fuera de la concha. Utilizando la visión y el tacto determinó rápidamente que la cosa que caminaba y cavaba en la arena suelta era un cangrejo. Otros brazos,

terminados en diminutos garfios para ayudarle a asir a sus presas, salieron del cascarón y atraparon al crustáceo. Sin dificultades, levantó al pequeño cangrejo del lecho marino. Asomó un pico como de ave y el ammonite mordió la cáscara del cangrejo entre los ojos. Inyectó sus jugos gástricos en la cáscara y empezó a engullir el líquido resultante.

A medida que las partículas de carne se difundían por las aguas, aparecieron más ammonites.

El ammonite que había atrapado al cangrejo vio que una sombra se movía sobre él: una sombra con morro y aletas que nadaba silenciosa y rápidamente. Era un elasmosaurio: un reptil marino, una especie de plesiosaurio con un cuello inmensamente alargado. Tras abandonar su presa, el ammonite se escondió en el interior de su concha. La abertura fue sellada inmediatamente por un grueso tapón de tejido endurecido.

El elasmosaurio cayó sobre el ammonite, le dio la vuelta y clavó las poderosas mandíbulas en la parte más estrecha de la espiral. Pero no pudo atravesarla. Tras partirse varios dientes, el elasmosaurio soltó la concha y dejó que se hundiera hasta el lecho del océano. Su consciencia unidimensional hervía de frustración y dolor.

El ammonite había sufrido un violento zarandeo, pero estaba sano y salvo en el interior de su casa blindada.

Pero otro ammonite joven no había sido tan cauteloso. Trató de escapar utilizando sus chorros.

El elasmosaurio cayó sobre el premio de consolación. Sus dientes se deslizaron con la precisión de un auténtico experto por la concha espiral hasta alcanzar el punto en el que el cuerpo se unía a la superficie interior. A continuación, sacudió la concha con fuerza hasta que el ammonite, todavía vivo, salió despedido y dando vueltas a las aguas, desnudo por primera vez en toda su existencia. El pez-lagarto engulló su premio de un solo bocado.

A continuación, el elasmosaurio oteó una nube en el agua. Se lanzó hacia ella sin titubeos.

La nube era un banco de belemnites, miles de ellos. Los pequeños calamares se asociaban para protegerse unos a otros y sus sistemas defensivos, formados por una combinación de centinelas, tinta y

movimientos engañosos, solían ser eficaces contra unos depredadores tan rápidos como aquel elasmosaurio. Pero la furiosa acometida de la criatura los pilló desprevenidos. Se alejaron nadando a toda velocidad, arrojando chorros de tinta a su inmenso invasor, o incluso emergiendo de un salto a la atmósfera iluminada por el cometa. No obstante, murieron cientos de ellos: cada uno de ellos una llamarada diminuta de consciencia, cada uno de ellos irrepetible y único a su manera.

Mientras tanto, con enorme cautela, el ammonite que había devorado al cangrejo había vuelto a abrir su concha. Un tubo de músculo brotó de la entrada y un chorro de agua a gran presión salió despedido e impulsó al ammonite hacia las capas superficiales de agua azulada. Había perdido el cangrejo. Pero no importaba. Siempre había más presas que capturar.

Así eran las cosas. Era una época de salvaje depredación, tanto en la tierra como en el mar. Los moluscos cazaban ammonites, perforando su;} conchas, envenenando a sus presas y disparando dardos letales. Como respuesta, los bivalvos habían aprendido a enterrarse en los sedimentos o habían desarrollado espinas y conchas muy gruesas para desviar los ataques. Las lapas y los mejillones habían abandonado las profundidades marinas para colonizar los medios poco profundos del litoral en los que solo los cazadores más decididos podían alcanzarlos.

Mientras tanto, el mar era un hervidero de reptiles depredadores. Las tortugas carnívoras y los plesiosaurios de largo cuello se alimentaban de peces y ammonites, al igual que los pterosaurios, reptiles voladores que habían aprendido a sumergirse en busca de las riquezas del océano. Y enormes pliosaurios de gruesas mandíbulas acechaban a los depredadores: los carnívoros más grandes de la historia del planeta, con sus veinticinco metros de longitud y sus fauces de tres metros no conocían más estratagema que desgarrar a sus presas y sacudirlas hasta la muerte.

Los ricos océanos del Cretácico, bailes tridimensionales de cazadores y cazados, de vida y muerte, rebosaban de actividad. Así había sido durante millones de años. Pero ahora una brillante luz estaba apareciendo sobre la brillante superficie del océano, como si el mismo sol estuviera cayendo desde el cielo.

El ojo del ammonite se vio atraído hacia allí. El ammonite era lo bastante inteligente para sentir algo parecido a la curiosidad. Aquello era nuevo. ¿Qué podía ser?

Prevaleció la cautela: la novedad equivalía a peligro. Una vez más, el ammonite empezó a refugiarse en su concha.

Pero esta vez, ni siquiera su fortaleza móvil podría protegerlo.

El cometa atravesó la atmósfera de la Tierra en una fracción de segundo. El aire que lo rodeaba salía despedido y se perdía en el espacio, dejando un túnel de vacío por dondequiera que pasara.

El ammonite estaba atrapado justo bajo la trayectoria de caída del cometa. Fue como si una grande y brillante losa cruzara el cielo. Su sustancia se vaporizó al instante y el ammonite murió. Lo mismo ocurrió con los belemnites. Y con el elasmosaurio. Y con las ostras y almejas. Y con el plancton.

Los ammonites llevaban navegando por los océanos de la Tierra, dividiéndose en millares de especies, más de trescientos millones de años. En menos de un año, no quedaría con vida ni uno solo de ellos: ni uno. Ya, en esta primera fracción de segundo, estaba poniéndose abrupto final a largas biografías.

Las pocas docenas de metros de agua no ofrecieron más resistencia al cometa que el aire. Toda el agua se vaporizó en una centésima de segundo.

Entonces el núcleo del cometa chocó con el lecho marino. Sus más de un billón de toneladas formaban una montaña voladora de hielo y tierra. Tardaron dos segundos en colapsarse contra las rocas del lecho oceánico, y en esos dos segundos liberaron una energía calorífica equivalente a la de todos los volcanes y terremotos de la Tierra en mil años.

El núcleo del cometa quedó completamente destruido. El propio lecho marino fue vaporizado: las rocas se convirtieron en niebla. Una gran ola salió despedida desde el lugar del impacto. Y un fino cono de roca incandescente vaporizada regresó a la atmósfera, siguiendo la trayectoria de entrada del cometa por el túnel que había excavado en el aire durante sus

últimos momentos. Parecía un enorme foco. Alrededor de este ardiente túnel central, un chorro mucho más grande de roca destrozada y pulverizada, equivalente a cientos de veces la masa del propio cometa, voló por los aires alrededor de un cráter cada vez más grande.

En estos primeros segundos, billones de toneladas de roca sólida, fundida y vaporizada fueron arrojados al cielo.

En la llanura costera del mar interior de Norteamérica, las manadas de inmensos herbívoros se agolpaban alrededor de los charcos. Profirieron lastimeros gritos mientras se apretaban y pegaban unos contra otros. Los depredadores, desde los raptores del tamaño de una gallina en adelante, observaban a los cachorros que se extraviaban elaborando fríos cálculos de probabilidades. En un lugar se había reunido una manada de anquilosaurios, las polvorientas armaduras reluciendo, como una legión romana en formación.

Un resplandor anaranjado apareció al sur, como un segundo amanecer. Entonces, una fina y brillante barra de luz perforó el cielo, tan tiesa como una demostración geométrica, más recta, de hecho, que un rayo láser, porque el haz de roca incandescente no sufrió refracción alguna al atravesar el aire súper-calentado de la Tierra. Todo esto ocurrió en completo silencio, ajeno a todos ellos.

El suchomimus, con su cara de cocodrilo, acechaba a la orilla del océano con las largas garras extendidas. Como todos los días, estaba buscando peces. La muerte de su pareja, días atrás, era un dolor apagado que estaba desapareciendo lentamente. Pero la vida seguía: su difuso pesar no le ofrecía respiro frente al hambre.

A su alrededor había un grupo de estegoceros buscando comida, disperso. Estos paquicefalosaurios eran casi tan altos como seres humanos. Los machos tenían enormes capuchones de hueso en el cráneo para proteger sus diminutos cerebros durante las estruendosas competiciones que los enfrentaban en las épocas de celo, en las que entrechocaban las cabezas como machos cabríos. En aquel momento, dos de ellos estaban luchando:

sus cabezas reforzadas colisionaron con un estruendo óseo que resonó por las planicies. La especie había sacrificado gran parte de su potencial evolutivo para propiciar estas batallas. La necesidad de mantener este capacete protector de hueso había limitado el desarrollo del cerebro de los paquicefalosaurios durante millones de años. Atrapados en la lógica bioquímica, a estos machos les importaban bien poco las luces del cielo, o las sombras dúplices que se proyectaban por la tierra.

En aquella playa no era más que otro día en el Cretácico. Todo se desarrollaba con normalidad.

Pero algo estaba acercándose desde el sur.

A esas alturas el cráter era una cuenca cada vez más grande de brillante materia fundida, lo suficientemente ancha para engullir el área entera de Los Angeles, desde Santa Bárbara a Long Beach. Su profundidad era cuatro veces la altura del Everest y su borde superior estaba más lejos del fondo que los aviones supersónicos de la superficie de la Tierra. Era un cráter de noventa kilómetros de longitud y treinta de profundidad y se había formado en cuestión de minutos. Pero la tremenda estructura era pasajera. Ya se habían abierto grandes fallas e inmensos corrimientos de tierra, de docenas de kilómetros de anchura, empezaban a deslizarse por sus abruptas paredes.

Y el lecho marino estaba arqueándose. El martillazo del cometa había empujado hacia el interior a las más profundas rocas de la Tierra. Pero ahora rebotaron, se elevaron más de veinte kilómetros y atravesaron la materia fundida hasta llegar a la superficie. La propia roca, casi licuefactada, se extendió rápidamente formando una cordillera de cuarenta kilómetros de anchura erigida en cuestión de segundos. Mientras tanto, el agua trataba de llenar la cavidad abierta en el suelo oceánico. Y los derrubios eyectados estaban ya cayendo de nuevo al cambiante lecho del cráter, una lluvia de roca ardiente. Las temperaturas se elevaron miles de grados, tanto que el mismo aire se consumió y el nitrógeno se combinó con el oxígeno para formar venenos que tardarían años en disiparse. Era una caótica batalla de fuego, vapor y roca.

A partir del lugar del impacto, el aire súper-calentado volaba a velocidades interplanetarias. Desde el Yucatán, una gran masa circular de

aire se extendió en dirección a Sudamérica y al otro lado del Golfo de México. La onda expansiva seguía moviéndose a velocidades supersónicas diez minutos más tarde, cuando alcanzó la costa de Texas.

Al sur de la playa, el fino pilar de luz se había desplegado en abanico. Se hizo más difuso y cambió de color, adoptando una tonalidad entre anaranjada y blanca. Alrededor de su base se veían volar diminutas volutas rojizas. De pronto, una franja de oscuridad se extendió sobre el horizonte, al sur. No obstante, el silencio continuaba. Lo que se acercaba se movía mucho más deprisa que el sonido. Las manadas de dinosaurios lo ignoraron del todo: los jóvenes paquicefalosaurios batallaban, entrelazados en su danza darwiniana.

Pero los pájaros y los pterosaurios conocían el cielo. Un grupo de estos había estado pescando, volando a ras de superficie para atrapar peces con sus picos de hidrodinámica elegancia. En aquel momento se volvieron y volaron hacia el interior, batiendo las alas para ganar velocidad. Una bandada de aves parecidas a gaviotas los siguió, moviendo unas alas grisáceas que parecían palpitar bajo la ardiente luz de las rocas.

De los miles de dinosaurios, solo el suchomimus reaccionó al espectáculo de luces. Se volvió hacia el sur y sus pupilas se entrecerraron al ver lo que había allí. Algún instinto hizo que saliera chapoteando del agua y corriera hacia el interior. La cálida arena estaba suelta bajo sus patas y lo frenaba. Pero no por ello dejó de correr.

Al pasar, dos jóvenes raptores, que estaban jugando con el caparazón de una tortuga tumbada en la playa, levantaron la cabeza con curiosidad. En una parte remota de la astuta mente del suchomimus estaban saltando todas las alarmas. Estaba rompiendo muchas de sus reglas innatas, estaba poniéndose en peligro. Pero un instinto más profundo le decía que la cortina de oscuridad que estaba extendiéndose por el horizonte era una amenaza mayor que cualquier raptor.

Llegó a un banco de dunas bajas. Una bola de pelo se revolvió indignada debajo de sus patas y huyó a velocidad de vértigo.

Finalmente, los dinosaurios empezaron a reaccionar. Las manadas de herbívoros, los allosaurios y los anquilosaurios dejaron de pacer, levantaron

la cabeza y volvieron la mirada hacia el sur. El abanico de roca en ascensión era invisible todavía, oculto por un muro de oscuridad que cubría todo el horizonte. Pero era un muro móvil cuya parte delantera burbujeaba y se retorcía. Descargas eléctricas recorrían la superficie, haciendo que despidiera un resplandor entre púrpura y blanco.

Incluso ahora, en los últimos segundos, la visión no era demasiado insólita. Parecía un crepúsculo extraño, con algo de espeluznante. Incluso, algunos de los dinosaurios sintieron un cierto sopor al reaccionar sus sistemas autónomos a la disminución de la luz.

Entonces, desde el sur, la onda expansiva explotó. Del silencio al caos en una fracción de segundo. La onda aniquiló las manadas de animales. Los herbívoros volaron por los aires, retorciéndose, perdidos sus mugidos entre la inesperada furia. La competición que enfrentaba a los estegoceros terminó sin vencedor y no se reanudaría nunca. Algunos de los anquilosaurios resistieron, volviéndose hacia el viento y pegándose al suelo como búnkeres blindados. Pero la misma tierra reventó a su alrededor, la vegetación fue arrancada y desperdigada y los lagos se vaciaron. La duna explotó sobre el suchomimus, enterrándolo al instante en arenosa oscuridad.

Entonces, tan deprisa como había llegado, la onda expansiva pasó.

Cuando sintió que cesaba el estremecimiento de la tierra, el suchomimus empezó a arañar el suelo. Expulsó la arena de sus fosas nasales, sus traslúcidos párpados le limpiaron los ojos y se puso trabajosamente en pie.

Avanzó un paso con cautela. El nuevo suelo estaba cubierto de escombros, parecía inseguro y costaba caminar por él.

La llanura costera estaba irreconocible. La duna que la había protegido había sido demolida. El paciente trabajo que el viento había hecho en siglos se había borrado en cuestión de segundos. La llanura estaba salpicada de restos: pedazos de roca pulverizada, lodo del fondo del mar e incluso unas pocas algas y criaturas marinas de pequeño tamaño. En lo alto, las nubes hervían, dirigiéndose hacia el norte.

El ruido no había cesado, grandes chasquidos que llovían del cielo mientras las ondas sonoras se plegaban unas sobre otras. Pero el

suchomimus no lo oyó. La onda expansiva le había destrozado los delicados tímpanos al llegar y lo había dejado sordo.

Había cuerpos de dinosaurios por todas partes.

Hasta los mayores herbívoros estaban tendidos en el suelo. Yacían, rotos y retorcidos, bajo arena y lodo. Había un grupo de raptores en el suelo, juntos, con los esbeltos cuerpos enmarañados. Por todas partes se mezclaban los jóvenes con los viejos, los padres con los hijos, los depredadores con las presas, unidos en la muerte. La mayoría de los desastres, como las inundaciones y los incendios, afectaban selectivamente a los más débiles, los jóvenes, los viejos y los enfermos. O, si no, afectaban a especies concretas: una epidemia, quizá, llevada por un anfitrión inconsciente a un continente nuevo a través de un puente de tierra. Pero esta vez, nadie había sido perdonado, solo los más afortunados, como el suchomimus.

El suchomimus vio un pez plateado. Arrastrado una docena de kilómetros en cuestión de segundos, todavía se retorcía, puede que vivo. El suchomimus lo engulló con delicadeza. Incluso ahora, al fin del mundo, estaba hambriento.

Pero la obra del viento no había terminado todavía. En ese mismo momento, estaba regresando en tropel sobre las aguas del océano para rellenar el vacío creado por el impacto. Era como una inmensa inhalación.

Mientras jugaba con su pez, el suchomimus vio que el muro de oscuridad volvía a echársele encima, pero esta vez provenía de tierra adentro y arrastraba incontables restos, tierras, rocas, árboles desarraigados e incluso un enorme tiranosaurio macho que se retorcía, muerto, a gran altura.

Una vez más, el suchomimus se tiró a la arena.

De la furia del cráter continuaban brotando ondas expansivas, como las que provoca el impacto de una piedra contra la superficie del agua. Tierra adentro, donde Gigante había destruido el nido de tiranosaurios, el frente

había sembrado la devastación sobre un círculo lo bastante grande como para rodear la Luna.

El frente de avance era precedido por tornados, como niños traviesos y destructivos.

Para Gigante, el tornado era un tubo de oscuridad que conectaba cielo y tierra. En su base, se levantaban unas cosas parecidas a astillas, revoloteaban y volvían a caer. Los antepasados del gigantosaurio habían invadido un continente. Gigante se irguió sobre las patas traseras y empezó a sisear, balanceando la cabeza y siguiendo con la mirada a la amenaza que se le aproximaba.

Pero no se trataba de ningún saurio competidor. Mientras seguía aproximándosele, el tornado se hizo aún más grande, mucho más que él.

Finalmente, la mente de Gigante enfocó las ramitas desperdigadas a los pies de aquel monstruo climático. Aquellas «ramitas» eran árboles, secoyas y gingkos y grandes helechos, zarandeados como si fueran agujas de pino.

Sus hermanos lo vieron también y llegaron a la misma conclusión que él. Los tres dieron media vuelta y emprendieron la huida.

La base del tornado atravesaba despreocupadamente la superficie del bosque, destruyendo árboles y desperdigando rocas. Animales que pesaban cinco toneladas o más eran levantados en volandas, herbívoros pesados y lentos que de repente echaban a volar. Muchos de ellos morían de terror antes de caer al suelo.

En su madriguera, Purga despertó al oír que la Tierra temblaba. Su pareja y ella estaban acurrucados junto a sus dos cachorros. Escucharon el aullido del viento, el traqueteo y el crujido de los árboles destrozados, el chillido de los dinosaurios agonizantes.

Purga cerró los ojos, confundida, aterrorizada, ansiando que el ruido cesara.

Y en las colinas de las Rocosas, el pterosaurio sintió la aproximación del poderoso vendaval. Rápidamente, plegó las alas y regresó al nido reptando sobre las muñecas y las rodillas.

Sus cachorros se reunieron a su alrededor pero no tenía comida para ellos y la picotearon furiosamente. Todavía no podían volar pues las

membranas de sus alas aún no habían madurado. Por ahora solo tenían pliegues sueltos de piel inútil entre los dedos de las alas y las patas traseras. Y a pesar de ello, a su manera, eran preciosos. Las escamas que rodeaban sus finos cuellos, una reliquia de sus antepasados reptiles, atrapaban los rayos del Sol y los devolvían multiplicados.

Pero entonces unas nubes se cruzaron por delante del Sol. Los tornados no alcanzaban aquellas alturas. Pero el frente de la onda expansiva seguía siendo una ardiente muralla de aire turbulento, todavía poderosa a pesar de la distancia que la separaba del punto de impacto.

Una bocanada de aire sacudió el nido. Las crías graznaron y se tambalearon.

Sin pensarlo dos veces, la madre abrió las alas y se dispuso a levantar el vuelo. Un imperativo primitivo se había impuesto. Siempre podría haber más carnadas, si sobrevivía. Las crías, abandonadas, lanzaron chillidos de rabia y miedo.

Mientras la muralla de viento se aproximaba, hubo un momento de silencio.

La velocidad del viento se redujo. El pterosaurio se volvió y, obedeciendo a los impulsos de una respuesta instintiva, desplegó las alas. Extendió su largo dedo volador y las patas traseras y, con sutiles movimientos del muslo y la rodilla, ajustó la tensión de las alas. Era un exquisito dispositivo volador, un aparato de tendones, ligamentos, músculos, piel y pelo, modelado por decenas de millones de años de evolución.

Pero al viento del cometa eso le traía sin cuidado.

El viento alcanzó primero el nido. El saliente de roca quedó desnudo, el nido reducido a fragmentos. Los huesos de las víctimas del pterosaurio —incluidos los de Segundo— echaron a volar con el resto de los escombros. Las crías levantaron el vuelo al fin: siquiera un momento, siquiera por una vez, siquiera para ir en pos de su muerte.

Y entonces, para su madre, fue como si hubiera topado en su vuelo con una muralla de polvo y espuma, fragmentos de vegetación, madera y roca.

Sintió que sus frágiles huesos se partían. Empezó a dar vueltas de campana, tan impotente como una hoja muerta.

Una vez más, el suchomimus se puso en pie. Le dolían los brazos, las piernas, la espalda, la cola, la cabeza, todo el cuerpo, que había recibido los impactos de los fragmentos, la chatarra de un mundo entero.

De nuevo, la playa se había convertido en un lugar totalmente irreconocible. Ahora la tierra estaba cubierta de restos del interior, fragmentos de árboles destrozados y animales aplastados, aves y pterosaurios muertos o agonizantes e incluso limo del fondo de los lagos. Nada se movía... nada, a excepción de las criaturas agonizantes y del suchomimus.

Se acordó del pez que estaba a punto de devorar. El pez había desaparecido.

Sobre su cabeza, oscuros bancos de nubes se extendían por el cielo, como una cortina echada. El sol desapareció. Nadie volvería a verlo en mucho tiempo.

Y hacia el sur, el horizonte empezó a despedir un espeluznante resplandor anaranjado. La brisa arrastró un agudo y distintivo olor hasta su nariz: ozono. El olor del mar. Pensó en las olas del mar, en los resplandecientes peces de los bajíos. Debía llegar hasta el mar. Siempre había extraído su sustento del mar; allí estaría a salvo. Con un gemido quejumbroso que él mismo no pudo oír, empezó a arrastrarse en dirección al olor, ignorando los horripilantes detritos que había bajo sus pies.

La tortuga marina había tenido suerte. Cuando cayó el cometa, nadaba por el fondo del mar, lejos de la zona de impacto.

La suya era una de las más primitivas de las grandes dinastías de reptiles. Pero primitiva o no, la tortuga era una cazadora eficaz. Su cuerpo no era muy exigente, pues solo requería la vigésima parte de la comida que un dinosaurio de su mismo peso. Bien protegida por su poderoso caparazón,

prudente a pesar de ser una depredadora, el único riesgo que afrontaba en toda su vida eran las incursiones que todos los años tenía que hacer a las playas para poner sus huevos, antes de apresurarse a regresar a la seguridad de las aguas.

Tenía un cerebro pequeño y una consciencia tenue. Vivía sola, en un mundo de monotonía incolora. No tenía lazos con parientes o cachorros, ni sabía realmente que los huevos que ponía darían lugar a una nueva generación. Pero era antigua, cautelosa, resistente.

En ese momento, sin embargo, algo perturbó su azul y solitario mundo. Una corriente monstruosa empezó a arrastrar el mar hacia el sur.

Desconfiada, la tortuga empezó a nadar hacia las profundidades. Sus instintos, afinados por millones de años de tormentas tropicales, le dieron una simple instrucción: sumérgete, busca el fondo y encuentra refugio.

Pero aquella no se parecía a ninguna otra corriente que hubiera experimentado. En las aguas cada vez más llenas de barro y más turbulentas, oteó criaturas mucho más grandes, incluso pliosaurios gigantes, arrastradas por la poderosa marea. Y mientras estaba descendiendo empezó a recibir de frente las embestidas de los restos, impotentes ammonites, almejas, calamares y hasta rocas arrancadas del fondo.

Finalmente encontró el suave barro. Con los cuatro dedos, empezó a excavar la tierra, ignorando la llovizna de objetos que asaltaban su caparazón. En algún momento tendría que salir a la superficie en busca de aire y calor, pero podía sobrevivir mucho tiempo allí abajo, puede que hasta que la monstruosa tormenta hubiera pasado.

Pero entonces la brillante y combada superficie del mar descendió hacia ella —y el agua fue succionada— y se encontró de repente bajo la luz de la Luna, rodeada por el siseo del húmedo barro. Algo que era como asombro se encendió en su pequeña mente. El mundo había dado la vuelta; aquello no tenía sentido.

Y entonces el barro del fondo del mar, expuesto a la luz, empezó a temblar.

Bajo la luz extraña y cambiante, el suchomimus, al fin, avistó el mar. Con un áspero aullido de alivio, corrió hacia él.

Pero el mar se alejaba de él, sin dejar tras de sí nada más que brillante barro. Y por muy deprisa que corriera, el mar era más rápido.

Un pez cayó a sus pies. Se detuvo, lo recogió del suelo y se lo metió en la boca. Para la diminuta consciencia del pez fue una especie de alivio. Aquella muerte era rápida comparada con la espantosa asfixia que había sufrido en la nueva playa.

El fondo del mar, descubierto por vez primera en millones de años, era un resplandeciente lecho de vida. Estaba cubierto de almejas, crustáceos, calamares, peces, ammonites de todos los tamaños, todos ellos asfixiándose en la atmósfera.

Más hacia el sur había formas gigantescas. El suchomimus vio un plesiosaurio, tan varado como los demás. Con sus ocho metros de longitud, yacía en el barro, boqueando, con las cuatro enormes aletas extendidas y rotas a su alrededor. Se debatía, toneladas de carnívoro marino estremeciéndose de un lado a otro, sacudiendo las enormes aletas, lanzando salvajes dentelladas a la suerte que se había cebado con él.

En cualquier otro momento hubiera sido una visión asombrosa. El suchomimus le dio la espalda, perplejo.

Al mirar hacia el norte, vio que algunas criaturas salían cautelosamente de los bosques devastados, de las marismas que el viento había recorrido. Muchos de ellos eran anquilosaurios y otras criaturas blindadas, protegidas hasta el momento por la gruesa armadura que la evolución les había proporcionado, capaz incluso de desviar los colmillos y las garras de los tiranosaurios. Se arrastraban en dirección al lecho marino, buscando refugio, alimento, agua.

Pero entonces los anquilosaurios abrieron la boca y empezaron a retroceder otra vez. El suchomimus los miró, perplejo. Estaban rugiendo pero él no podía oírlos.

Se volvió de nuevo hacia el mar. Y entonces vio lo que los había aterrado.

Lo mismo que había hecho el aire, lo hacía ahora el agua.

Desde el lugar del impacto, empujada por un inmenso pulso de calor, una ola circular nacida en el centro del océano se expandía hacia allí. Su potencia destructiva era limitada porque el impacto no se había producido en aguas profundas. No obstante, a medida que se aproximaba a las costas de Norteamérica, la ola había ido creciendo hasta alcanzar una altura de treinta metros. Y al llegar a las aguas poco profundas de Texas, el tsunami cobró fuerzas renovadas y su altura original se multiplicó entre diez y veinte veces.

No había nada en la herencia evolutiva del suchomimus que lo hubiera preparado para aquello. El mar en su retorno era como una cordillera en movimiento que devolvía toda el agua que se había llevado. No podía oírlo pero sintió el estremecimiento del lecho marino y olió el denso aroma de la sal y la roca pulverizada. Se enderezó, empezó a menear la cabeza y le enseñó los dientes al tsunami.

El agua se cernió sobre él como una montaña. Hubo un momento de presión, de negrura, una fuerza inmensa que lo comprimió. Murió en menos de un segundo.

El tsunami se extendió sobre la tierra, empequeñeciendo los pesados anquilosaurios antes de aplastarlos, con armadura y todo. Se abrió camino como un ariete por el lecho del mar ancestral, seco hace mucho tiempo. Al remitir, las aguas dejaron tras de sí un montón de restos, grandes bancos escupidos desde el fondo. Había sido una inmensa onda levantada por una roca arrojada en aquel estanque cretácico.

En tierra firme, en Texas, nadie sobrevivió.

En el mar, solo un puñado de criaturas consiguieron superar la catástrofe oceánica.

Una de ellas fue la tortuga marina. Se había hundido tanto en el barro que la fuerza del tsunami no la arrastró. Cuando sintió que volvía algo parecido a la calma, salió a tientas del barro y empezó a ascender por unas aguas turbias de restos y trozos de plantas y animales muertos.

Las tortugas, criaturas ancestrales, habían dejado atrás ya el cénit de su diversidad. Pero mientras que criaturas más espectaculares habían perecido

en masa, ella sobrevivió. En un mundo peligroso, la humildad equivalía a longevidad.

El impacto había provocado una descarga de energía que recorrió toda la Tierra. En América del Norte y del Sur, a lo largo de miles de kilómetros, se abrieron fallas y se produjeron desplazamientos de tierra, mientras las placas tectónicas, sacudidas, se estremecían. Las ondas rocosas se fueron debilitando a medida que se propagaban, pero las capas internas de la Tierra actuaron como una lente gigantesca que reenfocó la energía sísmica en las antípodas del impacto, el sudoeste del Pacífico. Incluso allí, al otro lado del planeta, el lecho oceánico se abombó hasta alcanzar alturas diez veces superiores a las que se vieron en el terremoto de San Francisco en 1960.

Las ondas expansivas continuaron recorriendo todo el planeta, cruzando, interfiriéndose y reforzándose. Durante días, la Tierra repicaría como una campana.

Desde el espacio, se veía como si una brillante herida estuviera extendiéndose desde el alfilerazo todavía ardiente del punto del impacto. Era una gran nube de roca fundida que se precipitaba hacia el espacio.

En el vacío, los grumos dispersos de materia sólida empezaban a enfriarse y condensarse, formando granos endurecidos de polvo. La Tierra perdería para siempre parte de este material, que se uniría a la fina llovizna de materiales que nadaban entre los planetas: pocos milenios más tarde, fragmentos del lecho oceánico de Yucatán, caerían en forma de meteoritos en Marte, Venus y la Luna. Y parte de los materiales que flotaban en el espacio entrarían, merced a la reconfiguración gravitatoria que se había producido, en la órbita del planeta, hasta formar un anillo temporal alrededor de la Tierra —oscuro, poco espectacular— que no tardaría en dispersarse a causa de las cambiantes influencias de la Luna y Marte.

Pero la mayor parte del material eyectado regresaría a la Tierra.

La gran lluvia había empezado ya. Lo primero en caer fueron los sedimentos más groseros del perímetro del cráter, formados en su mayor parte por fragmentos de piedra caliza arrancados del fondo del océano. Estos pedazos no se habían fundido por el calor del impacto inicial. Pero al regresar al cálido envoltorio de aire de la Tierra, empezaron a brillar con intensidad. Haces de luz de cientos de kilómetros de longitud se extendieron por el cielo, formando un demente ejercicio geométrico. Parte de los restos eran tan grandes que se fragmentaron y se abrieron al calentarse y otros haces secundarios se abrieron en abanico a partir de las explosiones.

De todas las criaturas que se encontraban a varios miles de kilómetros a la redonda del punto del impacto, la gran ballena aérea había sido la menos afectada hasta el momento.

Había visto cómo descendía la luz sobre la península del Yucatán, había visto el perforante rayo láser formado por los materiales vaporizados de la roca del lecho oceánico y el cometa e incluso había entrevisto la formación del cráter cuando las ondas de roca se extendían por el lecho marino antes de coagularse formando en una gran cavidad tectónica. De haber podido describir lo que veía, la ballena habría proporcionado a la prosperidad el emocionante relato de un testigo presencial de la catástrofe, el más violento impacto desde el fin de los bombardeos constitutivos de la Tierra, cuatro mil millones de años antes.

Pero a la ballena nada de esto le importaba. Ni siquiera el viento la había molestado. Volaba demasiado alto y había podido seguir alimentándose mientras las capas de aire descolorido sobrevolaban la superficie, mucho más abajo. Las luces lejanas en el cielo, los problemas en la superficie —como los sistemas climáticos turbios y turbulentos que a menudo cruzaban la tierra y los océanos— no significaban nada para una criatura que vivía en la frontera con el espacio. Así que mientras el fino plancton aéreo que la alimentaba siguiera ascendiendo desde la tierra, ella seguiría vagando por su delicado nicho.

Pero esta tormenta era diferente.

La ballena aérea estaba acostumbrada a los meteoritos. No eran más que rayas de luz en el firmamento púrpura que se extendía sobre ella. Casi la mitad de los miles de millones de pequeños fragmentos de materia cósmica que caían a la Tierra se consumían en la estratosfera, el reino de la ballena.

Pero parte de aquellos rastros estaban penetrando hasta las capas de aire más densas de la Tierra, mucho más abajo. La ballena carecía de oído —no lo necesitaba en aquel aire tenue y silencioso, donde no había depredadores — pero si lo hubiera tenido, habría podido escuchar el agudo aullido que emitían los meteoritos al regresar al planeta del que hacía tan poco habían salido despedidos. Hasta podría haber visto el lugar en el que caían los primeros fragmentos del lecho marino: en la superficie, mucho más abajo, brotaban chispas de luz como diminutas florecillas, una detrás de otra. Era como presenciar un bombardeo desde las alturas.

Por primera vez desde que era un cachorro, la ballena empezó a conocer el miedo. De repente, aquello había dejado de ser un espectáculo de luces y se había convertido en una lluvia de luz y fuego. Una lluvia que estaba cayendo a su alrededor y que estaba haciéndose más densa a cada momento que pasaba. Lentamente describió un giro en el aire. Con una lenta batida de sus inmensas alas, se dirigió hacia el norte.

Hubo un destello.

El fragmento de roca al rojo blanco era minúsculo. Tras el encuentro con la ballena, consumida solo una fracción de su energía cinética, continuó su descenso hacia las densas junglas del Cretácico. Pero el complejo sistema nervioso de la ballena llevó a su pequeño cerebro mensajes de dolor agonizante. Al volver su vasta cabeza a la derecha, vio que la superficie de su ala estaba desgarrada y chamuscada.

Si el meteorito hubiera golpeado el ala cerca del centro, puede que no hubiera hecho más que una pequeña perforación y la ballena podría haber vivido un poco más. Pero no tuvo suerte. El meteorito había atravesado una articulación de su inmenso y frágil espolón director. El ala empezó a plegarse en grandes secciones alrededor del segmento de hueso roto.

La Tierra, azul y gris, dio la vuelta. A pesar de que seguía batiendo torpemente el ala sana, la ballena estaba ya abandonando la horizontal y

empezaba a caer sin control. Sin embargo, mientras se retorcía poco a poco y se plegaba sobre sí misma como una cometa de juguete rota, permanecía consciente. Pero la lluvia de meteoritos se hizo más intensa. Los meteoritos, como balas, abrieron túneles por las finas cavernas de su cuerpo, reventaron los sacos de aire, destrozaron la delicada filigrana de su esqueleto, liviana como el mismo aire, y continuaron perforando sus magníficas alas.

El dolor se hizo abrumador. Su mente se llenó con confortables y suculentos recuerdos de vuelos a gran altura sobre una Tierra tranquila. Murió mucho antes de que su cuerpo llegase al suelo, con los pulmones aplastados por la densidad del aire.

Gigante estaba tratando de incorporarse.

Frente a él se movía pesadamente un estegoceros, confuso, con la absurda corona de hueso y carne teñida de escarlata. Gracias a la providencial presencia de una densa arboleda de araucarias, el joven macho había sobrevivido al tornado sin sufrir nada más grave que una costilla rota. Pero a su clan se lo había llevado el viento. Levantó la cabeza y lanzó un aullido lastimero. Era como el grito de inquietud de una cría, una llamada perdida.

No fue su madre quien respondió, sino dos enormes gigantosaurios carnívoros, que se le acercaron lentamente meneando la cabeza y con los ojos clavados en él. Incluso ahora, el juego del depredador y la presa continuaba.

Pero en medio del terror provocado por la adrenalina que inundaba su organismo, el estegoceros advirtió algo extraño. Un tercer gigantosaurio, tan grande y poderoso como los demás, no mostraba el menor interés por él. El tercer monstruo sacudía la cabeza con aire amenazante... frente a algo que se aproximaba desde el cielo. Confuso, aterrado, el estegoceros se volvió hacia el sur, donde un canceroso resplandor anaranjado continuaba extendiéndose entre las veloces nubes negras.

El primer meteorito se precipitó aullando sobre ellos como un abejorro luminoso. Sobrevoló la destrozada jungla y chocó contra las colinas que se

extendían más allá. La joven roca volcánica estalló, y provocó una lluvia secundaria de humeantes fragmentos, que cayó con un traqueteo sobre la tierra cubierta de restos. Todos los dinosaurios se volvieron hacia allí, sobresaltados y asombrados, olvidada su innata animosidad.

Y entonces el segundo meteorito atravesó el cuerpo del estegoceros como un proyectil de alta velocidad. Una fracción de segundo más tarde, al entrar en contacto con el suelo, el meteorito expulsó la energía a la superficie que todavía conservaba. La explosión reventó el cuerpo del estegoceros antes de que tuviera tiempo de caer al suelo. En la fugaz lluvia de sangre, Gigante se encogió, incapaz de comprender lo que estaba pasando.

En ese momento empezaron a caer los meteoritos sobre los restos de la destrozada jungla. Llovió fuego.

Gigante y sus hermanos sucumbieron al pánico y echaron a correr. Pero la lluvia de meteoritos arreció. Los meteoritos golpeaban la tierra alrededor de los dinosaurios, abriendo cráteres y provocando pequeños incendios en la maleza dispersa. Era como si los hermanos estuvieran corriendo en medio de un bombardeo artillero.

Purga también podía oler el humo.

Los primates podían escapar a los incendios en sus madrigueras, profundamente enterradas en la tierra fresca, para luego emerger a las ruinas de un bosque quemado y destrozado. Pero los instintos de Purga le decían que esta vez era diferente. Se abrió paso entre su asustado compañero y sus cachorros, y la horripilante cabeza cortada del troodon. Emergió a la luz del día. Al instante, incapaces sus sensibles ojos de soportar la intensidad de la luz, se sintió abrumada por una sensación de mareo. Pero a pesar de ello pudo distinguir las características principales del terrible día: los incendios que se extendían por la destrozada jungla y la incesante e incomprensible lluvia de meteoritos.

No podía quedarse allí. Pero, ¿adónde ir?

Los vientos habían demolido parte de los árboles que normalmente obstruían la vista, así que pudo ver las primeras estribaciones de las Rocosas, cuyas cimas estaban cubiertas por nubes de humo volcánico. Allí donde los vientos del cometa habían empujado masas de aire cálido y húmero por los flancos de la cordillera, densos cúmulos se aferraban a las laderas superiores de las montañas.

Sombras. Oscuridad. Puede que hasta hubiera lluvia.

Sacudiendo los bigotes, se aventuró a salir un paso al exterior. Se movía con rápidas convulsiones, deteniéndose cada pocos pasos para pegarse al suelo.

Miró atrás. Más allá de la cabeza segada del troodon, pudo ver a su pareja y sus cachorros, tres pares de ojos muy grandes que la miraban. Sus instintos, refinados a lo largo de cien millones de años, la instaron a regresar a la fría tierra, o encaramarse a los árboles, donde estaría a salvo, porque, de lo contrario, seguro que la reclamaban las terribles garras y colmillos y patas de aquel mundo gigantesco. Pero los árboles estaban rotos y hechos pedazos y ya no le ofrecían refugio.

Corrió hacia las montañas envueltas en nubes.

Su pareja la siguió con más cautela. Uno de los cachorros lo siguió a él. El segundo, aterrado, confundido, se escondió en las profundidades de la madriguera. No había nada que Purga pudiera hacer por él. No volvería a verlo nunca.

Así que aquellas tres criaturas diminutas, parecidas a musarañas, en cuyo interior se ocultaba todo el potencial de la humanidad, recorrieron lentamente la machacada y humeante llanura, mientras a su alrededor caía una tormenta de meteoritos.

El fuego se alimentaba a sí mismo. Los pequeños incendios dispersos estaban empezando a unirse. A medida que subía la temperatura del aire, hasta la húmeda maleza del sotobosque estaba empezando a arder. Soplaba el aire y el humo ascendía en espiral. Allí, en toda América del Norte y del

Sur, el fuego empezó a desplegar una lógica propia, formando sistemas que se sustentaban y se perpetuaban.

Entonces empezaron las lluvias de fuego. Todo lo que podía arder, ardió: hasta el más pequeño jirón de vegetación, hasta las plantas marinas, todavía empapadas de agua. Los animales simplemente fueron engullidos por las llamas: los raptores ardían como retoños de árbol y los grandes herbívoros se cocían en sus monstruosos caparazones.

Los tres gigantosaurios emergieron por fin de la jungla. Habían llegado a un claro centrado en un enorme lago. El calor era casi insoportable y venían con la boca abierta y la cabeza llena con la peste del humo.

El cielo era una visión extraordinaria. Una losa de negrura estaba acercándose desde el sudeste, como si estuviera cerrándose una cortina colosal sobre ellos. El espeluznante resplandor anaranjado estaba también extendiéndose, cada vez más intenso y próximo al amarillo. Y los meteoritos seguían barrenando la cenagosa superficie.

Cerca del propio lago, una escena de desolación dio la bienvenida a los gigantosaurios.

Los dinosaurios corrían en estampida. Las manadas de especies de herbívoros rivales se mezclaban, las bestias blindadas como los triceratops y los anquilosaurios trataban de hacerse sitio a empujones, los herbívoros corrían junto a los depredadores. Había incluso mamíferos, parpadeando bajo la luz, corriendo entre las patas de los gigantes. Todos los animales cargaban, presa del pánico, chamuscándose los pies en la tierra humeante, chocando ciegamente unos contra otros. Apenas un par de horas antes, la escena habría sido inimaginable. Las intrincadas relaciones ecológicas de herbívoros y carnívoros, de depredadores y presas, edificadas a lo largo de ciento cincuenta millones de años, se habían desplomado por completo.

Impulsado por un instinto profundo, Gigante echó a correr entre la turba aterrorizada en dirección al agua. Se arrojó al lago, ignorando los restos humeantes que flotaban en su superficie. Las capas profundas seguían deliciosamente frías. Pero incluso con la cabeza sumergida pudo ver que los meteoritos seguían cayendo al lago, dejando tras de sí rastros de burbujas, como si fueran balas.

Y en ese momento, algo que tenía forma de proyectil se alzó frente a él, unas fauces enormes y blancas se abrieron y vio, entre el limo de las aguas, varias filas de colmillos cónicos. Retrocedió.

El cocodrilo se había tumbado en el fondo del lago y allí había esperado, en silencio, paciente.

Pariente lejano del deinonychus marino, hasta el momento los acontecimientos de aquel día tumultuoso habían significado poca cosa para él. Había sentido la trepidación de la Tierra y el movimiento de las aguas que se había producido como respuestas. Había reparado en las extrañas luces del cielo. Pero había creído que la tormenta pasaría, como tantas otras antes que ella. Podía permanecer sumergido una hora entera, pues poseía un metabolismo capaz de anular casi por completo todos los procesos cuando era necesario. Su mente era lenta y paciente. Sabía que lo único que tenía que hacer era tumbarse allí, en el barro, y la tormenta pasaría y, una vez más, la comida acudiría a su puerta.

Pero entonces un dinosaurio entró torpe y ruidosamente en el agua. No se limitó a merodear por el borde para beber y pacer, como los estúpidos herbívoros, sino que se sumergió entero, y hasta empezó a nadar en sus dominios. La intrusión provocó en ella un acceso de furia, mezclada con el deleite que acarreaba la perspectiva de una presa fácil. Se apartó del barro y emergió a la superficie, en la que resplandecían como estrellas las luces de los meteoritos. Pero entonces, otros cuerpos colosales empezaron a arrojarse a las aguas turbias y a luchar con el traicionero lodo del fondo del lago.

Atacó, por supuesto.

Gigante se revolvió, esquivó las largas fauces del cocodrilo y logró propinarle una patada a su enemigo en el morro. El cocodrilo retrocedió un instante. Pero no tardó en volver a atacar. Gigante podría haber retrocedido. Pero una hueste de animales estaba entrando en el agua a su espalda. El cocodrilo luchaba y lanzaba dentelladas a los invasores, y los animales luchaban entre sí.

Entonces se levantó una poderosa ola, mientras una onda expansiva secundaria provocada por el seísmo recorría el fondo de roca. La tierra se

levantó, se partió en dos y el agua desapareció de repente, dejando a Gigante entre vegetación mojada y animales temblorosos.

El cocodrilo, expuesto de repente al aire cálido y seco, era incapaz de comprender lo que había pasado. Trató de enterrarse en el fango, impelido por unos instintos que lo habían guiado desde que saliera del cascarón hasta su primer baño. Pero el barro estaba endureciéndose y secándose muy deprisa. No pudo ni siquiera arañar la superficie.

Y los meteoritos seguían cayendo, perforando las nubes como pilares de luz.

Los vientos y el tsunami habían barrido ya la mayoría de los seres vivos, desde los insectos a los dinosaurios, de la superficie de América del Norte y América del Sur. Y por todo el mundo, los incendios estaban matando a la mayoría de los que habían sobrevivido.

Pero lo peor estaba aún por llegar.

Las eyecciones más groseras de la periferia del lugar del impacto habían vuelto a caer rápidamente, en su mayor parte sobre la tierra destrozada que se extendía de uno a dos diámetros del cráter central, y el resto en forma de los meteoritos que habían provocado los incendios en las junglas. Pero el gran pilar de vapor de roca había seguido ascendiendo, empujado por su propia energía calorífica. En el vacío del espacio, las partículas sólidas de esta resplandeciente nube se habían condensado y, todavía al rojo blanco, habían emprendido el camino de regreso a la Tierra. Pero si antes habían ascendido por un túnel de vacío, ahora caían atravesando una atmósfera, y su energía se transmitía al aire. Era una letal lluvia de fuego, una película de incontables billones de diminutos meteoritos al rojo blanco, extendida por todo el planeta.

Por toda la Tierra, el aire empezó a brillar.

Purga había alcanzado una colina. Su pareja, Tercero, y el cachorro superviviente se encontraban a su lado. No podían seguir avanzando hacia las Rocosas, porque incluso allí las olas de roca habían quebrado y sacudido

la tierra, que ahora estaba cubierta de rocas que superaban muchas veces la altura de Purga.

Tendrían que quedarse allí. Empezó a excavar en la tierra suelta, tratando de construir una madriguera.

Volvió la mirada atrás, hacia el camino por el que habían venido. Bajo los bancos de denso humo negro, la tierra entera despedía un brillante resplandor anaranjado; era una visión extraordinaria. Incluso allí, en aquel alto rocoso, podía sentir el calor; incluso allí percibía el tufo del humo y de la carne quemada.

Podía ver las nubes que la habían atraído hasta allí: estaban hechas jirones pero seguían cubriendo las laderas superiores de las montañas. Recortadas contra un cielo tan negro como la noche, las nubes estaban teñidas de naranja y blanco, los colores que reflejaban el brillo de la tierra incendiada. Pero en aquel momento, más allá de las nubes, la luz anaranjada proveniente del sur empezó a ascender poco a poco. El propio cielo empezó a brillar, como si estuviera amaneciendo simultáneamente por todas partes. El color experimentó una escalada de tonalidades, primero al naranja, luego al amarillo y por fin a un vertiginoso blanco, brillante como una estrella.

El primer hálito de calor los alcanzó.

Los primates arañaron desesperadamente el suelo.

En el lecho agrietado del estanque, Gigante, rodeado de muertos, había logrado de alguna manera ponerse en pie. No podía respirar: su pecho trataba de procesar un aire que el humo y los brillantes fragmentos de vegetación quemada habían espesado hasta volverlo irrespirable. Era como estar sumergido en una niebla grisácea. No veía otra cosa que humo, polvo y cenizas arremolinadas.

El calor, tan intenso como en de un horno, llegaba a bocanadas. El aire apestaba a carne quemada.

Sintió un agudo dolor en la mano. La levantó, obedeciendo a una vaga curiosidad. Sus dedos estaban ardiendo, como si fueran velas.

Pensó en sus hermanos. Ese fue su último pensamiento.

Su muerte se produjo en un momento de shock fulminante. No fue consciente de ella: sus órganos vitales fueron destruidos tan deprisa que su

mente no tuvo tiempo de procesar una reacción. Entonces sus músculos se cocieron y se coagularon. Le contrajeron los brazos y las piernas, pero tenía la columna extendida, así que en el momento de la muerte adoptó una postura extrañamente parecida a la de un boxeador: la cabeza hacia atrás, las manos levantadas y las piernas flexionadas. Su carne se quemó y el esmalte de sus dientes empezó a quebrarse.

Todo esto, antes de que tuviera tiempo de caer al suelo.

Y entonces, hasta las rocas empezaron a fragmentarse.

Como una joya, dotada de una repentina brillantez que parecía un reflejo de los ancestrales mares de su compañera, la Luna, la Tierra estaba hermosísima. Pero era la belleza de un mundo agonizante.

La mitad de la energía calorífica liberada por el aire ardiente se inyectó a la atmósfera alta y a la superficie. Por todo el planeta, el cielo estaba tan caliente y brillante como el Sol. Las plantas y los animales se quemaban en el sitio. Los árboles de las poderosa junglas cretácicas fueron consumidos como hojarasca. Los pájaros en vuelo desaparecían en llamaradas repentinas y los pterosaurios se esfumaban, engullidos por las fauces de la extinción. Las madrigueras de los mamíferos, insectos y anfibios se convirtieron en diminutos ataúdes. El segundo cachorro de Purga, tembloroso y solo, se coció en un abrir y cerrar de ojos.

Purga se salvó. Las últimas nubes, teñidas de negro, empezaron a disiparse y se dispersaron con rapidez, convertidas en vapor, pero durante los minutos cruciales de la gran ola de calor sirvieron para escudar la tierra que había debajo de ellas de un cielo tan brillante como el Sol.

Solo había pasado una hora desde el impacto.

III

Después de los primeros días, cesaron los temblores de tierra. El sonido cotidiano de las pisadas de los grandes reptiles de montaña había desaparecido.

Purga estaba acostumbrada a la oscuridad. Pero no al silencio: aquella espeluznante quietud que nunca cesaba.

Durante generaciones incontables, los dinosaurios habían presidido la vida de la raza de Purga. Incluso después de aquel cataclismo, tenía vagas visiones de grupos de dinosaurios, en filas silenciosas, esperando para atrapar a cualquier mamífero lo bastante insensato para asomar el hocico fuera de su madriguera.

Pero no podía quedarse allí, en aquel improvisado agujero. Para empezar, no había nada para comer. La familia había desenterrado y devorado rápidamente todos los gusanos y escarabajos que había podido encontrar. Ni siquiera sabían cuándo era de día y cuándo era de noche. Sus ciclos de sueño se habían visto perturbados por la huida emprendida el día del impacto, y ahora despertaban a horas diferentes y descubrían que su hambre litigaba con el miedo que les inspiraba el extraño y frío silencio del exterior. Reñían entre ellos a mordiscos.

Y conforme pasaba el tiempo la temperatura iba descendiendo, desde el intenso calor de las horas del cielo ardiente a un frío amargo. Los primates contaban con la protección de la gruesa capa de tierra pero ni siquiera esto podría protegerlos para siempre.

Finalmente, Tercero se volvió hacia el cachorro: Ultima, porque era la única superviviente de los hijos de Purga. Purga no veía a Tercero. Pero gracias a sus bigotes y a su magnífico sentido del oído, notaba que su pareja se acercaba al cachorro, paso a paso, con la boca abierta, como si se dispusiera a cazar a un ciempiés.

Tercero estaba furioso, confuso, aterrado y muy, muy hambriento. Pero lo que estaba haciendo tenía cierto sentido. Después de todo, allí no había nada para comer. Si la carne del cachorro mantenía con vida a los adultos un poco más, el tiempo suficiente para producir otra carnada, habrían cumplido con su programación genética. Los cálculos eran de una lógica implacable.

Puede que en otro momento Purga se hubiera sometido a la agresión de Tercero. Hasta puede que lo hubiera ayudado a acabar con el cachorro. Pero había llevado una vida larga para su raza y había sufrido una serie de acontecimientos extraordinarios: la destrucción de su primera morada, la persecución incesante de Diente que Hiere y ahora la pesadilla del impacto del cometa y de su vida en aquel mundo de frío y silencio.

Los imperativos lucharon entre sí y se llegó a una conclusión. Asestó un salvaje mordisco en el muslo a Tercero, pasó sobre él y se colocó delante del cachorro.

Ultima estaba tan confundida como los demás. Pero comprendía que su madre estaba protegiéndolo frente a un ataque de su padre, o algo parecido. Así que se puso a su lado y le enseñó los dientes a Tercero. Durante medio minuto, en la madriguera no se oyó otra cosa que el sonido de los siseos y las minúsculas garras que arañaban agresivamente la tierra; tres pares de bigotes llenaban el espacio que separaba a los primates, cada uno de los cuales esperaba que el otro fuese el primero en atacar.

Al final, fue Tercero el que retrocedió. Se rindió inesperadamente. Depuso su actitud agresiva y se acurrucó en un rincón de la madriguera, solo. Purga se quedó con su hijo hasta que su organismo expulsó del todo la rabia y la agresividad.

Fue este último incidente el que cambió el equilibrio de fuerzas en la mente de Purga.

No podían quedarse allí para siempre, porque morirían de hambre o se congelarían, si antes no se mataban unos a otros. Tenían que salir, por muchos peligros que acecharan en el silencioso y nuevo mundo del exterior. Ya era suficiente. Cuando su reloj corporal volvió a despertarla, Purga apartó la tierra que tapaba la entrada de la madriguera.

Y emergió a la oscuridad.

Después de dos días, el fuego del cielo se había extinguido. Pero ahora, de un polo a otro, la herida Tierra estaba cubierta de polvo y cenizas, una negro sudario envuelto a su vez en la hinchazón amarillenta de las nubes de

ácido sulfúrico. La Tierra había pasado de una luminosidad de estrella a una oscuridad funesta y desolada, más tenebrosa que el corazón del cometa que había sembrado aquella devastación. Polvo y cenizas: el polvo estaba formado por los fragmentos del cometa, el barro del fondo del mar y hasta los restos volcánicos escupidos por los inmensos temblores sísmicos que habían recorrido el planeta. Y las cenizas eran los sedimentos de la vida quemada, árboles y mamíferos y especies divergentes de dinosaurios de América y China y Australia y la Antártida, reducidas a cenizas por la lluvia de fuego planetaria y vueltas a incinerar en la ola de calor y mezcladas ahora en la asfixiante estratosfera. Mientras tanto el azufre, arrancado a las rocas del lecho marino en los primeros momentos del impacto, perduraba todavía en el aire, formando cristales de ácido sulfúrico. Las elevadas y brillantes nubes de ácido reflejaban la luz del Sol e intensificaban el frío aún más.

Seguida por Tercero y Ultima y sacudiendo nerviosamente los bigotes, Purga salió con cautela de la madriguera. Era media tarde, allí, en el gélido corazón de América del Norte. Si el cielo hubiera estado despejado, el Sol seguiría todavía a buena altura sobre el horizonte. Pero solo se veía el más oscuro de los crepúsculos, apenas suficiente hasta para los enormes y sensibles ojos de Purga.

Avanzó sobre una roca desnuda y chamuscada. Todo estaba mal. No olía las cosas verdes, ni el fuerte y característico aroma de los dinosaurios. Ni siquiera sus excrementos. Solo olía a cenizas. La densa capa de vegetación de la vida cretácica se había consumido del todo: hasta las hojas muertas, hasta las deposiciones. Todo había sido destruido. Lo único que quedaba eran los minerales, el polvo sin vida y la roca. Era como si los hubieran transportado a la superficie de la Luna.

Y hacía frío, un frío tan penetrante que atravesaba rápidamente las cada vez más finas capas de grasa de sus cuerpos hasta llegar a los huesos.

Llegó n las ruinas de lo que había sido un pequeño helechal. Arañó la tierra con las garras, pero estaba extrañamente dura, y tan fría que le lastimó las almohadillas de las patas. Pero cuando se lamió la pata, un diminuto reguero de agua se formó en su boca.

Pocos días atrás, allí se extendían bosques tropicales y marismas. Llevaba millones de años sin formarse escarcha. Pero ahora la había. Purga araño el suelo y se metió en la boca la extraña y fría sustancia. Lentamente, se transformó en agua, aunque llena de polvo y cenizas.

Trató de llegar más hondo. Sabía que incluso después de los peores incendios se podía encontrar comida: nueces endurecidas, insectos enterrados profundamente y gusanos. Pero las nueces y las esporas estaban atrapadas debajo de una losa de tierra helada, demasiado dura para las patitas de Purga.

Empezó a moverse, tanteando el camino en la oscuridad con los bigotes.

Llegó a un charco. De hecho, era la huella de un anquilosaurio ya muerto. Su morro chocó con una superficie dura: brutalmente fría pero tan dura como la roca. El frío que atravesó su pelaje era muy intenso. Retrocedió apresuradamente.

Al igual que la escarcha, nunca antes había visto hielo sólido.

Con más cautela, lo tocó con el morro y las manos. Lo arañó y arañó —olía el agua que escondía en alguna parte y la enloquecía no ser capaz de acercarse a ella— y, frustrada, empezó a dar vueltas a su alrededor, empujando y tanteando. Finalmente llegó a un lugar en el que la pata del anquilosaurio, pisando lo que en aquel momento era tierra blanda y caliente, se había hundido un poco más. Allí la capa de hielo era más fina y al empujarla, la superficie cedió y se levantó. Purga retrocedió de un salto, sobresaltada. Los fragmentos de hielo que había levantado se hundieron lentamente en las aguas negras. Volvió a acercarse con más cautela. Y esta vez, al introducir el hocico con prudencia, encontró agua líquida: estaba helada y la superficie empezaba a cubrirse de escarcha, pero era líquida de todos modos. Empezó a beber a grandes tragos, ignorando el amargor de las cenizas y el polvo que contenía.

Atraídos por los sonidos que hacía al beber, Tercero y Última se acercaron corriendo. Rápidamente expandieron el agujero que había abierto y se pegaron a ella para poder beber también del turbio charco.

Por primera vez desde la llegada del cometa, las cosas habían mejorado para Purga, no mucho, pero al menos algo.

Pero en ese momento, algo le tocó en el hombro: algo ligero y frío. Lanzó un chillido y se volvió. Era una voluta blanca que ya estaba fundiéndose.

Empezaron a caer más copos flotando del cielo. Lo hacían con movimientos fortuitos y suaves. Cuando un copo llegaba lo bastante cerca de ella, daba un salto y lo atrapaba con la boca, como si fuera una mosca. Se llenó la boca de hielo.

Estaba nevando.

Superada al fin su capacidad de aguante, se volvió y corrió hacia la seguridad de la madriguera.

El impacto había arrojado a la atmósfera cantidades ingentes de agua de mar en forma de vapor. Tras varias semanas en suspensión, finalmente terminó por caer.

Había mucho vapor. Una lluvia estacional cayó por todo el planeta.

Pero la lluvia trajo más devastación. El agua arrastraba consigo el ácido sulfúrico de las nubes de hielo y el impacto había inyectado a la atmósfera finas nubecillas de metales tóxicos, metales que ahora empezaron a precipitarse sobre la superficie. Solo el níquel alcanzó el doble del umbral de toxicidad para la vegetación. El agua comento arrastraba sustancias como mercurio, antimonio y arsénico de los suelos y las concentraba en lagos y ríos.

Así estaban las cosas. Durante años, cada gota de lluvia que cayera estaría envenenada.

La lluvia se llevó el polvo y las cenizas. Por todo el mundo, se posó una fina capa de arcilla ennegrecida, un estrato de oscuridad que se manifestaría como un acento en las rocas sedimentarias del futuro: una arcilla fronteriza, el último testimonio de una biosfera, que un día estudiarían Joan Useb y su madre.

Tras meses de oscuridad, el Sol asomó al fin entre las capas de polvo y cenizas que envolvían el planeta entero. Pero no fue más que un diminuto

alfilerazo, que apenas dio un poco de calor a la tierra helada. Durante un año entero, no habría otra cosa que un sombrío crepúsculo.

Al retornar, el Sol alumbró un paisaje esquelético.

A las pocas plantas tropicales que no se habían quemado las había matado el brusco descenso de las temperaturas. Los dinosaurios supervivientes estaban sucumbiendo al hambre y al frío y la carne de sus huesos sería pasto de los depredadores que todavía vivían. Pero aquí y allá, entre las cenizas, se movían cosas: insectos, como hormigas, escarabajos y cucarachas, caracoles, ranas, salamandras, tortugas, lagartos, serpientes, cocodrilos —criaturas que habían podido esconderse en el lodo o en las aguas profundas— y muchos, muchos mamíferos. El pelaje de sus cuerpos y su costumbre de buscar refugio en la tierra los estaban protegiendo de los peores efectos del frío. Y también ayudaban sus indiscriminados hábitos alimenticios.

Era como si el mundo se hubiera llenado de ratas.

E incluso en aquel momento, los supervivientes ya estaban procreando. Incluso entonces, a pesar del frío y de la escasez de alimento, gracias a la súbita desaparición de sus ancestrales depredadores, su número estaba aumentando. Incluso entonces, el ciego escalpelo de la evolución cogía la materia prima adaptada a un mundo desaparecido y la modelaba para acondicionarla a las condiciones del nuevo.

Sola, la hembra de euplocephalus recorría el interminable frío, buscando el alimento que necesitaba.

Su especie era pariente de los anquilosaurios. Su cuerpo tenía diez metros de altura y antes de que empezara el lento proceso de privaciones, había llegado a pesar seis toneladas. Tenía una armadura de hueso: placas montadas sobre la piel de la espalda, el cuello, la cola, los flancos y la cabeza. Hasta sus párpados eran placas óseas. Las placas se entrelazaban con una capa de duros ligamentos, que proporcionaban flexibilidad al enorme y pesado caparazón. Su larga cola terminaba en una gruesa masa de hueso. En una ocasión la había utilizado para rechazar a un joven

tiranosaurio macho, su mayor triunfo. Aunque ella no lo recordaba. Toda esa armadura apenas dejaba espacio para un cerebro de grandes dimensiones (y eliminaba la necesidad de contar con él).

Aunque repentina desde un punto de vista geológico, la gran oleada de muerte que estaba abatiéndose sobre el planeta no era instantánea en la percepción de aquellos que la sufrían. Durante días, semanas y meses, muchos de los condenados —incluidos los dinosaurios— se aferrarían a la vida.

En términos relativos, la euplocephalus estaba bien equipada para sobrevivir al fin del mundo. La enormidad de su masa, su gran fuerza y pesada armadura, unidas a la providencial presencia de unas nubes en las proximidades de la orilla de un río, le habían permitido sobrevivir, junto a algunos compañeros, a las primeras y horrorosas lloras. Ya había sobrevivido a algunas sequías. Debía superar esta inesperada calamidad. Lo único que tenía que hacer era seguir moviéndose y mantener a raya a los depredadores.

Así que empezó a recorrer el mundo en busca de comida. Pero no encontró casi nada.

Uno por uno, sus compañeros habían caído, hasta que se encontró sola.

Pero, en una última ironía, se había apareado una última vez, con un macho que ahora estaba muerto. Y se había encontrado llena de huevos.

En este nuevo mundo, una tierra de hielo y negrura, en la que el cielo era una losa negra y grisácea, la euplocephalus había sido incapaz de encontrar los nidos ancestrales. Así que, utilizando el suelo desnudo y cubierto de cenizas de lo que en su tiempo había sido una jungla frondosa, había construido un nido lo mejor que había podido. Había puesto los huevos, mugiendo, y los había dispuesto formando una pulcra espiral sobre el suelo. Las euplocephalus no eran madres atentas: un tanque de seis toneladas no está hecho para prodigar suaves caricias. Pero ella se había quedado cerca del nido, dispuesta a defenderlo de los depredadores.

Puede que, a pesar del frío, los huevos hubieran llegado a eclosionar. Puede que algunas de las crías hubieran logrado sobrevivir a las grandes heladas. De todos los dinosaurios puede que un anquilosaurio fuera

precisamente el más preparado para enfrentarse al nuevo y duro mundo que se avecinaba.

Pero la lluvia ácida había agostado los nutrientes que el cuerpo de la euplocephalus necesitaba para fabricar los huevos como es debido. Algunos de ellos tenían una cáscara tan gruesa que ninguna cría podría romperla, mientras que otros la tenían tan fina que se partieron en cuanto los puso. Y entonces la lluvia empezó a ejercer su dañina acción directamente sobre ellos, cubriendo su superficie protectora con líquido mugriento y corrosivo.

Ninguno de los huevos había eclosionado. La euplocephalus, desolada, confundida a un nivel celular profundo, se había marchado. En cuanto desapareció, una nube de mamíferos depredadores había caído sobre los huevos y entre chillidos y riñas habían reducido el nido a un campo de batalla sanguinolento.

La última de su raza, la euplocephalus había seguido vagando, impulsada por un solo imperativo: sobrevivir. Pero el veneno que contenía la lluvia también operaba sobre ella. Las criaturas como Purga buscaban cobijo en sus madrigueras o debajo de las rocas —o, incluso, en una ocasión bajo el caparazón vacío de una tortuga muerta—. La euplocephalus era demasiado grande: no podía esconderse en ningún sitio y no podía excavar la tierra. Así que su espalda sufrió una furiosa corrosión, las grandes placas óseas perdieron toda la carne y los ligamentos que las conectaban se desgastaron y corroyeron.

Sin saber muy bien por qué, se encaminó con paso errabundo en dirección al mar.

Tres meses después del impacto, Purga y Ultima avanzaban penosamente por una tierra helada tan dura como la roca.

Se veían muy pocos animales: a veces, una rana cautelosa los veía pasar, o un pájaro huía al ver que se acercaban, lanzando un gorjeo de espeluznante volumen y abandonando algún pedazo de alimento helado en el suelo. Las reliquias de la exuberante vegetación del Cretácico, los tocones de los árboles y los matorrales, estaban ahora congeladas y

endurecidas, como esculturas negras, y todo intento de mordisquearlas obtenía por única respuesta un puñado de hielo y, demasiado a menudo, un diente roto.

Solo quedaban ellos dos. Tercero había muerto de hipotermia.

Purga ansiaba seguridad, trepar a un árbol o excavar la tierra blanda. Pero ya no había árboles. Solo quedaban cenizas, polvo y pedazos de raíces, y la tierra estaba demasiado dura para excavarla. Cuando tenían que descansar solo podían tenderse entre los restos, haciendo nidos de cenizas, hojas quemadas y trozos de madera, donde se acurrucarían temblando, tratando de encontrar calor en la proximidad del otro.

Tras varios días vagabundeando, Purga y Ultima avanzaban lentamente por la orilla del océano interior de América.

Incluso allí, la arenosa playa estaba congelada y el mismo mar, tan gris y ceniciento como el cielo en lo alto, estaba cubierto de témpanos de hielo. Pero el suave oleaje todavía arrastraba aguas saladas sobre la arena. Y allí, a la orilla del mar, los primates encontraron comida: algas, pequeños crustáceos y hasta algún que otro pez.

También los océanos habían quedado devastados por el impacto. La desaparición de la luz del Sol y la lluvia ácida habían masacrado al plancton fotosintético que habitaba las capas superiores del mar. Una vez desaparecido el pilar fundamental de la cadena trófica marina, las extinciones estaban sucediéndose como fichas de dominó caídas. En la Tierra herida, la muerte acechaba en todos los reinos, y las aguas salpicadas de hielo de los tenebrosos océanos escondían un holocausto tan espantoso como el que estaba produciéndose en tierra firme. Los mares tardarían un millón de años en recobrarse.

Purga se llegó hasta una estrella de mar que el océano había arrastrado a la playa. Como aquel reino era nuevo para ella, nunca había visto un animal semejante. Lo empujó con el hocico, tratando de determinar a qué categoría se ajustaba mejor: amenaza o bueno para comer.

Sus movimientos denotaban apatía. De hecho, apenas podía ver la estrella de mar.

Purga estaba debilitándose. Sentía una sed constante y un dolor cansino que se le pegaba a la boca y la garganta y le llegaba hasta el fondo del estómago. Desde el impacto había estado perdiendo peso constantemente, y eso que había empezado con un cuerpecillo que tenía muy poco que perder. Y era una criatura tropical atrapada de repente en un medio ártico. Aunque el pelaje la ayudaba a acumular calor, tenía un cuerpo alargado y esbelto, no la forma esférica y cerrada en sí misma que caracteriza a las criaturas adaptadas al frío. Así que consumía aún más energía y masa corporal tiritando.

Estaba en los huesos, débil, continuamente exhausta, con la mente cada vez más confusa y los instintos más apagados.

Y estaba haciéndose vieja. Cuando los primates vivían como alimañas, su principal táctica de supervivencia había sido la reproducción rápida: simplemente, siempre había demasiados para que la feroz depredación de los dinosaurios los eliminara. Para estas criaturas, la longevidad no suponía un valor. Y Purga ya estaba llegando al final de su corta y explosiva vida.

Última también sufría, claro. Pero como era más joven, tenía más energías que gastar. Purga ya había percibido la creciente distancia que las separaba. No era una cuestión de deslealtad. Era la lógica de la supervivencia. Purga sentía, en lo más hondo de sí, que llegaría un día en que su hija empezaría a verla, no como una compañera de merodeos o siquiera un estorbo, sino como un recurso. Después de todo lo que había sobrevivido, puede que el último recuerdo de Purga fuera el de los dientes de su propia hija en la garganta.

Pero en ese momento olieron carne. Y vieron más supervivientes, más mamíferos parecidos a ratas escabullándose por la playa. Había algo allí. Purga y Ultima los siguieron.

Por fin, con la consciencia chisporroteando como una bombilla agonizante, la euplocephalus llegó tambaleándose a la orilla del océano.

Bajó la mirada, perpleja. El agua, moteada por gruesas gotas de lluvia, le lamía las patas. La arena estaba salpicada de manchas negras de hollín y polvo volcánico, y cubierta de huesos de criaturas diminutas. Vio los cuerpos plateados de los peces, muertos, los ojos picoteados por aves

carroñeras. Pero la euplocephalus solo era consciente de su propio cansancio, su hambre, su sed, su soledad, su dolor.

Alzó la cabeza. El sol poniente, al sudoeste, era un disco de color rojo sangre, no muy lejos de un horizonte que era carbón contra carbón.

La euplocephalus permaneció inmóvil a la orilla del mar. Era uno de los últimos grandes dinosaurios que quedaban en toda la Tierra y ahora se erguía como una estatua erigida en honor de su extinta raza. La cabeza y la cola, recubiertas por aquella armadura, le pesaban mucho. Las dejó caer. Estaba muriendo sin haber llegado a engendrar una sola cría viable. Una abyecta miseria protestaba en el interior de su pequeña consciencia.

Sintió un agudo pellizco en la base de la pata.

Era un mamífero, un terios. Tan pequeño como Purga, y sin embargo equipado con unos dientes capaces de cortar tan bien como, un día, lo harían los de un león. Se había adelantado y, con absurda osadía, la había mordido. La euplocephalus lanzó un bramido de indignación. Con un vasto esfuerzo, levantó una de sus inmensas patas. Pero, cuando dio un pisotón sobre el agua, solo obtuvo un chapoteo: el pequeño mamífero se había escabullido.

A su alrededor, sin embargo, se habían reunido más supervivientes.

Ninguno de estos animales era grande. Purga e Última estaban allí, así como otros animales que se habían mantenido con vida en sus madrigueras subterráneas durante todo el invierno gracias a su constante calor corporal. Había pájaros, protegidos por su sangre y su pequeño tamaño de un evento que sus parientes más espectaculares no podrían superar. Había también insectos, caracoles, ranas, salamandras, serpientes, criaturas que habían sobrevivido en madrigueras y en las orillas de los ríos o en profundos agujeros. Aquellas criaturas pequeñas y asustadizas ya estaban acostumbradas a alimentarse de restos y esconderse en los rincones; para ellas, el impacto del cometa no había empeorado demasiado las cosas.

Ahora se aproximaron a aquel gigante, el último de los monstruos que había dominado su mundo durante cien millones de años. En los largos y vacíos meses transcurridos desde el impacto, mientras se dispersaban por un mundo que era como un matadero, muchos de ellos habían aprendido a

explotar una nueva fuente de alimento: la carne de dinosaurio. Los tiempos habían cambiado. Extinción era un término más drástico que muerte.

Al menos con la muerte existía el consuelo de que tus descendientes te sobrevivirían, de que una parte de ti perduraría. La extinción se llevaba hasta este consuelo. La extinción era el fin de tu vida... y de la de tus hijos, y tus nietos potenciales y de cualquiera de tu raza hasta el fin de los tiempos. La vida continuaría, pero no sería la vida que conocía tu especie.

Aunque eran acontecimientos terribles, las extinciones siempre habían sido moneda corriente. La naturaleza estaba abarrotada de especies, conectadas unas con otras por relaciones de competición o cooperación y sumidas todas ellas en una constante lucha por la supervivencia. Aunque nadie podía conseguir una posición de permanente ventaja, era posible perder, por culpa de la mala suerte, de un desastre o de la invasión de un competidor mejor equipado. Y el precio del fracaso era siempre la extinción.

Pero el impacto del cometa había desencadenado una extinción en masa, una de las peores en la larga y accidentada historia del planeta. La muerte estaba abatiéndose sobre todos los reinos biológicos, en tierra, mar y aire. Familias enteras de especies, reinos completos, estaban hundiéndose en la oscuridad. Era una colosal crisis biótica.

En momentos así no importaba lo adaptado que estuvieras, lo bien que esquivaras a los depredadores o compitieras con tus vecinos, porque las reglas más básicas estaban cambiando. En una extinción en masa, compensaba ser una raza pequeña, numerosa, geográficamente extendida y capaz de ocultarse.

Y, un elemento crucial, ser capaz de devorar a otros supervivientes.

Incluso entonces, la supervivencia dependía tanto de la buena suerte como de los buenos genes: no era evolución sino azar. A pesar de su pequeña tamaño y su capacidad para ocultarse, más de la mitad de los mamíferos habían acompañado a los dinosaurios en la extinción.

Pero el futuro era suyo.

La euplocephalus no era consciente de que sus piernas estaban fallando. Pero de repente sintió un frío húmedo debajo del vientre y una salinidad

arenosa en la boca cuando su cabeza cayó al agua.

Cerró los ojos. Su coraza volvía opacos sus párpados. Emitió un profundo gruñido —un sonido que cualquier otro miembro de su especie hubiera oído a kilómetros de distancia, de haber quedado alguno para escuchar— y trató de escupir el agua salada que le llenaba la boca. Se retiró al interior de su armadura ósea, como una tortuga en su caparazón. Pronto, fue como si ya no pudiera oír el siseo de la lluvia sobre la arena y el agua y el movimiento inquieto de las feas criaturillas que la rodeaban.

Ni siquiera al final experimentó paz, sino solo una enorme desolación. Pero sintió poco dolor cuando los pequeños dientes empezaron a hacer su trabajo.

Aquel último gran dinosaurio fue una despensa de carne y sangre que alimentó a la nerviosa horda de animalillos durante una semana.

Pasado este tiempo, mientras la lluvia ácida empezaba a blanquear las enormes placas roídas de la espalda de la euplocephalus, Purga y Ultima se encontraron con otro grupo de primates. Eran varios, más o menos de la misma edad que Última, o más jóvenes todavía, así que posiblemente hubieran nacido después del impacto y no hubieran conocido en toda su vida otra cosa que aquel mundo de penurias. Parecían flacos, hambrientos. Decididos. Dos de ellos eran machos.

Pero olían de forma extraña. No estaban ni lejanamente emparentados con la familia de Purga, aunque sin duda eran *Purgatorias*. Los machos no estaban interesados en Purga; su aroma les decía que era demasiado vieja para alumbrar nuevas carnadas.

Última miró a su madre una vez más. Y entonces se acercó corriendo al grupo, donde los machos, con los bigotes temblorosos, empezaron a husmearla y a arrimarse a ella con los hocicos ensangrentados.

Después de aquel día, Purga no volvió a ver a su hija.

IV

Un mes más tarde, Purga, sola, llegó a la alfombra de helechos.

Como si estuviera en trance, corrió hacia ella lo más deprisa posible. Solo era un pequeño tapiz de matorrales, pero sus frondas daban una tenue sombra verde. En la cara interior de las hojas pudo ver pequeños los puntitos marrones de los sacos de esporas.

Verde, en un mundo gris de ceniza y hollín.

Los helechos eran robustos supervivientes. Sus esporas eran lo bastante duras como para soportar el fuego y lo bastante pequeñas como para recorrer grandes distancias llevadas por los vientos. En algunos casos, las nuevas plantas brotaban directamente de los sistemas de raíces que habían sobrevivido, raíces negras y nudosas que eran mucho más resistentes que las de los árboles. En tiempos como aquellos, mientras la luz empezaba a reaparecer y la fotosíntesis volvía a activarse, los helechos tenían pocos competidores. Entre la ceniza y la arcilla enfangadas, el mundo estaba adoptando un rostro que no había tenido desde el Devónico, cuatrocientos millones de años antes, cuando las primeras plantas del mundo —entre ellas unos helechos primitivos— habían formado sus primeras y experimentales colonias.

Trepó. Las más altas de aquellas plantas achaparradas le proporcionaban una plataforma situada apenas a unos centímetros del suelo, pero a pesar de ello sintió una especie de deleite al encaramarse a las hojas. El mero acto bastó para provocar una riada de recuerdos de los tiempos en que se escabullía entre las grandes y desaparecidas junglas cretácicas.

Luego empezó a excavar. La lluvia seguía cayendo y la tierra estaba empantanada, pero cavando cerca de las duras raíces de los helechos pudo construir una madriguera satisfactoria. Empezó a relajarse, por primera vez

desde el impacto, puede que por primera vez desde que el enloquecido troodon había empezado a perseguirla.

La vida no podía pedirle nada más. Uno de sus cachorros había sobrevivido y se reproduciría y, a través de ella, el río de los genes seguiría fluyendo hacia un futuro incognoscible. Y lo más irónico era que de haber estado aún en el pasado, a estas alturas ya habría sucumbido a algún depredador: era la gran desolación del mundo lo que le había permitido sobrevivir. Unos pocos meses a expensas de la muerte de incontables miles de millones de criaturas.

Tan satisfecha como podía estar en aquellas circunstancias, se tumbó para dormir en un capullo de tierra que todavía olía al incendio que había puesto fin a un mundo.

El planeta estaba poblándose de criaturas que se reproducían deprisa y vivían poco tiempo. Casi toda la población de la Tierra había nacido ya en la nueva era, y no conocía otra cosa que cenizas, tinieblas y carroña. Pero mientras Purga dormía, sus patas traseras se convulsionaron y sus pezuñas delanteras empezaron a arañar la Tierra. Porque para Purga, una de las últimas criaturas de la Tierra que recordaba a los dinosaurios, los terribles reptiles aún acechaban, al menos en sueños.

Llegó una mañana en que no despertó, y la madriguera se convirtió en su ataúd.

Muy pronto un manto de sedimentos depositado por el océano cubrió el inmenso cráter del impacto. La deformación geológica acabaría por quedar escondida debajo de una capa de arenisca de mil metros de grosor.

De la Cola del Diablo, no quedaban más que vestigios. El núcleo había sido destruido en los primeros segundos del impacto. Mucho antes de que los cielos de la Tierra se despejasen, los últimos restos de la cabellera y de la gloriosa cola —el tenue cuerpo del cometa, segado ahora de su diminuta cabeza— fueron dispersados por los vientos solares.

Pero, a pesar de todo, el cometa dejó una especie de monumento. En el estrato fronterizo se encontrarían tectitas —pedazos de la Tierra que se

habían arrojado al espacio y habían regresado, fundidos y moldeados a imitación de gotas de rocío cristalinas por la reentrada en la atmósfera—, así como fragmentos de cuarzo y otros minerales, dotados de extrañas configuraciones cristalinas por la energía cinética del impacto. Había fragmentos de carbono cristalino, que normalmente se formaban solo en las profundidades del interior de la Tierra, pero que habían aparecido en la superficie en aquellos segundos de furia geológica: diamantes diminutos desperdigados entre las cenizas de los bosques cretácicos y la carne de los dinosaurios. Había hasta trazas de aminoácidos, los complejos compuestos orgánicos traídos antaño por cometas ya desaparecidos a una Tierra por entonces desierta y rocosa, los compuestos que habían permitido que la vida emergiera allí: un nostálgico regalo de un visitante que había llegado tarde.

Y, a medida que las nubes de polvo se dispersaban finalmente y el frío empezaba a remitir, el último regalo del cometa a la Tierra empezó a manifestarse. El aire conservaba todavía enormes cantidades de dióxido de carbono, emitido por la piedra caliza del golpeado lecho oceánico. Un salvaje efecto invernadero empezó a manifestarse. La vegetación, aún empeñada en la lucha por la supervivencia, tuvo que capear este nuevo temporal. Los primeros milenios fueron tiempos de pantanos y ciénagas apestosas, donde la vegetación muerta asfixiaba lagos y ríos. Por todo el mundo se formaron enormes vetas de carbón.

Al fin, no obstante, conforme las esporas y semillas se desperdigaban por el mundo, empezaron a emerger nuevas comunidades de plantas.

Lentamente, la Tierra se tiñó de verde.

Mientras tanto, el tiempo hizo su trabajo con los diminutos restos de Purga.

Horas después de *su* muerte, las moscardas ya habían puesto huevos en sus ojos y su boca. Las moscas de la carne no tardaron en dejar larvas en su piel. Mientras los gusanos excavaban su pequeño cadáver, las bacterias intestinales que la habían servido toda la vida empezaron a salir al exterior. Los intestinos reventaron. Su contenido empezó a pudrir los demás órganos, y el cadáver se licuefactó, con una peste atroz parecida a la del queso. Esto atrajo a escarabajos y moscas carnívoros.

En los días que siguieron a su muerte, quinientos tipos de insectos diferentes se alimentaron de su cadáver. Al cabo de una semana, no quedaba de ella nada más que huesos y dientes. Ni siquiera las grandes moléculas de ADN pudieron sobrevivir mucho. Las proteínas se dividieron en sus componentes individuales, los aminoácidos, que a su vez se degradaron y quedaron reducidos a formas reflejas.

Unos días después de esto, una riada de agua ácida inundó la pequeña madriguera. Los huesos de Purga fueron arrastrados hasta una depresión superficial situada a medio kilómetros de allí, donde quedaron acumulados entre huesos de raptores, tiranosaurios, herbívoros e incluso troodones: enemigos igualados por la democracia de la muerte.

Con el tiempo, nuevas inundaciones y crecidas arrastraron más capas de lodo. A causa de la presión, las capas de sedimento se convirtieron en roca. Y, en su pétrea tumba, los huesos de Purga sufrieron nuevas transformaciones: aguas ricas en minerales se introdujeron en cada uno de sus poros y los llenaron de calcita, así que también ellos acabaron por convertirse en cosas hechas de roca.

Enterrada profundamente, Purga emprendió una espectacular travesía que duraría millones de años. Conforme chocaban los continentes, la tierra se levantaba, llevando consigo a todos los pasajeros que sepultaba, como un enorme trasatlántico al remontar una ola. Las fuerzas térmicas y la presión fracturaron y retorcieron la roca. Pero la erosión, una fuerza implacable y destructiva que equilibraba el creativo levantamiento de la Tierra, continuó su labor. Finalmente, aquella tierra acabó convertida en un paisaje anguloso de mesetas, montañas y cuencas desérticas.

Por fin, la erosión alcanzó la fosa común que se había tragado los huesos de Purga. Cuando la roca se desmoronó, emergieron a la luz pedacitos de huesos fósiles, cuerpos que salían a la superficie después de un letargo de sesenta y cinco millones de años.

Casi todos los huesos de Purga habían desaparecido, reducidos a polvo en meros instantes geológicos: un derroche de paciente preservación tectónica. Pero en el año 2010, un descendiente lejano de Purga arrancaría

un ennegrecido fragmento de una pared de roca gris bajo una extraña capa de arcilla oscura y reconocería lo que era: un diente diminuto.

Pero aquel momento se encontraba todavía muy lejos, en el futuro.

OceanofPDF.com

4

El bosque vacío

TEXAS, NORTEAMÉRICA,

C. 65 MILLONES DE AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

I

Plesi trepaba por la interminable jungla.

Con la destreza de una ardilla, subió corriendo por la corteza irregular del tronco y se encaramó a una gruesa rama. Aunque era casi mediodía, la luz estaba como moteada, incierta. La copa se encontraba mucho más arriba y el suelo estaba perdido entre capas de verde, muy abajo. El único sonido que se oía en el bosque era el rumor de las hojas mecidas por la cálida brisa y la llamada de las aves de las copas, aquellos coloridos parientes de los extintos dinosaurios.

Era una jungla tropical. Y pertenecía a los mamíferos, entre los que se contaban los primates como Plesi.

Volvió la mirada hacia la rama por la que había llegado. Había dos cachorros, dos hembras, que en sus pensamientos respondían a los nombres de Fuerte y Débil. Mucho más pequeñas que ella, en aquel momento se encontraban en la intersección entre árbol y rama. Fuerte estaba empujando disimuladamente a Débil. Algunas especies hubieran dejado morir a la enclenque Débil. Pero las criaturas como Purga tenían pocos hijos y en un mundo inseguro y peligroso como aquel, había que cuidar de todos.

Pero Plesi no podría cuidarlas para siempre. Ya las había destetado a las dos. Aunque habían aprendido a buscar frutos e insectos en aquel, su árbol natal, ahora tenían que acostumbrarse a ser más aventureras: a salir al bosque, a buscar su propia comida.

Y para hacerlo, tenían que aprender a saltar.

Avanzando con paso inseguro por la superficie irregular de la rama, Plesi se preparó y dio un salto.

Era un plesiadapiforme: pertenecía, de hecho, a una especie que un día se conocería como carpoleste. Plesi se parecía bastante a su pariente lejana, Purga. Al igual que ella, tenía algo de ardilla, un cuerpo chato como el de una rata y una cola hirsuta y gruesa. Aunque era un auténtico primate, Purga poseía todavía garras en lugar de uñas, como Purga, unos ojos que no estaban orientados al frente y un cerebro poco desarrollado. Hasta había conservado los grandes ojos adaptados a la visión nocturna que tan bien habían servido a Purga en tiempos de los dinosaurios.

El desarrollo más importante experimentado por el cuerpo de los primales desde los tiempos de Purga estaba en los dientes. La especie de Plesi estaba adaptada para abrir frutos secos, como los possums de Australia de tiempos posteriores. Era una respuesta necesaria a la escasez de comida. En esta época, pocos animales se alimentaban de hojas. En un mundo igualitario en el que las junglas tropicales y semitropicales se extendían muy lejos desde el Ecuador, había muy pocas variaciones estacionales y allí en Texas los árboles no mudaban las hojas con regularidad. De hecho, los árboles cargaban sus hojas de toxinas y productos químicos que las volvían amargas o venenosas para las lenguas curiosas de los mamíferos.

Pero a pesar de ello, en los dos millones de años transcurridos desde la época de Purga se habían producido pocas innovaciones en el linaje de los primates. Mucho tiempo después del gran impacto, era como si el vacío mundo hubiese quedado en un estado de parálisis molecular.

Plesi aterrizó en la rama que buscaba sin dificultad.

Sus dos cachorros, que seguían acurrucados con aire temeroso contra el tronco del árbol, emitieron las llamadas lastimeras de unos recién nacidos. Pero, a pesar de que los gritos la conmovían, Plesi se limitó a levantar la cabeza y arrugar el hocico. Trató de animar a sus cachorros a seguirla mordisqueando los numerosos frutos que colgaban del nuevo árbol.

Finalmente, los cachorros reaccionaron. Para sorpresa de Plesi, fue la más pequeña, Débil, la que lo hizo primero. Corrió hasta el final de la rama, nerviosa, con miedo, pero a pesar de todo demostrando buen equilibrio. Levantó la cola y tensó los músculos, retrocedió con nerviosismo, se apartó el pelaje de la cara, y entonces, al fin, saltó.

Se excedió un poco en los cálculos. Voló como un proyectil por el aire y chocó con su madre, que profirió un siseo de protesta. Pero sus ágiles manos se asieron a las protuberancias de la corteza y logró sujetarse. Temblando, Débil corrió a reunirse con su madre y enterró la cara en su vientre, en busca de un pezón que ya estaba seco. Plesi dejó que lo hiciera para recompensarla por su valentía.

Pero entonces se produjo un movimiento rápido y fugaz en el otro árbol. Fuerte, inesperadamente rezagada, echó a correr de repente, y se impulsó sobre la corteza con los pies inmaduros. Y, sin calcular con cuidado, sin tratar de utilizar sus habilidades innatas para evaluar las distancias, dio un salto.

Plesi sintió una punzada de miedo en su interior.

Fuerte alcanzó la rama, pero cayó con demasiada fuerza. Rebotó hacia atrás. Durante una fracción de segundo se quedó allí, arañando inútilmente la corteza, agitando las patas traseras. Y entonces cayó.

Plesi la vio dar vueltas en el aire, temblando, con el vientre de color blanco a la vista, aferrándose a la nada con manos y pies. En aquel momento, Fuerte lanzó el chillido de un niño extraño. Entonces cayó entre

las hojas y desapareció entre el follaje que se tragaba a todos los muertos de la jungla.

Temblando, Plesi se aferró a la rama. Todo había ocurrido muy deprisa. Había perdido una hija y solo le quedaba una enclenque. Era insoportable. Lanzó un siseo de desafío al amenazante follaje.

Y, dejando que Débil se aferrase penosamente al tronco del árbol, empezó a descender, hacia el follaje, hacia el suelo.

Finalmente llegó al último piso de ramas y bajó la mirada hacia un oasis de luz.

Aquel era uno de los pocos claros que existían en aquella jungla interminable. Durante los últimos meses, había caído un antiguo árbol, devorado desde dentro o destrozado por un rayo fortuito. Al desplomarse, había abierto un trecho de terreno abierto entre el denso follaje. Aquel claro no duraría mucho. Pero de momento las plantas del sotobosque, al igual que otros supervivientes, los helechos de la superficie, estaban aprovechando la oportunidad para germinar, de modo que en aquel lugar el suelo del bosque era anormalmente exuberante y verde. Y ya estaban empezando a aparecer árboles jóvenes, emprendiendo una implacable carrera vegetal para robar la luz y cerrar aquella grieta en el dosel de las copas.

La jungla era un lugar extrañamente estático. Los grandes árboles competían entre sí para atrapar la máxima luz del Sol. En las tinieblas de los niveles inferiores, la luz era demasiado escasa para sustentar el crecimiento, y el suelo solía estar cubierto de materia vegetal muerta y los huesos de cualquier animal o ave lo bastante desgraciado como para caer. Pero debajo del suelo silencioso, aguardaban semillas y esporas, siglos, milenios incluso, si era necesario, hasta el día en que el azar abría un agujero en el dosel y la carrera por la vida podía dar comienzo.

Plesi descendió trepando por una raíz que hacía las veces de contrafuerte y llegó al suelo. Bajo las anchas frondas de un helecho corrió a pasos cortos e inseguros para atravesar una franja de luz directa. El suelo

sólido, que ni cedía ni se tambaleaba, le resultaba muy extraño, tan extraño como le hubiera parecido a un humano un terremoto.

Había más animales en el claro, atraídos por la perspectiva de nuevas capturas. Había ranas, salamandras e incluso unos pocos pájaros, que cruzaban el claro en repentinos estallidos de color, buscando insectos y semillas.

Y había mamíferos.

Eran criaturas parecidas a mapaches pero emparentadas con los ungulados del futuro e insectívoros veloces y cautelosos entre cuyos descendientes se encontrarían las musarañas y los puercoespines. Había un taeniodonte, parecido a un pequeño y obeso wombat. Ninguno de los pequeños parásitos del suelo le habría resultado familiar a un humano que se hubiera encontrado allí. Eran criaturas furtivas, extrañas, desgarbadas, más parecidas a reptiles por su forma de comportarse, siempre mirando en todas direcciones, moviéndose a hurtadillas como ladroncillos temiendo el regreso del señor de la casa.

Aquellos mamíferos eran vestigios del Cretácico. Por aquel entonces había sido como si la Tierra entera fuera una vasta ciudad, organizada para satisfacer las necesidades de sus habitantes, los dinosaurios. Pero ahora los habitantes dominantes habían desaparecido, los edificios se habían desplomado y las únicas criaturas que quedaban con vida eran las especies urbanas que vivían en los desagües y alcantarillas y se alimentaban de la basura.

Pero la Tierra, en el proceso de su recuperación, se había convertido en un lugar muy diferente al que era en tiempos del onírico Cretácico. Ahora, las nuevas junglas eran mucho más densas. No había grandes herbívoros: los saurópodos habían desaparecido y faltaba mucho tiempo aún para la llegada de los elefantes. No había animales lo bastante grandes como para llegar a las copas de aquellos árboles, para abrir por la fuerza claros y corredores y para crear sabanas dispersas como parques. Como respuesta, la vegetación había enloquecido y había cubierto el mundo con una densidad y una profusión inauditas desde que los primeros animales caminasen por la tierra.

Pero era una abundancia extrañamente vacía. En aquellas densas junglas no había ya dinosaurios depredadores, pero tampoco había jaguares, leopardos o tigres.

Prácticamente, sus únicos habitantes eran pequeños mamíferos que moraban en los árboles, como Plesi. Durante un período de tiempo extraordinariamente prolongado —millones de años— los animales se aferrarían a sus hábitos del Cretácico y no habría ninguna especie de mamífero que alcanzara siquiera un tamaño moderadamente grande. Seguirían buscando refugio en la oscuridad y los rincones de un mundo vacío, alimentándose de insectos y borrando cualquier innovación evolutiva más espectacular que un nuevo tipo de dentadura.

Como reos condenados a una larga pena, los supervivientes del impacto se habían institucionalizado. Hacía tiempo que habían desaparecido los dinosaurios, pero para los hábitos de los mamíferos, arraigados durante un período de tiempo mucho mayor, ciento cincuenta millones de años de condena, no era tan fácil acostumbrarse.

Sin embargo, las cosas estaban cambiando.

Por fin, Plesi escuchó el maullido callado de su cachorro.

Al borde del claro, Fuerte estaba acurrucada, penosamente, sobre una especie de nido hecho de frondas resecas. Tras caer del árbol y precipitarse sobre el claro, al menos había tenido el sentido común de buscar cobijo. Pero distaba mucho de estar a salvo: una gran rana depredadora de vientre púrpura estaba observándola con una curiosidad ausente en los negros ojos. Al ver a Plesi, Fuerte echó a correr y se lanzó sobre su madre. Trató de encontrar sus pezones, igual que su hermana había hecho antes, pero Plesi le negó su consuelo con un mordisco.

Plesi estaba profundamente perturbada. Un carpoleste que era fuerte en el nido pero carecía de instintos para el árbol —que carecía hasta de la sensatez de guardar silencio cuando estaba expuesta— tenía pocas posibilidades de sobrevivir. De repente, Fuerte no parecía tan fuerte. Plesi sintió el extraño impulso de buscar una pareja, de volver a reproducirse. Por el momento, no obstante, se limitó a darle otro pequeño mordisco en el

costado con sus afilados incisivos y la condujo hacia el árbol por el que había descendido.

Pero no había recorrido más que la distancia de varios cuerpos cuando se quedó helada.

Los ojos negros del depredador se clavaron en ella con frío cálculo.

El depredador era un oxyclaenus. Era un animal esbelto de cuatro patas y pelaje oscuro: con aquel cuerpo largo y las patas cortas parecía una comadreja hipertrofiada, aunque su rostro y su hocico recordaban más a los de un oso. Pero no estaba emparentado ni con las comadrejas ni con los osos. En realidad era un ungulado, un miembro primitivo de la gran familia que un día incluiría a todos los animales con cascos en las patas, como los cerdos, los elefantes, los caballos, los camellos e incluso las ballenas y los delfines.

Puede que el oxy le hubiera parecido torpe, lento, hasta un poco inacabado, a unos ojos acostumbrados al guepardo y al lobo. Pero su raza había aprendido a cazar sus presas por el ralo sotobosque de la interminable jungla. Hasta podía trepar para seguirlas a las ramas inferiores de los árboles. En aquella era arcaica, el oxy no tenía apenas competencia.

Así, mientras examinaba la forma de Plesi, aterrorizada y pegada al suelo, dos frías preguntas dominaban la mente del oxy: *¿Cómo te atrapo? ¿Estarás sabrosa?*

Plesi, pegada al suelo, estaba temblando, sacudiendo los bigotes, y enseñando los pequeños y afilados dientes. Pero contaba con unos instintos afilados por más de un millón de siglos pasados a los pies de los dinosaurios. En los fríos cálculos de su mente estaban comenzando a llevarse a cabo una evaluación de riesgos. En aquel lugar no podía ocultarse. No podría alcanzar un árbol para escapar del oxy. Seguramente, si trataba de escapar corriendo, no tendría dificultades en atraparla con una de aquellas zarpas crueles.

Solo le queda una alternativa.

Arqueó la espalda, abrió la boca y siseó, con tanta violencia que roció al oxy con su saliva.

El oxy se encogió ante aquella agresión, inesperada en una criatura tan pequeña. *Pero no es una amenaza.* Enfurecido, recobró rápidamente la compostura y se preparó para responder al farol de Plesi.

Pero Plesi se había esfumado en el sotobosque. Nunca había tenido la intención de atacar al oxy: solo de ganar un precioso segundo de tiempo. Y había dejado a Fuerte detrás.

La joven carpoleste, paralizada por la mirada del carnívoro, se pegó a la tierra. El oxy aplastó a Fuerte con la zarpa y le partió la columna al pequeño primate. Inundada de dolor, Fuerte se revolvió contra su atacante y trató de hundirle los dientes en la carne. En sus últimos momentos, Fuerte descubrió algo parecido al valor. Pero no le sirvió de nada.

El oxy jugó un rato con el animalillo. Luego empezó a comer.

Conforme se iba recuperando el mundo, las cambiantes condiciones moldeaban a sus habitantes vivos.

Los mamíferos estaban empezando a experimentar con roles nuevos. Los ancestros de los auténticos carnívoros, que con el tiempo acabarían por engendrar a los cánidos y los felinos, eran todavía animales parecidos a hurones, omnívoros laboriosos y oportunistas. Pero los oxyclaenus habían empezado a desarrollar las especializaciones de los depredadores mamíferos que los seguirían: patas verticales para poder mantener la velocidad en carrera, dientes permanentes y fuertes anclados por raíces dobles y con cúspides entrelazadas diseñadas para desgarrar la carne.

Todo formaba parte de un antiquísimo patrón.

Todas las cosas vivas luchaban por permanecer con vida. Se alimentaban, se reparaban, crecían y evitaban a los depredadores.

Ningún organismo vive para siempre. El único modo de contrarrestar la aterradora aniquilación de la muerte es la reproducción. Por medio de la reproducción, la información genética de cada organismo se transmite a su descendencia.

Pero ninguna cría es idéntica a sus padres. En un momento dado, toda especie contiene el potencial de engendrar numerosas variaciones. Pero

todos los organismos tienen que existir en el marco de habitabilidad impuesto por su medio: un medio hecho de clima, tierra y criaturas vivientes que a su vez van modelando ellos mismos. Como la supervivencia se persigue con implacable ferocidad, el marco del medio ambiente se llena hasta los topes. Todas las variaciones viables de una especie que puedan encontrar sitio para sobrevivir se manifiestan.

Pero en aquel mundo el espacio era muy escaso. Y la competición por él era incesante e interminable. Nacían muchas más crías de las que tendrían posibilidades de sobrevivir. La lucha por la existencia era incesante. Los perdedores eran diezmados por el hambre, la depredación *y* la enfermedad. Aquellas criaturas que estaban un poco mejor adaptadas a su rincón concreto del medio ambiente gozaban inevitablemente de unas probabilidades ligeramente superiores de salir triunfantes en la batalla por la supervivencia... y, por consiguiente, de transmitir su información genética a las generaciones posteriores.

Pero el medio ambiente podía cambiar cuando se modificaban los climas o los continentes chocaban y las especies migraban, se entremezclaban y se encontraban con nuevos vecinos. Al mismo tiempo que cambiaban los entornos, del clima y de las criaturas vivientes, lo hacían los requisitos de adaptación. Pero el principio de selección seguía imperando.

De este modo, generación tras generación, las poblaciones de organismos seguían la pista a los cambios del mundo. Todas las variaciones de especies que resultaban viables en el nuevo entorno eran seleccionadas y aquellas que dejaban de ser viables desaparecían, sumergidas en los archivos fósiles o sumidas totalmente en el olvido. Estos vuelcos eran interminables, como un proceso de agitación perpetuo. Mientras las variaciones «requeridas» por el medio se encontraran entre las variaciones genéticas disponibles, los cambios de las poblaciones podían ser muy rápidos... como descubrirían los humanos con sus especies domesticadas de plantas y animales en la búsqueda de su propia idea de perfección en su patrimonio de criaturas vivientes. Pero cuando se agotaban las variaciones posibles, los cambios se estancaban hasta que aparecía una nueva mutación,

acontecimiento fortuito provocado, quizá, por la radiación, que abría nuevas posibilidades de variación.

Esto era la evolución. No había más: era un principio sencillo, basado en leyes sencillas y obvias. Pero moldearía a todas las especies que alguna vez habitaran la Tierra, desde el nacimiento de la vida hasta la extinción definitiva de todo, que tendría lugar bajo un sol furioso, en un futuro muy lejano.

Y estaba operando en aquel mismo momento.

Era duro.

Era la vida.

Plesi había llegado a un tácito acuerdo con el oxy. *Llévate a mi hija. Perdóname a mí.* Mientras regresaba atravesando las capas de follaje a la seguridad de los árboles, en busca de la hija que había sobrevivido, la terrible estratagema resonaba todavía en su mente.

Pero la embargaba también una sensación que provenía de lo más hondo de sus células, una idea que podría haberse expresado de la siguiente manera: *Siempre supe que había que ser prudente. Los dientes y los colmillos no habían desaparecido. Solo estaban escondiéndose. Siempre supe que regresarían.*

Sus instintos tenían razón. Dos millones de años después de la intranquila tregua impuesta por la muerte de los dinosaurios, los mamíferos habían empezado a alimentarse unos de otros.

Aquella noche, Débil, confundida, aterrorizada, observó cómo se agitaba y gruñía su madre en sueños.

OceanofPDF.com

5

La era de las sombras alargadas

Isla de Ellesmere, America del Norte,
c. 65 millones de años antes de nuestros días

I

No había mañanas verdaderas en aquellos largos días de verano ártico, ni tampoco noches auténticas. Pero mientras las nubes se apartaban del rostro del Sol que ascendía y la luz y el calor empezaban a incidir de costado sobre las enormes hojas del árbol, una neblina se levantó del cenagoso suelo del bosque y las fosas nasales de Noth se llenaron con el aroma de la fruta madura, la vegetación descompuesta y el pelaje húmedo de su familia.

Parecía una mañana, un comienzo. Una placentera energía se extendió por todo el joven cuerpo de Noth.

Con las poderosas patas traseras dobladas debajo del cuerpo y la gruesa cola muy erguida, avanzó reptando por la rama para aproximarse a su familia: su padre, su madre y las pequeñas hermanas gemelas. La familia estaba acicalándose en aquel momento. Los ágiles dedos de las pequeñas y negras manos cepillaban el pelaje para arrancarle los pedazos de corteza y los fragmentos de mierda de bebé seca, e incluso algún parásito ocasional que constituía un bocado sabroso y lleno de sangre. De vez en cuando se le soltaban algunos pelos pero los adapis adultos habían perdido ya la mayor parte del pelaje del pasado invierno.

Puede que fuera la luz cada vez más intensa lo que inspirara los cantos.

Empezó muy lejos, un delicado gorjeo de voces masculinas y femeninas entrelazadas. Probablemente se tratase de una pareja en pleno cortejo, pero no tardaron en unirse más voces a la canción del dueto, un coro de exclamaciones y graznidos de alegría que añadían contrapunto y armonía al tema básico.

Noth se acercó al final de la rama para oír mejor. Miró entre los bancos de hojas gigantes que se inclinaban hacia el Sol, en dirección sur, como un sinfín de sombrillas en miniatura. Su vista llegaba muy lejos. El bosque circumpolar era muy abierto, y los árboles, cipreses y hayas estaban bastante separados unos de otros para que sus hojas pudieran atrapar la sesgada luz antártica. Entre los numerosos claros hurgaban torpes herbívoros excavadores. Los ojos de Noth en su máscara de pelo negro parecían enormes: al igual que los de su antepasada, Purga, estaban bien adaptados a la oscuridad pero adolecían de una cierta propensión a quedar deslumbrados a la luz del día.

La canción tenía un significado muy sencillo: *¡Somos nosotros! ¡Si no eres uno de los nuestros, no te acerques, porque somos muchos y fuertes! ¡Si eres uno de los nuestros, ven a casa, ven a casa!* Pero la suntuosidad de la canción superaba con mucho su valor utilitario. Gran parte de ella era fortuita, burbujeante, como los maullidos de un gato. Pero en sus mejores momentos era una sinfonía vocal espontánea que se prolongaba durante largos minutos, con pasajes de extraordinaria pureza armónica que hipnotizaban a Noth.

Levantó el hocico hacia el cielo y se unió al canto.

Noth pertenecía a una raza de primates que se conocerían en el futuro como notharcus, de la clase adapis, descendientes de los plesiadapis que habían aparecido los primeros milenios tras la llegada del cometa. Se parecía mucho a un pequeño lémur. Poseía un pecho alto y cónico, patas largas y poderosas y unos brazos comparativamente cortos con manos prensiles de color negro. Su rostro era pequeño y tenía un hocico apuntado y orejas puntiagudas. Y estaba equipado con una larga y poderosa cola envuelta en grasa, su despensa de hibernación para el invierno. Hacía poco que había cumplido un año.

El cerebro de Noth era considerablemente más grande que el de Purga o Plesi y su relación con el mundo era, como no podía ser de otro modo, más compleja. En la vida de Noth había otras cosas aparte de los imperativos del sexo, la comida y el dolor; había sitio para algo parecido al júbilo. Y fue con júbilo como entonó su canción. Su padre y su madre no tardaron en secundarlo. Hasta sus pequeños hermanos contribuyeron lo mejor que pudieron, añadiendo sus diminutas voces infantiles a los gritos de los adultos.

Era mediodía y el Sol se encontraba en el punto más alto que alcanzaría en todo el día, pero a pesar de ello seguía estando muy bajo en el cielo. Entre los árboles se filtraban rayos de luz teñidos de verde, que iluminaban la densa y cálida humedad que despedía la humeante turba del suelo del bosque, cubierta por las sombras proyectadas por los troncos de los árboles.

Aquello era Ellesmere, el extremo septentrional de América del Norte. En verano, el Sol no se ponía nunca, sino que se limitaba a completar círculos en el cielo, suspendido sobre el horizonte, mientras las anchas hojas de las coníferas se bebían la luz. Aquel era un lugar donde las sombras siempre eran alargadas, incluso en pleno verano. El bosque, que circundaba el polo de la Tierra, tenía el aire de una vasta catedral boscosa, como si las hojas fuesen fragmentos de cristal tintado.

Y por todas partes resonaban los ecos de las voces de los adapis.

Envalentonados, los adapis empezaron a descender por las ramas hasta el suelo.

Noth se alimentaba principalmente de fruta. Pero había encontrado un grueso escarabajo joya. Su precioso caparazón azul y verde crujió cuando lo mordió. Se movía siguiendo los rastros dejados por los de su raza: *He venido por aquí. Este camino es seguro... Ahí hay peligro. ¡Dientes! ¡Dientes!... Soy de este ejército. Hermanos, venid por aquí. Los demás, no os acerquéis... Soy una hembra. Seguid esto para encontrarme...* Este último mensaje le provocó una desagradable tensión en la ingle. Poseía unas glándulas en las muñecas y las axilas que despedían sustancias con un olor muy característico. Se limpió las muñecas en las axilas y a continuación pasó los antebrazos sobre el tronco, utilizando unas pequeñas espuelas óseas que tenía en las muñecas para absorber el aroma y dejar unas características cicatrices curvas en la corteza. El rastro de la hembra era viejo: la breve estación de emparejamiento había terminado hacía tiempo. Pero el instinto lo impulsó a cubrir el rastro con su propio aparato de señales para impedir que llamara la atención de algún otro macho.

Incluso entonces, catorce millones de años después del cometa, el cuerpo de Noth seguía ostentando las marcas del largo período de adaptación nocturna experimentada por sus antepasados, como aquel sistema de comunicación por señales químicas. Sus patas traseras terminaban, no en uñas como las de los monos, sino en unas finas garras como las de los lémures, que utilizaba para cepillarse el pelo. Sus atentos ojos eran enormes y, al igual que Purga, poseía bigotes que utilizaba para tantear el camino. Todavía conservaba poderosos sentidos del olfato y del oído y poseía unas orejas móviles, grandes como antenas de radar. Pero los ojos de Noth, aunque grandes y bien dotados para la visión nocturna, no gozaban de la ventaja definitiva de las criaturas que amaban la noche: el *tapetum*, una membrana reflectora amarilla en cada ojo. Su nariz, aunque sensible, estaba seca. Su labio superior era hirsuto y móvil, lo que dotaba a su rostro de una expresividad de la que habían carecido especies anteriores de adapis. Su dentadura era como la de los monos *y* carecía de un diente especial que sus antepasados utilizaban para desinsectarse.

Como todas las especies en la larga cadena evolutiva que llevaba desde Purga hasta el futuro inimaginable, la de Noth era una especie en transición, cargada con las reliquias del pasado, resplandeciente con las promesas del futuro.

Pero su cuerpo y su mente eran saludables y vigorosos y estaban perfectamente adaptados a su mundo. Y aquel día se sentía tan feliz como era posible estarlo.

En las copas de los árboles, sobre él, su madre estaba cuidando a los bebés.

Si hubiera podido ponerles nombres, habrían sido algo así como Izquierda y Derecha, porque una prefería la leche que daba la fila de pezones de la izquierda y la otra —más pequeña y asustadiza— tenía que conformarse con las de la derecha. Los notharcus solían tener carnadas numerosas y las madres contaban con múltiples pares de pezones para alimentarlas. De hecho, la madre de Noth había dado a luz a cuatrillizos. Pero una de las crías se la había llevado un pájaro mientras que otra, débil y enfermiza, había contraído una infección y había muerto. Su madre no había tardado en olvidarlas.

Recogió a Derecha y la empujó contra el tronco del árbol, al que la pequeña se quedó aferrada. Derecha permanecería allí pegada, fundida con el paisaje circundante gracias a su pelaje marrón, hasta que su madre viniera a recogerla. Era capaz de mantenerse inmóvil durante largas horas.

Era una forma de protección. Los notharcus vivían en las profundidades del bosque, lo que significaba que estaban a salvo de las aves de presa, pero los cachorros eran vulnerables a los depredadores terrestres, especialmente los miacoides. Animales feos y grandes como hurones, excavadores ocasionales que se aprovechaban de la carroña de las criaturas cazadas por los depredadores, los miacoides eran un grupo muy poco impresionante, pero a pesar de ello eran los ancestros de los poderosos gatos y lobos de tiempos posteriores. Y sabían trepar a los árboles.

La atenta madre se desplazó por la rama, buscando un lugar igualmente seguro para dejar a Izquierda. Pero el más fuerte de los cachorros estaba bien donde estaba, aferrada al pelaje del vientre de su madre. Después de

intentarlo varias veces con suavidad, la madre cejó. Cargada con el cálido peso de su hija, se descolgó por las ramas hacia el suelo.

A cuatro patas, Noth caminaba por un suelo tapizado de hojarasca.

En aquel lugar los árboles eran de hoja caduca y al llegar el otoño se despojaban de sus anchas hojas veteadas, que cubrían el suelo formando una gruesa capa de vegetación en descomposición. Gran parte de la alfombra que estaban pisando las patas de Noth estaba formada por las hojas del pasado otoño, congeladas por las terribles heladas del invierno antes de haber tenido tiempo de pudrirse. Ahora las hojas estaban descomponiéndose con rapidez y el aire vaporoso estaba lleno de moscas que zumbaban irritablemente. Pero había también mariposas, cuyas alas extravagantes salpicaban el aire de colores danzarines sobre al monótono revestimiento del suelo.

Noth se movía despacio, buscando comida, alerta. Allí no estaba solo.

Dos fornidos taeniodontes avanzaban con el hocico hundido en las hojas descompuestas. Parecían wombats de grandes mandíbulas, y utilizaban sus poderosos miembros delanteros para hozar en la tierra, buscando raíces y tubérculos. Los seguía una cría, una cosilla torpe que se aferraba a las patas de sus padres y trataba de avanzar por la gruesa capa de hojas. Un paleonaodonte buscaba hormigas y escarabajos con un hocico tan largo como el de un oso hormiguero. Y había una solitaria barylambda, una criatura torpe parecida a un perezoso, con patas musculosas y una cola fina y puntiaguda. Esta criatura, que en aquel momento avanzaba lentamente arrastrando los pies, era tan grande como un gran danés, pero algunos de sus parientes, que vivían en zonas más despejadas, llegaban a alcanzar el tamaño de bisontes y se contaban entre los animales más grandes de su tiempo.

En una esquina del claro, Noth reparó en los movimientos lentos de un primate, de hecho otra especie de adapis. Pero no se parecía casi a Noth. Al igual que los amos de tiempos posteriores, esta lenta criatura, confinada al suelo, se parecía mucho más a un cachorro de oso que a cualquier primate. Se movía por la hojarasca sin apenas hacer ruido, con el hocico pegado al suelo. Generalmente, este adapis se mantenía en las profundidades del

bosque, donde su lentitud no era tan desventajosa como lo sería a campo abierto. Allí, sus movimientos lentos y silenciosos lo volvían casi invisible a los depredadores, así como a los insectos que su fino olfato captaba y de los que se alimentaba.

Noth arrugó el hocico. Aquel adapis utilizaba la orina para marcar el territorio. Cada vez que salía a recorrerlo se orinaba cuidadosamente las patas delanteras y traseras para dejar su marca. Como consecuencia de ello, para el sensible olfato de Noth era una auténtica tortura.

Encontró una colmena que había caído al suelo. La inspeccionó cuidadosamente, con titubeos. Las abejas eran, relativamente hablando, unas recién llegadas, parte de una explosión de formas nuevas de mariposas, escarabajos y otros insectos. La colmena estaba abandonada pero contenía gran cantidad de deliciosa miel en su interior.

Sin embargo, antes de atacar la miel, Noth escuchó cuidadosamente y olisqueó el aire. Su olfato reveló que los demás, en los árboles, todavía se encontraban muy lejos. Seguramente podría devorar aquella comida antes de que llegaran. Pero no debía hacerlo. Antes había que hacer ciertos cálculos.

Noth ocupaba una posición baja en la jerarquía de los machos de su grupo. Lo que se esperaba de él era que llamara a los demás y los avisara de que había encontrado comida. Entonces llegarían los demás machos y hembras, tomarían toda la miel que quisieran y —si Noth tenía suerte— le dejarían un poco. Si no decía nada y lo cogían manos en la masa con la miel, recibiría una severa paliza y le quitarían toda la comida. Pero por otro lado, si no lo cogían, podría comerse toda la miel y librarse del castigo...

Tomó una decisión. Empezó a sacar la miel con sus manitas, lamiéndola lo más deprisa posible, mientras sus ojillos nerviosos se movían en todas direcciones buscando a los demás. Se había terminado toda la miel y se había limpiado los rastros de la fechoría del hocico para cuando su madre llegó al suelo.

Todavía llevaba al cachorro, Izquierda, pegada al vientre. Empezó a arañar el suelo, con la gruesa cola extendida tras de sí, recortada contra los brillantes haces de luz que perforaban las capas superiores del bosque. No

tardó en descubrir más fragmentos de la colmena caída. Noth hizo ademán de lanzarse a por ella, pero su madre lo apartó de un buen empujón y se la quedó.

El padre de Noth trató entonces de unirse al banquete, pero su pareja le dio la espalda. Llegaron dos de las tías de Noth, las hermanas de su madre. Inmediatamente acudieron corriendo junto a su hermana y, con chillidos, enseñando los dientes y arrojando hojas a puñados, echaron al padre de Noth. Una de ellos incluso cogió un trozo de panal con la pata. El padre de Noth trató de resistirse, pero como la mayoría de los machos adultos, era más pequeño que cualquier hembra y sus esfuerzos fueron fútiles.

Siempre era así. Las hembras eran el centro de la sociedad de los notharcus. Poderosos clanes de hermanas, madres, tías y nietas, juntas para toda la vida, excluían a los machos. Todo esto era un comportamiento fósil: la dominancia de las hembras sobre los machos y el hábito de que los emparejamientos macho-hembra siguieran existiendo después de las cópulas, eran más propios de las especies nocturnas que de las que podían vivir a la luz del día. Aquel poderoso matriarcado pretendía garantizar que las hermanas tuvieran acceso a los mejores bocados de la comida, antes que cualquier macho.

Noth se tomó su propia exclusión con filosofía. Después de todo, el sabor de la miel ilícitamente conseguida seguía en su boca. Se alejó a grandes zancadas en busca de más comida.

Purga y Plesi habían llevado vidas solitarias. Normalmente solo había hembras con sus cachorros o una pareja que se juntaba para aparearse. La búsqueda solitaria de alimentos era una estrategia más eficaz para las criaturas nocturnas. Cuando no se formaba parte de un ruidoso grupo era más fácil esconderse de los depredadores nocturnos, que esperarían en silencio para tender una emboscada a sus presas.

Pero para los animales que estaban activos durante el día era mejor mantenerse agrupados, con más ojos y oídos alerta para percibir a los posibles atacantes. Los notharcus habían desarrollado incluso un sistema de alarma a base de gritos y aromas para advertirse unos a otros de la presencia de diferentes clases de depredadores — aves de presa, cazadores terrestres,

serpientes—, cada una de las cuales requería una estrategia defensiva diferente. Y cuando formabas parte de un grupo, siempre existía la posibilidad de que el depredador se llevara al tío de al lado en lugar de a ti. Era una fría lotería que había demostrado su valía lo bastante a menudo para justificar la conveniencia de adaptarse a ella.

Pero la vida en grupo tenía sus desventajas: principalmente, si había otros como tú, la competencia por la comida era mayor. A medida que esta competición se desenvolvía, el resultado inevitable era una mayor complejidad social, y el tamaño de los cerebros de los adapis había aumentado para poder asumir esta complejidad. Luego, claro está, se habían visto obligados a aumentar su eficiencia en la búsqueda de comida, para alimentar a estos grandes cerebros.

Era la senda del futuro. A medida que las sociedades primates fueran haciéndose cada vez más complejas, emprenderían una especie de carrera armamentística cognitiva, en la que el incremento de la inteligencia se vería alimentado constantemente por el de las complicaciones sociales.

Pero Noth no era tan listo. Al encontrar la miel, había aplicado una sencilla norma de comportamiento: *llama si los grandes están cerca. No lo hagas si no lo están.* La norma le proporcionaba grandes probabilidades de escapar con un máximo de comida y un mínimo de golpes. No funcionaba siempre, pero sí lo bastante a menudo como para que mereciera la pena.

Es como si hubiese mentido con la miel, pero Noth era incapaz de decir mentiras genuinas —plantar una creencia falsa en las mentes de otros— porque la noción de que otros pudieran tener creencias le era ajena, y no digamos la de que pudieran ser diferentes a las suyas, o la de que sus acciones pudieran afectar a estas creencias. Ese juego que los humanos hacen a sus bebés —*si quieres esconderte, cierra los ojos; si no puedes verlos, ellos no pueden verte a ti*— lo habría engañado siempre.

Noth era una de las criaturas más inteligentes del planeta. Pero su inteligencia estaba especializada. Era mucho más listo con respecto a los problemas que afectaban a los otros miembros de su especie —dónde estaban, su potencial de amenaza o de apoyo, las jerarquías que formaban— que con cualquier otra cosa de su entorno. No era capaz, por ejemplo, de

asociar un rastro de serpiente con la posibilidad de toparse con una serpiente. Y aunque su comportamiento parecía complejo y sutil, obedecía unas normas tan rígidas como si hubieran sido programadas en una tribu de robots.

Y sin embargo, los notharcus pasaban la mayor parte de su vida como criaturas solitarias, igual que Purga. Se notaba en su forma de moverse: eran conscientes unos de otros, no chocaban entre sí, se acurrucaban juntos cuando necesitaban protección... pero no se movían juntos. Eran como solitarios natos obligados a cooperar, encerrados unos con otros por necesidad.

Mientras Noth se movía por el suelo del bosque, una tropa de pequeñas criaturas oscuras pasó corriendo junto a él. Tenían incisivos como los de las ratas, un aspecto mísero, como de alimañas, en comparación con Noth y su familia, y el pelaje blanco y negro mugriento y escaso. Aquellos pequeños primates eran plesiadapidos, casi idénticos a Plesi, a pesar de que ella había muerto más de catorce millones de años antes. Eran una reliquia del pasado.

Uno de los plesi se acercó demasiado, husmeando en su relativa ceguera. Noth se dignó a escupirle una semilla. La semilla hizo blanco en el ojo de la criatura, que se encogió y se apartó.

Una forma esbelta, pegada al suelo, ágil, salió disparada de la sombra de los árboles. Parecida a una hiena, era un mesonychid.

Noth y su familia huyeron rápidamente.

El plesi se quedó helado. Pero allí, en el suelo del bosque estaba condenado.

El mesonychid se le echó encima. El plesi se encogió y, con un siseo, rodó por el suelo. Pero los dientes del meso ya le habían arrancado un pedazo de la pata anterior. Entonces, otros miembros de la manada del meso, que habían captado el olor de la sangre, llegaron corriendo al lugar.

El mesonychid era una especie de condylarth, un grupo dispar de animales emparentados con los antepasados de los ungulados. El meso no era un depredador experto ni un carnívoro exclusivo, sino un omnívoro, como los osos o los glotones. Todos los condylarth estaban condenados a

extinguirse diez millones antes de la era del hombre. Pero por ahora, como depredadores dominantes de aquel mundo forestal, estaban en su cénit.

Los demás habitantes del suelo del bosque reaccionaron de formas diferentes. El adapis tenía un escudo de piel gruesa sobre unas protuberancias óseas en la espalda, y escondió la cabeza detrás de ellas. La grande y lenta barylambda decidió que ni siquiera una manada entera de aquellos pequeños carnívoros representaba una amenaza para ella. Al igual que las hienas del futuro, los mesos eran principalmente carroñeros y raras veces atacaban animales mucho más grandes que ellos mismos. Sin embargo, los taeniodontes decidieron que se imponía la cautela. Huyeron trotando pomposamente, con las bocas muy abiertas para enseñar sus finos dientes.

Mientras tanto, el plesi seguía luchando, infligiendo arañazos y pequeñas heridas a sus asaltantes. Uno de los mesos tuvo que retirarse aullando, con un gran desgarrón que sangraba copiosamente. Pero finalmente el plesi sucumbió a sus colmillos y su peso. Los mesos formaron un círculo impreciso alrededor de su víctima, con los esbeltos cuerpos y las colas apiñados alrededor de la comida como gusanos en una herida. La peste a sangre que brotaba de allí y el repugnante tufo a excrementos y contenidos estomacales abrumaron el sensible olfato de Noth.

Aunque algunos de los ancestrales plasiadapis se habían especializado y habían aprendido a pelar la fruta como los possums o a vivir de la corteza de los árboles, seguían siendo principalmente criaturas insectívoras. Pero ahora sufrían la competencia de otros insectívoros, los antepasados de los erizos y las musarañas, y de sus propios descendientes, los notharcus. La forma relicta de los plesis se había extinguido ya de la mayor parte de América del Norte y solo pervivía en zonas remotas, como los bosques polares, marginalmente habitables, donde los interminables días no convenían a unos cuerpos y unos hábitos modelados durante las noches del Cretácico. Muy pronto, los últimos de ellos desaparecerían.

Noth, encaramado a lo más alto de la calma catedralicia de los árboles, veía a su familia, que estaba trepando hacia él, moviendo con suavidad los esbeltos miembros. Pero algo lo perturbó: un cambio en la luz, un frío

súbito. Mientras las nubes pasaban por delante del Sol, los grandes contrafuertes de luz que se extendían por todo el bosque empezaron a disolverse. Noth sintió frío y se le erizó el pelaje. Empezó a llover: goterones deformados que traqueteaban contra las anchas hojas de los árboles y caían como salvas de artillería sobre el barro del suelo.

Por culpa del comienzo de la lluvia y de la peste que despedía la sanguinolenta matanza que estaba teniendo lugar abajo, Noth no detectó la proximidad de Solo.

Oculto entre las sombras, de cara al viento para que su olor no lo traicionase, Solo seguía con la mirada al grupo de notharcus que estaba regresando a su refugio.

Y vio a la madre de Noth con sus hijas.

Era una hembra fértil y saludable: eso era lo que revelaba la presencia de los cachorros. Pero tenía una pareja y, dado que ya había tenido cachorros, era improbable que volviera a estar en celo durante la estación. Ninguno de estos factores suponía un obstáculo para Solo. Esperó a que la familia de Noth se hubiera posado en una rama y, creyendo pasado el peligro, se hubiera calmado.

A sus tres años de edad, Solo era un maduro y poderoso notharcus macho. Y también era una especie de bicho raro.

La mayoría de los machos vagabundeaba por los bosques en pequeños grupos, buscando las manadas más numerosas y sedentarias de hembras, con la esperanza de tener la oportunidad de aparearse. Solo no. Solo prefería viajar sin compañía. Era más grande y más poderoso que la mayoría de las hembras con las que se había encontrado en sus viajes por aquel bosque polar. También en esto era un tipo peculiar: normalmente, los machos adultos típicos eran más pequeños que las hembras.

Y había aprendido a utilizar su fuerza para conseguir lo que quería.

Con un pequeño balanceo, Solo se dejó caer sobre la rama y se plantó, muy erguido, frente a la madre de Noth. Parecía desequilibrado, porque sus patas traseras eran comparativamente gigantescas, sus antebrazos cortos y

flacos y mantenía su larga cola en el aire, arqueada por encima de su cabeza. Pero era muy alto, estaba muy quieto e imponía muchísimo respeto.

La madre de Noth captó el olor de aquel desconocido: *no es de los nuestros.* Inmediatamente fue presa del pánico. Siseó y protegió a Izquierda con su cuerpo.

El padre de Noth acudió corriendo. Se levantó sobre las patas traseras y se enfrentó al intruso. Con rápidos y convulsos movimientos, frotó sus glándulas genitales contra el follaje que lo rodeaba y pasó rápidamente la cola sobre los antebrazos para que las espuelas córneas que cubrían las glándulas de sus muñecas, al resbalar sobre el pelaje de la cola, la impregnaran de olor. A continuación sacudió la hirsuta y apestosa cola sobre su cabeza, en dirección al intruso. En el mundo de los notharcus, dominado por los olores, era una demostración impresionante. *Vete. Este lugar es mío. Esta es mi familia, mis cachorros. Vete.*

No había nada sentimental en el comportamiento del padre. Engendrar descendencia sana que sobreviviera hasta llegar a la edad fértil era el único propósito de su vida. Estaba dispuesto a enfrentarse al intruso impulsado únicamente por el deseo egoísta de asegurarse de que su propia sangre era preservada.

Normalmente, este juego de bravuconería olfativa habría continuado hasta que uno de los dos machos hubiera retrocedido, sin que llegara a producirse contacto físico. Pero claro, Solo no era normal. No respondió con más demostración que una mirada fría dirigida a la febril ostentación del padre.

La espeluznante quietud del recién llegado estaba crispando los nervios al padre de Noth. Titubeó, sus glándulas de olor se secaron y su cola cayó al suelo.

Entonces atacó Solo.

Enseñando los dientes, se abalanzó sobre el padre de Noth y lo golpeó en el pecho. Este retrocedió chillando. Solo se apoyó sobre las cuatro patas, cayó sobre él y le mordió en el pecho a través de una capa de pelo. El padre de Noth soltó un aullido y se escabulló. Su herida era casi insignificante, pero había perdido el valor.

Entonces Solo se volvió hacia las hembras. Las tías podrían haberlo detenido con facilidad si hubieran combinado sus esfuerzos. Pero se apartaron de su camino. El ataque de Solo las había perturbado tanto como a su víctima. Nunca habían visto nada parecido. Todas ellas eran madres; sus pensamientos acudieron instantáneamente a las crías que habían dejado en las ramas altas.

Solo las ignoró a su vez. Con los acerados movimientos de un carnívoro avanzó sobre la madre de Noth, su objetivo principal.

Ella siseó, le enseñó los dientes y hasta le lanzó algunas patadas con sus poderosas patas traseras. Pero Solo resistió los golpes sin dificultad, le apartó las piernas, y le arrancó de las manos a la cría, que, confundida, no se resistió. Sin perder un momento la mordió en la garganta y excavó en su carne hasta encontrar y destrozar la tráquea. Todo terminó en cuestión de segundos. Dejó caer el tembloroso trozo de carne sobre el suelo del bosque, donde los mesonychid, alertados por el aroma de la sangre fresca, acudieron con aquellos gañidos espeluznantes que parecían ladridos sin llegar a serlo. Con la boca y las manos ensangrentadas, Solo se volvió hacia la madre de Noth. Por descontado, todavía no sería fértil. Puede que no lo fuera hasta dentro de varias semanas, pero podía marcarla con su olor para hacerla suya y prevenir las atenciones de otros machos.

No había nada realmente cruel en Solo. Si sus cachorros morían, era posible que la madre de Noth volviera a estar en celo antes del fin del verano, y si Solo la cubría entonces, podría generar más descendencia a través de ella. De modo que, para Solo, el infanticidio era una buena táctica.

La brutal estrategia de Solo no habría podido utilizarla cualquiera. Los machos de notharcus no estaban equipados para luchar. Carecían de los caninos que las especies de primates del futuro utilizarían para infligir daño a sus rivales. Y aquel bosque polar era un medio marginal en el que las auténticas peleas suponían literalmente un derroche de energía, el despilfarro de unos recursos que eran muy escasos: razón por la que, para empezar, se habían desarrollado el sistema de enfrentamiento con olores. Pero para Solo, la excepción que confirmaba la regla, era una estrategia que funcionaba, una vez tras otra, y que había utilizado para conseguir muchas

hembras, con las que había generado mucha descendencia por todo el bosque.

Pero no iba a funcionar esta vez.

La madre de Noth, marcada por el olor del asesino, bajó la mirada hacia el verde vacío que se abría a sus pies. Había perdido a su cachorro, como le ocurriera antaño a su abuela lejana, Plesi. Pero, considerablemente más inteligente que ella, fue mucho más consciente de su dolor.

Una negrura la invadió. Se abalanzó sobre Solo, sacudiendo los pequeños miembros y con la boca abierta. Estupefacto, Solo retrocedió.

La hembra pasó a su lado como una exhalación. Y cayó.

Noth vio caer a su madre al mismo abismo que acababa de tragarse a su hermana. Al instante, la forma retorcida desapareció bajo los cuerpos suaves y temblorosos de los mesos.

A Noth lo habían destetado pocas semanas después de nacer. Pronto habría llegado el momento en que abandonaría la compañía de la familia. Sus vínculos con su madre eran débiles. Pero, sin embargo, sintió un pesar tan intenso como si acabasen de arrancarle el pezón de su madre de la boca.

Y la lluvia siguió cayendo, cada vez con más fuerza.

Noth, tiritando, reptaba por las ramas. Con aquel viento tan débil, la lluvia caía en enormes goterones que golpeteaban la carne desnuda y martilleaban las amplias hojas de los árboles.

Mientras seguía los duraderos rastros del olor de su madre, encontró a su hermana pequeña. Seguía inmóvil, aferrada al tronco del árbol donde ella lo había dejado, donde habría seguido, probablemente, hasta desfallecer de hambre. Noth olisqueó su pelaje mojado. Se acurrucó a ella y la envolvió con los brazos. La sentía como una diminuta masa temblorosa contra el pelaje de su vientre, pero la protegió de la lluvia.

Tenía que quedarse con ella. Olía a la familia; compartían gran parte de un mismo material genético, así que la responsabilidad de intentar que llegara a tener descendencia algún día recaía sobre él.

Pero la lluvia siguió cayendo toda la noche y todo el día, mientras el Sol continuaba su fútil danza por el firmamento. El agua saturó el suelo del bosque y empezaron a aparecer brillantes charcos, cubiertos por restos flotantes de hojas que ocultaban huesos mordisqueados y desperdigados.

Y la lluvia incesante acabó por borrar los últimos rastros de las señales olfativas de la familia de Noth de los árboles. Noth y su hermana estaban perdidos.

II

Mientras el día interminable se prolongaba, mientras el Sol viraba siguiendo sus absurdos ciclos, Noth y Derecha avanzaban a trompicones por las ramas del bosque.

Ya llevaban una semana perdidos. No habían encontrado a ninguno de su propia especie. Pero allí, en las copas de los árboles, había muchos adapis, primos cercanos de los notharcus. Muchos de ellos eran más pequeños que Noth. Atisbaba sus brillantes ojos, como espeluznantes cavidades amarillentas, asomando entre las sombras. Aquellos minúsculos cazadores de insectos se parecían a ratones. Algunos de ellos se escabullían por las ramas, corriendo entre las sombras en busca de refugio. Pero uno de ellos dio un espectacular salto entre dos árboles, sacudiendo las poderosas patas traseras y alargando las zarpas delanteras. Con las membranosas orejas hinchadas como las de un murciélago, atrapó un insecto con las fauces a mitad de salto.

Una criatura solitaria se sujetaba a la corteza podrida de un árbol muy antiguo. Tenía un pelaje negro y desaliñado, orejas de murciélago y unos dientes delanteros muy prominentes y, con las orejas muy levantadas, estaba golpeando pacientemente la madera con un dedo terminado en una garra. Cuando oía a una larva excavando por debajo de la corteza, arrancaba

la madera con la zarpa e introducía el dedo medio, curiosamente alargado, para sacar la larva e introducírsela en su boca abierta y codiciosa. Era un primate que había aprendido a vivir como un ave, como un pájaro carpintero.

En una ocasión, Noth había topado con una criatura muy grande, parecida a un perezoso, que colgaba cabeza abajo de una gruesa rama, sujeta a la madera con sus manos de primate. La cabeza de aquel monstruo se había vuelto para inspeccionar a Noth y Derecha con mirada vacía. Su boca masticaba lentamente, llena a rebosar de las deliciosas y gruesas hojas que conformaban la mayor parte de su dieta. Su raza se había visto obligada a aumentar de tamaño por la necesidad de acomodar unos intestinos lo bastante grandes como para descomponer la celulosa de las paredes celulares de las hojas. El rostro de la criatura-perezoso era extrañamente inmóvil, estático, limitado en su expresividad. La vida social de aquella melancólica criatura era monótona. Su metabolismo lento y la falta de energía sobrante para dedicar a actividades sociales se encargaban de ello.

El mundo se había calentado considerablemente desde el terrible impacto. La vegetación ecuatorial había emigrado a oleadas, hasta que toda África y Sudamérica, Norteamérica hasta lo que acabaría un día por ser la frontera de Canadá, China, Europa hasta la altura de Francia y gran parte de Australia habían quedado cubiertas de junglas tropicales. Hasta en los polos había jungla.

América del Norte seguía unida por poderosos puentes continentales a Europa y Asia, mientras los continentes meridionales se extendían en una franja por debajo del ecuador, como una serie de islas dispersas. Tanto la India como África estaban migrando hacia el norte, pero el mar de Tethys, una poderosa corriente que transmitía calor por todo el vientre del planeta, seguía circunvalando el ecuador. El Tethys era como el río del Edén.

Como respuesta al calentamiento, las hijas de Purga y de otros mamíferos habían renunciado al fin a su pasado. Fue como si los nuevos dueños de la Tierra hubiesen comprendido al fin que un planeta vacío les ofrecía mucho más que una nueva especie de gorgojo para comer. Aunque los reptiles supervivientes, los lagartos, cocodrilos y tortugas, permanecían

en gran medida intactos, los cimientos de los triunfantes linajes de los mamíferos del futuro no tardarían en plantarse.

Plesi, al igual que Purga, había sido una criatura que se movía por el suelo a cuatro patas, con la típica disposición corporal, incluida la cabeza baja, de los mamíferos con estas características. Pero sus descendientes primates se habían hecho más grandes y habían desarrollado patas posteriores más poderosas, capaces de sustentar un cuerpo y una cabeza erguidos. Mientras tanto, los ojos de los primates se habían desplazado hacia la parte delantera de su rostro. Esto les proporcionaría visión tridimensional, que a su vez le permitiría estimar las distancias en sus saltos cada vez más grandes y triangular a los pequeños insectos y reptiles que todavía formaban parte de su dieta. Y así, a medida que exploraban nuevas soluciones para la vida, el linaje de los primates alumbraría muchas formas diferentes.

No había ningún designio en todo esto: ningún sentido de mejora, ningún propósito. Lo único que estaba ocurriendo era que cada organismo luchaba por preservarse, y junto a sí mismo, a su descendencia y parentela. Pero conforme el medio cambiaba lentamente, lo hacían también, a través de la implacable selección, las especies que lo habitaban. Era un proceso que no estaba impulsado por la vida, sino por la muerte: la eliminación de los menos adaptados, la incesante tala de las posibilidades inapropiadas. Pero el potencial de un futuro invisible no suponía ningún consuelo para aquellos que tenían que enfrentarse a la inexorable extinción.

Muchos de los adapis se habían vuelto demasiado especializados. Aquella confortable calidez extendida a todo el planeta no duraría eternamente. En las épocas más frías del futuro, conforme los bosques empezaran a ralear y las diferencias estacionales se hicieran más pronunciadas, ser tan melindroso con la comida empezaría a ser una mala idea. La extinción volvería a manifestarse, como siempre había hecho.

Pero mientras tanto, en medio de aquel desbarajuste de primates exóticos, los cachorros no encontraban a ningún notharcus.

Mientras exploraba el suelo del bosque, Noth encontró una planta que daba unos frutos envueltos en vainas y parecidos a peras. Abrió algunas de

las vainas y dejó que su hermana se alimentara.

Una especie de oso hormiguero, de un metro de largo, se aproximaba a un pilar que contenía un nido de hormigas. Cayó sobre el nido y plegó los poderosos músculos de su brazo y su hombro. Como si fuera un zapapico, toda su fuerza se concentraba en un solo lugar, la punta de un dedo medio poderosamente plegado. Las hormigas acudieron en tropel —algunas de ellas eran enormes, de hasta diez centímetros de longitud— y el oso hormiguero las engulló rápidamente con su larga y pegajosa lengua antes de que los soldados pudieran organizar una defensa. El oso hormiguero descendía de una especie nativa de América del Sur, que había llegado allí aprovechando los puentes emergidos, muchas generaciones antes.

Noth y Derecha observaban con los ojos muy abiertos lo que estaba pasando. Pero aunque su mirada estaba clavada en el oso hormiguero, una preocupación carcomía el subconsciente de Noth.

Había estado tratando de conseguir comida para los dos, a fin de que sus colas pudiesen engordar y reunir la provisión invernal que les permitiría superar los largos meses de hibernación que se aproximaban. Eso era lo que su programación innata imponía. Pero no estaban comiendo suficiente. Aislados como estaban de su comunidad, tenía que dedicar demasiado tiempo a vigilar por si aparecían depredadores.

Podría haber regresado. Como todas las especies —más los móviles machos que las sedentarias hembras— era capaz de estimar su posición espacial recurriendo a un cálculo innato que tomaba en consideración el tiempo, el espacio y el ángulo de los rayos del Sol. Era una habilidad que lo ayudaba a encontrar fuentes de alimento y agua. Si era necesario, Noth podría haber encontrado el camino de regreso a su «hogar», la arboleda que había sido el centro de los merodeos de su grupo. Pero no oyó los característicos cantos de sus hermanos. Su rudimentaria maquinaria de toma de decisiones lo impulsaba a seguir buscando un grupo que los aceptara a su hermana y a él.

Mientras tanto, aunque el Sol todavía continuaba su interminable trayecto sobre el horizonte, gran parte de la luz del día empezaba a teñirse con el rojo del crepúsculo y allí, en el suelo del bosque, unas esporas de

color pardo empezaban a pegarse a las frondas de los helechos. Estaba llegando el otoño. Y luego vendría el invierno. Estaban subalimentados y el tiempo se les estaba acabando.

Derecha sucumbió a la angustia, como le ocurría a menudo. Dejó caer las vainas de fruta, se hizo un ovillo y empezó a balancearse adelante y atrás, canturreando suavemente, cubriéndose la carilla con las manos. Noth la cogió en brazos y se la llevó hasta un pliegue de una rama, donde empezó a peinarla. Trabajó cuidadosamente el pelaje escaso de la espalda, el cuello, la cabeza y el vientre de su hermana, quitando la mugre, los trozos de hoja y los excrementos secos, deshaciendo nudos y quitando parásitos que estaban tratando de alimentarse de su joven carne.

Derecha se calmó enseguida. La mezcla de placer, atención y leve dolor que le procuraban las manos de su hermano inundó su organismo de endorfinas, los opiáceos naturales de su cuerpo. Antes de que fuera mucho mayor se volvería adicta, literalmente, a esta placentera ceremonia, como lo era ya su hermano, que echaba muy en falta las fuertes y perspicaces caricias de un adulto en la espalda.

Pero Noth estaba preocupado por ella a un nivel profundo que no era capaz de comprender.

El confuso pesar de Derecha servía a un propósito. Era una señal destinada a sí misma, que indicaba que había sufrido una pérdida, que había un vacío en su mundo que debía llenar. Y aunque Noth no era capaz de experimentar auténtica empatía —si no eres capaz de comprender que las demás personas poseen mentes, pensamientos y sentimientos como los tuyos es poco probable que puedas sentirla— las demostraciones de pesar de su hermana despertaban en él una especie de instinto de protección. Quería enderezar el mundo para ella: el instinto de ayudar al huérfano era muy profundo.

Pero en última instancia, un pesar obsesivo era una mala herramienta de adaptación. Si Derecha era incapaz de recobrarse, al final no habría nada que pudiera hacer por ella. Tendría que abandonarla y entonces seguramente moriría.

Mientras los días se sucedían sin descanso, el Sol, en el punto más bajo del arco que describía en el cielo, empezó a ocultarse bajo el horizonte meridional. Al principio, las breves noches parecían crepúsculos, y cuando eran claras, unas cortinas de luz entre púrpuras y rojizas se encaramaban a las alturas del firmamento. Pero muy pronto las excursiones del Sol a las tierras invisibles se hicieron más largas y empezaron a sucederse intervalos cada vez más largos en los que las estrellas brillaban con una luz cada vez más azulada. La auténtica oscuridad no tardaría en llegar al bosque polar.

El clima se hizo rápidamente más frío y más seco. Las lluvias eran escasas y algunos días el calor del Sol no parecía casi penetrar las pertinaces neblinas. Muchos de los pájaros que moraban en las copas de los árboles habían partido ya, una bandada tras otra, en busca de las tierras cálidas del sur, seguidas solo por los ojos perplejos de los primates.

Noth estaba exhausto, famélico, y sus sueños estaban llenos de garras resplandecientes y voraces colmillos, visiones en las que su pequeña hermanita le era arrancada de las manos por bocas gigantescas.

De momento, el mayor problema era la sed. Había pasado tanto tiempo desde la última lluvia que las copas de los árboles estaban empezando a secarse. Y los árboles estaban ya despojándose del follaje. Las últimas hojas eran de color pardo y estaban marchitas. Noth no tardó en verse reducido a lamer la corteza en busca del fresco rocío de cada mañana.

Finalmente, impulsados por la sed, los cachorros decidieron bajar a la superficie a buscar agua. Cerca del lago más próximo bajaron corriendo por el tronco de un árbol, con los ojos muy abiertos.

Mientras se aproximaban al agua, los primates pasaron junto a un par de lo que parecían ciervos en miniatura. Del tamaño de perros pequeños con la cola alargada, aquellos rápidos corredores solitarios, que husmeaban entre las hojas y los frutos caídos, eran antepasados del poderoso orden de los artiodáctilos, que en su día englobaría a los cerdos, las ovejas, el ganado, los renos, los antílopes, las jirafas y los camellos. Derecha pisó sin darse cuenta a una rana, que se alejó a saltos, croando de protesta. La cría retrocedió asustada, observando con los ojos muy abiertos aquella cosa tan

insólita. No tardaron en ver más anfibios, ranas, sapos y salamandras. El ramaje estaba abarrotado de aves, cuyos agudos gritos inundaban el húmedo aire.

Noth estaba intranquilo. La orilla estaba demasiado atestada: Derecha y él no eran las únicas criaturas sedientas en aquella trémula jungla.

Una criatura de un metro de longitud y parecida a un canguro pasó corriendo junto a ellos. Era un lepticidium, un cazador de animales pequeños e insectos. Al explorar el suelo con su hocico móvil perturbó a un pholidoercus, un antepasado de pelo hirsuto de los puercoespines que, indignado, se alejó dando saltos como un conejo. Más allá había una abigarrada manada de caballos. Eran diminutos: tan pequeños como *terriers* con las cabezas equinas perfectamente formadas. Con aire tímido, estas criaturas exquisitas se abrían camino por entre la maleza. Caminaban sobre almohadillas, como los gatos, y en cada pata tenían varios dedos con sus correspondientes cascos. Su género había emergido de África pocos millones de años antes. El áspero gruñido de un carnívoro impaciente sobresalta a los caballitos, que emprendieron una brusca huida.

Por entre aquella exótica multitud, los dos primates avanzaban a hurtadillas, escabulléndose, con movimientos bruscos y sobresaltos.

El agua era una película apacible, cubierta de vegetación enmarañada, juncos muertos y colonias de algas. En algunos lugares se habían formado pequeñas capas de hielo de color grisáceo. Pero en las aguas abiertas flotaban algunas aves, antepasados de flamencos y avocetas, y sobre la superficie descansaban con languidez enormes nenúfares.

Allí, en las aguas abiertas, una araña estaba suspendida sobre una hebra de seda y volaban enormes hormigas, del tamaño de una mano humana cada una de ellas, en busca de nuevos hormigueros. En medio de esta muchedumbre de insectos revoloteaba delicadamente una familia de murciélagos. Resultado de una evolución reciente, Un grandes y frágiles como cometas de papel, los pequeños mamíferos voladores engullían los insectos a bocados. Primitivos peces óseos atravesaban la superficie y se alimentaban de la comida que sobrevolaba el agua, al igual que lo hacía una sinuosa anguila.

Los primates encontraron un lugar lo suficientemente lejos de cualquier depredador como para permitirles beber sin molestias. Se inclinaron, hundieron el morro en las aguas gélidas y empezaron a beber con deleite.

Los animales de mayor tamaño se revolcaban en las fangosas orillas del lago.

Había una pareja de uintatheres. Estos enormes animales, cada uno de los cuales contaba con un juego de seis cuernos de hueso en la cabeza y unos caninos superiores tan largos como los de los tigres de dientes de sable, parecían colosales rinocerontes. Su denso pelaje estaba cubierto de lodo, que contribuía a evitar que se recalentaran y a mantener a raya a los insectos. Pacían plácidamente la suave vegetación del fondo del lago, y bebían el agua teñida de verde por las algas, mientras un grueso cachorro, más ágil y vivaz, jugaba entre las patas de sus padres, acariciando sus rodillas, gruesas como troncos, con una cabeza llena de pequeñas protuberancias, incipientes cuernos. Noth observó con temor sus enormes pies.

Más cerca de la orilla caminaba una familia de moeritherium. Los adultos, que apenas alcanzaban el metro de altura, se movían por el agua con regia calma, transmitiéndose tranquilidad unos a otros con sus gruñidos, mientras a sus pies los cachorros chapoteaban con sus rollizos cuerpos. Extraían eficientemente la vegetación del fondo del lago con unas narices alargadas. Estas criaturas se contaban entre los primeros proboscideanos, antepasados de elefantes y mamuts. Todavía se parecían más a los cerdos que a los elefantes, pero ya eran animales inteligentes y sociables.

Alrededor de las manadas de herbívoros se encontraban los carnívoros. En su mayor parte eran creodontes, ancestrales criaturas parecidas a los zorros y los glotones. Y había una manada de depredadores ungulados —como caballos carnívoros—, criaturas insólitas y aterradoras que no tenían equivalente en la época de los humanos.

Muchos de estos seres parecían lentos y pesados, extrañamente malformados, los resultados de los primeros experimentos de la naturaleza en la producción de grandes mamíferos y herbívoros a partir de las especies

que habían sobrevivido a la extinción de los dinosaurios. Las grandes praderas abiertas se encontraban todavía a millones de años de distancia, junto con los herbívoros veloces, gráciles y de largas patas que se adaptarían a sus exuberantes espacios y los más astutos y rápidos carnívoros que surgirían para acecharlos. Cuando esto ocurriera, la mayoría de las especies que rodeaban a Noth en aquel momento sucumbirían a la extinción. Pero las órdenes que conocerían los humanos —los auténticos primates, los ungulados, los roedores y los murciélagos, los cérvidos y los caballos— habían hecho ya su entrada en el escenario.

En aquel momento, no existía una ecología más compleja y abarrotada en toda la Tierra que aquella, la de la isla Ellesmere. Aquel lugar era un pivote en las grandes rutas migratorias que unían las Américas y, atravesando el techo del mundo, Europa, Asia y África. Allí se mezclaban y competían los pangolinos de Asia, los carnívoros de América del Norte, los ungulados de África, los insectívoros de Europa, parecidos a erizos ancestrales e incluso los osos hormigueros de Sudamérica. De repente, Noth echó la cabeza atrás.

Dos primates, un corpulento macho y una pequeña hembra, lo estaban mirando desde el agua. No captaba el olor del macho y no podía saber si era pariente o desconocido. Lanzó un chillido y le enseñó los dientes... y el otro lo imitó, lo que lo enfureció todavía más, así que dio un pisotón al agua y el nothareus reflejado desapareció.

Noth era capaz de reconocer a otros de su especie, podía discernir si eran machos o hembras y si eran parientes suyos o no. Pero no era capaz de reconocerse a sí mismo, porque su mente carecía de la capacidad de la introspección. Toda su vida se vería amenazado por el encuentro fortuito de un reflejo.

Una forma esbelta emergió violentamente de las aguas y avanzó bamboleándose, impulsada sobre unas patas arqueadas, hasta la plataforma rocosa. Noth y Derecha retrocedieron. Por encima de un morro como el de un cocodrilo, el recién llegado miró a los dos perplejos primates.

Este ambulocetus era un pariente de aquellas criaturas parecidas a hienas, los mesonychid. Como las nutrias, estaba recubierto de un pelaje

negro y lustroso y poseía grandes patas anteriores equipadas con dedos de diez centímetros. Hacía eones, los antepasados de aquel animal habían regresado al agua en busca de una vida mejor. Y la selección había puesto en marcha su implacable modelado. El ambulocetus parecía ya más acuático que terrestre.

Muy pronto su especie se trasladaría a los océanos de forma permanente. Su cráneo y su cuello menguarían y el hocico migraría hacia dentro, mientras que las orejas se cerrarían, de tal modo que el sonido tendría que atravesar una capa de grasa para llegar al oído. Al fin, sus patas se transformarían en aletas, con un sistema óseo diferente, los dedos de manos y pies se atrofiarían hasta volverse inútiles y finalmente desaparecerían. Al llegar a los vastos espacios del Pacífico y el Atlántico, empezaría a crecer —hasta convertirse en última instancia en una criatura tan grande, comparada con su forma actual, como un ser humano frente a un ratón— pero aquellos poderosos descendientes marinos retendrían dentro de sus cuerpos, en forma de fósiles óseos y trazas moleculares, los vestigios de las criaturas que un día habían sido.

La ballena andante lanzó una mirada vacía a los dos tímidos primates. Tras decidir que aquella abarrotada orilla no era un buen lugar para echarse a tomar el Sol, flexionó la espina dorsal y se alejó nadando grácilmente.

Mientras la luz remitía, Noth y Derecha se retiraron a su refugio en los árboles. Pero las ramas estaban ya casi despojadas de follaje y era difícil encontrar un sitio para cobijarse. Se acurrucaron en el codo de una rama.

Los herbívoros chapoteaban en el agua y los grupos familiares se llamaban unos a otros. Y los depredadores empezaron a hacerse oír, ásperos ladridos casi perrunos y gruñidos leoninos que resonaban por el ralo bosque.

Conforme el frío iba en aumento, Noth sintió que un letargo se iba apoderando de él. Pero hacía frío allí, y estaba atrapado con la única compañía de su hermana pequeña, lejos del consuelo y el calor de su grupo.

Y entonces, para gran sorpresa suya, lo despertó un poderoso olor almizclado.

De repente había notharcus a su alrededor, por todas partes. Estaban en las ramas, por encima y por debajo de él, formas acurrucadas con las patas muy rectas debajo de los cuerpos y las largas y gruesas colas colgando. Su olor confirmaba que eran de su especie, pero no pertenecían a su misma familia. Nunca antes había detectado sus marcas de olor. De hecho, las marcas estaban enterradas bajo capas de escarcha y hielo. Pero los notharcus desconocidos habían reparado en él.

Dos poderosas hembras, atraídas por el aroma de un bebé, se acercaron a ellos. Una, a la que Noth, en su cabeza, puso el nombre de Mayor, apartó a la otra —que se llamaba simplemente Grande— para poder examinar mejor a Derecha.

La mente de Noth revoloteaba. Sabía que era vital para ellos que los aceptara aquel nuevo grupo. Así que se acercó poco a poco a la hembra que tenía más próxima y empezó a introducir los dedos en el pelaje de la parte anterior de su pata. Grande respondió a sus atenciones estirando las patas con placer.

Pero cuando Mayor vio lo que estaba pasando soltó un aullido y les dio un empellón a ambos. Noth retrocedió, temblando.

Noth era lo bastante inteligente como para saber cuál era su posición en la escala social: en este caso, el último peldaño. Pero la mentalidad social tenía sus límites. Del mismo modo que no podía detectar las creencias y deseos de otros, no era lo bastante inteligente como para formarse un juicio sobre las posiciones relativas de los miembros de un grupo ajeno. Se había equivocado: Mayor estaba por encima de Grande y esperaba que aquel nuevo macho le prestara atención a ella primero.

Así que Noth esperó mientras Mayor jugaba con la amodorrada Derecha. Pero al menos ella no lo echó. Y, después de un rato, dejó que se le acercara y empezara a cepillarle el denso pelaje, que despedía un acusado aroma a rancio.

III

Cada día era más corto que el anterior, y cada noche, más larga. Muy pronto, no hubo más que unas pocas horas de luz, mientras que los intervalos entre la oscuridad disfrutaban solo de un crepúsculo teñido de rosa y gris.

En el bosque reinaba un silencio casi completo. La mayoría de las aves y de las grandes manadas de herbívoros se habían marchado hacía tiempo, llevándose consigo sus estridentes gritos. Los ruidosos enjambres de insectos del verano no eran ya más que un recuerdo, del que quedaban las larvas o los huevos, enterrados, sumidos en un sueño sin sueños. Los grandes árboles caducos se habían despojado ya de las hojas, que yacían en el suelo formando grandes montones, soldados por los hielos persistentes. Los troncos desnudos y las ramas sin hojas no volverían a dar señales de vida hasta que regresase el Sol, dentro de algunos meses. Por debajo de ellos, algunas plantas, como los helechos, habían quedado reducidas a sus raíces y rizomas, que muy pronto quedarían sepultados en la tierra bajo una losa de hielo y nieve.

En aquel lugar, las especies —derivadas de un material ancestral adaptado a las benéficas condiciones de los trópicos— tenían que realizar ajustes feroces para sobrevivir a las condiciones extremas del polo. Todas las plantas, vivieran donde viviesen, dependían de la luz del Sol para obtener energía y crecer, y durante los días interminables del verano, la vegetación había absorbido con avidez los rayos del Sol con sus hojas anchas e inclinadas. Pero ahora se aproximaba una estación en la que durante meses no habría más luz que la de la Luna y las estrellas, que resultaba inútil para el crecimiento: si las plantas hubieran seguido creciendo y respirando, habrían consumido todas sus reservas de energía.

Así que la flora recurría a una hibernación vegetal, cada especie según su propia estrategia.

Hasta las plantas estaban durmiendo.

El grupo de notharcus contaba treinta miembros, y se habían acurrucado en las ramas de una gran conífera. Parecían una gran fruta peluda, aferrándose a las ramas con manos y pies mientras dormían, con los rostros enterrados en el pecho y las espaldas expuestas al frío. Sus nuevos pelajes invernales estaban recubiertos por una resplandeciente capa de escarcha y allí donde asomaba un hocico se veía una nube de vaho, de un luminoso blanco azulado.

Noth dormía durante aquellas noches cada vez más prolongadas, con el pelaje erizado, inmerso en el calor corporal de los demás miembros del grupo. A veces soñaba. Veía a su madre caer en las fauces de los mesos. O se encontraba solo, en un espacio abierto y rodeado de depredadores de mirada dura. O volvía a ser un cachorro, maltratado por adultos más grandes y fuertes, excluido por normas de las que no tenía una comprensión innata. Pero algunas veces los sueños se desvanecían y se hundía en una especie de letargo, una negrura que prefiguraba los largos meses de hibernación que se avecinaban.

En una ocasión despertó en mitad de la noche, tiritando. Sus músculos estaban involuntariamente consumiendo energía para mantenerlo con vida.

El mundo del sueño estaba lleno de luz: la Luna estaba en lo alto del firmamento, llena, y el bosque despedía un resplandor azul, blanco y negro. Sombras largas y afiladas se extendían sobre los suelos cubiertos de hojarasca, y los troncos verticales de los árboles denudados conferían a la escena una espeluznante precisión geométrica. Pero en las alturas, las enmarañadas copas formaban una visión más compleja y lúgubre, huesos desnudos y cubiertos de escarcha, un severo contraste con el cálido fulgor verde de las hojas del verano.

A su modo era una escena hermosa, y los ojos arcaicos de Noth le hacían un buen servicio, revelándole detalles y coloraciones sutiles que habrían sido invisibles para los humanos. Pero lo único que Noth percibía era una ausencia: una ausencia de luz, de calor, de alimento... y una

ausencia de familia en aquel grupo de congéneres, con la única excepción de su hermana, cuyo cuerpo, todavía en pleno crecimiento, estaba enterrado en algún lugar de aquella maraña. Y sabía, a un profundo nivel celular, que el verdadero invierno, largos y penosos meses de una especie de lenta agonía en la que el cuerpo se consumía para poder seguir con vida, estaba todavía por llegar.

Se contorsionó, tratando de adentrarse un poco más en el grupo. Todos los adultos sabían que, a la larga, redundaba en el interés del grupo entero que todos hiciesen turnos en el exterior del grupo, para proteger al resto. No convenía que algunos de sus miembros murieran congelados. Pero a pesar de todo, la baja posición de Noth en la jerarquía jugaba en su contra y cuando los demás machos captaron su olor, unieron sus esfuerzos en sueños para echarlo fuera del grupo, de modo que terminó casi tan expuesto como había empezado.

Levantó el hocico, exhaló una bocanada de vaho y profirió un miserable aullido.

Estos primates no podían extraer consuelo de sus semejantes. La ceremonia de cepillado proporcionaba placer a Noth, pero solo en sus propias sensaciones físicas, y en el efecto que tenía en el comportamiento de los demás hacia él, no en su manera de sentir. Los demás notharcus eran simplemente otro elemento del medio, como las coníferas y los podocarpos, los carroñeros, los depredadores y sus presas: no tenían nada que ver con él.

Aquellos notharcus allí acurrucados, a pesar de su proximidad física, estaban tan solos como el humano más solitario llegaría alguna vez a estarlo. Noth estaba encerrado para siempre en la prisión de su cabeza, obligado a soportar en soledad sus miserias y sus miedos.

La mañana amaneció clara, pero una niebla gélida cubría el bosque. Aunque el Sol alumbraba en el cielo, había poco calor que extraer de sus rayos.

Los notharcus estiraban los miembros, rígidos por culpa del frío y de las largas horas de inmovilidad. Cautelosa, vigilantemente, empezaron a

descender hacia el suelo. Una vez allí, se desperdigaron poco a poco. Las hembras adultas empezaron a moverse por los linderos del claro, utilizando las muñecas, las axilas y los genitales para renovar sus marcas de olor.

Noth rebuscaba entre la helada hojarasca. Las hojas muertas no le servían de nada, pero había aprendido a excavar debajo de los sitios en los que el manto de hojas era especialmente grueso. La capa de hojas podía atrapar la humedad y mantener a raya la escarcha. Había rocío para beber y tierra que no estaba congelada y en la que se podía excavar en busca de tubérculos, raíces o incluso rizomas de helecho.

Una serie de gritos agudos, sorprendentemente ruidosos, estalló y resonó por todo el bosque. Noth levantó la mirada, con los bigotes temblando.

Se había formado un gran revuelo alrededor de un podocarpo. Noth vio que un grupo de notharcus, hembras desconocidas con varios cachorros, habían salido del bosque. Estaban acercándose al podocarpo.

Mayor y algunas de las otras hembras acudieron corriendo. El gran macho dominante del grupo —que era para Noth algo así como «El Emperador»— se unió a la carga de las hembras. Muy pronto, todos estaban haciendo exhibiciones de ferocidad, aullando y cubriéndose de almizcle las alargadas colas. Las hembras desconocidas se acobardaron un poco, pero respondieron de la misma forma. En cuestión de instantes, el bosque se llenó con la cacofonía de su discusión.

Los clanes de hembras, base de la sociedad de los notharcus, eran fieramente territoriales. Aquellas hembras desconocidas habían ignorado los olores y las señales dejadas por Grande y las demás, que para los sentidos de un notharcus eran como grandes carteles luminosos. A estas alturas del año, la comida empezaba a escasear. En la carrera por acumular la máxima cantidad de reservas para afrontar los rigores del invierno, un rico podocarpo era algo por lo que valía la pena luchar.

Las hembras, con los cachorros aferrados al pelaje, llegaban más lejos en sus guerras de lo que los machos podían. Rápidamente pasaban a los empujones, las fintas e incluso las dentelladas. Las hembras eran como luchadores de a cuchillo.

Pero no iba a servir. Aunque ningún notharcus llegó a tocarle un pelo a otro, el despliegue de fuerza de Mayor y las demás asustó a las recién llegadas. Retrocedieron hacia las alargadas y pardas sombras de las profundidades del bosque, no antes de que un cachorro un poco más grande que los demás se adelantara, hundiera los dientes en una fruta arrugada por el frío y huyera corriendo con su premio sin que nadie pudiera evitarlo.

Conscientes de repente de la vulnerabilidad de su tesoro, las hembras se agolparon entonces alrededor del podocarpo y empezaron a engullir la fruta con avidez. Algunos de los machos más grandes, incluido el Emperador, no tardaron en unirse a Mayor y las demás. Noth, con otros machos jóvenes, se situó alrededor del grupo, esperando a que le llegara el turno para alimentarse con las sobras.

No se atrevía a desafiar al Emperador.

Los notharcus machos tenían su propia, compleja y diferente estructura social, que se solapaba con la de las hembras. Y todo tenía que ver con el apareamiento, que era lo más importante, lo único. El Emperador poseía un gran territorio, que incluía los territorios de muchos grupos de hembras. Su propósito era aparearse con el máximo número posible de ellas para maximizar las probabilidades de propagar sus genes.

Marcaba a las hembras con su olor para repeler a otros pretendientes. Y estaba dispuesto a luchar con fiereza para mantener a otros machos fuertes alejados de su ancho imperio, igual que el padre de Noth había luchado para repeler a Solo.

El Emperador había conseguido mantener su patrimonio bien atado durante más de dos años. Pero como todas aquellas criaturas de corta vida, estaba envejeciendo con rapidez. Hasta Noth, el recién llegado de más baja categoría, estaba constantemente haciendo cálculos automáticos de la fuerza y la destreza del Emperador. El impulso de procrear, de producir descendencia, de ver perdurar su linaje, era tan fuerte en él como en cualquier otro de los machos que había allí. Muy pronto, sin duda, el Emperador se enfrentaría a un desafío que no podría superar.

Pero de momento, Noth no estaba en condiciones de desafiar al Emperador ni a ninguno de los machos fuertes que lo precedían en la difusa

jerarquía de la alimentación. Y se daba cuenta de que el suministro de fruta del podocarpo estaba menguando rápidamente.

Con un aullido de frustración, salió corriendo por el bosque y se encaramó con rapidez a un árbol. Las ramas, resbaladizas por culpa de la escarcha residual, el rocío y los líquenes, no tenían ya hojas ni frutos. Pero puede que todavía se pudiese encontrar en ellas alguna nuez o alguna semilla, almacenadas por algún morador del bosque.

Llegó hasta un agujero en un viejo tronco. En su putrefacto y húmedo interior atisbó el brillo de varias cáscaras de nuez. Introdujo sus pequeñas y ágiles manos y sacó una de las nueces. Tenía una cáscara redonda, sin fisuras, completa. La sacudió y, al oír el traqueteo de la semilla de su interior, se le hizo la boca agua. Pero cuando la mordió, sus dientes resbalaron sobre la suave y dura superficie. Irritado, volvió a intentarlo.

Hubo un poderoso siseo. Noth lanzó un aullido, soltó la nuez y se encaramó a una rama más alta.

Una criatura del tamaño de un gato doméstico se acercaba reptando con torpeza al agujero donde se escondían las nueces. Levantó la cabeza hacia Noth y volvió a sisear, enseñando una boca rosa llena de poderosos incisivos superiores e inferiores. Satisfecha de haber podido expulsar al intruso, sacó una de las nueces de su depósito y la partió con un movimiento de las poderosas mandíbulas. A continuación empezó a mordisquear hábilmente el agujero que había abierto para ensancharlo. Finalmente, llegó al corazón de la nuez —Noth, escondido detrás del tronco del árbol, casi se desmaya al captar de repente la dulzura de su aroma— y empezó a devorarla ruidosamente.

El ailuravus parecía una rudimentaria ardilla con cara de felino. Tenía una larga y tupida cola que le servía para frenarse, como una especie de paracaídas, cuando se caía de los árboles, cosa que le ocurría a menudo. Aunque, carente de las manos y pies prensiles de los primates, se movía por los árboles con más torpeza que ellos, era más que capaz de echar a Noth por la fuerza si era necesario.

El ailuravus era uno de los primeros roedores. Aquella vasta y duradera familia había emergido pocos millones de años antes, en Asia, y desde

entonces había emigrado por todo el mundo. Aquel pequeño encuentro no era más que un primer episodio del secular conflicto por los recursos que enfrentaría los primates y los roedores.

Y los roedores ya estaban ganando.

Estaban venciendo a los primates en la lucha por la comida por una sencilla razón. Noth hubiera necesitado un cascanueces para comer avellanas o almendras, y una rueda de molino para procesar los cereales, como el trigo y la avena. Pero los roedores, con sus feroces incisivos en permanente estado de crecimiento eran capaces de romper la cáscara más dura y arrancarle la pelleja a los cereales. Muy pronto empezarían a consumir los frutos de los mejores árboles antes siquiera de que hubieran llegado a madurar.

Pero este factor, por importante que fuera, no bastaba para explicar la superioridad de los rededores. Aquel ailu podía producir varias carnadas en un solo año. Muchos de sus cachorros morirían de hambre, serían asesinados por sus hermanos o devorados por aves o carnívoros. Pero bastaba con que sobrevivieran algunos para garantizar la continuidad del linaje y para los ailu, cada cría era una pequeña inversión, a diferencia de lo que les ocurría a los notharcus, que se apareaban una vez al año y para quienes la pérdida de un solo cachorro era un desastre significativo. Y, además, las grandes carnadas de los roedores ofrecían gran cantidad de materia prima a los ciegos escultores de la selección natural: su tasa de evolución era salvaje.

Aunque los primates como Noth eran mucho más inteligentes que los roedores como el ailu, no podían competir con ellos.

No eran solo los plesiadapis los que empezaban a escasear en América del Norte. No era una casualidad que la familia de Noth se hubiera visto empujada a aquel marginal bosque polar. En el futuro, los descendientes de Noth emigrarían más aún, atravesando el techo del mundo para llegar a Europa y desde allí a Asia y América, experimentando un constante proceso de adaptación paralelo a su avance. Pero en América del Norte, la victoria de los roedores sería, en el curso de unos pocos millones de años más, completa. Aparecería una ecología nueva, poblada por tuzas, ardillas,

manadas de ratas, marmotas, ratones de campo y ardillas rayadas. No habría primates en América del Norte: ni uno solo, al menos durante cincuenta y un millones de años, hasta que los cazadores humanos, descendientes muy lejanos de los notharcus, regresaran desde Asia a través del estrecho de Bering.

Cuando el roedor terminó de comer, Noth salió arrastrándose cautelosamente de su escondite. Sus ágiles manos buscaron los restos del fruto que se le habían caído al ailu y se las metió en la boca sin el menor pudor.

Durante unas pocas horas al día, el cielo todavía se iluminaba al este. Pero ahora el Sol completaba sus ciclos por debajo del horizonte. Casi todos los lagos se habían helado y los árboles estaban cubiertos de escarcha, que relucía formando tupidos encajes allí donde la niebla se había congelado sobre las telarañas. Los movimientos de los notharcus entre los árboles y sobre el silencioso suelo del bosque eran torpes y lentos. Pero no importaba: el bosque no podía ofrecerles mucha comida más este otoño.

Llegó el último día de luz, cuando el horizonte meridional, de color violeta, se cubrió de capas de nubes teñidas de rojo, y la aurora púrpura y gris se echó como una inmensa cortina sobre las estrellas.

Los notharcus bajaron a la tierra y empezaron a cavar, en aquellos sitios donde las capas de hojas habían impedido que el suelo se congelara o bajo las raíces de los árboles. Aquella noche sería la más dura hasta el momento, y todos sabían que había llegado el momento de buscar refugio. Así que los primates excavaron, y construyeron madrigueras en las que Purga se habría encontrado a gusto. Era como si el breve interludio en los árboles no hubiera sido más que un sueño de libertad.

En la más profunda oscuridad, Noth se abría paso por túneles que el paso de muchos cuerpos de primate estaba volviendo suaves, y sobre un suelo cubierto de pelos sueltos. Finalmente, su poderoso olfato lo guió hasta Derecha.

Con suavidad, olisqueó a su hermana. Ya estaba casi dormida, echa un ovillo envuelto en su propia cola, junto al vientre de Grande. Había crecido durante los meses que habían pasado con el grupo de Mayor, pero Derecha siempre sería pequeña, siempre conservaría algo de la enclenque que sufría los abusos de su gemela ya muerta. Sin embargo, su pelaje invernal parecía lustroso, sano, libre de nudos y porquería, y su cola estaba llena de grasa, que le permitiría sobrevivir al invierno.

Noth sintió un acceso de satisfacción. Habida cuenta de cómo habían empezado el verano, les había ido mejor de lo que cabía esperar. Como carecía de cachorros, aquella era la última familia que le quedaba —su futuro genético dependía de Derecha— pero por el momento no había nada más que pudiera hacer por ella.

En la oscuridad, inmerso en los olores y los sutiles sonidos de su raza, Noth trató de dormir lo más cerca posible de su hermana. Cerró los ojos y no tardó en quedarse dormido.

Durante breve tiempo soñó con fragmentos de luz de verano, con largas sombras, con la caída de su madre desde los árboles. Y entonces, al mismo tiempo que su cuerpo entraba en letargo, su mente se disolvió.

IV

Los rayos del Sol, casi horizontales, brillaban como focos dentro del bosque. Sobre los charcos y estanques, que estaban fundiéndose poco a poco, pendía una niebla gélida, teñida de elaboradas vetas rosadas y grises de una belleza inútil. Desde los severos troncos de los árboles, inmensas sombras negras se alargaban hacia el norte. Pero las primeras hojas estaban ya brotando en las ramas desnudas, minúsculas yemas verdes que pendían casi verticales para atrapar la luz del Sol. Las hojas ya se habían puesto manos a la obra: los días de la primavera y el verano eran tan escasos y

cortos que aquellos duros sirvientes vegetales tenían que recoger hasta el último rayo de luz.

Era solo un atisbo momentáneo, un amanecer que no duraría más de unos pocos minutos. Pero era la primera vez desde hacía meses que el disco solar se dejaba ver.

El bosque estaba en silencio. Los grandes herbívoros migratorios se encontraban a cientos de kilómetros al sur: pasarían semanas antes de que regresaran, en busca de sus campos de pasto estivales, y hasta los pájaros estaban aún por regresar. Pero Noth ya estaba despierto, ya estaba fuera, trabajando.

Recién salido de la madriguera, estaba flaco y su cola fláccida había perdido toda la grasa. Su pelaje, estropajoso y teñido de amarillo por la orina, parecía una nube iluminada por el Sol y le hacía parecer dos veces más grande de lo que era en realidad. Todavía se podía encontrar poca comida en los árboles, así que buscaba por la tierra cubierta de vegetación y escarcha. Tras los fríos del invierno, era como si nadie hubiera vivido nunca en aquel lugar, y allá por donde se movía marcaba las rocas y los árboles con su olor.

A su alrededor, trabados en una sombría competición, los machos del grupo estaban buscando alimentos. Eran todos adultos; incluso aquellos que habían nacido menos de un año atrás estaban alcanzando su tamaño definitivo, mientras que los que eran relativamente veteranos, como el propio Emperador, que se aproximaba ya a su tercer cumpleaños, se movían con más rigidez que el pasado año. Tras un invierno de sueño y hambre, todos ellos parecían famélicos, y el frío mordía con fuerza su pelaje escaso y sus cuerpos privados de grasa.

Salir tan temprano no carecía de riesgos. En las madrigueras, las hembras seguían durmiendo y consumiendo las últimas reservas del invierno. Los depredadores ya estaban activos y como la comida era escasa, los primates recién despertados representaban una presa tentadora. Si uno de los machos encontraba inesperadamente algún escondite lleno de comida, se veía rodeado al instante por rivales enfurecidos y celosos, y el bosque se llenaba con sus gritos y alaridos.

Pero Noth no tenía más remedio que afrontar el frío. Los días de emparejamiento, una época de competición feroz para los machos, ya estaban acercándose. Noth sabía que cuanto antes consiguiera una reserva de fuerzas y energía para las batallas que se avecinaban, más probabilidades tendría de encontrar pareja. Tenía que aceptar los riesgos.

Orientándose con la borrosa recolección de recuerdos con los que había constituido un mapa la estación pasada, llegó hasta el más grande de los lagos próximos.

El lago seguía congelado en su mayor parte, cubierto por una losa de hielo gris tapizada de nieve suelta y de copos duros. Un par de aves parecidas a patos, emigrantes tempranos, caminaban sobre el hielo, picoteando ingenuamente su superficie. Noth podía ver el gélido azul del hielo antiguo, una capa de materia muy helada que no se había fundido el verano pasado y tampoco se fundiría este.

Cerca de la orilla del agua pasó junto a un bulto de color entre gris y blanco. Era un mesonchyd. Como los zorros polares de tiempos futuros, pasaba el invierno al raso. Pero en una helada repentina del pasado invierno, este meso se había perdido en una ventisca y, expuesto al frío, había sucumbido allí, a la orilla del lago. Su cuerpo se había congelado rápidamente y de momento parecía perfectamente preservado. Pero a medida que iba acercándose el deshielo, las bacterias y los insectos habían empezado a alimentarse: Noth detectó el dulce aroma de la descomposición. Se le hizo la boca agua. La carne medio congelada estaría buena y los gusanos serían un buen aperitivo. Pero tenía más sed que hambre.

Cerca de la fangosa y húmeda costa del lago, el hielo era muy fino y estaba agrietado, y Noth— captó el olor del agua estancada. El agua estaba teñida de verde, llena de vida, y cubierta por un sinfín de fragmentos de hielo. Noth metió el hocico y bebió, utilizando los dientes para filtrar lo peor del mucoso limo.

Las aguas abiertas estaban abarrotadas de racimos de pequeñas esferas grisáceas: los vástagos de los habitantes anfibios del lago, puestos lo más pronto posible. Y, más cerca de él, en los bajíos por los que caminaba, distinguió unas formas diminutas y convulsas: los primeros renacuajos.

Pasó las manos por el agua, dejando que el limo se le pegara a la palma, y se introdujo la resbaladiza cosecha en la boca.

En un movimiento reflejo, sus entrañas se activaron, y se formó un charco de acuoso excremento debajo de él.

Pero en ese momento la superficie del agua se quebró y el hielo se hizo añicos entre agudos crujidos. Algo grande estaba saliendo del lago. Noth regresó corriendo a los árboles más próximos, con los ojos muy abiertos.

Al igual que Noth, el cocodrilo había despertado temprano, perturbado en su sopor por la luminosidad del día. Mientras salía del agua, los pedazos de hielo resbalaban por su espada. De un solo y elegante movimiento, sus fauces engulleron el cuerpo congelado del meso: crujió el hielo, se partieron los huesos. Entonces, el reptil regresó a las aguas reptando hacia atrás, llevándose el cadáver sin el menor esfuerzo y sin hacer apenas ningún ruido.

El cocodrilo estaba hambriento.

Antes de la llegada del cometa, los animales más grandes en cada una de las ecologías del planeta habían sido los reptiles: los plesiosaurios e ictiosaurios en el mar, los dinosaurios en tierra firme y los cocodrilos en las aguas dulces. El desastre había aniquilado familias enteras y, en sus vacíos reinos, pronto serían reemplazados por mamíferos funcionalmente equivalentes: todos ellos, salvo los cocodrilos.

El agua dulce siempre había sido un mal lugar para vivir. Mientras que el suministro de materia vegetal en el mar y en tierra era relativamente fiable, en el medio lacustre era muy variable. La erosión, la abrasión, las inundaciones, la sequía y las variaciones en la calidad del agua representaban grandes peligros.

Pero el cocodrilo —y otras especies de moradores de las aguas dulces que habían sobrevivido, como las tortugas— era muy resistente. Algunos de ellos aprendieron a salir del agua para buscar comida. Otros, a salir al mar. O a enterrarse bajo ocho o diez metros de lodo y esperar al siguiente aguacero. Y, por lo que se refiere a la comida, incluso en las peores épocas, subsistieron de los nutrientes que seguían rezumando los cadáveres que tapizaban el suelo, una cadena trófica «marrón» que persistió mucho tiempo

después de que las criaturas vegetales y las que vivían de ellas, hubieran muerto.

De este modo, los cocodrilos habían sobrevivido ciento cincuenta millones de años, en medio de impactos extraterrestres, glaciaciones, variaciones en el nivel del mar, crisis tectónicas y la competencia de sucesivas dinastías de animales.

Y después de todo este tiempo, conservaban todavía la capacidad de alumbrar novedades evolutivas. Por algún tiempo, después del impacto, los depredadores dominantes en los cursos de agua corriente habían sido unos parientes cercanos suyos, de patas largas y garras como cuernos. Habían sido una auténtica pesadilla, cocodrilos corredores, capaces de alcanzar animales del tamaño de pequeños caballos. Hasta se habían adaptado a la supervivencia allí, en el polo, donde el Sol no brillaba durante meses incontables. Simplemente esperaban hibernando a que pasasen los meses de frío.

A diferencia de los dinosaurios, a diferencia de los plesiosaurios, los cocodrilos no serían expulsados de sus nichos acuosos por arribistas mamíferos: ni ahora ni nunca.

Noth había perdido el cadáver del meso, pero en el suelo, cerca de donde había estado, quedaban todavía algunos trozos de carne y unos pocos gusanos aplastados. Ávidamente, empezó a lamer la tierra helada.

Finalmente llegaron los días de emparejamiento.

Las hembras del grupo se reunieron en las ramas de un alta conífera. Estaban alimentándose de frutos jóvenes y maduros, almacenando los recursos que sus cuerpos necesitarían para sobrevivir a la inminente maternidad. El grupo era organizado por las mayores de ellas, entre las que se contaban Grande y Mayor. Derecha estaba con ellas. Había sobrevivido a su primer invierno. Estaba engordando rápidamente y cuando hubiera perdido todo el pelaje invernal, emergería una pequeña pero bien construida hembra, preparada para emparejarse.

El Emperador paseaba entre sus súbditos femeninos. Se movía de una a otra con andares pomposos. Ya había sido aceptado dos veces por Mayor, y había desflorado a Derecha sin que esta protestara. Ahora estaba montando a Grande. Ella estaba inclinada, sujeta a una rama baja, con la cabeza enterrada entre las rodillas y la cola levantada. El Emperador estaba a su espalda, rodeándole la cintura con los brazos, acometiendo con las caderas con una premura fruto de la fatiga y de la urgencia.

Este era el día por el que el Emperador había trabajado todo el año y aquel era el momento en el que debía consumir toda su autoridad y energía cubriendo el mayor número de hembras posible.

Pero el Emperador estaba empezando a cansarse. Y aquel grupo de hembras solo era uno dentro del amplio territorio que gobernaba.

En aquel lugar de clima desapacible, la reproducción tenía que quedar reducida a un período de tiempo drásticamente corto, para que los cachorros nacieran cuando la comida era abundante y sus madres pudieran comer lo suficiente para producir mucha leche. Una hembra que se apareara fuera de la época de reproducción tenía pocas probabilidades de ver llegar a sus crías a la edad adulta. Y un macho que dejara pasar la oportunidad de cubrir a una hembra fértil tendría que soportar un año entero de penurias, peligros y privaciones antes de tener otra.

En el caso de los notharcus, la estación de apareamiento duraba solo cuarenta y ocho horas. Era una época frenética.

Aquel día, inicio del celo simultáneo de todas las hembras, flotaba en el aire una invisible nube de feromonas y había machos por todas partes, atraídos sin poder evitarlo, con las erecciones asomando entre el pelaje. Todos ellos se habían preparado desde el regreso del Sol, alimentándose para reunir fuerzas, practicando saltos espectaculares y enzarzándose en batallas fingidas: todos se habían portado como atletas preparando una competición. Para el Emperador hubiera sido imposible mantenerlos todos a raya y había mucha competencia. Aquel día, la jerarquía de los machos experimentaba una tensión que amenazaba con provocar un colapso.

Para las hembras, el momento de estrés llegaría más tarde, durante el embarazo y la lactancia, cuando el feto o la cría recién nacida exigieran que

su madre encontrara un suministro de comida con gran capacidad energética, y en un momento en que casi todas las demás hembras estarían sufriendo las mismas circunstancias. Era el elevado coste de la reproducción lo que había conducido a la dominación general de las hembras sobre los machos, y la razón por la que ellas conseguían siempre las mejores tajadas de comida.

Por todo el bosque se reproducían las mismas escenas. Todos los grupos de notharcus estaban llegando simultáneamente a su breve estación de apareamiento, dictadas por los invisibles aromas químicos que rezumaba el aire en varios kilómetros a la redonda. Durante los dos próximos días, el bosque estaría inundado de lujuria primate; era un clamor tremendo de machos que peleaban entre sí, hembras cargadas de feromonas y caderas que cargaban furiosamente.

Noth, en pos de otro macho en el que pensaba como Rival, se lanzó hacia un grupo de coníferas. Apoyándose con el codo en las finas ramas, empezó a dar giros. Con cada salto que daba la tierra temblaba como un vasto cuenco, y saltaban las hojas muertas, los helechos verdes y las formas torpes de las criaturas que reptaban sobre el suelo huyendo debajo de él.

Se acercó al espacio que separaba dos árboles altos. Al otro lado se encontraba Rival, erguido, con los rosados genitales a la vista, frotando contra la corteza las glándulas odoríficas. Rival lanzó un despectivo desafío.

Sin titubear, Noth dio un último y vigoroso giro. La rama se dobló y lo proyectó en una elevada parábola. Por espacio de varios latidos de corazón voló, con la cola en alto y las manos y patas extendidas delante de sí, preparadas para asirse a algo.

El aroma del celo inundaba su cabeza. La erección le duraba ya desde que despertara aquella mañana. En aquel mismo momento, mientras saltaba entre los árboles, el pene, rosa y sólido, lo precedía. Todavía tenía que abrirse camino entre los batalladores machos para llegar a una hembra receptiva y tenía la impresión de que su vientre iba a reventar si no lo conseguía pronto. Pero a pesar de estar consumido por una lujuria

desbocada, se deleitaba en la potencia de su esbelto cuerpo al volar por el dominio boscoso para el que estaba tan perfectamente adaptado.

Nunca se había sentido tan vivo.

Aterrizó en el árbol de Rival, justo donde apuntaba. Se asió a las ramas con movimientos perfectos de las manos y los pies. Pero en ese momento, Rival se le echó encima.

Mirándose el uno al otro, se irguieron, cada uno exhibiendo su erección. Noth, con la cola en alto, se acercó a Rival mientras frotaba vigorosamente la ingle contra la corteza del árbol, gruñendo y ladrando. Rival respondió del mismo modo. Era un encuentro ritualizado, en el que cada uno de ellos respondía a los movimientos del otro con una especie de danza: sacudida de cola seguida por bamboleo de ingle, mirada furiosa provocada por meneo de caderas.

La peste de su furia no tardó en flotar en el aire. Estaban tan cerca que Noth sentía las puntas del pelaje erizado de su adversario y la saliva de Rival le manchaba la cara.

Rival tenía más o menos la misma edad que Noth y más o menos el mismo tamaño. Se había unido al grupo un poco antes que Noth y su hermana. A sus ojos, Noth había sido un invasor en un grupo que había terminado por considerar «suyo». Noth y Rival eran demasiado parecidos, como hermanos, demasiado próximos para ser otra cosa que enemigos.

Rival era ligeramente más grande y pesado que Noth y es posible que se hubiera alimentado un poco mejor al principio de la estación. Pero las penurias experimentadas por Noth le habían permitido forjar una dureza interior, así que aguantó el tipo.

Ganó la sicología. Rival se encogió de repente y su demostración de fuerza quedó en nada. Le dio la espalda a Noth y, fugaz, simbólicamente, le enseñó la rosada espalda en un torpe gesto de sumisión.

Noth lanzó un aullido de triunfo y paladeó el momento. Pasó las muñecas sobre la espalda de Rival para dejarlo marcado con su victoria y soltó un chorro de orina. Entonces dejó que se marchara por la rama hacia un racimo de bayas.

Rival no suponía ya ningún peligro. Pasaría algún tiempo solo en el árbol, puede que comiendo, apartado momentáneamente de la competición. Pero sus probabilidades de reproducirse quedarían muy reducidas durante varias horas. La orina de Noth lo volvería temporalmente estéril. Hasta reduciría su capacidad de emitir los agudos aullidos de llamada que atraían a las hembras.

Para Noth era una estrategia válida. Aquel día era imposible que un solo macho, por muy heroicamente que lo intentara, cubriera a todas las hembras. Pero podía reducir el número de competidores con estrategias de intimidación sensorial.

Una vez derrotado Rival, el pene de Noth volvió a erguirse. Pronto conseguiría las atenciones que anhelaba, al fin. Con rápidos y vigorosos movimientos volvió a lanzarse hacia las ramas, en busca del lugar en el que las hembras se habían reunido.

Pero ignoraba la batalla que estaba teniendo lugar allí.

Todavía entre sus hembras, el Emperador acababa de terminar otra cópula. Con el pene fláccido y colgante, caminaba entre ellas, golpeando y mordiendo a cualquier macho que se pusiera a su alcance.

Pero de repente, se encontró frente a Solo.

El maduro Emperador se irguió en toda su estatura, enseñó los dientes y dejó que sus glándulas expulsaran su almizcle más potente. Con el pelaje erizado y el hocico arrugado, era una visión magnífica, capaz de intimidar a cualquier otro macho.

Salvo a Solo.

Solo había pasado un cómodo invierno en una madriguera, con un grupo de hembras, no muy lejos de allí. En cuanto regresaron las primeras luces, había empezado a alimentarse y su cuerpo no había tardado en alcanzar el mismo pináculo de fuerza y potencia que había conseguido el pasado año.

Y había empezado sus correrías. Aquel mismo día había preñado ya a media docena de hembras por todo el bosque. Y ahora había venido a por

más... una vez que hubiese acabado con la oposición.

Se abalanzó contra el emperador y le propinó con el hocico cubierto de cicatrices un golpe en el vientre.

El Emperador cayó de espaldas sobre la rama, aturdido, y puede que se hubiese precipitado al suelo de no haber sido por sus rápidas manos de primate, que arañaron la corteza. Estaba tan asombrado por el inesperado ataque físico como lastimado. Con la única excepción de los empellones que le daban las hembras cuando querían monopolizar la comida y los golpes que inadvertidamente le propinaban otros machos, nadie lo había herido deliberadamente en toda su vida.

Pero eso se había acabado.

Con un salto casi grácil para una criatura de su tamaño, Solo se abalanzó sobre el Emperador. Se apoyó sobre el pecho del otro macho y le comprimió las frágiles costillas. El Emperador aulló. Empujó, jadeó y golpeó a Solo en la espalda. Si hubiera utilizado todas sus fuerzas, puede que se lo hubiera quitado en encima. Pero lastimar a otro iba en contra de lo que le dictaba el instinto, así que sus puñetazos eran contenidos y sus golpes, ineficaces.

Había perdido su ocasión.

Solo se inclinó y enterró el hocico en la ingle del Emperador. Apartó el pelaje manchado de semen y de los fluidos vaginales de varias hembras. Con un movimiento rápido y perfeccionado, mordió el saco escrotal del Emperador y le arrancó un testículo.

El Emperador lanzó un aullido y empezó a debatirse. La sangre manó a borbotones, mezclándose con los fluidos que empapaban su pelaje.

Solo se apartó. Con un solo movimiento firme, arrojó al Emperador desde la rama. El cuerpo del viejo macho cayó con estrépito entre el follaje, en dirección al suelo. Entonces Solo escupió el sanguinolento testículo, dejando que cayera también sobre la vegetación.

Se acercó a Derecha, la hermana de Noth, una de las hembras más jóvenes. Su mano asió el pene, que estaba creciendo a gran velocidad, y se preparó para tomarla.

Pero entonces apareció Noth, joven, impaciente, furioso, y se plantó de un salto a los pies de Solo. Este se volvió como la torreta de un tanque para hacer frente a este nuevo desafío.

Noth no sabía que Solo estaba allí. Pero lo recordaba.

Noth era una criatura del presente. Carecía de una concepción real del ayer o el mañana y su memoria no era una sucesión narrativa ordenada. Era más bien un corredor de imágenes vividas, representadas por visiones y olores. Pero el poderoso olor de Solo trajo consigo un tropel de imágenes, fragmentos y atisbos de aquel día aterrador en otra parte del bosque, el aullido desesperado de su madre al caer en un abismo de colmillos.

Sintió la acometida de impulsos contradictorios. Debía hacer una demostración de fuerza y librar un combate de olores, o someterse a aquella poderosa criatura del mismo modo que Rival se había sometido a él.

Pero Solo no era como los demás. Él no obedecía las tácitas leyes que gobernaban la frágil sociedad de los notharcus. Acababa de mutilar al macho dominante del grupo. Seguramente, una victoria simbólica no bastaría para contenerlo. Enorme, silencioso, querría herirlo, si no matarlo.

Y allí estaba Derecha, su única pariente, aterrorizada en el follaje a los pies de Solo. Allí estaban las hembras con las que había vivido medio año y cuyos genitales hinchados lo habían llenado de lujuria incipiente durante días y semanas... y allí estaba aquel monstruo, Solo, quien había destruido todo aquello con lo que había crecido.

Se irguió y lanzó un aullido.

Solo, sorprendido, titubeó.

El denso almizcle hacía que le picaran las muñecas y la ingle. Realizó un despliegue frenético, un espectáculo de un segundo, una demostración acelerada de potencia y juventud. Entonces, a ciegas, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, bajó la cabeza y cargó contra el vientre de Solo. Con un jadeo ahogado, este salió despedido de espaldas y chocó de espaldas con el follaje.

De no haberse detenido, Noth podría haber sacado ventaja de su ataque sorpresa. Pero no había librado una batalla física en toda su vida. Y Solo, con los instintos de un luchador experimentado, se revolvió y le dio un

rodillazo en la sien. Noth cayó de bruces y buscó instintivamente un asidero. Una masa inmensa cayó sobre su espalda y lo aplastó contra la corteza. En ese momento, sintió que unos incisivos se clavaban en la suave carne de su espalda. El dolor le hizo gritar. Se revolvió y sacudió los brazos. No pudo quitarse a Solo de encima, pero el vigor de sus movimientos los hizo caer a ambos.

Aullando, mientras los dientes de Solo le desgarraban la carne, Noth se vio cayendo en picado entre capas de follaje y ramas.

Se estrellaron contra el suelo, la caída apenas amortiguada por la capa de hojas descompuestas. Pero el impacto los separó, no sin que Solo diera un último bocado a Noth en el hombro. Entonces, Solo hizo su propia demostración de agresividad. Lanzó un grito, un sonido feo y caótico. Se irguió en toda su estatura y empezó a dar puñetazos en los detritos del suelo. Los trozos de hojas volaron en todas direcciones, y a su alrededor se levantó una nube iluminada por los rayos del Sol.

Eran dos criaturas muy pequeñas. Pero otros animales mucho más grandes, que estaban presenciando su batalla con timidez, se encogían ante la ferocidad de Solo.

Era una lucha desequilibrada. Solo avanzó sobre Noth, en medio de los fragmentos de hojas que estaban empezando a posarse a sus pies. Noth lo miraba sin hacer el menor movimiento, como si estuviera hipnotizado. Horrorizado, bajó la mirada hacia su hombro, donde colgaba un pliegue de carne suelta y manaba sangre sobre su pelaje.

Pero entonces una corpulenta masa cayó sobre Solo. Era el Emperador. A pesar de que su destrozado escroto seguía sangrando, el gran notharcus cayó con las dos patas sobre la espalda de Solo y lo derribó sobre los detritos.

Esta vez Noth no titubeó. Se abalanzó sobre Solo y empezó a golpearle la espalda y los hombros con los pies, las manos y el hocico. El Emperador se le unió, así como varios machos más, hasta que Solo estuvo enterrado bajo un manto de aullantes, furiosos e inexpertos asaltantes. Por separado, habría podido derrotar a cualquiera de ellos, pero no a todos juntos. Bajo

aquel chaparrón de golpes mal apuntados, hasta a él le fue imposible ponerse en pie.

Finalmente, reptando como un taeniodonte por entre los detritos que tapizaban el suelo del bosque, se alejó de la escandalosa manada. Para cuando el enfurecido ejército se dio cuenta de que se había marchado, de que sus patadas y puñetazos caían sobre el suelo o sobre los demás, Solo, cojeando, estaba alejándose de allí.

Dolorido, lastimado, Noth volvió a trepar al árbol. Cuando llegó allí vio que las hembras estaban cepillándose tranquilamente el pelaje, limpiándose el semen seco del cuerpo, como si el combate que se había librado abajo nunca hubiera tenido lugar. El Emperador estaba sentado en compañía de Mayor. La hemorragia había cesado pero su campaña de copulación había quedado suspendida para siempre.

Y allí estaba Rival, cubriendo vigorosamente a Derecha. Al ver el rostro de su hermana enterrado en el pelaje de su propio pecho, emitiendo pequeños gemidos de placer, Noth sintió una extraña calidez en su interior. No estaba motivada por celos hacia los otros machos con respecto a su hermana, ni siquiera hacia el macho al que había derrotado y que, según parecía, se había recobrado muy deprisa. Una parte profundamente enterrada de sí mismo era consciente de que, con su hermana embarazada, el linaje se perpetuaría: la brillante cadena molecular que se extendía desde Purga hasta aquel momento iluminado por el bajo sol del polo y hasta un futuro inimaginable.

Oyó un mugido sordo. Era la llamada de un moeritherium, la matriarca de una manada migratoria, que caminaba lentamente desde el sur. El regreso de los herbívoros señalaba el del auténtico verano. Y por todo el bosque se alzó un agudo grito: era el canto de los notharcus, una canción de soledad y maravilla.

En cuestión de pocos años la vida de Noth terminaría. Pronto, cuando sus sucesores transmutaran en otras formas, su raza pasaría también a la historia. Y luego, conforme la Tierra se alejara de su pináculo estival, hasta

el bosque polar se marchitaría y moriría. Pero por ahora —ensangrentado, jadeante, con el pelaje cubierto de barro y trozos de hoja— aquel era el momento de Noth, su día bajo el Sol.

La enorme hembra, Grande, se le acercó. Dejó escapar un suave gorjeo. Con una luz en la mirada, se dio la vuelta y le ofreció la espalda. Noth la penetró con rapidez y su mundo se disolvió en un placer desprovisto de pensamientos.

OceanofPDF.com

6

El cruce

Río Congo, África Occidental,
c. 32 millones de años antes de nuestros días

I

Allí, cerca del océano que era su destino final, el poderoso río avanzaba perezosamente entre las paredes de una exuberante y húmeda jungla. Había muchos meandros y lagos temporales que, aislados de la corriente, se habían convertido en marismas y estanques. Era como si el río, concluido su viaje, estuviera exhausto... pero aquel río drenaba el corazón entero de un continente.

Y a finales de aquel verano, las lluvias habían sido muy intensas. El río bajaba muy crecido y se extendía por una tierra que estaba ya muy cerca del nivel del mar. Las densas y fangosas aguas contenían fragmentos de rocas erosionadas, lodo y criaturas vivas. Había hasta plataformas flotantes

formadas por ramas enmarañadas y vegetación, flotando como goletas desgobernadas por toda la inmensa longitud del río, reliquias que habían viajado ya miles de kilómetros desde su punto de origen.

Muy por encima del agua, en la cacofonía de los pisos superiores de la jungla, los antros estaban realizando su acostumbrada procesión destructiva.

Parecían monos. Corrían entre los árboles utilizando sus poderosos brazos para impulsarse de rama en rama, y mientras lo hacían, cogían los frutos, desgarraban las hojas y arrancaban la corteza buscando insectos. Los grupos de hembras se movían y trabajaban juntos, deteniéndose ocasionalmente para disfrutar de un momento de mutua atención. Había madres con crías sujetas a la espalda y al vientre, ayudadas por sus tías. Los machos, más grandes y más dispersos, formaban alianzas de corta vida que se fundían y fragmentaban en un proceso constante de competencia por la comida, el estatus y el acceso a las hembras.

Allí había más de treinta antros. Eran forrajeadores listos y eficientes y allí por donde pasaban sembraban la devastación. Era una gozosa y ruidosa fiesta de alimentación, cooperación y desafío.

Temporalmente sola, Vagabunda estaba saltando entre las gruesas ramas. Aunque estaba a gran altura, no tenía miedo de caerse. Allí, con un cuerpo y una mente exquisitamente adaptados a las condiciones de aquel enmarañado dosel de bosque, se encontraba en su elemento.

Junto al mar, al oeste, había densas marismas de manglar. Pero allí, tierra adentro, la ancestral jungla era rica y diversa, llena de árboles con curvados contrafuertes: papayas, anacardos y palmeras. La mayoría eran árboles frutales, ricos en resinas y aceites. Era un lugar confortable y abundante para vivir. Pero era también una reliquia de un mundo que estaba desapareciendo, porque un enfriamiento progresivo había hecho presa de la Tierra desde tiempos de Noth y las junglas antaño globales y benéficas habían quedado reducidas a cinturones e islotes de vegetación.

Vagabunda encontró un fruto de palma. Tomó asiento en la rama para inspeccionarlo. Una oruga gruesa y verde reptaba por su superficie. La cogió con la lengua y la devoró con lentitud.

A su alrededor, el grupo se movía ruidosamente entre los árboles. Sola o no, sabía con exactitud dónde se encontraban todos. En los largos años transcurridos desde tiempos de Noth, los primates se habían vuelto más sociales todavía: para los antros, los otros antros eran más interesantes que las cosas, eran, de hecho, los objetos más interesantes del mundo. Vagabunda era consciente de la presencia del grupo como si fueran una serie de lámparas chinas dispersas entre el follaje, que tiñeran el resto del mundo de un apagado y mudo color gris.

Vagabunda pertenecía a una especie que los seres humanos nunca llegarían a identificar. Se parecía bastante a un capuchino, el mono «organillero» que un día vagaría por las selvas de Sudamérica, y tenía más o menos el mismo tamaño. Pesaba un par de kilos y estaba cubierta por un denso pelaje negro, aunque los hombros, el cuello y la cara eran de color blanco, cosa que le hacía parecer una monja con su tocado. Sus brazos y piernas eran largos y simétricos, mucho más que los de Noth: era una organización corporal característica de un habitante de las copas de los árboles. Tenía una nariz chata, con fosas nasales pequeñas y protuberantes a los lados, mucho más parecida a las de los monos de la futura Sudamérica que a los de África.

Parecía un mono. Pero no lo era: descendiente remota de los adapis como Noth, su raza pertenecía a los primates llamados antropoides, antepasados de los monos y los simios, porque el gran cisma entre ambos órdenes estaba todavía por producirse.

Casi veinte millones de años después de la muerte de Noth, las garras que los notharcus tenían en los pies habían sido reemplazadas por uñas en la especie de Vagabunda. Sus ojos, más pequeños que los de Noth, eran capaces de proyectar un campo de visión tridimensional más allá de su corto hocico, y cada uno de ellos estaba alojado en una sólida cuenca de hueso. Los de Noth estaban protegidos por un mero anillo óseo, y los músculos de las mejillas podían perturbar su visión cuando masticaba. Y Vagabunda había perdido gran parte de los rasgos relictos que Noth conservaba aún, legados por aquellos antepasados suyos que buscaban

comida de noche. Su dependencia del olfato había disminuido, reemplazada por una dependencia aún mayor del sentido de la vista.

Los nietos de Derecha habían engendrado un grande y difuso ejército. Habían recorrido en sus migraciones todo el Viejo Mundo, para asentarse en las grandes junglas tropicales de Asia y también allí, en África. Y conforme migraban, habían florecido, se habían diversificado y habían cambiado. Pero el linaje de antropoides del Viejo Mundo no se prolongaría a través de Vagabunda. Vagabunda no podía saber que no volvería a ver a su madre... y que su destino sería mucho más extraño que cualquiera sufrido en el pasado por sus antepasados próximos.

La blancura del pelaje de Vagabunda hacía que su rostro pareciera impreciso, incompleto y extrañamente melancólico. Pero poseía una belleza juvenil. De hecho, con sus tres años, aún le faltaba uno para alcanzar la pubertad. Era una hembra joven e independiente de espíritu, que todavía no estaba del todo adherida a las jerarquías y alianzas del grupo, y que conservaba parte de los instintos solitarios de sus antepasados más lejanos. Le gustaba estar sola. Y, además, en aquel momento el grupo no era una comunidad especialmente feliz.

Los últimos habían sido años de bonanza y el número de sus miembros había crecido. Había sido un *baby boom*, del que Vagabunda formaba parte. Pero el crecimiento acarreaba sus problemas. Para empezar, había mucha competencia polla comida. Todos los días se producían peleas.

Y luego estaba el tema de las caricias. En los grupos pequeños había tiempo para cepillar a todos. Eso ayudaba a mantener las relaciones y a cimentar las alianzas. Cuando un grupo se volvía demasiado grande, dejaba de haber tiempo para ello. Así que se formaban camarillas, subgrupos cuyos miembros se ocupaban unos de otros ignorando al resto. Algunas de estas camarillas estaban ya viajando por separado durante el día, aunque todavía se reunían para dormir.

Con el tiempo, aquello acabaría por volverse demasiado intenso. Las camarillas se fisionarían y el grupo se dividiría. Pero los grupos nuevos tendrían que ser lo bastante grandes como para ofrecer protección frente a los depredadores —la razón principal de la formación de aquellas bandas

diurnas— así que pasaría algún tiempo aún, puede que años, antes de que cualquier cisma fuera permanente. Ocurría constantemente, como conclusión inevitable del tamaño creciente de las comunidades de primates. Pero significaba que estaban todavía por producirse muchos roces y peleas.

Así que Vagabunda estaba encantada de poder mantenerse alejada de las disputas por un tiempo.

Una vez engullido el insecto, Vagabunda examinó el fruto de la palma. Sabía que la semilla que contenía era deliciosa, pero sus manos y sus dientes no eran lo bastante fuertes para abrir la cáscara. Así que empezó a golpear el fruto contra la rama.

Se percató de que dos ojos brillantes la estaban observando, un cuerpo esbelto y de color óxido aferrado a una rama. No sintió alarma. Era un legionario, una especie de primate estrechamente emparentado con la raza de Vagabunda, solo que más pequeño, más esbelto y mucho menos inteligente. Detrás de su esbelta forma, Vagabunda distinguió otras, colgadas de las ramas de aquel árbol y del siguiente, dispuestos por todo el mundo teñido de verde de aquel bosque. El legionario no pretendía competir por el fruto que Vagabunda había encontrado y, desde luego, no la estaba amenazando; lo único que quería el pequeño primate eran las sobras.

Vagabunda se alimentaba principalmente de fruta. Pero los legionarios, como sus comunes antepasados, los adapis, dependían en gran medida de las orugas y larvas que encontraban en las ramas, y poseían dientes afilados y estrechos para procesar una dieta de insectos. Vivían en colonias nómadas de cincuenta miembros o más. Esto les ofrecía defensa frente a los depredadores y otros primates: hasta un grupo de antros habría tenido dificultades para expulsar a aquellas ágiles y coordinadas multitudes.

Pero Vagabunda era mucho más lista que cualquier legionario.

Pasarían decenas de millones de años antes de que ningún primate empezara a utilizar algo que mereciera el nombre de herramienta. Gran parte de la inteligencia de Vagabunda era una astucia especializada, diseñada para permitirle enfrentarse a las complicaciones rápidamente cambiantes de su vida social. Pero Vagabunda poseía una especial capacidad para comprender el entorno natural que la rodeaba y manipularlo

hasta conseguir lo que quería. Golpear un fruto contra una rama de árbol distaba mucho de ser ingeniería avanzada, pero requería de ella la capacidad de planificar con uno o dos pasos de antelación, algo que representaba una inventiva propia de épocas situadas en el futuro lejano. Y un acto así representaba un salto cognitivo imposible de comprender para cualquier legionario, razón por la cual los pequeños primates estaban agolpándose a su alrededor en aquel momento.

Vagabunda escuchó un ruido, mucho más abajo. Sujetándose a su rama, se asomó y dirigió la mirada a la verde oscuridad.

Vio el tapiz de detritos que cubría el suelo del bosque y una forma sombría que se movía entre los árboles con un rumor de plumas mientras lanzaba picotazos tentativos al suelo. Era un ave terrestre, incapaz de volar, algo así como un casoar. Y al seguir con la mirada el camino descrito por el casoar para llegar hasta el centro del claro, Vagabunda atisbó un brillo redondo y lustroso.

Huevos. Había docenas de ellos, alojados en el tosco nido del pájaro, cada uno una reserva de yema del tamaño de la cabeza de Vagabunda. En la quietud del mediodía, mientras su pareja andaba fuera, el ave había dejado el nido desguarnecido un momento, creyendo que no correría ningún peligro mientras ella aplacaba su hambre. Había sido una desgracia para ella que los aguzados ojos de Vagabunda hubieran detectado el nido tan deprisa.

El primate titubeó una fracción de segundo. Si trataba de hacerse con los huevos correría un riesgo. Mientras rompía el fruto, se había demorado ya mucho y el grupo había seguido adelante. Perderse era peligroso. Y, además, la propia ave era una amenaza. Un auténtico monstruo depredador, era uno de los últimos representantes de una dinastía de veinte millones de años de antigüedad. Tras la llegada del cometa, por todo el mundo, los mamíferos habían conservado inicialmente su pequeño tamaño y habían seguido recluidos en el interior de las densas junglas, pero algunas aves se habían hecho muy grandes y durante un breve espacio de tiempo, monstruos como aquel habían desempeñado el papel de depredadores dominantes. Liberados de las limitaciones de peso que les imponía la

capacidad de volar, se habían vuelto pesados, musculosos y monstruosamente poderosos, con picos capaces de partir una columna vertebral. Pero habían elegido mal su época. Cuando los mamíferos herbívoros crecieran, lo mismo harían los mamíferos carnívoros, y las aves no podrían competir con ellos.

Los huevos estaban allí, justo debajo de Vagabunda. Podía llevárselos con facilidad.

Si hubiera sido mayor y hubiera estado más integrada en el grupo, su decisión habría sido otra. Pero las cosas eran como eran, y mientras descendía por la áspera corteza del árbol hacia el suelo, se le estaba haciendo la boca agua por la impaciencia. Fue este momento de decisión el que provocó una gran divergencia en su propia vida... y el destino de la gran familia de los primates en el futuro.

Había dejado caer los restos de la semilla del fruto. Tras ella, un pequeño legionario, agotada su paciencia, cayó sobre los dulces fragmentos. Pero un instante más tarde, varios de sus hermanos acudieron a la rama en tropel para robarle su pequeño tesoro.

En su descenso por la rama, Vagabunda perturbó a un grupo de chillones. Eran unos primates muy pequeños, con melenas de pelo fino y sedoso y extraños bigotes blancos. Sobresaltados por su aparición, empezaron a chillar y se refugiaron en los rincones y escondrijos que ofrecía el follaje. Parecían pájaros por la rapidez de sus movimientos y el brillo de sus lustrosos «plumajes».

Los chillones vivían excavando la corteza de los árboles con los dientes inferiores para dejar que fluyera la savia. Cuando terminaban con un agujero, orinaban en él para impedir que otros se alimentaran de él. Había muchas variedades diferentes de aquellas pequeñas criaturas, cada una de las cuales estaba especializada en la savia de un árbol concreto, y se diferenciaba de las demás por el pelaje. Con sus colores extravagantes y sus agudos gorjeos, convertían las copas de los árboles en lugares de color, vida y estrépito.

En el suelo había otra especie de primate. Se trataba de un barrigudo, un macho solitario. Era cuatro veces más grande que Vagabunda y su corpachón estaba embutido en un pelaje negro. Sentado en cuclillas, le arrancaba metódicamente las hojas a un arbusto y se las introducía entre las poderosas mandíbulas: en aquel momento estaba mascando el carbón de un árbol alcanzado por un rayo, un suplemento que utilizaba para neutralizar las toxinas de su dieta de hojas.

Al ver que Vagabunda se dejaba caer al suelo de un pequeño salto la fulminó con la mirada, su boca se arrugó en una mueca furiosa y profirió un rugido. Vagabunda miró a su alrededor con nerviosismo, temiendo que su llamada pudiera atraer la atención de la descuidada madre pájaro.

El barrigón no representaba una amenaza para Vagabunda. Poseía un enorme estómago con un intestino delgado muy largo, a fin de que su alimento, pobre en capacidad nutricional, pudiera fermentar parcialmente. Para que esta poderosa factoría orgánica funcionara bien, tenía que mantenerse inmóvil las tres cuartas partes del tiempo. A tan poca distancia se oía el estruendo de su enorme y tosco estómago. Sin embargo, era muy pulcro. Teniendo en cuenta su estilo de vida, tenía que ser muy pulcro, como una rata de alcantarilla. Al ver que la primate se alejaba de su preciada franja de terreno boscoso, el barrigón se sumió en un malhumorado silencio.

El claro estaba abarrotado. La hiera era todavía muy escasa. En su ausencia, el manto que cubría el suelo, una mezcolanza de arbustos y plantas chatas como aloes, cactos y plantas suculentas, alcanzaba en casi todas partes una profundidad de al menos un metro. Las más espectaculares de todas eran unas plantas que parecían cardos gigantes y estaban coronadas, en aquella época del año, con flores de colores sicodélicos. Cuadros como estos engalanaban la mayoría de los continentes de la Tierra en aquella época, pero era una visión que en la época del hombre resultaría insólita. Era algo parecido a la flora de fynbos de Sudáfrica.

Para llegar al nido de las aves, Vagabunda tendría que renunciar a la protección de los árboles. Pero aquel día el cielo estaba muy luminoso —luminoso y teñido de un blanco casi descolorido— y reinaba en la

atmósfera un peculiar aroma eléctrico. Estaría expuesta. Titubeó, intranquila.

Pegada al linde del claro, trató de acercarse a los huevos.

Sorteó una zona pantanosa, parte de la llanura aluvial del poderoso rio. Podía ver las aguas: cubiertas de vegetación espumosa, resplandecían, totalmente en calma, bajo un sol muy alto. Pero el aire olía a sal. Allí, no muy lejos del delta, el océano estaba próximo, y las inundaciones y subidas de la marea ocasionales habían cargado los suelos de sal, provocando la desaparición de la vegetación.

Se movían animales por el claro, en busca de agua. Entre la maleza se agolpaba un grupo de stenomylus, criaturas parecidas a gacelas que se desplazaban al unísono, con movimientos nerviosos, y lanzaban miradas asustadas a su alrededor mientras masticaban. Los seguía una manada aún más pequeña de cainotheres, como pequeños antílope de orejas largas. Otros herbívoros se movían por la jungla propiamente dicha. Pero los stenomylus no eran gacelas sino una especie de camellos, lo mismo que los cainotheres, con sus extrañas cabezas de conejo.

Cerca de la orilla se había reunido una familia de voluminosos herbívoros parecidos a rinocerontes. No eran auténticos rinocerontes y la triste curva de sus labios superiores ofrecía una pista sobre su auténtica identidad: en realidad eran arsinotheres, parientes lejanos de los elefantes. En las aguas retozaba una pareja de metamynodones, muy parecidos a hipopótamos. Las aves permanecían cuidadosamente alejadas de sus torpes demostraciones de pasión. En realidad, los metamynodones estaban más estrechamente emparentados con los rinocerontes que los arsinotheres.

Allí donde se reunían los herbívoros, acudían también los depredadores y los carroñeros para observar con sus ojos calculadores, como siempre había ocurrido. Los extraños proto-rinocerontes y camellos-gacela eran seguidos de cerca por cautelosas manadas de osos-perro: amphycionids, depredadores y carroñeros, que caminaban como osos, con los pies planos sobre el suelo.

Así eran las cosas. A un observador humano le habría parecido un sueño febril — un oso parecido a un perro, un camello parecido a un antílope—,

formas familiares si se miraban con los ojos entornados y que sin embargo eran espeluznantemente diferentes en sus detalles. Las grandes familias de mamíferos tenían todavía que acoplarse a los papeles que desempeñarían más adelante.

Pero esta era también podía presumir de sus propios campeones. En el lindero del bosque, Vagabunda vio una sombra que se movía entre los árboles, inmensa, pesada, amenazante. Era un magistatherium. Caminaba a cuatro patas, como un oso, pero era inmenso, dos veces más grande que un kodiak. Sus caninos, de cinco centímetros de grosor en las raíces, eran dos veces más grandes que los de un tiranosaurio. Y, al igual que los tiranosaurios, era un depredador al que le gustaba tender emboscadas a sus presas. De momento dominaba aquellas junglas africanas, y era el mamífero carnívoro más grande que caminaría jamás por la tierra. Pero sus molares, herramientas esenciales para toda criatura con una dieta carnívora, venían por parejas, a diferencia de los de los auténticos carnívoros del futuro, y por consiguiente eran más propensos a sufrir daños. Este pequeño fallo de diseño acabaría por condenar al magistatherium a la extinción.

Entretanto, por uno de los estanques de mayor tamaño, avanzaba lentamente la espalda blindada de un cocodrilo. A él no le preocupaban estas rarezas. Mientras fueras lo bastante estúpido como para acercarte a sus dominios, mientras tuvieras carne para llenarle las tripas y huesos que crujieran en su boca, podías tener la forma que quisieras: tu destino sería el mismo.

Finalmente, Vagabunda llegó lo bastante cerca de los huevos. Salió corriendo de su escondite, atrayendo las miradas desinteresadas de los herbívoros, y alcanzó el nido.

Estaba cubierto parcialmente de frondas de helechos caídas, que le ofrecieron un cierto refugio. Con la boca inundada de saliva, recogió el primer huevo... y se quedó estupefacta. Sus manos resbalaron por la suave superficie del huevo, sin encontrar nada que desgarrar o arrancar. Apretó el huevo contra su pecho y no tuvo más éxito. La gruesa cáscara era demasiado dura. No había ninguna rama cerca que pudiera utilizar para partirlos. Trató de metérselo entero en la boca para destrozarlo con sus

poderosos dientes, pero sus diminutos labios no lograron engullir más de una fracción de su volumen.

El problema era que su madre siempre había roto los huevos para ella. Sin su madre, no sabía qué hacer.

La luz del cielo pareció hacerse más brillante y se levantó una brisa de repente, perturbando la superficie de los estanques y desperdigando frondas marrones sobre el suelo. Una creciente sensación de pánico la embargó. Estaba muy lejos de su grupo. Volvió a dejar el huevo en el nido y cogió otro.

Pero de repente, el dulce y espeso aroma de la yema llegó a su nariz. El huevo que había soltado se había partido al chocar contra los otros que había en el nido. Metió las manos en la grieta, enterró la cara en la viscosa sustancia amarilla y no tardó en tener la boca llena de huesos a medio formar. Pero cuando cogió un segundo huevo, no recordaba ya cómo había abierto el primero. Lo palpó con los dedos, trató de morderlo e inició de nuevo el proceso entero de prueba y error.

Dejar caer los huevos sobre otros era el método que su madre había utilizado para abrirlos. Pero aunque su madre hubiera estado allí para demostrarle cómo se hacía, Vagabunda no habría aprendido la técnica, pues era incapaz de comprender las intenciones de otro y por tanto no podía imitarlo. La sicología era algo ajeno a los antros y todas las generaciones tenían que aprenderlo todo de nuevo, empezando desde cero con las materias primas y las situaciones. Su capacidad de aprendizaje era muy lenta. No obstante, Vagabunda no tardó en abrir un nuevo huevo.

Estaba tan concentrada comiendo que no se dio cuenta de que un par de ojos ávidos la estaban observando.

Antes de que partiera un tercer huevo, comenzó a llover. Las enormes gotas que caían de un cielo despejado y brillante parecían salir de la nada.

Un gran viento se levantó en los pantanos. Las aves levantaron el vuelo y se encaminaron al oeste sobrevolando el océano, en dirección contraria a la tormenta que se aproximaba. Los grandes herbívoros se volvieron hacia la lluvia, expresando una miseria estoica en su postura. El cocodrilo se

sumergió bajo la superficie, preparándose para esperar a que pasara la tormenta en las inmutables profundidades de su sombrío imperio.

Y entonces unas nubes se interpusieron frente al Sol y la oscuridad se cerró como una losa. Hacia el este, en el centro del continente, donde se había formado la tormenta, se oyó el rugido de un trueno. Tormentas de tal ferocidad solo se abatían sobre la zona unas pocas veces por década.

Vagabunda, con el pelaje pegado ya al cuerpo, se acurrucó entre los restos del nido. Los goterones caían como martillazos a su alrededor, golpeando la vegetación muerta y abriendo pequeñas cavidades en la arcilla. Nunca había visto nada parecido. Siempre había pasado las tormentas en el refugio relativamente más seguro de los árboles, cuyo follaje difuminaba y mitigaba la fuerza de la lluvia. Pero ahora estaba perdida, extraviada a campo abierto, consciente de repente de lo mucho que se había alejado de su grupo. Si un depredador la hubiera encontrado en aquellos instantes, puede que hubiera perdido la vida.

Pero quien la había encontrado era un miembro de su propia especie: un antro, un macho de gran tamaño. Se dejó caer sobre el suelo húmedo delante de ella, se sentó muy quieto y la observó.

Sobresaltada, sollozando, Vagabunda se le acercó con cautela. Puede que fuera uno de los machos que dominaban el grupo —el grupo de límites imprecisos y en constante proceso de fisión en el que pensaba como una especie de padre compuesto— pero enseguida se dio cuenta de que no era así. Su rostro, con el pelaje blanco abatido por la fuerza de la lluvia, era extraño, y un peculiar patrón de colores cubría de puntos blancos el negro del vientre, como gotitas de sangre.

Aquel macho —Sangre Blanca—, dos veces más grande que ella, era un desconocido. Y los extraños siempre eran malos. Profirió un chillido y retrocedió.

Pero era demasiado tarde. Sangre Blanca alargó la mano derecha y la agarró por la piel del cuelo. Ella retorció y se resistió, pero el macho la levantó con facilidad, como si fuera una fruta.

Entonces, sin más ceremonias, se la llevó al bosque.

Sangre Blanca había visto a Vagabunda, una hembra joven caminando sola por el bosque, una oportunidad poco frecuente. La había seguido cautelosamente, con el sigilo de un depredador.

Y entonces el estallido de la tormenta le había ofrecido la oportunidad de hacerse con ella. Sangre Blanca tenía sus propios problemas y pensaba que tal vez Vagabunda pudiera ser parte de la respuesta.

Al igual que sus antepasados notharcus, las hembras antro vivían en grupos cerrados que ofrecían protección a sus miembros. Pero en aquella jungla tropical, donde siempre era verano y reinaba una abundancia perpetua, no era necesario que los ciclos de reproducción fueran simultáneos. La vida era mucho más flexible y cada hembra tenía su celo en un momento diferente.

Eso facilitaba que un pequeño grupo de machos, y en ocasiones incluso un único macho, monopolizase a un grupo de hembras. A diferencia de lo que ocurría con el Emperador notharcus, los machos antro no tenían que tratar de cubrir a todas las hembras en un solo día, ni afrontar la tarea imposible de mantener a raya a todos los demás machos. Bastaba con que pudieran mantener alejados a los rivales del pequeño grupo de hembras que fueran fértiles en un momento dado.

Aunque físicamente eran más grandes, los machos antro no «poseían» a las hembras y ni siquiera las dominaban excesivamente. Pero en cambio, ligados al grupo de las hembras por una lealtad genética —en un grupo promiscuo siempre existía la posibilidad de que cualquiera de los cachorros fuera tuyo— se esforzaban en proteger al grupo de los extraños y los depredadores. Por su parte, las hembras solían estar satisfechas con la presencia de las imprecisas comunidades de machos que orbitaban a su alrededor. Los machos eran normalmente útiles, evidentemente necesarios y ocasionalmente problemáticos.

Pero en los últimos tiempos, en el grupo de Sangre Blanca, las cosas se habían torcido.

Diez de las veintitrés hembras del grupo habían tenido el celo simultáneamente. Muy pronto, otros machos se habían visto atraídos por el

olor de la sangre y las feromonas. De repente, no había hembras suficientes para todos. Había sido una situación inestable, germen de enorme conflictividad. Ya se habían librado batallas sangrientas. Existía el peligro de que el grupo se escindiera definitivamente.

Así que Sangre Blanca había salido a cazar hembras. Las jóvenes eran las preferibles: lo suficientemente pequeñas para llevárselas y lo suficientemente estúpidas para separarse de sus grupos familiares. Por supuesto, eso significaba que habría que esperar un año antes de poder cubrirlas. Pero Sangre Blanca estaba dispuesto a esperar: su mente era lo bastante compleja como para actuar ahora con la perspectiva de una recompensa futura.

Para él era una situación muy lógica. Pero para Vagabunda era una pesadilla.

De repente, notó que empezaban a correr y a saltar a una velocidad feroz. Sangre Blanca la sujetaba por el cogote y aparentemente no le costaba el menor esfuerzo llevarla consigo. Vagabunda nunca se había movido con saltos, brincos y carreras como aquellos. Su madre y las demás hembras, más sedentarias que los machos, se movían con mucha mayor cautela. Y estaban recorriendo un camino muy largo. Empezó a captar el olor de aguas fangosas, porque estaban aproximándose a las orillas del río.

Y mientras tanto, la lluvia arreciaba, cayendo a cántaros sobre las hojas y convirtiendo el aire en una neblina grisácea. Vagabunda tenía el pelaje empapado y tanta agua en los ojos que ya no veía nada. Mucho más abajo, el agua corría sobre el suelo empapado, formando primero riachos y luego arroyos que iban a descargar el lodo pardo y rojizo en el cauce del río ya crecido. Era como si el río y el bosque estuvieran fundiéndose, disolviéndose el uno en el otro bajo el poder de la tormenta.

Su pánico se intensificó. Trató de librarse de las garras de Sangre Blanca. Pero lo único que consiguió a cambio de sus esfuerzos fue un par de golpes en la nuca que la hicieron chillar.

Finalmente llegaron al lugar en el que Sangre blanca tenía su morada. La mayor parte del grupo, machos, hembras y crías, se había reunido bajo un solo árbol, un chato y ancho mango. Estaban sentados sobre las ramas,

en fila, acurrucados juntos y embargados de miseria. Pero cuando los machos vieron lo que Sangre Blanca había traído, empezaron a chillar y a golpear las ramas.

Sangre Blanca, sin más ceremonias, lanzó a Vagabunda a un grupo de hembras. Una de ellas empezó a hurgarle la cara, el vientre y los genitales sin ningún miramiento. Con un aullido de protesta, Vagabunda le apartó las manos. Pero la hembra volvió a por más, mientras algunas otras se reunían a su alrededor, tratando de aproximarse a la recién llegada. Su curiosidad era una mezcla de la fascinación que los antros demostraban siempre hacia todo lo nuevo, y una especie de rivalidad hacia una competidora en potencia, una recluta recién llegada a la siempre cambiante jerarquía del grupo.

Para Vagabunda todo era desconcertante: los destellos de luz que se encendían intermitentemente en el cielo púrpura, el martilleo de la lluvia sobre el rostro, el rugido de las aguas en el suelo, el olor desconocido del húmedo pelaje de las hembras y los cachorros que la rodeaban. Rodeada de bocas abiertas de color rosa y dedos que palpaban, se sentía abrumada. Tratando de escapar, se abalanzó hacia delante y por un instante estuvo suspendida sobre la rama.

Y se encontró con sendas miradas de extrañeza.

Había dos indricotheres agazapados debajo del árbol. Estas grandes criaturas, cada una de ellas tres veces más pesada que un elefante adulto, parecían grandes rinocerontes sin cuernos. Como una especie de jirafas obesas, poseían largas patas, cuellos voluminosos y una piel que recordaba a la de los elefantes —la lentitud de sus movimientos les otorgaba una extraña elegancia—, y eran tan grandes que no estaban acostumbrados a sentirse amenazados. En aquel momento estaban estirando los gruesos cuellos y los rostros equinos para seguir engullendo el húmedo follaje del árbol.

Pero estaban en peligro. El agua enfangada fluía por el suelo, alrededor de sus patas, como si tanto el árbol como ellos nacieran en el fondo de un río.

Finalmente, una capa de suelo enlodazado se desprendió de la orilla del río, junto a las raíces poco profundas del árbol y, sin más, se hundió en las aguas. Uno de los poderosos indricotheres mugió, mientras sus planas patas de elefante arañaban un suelo que de repente se había convertido en una ladera resbaladiza y traicionera... y entonces cayó, quince toneladas de carne volante, retorciendo el cuello y sacudiendo la larga cola. Cayó al agua con un tremendo chapoteo y desapareció en un instante, engullido por la voracidad del río.

El segundo indricotheres lanzó un mugido de desazón. Pero también él estaba en peligro, pues el suelo seguía disolviéndose bajo el implacable sondeo de las aguas, así que el animal retrocedió de espaldas tratando de ponerse a salvo.

Pero el propio árbol estaba amenazado. La brusca erosión provocada por la inundación había expuesto sus raíces, que luego habían sido socavadas un poco más por el asalto del río contra sus orillas. El tronco crujió una vez y se estremeció.

Y entonces, con una serie de crujidos explosivos, las raíces cedieron. El árbol empezó a inclinarse hacia las aguas. Como frutos de una rama zarandeada, primates de todos los tamaños cayeron del árbol y se precipitaron chillando sobre el turbulento río.

Vagabunda gritó y se aferró a su rama, mientras el árbol se inclinaba cada vez más, hasta llegar a la superficie.

Los primeros minutos fueron los peores.

Cerca de la orilla, el agua, entre las rápidas corrientes y la fricción con la tierra, era más turbulenta. En aquel poderoso torrente, hasta el gran mango era como una ramita arrojada en un arroyo. Se ladeaba y crujía y se retorcía. Primero el follaje chocó con la superficie del agua y luego sus raíces, cubiertas de barro y rocas, se elevaron hacia el cielo. Vagabunda se vio arrastrada y remojada, sumergida en unas aguas marrones que se abrieron camino a la fuerza por su boca y su nariz, y entonces salió de nuevo a la superficie.

Finalmente el árbol escapó al caos que reinaba cerca de la orilla y flotó hasta el centro del río, donde sus giros y sacudidas cesaron rápidamente.

Vagabunda se encontró atrapada bajo el agua. Levantó la mirada y, más allá de una lobreguez cenagosa, vio una superficie luminosa cubierta de hojas y ramitas. La boca y la garganta se le estaban llenando de agua y el pánico la abrumó. Con un chillido burbujeante, trepó por el enmarañado y quebrado follaje en dirección a la luz.

Salió a la superficie. La luz, el ruido y el golpeteo de la lluvia asaltaron sus sentidos. Salió del agua y se tendió sobre una rama.

El árbol estaba flotando corriente abajo, con la copa por delante. Sus destrozadas y enmarañadas raíces se erguían hacia el amenazante cielo, cubierto de relámpagos. Vagabunda levantó la cabeza y buscó otros antros cerca de ella. No fue fácil encontrarlos en medio de la lluvia, tan apaleados y empapados estaban, pero distinguió a Sangre Blanca, el fornido macho que la había secuestrado, a un par de machos más y a una hembra con un cachorro que de alguna manera había conseguido permanecer aferrado a su espalda como un pequeño bulto hecho de pelo, empapado y miserable.

A pesar de que seguía tan dolorida como antes y casi se había asfixiado, Vagabunda se sintió inmediatamente mejor. Si se hubiera encontrado sola, habría sido insoportable. La presencia de los otros era reconfortante. Pero sin embargo, esos otros no eran su familia ni su grupo.

Por la superficie del río discurría más vegetación arrancada, que se había acumulado en el centro, donde la profundidad era mayor. Había más árboles y arbustos, algunos de ellos arrastrados por aquel precursor del Congo durante miles de kilómetros, desde tierras muy diferentes, situadas en el centro del continente. También había animales. Algunos de ellos se aferraban al follaje flotante, como los antros. Vio las nerviosas formas de un par de legionarios e incluso un barrigón, sentado en cuclillas en el tronco de un nogal. El barrigón, una hembra, había encontrado un sitio estable para sentarse y la lluvia no le molestaba. Había reanudado su costumbre de alimentarse de hojas que se acumulaban allí, convenientemente arrastradas hasta sus manos y sus pies prensiles.

Pero no todos los animales de aquella grotesca reunión habían llegado con vida. Había una familia entera de gordos anthracotheres, muy parecidos a los cerdos, ahogados todos ellos, colgados de las ramas de una palmera como frutos de carne. Y el enorme indricotheres que el río se había llevado justo antes que al mango estaba también allí, un enorme cadáver arrastrado por las aguas, el largo cuello estirado hacia atrás y las poderosas patas abiertas, como un pedazo más de basura flotante arrastrado junto con el resto.

Gradualmente, conforme el río se ensanchaba, las sutiles corrientes fueron reuniendo aquellos fragmentos, el follaje y las raíces se enmarañaron y se formó una improvisada almadía. Los animales se miraban entre sí y miraban el río turbulento, mientras su tosca embarcación continuaba su marcha.

Vagabunda alcanzaba a ver el bosque, denso y verde sobre las pendientes de arenisca erosionada de las orillas del río. Los árboles eran mangos, palmas y una especie de bananos primitivos. Las ramas colgaban sobre las aguas, a baja altura, y las lianas y enredaderas se extendían sobre las enmarañadas terrazas. Sus brazos ansiaban una rama desde la que impulsarse, un modo de salir de allí. Pero el bosque estaba separado de ella por aguas turbulentas y mientras la almadía vegetal continuaba descendiendo corriente abajo, aquellas orillas tentadoras se alejaban cada vez más, y el bosque que ella conocía daba paso a los manglares que dominaban las áreas costeras.

La lluvia no había cesado aún. De hecho, caía con mayor fuerza. El cielo de color plomo escupía gruesos goterones. El agua estaba salpicada de cráteres que desaparecían tan pronto como se habían formado. Un estrépito áspero y constante inundaba sus oídos, de tal modo que era como si se hubiera perdido en una enorme burbuja de agua, y hubiera agua por encima de ella y a su alrededor, y solo tuviera el mango para sujetarse. Gimiendo, empapada hasta los huesos, Vagabunda se enterró en las ramas del mango y se hizo un ovillo, sola, esperando a que todo pasara y pudiera regresar al mundo que conocía, de árboles, frutos y antros.

Pero eso no iba a ocurrir.

La tormenta, a pesar de su fiereza, amainó rápidamente. Vagabunda vio haces de luz, pequeños como dedos, que se abrían paso por su refugio de follaje. El ruido de la lluvia había desaparecido, reemplazado por el rumor del oleaje, tan suave que resultaba espeluznante.

Salió como pudo de entre las ramas y se encaramó a la copa del árbol. El Sol brillaba con fuerza, como si el aire se hubiera limpiado y sintió que su calidez penetraba profundamente en su pelaje y lo secaba con rapidez. Durante una fracción de segundo se deleitó en el calor y la sequedad.

Pero no estaba en el bosque: no había allí más que aquel árbol caído y aquella compañía de camaradas rotos, flotando sobre una película de agua entre grisácea y marrón. Ya ni siquiera había orillas. En tres de las cuatro direcciones, lo único que podía ver era agua, extendida hasta un horizonte recto como el filo de una navaja. Pero cuando dirigió la mirada hacia la dirección por la que había llegado flotando la almadía, avistó tierra firme: una línea abigarrada teñida de verde y marrón, extendida sobre el horizonte, en dirección al este.

Una línea que estaba alejándose.

La almadía de restos arrancados había sido arrastrada hasta el mar, hasta el Atlántico inmenso, con los antros, el barrigón, los legionarios y todo.

II

Después de los tiempos de Noth, la geometría de aquel mundo inquieto había continuado evolucionando, y continuaba moldeando los destinos de las criaturas desventuradas que acompañaban a los continentes en su deriva.

Las dos grandes fisuras que habían condenado a la ancestral Pangea —el mar de Tethys, de este a oeste, y el océano Atlántico, de norte a sur—, se cerraron y se abrieron respectivamente. África estaba experimentando una lenta colisión con Europa. Mientras tanto, la India estaba derivando en

dirección norte, donde chocaría con Asia, y la cordillera del Himalaya estaba empezando a elevarse. Pero tan pronto como habían nacido las jóvenes montañas, la lluvia y los glaciares habían empezado su trabajo, excavando y erosionando, llevándoselas de nuevo al mar: en aquel planeta turbulento, la roca fluía como el agua y las cordilleras subían y bajaban como en los sueños. Pero a medida que los continentes se iban cerrando, se certificaba la condenación del edénico flujo del Tethys, aunque algunos fragmentos del menguante océano sobrevivirían, bajo la forma de los mares Negro, Caspio y de Aral, y en el oeste, del mar Mediterráneo.

Con la muerte del Tethys se produjo una desecación en el vientre mismo del mundo. Antaño, en el Sahara se habían levantado bosques de manglar. Ahora, un cinturón de vegetación semi-árida se extendía sobre las antiguas huellas del Tethys, sobre América del Norte, el sur de Eurasia y el norte de África.

Mientras tanto, el colosal puente que había cerrado el Atlántico norte, y que se extendía desde América del Norte al norte de Europa a través de Groenlandia y las islas Británicas llegaba hasta el océano glacial Ártico. Mientras se cerraba el antiguo paso oceánico este-oeste, se abría un nuevo canal de norte a sur.

Así, las corrientes oceánicas cambiaban de forma.

Los océanos eran vastas reservas de energía, incansables, inestables, móviles. Y todos ellos contenían un encaje de corrientes, Nilos invisibles que empequeñecían cualquier río terrestre. Las corrientes se formaban por la acción del calor del Sol y de la rotación de la Tierra: los primeros metros del océano almacenaban tanta energía como toda la atmósfera.

En aquel momento, las enormes corrientes ecuatoriales que antaño habían rodeado el cinturón de Tethys, se encontraban en estado de descontrol. Pero los grandes flujos que dominarían ese Atlántico cada vez más ancho, estaban ya en su lugar: una precursora de la Corriente del Golfo fluía ya, un poderoso río de sesenta kilómetros de anchura que discurría de sur a norte con la fuerza de trescientos Amazonas.

Pero este cambio de los patrones de circulación reconstruiría el clima del planeta. Porque mientras las corrientes ecuatoriales propiciaban un

calentamiento, las corrientes interpolares norte-sur provocaban una vasta refrigeración.

Para empeorar aún más las cosas, la Antártida se había aposentado sobre el polo sur. Una capa de hielo polar había empezado a formarse por primera vez en doscientos millones de años. Las corrientes del vasto y frío océano circumpolar se concentraron en los mares del sur, alimentando las grandes corrientes del Atlántico que discurrían hacia el norte.

Fue un cambio crucial: el comienzo del poderoso enfriamiento planetario, un cambio en el sentido de las gráficas que persistiría hasta la era del ser humano y mucho más allá.

Por todo el planeta, las antiguas franjas climáticas se estrecharon y se desplazaron hacia el Ecuador. La vegetación tropical solo sobrevivía en las latitudes ecuatoriales.

En el norte apareció un nuevo tipo de ecología, un bosque templado con una mezcla de coníferas y especies de hoja caduca. Empezó a extenderse por las regiones septentrionales y cubrió América del Norte, Europa y Asia desde los trópicos al ártico. El colapso climático desencadenó un nuevo exterminio: lo que los paleobiólogos conocerían más tarde como el Gran Cambio. Fue un proceso extenso y múltiple. En los océanos, las especies de plancton sufrieron repetidas catástrofes. Muchas especies de gasterópodos y bivalvos desaparecieron.

Y en tierra firme, tras treinta millones de años de cómoda supremacía, los mamíferos sufrieron su primera extinción en masa. La historia de los mamíferos quedó dividida en dos. Las exóticas combinaciones de tiempos de Noth terminaron finalmente de sucumbir. Pero nuevos y más grandes herbívoros, dotados de dientes más pesados y resistentes, capaces de enfrentarse a la nueva y más basta vegetación típica de los bosques estacionales, empezaron a evolucionar. En tiempos de Vagabunda, los primeros proboscideanos, equipados con trompas y colmillos, caminaban por las llanuras de África. La trompa, un miembro sin igual por su flexibilidad muscular, solo comparable al brazo de un pulpo, se utilizaba para introducir en la boca del animal la enorme cantidad de alimento que necesitaba. Los deinotheres poseían trompas de pequeño tamaño y extraños

cuernos curvados hacia abajo que utilizaban para arrancar la corteza de los árboles. Pero, a diferencia de sus antepasados moeritherium, ellos se parecían a los elefantes y algunos alcanzaban ya las dimensiones que tendrían los elefantes africanos del futuro.

Y esta fue una era victoriosa para los caballos. Los descendientes de las tímidas criaturas de los tiempos del boscoso mundo de Noth se habían diversificado y habían dado lugar a muchas especies de herbívoros de bosque —algunos de ellos tan grandes como gacelas, pero con dientes más duros que sus antepasados, para poder masticar hojas en lugar de fruta blanda— y a otros animales de grandes patas que vivían en las llanuras y estaba adaptados a una dieta de pasto. La mayoría de los caballos poseía tres dedos en las patas anteriores y posteriores, pero algunos de los que vivían en las llanuras estaban empezando a perder los dedos laterales y a apoyar todo el peso en los centrales. Pero al mismo tiempo que los bosques menguaban, empezaba también a perderse esta diversidad. Muy pronto, todas las especies que moraban en los bosques desaparecerían. Los roedores estaban también diversificándose, con la aparición de los primeros castores, lirones y hámsteres, una gran diversidad de ardillas... y las primeras ratas.

Pero las nuevas condiciones no eran buenas para los primates. Su hábitat natural, la jungla tropical, había quedado arrinconado en los trópicos meridionales. Muchas de las familias de primates se habían extinguido. Las que se alimentaban principalmente de frutos, como Vagabunda, perduraban solo en los bosques tropicales de África y el sur de Asia, aferradas al suministro anual de alimento que todavía proporcionaban estos hábitats. En la época en la que nació Vagabunda, ya no quedaban primates en los trópicos, ni —desde la aparición de los roedores— tampoco en las Américas: ni una sola especie.

Pero eso estaba a punto de cambiar.

El mar que rodeaba a Vagabunda era una capa de color gris metálico recorrida por ondas, lánguida como el mercurio. Vagabunda se encontraba en un lugar completamente extraño: un bosquejo bidimensional y

elemental, estático y al mismo tiempo dominado por un misterioso movimiento de vaivén, que no podría haber sido más diferente del bosque.

Cuando trepaba a la vegetación que la rodeaba, sentía miedo. Esperaba que un feroz depredador volante le mordiera el cráneo en cualquier momento. Y cuando se movía, podía sentir cómo se desplazaba la inestable almadía bajo sus pies, cómo trepidaban sus mal enmarañados componentes con la lenta respiración del mar. Era como si el artefacto entero fuera a desintegrarse en cualquier momento.

Había solo seis antros: tres machos, dos hembras —incluida Vagabunda — y la cría que seguía como amodorrada, aferrada al pelaje de su madre. Aquellos eran los últimos supervivientes del grupo de Sangre Blanca.

Los antros estaban sentados en una maraña de hojas, mirándose unos a otros. Había llegado el momento de formar jerarquías provisionales.

Para las dos hembras, las prioridades estaban claras.

La otra hembra, la madre, era un individuo voluminoso de más de una década de edad. Aquel era su cuarto hijo y, aunque era imposible que ella lo supiera, el único que seguía con vida. Su rasgo más característico era una franja de tejido cicatrizado, sin pelo, que tenía en el hombro y que se había hecho durante un incendio. El cachorro, aferrado al pecho de Franja, era pequeño hasta para ser una cría, apenas un jirón de pelaje. Franja, la madre, estudiaba a Vagabunda con aire desdeñoso. Vagabunda era pequeña, joven y desconocida. Ni siquiera las unía un parentesco remoto. Y, como madre al cargo de un cachorro, la superioridad le correspondía a ella. Así que le dio la espalda a Vagabunda y empezó a acariciar a su hijo, Jirón.

Vagabunda sabía lo que tenía que hacer. Se acercó a Franja caminando por las ramas, hundió los dedos en su pelaje, que todavía seguía mojado, y empezó a deshacer los nudos y a limpiar la porquería. Cuando sus manos llegaron a la piel de Franja, encontraron nudos de músculos y lugares que, cuando los tocaba, hacían que Franja se encogiera.

A medida que los fuertes dedos de Vagabunda trabajaban, Franja empezó a relajarse poco a poco. Al igual que para todos ellos, el repentino secuestro del bosque había sido un duro golpe para ella, y la inesperada aparición de aquel espacio extraordinariamente vacío y la pérdida de su

familia la habían dejado exhausta. Fue como si pudiera, por un momento, gracias a la magia de los dedos de la otra, olvidar dónde se encontraba. Hasta el pequeño, Jirón, pareció reconfortado por el contacto entre las dos hembras.

La propia Vagabunda se calmó por los sencillos y repetitivos movimientos de sus manos y por el sutil vínculo social que estaba formándose entre Franja y ella.

Las negociaciones de los machos fueron más dramáticas.

Sangre Blanca se encontró con dos machos más jóvenes, hermanos, de hecho. Uno de ellos poseía una peculiar cresta de pelo blanco como la nieve alrededor de los ojos, que le otorgaba un aire de permanente sorpresa y el otro tenía la costumbre de utilizar mucho más el brazo izquierdo que el derecho, hasta tal punto que los músculos de su costado izquierdo estaban bastante más desarrollados que los del derecho, como si fuera un jugador de tenis zurdo.

Tanto Cresta como Izquierdo eran más pequeños y débiles que Sangre Blanca y, como además eran más jóvenes, estaban subordinados a él en la jerarquía del bosque. Pero Sangre Blanca había perdido a todos sus aliados y era posible que aquellos dos pudieran derrotarlo juntos.

Así que, sin vacilar, realizó una demostración de fuerzas. Se irguió temblorosamente, aulló y chilló y empezó a lanzar puñados de hojas por todas partes. A continuación se dio la vuelta, estiró las posaderas, y expulsó un chorro de excrementos entre el pelaje mojado.

Aquello intimidó inmediatamente a Izquierdo. Encogido, retrocedió, con los brazos alrededor del cuerpo.

Cresta se mostró más desafiante y respondió a la demostración de Sangre Blanca con una serie de chillidos. Pero Sangre Blanca era más grande que él y, sin la ayuda de su hermano, no podía albergar esperanzas de derrotarlo. Al ver que empezaba a darle empellones en la cabeza y el cuello, Cresta retrocedió con rapidez, se tendió de espaldas y abrió los brazos y las piernas como un niño, en prueba de sumisión. Todo esto cesó cuando, en un movimiento imprudente, Sangre Blanca metió un pie entre el

follaje y lo sumergió en agua fría. Lanzó un chillido, flexionó la pata y se sentó en cuclillas, asustado.

Pero ya había hecho suficiente. Los dos hermanos se le aproximaron, con la cabeza gacha y gesto sumiso. Un breve intervalo de frenético acicalamiento mutuo selló el establecimiento de la nueva jerarquía, y los tres machos empezaron a arrancarse unos a otros trozos de excrementos del pelaje.

Las toscas pero eficientes comunidades de tiempos de Noth habían sido como pandillas callejeras, cimentadas únicamente por la fuerza bruta y las relaciones de dominación, y en ellas cada individuo apenas era consciente de otra cosa que su posición en el orden de prioridad. Pero a estas alturas, las ventajas de la vida social habían fomentado en las sociedades primates una complejidad casi barroca, lo que había provocado la aparición de nuevos tipos de mentalidad.

La vida en grupo requería grandes cantidades de conocimientos sociales: saber quién le estaba haciendo qué a quién, cómo encajaban tus acciones en ello, a quién tenías que rascar y cuándo, para facilitarte la vida. Cuanto más grande era el grupo, mayor era el número de relaciones que había que tener en cuenta y, como aquellas relaciones cambiaban constantemente, necesitabas más potencia de computación para poder manejar la situación. Al permitir que sus formas de vida alcanzaran tan elevados niveles de complejidad, los primates continuaban incrementando su inteligencia sin descanso.

Pero no todos los primates.

Mientras ocurría todo esto, el gran barrigón había permanecido sentado en la cómoda rama que había encontrado, arrancándole metódicamente todas las hojas. No le interesaban ni las peculiares demostraciones ni las demás tonterías de los antros.

Incluso entre sus congéneres, el barrigón sabía muy poco de la sociedad. Ignoraba a las demás hembras y solo molestaba a los machos cuando sentía deseos de aparearse, cosa que, de hecho, estaba ocurriendo en aquel momento. Cuando llegaba la época de apareamiento, las hembras de antro como Franja y Vagabunda, mostraban una hinchazón sexual en las

posaderas. Eso no le habría servido de mucho a una criatura que pasaba la mayoría del tiempo sentada, de modo que las ampollas rosadas que la hembra de barrigón tenía en el pecho se habían hinchado considerablemente, adoptando una inconfundible y brillante forma de reloj de arena. Pero como no había ningún barrigón macho por los alrededores, nadie iba a hacer nada al respecto.

Y no es que a ella le importara demasiado. No sabía más que los antros sobre el lugar en el que se encontraba y lo que le había ocurrido, pero no estaba preocupada. Veía que había hojas suficientes en el árbol como para sustentarla al menos todo el día. Era incapaz de concebir que pudiera existir tal cosa como un mañana diferenciado del hoy y que pudiera encontrarse en un sitio que no fuera una interminable jungla llena de suculentas hojas.

Los antros estaban empezando a sentir hambre. Sus organismos tardaban poco en procesar su dieta, escasa en nutrientes. Los círculos que habían formado para rascarse se separaron y empezaron a extenderse por las ramas del caído mango. El árbol había perdido gran parte de su fruta, junto con la mayoría de sus habitantes, al caer desde la orilla. Pero Cresta, uno de los hermanos, encontró enseguida un racimo de frutos encajado en un ángulo formado por la rama y el tronco. Lanzó un aullido para llamar a los demás.

La nueva sociedad en miniatura funcionaba con eficiencia. Aunque Cresta logró quedarse con una fruta para sí, Sangre Blanca no tardó en apartarlo de un empujón. Pero Sangre Blanca se vio desplazado a su vez por Franja. Aunque el macho era casi dos veces más grande que ella, el cachorro que llevaba pegado al pecho era como un distintivo de autoridad. Sangre Blanca cogió una fruta y, gruñendo, se apartó para hacer sitio a Franja.

Mientras esto ocurría, Vagabunda, como los hermanos, sabía que no le convenía acercarse a la fruta hasta que los dominantes se hubieran servido.

Sola, caminó cuidadosamente, sujetándose con los cuatro miembros, hacia el extremo de la almadía, donde la maraña formada por el ramaje

estaba un poco más suelta. Los dos aterrorizados legionarios se escabulleron al ver que se acercaba. Más allá del follaje se veía el agua turbia y marrón, cubierta de pedazos de hojas y madera, que lamía lánguidamente la balsa. El sol resplandecía en cien lugares diferentes a través de los agujeros del follaje del árbol caído, y el baile de las luces era hipnótico, perturbador.

Vagabunda estaba hambrienta pero también sedienta. Introdujo cautelosamente la mano en el agua —estaba fría— y sacó un poco. El agua estaba solo un poco salada; no demasiado porque incluso allí, tan lejos de tierra firme, la poderosa corriente del río diluía la sal del océano. Pero mientras bebía, el sabor de la sal empezó a formársele en la boca y finalmente escupió el agua que le quedaba.

Hambrientos, aburridos, los hermanos la inspeccionaron mientras bebía, con la cabeza metida en el follaje, los brazos extendidos y las nalgas levantadas. La husmearon con curiosidad pero su olor delataba su juventud. Todavía no le había llegado la edad de aparearse.

Una vez que los mayores terminaron, Vagabunda y los demás cayeron sobre la fruta.

Ahora que tenían el estómago lleno, los antros estaban empezando a calmarse. Pero la tierra firme no se veía ya desde la improvisada almadía. Los antros se habían comido gran parte de la fruta del mango. Y la hembra de barrigón, con su complaciente masticar, había acabado ya con las hojas de la mitad de las ramas.

Y ninguno de ellos había visto el pálido triángulo gris que se deslizaba en silencio por las aguas, a pocos metros de distancia.

El tiburón daba vueltas alrededor de la tosca almadía, que ya había empezado a desintegrarse. Alertado por el frenesí alimenticio de los habitantes del bosque que estaban siendo arrastrados hacia las pacientes fauces del océano, el tiburón había sido atraído por el olor de la sangre en descomposición que supuraba el cadáver del indicotheres. Pero ahora captaba movimiento en el enredado follaje que flotaba sobre su cabeza. Empezó a nadar en círculos, calculador, paciente.

El tiburón no era tan inteligente como los depredadores de tierra firme. Lo cierto es que no se parecía a ningún animal. Su columna vertebral no era de hueso, sino de un cartílago duro que le proporcionaba una flexibilidad superior a la de peces más avanzados. Sus fauces, llenas de numerosos dientes, serrados como cuchillos de carne y perfectos para desgarrar los tejidos, eran también de cartílago. Su puntiagudo morro parecía tosco, pero cortaba las aguas con la precisión de un submarino y estaba equipado con unas fosas nasales capaces de detectar hasta el más pequeño rastro de sangre. Bajo el morro había un órgano especial, dotado de una extraordinaria sensibilidad a las vibraciones, que le permitía captar los enfrentamientos de unos animales aterrorizados a distancias inmensas. Tras su pequeña cabeza, el cuerpo entero del tiburón estaba hecho de músculo, diseñado para proporcionarle potencia e impulso horizontal. Era como un ariete viviente.

Los tiburones llevaban trescientos años siendo los depredadores dominantes de los océanos. Habían sobrevivido a la gran extinción, mientras familias enteras de depredadores terrestres aparecían y desaparecían. Se habían enfrentado a la competición de clases nuevas de animales, algunos de ellos mucho más jóvenes, como los auténticos peces. Y durante todo este tiempo, su diseño corporal apenas había experimentado modificaciones, porque no había necesidad.

El tiburón era implacable, inasequible al engaño y estaba preparado para sostener un ataque por tiempo indefinido mientras sus sentidos recibieran la adecuada estimulación. Era una máquina concebida para matar.

Había captado la gran masa de carne muerta que flotaba en el corazón de aquella almadía. Pero también oía los movimientos de los animales vivos que había sobre ella. La cosa muerta podía esperar.

Era hora de atacar. Acometió de cabeza, con las fauces abiertas. Carecía de párpados. Pero para protegerse los ojos, les daba la vuelta, de modo que se volvían blancos en el último instante antes del ataque.

Franja fue la primera en ver la aleta que se acercaba, en atisbar el cuerpo que se deslizaba como un torpedo en dirección a la almadía, en mirar aquellos ojos blancos. Nunca había visto nada parecido, pero su

instinto le gritaba que aquella forma esbelta significaba peligro. Corrió sobre el follaje hacia el otro extremo de la balsa.

Los demás antros fueron presa del pánico. Los dos legionarios chillaban como pajarillos, mientras corrían y saltaban de acá para allá. Solo la hembra de barrigón seguía sentada plácidamente en su rama, mascando otro puñado de hojas.

Jirón, separado de su madre, no reaccionó.

Franja estaba aterrorizada. Había contado con que su cría lo seguiría al otro extremo de la almadía. Pero el pequeño no había visto el peligro que se aproximaba. Una madre humana habría sido capaz de visualizar el punto de vista de su hijo, de comprender que tal vez el niño no viera todo lo que ella veía. Esa transferencia de entendimiento estaba más allá del alcance de Franja. A ese respecto, al igual que Noth, ella misma era como un humano muy pequeño e imaginaba que todo el mundo veía lo mismo que ella y compartía sus mismas creencias.

El tiburón golpeó el follaje como un ariete. Para Vagabunda, la aparición de aquella boca hambrienta y abierta desde debajo del mundo fue una visión de pesadilla. Aulló y echó a correr desesperadamente, incapaz de escapar de los confines de la almadía.

El pequeño tuvo suerte. Mientras la almadía se estremecía bajo el asalto del tiburón, se refugió en el ángulo que formaban la rama y el tronco. Su madre echó a correr, dio un salto sobre el agujero que había abierto el tiburón y recogió a su cría.

Pero el tiburón volvió a atacar. Esta vez enterró su morro, en forma de punta de flecha, entre dos de los troncos que formaban la tosca estructura de la almadía. Los troncos se separaron, como si una avenida de agua cubierta de hojas se abriera entre ellos. Uno de los legionarios cayó chillando al agua.

La boca del tiburón era como una caverna que se abría delante de él. La diminuta mente del legionario se extinguió en una fracción de segundo. El tiburón apenas se percató de que había engullido el minúsculo y cálido bocado. Su trabajo solo acababa de empezar.

Los antros chillaron y corrieron hasta el extremo de la almadía, alejándose todo lo posible del agujero, pero se apartaron con miedo del océano que se extendía más allá.

Sangre Blanca vio que la gruesa y complaciente hembra de barrigón seguía sentada en el mismo lugar de siempre, en su rama frondosa, con aquella ridícula hinchazón roja como un blasón sobre el pecho, mientras el salvajismo del tiburón abría el océano delante de ella. En aquel instante de peligro definitivo, se cerraron nuevos circuitos en la brillante mente de Sangre Blanca. Era una cadena lógica inaccesible para todos los miembros de su raza salvo los más brillantes. Pero cada generación de antros era un poco más brillante que la anterior.

Dio un gran salto. Sus dos pies golpearon a la hembra de barrigón en la espalda. Y esta cayó al agua.

Aquella criatura obesa y convulsa era lo que el tiburón había estado esperando. Mordió a su presa en la mitad del torso. El cuerpo entero del tiburón se flexionó mientras sacudía a la hembra de barrigón y sus afilados dientes le arrancaban un trozo a la desgraciada criatura. Entonces, nadando en medio una nube de sangre diluida, esperó a que se desangrara hasta morir.

El barrigón estaba completamente aturdido, sumergido de repente en agua y abrumado por un dolor espantoso. Pero su cerebro segregó un chorro de productos químicos y los centros de su mente funcional se apagaron, concediéndole una especie de paz en aquella sanguinaria oscuridad.

Sangre Blanca se sentó jadeando sobre la escena de su ataque, donde no quedaba del barrigón más que un montón de excrementos apestosos y varios puñados de hojas aplastadas. Gradualmente, el agujero de la almadía se fue cerrando, como si estuviera curándose. Los antros, demasiado asustados hasta para rascarse, retrocedieron.

Y el Sol continuó descendiendo hacia el horizonte occidental, la dirección hacia la que, sin poder hacer nada para evitarlo, nadaban.

III

Días y noches, noches y días. No había otro sonido que el crujido de las ramas y el suave rumor del oleaje.

Las noches revelaban un cielo aplastante del que Vagabunda hubiera querido escapar.

Pero la luz del día, bajo el Sol abrasador o las grises lápidas de los nubarrones, no mostraba nada más que el mar elemental. No olía otra cosa que sal y sus oídos no le traían los gritos de aves o primates ni el mugido de los herbívoros. La corriente del río se había dispersado en el gran océano y los demás fragmentos arrastrados por aquella tormenta torrencial se habían perdido tras el horizonte, arrastrados hacia quién sabe qué destinos.

La propia almadía estaba menguando.

El cadáver del anthracothere que había quedado enganchado entre las ramas había desaparecido hacía tiempo. El último legionario también. Puede que hubiera caído al mar. El gran indricothere se había hinchado conforme las bacterias de su enorme estómago se abrían camino hacia la luz. Pero las bocas invisibles del mar habían estado trabajándolo, devorándolo desde abajo. Mientras la carne le era arrancada de los huesos sin descanso, el enorme cadáver había implosionado y finalmente se había hundido en el mar.

Hacía tiempo que los antros habían acabado con toda la fruta.

Trataron de comerse las hojas de los árboles y al principio habían encontrado la recompensa de unos cuantos bocados de placentera humedad que, al menos por espacio de unos pocos segundos, aplacaría su sed, pero el árbol, desarraigado, estaba muerto, y las hojas que todavía le quedaban se marchitarían muy pronto. Y, a diferencia de la infeliz hembra de barrigón,

los antros no podían digerir un alimento tan grosero, y perdían más fluidos de los que ganaban en los excrementos líquidos que expelían por el trasero.

Vagabunda era un pequeño animal concebido para la vida en el nutritivo abrazo de la jungla, donde la comida y el agua eran muy abundantes. A diferencia de los seres humanos, cuyos cuerpos están adaptados para sobrevivir grandes períodos de tiempo al raso, el de ella contenía muy poca grasa, la reserva natural de energía de los hombres. Las cosas empeoraron rápidamente. Pronto se le espesó la saliva y empezó a sentir un sabor desagradable en la boca. La lengua se le pegó al paladar. Le dolía mucho la cabeza y el cuello, porque la piel estaba agrietándosele a causa de la sequedad. La voz le empezó a fallar y tenía un nudo grueso y doloroso en la garganta que no desaparecía por mucho que intentara tragárselo. De hecho, los demás antros y ella habrían sufrido más todavía, de no ser porque los cielos encapotados les ahorraron lo peor de la ira del Sol.

Algunas veces, Vagabunda soñaba. El mango muerto florecía de repente, y sus raíces se alargaban como dedos de primate para enterrarse en el lecho del océano, brotaban de él hojas verdes que se sacudían como manos enormes y daba frutos, enormes racimos. Alargaba los brazos hacia los frutos, los arrancaba y enterraba la cara en el agua que, misteriosamente, llenaba todas las cáscaras. Y entonces aparecían su madre y sus hermanas, rollizas y llenas de vigor, dispuestas a rascarle.

Pero entonces el agua se evaporaba, como si el Sol implacable la secara, y Vagabunda descubría que no estaba mascando otra cosa que un trozo de corteza y un puñado de hojas muertas.

Franja tuvo el celo.

Sangre Blanca, como macho dominante de aquella pequeña comunidad perdida, se apresuró a ejercer sus derechos. Sin nada mejor que hacer y ningún sitio a donde ir, Sangre Blanca y Franja se apareaban con frecuencia... a veces con demasiada frecuencia, y el encuentro se limitaba a un acto apresurado formado por unas cuantas acometidas secas.

En otro momento, seguramente los subordinados, como los hermanos, habrían podido copular con Franja aquellos primeros días del celo. Sangre Blanca, rodeada de compañeras potenciales con las que emparejarse, solo los habría excluido cuando se acercara el momento de máxima fertilidad de Franja y las posibilidades de preñarla fueran mayores.

Esto también le habría convenido a ella. La hinchazón estaba allí para advertir de su fertilidad al número máximo de machos posible. Para empezar, la competencia garantizaba que la calidad de los pretendientes fuera alta sin requerir ningún esfuerzo de su parte. Y si todos los machos del grupo se apareaban con ella al mismo tiempo, ninguno sabría con seguridad de quién serían los hijos, de modo que cualquiera que sintiese la tentación de asesinar a sus crías para acelerar su ciclo de fertilidad estaría corriendo el peligro de matar a su propia descendencia. La hinchazón, su muy público celo, era así un modo de controlar a los machos que la rodeaban a un mínimo coste y de reducir los riesgos de infanticidio.

Pero en aquella diminuta almadía no había más que una hembra adulta y Sangre Blanca no estaba dispuesto a compartirla. Cresta e Izquierdo se limitaron a mirar, sentados juntos, masticando sus hojas, con aquellas cómicas erecciones a la vista. Podían mirar todo lo que quisieran la resplandeciente hinchazón de Franja, pero cada vez que se acercaban a ella, y no digamos si le ponían la mano encima, aunque fuera para rascarla con toda inocencia, Sangre Blanca tenía un ataque de furia, empezaba a hacer demostraciones de fuerza y propinaba una paliza al responsable.

En cuanto a Vagabunda, siempre estaría subordinada a Franja y siempre sería una extraña. Pero en aquellas condiciones penosas, la relación entre las dos se había hecho tan estrecha como si fueran hermanas.

Mientras Sangre Blanca y Franja estaban copulando, Vagabunda solía hacerse cargo de Jirón. Después de los primeros días, Jirón la había aceptado como tía honorífica. El diminuto rostro del cachorro carecía de vello y su pelaje era de color oliváceo, muy diferente al de su madre: era un color que inspiraba sentimientos protectores en Vagabunda e incluso en los machos. Algunas veces, Jirón jugaba solo, trepando con torpeza entre las

ramas enmarañadas, pero con más frecuencia prefería pegarse a la espalda o el pecho de Vagabunda, o dejar que esta lo cogiera en brazos.

Compartir la carga de los hijos era algo muy habitual entre los antros, aunque normalmente solo se permitía a los parientes más próximos.

Los cachorros de antro crecían mucho más despacio que los de la época de Noth porque sus cerebros, más grandes, tardaban más tiempo en madurar. Aunque, comparados con bebés humanos estaban bastante desarrollados, pues tenían los ojos abiertos y sus brazos eran capaces de sujetarse al pelaje de sus madres, los cachorros de antro eran torpes y débiles y dependían por completo de sus madres para procurarles alimento. Era como si Jirón hubiera nacido prematuramente y estuviera completando su crecimiento en el exterior del vientre de su madre.

Aquello suponía una enorme presión para Franja. Durante dieciocho meses, las madres antro tenían que enfrentarse a las demandas cotidianas de la supervivencia con la necesidad de ocuparse de su cría... y tenían que reservar tiempo para rascar a sus hermanas, compañeras y parejas potenciales. Antes incluso de haberse extraviado en la almadía, todo aquello la había dejado exhausta. Pero la sociedad femenina que la rodeaba le procuraba un suministro constante y fiable de tías y niñeras para llevarse el cachorro y darle un respiro. El papel de tía improvisada que Vagabunda estaba desempeñando suponía una gran ayuda para Franja y además proporcionaba un enorme placer a la propia Vagabunda. Era como un entrenamiento para cuando le llegara el momento de ser madre. Pero también le ofrecía la ocasión de pasar mucho rato rascando.

Todos ellos echaban de menos las caricias de sus congéneres: era lo peor de aquel oceánico cautiverio. A esas alturas, sangre Blanca estaba mostrando ya señales de un exceso, atribuible a sus dos acólitos: tenía calvas en el pelaje del cuello y la cabeza. Por eso Vagabunda pasaba de muy buen grado largas horas tirándole con suavidad del pelaje al cachorro, cepillándoselo con los dedos y rascándolo.

Pero conforme pasaban los días, el cachorro, perpetuamente hambriento y sediento, fue volviéndose cada vez más huraño. Vagabundeaba constantemente por la almadía, dando saltos e incluso importunando a los

machos. A veces tenía pataletas y empezaba a tirar de las hojas o del pelaje de su madre o echaba a correr precariamente por la almadía, embargado por su rabia diminuta.

Lo que solo servía para fatigar un poco más a Franja e irritar a los demás.

Así eran las cosas, un largo día tras otro. Los antros, atrapados en aquella brizna de sequedad en un océano inmenso eran continua, inmensamente conscientes de la presencia de los demás. Si hubieran tenido más espacio, podrían haberse alejado para librarse de los molestos lloriqueos de Jirón. Si hubieran sido más, los celos que los jóvenes machos le tenían a Sangre Blanca no habrían importado. Podrían haber encontrado hembras más receptivas y aliviado la tensión con furtivas cópulas cuando él no pudiera verlos.

Pero allí no había nadie más para diluir la tensión, ni bosque alguno al que escapar, ni otra comida que hojas secas ni más agua que la del océano.

Un día, idéntico a todos los demás, todo estalló.

Jirón había sufrido otro de sus ataques de rabia. Corría por toda la almadía, acercándose peligrosamente al paciente océano, arrancando corteza y hojas y lanzando ásperos aullidos. Estaba demacrada, la piel le colgaba a la altura del abdomen y tenía el pelaje asqueroso.

Esta vez, los machos no lo espantaron a golpes. En su lugar, lo observaron, los tres, con una mirada que casi hubiese podido definirse como calculadora.

Finalmente Franja lo agarró. Se llevó al cachorro al pecho y dejó que mamara del pezón, aunque no había leche alguna que sacar.

Sangre Blanca se movió hacia ella. Generalmente se le aproximaba solo, pero esta vez el mayor de los dos hermanos, Cresta, lo seguía. El ramillete de pelaje que tenía sobre los ojos relucía bajo el áspero sol. Con Sangre Blanca sentado a su lado, empezó a rascar a Franja. Gradualmente, sus dedos se abrieron camino hacia su vientre y sus genitales. Eran los prolegómenos evidentes a un intento de cópula.

Sobresaltada, Franja se apartó, con Jirón pegado al vientre. Pero sangre Blanca le acarició la espalda, apaciguándola, hasta que se tranquilizó y dejó

que Cresta se le acercara de nuevo. Aunque Cresta le lanzaba nerviosas miradas de soslayo, Sangre Blanca no intervino.

Apoyada en el pliegue de una rama, Vagabunda observaba a los machos, confundida por su extraño comportamiento de un modo que a Noth nunca le hubiera sido posible. Conforme las mentes de los primates se volvían más y más desarrolladas, era como si un sentido del yo estuviera emergiendo lentamente, desde la solitaria Purga a sus descendientes, de hábitos cada vez más sociales. Todo esto permitía que los antros desarrollaran nuevas, complejas y sutiles alianzas y jerarquías... y que practicaran nuevas estratagemas. Noth había poseído una noción muy clara del lugar que ocupaba en las jerarquías y alianzas de su sociedad. Los antros estaban un paso más allá: Vagabunda comprendía su posición como subordinada de Franja, pero también era consciente de la posición relativa de los demás. Sabía que un macho como Sangre Blanca no debería estar permitiendo que Cresta se comportara así, como si lo alentara a copular con «su» hembra.

Finalmente, Cresta se situó detrás de Franja y le puso las manos en las caderas. La hembra se rindió a lo inevitable. Presentándole las rosadas posaderas a Cresta, apartó al soñoliento cachorro de su pecho y se lo tendió a Vagabunda.

Pero Sangre Blanca se adelantó de un salto. Con la precisión de un primate que vivía en los árboles, le arrebató al cachorro de las manos. A continuación regresó junto a Izquierdo, llevándose al cachorro cogido del cogote, y seguido rápidamente por un nervioso Cresta.

Franja parecía confundida por lo ocurrido. Con las posaderas todavía alzadas en espera de su desaparecido pretendiente, siguió a Sangre Blanca con la mirada.

Los machos habían formado un círculo cerrado, en el que sus hirsutas espaldas eran como una pared. Vagabunda vio que Sangre Blanca acunaba a Jirón, casi como si quisiera dormirlo. El cachorro sacudió las diminutas piernas y lanzó un gorgoteo, mientras levantaba la mirada hacia el macho. Entonces Sangre Blanca le puso una mano en la cabeza.

De improviso, Franja comprendió. Lanzó un aullido y se precipitó hacia ellos.

Pero los hermanos le salieron al paso. Cada uno de aquellos machos inmaduros era más grande que ella. Aunque no les gustaba mostrar hostilidad frente a una hembra adulta, la mantuvieron fácilmente a raya con bofetones y aullidos.

Sangre Blanca cerró la mano. Vagabunda oyó el crujido de los huesos, un sonido que recordaba al que hacía el barrigón cuando mordía una hoja crujiente. El pequeño sacudió convulsamente las piernas y entonces se quedó inmóvil. Sangre Blanca observó el cuerpo diminuto durante una fracción de segundo, con una expresión compleja al contemplar la cara olivácea, contorsionada por su última agonía. Y entonces los machos cayeron sobre el pequeño cuerpo. Con un mordisco en el cuello, la cabeza fue cercenada. Sangre Blanca sacudió las extremidades de acá para allá hasta que se partieron los cartílagos y crujieron los huesos. Pero no era la carne lo que más deseaban los machos, sino la sangre, la sangre que manaba del cuello cortado del pequeño. Bebieron con avidez el cálido líquido, hasta tener las bocas y los dientes teñidos de un rojo brillante.

Franja aulló, sacudió los brazos, corrió por toda la almadía arrancando ramas y hojas moribundas, y golpeó las estólidas espaldas de los machos. La balsa tembló y se balanceó. Pero no supuso diferencia alguna.

Sangre Blanca no la había engañado, en realidad no. Al igual que Noth antes que él, era incapaz de imaginar lo que pensaban los demás y por consiguiente no podía plantar ideas falsas en su cabeza... no del todo. Pero los antros eran criaturas muy inteligentes, socialmente hablando, y poseían una gran capacidad de resolución de problemas cuando se enfrentaban a desafíos nuevos. Sangre Blanca, una especie de genio, había logrado reunir todos estos hechos para urdir la estratagema que había conseguido arrebatarle a Jirón a su madre.

Con un último alarido áspero, Franja se lanzó hacia el mango y se envolvió en follaje arrancado, formando una especie de manta. Mientras tanto, los machos siguieron alimentándose, sorbiendo con la lengua y destrozando los huesos con los dientes.

Con la cabeza llena de la peste a sangre, Vagabunda se arrastró hasta el borde de la almadía, donde unas ramas muertas dejaban un rastro en el agua como si fueran dedos.

El sombrío océano era como una sopa ahilada, lleno de vida. En las capas superficiales, hasta donde llegaba la luz del Sol, abundaba un plancton de algas, una abigarrada ecología microscópica. El plancton era como una jungla en el océano, solo que una jungla despojada de la superestructura de hojas, ramas, y troncos, en la que solo quedaban las diminutas células verdes de las copas de los árboles, llenas de clorofila, flotando en un fluido rico en nutrientes. Aunque la estructura ecológica del plancton había permanecido intacta durante casi quinientos millones de años, las especies que moraban en él habían aparecido y desaparecido, víctimas de la extinción como cualquier otra. Al igual que en tierra firme, aquel dominio, extendido hasta donde alcanzaban los océanos, era como una obra de éxito, se mantenía años y años en cartel mientras los actores cambiaban repetidamente.

Pasó una medusa flotando. La criatura, un herbívoro del plancton, era un saco traslúcido que palpitaba con una lenta y lánguida sucesión de dilataciones y contracciones. Estaba cubierta de una floración de frondas plateadas, tentáculos que contenían células urticarias con las que podía paralizar a su planctónico alimento.

Comparada con la mayoría de los animales, la medusa era una criatura burda. Poseía una sencilla simetría radial y carecía de sustancia y de organización de tejidos. Ni siquiera tenía sangre. Pero su forma era muy antigua. Antaño, el océano había estado plagado de criaturas más o menos parecidas a ella. Se anclaban al lecho del mar, y lo convertían en una especie de bosque de tentáculos urticantes. No necesitaban ser más activas. No las molestaban depredadores ni herbívoros, porque el aire no contenía el oxígeno suficiente para alimentar tan peligrosos monstruos.

El mar llenaba a Vagabunda de perplejidad. Para ella, el agua era algo que había en estanques y ríos y que se acumulaba en las hojas, un agua dulce, sin sal, que podías beber cuando la situación lo permitía. No había nada en su experiencia ni en su programación neural innata que la hubiera

preparado para estar flotando sobre un enorme cielo invertido en el que flotaban criaturas tan extrañas como la medusa.

Y estaba sedienta, terriblemente sedienta. Su mano descendió hacia la superficie, se sumergió en aquella sopa turbia y se llevó un poco de agua a la boca. Había olvidado ya que lo había hecho ni una hora antes, había olvidado la amargura de la sal.

Vio que los machos habían terminado de alimentarse. El calor del día los había sumido en una especie de letargo. De Franja lo único que se veía era un pie, con los dedos doblados, que sobresalía de su solitario nido. Cautelosamente, Vagabunda se aproximó al lugar en el que la cría había sido asesinada. Había manchas de sangre en las ramas, extendidas por las lenguas de los antros. Vagabunda rebuscó" cuidadosamente entre las hojas. No encontró del pequeño más que un poco de pelo y una manita perfecta, segada a la altura de la muñeca. Cogió la mano y se retiró a un rincón de la almadía, lo más lejos posible de los demás.

La mano estaba lacia, flexionada, como si perteneciera a un bebé dormido. Vagabunda se la pasó un instante por el pecho y recordó cómo le tiraba Jirón del pelaje.

Pero Jirón ya no estaba.

Mordió la carne del dedo índice, cerca del nudillo. La carne era suave y le irritó el paladar reseco. De un rápido tirón, la arrancó del hueso. Repitió la operación con los demás dedos y a continuación mordió la carne desnuda de la palma. Cuando la mano quedó reducida a un mero esqueleto del que colgaban unos pocos jirones de cartílago y carne, mordió los diminutos y crujientes huesos, pero no quedaba más que un pequeño reguero de tuétano en su interior.

Arrojó los fragmentos de hueso al océano interminable. Vio que unos pececillos minúsculos de color plateado se agolpaban a su alrededor antes de que se perdieran de vista en las profundidades.

Franja permaneció dos días en su nido de hojas, sin apenas moverse. Los machos estaban juntos, tendidos, rascándose ocasionalmente el pelaje

cada vez más escaso.

Vagabunda se movía con languidez alrededor del árbol, buscando alivio. Su boca ya no generaba saliva. Su lengua había quedado reducida a un trozo de músculo sin sensibilidad o movilidad algunas, como una piedra en la boca. No podía ni gritar. El único sonido que era capaz de emitir era un gemido sin forma. A veces hasta se encontraba rebuscando entre los trozos de excremento seco dejados por la hembra de Barrigón, en busca de alguna humedad, o acaso de algunas semillas dispersas entre la porquería. Pero las deposiciones de la devoradora de hojas eran finas y secas. Se hundió en la miseria, exhausta, a ratos dormida, a ratos despierta.

Al tercer día de la muerte de Jirón, Franja se movió. Vagabunda la observó, sumida en la desesperación.

Se había puesto a cuatro patas. Mareada, arruinado su fluido equilibrio por la prolongada inactividad, tropezó... y Vagabunda vio que se llevaba una mano al vientre. Sangre Blanca la había dejado embarazada, un embarazo que estaba sangrando un poco más las reservas de su gastado cuerpo. Pero volvió a levantarse y, tambaleándose, se aproximó a los machos.

Cresta se irguió al ver que se aproximaba, nervioso, como si temiera un ataque. Vagabunda vio cómo se asomaba su lengua ennegrecida en la boca. Todavía tenía el pelaje de la cara manchado con la sangre de Jirón.

Pero Franja se sentó a su lado y empezó a pasarle los dedos por el pelaje. La maniobra solo tuvo un éxito parcial. Todos sus cuerpos habían perdido pelaje y tenían la piel recubierta de úlceras y heridas que no iban a curarse. Al moverse, sus dedos levantaron costras y toparon con magulladuras. Pero a pesar del dolor, él se sometió de buen grado, dando la bienvenida a sus atenciones.

Y entonces ella se apartó un poco, se dio la vuelta y le presentó las posaderas. No estaba ni de lejos en su mejor momento. Apenas le quedaba pelo, tenía la piel resquebrajada y la hinchazón de los genitales casi había desaparecido días atrás. Pero a pesar de ello, al sentir que le apretaba las posaderas al pecho, Cresta respondió: una erección torcida asomó del enmarañado pelaje de su vientre.

Al fin, Sangre Blanca pareció reparar en aquella violación de la jerarquía. Aquello no era una estratagema suya; no era aceptable. Se irguió bruscamente y profirió un aullido incoherente con la lengua arruinada. Cresta se apartó.

Pero Franja atacó inmediatamente a Sangre Blanca, golpeándolo en el pecho con la cabeza y en las sienes con los puños. Sorprendido, el macho retrocedió. Franja regresó corriendo junto a los otros dos machos y exhibió ostentosamente las posaderas frente a ellos, al tiempo que emitía ásperos gorjeos. Y entonces volvió a abalanzarse sobre Sangre Blanca.

Sutilmente, cambiaron las alianzas y se disolvieron las relaciones de dominancia. Sin ni siquiera mirarse, los dos hermanos tomaron simultáneamente la misma decisión. Se sumaron al ataque de Franja contra Sangre Blanca. Sangre Blanca se defendió, lanzando dentelladas y tratando de detener los golpes que le llovían por todas partes.

Fue una batalla grotesca, librada por cuatro criaturas completamente exhaustas. Los golpes y patadas eran débiles y se propinaban con una lentitud tal que resultaba casi espeluznante. Y se desarrolló en un silencio interrumpido solo por jadeos de fatiga o dolor: no se oyó uno solo de los chillidos y alaridos que en condiciones normales hubieran acompañado al asalto de dos jóvenes contra un macho dominante.

Y sin embargo fue letal. Porque, bajo la dirección de Franja, los dos hermanos llevaron a Sangre Blanca, paso a paso, hasta el borde de la almadía.

Fue ella quien propinó el golpe final: un cabezazo dirigido contra el vientre de Sangre Blanca, acompañado por un áspero y doloroso rugido. Sangre Blanca cayó de espaldas y se precipitó sobre el agua entre el ralo follaje. Su cuerpo se movió con un vaivén, chapoteó y sacudid los brazos. Inmediatamente, se le empapó el pelaje y sus movimientos se hicieron cada vez más torpes. Dirigió la mirada hacia la almadía y su boca de lengua ennegrecida lanzó un maullido de cachorro.

Cresta e Izquierdo estaban confundidos. No habían tenido la intención de matar a Sangre Blanca. Pocas batallas entre los antros terminaban con muertes.

Vagabunda sintió una extraña punzada de pesar. Ya eran muy pocos. Sus instintos le advirtieron de que una reserva demasiado escasa de parejas potenciales era una mala cosa. Pero era demasiado tarde para eso.

Sangre Blanca se debilitó con rapidez. El esfuerzo de mantener la boca y la nariz sobre la superficie del agua no tardó en ser excesivo para él *y* dejó de luchar. El tiburón, atraído por la sangre que manaba de sus heridas, engulló su cuerpo de un solo bocado.

Después de aquello, sus sufrimientos empeoraron. Mientras la almadía, entre suaves crujidos, continuaba su penoso avance por el grande e implacable escudo del océano y las pequeñas criaturas consumían rápidamente sus reservas, no podía ser de otro modo.

A Vagabunda se le habían hinchado los labios. La piel agrietada le dolía continuamente y se le formaban llagas con facilidad. La lengua había excedido los límites de sus mandíbulas, como si le hubieran metido en la boca un gran pedazo de excremento seco. Tenía los párpados agrietados y sintió algo extraño, como si estuviera llorando, pero cuando se llevó una mano al pelaje, descubrió sangre que brotaba de sus globos oculares.

Estaba sufriendo una momificación en vida.

Al fin, una mañana, escuchó un grito, agudo y débil, como el de un ave. Apartó las hojas con las que se cubría y se incorporó. El mundo se volvió amarillo y oyó un extraño tintineo. Le costaba ver: su vista estaba borrosa y cuando parpadeaba no conseguía el menor alivio, porque a su cuerpo no le quedaba ya humedad que prestarle.

Finalmente, distinguió a dos antros —Franja, Cresta—, sentados junto a una forma oscura, tendida en el suelo. Puede que fuera comida. Dolorosamente, avanzó hacia ellos.

Era Izquierdo, tumbado de espaldas, con los miembros extendidos.

El ávido calor del Sol había hecho bien su trabajo. Apenas quedaba rastro del blanco pelaje sobre su cabeza o en su cuello. La carne se había marchitado sobre los huesos. Vagabunda podía ver la forma del cráneo, de los finos huesos de las manos, los pies y la pelvis. Su piel desnuda se había

vuelto púrpura y gris, y estaba cubierta de manchones y rayas. Sus labios habían menguado hasta convertirse en sendos jirones de tejido ennegrecido sobre los que asomaban los dientes *y* las encías destrozadas. El resto de la cara estaba negro y reseco, como si se hubiera quemado. La carne que rodeaba la nariz se había marchitado hasta tal punto que las dos pequeñas fosas nasales, dirigidas hacia los lados, estaban como estiradas y dejaban a la vista el revestimiento interior de las cavidades. Sus párpados también se habían encogido y los ojos habían quedado expuestos en una perpetua mirada dirigida al sol. El tejido conjuntivo que rodeaba los ojos se había vuelto tan negro como el carbón. Había estado arañando la corteza, tratando en vano de encontrar un poco de comida, y se había hecho varios cortes en las manos y los pies. Pero no había ni rastro de sangre: los cortes eran como arañazos sobre una superficie de cuero curado.

Pero todavía estaba consciente y emitía secos y penosos chillidos. Movía la cabeza débilmente y extendía los dedos de su mano izquierda, la más fuerte de las dos.

Al final, mortificado por el hambre y tratando de mantener los sistemas vitales en funcionamiento el máximo tiempo posible, el cuerpo de Izquierdo se había consumido a sí mismo. Una vez que había desaparecido la grasa, había empezado a absorber los músculos, un proceso que no había tardado en desembocar en daños irreversibles de los órganos internos que, atrozmente deteriorados, estaban empezando a colapsarse.

Pero en aquellos últimos momentos, Izquierdo no estaba sufriendo dolor. Hasta las sensaciones del hambre y la sed habían desaparecido.

Vagabunda lo observaba, confundida, perpleja. Era como estar viendo un esqueleto dotado de vida.

Los últimos y espeluznantes gritos de Izquierdo dieron paso al silencio. Sus dedos continuaron extendidos, congelados para siempre en aquel gesto final. Su marchito estómago gruñó y un último eructo ponzoñoso atravesó sus labios sin vida.

Vagabunda miró lentamente a los demás. Eran montones de hueso y carne dañada, apenas en mejor estado que Izquierdo, casi irreconocibles como antros. No hicieron ningún intento de rascarse, no se tocaron. Era

como si el Sol se hubiese llevado todo lo que los convertía en antros, los hubiese despojado de todos los avances dolorosamente alcanzados a lo largo de treinta millones de años de evolución.

Se volvió lentamente y regresó cojeando a las hojas sucias que utilizaba para cobijarse.

Se dejó caer, pasiva, moviéndose solo para aliviar el dolor de las llagas supurantes. Su mente parecía vacía, carente de toda curiosidad. Existía en una apagada negrura de reptil. Se hubiera llenado la boca de corteza y hojas secas pero la materia muerta solo le arañaba la quebrada carne.

Y seguía pensando en el cadáver de Izquierdo.

Se levantó lentamente y se acercó al cuerpo. Su pecho se había abierto, una herida post-mortem provocada por el desecamiento de la piel. El olor, curiosamente, no era demasiado desagradable. En aquel desierto de sal, el proceso de descomposición que, allá en el bosque, hubiera absorbido rápidamente el cuerpo de Izquierdo, estaba casi ausente y la lenta momificación que se había iniciado mientras todavía estaba vivo había seguido adelante.

Con cautela, introdujo la mano en la herida. Tocó las costillas, secas ya. Tiró de la carne que cubría el pecho. Cedió fácilmente, dejando la caja torácica a la vista.

Apenas quedaba tejido muscular en el cuerpo. Tampoco quedaba grasa, solo vestigios de una sustancia pegajosa y traslúcida. En el interior de la cavidad corporal de Izquierda se veían los órganos, el corazón, el hígado, los riñones. Habían menguado; parecían frutas endurecidas y ennegrecidas.

Frutas, sí.

Vagabunda empujó la cavidad pectoral con una mano. La caja torácica se partió con un crujido, y la carnosa fruta que contenía quedó a la vista. Su mano asió el ennegrecido corazón. Cedió fácilmente, con su suave sonido de desagarro.

Se sentó con el corazón en la mano y, como si no fuera nada más exótico que una variedad nueva de mango, lo mordió. La carne era dura, fibrosa, y se resistió a unos dientes que se movían en las encías. Pero a pesar de ello, devoró el órgano a mordiscos y se vio recompensada con un

poco de fluido, unas gotas de sangre seca de su núcleo que no se habían secado todavía.

En lugar de aliviar su hambre, la carne solo sirvió para inflamar su atávico deseo de alimentarse. Su boca volvió a generar saliva y los jugos gástricos fueron bombeados dolorosamente por su estómago. Vomitó los primeros bocados, que se perdieron en el mar, pero persistió hasta que la dura y fibrosa carne se resignó a permanecer en su organismo.

Los ojos de Izquierdo, opacos y blancos como la leche, seguían mirando al Sol que lo había matado, y su mano izquierda todavía estaba rígida en su postrero gesto.

Franja había despertado. Cautelosamente, se acercó a Vagabunda dando pequeños saltos. Su piel no era más que un saco tenso del que colgaban algunos mechones de su pelaje negro, antaño precioso. Llena de curiosidad, empezó a registrar el pecho abierto de Izquierda. Sacó el hígado y lo devoró con rapidez.

Mientras ocurría todo esto, Cresta no se había movido. Sin dar la menor muestra de interés por el destino de su hermano, seguía tendido de costado, con los miembros extendidos. Lo mismo podría haber estado muerto, pero Vagabunda vio un movimiento sutil, una lenta subida y bajada del pecho, tan lenta como el movimiento del oleaje, como si estuviera invirtiendo en respirar las escasas fuerzas que le quedaban.

En ese momento, el instinto se manifestó en Vagabunda. Sangre Blanca había dejado embarazada a Franja, pero puede que su cuerpo hubiera destruido el feto, absorbiéndolo como había hecho con sus propios músculos y su grasa para seguir funcionando. Dos hembras, solas, no podían esperar otra cosa que la muerte. Así que Cresta, el último macho, debía ser preservado.

Regresó junto al cuerpo y sacó un riñón, otro muñón sólido de carne marchita y ennegrecida. Se acercó a Cresta y se lo metió en la boca hinchada. Por fin, él reaccionó. Con un gesto tan débil como el de un recién nacido, levantó la mano, cogió el trozo de carne y empezó a masticarla débilmente.

La carne, como cabía esperar, solo consiguió abrirles más el apetito, porque carecía de la grasa que necesitaban para digerirla bien. Sin embargo, los tres supervivientes regresaban al cuerpo una vez tras otra y vaciaban la cavidad pectoral, o arrancaban trozos de carne de los miembros, las costillas, la pelvis, las posaderas... Cuando terminaron, no quedaban más que huesos pelados... huesos, y un cráneo cuyas cavidades oculares seguían mirando al Sol.

Después de eso, los tres antros regresaron a sus solitarios rincones. De haber sido humanos, ahora que habían superado el tabú de devorar a uno de su propia especie, una especie de matemáticas crueles habrían empezado a operar en sus mentes. Otra muerte, después de todo, proporcionaría a los supervivientes más carne, y reduciría el número de los que tenían que compartirla.

Fue quizá una suerte que carecieran de la capacidad de llegar tan lejos con el pensamiento.

IV

La balsa se estremeció bajo sus pies. Fue un movimiento más vigoroso que el amplio y lento vaivén del oleaje. Pero ella había perdido ya la capacidad de sentir curiosidad, así que siguió tendida sobre el duro suelo de la balsa, dejando que las ramas nudosas le arañaran la piel.

Sentía un dolor constante. Era como si los huesos estuvieran tratando de abrirse camino por su piel, que se le antojaba una gigantesca úlcera. Apenas podía cerrar los resecos párpados. Su memoria era una desordenada galería de imágenes: el tacto de los fuertes dedos de su hermana al acariciarla. El cálido y tranquilizador aroma de la leche de su madre, los gritos insolentes de los machos que se creían los dueños de todos ellos. Pero entonces sus

apacibles sueños se veían destrozados por la irrupción de unas grandes y babeantes fauces en el suelo del mundo...

Entonces se produjo una nueva sacudida, que agitó la madera seca que la rodeaba. Escuchó el ruido que hacen las olas al romper, totalmente diferente al lánguido vaivén de la marea mar adentro.

Unos pájaros graznaron en lo alto.

Levantó la mirada. Eran los primeros pájaros que veía desde que el mar se los llevara. Eran de un color blanco brillante y estaban sobrevolándolos en círculos, a gran altura.

Algo se movía en su pecho. Eran como unos dedos, peinándola cuidadosamente: puede que alguien estuviera tratando de acariciarla. Con un esfuerzo inmenso, levantó la cabeza. Con la piel tensa como una máscara y un bloque de madera por lengua, quedó allí suspendida un momento. Le costaba enfocar con los ojos sanguinolentos.

Algo estaba reptando sobre ella: una forma plana y anaranjada con muchas patas segmentadas y grandes pinzas. Vagabunda chilló, un sonido agudo y seco, y se pasó el brazo por el pecho. El cangrejo, indignado, se escabulló.

Sus fosas nasales, negras como la brea, captaron el olor de algo nuevo. Agua. Y no la apestosa agua salada del mar, sino agua dulce.

Levantó un brazo y se sujetó al follaje. Hasta el último centímetro de su carne desnuda se convirtió en un foco de agonía mientras las costras se levantaban y las ampollas reventaban. De un inmenso tirón logró incorporarse, con los pies debajo del cuerpo y las patas dobladas. La cabeza, demasiado pesada para el cuello, cayó a un lado. Necesitó más energía aún para levantarla, para entornar los ojos lastimados.

Verde.

Vio algo verde, una enorme extensión horizontal que se extendía de un lado a otro del horizonte. Era el primer verde que veía desde que se secara y marchitara la última hoja del mango. Después de tantos días de azul y gris, sin otra cosa que cielo y mar a la vista, el verde parecía brillantemente luminoso, tanto que casi dolían los ojos al contemplarlo. Era más hermoso

de lo que podía concebir la imaginación, y con solo mirarlo sintió que recobraba parte de sus fuerzas.

Empezó a avanzar, medio a rastras. El follaje muerto del mango le arañaba y desgarraba la piel, pero no quedaba sangre que derramar, nada más que docenas de pequeñas fuentes de dolor.

Llegó al borde de la almadía. Ya no había océano ni agua. Vio una pequeña playa de arena joven, áspera, que ascendía un corto trecho hasta llegar al pie de un bosque poco denso. Los pájaros, azules y anaranjados, brillantes, revoloteaban sobre las copas de los árboles, lanzando agudos gorjeos.

Su primera impresión podría haberse resumido así: *estoy en casa*. Pero no era así.

Se apoyó en las ramas y casi se dejó caer sobre la arena. Estaba caliente, muy caliente, y le quemó la delicada piel. Lanzó un gemido, se incorporó y, cojeando, encorvada, como si se hubiera vuelto muy anciana, empezó a ascender hacia el bosque.

En el linde del bosque había una mata de helechos bajos y sombra para tenderse. A su alrededor, se levantaban árboles más altos. En sus ramas había racimos de unos frutos de color rojo que ella no conocía. Su boca estaba demasiado seca para salivar, pero su lengua chasqueó contra la dentadura.

Se volvió a mirar en la dirección por la que había venido. El mango y la almadía de vegetación no eran ya más que un pedazo de madera errabundo, quebrado, podrido, cubierto de algas y encallado en la costa. Vio la forma inerte de un antro —Franja o Cresta— tendido sobre el follaje roto y cubierto de sal. Y más allá de ella, el mar, inmenso, eterno, azul y gris, extendido con una aterradora perfección geométrica hasta el horizonte.

Hubo un gran crujido entre el follaje, como si algo se abriera camino a la fuerza. Vagabunda se encogió.

Una forma gigantesca emergió del bosque, como un tanque atravesando la espesura. Enorme, achaparrada, bajo la gran cúpula ósea de un caparazón parecía una tortuga gigante, o quizá un elefante acorazado, con un vasto cuerpo blindado apoyado sobre cuatro patas robustas y cortas. Tras él se

columpiaba descuidadamente una cola coronada en un garrote erizado de púas. Esta criatura tremenda, parecida a un anquilosarlo, era un glyptodon. Vagabunda nunca había visto nada parecido en África.

Pero es que ya no se encontraba en África.

El gigantesco monstruo acorazado se alejó moviéndose pesadamente. Con cautela, Vagabunda lo siguió al interior del bosque. Llegó a un claro rodeado por una muralla de árboles altos e imponentes. El suelo estaba tapizado de aloes. Vagabunda probó a morder una de las hojas con cuidado. Era suculenta, aunque amarga.

Avanzó un poco más y encontró el resplandor del agua inmóvil. Resultó ser un pequeño estanque de agua dulce, cubierto de juncos. En sus orillas pastaban un par de animales enormes. Engullían las plantas que crecían al borde del estanque con un hocico que parecía una espátula. Aunque por su aspecto recordaban a los hipopótamos, en realidad eran unos roedores inmensos.

El estanque se encontraba en un extremo de una llanura más amplia. Y allí, apenas visibles en aquel momento, aguardaban a Vagabunda misterios mucho más extraños. Había criaturas que podrían haber pasado por caballos, camellos o ciervos, y animales más pequeños, como cerdos pero con cascos. Junto a ellos se movía una pequeña familia de dinomydae: grandes herbívoros parecidos a osos, representaban otro ejemplo de roedores gigantes, parientes extravagantes de ratones y ratas. También había depredadores, criaturas que cazaban en manada, como los lobos, pero que pertenecían a la familia de los marsupiales, lejanamente emparentados con sus equivalentes placentarios de todo el mundo, moldeados por una evolución convergente y adaptados similarmente para desempeñar un papel semejante.

En una sombra verde que había cerca de Vagabunda, se volvió una cabeza y la sobresaltó. La cabeza estaba inclinada hacia el suelo. Dos ojos negros le dirigieron una mirada desinteresada. Sobre la cabeza había un enorme cuerpo cubierto de pelaje pardo, suspendido de unos miembros que aferraban la rama que había sobre él. Era un perezoso, una especie de megaterio.

Con mucha cautela, Vagabunda se acercó a rastras al estanque. El agua era fangosa, estaba teñida de verde y caliente. Pero cuando introdujo el morro en ella, fue la cosa más deliciosa que hubiera probado jamás. La engulló a grandes tragos. Su encogido estómago no tardó en estar lleno, y entonces un dolor agonizante empezó a recorrerla, como si estuvieran destrozándola desde dentro. Cayó de bruces, chillando, y vomitó casi todo lo que había bebido. Pero se arrastró como pudo hasta el agua y volvió a beber.

El salobre estanque era en realidad un sumidero. De cincuenta metros de profundidad, se había formado al disolverse la piedra caliza del subsuelo por la acción de las aguas subterráneas. En aquella zona había muchos sumideros parecidos, alineados con cavidades profundas abiertas en la roca.

Vistos desde el aire, los sumideros habrían formado un enorme semicírculo de unos ciento cincuenta kilómetros de diámetro. El arco de sumideros marcaba una falla limítrofe, el extremo del antiquísimo y ya enterrado cráter de Chicxulub, cuya otra mitad yacía bajo las aguas y los sedimentos del Golfo de México. Aquello era la península del Yucatán.

Escupida por un río africano y arrastrada por las corrientes del oeste, la almadía de Vagabunda había cruzado el Atlántico.

Ningún lugar de la Tierra estaba realmente aislado.

Todo el planeta estaba conectado por las corrientes marinas, algunas de las cuales recorrían hasta cien kilómetros al día. Las grandes corrientes eran como cintas transportadoras que arrastraban pecios por todo el mundo. En el futuro, los habitantes de la Isla de Pascua quemarían troncos de madera americana, arrastrados hasta sus orillas tras un viaje de cinco mil kilómetros. Los moradores de los atolones coralinos del centro del Pacífico fabricarían herramientas utilizando piedras atrapadas en las raíces de los árboles que arrastraba la marea.

Y con aquellos restos viajaban también animales. Algunos insectos navegaban sobre la superficie del agua. Otras criaturas nadaban: las corrientes del oeste podían arrastrar a ciertas especies de tortugas por todo

el Pacífico, desde su hábitat habitual, en las proximidades de la isla de la Ascensión, hasta las tierras en las que se apareaban, en el Caribe.

Y algunos animales cruzaban el océano en balsas improvisadas, odiseas oceánicas que no se emprendían por elección o designio, sino por las vicisitudes del azar, como le había ocurrido a la pobre Vagabunda.

El Atlántico, que había estado ensanchándose desde la fractura de Pangea, era mucho más estrecho de lo que sería en tiempos del hombre: apenas superaba los quinientos kilómetros en algunos puntos. No era una distancia imposible de atravesar, ni siquiera, con un poco de suerte, para frágiles criaturas del bosque como Vagabunda. Estas travesías eran improbables, pero eran posibles, teniendo en cuenta las corrientes de expulsión de poderosos ríos, la estrechez de los océanos y la ayuda ocasional de vientos huracanados.

En la mayor de las escalas temporales imaginables, con el paso de millones de años, las obras del azar desafiaban la intuición humana. Los humanos están equipados con una percepción subjetiva del peligro y un concepto de lo improbable apropiado para unas criaturas cuya vida no se prolonga más allá de un siglo. Aquellos eventos que se producen con mucha menor frecuencia —como por ejemplo los impactos de asteroides— no se clasifican, en la mente humana, en la categoría de raros, sino en la de imposibles. Pero los impactos se producen a pesar de todo y a una criatura con una esperanza de vida de, digamos, diez millones de años, no le habrían parecido en absoluto improbables.

Con el tiempo suficiente, hasta un suceso tan improbable como una travesía desde África a Sudamérica acabaría inevitablemente por ocurrir, una vez tras otra, y moldearía el destino de la vida.

Así había sido en aquel momento. En los árboles que se erguían colosales sobre Vagabunda no había un solo primate, ni uno solo, en todo el continente, porque sus primos lejanos, otros hijos de Purga, habían sucumbido a la extinción hacía millones de años, empujados por la presión competitiva de los roedores.

Así que, en aquel lugar, donde había terminado un mundo, donde, en un bosque diferente vivían y se alimentaban criaturas surgidas de una

evolución diferente, estaba empezando una nueva vida, un nuevo linaje de la gran familia de Purga. A partir de solo tres supervivientes, si se les daba el tiempo suficiente, las lentas y plásticas herramientas de su material genético alumbrarían una gama entera de especies nuevas.

En el Nuevo Mundo, los monos alcanzarían un triunfo incontestable. Pero en aquel atestado continente forestal, el destino de los nietos de Vagabunda sería muy diferente al de los descendientes de sus hermanas, en África. Allí, los primates, moldeados catastróficamente por los cambios climáticos, evolucionarían rápidamente a nuevas formas. Allí, el linaje de Purga se perpetuaría a través de los simios, en un lento camino hacia la humanidad. Hasta los monos de tiempos futuros, que tanto se parecerían a Vagabunda, se diversificarían para alejarse del bosque, y encontrarían el modo de vivir en sabanas, llanuras montañosas e incluso desiertos.

En el Nuevo Mundo sería diferente. En este continente, mucho más homogéneo, siempre sería tentador quedarse en las vastas junglas.

Los nietos de Vagabunda nunca dejarían los árboles. Nunca llegarían a ser mucho más listos de lo que eran ahora. Y no desempeñarían papel alguno en el destino futuro de la humanidad, salvo como mascotas, presas u objetos de curiosidad científica.

Pero todo eso aguardaba en un futuro muy remoto.

Vagabunda ya se sentía revivida por los breves instantes pasados bajo el follaje y por el agua que había bebido. Miró a su alrededor. Entre los arbustos se veía una mancha roja. Se acercó a ella. Era una fruta, desconocida para ella pero gorda y de piel suave. La mordió. Al hacerlo, el zumo chorreó en su boca y resbaló por su pelaje. Era la cosa más fresca y dulce que había probado en toda su vida.

OceanofPDF.com

7

La última madriguera

TIERRA DE ELLSWORTH, ANTÁRTIDA,
C. 10 MILLONES DE AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

I

Los excavadores trabajaban en las hierbas duras y llenas de maleza que se aferraban a las dunas. Eran muchos, muchísimos. Estaban tan apelotonados que parecían una alfombra de pelo marrón y tembloroso.

Cava divisó un denso helechal en un pequeño promontorio orientado hacia el océano. Allí, la hueste de animalillos parecía un poco menos densa, así que se encaminó en aquella dirección. Al abrigo de los helechos apartó las frondas con sus ágiles manos de cinco dedos y empezó a mordisquear las esporas marrones.

A sus tres años, Cava era uno de los excavadores más viejos. Su cuerpo no superaba unos pocos centímetros de longitud. Era rollizo y rechoncho y

contaba con un grueso pelaje pardo que le ayudaba a conservar el calor corporal. Se parecía un poco a una rata de campo. Pero no lo era. Era un primate.

Desde donde estaba se veía el océano. El sol pendía a baja altura en el horizonte, al norte, sobre la extensión infranqueable e interminable de agua. Ahora que el otoño polar estaba bastante avanzado, el Sol paraba ya la mitad del día debajo del horizonte. Y ya, tierra adentro, había empezado a formarse la corteza de hielo. Más cerca de la costa, Cava podía ver el hielo gris en proceso de formación que despedía su trémulo brillo sobre la superficie musculosa del oleaje. Su cuerpo sabía lo que significaban aquellas cosas. Los días luminosos del verano eran ya un recuerdo impreciso. Muy pronto tendría que enfrentarse a los meses de continua oscuridad del invierno.

Sobre la brillante superficie de una placa de hielo distinguió una mancha de sangre y un trozo de carne imposibles de identificar. Los pájaros la sobrevolaban, graznando, esperando a que les llegara el turno para participar del sangriento festín. Y una sombra se deslizaba por las aguas, alargada y poderosa. Un hocico enorme salió de las gélidas aguas para llevarse un pedazo del premio.

El carnívoro marino era un anfibio, descendiente de una criatura llamada koolaschus. Con sus cuatro metros de longitud, parecía un monstruoso sapo depredador. Era una reliquia de un pasado muy lejano en el que los anfibios habían dominado el mundo. En los climas tropicales, sus antepasados habían sido vencidos por la competencia de los cocodrilos, con quienes guardaban un cierto parecido en tamaño y forma. Los grandes anfibios ya estaban en declive cuando los primeros dinosaurios aparecieron sobre la faz de la Tierra, pero se habían aferrado a la vida en las frías aguas de los polos.

A pesar de encontrarse tan lejos, escondida debajo de los helechos, Cava se estremeció.

De repente una forma achaparrada y cubierta de plumas emergió de la tundra. Los excavadores, presa del pánico, se desperdigaron en todas direcciones y Cava se ocultó. El recién llegado corría erguido sobre unas

patas largas y poderosas, y sus manos, apenas visibles bajo el denso plumaje blanco, eran prensiles y estaban equipadas con crueles garras. La criatura se lanzó al agua y nadó hacia el bloque de hielo flotante. Una vez allí, empezó a disputarse los trozos de carcasa con el anfibio, al igual que en tiempos futuros los zorros árticos tratarían de arrebatarle a los osos polares parte de sus capturas.

El voraz depredador de blanco plumaje parecía un ave sin alas. Pero no lo era. Era un descendiente de los velocirraptores del Cretácico.

En la Antártida, cincuenta y cinco millones de años después del impacto del cometa, todavía quedaban dinosaurios.

Cava se encaminó tierra adentro, lejos de la sanguinaria escena que tenía lugar en la costa. Se movía con cautela, tratando de permanecer siempre oculta. Aquí y allá se veían plumas blancas, perdidas por el raptor en su prisa por alcanzar el cadáver del hielo.

Al coronar la última duna, el paisaje del interior apareció ante sus ojos.

Era una amplia llanura de color verde y marrón, salpicada aquí y allá por el azul del agua. La hierba seguía siendo densa, aunque ya estaba empezando a morir, y allí donde todavía no lo había hecho, estaba tiñéndose de un pardo dorado. La mayoría de las flores había desaparecido, porque no quedaban insectos a los que atraer; pero aquí y allá, todavía pervivían brillantes y bonitas flores, como las saxífragas. Alrededor de los estanques de agua dulce se apiñaban los animales buscando algo para beber. Pero los estanques estaban ya cubiertos del gris de los hielos superficiales.

Era una escena clásica de la tundra, el cinturón de hielo que envolvía aún el continente.

Y, en aquella tundra, moraban dinosaurios.

Varios kilómetros al sudeste, cava vio lo que parecía una nube oscura pegada al suelo. Era una manada de muttas. Al respirar, creaban nubes de vapor que quedaban flotando a baja altura en el aire gélido. Eran dinosaurios, inmensos herbívoros. Desde aquella distancia parecían mamuts sin colmillos. Pero si uno se acercaba, podía ver que conservaban los

clásicos rasgos de los dinosaurios: sus patas traseras eran más poderosas que las delanteras, tenían poderosas colas que utilizaban para equilibrarse, se movían de una forma extrañamente asustadiza y nerviosa, más parecidos a aves que a cualquier mamífero, y de vez en cuando se incorporaban sobre las patas traseras y rugían con la ferocidad de un tiranosaurio.

Los multas descendían de los muttaburrasaurus, enormes herbívoros jurásicos que en su tiempo se habían alimentado de cicadas, helechos y coníferas. Conforme los hielos descendían sobre la Antártida, los muttas habían aprendido a subsistir con la escasa vegetación que producía la tundra, sus cuerpos se habían vuelto más compactos y redondos y habían desarrollado un denso abrigo hecho de múltiples capas de plumas escamosas de color oscuro. Gradualmente, se habían convertido en grandes y migratorios herbívoros de la tundra, un papel que más tarde ocuparían animales como los caribúes, los bueyes almizclados... y los mamuts. Sus quejumbrosos rugidos, proferidos por los sacos de piel hinchable que tenían en los grandes hocicos córneos, resonaban contra los muros de hielo del sur.

Antaño, los muttas migraban por todo el continente, aprovechando el corto y espléndido verano. Pero a medida que avanzaban los hielos, su número había disminuido notablemente y ahora, con cierto abandono, las manadas supervivientes vagaban por la franja cada vez más estrecha de tundra que se extendía entre el hielo y el mar. Aquella manada de muttas estaba siendo acechada por un cazador solitario. Inmóvil como una estatua, el allosaurio enano inspeccionaba la manada. Parecía una escultura emplumada hecha de oro. Aquel allo era la reliquia enana de una familia de criaturas que se habían extinguido por todas partes hacía mucho tiempo, un descendiente directo, de hecho, del león jurásico que había matado a Estego. Pero la manada era consciente de su presencia y permanecía apiñada, con las crías en el centro. Los movimientos de aquel allo eran lentos, como si estuviera drogado. Ya se había cobrado una pieza. Una vez almacenada la reserva de grasa para el futuro, su metabolismo estaba lentificándose mientras la temperatura del aire iba descendiendo. Muy pronto, como todos los años, el allo excavaría su madriguera invernal en un banco de nieve, al modo de los osos polares.

Las hembras de allo ponían sus huevos hacia el final del invierno, y los enterraban en la nieve, sabiendo que allí estarían a salvo. Para los mamíferos de la Antártida, la posibilidad de que de cualquier banco de nieve emergiera de repente un puñado de crías de allosaurio hambrientas, lanzando dentelladas y peleando por su primera comida, hacía la primavera mucho más interesante.

En aquel momento se produjo una conmoción entre un grupo de excavadores, no lejos de Cava, y la fría brisa que soplaba desde el hielo le trajo un aroma intenso y carnoso. *Huevos.*

Corrió lo más deprisa posible entre los helechos y la larga hierba, olvidando por una vez su propia seguridad.

El nido contenía huevos: los huevos de una mutta. A esas alturas de la estación era un hallazgo insólito, y además se producía muy lejos de las zonas en las que los muttas solían anidar. Puede que aquellos huevos los hubiese puesto una madre enferma o herida. Algunos excavadores se habían puesto ya manos a la obra y entre las atareadas criaturas había algunos steropodones: torpes, de pelaje negro y un aspecto extrañamente primitivo, descendían de unos mamíferos que habían habitado en el continente meridional desde tiempos jurásicos.

Cava pudo abrirse camino hasta el nido antes de que fuera destruido por completo. No tardó en tener las manos manchadas de pegajosa yema. Pero la competición por los huevos degeneró rápidamente en una batalla feroz. Había muchísimos excavadores en la tundra aquel otoño, muchos más que el pasado año. Y Cava era lo bastante lista como para sentir preocupación por la superpoblación de su especie, al menos a un nivel profundo, inconsciente.

No había una causa sencilla para un crecimiento poblacional como aquel. Los excavadores formaban parte de complejos ciclos ecológicos que implicaban la abundancia de la vegetación y los insectos que ellos exhumaban, y los carnívoros que, a su vez, se alimentaban de ellos. En épocas de superpoblación, el instinto inducía a los excavadores a emigrar, a huir ciegamente por los verdes campos en busca de un lugar en el que

establecer una nueva madriguera. Muchos de ellos caían presa de los depredadores, pero así eran las cosas: sobrevivían los suficientes.

Al menos, así era como había ocurrido en el pasado. Pero ahora, mientras el hielo avanzaba y la tundra se retiraba, no había ningún sitio que no estuviera colonizado ya. Así que siempre había multitudes como aquella, y siempre había que estar luchando.

Por supuesto, era una lástima para el mutta que había puesto los huevos. Los muttas dejaban sus huevos sobre la tierra, igual que habían hecho siempre sus antepasados, lo que los hacía vulnerables a los depredadores oportunistas como los excavadores. De hecho, la clave del descenso en el número de muttas era la competencia cada vez mayor por la reserva de proteínas que contenían sus grandes huevos. Los grandes mamíferos herbívoros, como los mamuts o los caribúes, habrían estado en mejor posición, puesto que sus crías habrían estado más seguras en un momento crucial de sus vidas. Pero los muttas, tan varados como los demás cuando la Antártida se había separado de los demás continentes, no habían tenido voz ni voto en el asunto.

De repente, una garra descendió volando del cielo. Con un instinto refinado a lo largo de más de doscientos millones de años, Cava se pegó al suelo, mientras los excavadores chillaban y se acurrucaban unos contra otros.

La garra atrapó a un pequeño e inmaduro excavador y lo arrojó al interior de unas fauces abiertas. Volvió a intentarlo, con una ansiedad rayana en la frustración. Pero los mamíferos se habían desperdigado. Y al cabo de un rato, Cava escuchó el inconfundible sonido de un pico lleno de dientes que destrozaba y engullía un embrión de mutta tras otro.

El bandido era un laellyn. Otro dinosaurio, en este caso parecido a una gallina atlética. Los laellynes no poseían el equipamiento necesario para ser cazadores eficaces de grandes presas y en general eran carroñeros oportunistas. Para este laellyn, al igual que para los excavadores, un huevo de mutta a esas alturas de la estación era un raro y precioso hallazgo.

Mientras el laellyn se alimentaba, Cava trató de permanecer inmóvil para no llamar la atención del depredador. Pero estaba hambrienta. Había

sido un verano corto y pobre y no había podido reunir una capa de grasa lo suficientemente grande como para afrontar las privaciones del invierno. Y el laellyn estaba comiéndose los huevos... comiéndose todos sus huevos.

La rabia y la desesperación consiguieron finalmente superar la prudencia. Se levantó sobre las patas traseras, siseando y con las zarpas extendidas.

El laellyn, con la boca manchada de sangre y yema, retrocedió un paso, sobresaltado por aquella brusca aparición. Pero su pequeña mente de reptil no tardó en decirle que aquella criatura no representaba una amenaza para él. De hecho, aquella cálida bola de pelo, a pesar de su actitud inusual, era buena para comer, mejor que los embriones y la yema de los huevos.

El laellyn abrió la boca y se inclinó hacia delante.

Cava lo esquivó y escapó. Pero tuvo que abandonar el nido con una sensación de ardor hambriento en las tripas.

Cava podría haber trazado la genealogía de su linaje hasta Plesi, la pequeña carpoleste que habitara el planeta en una época de calentamiento, pocos millones de años después del impacto de la Cola del Diablo. Los descendientes de Plesi se habían desperdigado por el mundo utilizando puentes, islas y almadías para cruzar de un continente a otro. Una rama de la antigua familia había cruzado un puente continental entre Sudamérica y la Antártida, en una época en la que el continente meridional tenía aún que asentarse sobre el polo.

Y allí había topado con dinosaurios.

Incluso durante el cálido Cretácico, los dinosaurios de la Antártida habían tenido que soportar largos meses de oscuridad polar. Así que los escasos supervivientes que habían sobrevivido a la catástrofe global estaban bien equipados para soportar el invierno que el cometa había desencadenado sobre la Tierra, mientras sus contemporáneos de latitudes más cálidas perecían.

Pero los continentes, fragmentos de la disolución del ancestral continente único, habían seguido separándose. Dando vueltas, la Antártida

se había alejado de los demás pedazos de la Pangea meridional y no había tardado en encontrarse tan lejos que el contacto con otros, ya fuera por puente emergido o por almadía, se había tornado imposible. Y mientras el mundo se recobraba de la catástrofe, la flora y la fauna de la Antártida habían empezado a explorar su propio y único destino evolutivo. Allí, el eterno enfrentamiento del mamífero contra el dinosaurio había disfrutado de una larga y sostenida coda, y allí, gracias a las ferocidades gemelas de los dinosaurios y el frío, los mamíferos habían permanecido atrapados en sus humillantes nichos cretácicos.

Pero, al fin, la Antártida se había detenido bajo el continente meridional y la capa de hielo había empezado a crecer lentamente.

Los días se hicieron más cortos y el Sol carmesí empezó a escatimar sus visitas por encima del horizonte. La escarcha endureció los suelos. Muchas especies de plantas murieron en la superficie, y sus esporas quedaron aletargadas a la espera del retorno de la breve calidez del verano.

Había poca nieve suelta. De hecho, la mayor parte del continente era, técnicamente hablando, una zona semidesértica: la nieve que caía lo hacía en forma de duros copos cristalinos que quedaban en el suelo como piedras, hasta que el viento las reunía en bancos y ventisqueros.

Pero la nieve, por escasa que fuese, era vital para los excavadores.

Aquellos que habían sobrevivido durante el verano y el otoño empezaron a excavar en los bancos de nieve y construyeron complejos sistemas de túneles bajo las primeras capas, las más duras. Los túneles conformaban ciudades elaboradas, húmedas, níveas, de paredes endurecidas por el paso de muchos cuerpos pequeños y cálidos y en las que reinaba un aire cargado del cálido aroma del pelaje humedecido. No es que las madrigueras fueran lo que se dice calientes, pero la temperatura nunca descendía por debajo de cero.

En el exterior, el cielo invernal, cuajado de estrellas, ondeaba en silencio auroras boreales.

El laellyn que le había robado los huevos a Cava pertenecía a una manada, formada casi toda por jóvenes y centrada en una pareja dominante.

Con la llegada del invierno, al sentir, como de costumbre, que el letargo estacional se abatía sobre ellos, la manada de laellyn se reunía.

Los laellyn descendían de unos pequeños y ágiles dinosaurios herbívoros que antaño habían habitado, reunidos en nerviosos clanes, los suelos de los bosques árticos. En aquellos tiempos, los laellyn podían llegar a ser tan altos como un humano adulto, y tenían ojos bien adaptados a la oscuridad de los bosques polares. Pero con la llegada de los grandes fríos, habían menguado, se habían achaparrado y sus cuerpos se habían cubierto con una capa aislante de plumas escamosas.

Y, conforme pasaban los millones de años, habían aprendido a comer carne.

A medida que el frío iba incrementándose, los miembros de la manada se fueron deslizando en la inconsciencia. Su metabolismo redujo el ritmo hasta alcanzar una lentitud asombrosa, la justa para impedir que su carne se congelara. Era una estrategia muy antigua, moldeada por millones de años de vida en aquellas regiones polares, y siempre había sido efectiva.

Pero esta vez no lo sería. Porque nunca había habido un invierno tan frío como este. En lo más crudo del invierno, una tormenta se abatió sobre el grupo de laellyn. El salvaje viento les arrebató gran parte del calor corporal. Se formó hielo en el interior de su carne, y destrozó la estructura de sus células. Y, gradualmente, la congelación fue hundiendo cada vez más sus afilados puñales en sus pequeños cuerpos.

Pero los laellyn no sintieron dolor. Su letargo era un sueño silencioso, carente de imágenes, reptiliano, más profundo de lo que ningún mamífero conocería jamás, y dio paso, suavemente y sin estridencias, a la muerte.

Cada año los veranos eran más cortos y la llegada del invierno suponía un acontecimiento más temible. Cada primavera, la capa de hielo que ocupaba el centro del continente, un lugar en el que nada podía vivir, avanzaba un poco más. Hacía tiempo, en aquel lugar habían crecido altos árboles: coníferas, árboles de helecho y los antiquísimos podocarpos, con racimos de frutos en la base. Pero ahora esos árboles, talados tiempo atrás

por el frío, solo existían como vetas de carbón enterradas profundamente bajo las patas de Cava. Habían pasado muchos millones de años desde que los antepasados de Cava abandonaran trepando la superficie.

Los primates de la Antártida habían tenido que adaptarse al frío. No podían hacerse más grandes; de eso se encargaba la competencia con los dinosaurios. Pero desarrollaron capas de aislamiento, con pelaje y grasa, para atrapar el calor corporal. Los pies de Cava estaban tan fríos que apenas había diferencia de temperatura entre la superficie y ellos, de modo que perdían muy poco calor. La sangre fría que ascendía hacia su torso desde los pies pasaba junto a vasos sanguíneos que contenían la sangre caliente que circulaba en sentido contrario. La grasa de sus patas y pies era de un tipo especial, formada por cadenas de hidrocarburos más cortas, con un punto de fusión más bajo, pues de lo contrario se habría endurecido como la mantequilla congelada. Y así sucesivamente.

Pero, a pesar de todo este mecanismo de adaptación al frío, Cava seguía siendo un primate y todavía conservaba las manos ágiles y los antebrazos fuertes de sus antepasados. Y, aunque su cerebro era mucho más pequeño que el de ellos —en aquel medio dominado por la escasez, un cerebro grande era un lujo innecesario y ningún animal era más inteligente de lo estrictamente necesario— era más lista que cualquier rata de campo.

Pero el clima estaba enfriándose más aún. Y todos los años, los animales y plantas supervivientes se veían confinados a una franja de tundra cada vez más estrecha, próxima a la costa.

El fin de la partida estaba acercándose.

Cava advirtió que le costaba respirar.

Embargada por un súbito ataque de pánico, empezó a arañar la nieve que había sobre ella. Sus manos, evolucionadas para trepar a los árboles, excavaron ahora una superficie helada.

Se abrió camino hasta el exterior de la madriguera, donde reinaba una luz primaveral tan brillante que resultaba pasmosa. Una bocanada de aire

fétido la siguió y salió al frío como un chorro de vapor: apestosa, colmada de olor a muerte.

Era una pequeña bola de piel y pelo con olor a orina, sobre un vasto y virgen paisaje nevado. El sol que pendía sobre el horizonte parecía una linterna amarilla en un cielo entre púrpura y azul. Así que la primavera estaba avanzando. Pero nada se movía: ni pájaros, ni raptores, ni allos enanos parecidos a gallinas emergiendo de sus refugios invernales. Ningún otro excavador salió de la nieve. Ninguno de sus parientes la había seguido.

Emprendió el descenso del banco de nieve. Se movía con rigidez, con las articulaciones doloridas, un hambre voraz en las tripas y una sed terrible en la garganta. La prolongada hibernación había consumido casi una cuarta parte de su masa corporal. Y estaba tiritando.

Esto último evidenciaba un gran fallo en los sistemas de protección frente al frío de su cuerpo, un último recurso consistente en generar calor corporal con movimientos musculares que consumían inmensas cantidades de energía. No debería estar tiritando.

Algo iba mal.

Llegó a la franja de tierra desnuda que jalonaba el mar. El suelo estaba cubierto de hielo, tan duro como una roca. Y a pesar de lo avanzado de la estación, nada crecía allí, todavía no. Las esporas y semillas seguían durmiendo bajo tierra, latentes.

Se encontró con un grupo de laellyn. Tratando de protegerse del frío, habían entrelazado los miembros y los cuellos hasta formar una especie de enmarañada escultura cubierta de plumas. Instintivamente, se pegó a la nieve del suelo.

Pero los laellyn no representaban ninguna amenaza. Estaban muertos, unidos en su último abrazo. Si Cava los hubiese empujado, puede que el conjunto se hubiese derrumbado, y las plumas se hubiesen partido como carámbanos.

Se alejó a la carrera, dejando a los laellyn en su último sueño.

Llegó a un pequeño promontorio orientado al océano. Había estado allí a finales del último invierno, bajo un pequeño helechal, contemplando la batalla entre el raptor y el sapo. Ahora, hasta las esporas de los helechos

estaban enterradas bajo tierra, y no había nada para comer. Delante de ella, el mar se extendía hasta el horizonte como una ininterrumpida llanura de color blanco. Aquella geometría sin vida hizo que se encogiera de pavor: un horizonte tan implacable como una espada, blanco inmaculado debajo, azul vacío en lo alto.

Solo la costa ofrecía una quiebra de la monotonía. Allí, el implacable oleaje del mar había roto el hielo e incluso en ese momento, la vida salía a la superficie. Cava pudo ver diminutos crustáceos moviéndose por las aguas superficiales, atracándose de plancton. Y medusas, grandes y pequeñas, criaturas casi traslúcidas, como hechas de encaje, delicadas, que cabalgaban a lomos de las olas.

Incluso allí, en el fin del mundo, el mar interminable era un hervidero de vida, como siempre. Pero no había nada para Cava.

Conforme avanzaba el enfriamiento global, se iba cerrando año tras año la gran presa del hielo. Aquella colección única de animales y plantas, atrapada en aquella inmensa y aislada almadía, no tenía sitio adonde ir. Y al final, la evolución no podría ofrecer defensa alguna frente a la victoria definitiva de los hielos.

Fue un espantoso evento de extinción, ignorado por el resto del planeta, prolongado a lo largo de millones de años. Una biota entera estaba congelándose hasta la muerte. Cuando todos los animales y plantas hubieran desaparecido, la monstruosa capa de hielo que cubría el corazón del continente se extendería aún más, enviando glaciares a abrirse camino brutalmente por la roca hasta que la abstracción sin vida del hielo fuera a encontrarse con el propio mar. Y aunque los fósiles más profundamente enterrados y los yacimientos de carbón de antaño sobrevivirían, no quedaría vestigio alguno que demostrara que el mundo de tundra de Cava y la manifestación única de la vida que lo había habitado hubieran existido alguna vez.

Descorazonada, le dio la espalda al mar y se adentró en la tierra helada en busca de comida.

OceanofPDF.com

8

Fragmentos

COSTA NORTEAFRICANA,

C. 5 MILLONES DE AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

I

Cuando aparecieron las primeras luces en los cielos, Capo despertó. Tendido en su nido de la copa del árbol, bostezó. Al separarse, sus labios expusieron sus gruesas encías, mientras él estiraba sus largos e hirsutos miembros. A continuación, se cogió los testículos con una mano y se los rascó plácidamente.

Capo se parecía a un chimpancé, pero todavía no había chimpancés en la Tierra. No obstante, sí que era un simio. En los largos años transcurridos tras la muerte de Vagabunda, las florecientes familias de primates habían divergido y el linaje de Capo se había separado del de los monos hacía unos veinte millones de años. Y sin embargo, casi cinco millones de años antes

de la aparición de los humanos, la gran era de los simios ya había llegado y había pasado.

Capo miró al cielo con los ojos entornados. Era de color azul y gris, y no tenía nubes. Iba a ser otro día largo, cálido y soleado.

Y bueno. Se rascó el pene, pensativo. Su erección matutina era rampante, como siempre. Algunos de los machos subordinados más problemáticos se habían internado en el bosque hacía pocos días. Pasarían semanas antes de que regresaran, semanas de calma y orden relativos. Semanas de trabajo fácil para Capo.

En la quietud de la mañana, los sonidos llegaban muy lejos. Allí tendido, entregado a sus pensamientos, pudo oír un rugido lejano, como el gruñido interminable de una colosal bestia herida. Llegaba más o menos desde el oeste. Lo escuchó por espacio de varios segundos y se le erizó el pelo ante la taciturna majestad del sostenido y desconcertante estruendo. Era un sonido de asombroso poder. Pero en aquel lugar no había nada, nada digno de verse. El rumor había estado allí, siempre presente, toda la vida, inalterable, incomprensible... y lo suficientemente remoto como para despreocuparse de él.

Sintió una fastidiosa inquietud, no por causa del ruido; una vaga preocupación que lo carcomía por dentro en momentos de reflexión como aquel.

Capo tenía más de cuarenta años. Su cuerpo lucía las cicatrices de muchas batallas y las calvas provocadas por la constante atención de los dedos de muchos congéneres.

Era lo bastante viejo e inteligente como para recordar muchas estaciones, no como una narración lineal, sino en destellos, fragmentos, como escenas vividas de una película, cortadas y luego unidas. Y en un nivel profundo, sabía que el mundo ya no era como en el pasado. Las cosas estaban cambiando, y no necesariamente para mejor.

Pero no había nada que él pudiera hacer al respecto.

Perezosamente, rodó sobre su vientre. Su nido no era más que un montón de ramas finas, plegadas varias veces y sustentadas por su peso. A través de la inconexa estructura, podía vigilar al grupo, disperso entre los

árboles. Sus miembros estaban posados sobre las ramas como aves a pesar de que eran primates. Con un suave gruñido, descargó la vejiga. El pis chorreó copiosamente desde el pene, todavía medio erecto, y llovió desde la rama.

Al caer, manchó a Rama, una de las hembras mayores, que estaba durmiendo de espaldas con su bebé aferrado al pelaje de su vientre. Despertó con un sobresalto, se limpió la orina de los párpados y profirió un aullido de protesta.

Pasado el momento de sus reflexiones, Capo se levantó y, mientras su erección terminaba de encogerse, abandonó el nido.

Hora de trabajar. Como una gran bola de pelo negro, procedió a arrasar el árbol. Machacó nidos, propinó puñetazos y puntapiés a sus ocupantes, lanzó chillidos y dio saltos. Siguió haciéndolo hasta que el árbol entero quedó sumido en un completo caos y hubiera sido imposible que nadie siguiera durmiendo o ignorara la dominante presencia de Capo.

Realizó un muy satisfactorio e impresionante aterrizaje en pleno centro del nido de Dedo, un macho joven y fornido dotado de un cerebro y unas manos muy ágiles. Farfullando, Dedo se hizo un ovillo y trató de mostrar la espalda en un gesto de sumisión. Pero Capo lo apartó de un puntapié bien dirigido y Dedo, chillando, cayó al suelo a través del follaje. Le había dado la lección que se merecía: estaba volviéndose demasiado presuntuoso para gusto de Capo.

Finalmente, Capo llegó al suelo, con el pelo erizado y la respiración entrecortada. Se encontraba en el borde de un pequeño claro centrado en un estanque pantanoso. Todavía no había terminado con su exhibición. Empezó a correr junto a los árboles que jalonaban el claro, golpeando los troncos con las manos abiertas, arrancando ramitas y sacudiéndolas para que las hojas cayeran a su alrededor en cascada, sin dejar de aullar y chillar un solo momento.

Dedo se había levantado del suelo. Cojeando ligeramente, se arrastró hasta la sombra de una palmera menuda y se encogió, atemorizado. Otros machos empezaron a aullar y a dar saltos como muestra de completa adulación hacia su amo. Una o dos hembras se habían levantado ya. No se

interpusieron en el camino de Capo pero, por lo demás, prosiguieron con sus rutinas diarias como si nada.

Mientras ponía fin a su demostración, Capo vio a Aullido, una hembra con un tono de voz especialmente agudo. Estaba acurrucada en la base de una acacia, arrancando trozos a una seta e introduciéndoselos en la boca. Aullido no había llegado todavía a la pubertad, pero no le faltaba mucho. Mientras espiaba la tensa bolsa de sus genitales, Capo tuvo una inmediata erección.

Con el pelaje todavía erizado y la respiración ligeramente entrecortada, se acercó a Aullido, le alzó las caderas y la penetró con suavidad. El orificio era agradablemente estrecho y los adláteres de Capo lanzaron vítores y gruñidos y golpearon el suelo con los puños para jalear a su héroe. Aullido no se resistió y ajustó su postura para acomodarse a él. Pero mientras él cargaba con todas sus fuerzas, siguió comiendo trocitos de seta, no demasiado interesada.

Capo salió de Aullido antes de eyacular: era demasiado temprano para eso. Pero, a modo de *coup de grâce,* le dio la espalda a sus acobardados subordinados, se inclinó, y expulsó un chorro de excrementos que los cubrió de pies a cabeza. A continuación se dejó caer sobre el suelo, con los brazos en jarras, y dejó que algunos de sus favoritos se acercaran e iniciaran el ritual diario de caricias.

De aquel modo, con el correspondiente esplendor, comenzaba su día el gran jefe, el *capo di capí* de aquel grupo, el progenitor de la humanidad, el antepasado de Sócrates, Newton y Napoleón.

La siguiente prioridad era llenarse el buche.

Capo seleccionó a uno de sus subordinados —Fronda, un sujeto alto, fibroso e inquieto— y, entre furiosos aullidos, le propinó una serie de bofetones y golpes en la cabeza a la acobardada criatura.

Fronda captó el mensaje rápidamente. Su tarea sería dirigir al grupo en la búsqueda diaria de comida y agua. Eligió una dirección, el este, donde asomaba ya la luz del Sol naciente y, con unos andares que eran una mezcla

de torpe cabeceo a cuatro patas y carrera en posición erguida, empezó a correr de un lado a otro por una senda que se adentraba en aquella dirección, lanzando miradas a Capo en busca de su aprobación.

Capo no tenía razón alguna para preferir aquella dirección a cualquier otra. Pavoneándose y golpeando el blando suelo con los nudillos, salió detrás de Fronda. El resto del grupo, tanto los machos como las hembras, con los cachorros sujetos al vientre de sus madres, se formó rápidamente tras él.

El grupo se abrió camino por los árboles del lindero del bosque, registrándolo sistemáticamente. Buscaban sobre todo fruta, aunque estaban preparados para aceptar insectos e incluso carne si los encontraban. Los ruidosos machos se pavoneaban y competían entre sí, pero las hembras se movían con más calma. Los cachorros más pequeños permanecían junto a sus madres, mientras que los que estaban un poco más crecidos rodaban por el suelo y forcejeaban unos con otros.

A medida que proseguían con su interminable avance por el bosque, la amistad de las hembras se iba cimentando silenciosamente. La verdad sobre la sociedad de Capo era que las hembras formaban sus cimientos. Eran ellas las que se mantenían fieles a sus grupos de parentesco y compartían la comida que encontraban, una práctica que, desde el punto de vista genético, tenía mucho sentido, porque tus tías y tus sobrinas comparten tu mismo material genético. En cuanto a los machos, se limitaban a ir allí donde iban las hembras, y sus batallas por la dominancia era una especie de superestructura llamativa que carecía de auténtica importancia para el grupo.

Con la polla húmeda y una agradable sensación de dolor en los puños y la perspectiva de un vientre que pronto estaría lleno, Capo tendría que haber sido tan feliz como el que más. La vida era buena en el bosque. Para Capo, líder del grupo, difícilmente podría haber sido mejor. Pero, a pesar de ello, la brizna de inquietud que sentía seguía estando allí.

Por desgracia para su estado de ánimo, aquella mañana encontraron muy poca cosa. Se vieron obligados a seguir moviéndose.

En su avance por el bosque topaban con otros animales. Estaban los ocapi —jirafas de cuelo corto— y una variedad de hipopótamos del bosque, pigmeos y proboscideanos. Era una fauna ancestral que se aferraba a las costumbres de los bosques. Y había también otros primates. Pasaron junto a una pareja de gigantes: criaturas enormes, de hombros poderosos y pelo plateado que aposentaban sus colosales posaderas sobre el suelo mientras se alimentaban de las hojas que arrancaban de los árboles.

Eran como los barrigones de tiempos de Vagabunda. Los ancestros de Capo habían desarrollado un nuevo tipo de dientes para poder enfrentarse mejor a una dieta compuesta principalmente de fruta: Capo poseía grandes incisivos para morder, necesarios para la fruta, mientras que sus molares eran pequeños. La dentadura de aquellos devoradores de hojas era un reflejo invertido de la suya: para comer hojas no hacía falta morder mucho, pero sí masticar. Parientes próximas de los gigantopitecinos de Asia, estas grandes bestias, cada una de las cuales superaba el cuarto de tonelada de peso, se contaban entre los primates más grandes de toda la historia. Pero en aquel momento, los gigantes eran escasos en África.

No eran competidores directos de la tropa de Capo, cuyos miembros, carentes de los inmensos estómagos con los que los gigantes llevaban a cabo múltiples fermentaciones, no podían alimentarse de hojas. Sin embargo, a Capo le molestaba tener que desviarse de su curso para evitar a las silenciosas, pacientes e hieráticas criaturas. A fin de no perder crédito ante los suyos, se acercó a cuatro patas a uno de los gigantes de mayor tamaño, un macho, y empezó a hacer una de sus habituales demostraciones de fuerza. Con el pelaje erizado, echó a correr en círculos y golpeó el suelo con los puños. El devorador de hojas lo observó, impasible y carente por completo de curiosidad. Incluso sentado, era bastante más alto que Capo.

Satisfecho el honor, Capo rodeó a los gigantes y siguió su camino.

La marcha matutina no duró mucho más, pues al grupo se le acabaron los árboles.

Aquella era la causa de la inquietud de Capo. Aquella franja de bosque, menguante y medio inundada, ya no era un hogar tan exuberante como

antes. Era solo una isla, de hecho, en un mundo de espacios abiertos mucho más grande.

Desde los árboles, contempló aquel mundo, que todavía estaba emergiendo de un amanecer brumoso.

Aquel jirón boscoso se encontraba en la palma de una extensa y luminosa llanura. La tierra era como un parque, una mezcla de verdes llanuras abiertas y pequeñas franjas boscosas. La mayor parte de los árboles eran palmeras y acacias pero había también una mezcla de otras especies, tanto coníferas como caducifolias: nogales, robles, olmos, abedules y cedros.

Lo que más habría sorprendido a Vagabunda, la tatarabuela lejana de Capo, habría sido la naturaleza de la manta que cubría aquellas planicies verdes. Era hierba: dura y resistente, la hierba estaba extendiéndose de forma lenta y silenciosamente implacable por todo el mundo.

Y en las llanuras había muchos, muchos lagos, estanques y marismas. Por todas partes se levantaba niebla y los primeros calores del Sol llenaban el aire de humedad. Un gran río, procedente de las colinas que se extendían al sur, se desplegaba ahora con un serpenteo perezoso por las llanuras. Alrededor de sus orillas había extensas llanuras aluviales, algunas de ellas pantanosas o cubiertas por una película de agua. La tierra era como una esponja rebosante, empapada de agua. Algunos de los árboles estaban muriendo y, en algunos casos, sus raíces estaban al descubierto en las aguas superficiales. Los restos del bosque, encogidos por el continuo enfriamiento y secado del mundo, estaban ahogándose.

Aquella llanura empapada se extendía en dirección norte hasta donde alcanzaba la vista de Capo. Pero al sur la tierra se levantaba para formar una inmensa muralla mellada solo por el curso de aquel poderoso río. Delante de aquella cordillera se extendía un área más desolada, salpicada de amplias placas de sal, de color blanco hueso, algunas de las cuales albergaban pequeños lagos de aspecto estancado.

Hubo un bramido al norte y Capo se volvió hacia allí. Los animales de las llanuras estaban enfrascados en sus asuntos. En la distancia, Capo oteó lo que parecía una manada de cerdos salvajes demasiado grandes, pastando

en la hierba. Sus cuerpos achaparrados y de color pardo les hacían parecer enormes babosas. No eran cerdos ni hipopótamos. Eran anthracotheres, reliquias de tiempos mucho más antiguos.

Dos enormes chalicotheres caminaban lentamente por la llanura, arrancando los matorrales con sus enormes zarpas. Solo escogían los brotes más frescos, y se los metían en la boca, delicados como osos panda. El más alto, el macho, alcanzaba casi los tres metros a la altura del hombro. Tenían cuerpos voluminosos y unas patas traseras muy gruesas, pero las delanteras eran alargadas y sorprendentemente gráciles. Sin embargo, a causa de sus largas garras, no podían apoyar los dedos en el suelo, y caminaban sobre los nudillos. Por su cuerpo se parecían un poco a enormes gorilas de pelo corto, pero tenían grandes cabezas equinas. Aquellos antiquísimos animales eran primos de los caballos. En el pasado habían estado mucho más extendidos, pero ahora los arbustos de los que dependían para vivir escaseaban cada vez más; su especie era la última de la familia de los chalicotheres.

Más cerca de ellos, los simios pudieron oír un rumor ruidoso y regular. Curiosos, se volvieron en aquella dirección. Una familia de unas criaturas parecidas a elefantes estaba trabajando los árboles del lindero del pequeño bosque, arrancando ramas con las trompas e introduciéndose el follaje en las bocas. Eran gomphotheres, criaturas inmensas. Cada una de ellas tenía cuatro colmillos, un par en la mandíbula inferior y otro en la superior, que les hacían parecer carretillas elevadoras.

Los proboscideanos estaban en su apogeo. El triunfante prototipo fisiológico de los elefantinos había engendrado toda una gama de especies que se habían extendido por todo el mundo. En Norteamérica, los mastodontes sobrevivirían hasta la llegada del hombre. Otra familia era la de los excavadores con colmillos, como aquellos gomphotheres, con sus larguísimos y aplanados colmillos inferiores. Y, en África y el sur de Asia, estaban los stegodones, de cuernos largos y rectos. Eran los antepasados de los auténticos elefantes y mamuts, que todavía no habían aparecido.

El sonido de la llamada de los gomphotheres, que en el frío del aire de la mañana llegaba muy lejos y resonaba profundamente en el espectro infrasónico, era espeluznante. Aquellos proboscideanos en concreto eran

omnívoros. Como cazadores no eran muy temibles, especialmente porque sus patas les impedían correr muy deprisa, pero, en conjunto, un elefante carnívoro era algo que convenía evitar.

Fue entonces cuando Fronda, el macho largo y delgado, salió inesperadamente a cuatro patas del bosque y se internó en unas hierbas que le llegaban a la altura del hombro. La hierba, sacudida por una brisa, se mecía a su alrededor, formando un lánguido oleaje que se extendía a lo largo de incontables acres vacíos.

Titubeando, Fronda se levantó sobre las patas traseras. Durante una fracción de segundo permaneció así, contemplando un mundo que se encontraba más allá del alcance de los primates, el verde vacío por el que caminaban animales, los antílopes, elefantes y chalicotheres que pastaban en la hierba abundante.

Entonces, agotado su valor, se dejó caer de nuevo sobre las cuatro patas y regresó apresuradamente al bosque.

Capo le propinó una buena paliza como castigo por haber corrido semejante riesgo. Hecho esto, se llevó de nuevo al grupo al interior del bosque.

Capo se encaramó a una acacia en busca de frutos y flores. Era un trepador experto Su estilo, que podría haberse calificado de «convulso», utilizaba los brazos para impulsarse con las ramas y los pies para apoyarse en el tronco de los árboles.

Era una habilidad que no hubiera estado al alcance de Vagabunda, ni, de hecho, de ningún mono. Los simios como Capo tenían el pecho plano, las patas cortas y los brazos largos. Habían conseguido su superior flexibilidad desplazando los omóplatos a la parte inferior del cuerpo, lo que permitía a Capo alzar los brazos por encima de su cabeza. Así podía encaramarse a un árbol tirando de sí mismo con los brazos. Si Vagabunda había pasado gran parte de su vida corriendo por las ramas, Capo era un trepador.

Y esta transformación genética orientada a la capacidad de escalar había tenido un efecto secundario, fácilmente perceptible en el alargado y

estrecho cuerpo de Capo, Acostumbrado a trabajar verticalmente, con una estructura ósea y un sistema de equilibrio nuevos, Capo ya estaba preparado para caminar sobre dos pies. Algunas veces lo hacía en los árboles, sujetándose a las ramas con las manos para mantener el equilibrio cuando trataba de alcanzar los frutos más lejanos. Y en ocasiones, algún congénere suyo se erguía a campo abierto, como Fronda había demostrado antes.

Al tiempo que sus cuerpos se transformaban, los simios se volvían más inteligentes.

En aquellos climas tropicales, los árboles no solían dar fruto simultáneamente. Hasta cuando encontrabas un árbol que hubiese dado fruto, cabía la posibilidad de que tuvieras que desplazarte mucho antes de dar con el siguiente. Así que los simios tenían que pasar la mayor parte del día buscando unos recursos dispersos, solos o en pequeños grupos, reuniéndose de nuevo para dormir en los refugios de las copas de los árboles. La arquitectura básica de la recolección de alimentos había moldeado su vida desde el punto de vista social. Porque tenían la necesidad de comprender muy bien el entorno si querían encontrar la comida que necesitaban.

Y, habida cuenta de la forma en la que vivían, sus formas de vinculación eran poco rígidas. Podían separarse y volver a reunirse, entablando relaciones especiales con otros miembros de la comunidad, aunque no se vieran durante varias semanas. Para concebir y controlar una sociedad compleja, dúctil y desarrollada en múltiples niveles, hacía falta una inteligencia superior. Cuando los simios hacían juegos malabares con sus relaciones, era como si estuvieran viviendo una telenovela, pero esta telenovela era un torbellino social que iba perfeccionando sus rudimentarias mentes.

En los primeros años tras la gran división de los antropoides arcaicos en monos y simios, los simios se habían convertido en los primates dominantes del Viejo Mundo. Aunque el estrechamiento de los cinturones climáticos los había arrinconado en las latitudes medias, todavía quedaba espacio de sobra para ellos en la franja forestal ininterrumpida que cubría toda África y se extendía a lo largo de Eurasia desde China a España. Siguiendo aquel

pasillo verde, los simios habían salido de África y se habían desperdigado por todos los bosques del Viejo Mundo. De hecho, en esta migración, habían ido de la mano con los proboscideanos.

En su momento álgido, existían más de sesenta especies de simios. Su tamaño era variable, desde algunos pequeños como gatos a otros tan grandes como elefantes jóvenes. Los más grandes, como los gigantes, se alimentaban de hojas; los medianos —del tamaño de Capo— comían fruta; y los pequeños, por debajo de un kilo más o menos, eran insectívoros, como sus antepasados lejanos: cuanto más pequeño es el animal, más rápido es su metabolismo y demanda un alimento de mayor calidad. Pero había sitio para todos. Había sido la edad de oro los simios, un poderoso imperio antropoide.

Desgraciadamente para ellos, no había durado mucho.

Conforme el mundo continuaba enfriándose y secándose, los vastos cinturones forestales se habían ido encogiendo hasta acabar reducidos a islotes aislados, como aquel. La desaparición de las junglas que conectaban África y Eurasia había aislado a las poblaciones de simios asiáticos, que evolucionarían con independencia de los eventos africanos hasta dar a luz al orangután y sus parientes. La reducción de las superficies habitables había venido acompañada de una merma de las poblaciones. De hecho, la mayoría de los simios ya se había extinguido.

Y entonces había aparecido un competidor nuevo.

Capo llegó junto a una masa de vegetación donde sabía que aquella acacia concreta tenía un puñado de flores especialmente productivas. Pero se encontró con que alguien había saqueado ya las espinosas ramas. Al apartarlas, se encontró frente a una pequeña cara, negra y asustadiza, rodeada por un halo de pelo blanco y con un mechón gris en lo alto. Era un mono —un cercopiteco— y tenía la pequeña boca manchada de zumo. Miró a Capo a los ojos, lanzó un chillido y salió disparado de allí antes de que el gran simio pudiera hacer nada para impedirlo.

Capo descansó un momento, rascándose la mejilla con aire meditabundo.

Los monos eran una plaga. Su gran ventaja era que podían comer la fruta cuando todavía no estaba madura. Sus cuerpos fabricaban una enzima que neutralizaba las toxinas químicas utilizadas por los árboles para proteger los frutos hasta que las semillas estuvieran preparadas para germinar. Los simios no podían competir con esto. Así que los monos dejaban los árboles secos antes de que los simios llegaran. Hasta estaban adentrándose en los pastizales, alimentándose de las semillas que se encontraban en ellos. Para los simios, los monos eran unos competidores tan duros como habían sido siempre los roedores.

A cierta altura por encima de la cabeza de Capo, se movió una forma esbelta, columpiándose con elegancia y sentido. Era un gibón. Atravesaba las copas de los árboles a una velocidad pasmosa. Utilizaba su cuerpo como un péndulo para obtener impulso y, como un niño en un columpio de feria, movía las piernas arriba y abajo para ganar velocidad.

El cuerpo del gibón era como una versión extrema del diseño de largos brazos y pecho plano que caracterizaba a los simios. Las articulaciones cerradas de sus hombros y muñecas se habían abierto para que pudiera suspenderse de los brazos y doblar el cuerpo describiendo círculos casi completos. Gracias a su bajo peso y su extremada flexibilidad, el gibón podía colgarse de las últimas ramas de los árboles más altos y era capaz de alcanzar las frutas que crecían al final de las ramas más delgadas, a salvo incluso de los depredadores que trepaban. Y, capaz de colgarse cabeza abajo de los pies, podía alcanzar frutos que no estaban al alcance de otros simios, incapaces de llegar tan alto, o incluso de los monos, que corrían por las ramas.

Capo contempló al gibón y experimentó una especie de envidia por su gracia, elegancia y habilidad, que nunca podría igualar. Pero, por magnífico que fuera, el gibón no era un triunfo de los simios sino una reliquia, obligado por su derrota ante los monos a proveerse el sustento en los márgenes del nicho ecológico.

Vagamente decepcionado y todavía hambriento, Capo se marchó.

Después de algún tiempo, Capo encontró otro de sus recursos favoritos, un grupo de palmeras. Los frutos de aquel árbol tenían una carne suculenta y aceitosa, pero estaba protegida por una cáscara exterior especialmente dura que les garantizaba inmunidad frente a la mayoría de los animales, incluidos los monos de manos ágiles. Pero no frente a los simios.

Capo arrojó varios puñados de frutos al suelo y a continuación bajó a buscarlos. Reunió todos los frutos, se los llevó junto a las raíces de una acacia que conocía, y los escondió debajo de un montón de hojas de palma secas.

A continuación se dirigió al perímetro del bosque, donde había escondido su arsenal de percutores. Eran unos guijarros que se ajustaban perfectamente al tamaño de la palma de su mano. Escogió uno de ellos y regresó al lugar donde había escondido los frutos.

De camino allí se cruzó con la adolescente, Aullido. Por un momento fugaz consideró la posibilidad de aparearse de nuevo con ella pero recibir las atenciones de Capo una vez al día era honor suficiente para cualquier hembra.

En todo caso, en aquel momento estaba con un cachorro, un macho de aspecto extraño, con un labio superior curiosamente alargado: Elefante. De hecho, era uno de los hijos de Capo. El pequeño estaba sentado en el suelo, con las manos en el estómago y aullando penosamente. Puede que tuviera un gusano o algún otro parásito. Aullido estaba acompañándolo en sus lamentos, como si parte del dolor se hubiera transferido a su cuerpo. Estaba arrancando hojas espinosas y haciéndoselas tragar: las hojas contenían compuestos que eran tóxicos para muchos parásitos.

Y allí estaban Dedo y Fronda, vio, escarbando el suelo del bosque mientras caminaban. Le dio la impresión de que estaban planeando algún pequeño robo. De hecho, comprendió con indignación, tenían los ojos puestos en el montón de hojas con las que había tapado su pequeño botín de frutos.

Capo refrenó su impaciencia. Se sentó bajo un árbol, dejó su percutor en el suelo, cogió un palo y empezó a trabajar metódicamente para limpiarse los espacios entre los dedos del pie. Sabía que si corría hacia las hojas de

palma, los otros llegarían antes y le robarían los frutos. Con su comportamiento, estaba haciendo creer a Fronda y Dedo que no había nada escondido.

A diferencia de Vagabunda, Capo era capaz de intuir las intenciones de los demás. Y comprendía que podían creer cosas diferentes a él y que sus acciones podían afectar a las cosas que creyeran. Era una capacidad que incluso hacía posible una especie de empatía: Aullido estaba compartiendo realmente el sufrimiento de Elefante. Pero también posibilitaba formas más refinadas de engaño y traición. En cierto sentido, Capo era capaz de leer mentes.

Esta nueva capacidad lo había hecho consciente de sí mismo, de una forma desconocida hasta entonces. El mejor modo de modelar el contenido de la mente de otro era estudiar la propia: *Si estuviera viendo lo que él ve, si creyera lo que él cree, ¿qué haría yo?* Era una mirada dirigida al interior, una reflexión: el nacimiento de la consciencia. Si alguien le hubiera enseñado a Capo su rostro en un espejo, habría sabido que se trataba de él mismo, no de otro simio detrás de una ventana. Sus congéneres eran los primeros animales que alcanzaban semejante sofisticación desde los cazadores de Pangea.

Al final, Dedo y Fronda se alejaron del lugar en el que había escondido los frutos. Capo cogió su percutor y se dirigió hacia allí. Más tarde, les daría una buena paliza a los dos ladrones, por una cuestión de principios, más que nada. Ellos nunca comprenderían el porqué.

Apartó las hojas y su yunque favorito, una roca plana hundida en la tierra, salió a la luz. Para protegerse las posaderas, colocó algunas hojas de buen tamaño sobre el suelo húmedo. Se sentó con las piernas dobladas sobre el pecho. Puso un fruto de palma sobre el yunque, sosteniéndolo con dos dedos, y entonces, apartando los dedos en el último momento, lo golpeó con el percutor. El fruto rodó un poco y cayó a un lado, intacto. Capo lo recogió y volvió a intentarlo. Era un procedimiento complicado que requería mucha coordinación. Pero Capo solo necesitó tres intentos para partir el primer fruto y poder disfrutar de su contenido.

Veintisiete millones de años después de Vagabunda y de su costumbre de golpear las nueces contra las ramas de los árboles, aquella era la cima de la tecnología en la Tierra.

Capo empezó a trabajar con los frutos y su mente se concentró en el complejo proceso y abandonó por un momento las oscuras preocupaciones que la carcomían. La mañana estaba ya bastante avanzada y durante un rato se sintió colmado, satisfecho en la certeza de que había conseguido comida suficiente para espantar los dolores del hambre al menos durante unas horas.

Elefante, atraído por el olor de los frutos, se acercó para ver lo que estaba pasando. Evidentemente, su problema estomacal se había aliviado gracias a la rápida medicina de Aullido, o puede que solo hubiera estado fingiendo para llamar un poco la atención, pero en cualquier caso estaba empezando a sentir hambre. Vio los trozos de cáscaras tirados alrededor del yunque e incluso algunas migajas de carne de los frutos. El jovencito recogió estos últimos y se los metió en la boca.

Capo, en un alarde de magnanimidad, se lo permitió.

Entonces llegó Hoja con la cría aferrada a su espalda.

Capo dejó caer la piedra martillo y extendió los brazos hacia Hoja. Empezó a rascarle el vientre, una atención a la que ella se sometió de buen grado. Hoja, una criatura grande y apacible, era una de sus hembras favoritas. De hecho, era la favorita de todos los machos del grupo, que competían por el derecho a acariciarla.

Pero aquella no era la manera de actuar de Capo. Su pene dormido no tardó mucho en asomar la cabeza entre el pelaje y terminó con las caricias. Cuidadosamente, Hoja descolgó el cachorro de su espalda y lo puso en el suelo. A continuación, se tendió en el suelo y dejó que Capo la penetrara. Arqueó la espalda mientras él empujaba, a fin de que su cabeza estuviera inclinada hacia abajo y pudiera apoyar todo el peso sobre el cráneo. Aquellos simios copulaban a menudo cara a cara. Allí estaba de nuevo la empatía: de este modo podían compartir el placer que se administraban con las caricias o el apareamiento.

Capo y Hoja estaban muy unidos. Aunque eran criaturas promiscuas, a veces se perdían juntos en el interior del bosque durante días —solos los dos— y, era durante estos safaris de ternura, anticipo de la intimidad sexual de razas más avanzadas, cuando habían sido concebidos la mayoría de los hijos de Hoja, incluido el propio Elefante.

Lo que Capo y Hoja sentían el uno por el otro en momentos así no se parecía en nada al amor de los humanos. Cada uno de los simios permanecía encerrado en una prisión sin palabras: su «lengua» no era aún mucho más sofisticada que un aullido de dolor. Pero se contaban entre las criaturas menos solitarias del planeta, las menos solitarias de toda la historia.

Mientras tanto, el joven Elefante observaba las herramientas de Capo. Empezó a golpetear una nuez con el guijarro y luego el guijarro contra el yunque.

Los simios como Capo, en su desarrollo desde la infancia, tenían mucho que aprender del medio que los rodeaba. Tenían que aprender dónde encontrar agua y comida, cómo usar herramientas ocasionalmente para alcanzar la comida y cómo aplicar su sencilla medicina natural. Se habían visto obligados, de hecho, por la competencia con los monos: tenían que ingeniárselas para extraer la comida que los monos no pudieran alcanzar y para eso hacía falla inteligencia.

Pero no tenían escuelas. No es que Elefante estuviera tratando de deducir lo que Capo había estado haciendo. Pero por medio de la experimentación, utilizando el proceso de prueba y error y las herramientas que los adultos dejaban siempre abandonadas, e impulsado por la tentación que representaban los deliciosos frutos de palma, Elefante acabaría por aprender a abrir los frutos por sí solo. Tardaría tres años más en conseguirlo. Elefante tenía que aprenderlo todo desde cero, como si en el lapso de su vida tuviera que repetir todo el progreso intelectual de la especie.

Una vez tras otra golpearía los frutos, como si fuera el primer simio de la historia en intentar aquel truco.

Capo alcanzó un lento y tembloroso orgasmo, el primero del día. Salió de Hoja y rodó sobre su espalda, muy contento consigo mismo sin demasiada justificación, y permitió que ella lo acariciara y le deshiciera los nudos del pelaje.

Pero entonces, su paz mental fue perturbada por una repentina cacofonía procedente del interior del bosque: gritos, golpes, el sonido de cuerpos de gran tamaño que trepaban y se columpiaban.

Capo se incorporó. En su mundo no convenía que hubiera demasiada excitación sin que él estuviera implicado. Se encaramó al tocón de un árbol caído, golpeó una rama con mucha fuerza repetidas veces, propinó una bofetada rutinaria a Elefante y se encaminó bamboleándose hacia el origen del ruido.

Un grupo de jóvenes machos estaba dando caza a un mono.

A Capo le pareció que era el mismo al que había sorprendido antes engullendo flores de acacia. Ahora se había refugiado en lo alto de una palmera joven, acobardado.

Los cazadores se habían dispersado alrededor de la base del árbol y estaban trepando sigilosamente a los árboles circundantes. Otros, Fronda y Dedo entre ellos, se habían reunido para asistir al espectáculo. Eran los espectadores los que estaban haciendo todo el ruido. Los cazadores se movían con sigilo y silencio. Pero al mono, aquel estrépito le aterraba y desorientaba.

Cuando comprobó quiénes eran los cazadores, Capo se vio desagradablemente sorprendido. Eran los fornidos jóvenes machos que se habían marchado hacía varios días en una expedición de recogida de comida a otra parte del bosque. Su informal líder, una criatura corpulenta llamada Bloque, había causado algunos problemas a Capo en el pasado por culpa de su vena rebelde, y se había alegrado de verlo marchar: que soltara un poco de presión, cometiera algunos errores, que saliera herido en alguna pelea, y muy pronto volvería a plegarse a su autoridad.

Pero había estado fuera solo unos días, cuando Capo había esperado que fueran semanas. Y, a juzgar por el aspecto de aquella furiosa agresión, la excursión no había hecho nada por mejorar su temperamento.

La cacería también preocupaba a Capo. Normalmente, los monos solo se cazaban cuando escaseaba la comida, como por ejemplo en épocas de sequía. ¿Por qué ahora? Uno de los simios cazadores dio un repentino salto. Con un aullido, el mono saltó en dirección contraria... y cayó en los brazos de otro cazador, que lo estaba esperando. Los espectadores aullaron y chillaron. El cazador balanceó al mono de un lado a otro y golpeó su cráneo contra el tronco de un árbol. Sus gritos cesaron al instante. Entonces, el cazador arrojó el cadáver inerte al suelo, dejando una mancha rojo brillante en medio de la verde lobreguez del bosque.

Era el momento de Capo. Rebasó a Bloque de un salto para ser el primero en llegar al cuerpo. Cogió el cadáver todavía caliente por un tobillo, lo retorció con todas sus fuerzas y arrancó el pequeño miembro a la altura de la rodilla.

Pero, para gran asombro suyo, Bloque lo desafió. El poderoso macho saltó sobre él con los pies por delante y lo golpeó en pleno pecho. Capo cayó de espaldas, con un fuerte dolor en la caja torácica y sin aliento. Bloque recogió tranquilamente el miembro del mono y le dio un mordisco que le llenó la boca de sangre. Todos los simios estaban ahora como locos, y aullaban, golpeaban el suelo y se arrojaban unos encima de otros.

Ignorando el dolor de su pecho, Capo se puso en pie con un rugido. No podía dejar que Bloque se saliera con la suya. Trepó a las ramas más bajas de un árbol, se golpeó furiosamente el pecho, aulló con la fuerza suficiente para perturbar a los pájaros que se habían posado más arriba y bajó al suelo de un salto. Dejó que su furia lo recorriera por entero hasta erizarle el pelaje y una orgullosa erección púrpura emergió frente a él: un toque especial, la marca de la casa.

Pero Bloque se mantuvo firme. Aferrando el miembro del mono como si fuera un garrote, llevó a cabo su propia demostración, con saltos, golpes y aullidos tan impresionantes como los de Capo.

Capo era consciente de que no podía permitirse el lujo de perder aquel combate. Si lo hacía, teniendo en cuenta el círculo de cazadores manchados de sangre que rodeaban a Bloque, era posible que no perdiera solo su posición, sino también la vida.

Con una agilidad impropia de sus muchos años, dio un gran salto, derribó a Bloque y se sentó sobre su pecho. A continuación empezó a golpearlo en la cabeza y el pecho con todas sus fuerzas. Con la única excepción de la juventud, Capo contaba con todas las ventajas: sorpresa, experiencia y autoridad. Bloque era incapaz de levantar su peso y así no podía utilizar sus poderosos brazos y piernas.

Gradualmente, la batalla empezó a decantarse en su favor en la mente del resto del grupo, lo que era tan importante como someter a Bloque. Los seguidores del joven macho parecían haberse refugiado entre los árboles y los aullidos de excitación y aprobación que Capo oía ahora parecían dirigidos a él.

Pero al mismo tiempo que luchaba para someter a Bloque, una lenta deducción estaba abriéndose camino por la mente espaciosa de Capo.

Pensó en los árboles moribundos que había entrevisto más allá de las fronteras de la isla de bosque, en el precipitado regreso de Bloque y sus compañeros, en su hambre y en su necesidad de cazar.

Bloque no había encontrado ningún lugar al que ir. El bosque estaba menguando. Aquello había sido verdad durante toda su vida y ahora estaba convirtiéndose en una verdad inevitable. Ya no había espacio suficiente para todos. Si trataba de mantener al grupo allí, la tensión entre ellos, provocada por la competencia por unos recursos cada vez más escasos, acabaría por ser demasiado intensa.

Tenían que marcharse.

Al fin, Bloque se rindió. Su cuerpo quedó inerte debajo de Capo, puso las manos en las nalgas del otro macho y hasta acarició fugazmente su pene todavía erecto, gestos de sumisión todos ellos. Para asegurarse de que el mensaje quedaba bien claro, Capo pasó otros diez segundos golpeándole la cabeza. Entonces se levantó de encima del joven macho. Con el pelo

todavía erizado, se adentró en el bosque, donde podría permitirse el lujo de cojear y frotarse el pecho dolorido sin que nadie lo viera.

Tras él, los demás cayeron sobre los restos del mono. Sus estómagos no estaban bien preparados para digerir carne, y más tarde registrarían sus propias heces en busca de algún despojo de carne que volver a comer. Era un sistema digestivo que tendría que progresar si los descendientes de aquellas criaturas recolectoras habían de prosperar en la sabana.

II

Desde los tiempos de Vagabunda, la hierba había rehecho la faz del mundo.

El gran enfriamiento episódico de la Tierra continuaba. A medida que el casquete polar de la Antártida atrapaba más y más cantidad de agua, iba disminuyendo el nivel de los océanos, y los mares interiores menguaban o quedaban cercados del todo. Pero, al haber más masa continental emergida, había menos agua para compensar los extremos climáticos del frío y el calor, y las rocas desgastadas absorbían dióxido de carbono del aire, lo que disminuía su capacidad para retener el calor del Sol. Más frío y más seco, el planeta había desarrollado un vasto mecanismo de retroalimentación que, a su vez, sumió a su superficie en unas condiciones de aridez y frío todavía mayores.

Mientras tanto, varias colisiones tectónicas creaban nuevas cordilleras: los Andes de Sudamérica y el Himalaya de Asia. Estas nuevas montañas proyectaban inmensas sombras pluviales sobre los continentes; el desierto del Sahara no tardaría en aparecer en una de estas sombras. En la nueva desecación, vastos cinturones de bosques de hoja caduca se extendieron desde el norte y el sur hacia el ecuador.

Y la hierba se propagó.

Las plantas herbáceas —siempre numerosas y capaces de reproducirse por fertilización gracias al polen que arrastraban los vientos— parecían haber sido diseñadas para estas nuevas condiciones, más secas y con menos vegetación. La hierba podía subsistir con la lluvia esporádica que ahora caía, mientras que los árboles, cuyas raíces se adentraban más en la tierra, solo encontraban sequedad y no eran capaces de competir con ellas. Pero el auténtico secreto de la hierba estaba en los tallos. Las hojas de la mayoría de las plantas crecían desde las puntas de los brotes. Pero con la hierba no ocurría así: las briznas de hierba crecían a partir de tallos subterráneos. Así que una planta herbácea podía ser devorada por un animal hambriento hasta la misma superficie sin que perdiera la capacidad de regenerarse.

Estas propiedades tan poco espectaculares habían permitido a la hierba apoderarse de un mundo entero y alimentarlo.

Los nuevos herbívoros que se alimentaban de la hierba desarrollaron estómagos rumiantes especializados, capaces de digerirla en largos períodos de tiempo y de este modo extraerle la máxima cantidad de nutrientes, y dientes capaces de soportar los efectos abrasivos de los granos de sílice de las briznas. Muchos herbívoros aprendieron a emigrar para aprovechar la estacionalidad de las lluvias. Estos nuevos mamíferos eran más grandes y esbeltos que sus antepasados, y poseían patas largas con pies especializados y un número reducido de dedos que les permitían recorrer largas distancias a una buena velocidad. Y, al mismo tiempo, se produjo un espectacular aumento en el número y los tipos de roedores, como los campañoles y los ratones de campo, capaces de alimentarse de semillas de hierba.

También aparecieron nuevos tipos de carnívoros, equipados para alimentarse de las manadas de grandes herbívoros. Pero las reglas de la caza ancestral habían cambiado. En los amplios espacios abiertos de las praderas, los depredadores podían ver a sus presas desde muy lejos... y viceversa. Así que depredadores y presa emprendieron una carrera de armamento metabólico, con el énfasis en la velocidad y la resistencia. Desarrollaron piernas aún mayores y reacciones más rápidas.

Un nuevo tipo de paisaje empezó a aparecer, especialmente en la parte oriental de los continentes, al abrigo de los vientos predominantes, del

oeste, y de las lluvias que arrastraban consigo: planicies abiertas, tapizadas de hierba, salpicadas de núcleos dispersos de matorral y bosque. Y, a su vez, los animales que se adaptaron a la nueva vegetación se vieron recompensados con una fuente de alimento garantizada que podía extenderse a lo largo de cientos y cientos de kilómetros.

Pero la especialización, junto a la estabilidad de las praderas, confinaría a los herbívoros a la hierba y a los depredadores a sus presas, estableciendo una especie de co-dependencia. Los ciervos, vacas, cerdos, perros y conejos de este período se diferenciaban muy poco de sus equivalentes de la era humana, cinco millones de años después, aunque muchos de ellos nos hubieran parecido sorprendentemente grandes. Con el tiempo, sus parientes más pequeños y rápidos los sacarían de la competición.

Mientras tanto, la aparición de puentes continentales, provocada por el descenso en los niveles del mar, desencadenó una inmensa trasmigración de animales. Tres clases de elefantes —los deinotheres y mastodontes, herbívoros, y los gomphotheres, omnívoros— pasaron de África a Asia. Junto a ellos viajaban los simios, parientes de Capo. Y en dirección contraria vinieron los roedores, felinos, rinocerontes, ratones, ciervos, cerdos, jirafas y antílopes primitivos.

Había algunas especies exóticas, especialmente en las islas y los continentes separados. En Sudamérica florecían los roedores más grandes de toda la historia; había una especie de cerdo de guinea tan grande como un hipopótamo. En Australia habían aparecido los primeros canguros. Y los que más adelante se considerarían animales tropicales podían encontrarse en Norteamérica, Europa y Asia: en Inglaterra, el Támesis era ancho y pantanoso, y en su llanura aluvial vivían hipopótamos y elefantes. El mundo se había enfriado mucho desde tiempos de Noth, pero no tanto; los fríos más intensos afectarían a eras futuras.

Pero el desecamiento continuaba. Muy pronto, el antiguo mosaico de pastizales y bosques, capaz de sustentar una amplia variedad de animales, perduraría solo en el África ecuatorial. Por todas partes, las praderas daban paso a las llanuras áridas, la sabana, la estepa y la pampa. En estas condiciones, más sencillas y duras, muchas especies desaparecieron.

Este intenso drama evolutivo se debía a los incesantes cambios en el clima de la Tierra, y los animales estaban tan inermes frente a él como una gota de fundente en la gran forja terrestre.

A la mañana siguiente no se repitió la exuberante ceremonia del día anterior: Capo no se rascó los testículos. Nada más despertar, se incorporó, lanzó un pequeño aullido por las lesiones y magulladuras del día anterior, y vació la vejiga y los intestinos en un movimiento rápido y eficiente, ignorando los ruidos de protesta que venían de abajo.

Salió de su nido y empezó a bajar del árbol. Del mismo modo que el día anterior, despertó a la tropa golpeando sus nidos, aullando, lanzando puntapiés y propinando golpes. Pero hoy no estaba interesado en hacer demostraciones: esta mañana, no lo movía un afán de dominación, sino de liderazgo.

La decisión tomada seguía fresca en su mente. El grupo tenía que ponerse en movimiento. Su destino no formaba parte aún de su sencillo proceso de toma de decisiones. Pero lo que estaba muy claro en su mente era la presión del día anterior, la competición con Bloque, la sensación que había tenido de que eran demasiados para su pequeño bosque.

El grupo se reunió en el suelo, más de cuarenta miembros, incluidos los niños que se aferraban a los vientres o las espaldas de sus madres. Tenían sueño, estaban cansados, se rascaban y bostezaban. Por supuesto, tan pronto como estuvieron reunidos, empezaron de nuevo a desperdigarse, arrancando briznas de hierba, o mohos del suelo, o higos y otras frutas accesibles de los árboles. Incluso entre los machos, detectó reservas, rivalidad, resentimiento; podían resistirse a él solo por dejar constancia de ello en el interminable juego de la dominancia. Y en cuanto a las hembras, eran un mundo en sí mismas, a pesar de toda la violencia y el ruido de Capo.

¿Cómo iba a poder llevar a ninguna parte a aquel grupo?

Su mente era una máquina sofisticada, evolucionada básicamente para enfrentarse a situaciones sociales complejas. Y poseía una capacidad innata para comprender el medio en el que se encontraba. En su cabeza había una

especie de base de datos con los recursos que necesitaba para permanecer vivo y el lugar donde podía conseguirlos. Hasta poseía una especie de sentido de orientación absoluto, y era capaz de llevar a cabo complicados cálculos de trayectorias en desplazamientos cortos. Era esta consciencia espacial lo que había provocado sus temores sobre la merma de los límites del bosque.

A diferencia de un ser humano, no era consciente en todo momento. Su consciencia era intermitente. Solo era auténticamente consciente de sus propios pensamientos, de su yo, cuando pensaba en los demás miembros del grupo, pues ese es el propósito principal de la consciencia, modelar el pensamiento de otros. Y no era igualmente consciente de otras áreas de su vida, como la recogida de alimentos e incluso el uso de herramientas: estas eran acciones inconscientes, tan periféricas a su consciencia como el respirar, o los movimientos de sus brazos y piernas cuando trepaba. Su psique no era como la de un ser humano; era más simple, compartimentada.

Para él era muy difícil juntar las piezas del rompecabezas: el peligro que representaba la merma del bosque y lo que tenía que hacer con su grupo. Pero lo cierto es que lo percibía como un peligro muy real, y sus instintos le gritaban que saliera de allí. El grupo tenía que seguirlo. Era tan sencillo como eso; lo sabía hasta en el fondo de la última fibra de su ser. Si se quedaban allí, morirían sin remisión.

Así que empezó a rugir para impulsar la circulación de la sangre, y realizó la más vigorosa demostración de fuerza de toda su vida. Corrió entre los demás, propinando bofetadas, golpes y puntapiés. Arrancó ramas de los árboles y las sacudió encima de su cabeza para parecer todavía más grande. Se columpió y saltó sobre las ramas y troncos, golpeó ferozmente el suelo y —como gesto dramático destinado a reforzar la victoria del día anterior— arrojó a Bloque al suelo y le frotó el trasero ampollado en la cara. Fue un espectáculo magnífico, tan bueno como el mejor que hubiera montado en sus mejores días. Los machos aullaban, las hembras se encogían, los niños lloraban y Capo se permitió un momento de orgullo por su obra.

Pero entonces trató de conducirlos hacia el lindero del bosque. Se volvió, sacudiendo ramas y corriendo adelante y atrás.

Se le quedaron mirando. De repente estaba comportándose como un joven sumiso. Así que repitió su exhibición, golpeando el suelo, dando volteretas, aullando, y, una vez más, trató de conseguir que lo siguieran.

Al fin, uno de ellos se movió. Era Fronda, el joven macho larguirucho. Apoyando las manos en el suelo, dio un par de pasos inseguros en su dirección. Capo respondió con un chillido agudo, se lanzó sobre Fronda y lo recompensó con una buena dosis de intensas caricias. Varios más imitaron el ejemplo de Fronda: Dedo, algunos de los machos más jóvenes, ansiosos por recibir el mismo tratamiento. Pero Capo advirtió que Bloque lanzaba a Fronda una disimulada patada.

Y entonces, para inmenso alivio suyo, se adelantó Hoja, con su bebé a la espalda, caminando a cuatro patas, orgullosamente aunque con cierta rigidez. Al ver que la hembra mayor acudía, otras la siguieron, incluida Aullido, la jovenzuela casi pubescente.

Pero no todas... ni todos los machos. Bloque se quedó atrás, sentado en cuclillas bajo un árbol, con las piernas ostentosamente dobladas debajo del cuerpo. Otros machos se unieron a él. Capo los amenazó furiosamente. Pero se pegaron unos a otros y empezaron a rascarse como si Capo no existiera. Era una ofensa deliberada. Si quería mantener su posición, Capo iba a tener que sofocar aquel germen de rebelión. Puede que hasta volver a enfrentarse a Bloque.

Pero, casi sorprendiéndose a sí mismo, abandonó su demostración de fuerza y retrocedió, con la respiración entrecortada.

En su fuero interno sabía que los había perdido, que les había exigido demasiado y que su grupo estaba fisionándose. Aquellos que decidieran seguirlo encontrarían el camino, a su lado, a un destino nuevo... un destino que ni él mismo alcanzaba a imaginar. Aquellos que se quedaran, tendrían que afrontar el futuro.

Se alejó a paso rápido hacia la luz del día, lejos del corazón del bosque, sin mirar atrás, aunque, incapaz de resistirse, lanzó un último y reivindicativo pedo líquido en dirección a los rebeldes.

Al final, casi la mitad de los machos y bastantes más hembras se quedaron. Fue una disminución drástica de su poder. Mientras se dirigían

hacia la brillante luz de las llanuras, empezó a oír los alaridos y aullidos de los machos. La batalla por la nueva jerarquía había empezado ya.

Al llegar al lindero del bosque, al borde del vacío, Capo se detuvo.

Al igual que el día anterior, los gomphotheres se alimentaban de árboles lisiados y medio secos. Al norte, la llanura cubierta de hierba se extendía hasta alcanzar el brumoso horizonte. Al sur, tras un kilómetro más o menos, la tierra cobraba un blanco resplandeciente. La llanura salina sería difícil de cruzar. Pero Capo vio que la tierra ascendía luego hacia una meseta verde donde —al menos eso le parecía a sus pobres ojos, diseñados para enfocar en las cortas distancias del bosque— una densa manta de árboles cubría las rocas.

Al sur, pues, a través de la tierra reseca, hacia el nuevo bosque de la meseta. Sin mirar atrás para ver si los demás lo seguían, se adentró a cuatro patas en la hierba que se mecía a su alrededor, a la altura de sus hombros.

La tierra ascendió rápidamente, y se volvió más seca.

Había algunos árboles allí, pero eran solo pinos de tronco delgado que se aferraban a la tierra árida, nada que ver con la confortable densidad y humedad del bosque. Así que era difícil encontrar cobijo frente al Sol. Al poco tiempo, Capo estaba respirando entrecortadamente, cociéndose en su denso pelaje y con los nudillos y las plantas de los pies en carne viva. No sudaba y su forma de andar, a cuatro patas, eficaz para abrirse camino por la compleja y abarrotada realidad del bosque, no servía de nada allí.

Y además, Capo, una criatura del bosque, se sentía intimidado por aquellos vastos espacios abiertos. Gemía en voz baja y sentía ganas de ceder, de taparse la cabeza con las manos, de arrojarse al árbol más cercano.

Había algunos animales a la vista, dispersos por la reseca llanura: bahía ciervos, algunas especies de perros y una familia de criaturas parecidas a cerdos de pelaje erizado que hozaban el suelo. Los animales más grandes eran muy escasos. Pero bajo los pies de Capo se escabullían muchas criaturas de pequeño tamaño: lagartos, roedores e incluso primitivos conejos.

Los más o menos veinte miembros del grupo que lo habían seguido ascendían penosamente la ladera tras él, formando una línea irregular. Se movían con lentitud, porque se detenían con frecuencia para alimentarse, beber, rascarse, jugar o pelear. Aquella migración parecía más bien la excursión de unos escolares que se distraían con mucha facilidad. Pero Capo no sentía el instinto de apremiarlos. Eran lo que eran.

Capo coronó una colina baja y erosionada. Desde allí su mirada recorrió el amplio, húmedo y brillante paisaje que habían dejado atrás, con sus islotes de bosque y sus manadas de herbívoros. Pero cuando miró hacia delante, hacia el sur, pudo ver la enorme sequedad a la que se aproximaban. Era un valle amplio y alargado, salpicado de árboles altos y vegetación dispersa. Su aridez se debía a un accidente de la geología que lo había dejado encallado en una enorme cuenca subterránea de roca, sin vegetación y a cubierto de las lluvias.

Era una visión aterradora, expuesta, completamente abierta. Y, sin embargo, debía cruzarla.

Y desde allí, ahora que no había ningún bosque que amortiguara el sonido, se oía con claridad el misterioso rugido del oeste. El remoto ruido parecía el gruñido de una criatura enorme, dolorida y furiosa, o el tronar de los cascos de un inmenso rebaño de herbívoros. Pero cuando miró hacia el oeste no vio nubes de polvo ni la masa negra formada por una hueste de cuerpos animales. No había nada más que el rugido, incesante como había sido toda su vida.

Empezó a descender por la colina en dirección al sur.

La tierra estaba desnuda. Todavía quedaban allí algunos árboles que se aferraban a la vida, con las raíces reptando por las fallas de la roca. Pero aquellos pinos eran muy escasos y sus hojas, celosas del agua que contenían, eran tan afiladas como púas. Sus ramas no ofrecían ninguna sombra. No había frutas y las hojas que se metía en la boca eran espinosas y estaban secas. Trató de atrapar a una criaturilla parecida a un ratón de largas y flexibles patas traseras. Cuando pensó en morder el cuerpo suave y cálido y en destrozar los huesos con los dientes se le hizo la boca agua. Pero allí,

en aquel paraje rocoso, era torpe y ruidoso y la criatura lo esquivó sin dificultad.

El suelo volvió a cambiar, convertido ahora en una amplia ladera de guijarros que se extendía frente a él, un camino que conducía a las profundidades del reseco valle. Las cosas empeoraron todavía más cuando Capo resbaló en la grava y estuvo a punto de perder pie. Acalorado, hambriento, sediento, aterrado, lanzó un aullido de protesta, arrojó fragmentos de roca en todas direcciones y empezó a dar pisotones al suelo. Pero la tierra no se dejaba intimidar ni siquiera por las poderosas demostraciones de fuerza de Capo.

Entretanto, el chasma observaba cómo trataba de descender la irregular y traicionera ladera aquel penoso grupo de antropoides.

Nunca había visto criaturas como aquellas. Con el frío interés de un depredador, calculó inconscientemente su velocidad, fuerza y cantidad de carne, y empezó a clasificar a los individuos. Allí había uno que parecía herido y cojeaba un poco; aquí, un cachorro, pegado al pecho de su madre; más allá, un imprudente joven que se había alejado un poco del grupo principal.

El chasmaportheles era en realidad una especie de hiena. Pero, con su figura esbelta y sus largas patas, se parecía más a un guepardo. No poseía la potencia y velocidad de los auténticos felinos, no del todo. Su especie se había adaptado a las cambiantes condiciones del emergente mundo de la hierba. Pero su campo de acción era inmenso en aquel valle yermo. Allí era el depredador dominante y estaba muy bien equipado para su feo trabajo.

Para él, los simios significaban carne nueva en la sabana. Esperó, con los ojos reluciendo como estrellas cautivas.

Finalmente, exhausto, Capo se rindió. Se dejó caer. Uno tras otro, los miembros restantes de su grupo fueron llegando a su lado y lo imitaron. Para cuando terminaron de llegar, el Sol había empezado a ponerse, llenando el cielo de fuego y proyectando sombras alargadas y severas sobre el suelo de aquella cuenca pavimentada de gravilla.

Una especie de sorda indecisión batallaba en el interior de Capo. No debían quedarse allí, a campo abierto. Su cuerpo ansiaba trepar a un árbol,

juntar varias ramas para formar un acogedor, cálido y seguro nido. Pero allí no había árboles, ni tampoco seguridades. Y, por otro lado, no podían cruzar el valle a ciegas. Y todos estaban hambrientos, sedientos y exhaustos.

No sabía qué hacer. Así que no hizo nada.

El grupo empezó a dispersarse siguiendo los instintos de cada uno. Dedo cogió una roca redondeada del tamaño de la palma de su mano, quizá para utilizarla en algún proyecto futuro de cascanueces. Pero un escorpión salió de debajo de la piedra y Dedo escapó aullando.

Fronda estaba sentado a solas, de espaldas al resto del grupo, trabajando en algo. Capo, intrigado, se le acercó lo más silenciosamente posible en aquella gravilla suelta.

Fronda había encontrado un termitero. Estaba sentado frente a él, introduciendo torpemente palitos en su interior. Al ver a Capo se asustó y lanzó un chillido. Capo le propinó los habituales golpes en la cabeza y los hombros, tal como Fronda esperaba. Debería haber avisado a los demás de su descubrimiento.

Capo arrancó un matorral. Sus ramas eran finas y tortuosas y cuando limpió una metiéndosela en la boca, las duras y espinosas hojas le lastimaron los labios. Pero tendría que servir. Se sentó junto a Fronda. Introdujo la rama en una abertura del montículo de tierra y la movió hasta que estuvo dentro del todo. No era ideal: la rama era demasiado corta y estaba demasiado doblada para ser realmente eficaz, pero era lo que tenía. La movió ligeramente y esperó, impaciente. Entonces la extrajo, centímetro a centímetro. La rama estaba cubierta de hormigas soldado, enviadas a repeler al invasor. Capo puso mucho cuidado en no perder el cargamento. Entonces se metió la rama en la boca y disfrutó de un puñado de carne húmeda y dulce.

Al ver lo que estaba pasando, el resto del grupo se reunió a su alrededor. Los simios de más edad prepararon sus propias cañas de pescar. Muy rápidamente se estableció un orden de acceso, lubricado por puntapiés, golpes, aullidos y sobornos a base de caricias. Los machos y hembras mayores eran los primeros, mientras los jóvenes, que no sabían lo que estaba pasando, se vieron excluidos. A Capo le daba igual. Solo se

concentró en mantener su posición cercana al montículo mientras seguía pescando termitas laboriosamente.

Las termitas eran criaturas muy antiguas cuya compleja sociedad era el resultado de una historia evolutiva propia. Aquel termitero, construido con el barro que se acumulaba allí cuando las infrecuentes tormentas provocaban inundaciones temporales, tenía muchísimos años. Su caparazón, duro como la roca, protegía a las termitas de la atención de la mayoría de los animales... pero no de los simios.

La capacidad de Capo de usar herramientas —la caña para pescar termitas, los percutores, las hojas que mascaba para extraer agua de las cavidades, e incluso los palitos que a veces utilizaba como mondadientes para llevar a cabo toscas operaciones de higiene dental— parecían sofisticadas. Sabía lo que quería conseguir; sabía qué tipo de herramienta necesitaba para conseguirlo. Memorizaba la localización de sus herramientas favoritas, como sus percutores, y tomaba sutiles decisiones sobre su uso: como, por ejemplo, sopesar la distancia que tendría que transportar uno de sus martillos frente a su peso. Y no es que utilizara la primera piedra que se encontrase por azar; él modificaba algunas de sus herramientas, como la caña de pescar termitas.

Y, sin embargo, todavía no era como un artesano humano. Sus modificaciones eran de poca importancia. Habría sido difícil distinguir sus herramientas, abandonadas después de su uso, de los productos del mundo inanimado. Las acciones que utilizaba para crear sus herramientas, como morder, arrancar hojas y arrojar piedras, formaban parte de su repertorio natural. Nadie había inventado aún acciones completamente nuevas, como lo que hace el alfarero al modelar la arcilla o el carpintero al tallar la madera. Utilizaba cada herramienta para una cosa, y solo una. Nunca se le ocurrió que la ramita con la que pescaba las termitas pudiera servir también para limpiarse los dientes. Y si —acaso por obra de un lento azar— llegara en el curso de su vida a topar con una herramienta de un tipo nuevo, por muy brillante y útil que fuera su diseño, su extensión al resto de la comunidad sería muy lenta y puede que tardase generaciones en

completarse. La enseñanza, la idea de que la mente de otro podía ser moldeada por la práctica y la demostración, estaba todavía por descubrir.

Así que la gama de herramientas de Capo era dolorosamente limitada y era muy conservadora. Sus antepasados de hacía cinco millones de años, criaturas de una especie diferente, habían utilizado herramientas cuya sofisticación era insignificantemente menor. Ni siquiera era consciente de que estuviera utilizando herramientas.

Y sin embargo, allí estaba, trabajando diligentemente, consciente de lo que quería, eligiendo materiales para alcanzarlo, haciendo y rehaciendo el mundo que lo rodeaba, el más inteligente hasta ese día de la larga cadena formada por los descendientes de Purga. Era como si un fuego lento estuviera empezando a humear en sus ojos, su mente y sus manos, un fuego que muy pronto brillaría con mucha mayor intensidad.

Mientras el Sol se escondía tras el horizonte al otro extremo del valle, los simios se reunieron. Embargados por una profunda infelicidad, se daban empujones, empellones y bofetadas, y se aullaban y enseñaban los dientes unos a otros. Aquel no era su lugar. No tenían armas para defenderse ni fuego para mantener a raya a los animales. Ni siquiera poseían el instinto de guardar silencio a la puesta del Sol, la hora de los depredadores. Lo único que tenían era la protección de los demás, la fuerza del número: la esperanza de que fuera otro el elegido, y no cada uno de ellos.

Capo se aseguró de estar en el centro del grupo, rodeado por los cuerpos voluminosos de los demás adultos.

El joven macho llamado Elefante no tenía unos instintos de supervivencia tan acusados. Y su madre, perdida en mitad del grupo, estaba demasiado preocupada con su última cría, una hembra. En aquel momento, Elefante era una prioridad secundaria. Por desgracia, estaba en la peor edad: era demasiado mayor para que lo defendieran los adultos y era demasiado joven para luchar por un lugar en el centro, lejos del peligro.

No tardó en verse expulsado a la periferia del grupo. Sin embargo, trató de encontrar acomodo allí. Escogió un sitio próximo a Dedo, un pariente. El

suelo era duro e irregular, no como las hojas blandas a las que estaba acostumbrado, pero se encogió y consiguió acomodarse en una cavidad de forma circular. Apretó el vientre contra la espalda de Dedo.

Era demasiado joven para comprender el peligro que corría. Aunque estaba inquieto, se quedó dormido.

Más tarde, en la oscuridad, lo despertó un suave pinchazo en el hombro. Fue casi suave, como una caricia. Se encogió un poco y se acercó más a la espalda de Dedo. Pero entonces sintió un aliento en la mejilla, escuchó un gruñido sordo que era como una roca resbalando por una ladera, y captó un olor como de carne. Instantáneamente despierto, con el corazón golpeando en su pecho con la fuerza de un martillo, lanzó un chillido y se convulsionó.

Su hombro sufrió un terrible dolor. Se vio arrastrado lejos de los demás, como una rama arrancada a un árbol. Sus ojos vieron por última vez al grupo. Estaban despiertos, aterrorizados, aullando, pasando unos encima de otros para tratar de escapar. Entonces, un cielo cuajado de estrellas rodó apresuradamente sobre él y lo arrojaron al suelo con tanta fuerza que se quedó sin aliento.

Una forma esbelta se movió sobre él, perfilada contra el cielo negro y azul. Sintió que un pecho musculoso se apretaba contra el suyo, casi amorosamente. Había un pelaje que olía a quemado, un aliento que apestaba a sangre, y dos ojos amarillos que brillaban sobre él.

Entonces llegaron los mordiscos, a las piernas y sobre uno de los riñones. Fueron incisiones rápidas, casi clínicas, e hicieron que se estremeciera de dolor. Chilló, rodó sobre sí mismo y trató de correr. Pero sus piernas tenían los tendones rotos y se doblaron. Volvió a sentir aquellas punzadas en las mejillas. Lo levantaron por el cogote, en vilo, y pudo sentir que unos colmillos afilados se clavaban en su piel. Al principio se resistió, arañando la gravilla con las manos, pero sus esfuerzos solo provocaban que se agravara el desgarro de la carne del cuello, y más dolor.

Se rindió. Colgado como un fardo de la boca del chasma, golpeteando el suelo con la cabeza y las piernas lisiadas, sus pensamientos se disolvieron. Dejó de oír los aullidos de su grupo. Ahora estaba solo, solo con el dolor y la peste a hierro de su sangre, y el regular y paciente andar del chasma.

Puede que pasara un rato inconsciente.

De repente lo dejaron caer al suelo. No fue una caída dura, pero todas sus heridas saltaron como alarmas. Gimiendo, clavó las manos en el suelo. Estaba cubierto de guijarros, como el lugar del que venía, pero también había pelaje y en el aire flotaba el olor de los chasmas.

Entonces, unas formas pequeñas empezaron a acercársele, negro sobre negro, rápidas de movimiento, un poco torpes. Sintió la caricia de unos bigotes en el pelo, mordiscos diminutos en las muñecas y los tobillos. Eran los cachorros del chasma. Lanzó un grito de desafío y golpeó a ciegas. Su puño alcanzó a una bola de pelo cálido que, con un aullido, cayó al suelo.

Hubo un ladrido seco y furioso: la madre chasma. Presa del pánico, trató de escapar a rastras.

Los cachorros ladraron excitadamente mientras completaban su fugaz persecución. Y entonces los mordiscos empezaron en serio, en la espalda, las nalgas y el vientre. Rodó sobre sí mismo, se llevó las piernas al pecho y sacudió las manos en el aire. Pero los cachorros eran rápidos, furiosos y obstinados. Uno de ellos le había hundido los colmillos en la mejilla y estaba aplicando todo su pequeño peso a la tarea de arrancarle la cara.

La madre volvió a rugir y los cachorros se desperdigaron. Elefante trató de escapar de nuevo. Los cachorros lo atraparon de nuevo y le infligieron otra docena de pequeñas heridas que lo debilitaron un poco más.

De no haber sido por los cachorros, el chasma habría matado a Elefante rápidamente. Pero les estaba dando la oportunidad de perseguir a una presa y cazarla. Cuando fueran algo mayores, serían capaces de matar solos a sus propias presas con los colmillos; más tarde, ella soltaría a la presa casi ilesa y dejaría que los cachorros terminaran la cacería. Era un sistema de aprendizaje oportunista. No tenía más de humano que lo que ocurría entre los simios: era un comportamiento innato desarrollado por aquella inteligente especie carnívora para permitir que los cachorros adquirieran las habilidades que necesitarían cuando tuvieran que cazar solos.

Y, mientras la lección se prolongaba, Elefante seguía consciente, como una chispa de terror y anhelo enterrada en un jirón destrozado de sangre,

carne y vísceras. Incluso, el más osado de los cachorros se atrevió a morderle la lengua, que colgaba de su mandíbula rota.

Pero los cachorros eran demasiado jóvenes para acabar con él por sí solos.

Finalmente la madre se encargó de hacerlo. Mientras las mandíbulas se cerraban alrededor de su cráneo, sintió la perforación de unos dientes en el cráneo, como una corona de espinas, y lo último que oyó fue un remoto ronroneo.

Cuando llegó la mañana, todos sabían que se habían llevado a Elefante.

Cabo contempló con fascinación el montón de tierra removido y cubierto de pelos donde Elefante había presentado su fugaz resistencia, y la línea de las marcas dejadas por las zarpas, manchadas de sangre ya seca, que se perdían en la distancia. Sintió un vago pesar por la pérdida de su hijo. Parecía increíble que no fuera a ver nunca más al torpe joven, con sus tiesas y desmañadas intentonas de caricias y sus fracasos al tratar de averiguar cómo se sacaba el corazón de una nuez de palmera.

Pero antes de que el día hubiera terminado, solo la madre de Elefante se acordaría de él. Y cuando a ella le llegara la hora de morir, no habría nadie que pudiera decir que había existido alguna vez y desaparecería del todo en aquella negrura final que se había tragado a sus antepasados, todos y cada uno de ellos.

Elefante había pagado el precio de la supervivencia del grupo. Capo experimentó una sensación de frío alivio. Sin vacilación, sin siquiera molestarse en realizar la ceremonia para conseguir que los demás lo siguieran, emprendió el descenso de la ladera y la marcha hacia la llanura salina.

III

Al día siguiente tenían que cruzar la sal. Bajo un cielo despejado, y tan azul que casi parecía blanco, la llanura se extendía casi hasta el horizonte, donde daba paso a una mezcolanza de colinas, árboles y marismas. Era como si aquella inmensa extensión grisácea fuera un defecto de fábrica en el mundo.

La sal, extendida sobre un lodo endurecido y grisáceo, formaba una película llana, pero la superficie, recorrida aquí y allá por líneas concéntricas que iban a desembocar en nudos centrales, tenía su propia textura. En cierto lugar, un manantial subterráneo había provocado que se formaran grandes bloques que los simios tuvieron que superar.

Pero allí, sobre la sal, no crecía nada. Ni siquiera había huellas. Nada se movía aparte de los simios, ni conejos, ni roedores, ni un triste insecto. El viento gemía sobre aquel duro escenario mineral, cuya uniformidad no quebraba el crujido de los matorrales o las hojas de los árboles ni el siseo de la hierba.

Y sin embargo Capo seguía adelante, porque no había otra alternativa. Pero al final, con las manos y los pies doloridos, se encontró ascendiendo a regañadientes una ladera, en cuya cima se extendía un pequeño bosquecillo, denso y de aspecto incómodo, pero bosque a fin de cuentas.

Al mirar aquel bosque, Capo titubeó un momento. Tenía muchísimo calor y una docena de pequeñas heridas en las patas y los pies. Entonces, caminando con torpeza, reanudó la marcha y entró en la verdosa oscuridad del bosque.

El suelo estaba oculto bajo una maraña de raíces, ramas, moho y hojas. Por todas partes crecían en gran número plantas de apio salvaje. Aunque era casi mediodía, el aire allí era fresco y había una humedad que flotaba en el aire y parecía rocío matutino. Los troncos de los árboles estaban húmedos y pegajosos y los líquenes y el moho dejaban incómodas manchas verdes en las palmas de las manos. La humedad parecía colarse a través del pelaje. Pero, comparada con la aridez de la llanura salina, la cercana y confortable proximidad de la vegetación resultaba acogedora, y Capo devoró con avidez las hojas, las frutas y los hongos que encontró en el suelo. Y volvió a

sentirse a salvo de los depredadores. En aquella verde densidad no podía haber nada que pudiera amenazar a la hambrienta y exhausta banda.

Pero entonces, justo delante de él, apenas visibles entre el follaje, distinguió unas formas voluminosas, de color marrón y negro. Se quedó helado.

Un brazo enorme se extendió hacia una rama más ancha que el muslo de Capo. Unos músculos se tensaron en el gran montículo del hombro, y partieron la rama con tanta facilidad como Capo podría haber roto un palito para limpiarse los dientes. Unos dedos gigantescos despojaron la rama de hojas y las introdujeron en unas fauces inmersas. Todos los músculos de la cabeza se movieron, poniendo en funcionamiento el cráneo y las mandíbulas, mientras el animal empezaba a masticar.

La criatura era un simio, como Capo, y también macho, pero sin embargo, muy diferente a Capo. El gran macho observó a los extraños y esmirriados simios sin demasiada curiosidad, Parecía poderoso, amenazante. Pero no se movió. El macho, junto al pequeño clan de crías y hembras que lo acompañaba, no hacía otra cosa que permanecer sentado y alimentarse de hojas y del apio salvaje que tapizaba el suelo del bosque.

Era un gorila: un pariente remoto de Capo. Su raza se había separado de los linajes principales de los simios hacía un millón de años. La fractura se había producido en un periodo en que se había fragmentado otro bosque, aislando a las poblaciones que vivían en él. A medida que su hábitat quedaba limitado a las montañas, aquellos simios se habían ido acostumbrando a una dieta de hojas, que incluso allí podían encontrarse siempre en abundancia, y se habían hecho lo bastante grandes como para soportar el frío. A pesar de lo cual, conservaban aún una extraña gracilidad y eran capaces de moverse en silencio por aquel denso bosque.

Aunque más adelante las poblaciones de gorilas volverían a adaptarse a las condiciones de las tierras bajas y aprenderían a trepar a los árboles y a subsistir alimentándose de fruta, en cierto sentido su historia evolutiva había terminado ya.

Habían desarrollado una completa especialización en su medio y habían aprendido a alimentarse de una comida que estaba tan bien defendida —

cubierta de espinas, abrojos y púas— que para conseguirla no tenían que enfrentarse a la competencia de ninguna otra criatura. Podían alimentarse de ortigas, por ejemplo, sin la elaborada maniobra que implicaba arrancar las hojas del tallo, plegar los bordes punzantes y meterse el conjunto hecho una bola en la boca.

Sentados en sus islotes de montaña y comiendo perezosamente sus hojas, sobrevivirían casi intactos hasta la era del hombre, cuando la extinción definitiva se abatiría sobre ellos.

Una vez que quedó claro que los gorilas no suponían ninguna amenaza, Capo se alejó lentamente, conduciendo a los demás a través del bosque.

Al fin, emergió al otro lado.

Habían dejado atrás la árida depresión de la cuenca. Al mirar al sur desde la meseta a la que había llegado, divisó un valle rocoso y cubierto de rocas que se extendía hacia las tierras bajas. Pero allí, más allá del valle, estaba la tierra que había esperado encontrar: más alta que la llanura que había dejado atrás, pero bien provista de agua, salpicada de lagos resplandecientes, tapizada de hierba verde y colmada de islotes forestales. Las formas oscuras de una manada de herbívoros —proboscideanos, quizá — flotaban con regia grandeza por la exuberante llanura.

Con un desarticulado grito de triunfo, empezó a hacer cabriolas, a saltar sobre las rocas, a golpear el suelo de roca con los puños y se sentó ostentosamente, no sin antes rociar las rocas secas con su olor.

Sus seguidores respondieron a su exhibición con indiferencia. Estaban atrozmente hambrientos y sedientos. El propio Capo estaba exhausto. Pero a pesar de todo no renunció a su exhibición, motivado por el sólido instinto de que cualquier triunfo, por muy pequeño que fuera, había de ser celebrado.

Habían llegado tan alto que el remoto y persistente gruñido del oeste se había vuelto más presente. Impulsado por una vaga curiosidad, Capo se volvió y miró en aquella dirección.

Desde donde se encontraba, su mirada llegaba muy lejos. Distinguió una turbulencia remota, una hinchazón blanca. Parecía flotar sobre la tierra, como una nube de grandes dimensiones. En realidad estaba viendo una

especie de espejismo, una visión muy remota arrastrada hasta él en el aire caliente por la acción de la refracción. Pero las hinchadas nubes de vapor que veía eran reales, aunque su estado de suspensión sobre el suelo no lo fuera.

Lo que estaba viendo era el estrecho de Gibraltar, donde en aquel momento, la mayor catarata de la historia de la Tierra —con la potencia y el volumen de un millar de Niágaras— se precipitaba con estruendo sobre unos acantilados cortados a pico y se vertía en una vacía cuenca oceánica. Antaño, la meseta a la que Capo había ascendido había estado cubierta por aguas de dos kilómetros de profundidad. Porque era el lecho del Mediterráneo.

Capo había nacido en la cuenca que separaba las costas de África, al sur, de las de España, al norte. De hecho, no se encontraba muy lejos del lugar en el que un dinosaurio inteligente llamado Atenta, mucho tiempo atrás, se había parado en la costa de Pangea y había contemplado el poderoso mar de Tethys. Ahora había salido de la cuenca y había llegado a África propiamente dicha. Pero si Atenta había visto el nacimiento del Tethys, Capo estaba presenciando algo así como su muerte. A medida que descendía el nivel de los océanos, aquel último fragmento del Tethys había quedado condenado en Gibraltar. Encerrado, el océano se había evaporado hasta vaciarse del todo, y solo había quedado de él un gran valle que en algunos lugares alcanzaba los cinco kilómetros de profundidad, salpicado de llanuras salinas.

Pero con las oscilaciones climáticas, el nivel del mar había vuelto a ascender, y las aguas del Atlántico habían derribado la barrera de Gibraltar. Ahora, el océano estaba llenándose de nuevo. Pero Capo no tenía nada que temer de las gigantescas olas que descargaba la cascada desde el oeste, porque ni siquiera un millar de Niágaras podían rellenar la cuenca de la noche a la mañana. Las aguas de Gibraltar cubrirían la cuenca de forma más gradual, creando enromes ríos. El viejo lecho marino se tornaría una marisma acuosa, donde la vegetación iría muriendo lentamente, antes de que las aguas alcanzaran la altura suficiente para cubrir del todo la superficie.

Después de rellenarse, el nivel global de los océanos volvería a caer, y el Mediterráneo se evaporaría de nuevo. Esto ocurriría al menos quince veces en el millón de años que incluía la breve vida de Capo. El Mediterráneo recibiría el legado de una compleja geología en su lecho, con capas de sedimentos alternando las capas de sal dejadas por los sucesivos desecamientos.

La sucesión de desecamientos del océano atrapado estaba teniendo un profundo impacto en el área en la que vivía Capo, así como en la raza de Capo. Antes de que se produjeran, la región del Sahara había estado cubierta de bosque y, dotada de un buen suministro de agua, había albergado muchas especies de simios. Pero por culpa de la presión climática producida por estos cambios bruscos y de la sombra pluvial proyectada por el remoto Himalaya, el Sahara estaba volviéndose cada vez más árido. Los viejos bosques estaban fragmentándose. Y, con ellos, la comunidad de los simios estaba experimentando una especie de cisma en la que cada población fragmentaria se embarcaba en un viaje hacia un nuevo destino evolutivo... o la extinción.

Pero el tronar y la visión borrosa de Gibraltar estaban demasiado lejos como para tener algún significado para Capo. Les dio la espalda y emprendió el descenso hacia la llanura.

Finalmente, salió de la roca desnuda y entró en un área cubierta de vegetación. La verde suavidad de la hierba bajo sus nudillos era un placer. Los demás, que venían tras él, se dejaron caer al suelo, rodaron y se tumbaron, envolviéndose en la crecida hierba que los rodeaba, disfrutando del contraste con la dureza sin vida de la roca.

Pero aún no habían llegado a su destino. Una franja de varios cientos de metros de sabana abierta, plagada de arbustos espinosos, los separaba del bosquecillo más cercano... y no estaba desierta.

Un grupo de hienas estaba devorando un cadáver. Voluminoso, redondeado, puede que hubiese pertenecido a una cría de gomphothere, abatida quizá por un chasma. Las hienas se lanzaban dentelladas y gruñidos

mientras, con la cabeza enterrada en el estómago de la criatura y sacudiendo diligentemente los esbeltos cuerpos, arrancaban la carroña del cadáver.

Mientras Capo se pegaba al suelo, Fronda y Dedo se acercaron a él. Empezaron a gemir con suavidad y a rascarle el pelaje, limpiándolo de polvo y trocitos de roca. Los jóvenes machos respondían a su autoridad, tal como se esperaba de ellos. Pero Capo se daba cuenta de que estaban impacientes. Cansados, sedientos, hambrientos, aterrados hasta el tuétano de los huesos por la larga marcha a campo abierto, anhelaban alcanzar el refugio y la provisión de los árboles. Y eso estaba debilitando la autoridad de Capo. La tensión entre los tres machos era intensa, tóxica.

Pero era una confrontación que se desarrollaba en un silencio casi completo, porque los tres querían mantener su presencia oculta a las hienas. Mientras Capo seguía vacilando, Fronda decidió hacer el primer movimiento. Tanteó el terreno dando, primero un pasito vacilante, y luego otro. Recibió un fuerte bofetón en la nuca como recompensa a su desafío. Pero él se limitó a enseñar los dientes y se alejó un poco más, hasta situarse fuera de su alcance.

La crecida hierba se cimbreaba con languidez al paso de Fronda, como si estuviera andando por un mar de vegetación. Después de un momento, Fronda se levantó sobre las patas traseras y asomó la cabeza, los hombros y la parte superior del torso para ver mejor. Era una sombra esbelta, erguido, como un retoño de árbol. Las hienas seguían concentradas devorando el bebé elefante. Fronda volvió a ocultarse bajo la hierba y continuó su camino.

Al fin alcanzó los primeros árboles. Capo, con una mezcla de resentimiento y alivio, lo vio trepar a una palmera, con las patas y los brazos trabajando en armonía, como si fueran componentes de una máquina bien engrasada. Cuando llegó a lo alto de la palmera, lanzó un suave aullido para llamar a los demás. A continuación, empezó a arrancarle los frutos a la palmera y a arrojarlos al suelo.

Uno por uno, dirigidos por Dedo y por la hembra de más edad, Hoja, los simios recorrieron a hurtadillas la franja de hierba que los separaba del bosquecillo. Las hienas no los estorbaron, a pesar de que muchas de ellas

habían captado el olor de los vulnerables primates. Tuvieron la suerte de que en los sanguinarios cálculos de las pequeñas mentes de los depredadores, el atractivo de una carne ya disponible superara con creces al de atacar a aquellas criaturas sucias y de aspecto miserable. Capo trató de aprovecharse de ello. Mientras los miembros de su grupo se dirigían hacia los árboles, repartía bofetadas y golpes entre los demás miembros, como si la cosa hubiese sido idea suya, como si los estuviera dirigiendo su corta migración. Los machos recibieron los golpes sin rechistar, pero captó en ellos una especie de tensión, una sutil falta de deferencia que le causó inquietud. Al entrar en el bosque, los simios se dispersaron.

Mientras caminaba entre varios árboles jóvenes y esbeltos, Capo encontró un lago cenagoso: aguas calmadas, de color añil, rodeadas por los tranquilizadores verdes y pardos del bosque. Corrió a la orilla, hundió el morro en la superficie y empezó a beber. Cuando los simios vieron el agua, algunos de ellos entraron andando en ella hasta que les llegó a la cintura. Utilizaron los dedos para sacar algas verdosas del agua y devorarlas: una forma de alimentarse que era otro regalo del bipedismo. Varios jóvenes se tiraron de cabeza y empezaron a limpiarse la tierra acumulada del pelaje; sus aullidos y chapoteos eran fantásticos. Una bandada de pájaros que había estado descansando tranquilamente junto al lago levantó el vuelo, aterrorizada y, con un estruendoso batir de alas se perdió en la distancia.

Pero algunos de los machos jóvenes, entre ellos Fronda y Dedo, se habían reunido a la orilla del agua. Fronda había encontrado un guijarro que podía servirle como percutor; en aquel momento, estaba experimentando con él. Y, de vez en cuando, todos ellos lanzaban hostiles miradas de soslayo a Capo. Su lenguaje corporal apestaba a conspiración.

Capo apretó los labios y escupió una baya que estaba masticando. A la hora de sortear los problemas sociales poseía una notable astucia. Sabía lo que estaban pensando los jóvenes machos. Los había conducido a un lugar seguro, pero eso no era suficiente. Su actuación al cruzar aquella última barrera de hierba no había convencido a nadie. Para restaurar su autoridad iba a tener que hacer alguna demostración impresionante. Podía arrancar algunas ramas y empezar a caminar junto a la orilla del agua, por ejemplo:

el follaje, el agua y la luz conformarían una exhibición que los dejaría boquiabiertos. Aunque luego tendría que librar batallas más duras...

Pero puede que no fuera el momento.

Observó a las madres que bañaban delicadamente a sus bebés, a los jóvenes machos que peleaban casi educadamente mientras sus miembros y su pelaje se recuperaban del calor y de la aridez de la llanura salina. Más tarde: dejaría que se recuperaran de la caminata antes de asegurarse de que las cosas volvían a la normalidad.

Y además, a decir verdad, no se sentía con ganas de emprender una nueva guerra. Le dolían las extremidades, tenía la piel despellejada y cubierta de arañazos y lesiones y su estómago, acostumbrado a un suministro regular de comida y agua, rugía como protesta por el tratamiento al que había sido sometido. Estaba cansado. Se frotó los ojos, bostezó y se permitió el lujo de lanzar un explosivo eructo. Ya habría tiempo luego de volver al duro trabajo de la vida, de ser Capo. Por el momento necesitaba descansar.

Con esa excusa en mente, le dio la espalda al lago y se adentró en el bosque.

No tardó en encontrar un árbol de capoc, rebosante de fruta madura. El capoc, sin embargo, estaba armado con espinas largas y afiladas para defender su fruta. Así que le arrancó dos ramas jóvenes, se colocó una de ellas debajo de cada pie y las asió con las extremidades inferiores. Entonces, con los pies protegidos de este modo, trepó al árbol con tanta facilidad como si las espinas no existieran. La acción de trepar, el objetivo ancestral para el que habían diseñado sus miembros, hizo que estos palpitaran de placer. Aunque no volviera a poner el pie en tierra en toda su vida, estaría satisfecho.

Al llegar a una rama llena de fruta, arrancó otra y la utilizó para tapar las espinas. Acomodado sobre su improvisado asiento, empezó a alimentarse.

Desde allí podía ver que el bosquecillo había crecido alrededor de un lago con forma de herradura, emanado de un río que se adentraba sinuosamente en las tierras del sur, atravesando el paisaje frondoso y rico

del Sahara. En el futuro, aquella artería tan parecida al Nilo sería desalojada por los movimientos tectónicos y se desplazaría hacia el sur, alejándose del Sahara. Finalmente, acabaría por desembocar en la bahía de Benín, en el África occidental, y los humanos le pondrían el nombre de Níger: hasta los ríos moldeaban el tiempo, mientras las tierras se alzaban y se hundían y las montañas crecían y desaparecían como sueños.

Pero por ahora, el río era un pasillo verde hacia el interior de la región. El grupo podía utilizarlo para avanzar por el bosque, alejándose cada vez más de la costa... un penetrante aullido resonó por todas partes. Era un grito que solo tenía un significado: *este lugar es peligroso.* Capo escupió la fruta que estaba comiendo y bajó del árbol.

Antes de llegar al lago ya sabía cuál era el problema. Los había olido. Y ahora, al mirar con más cuidado, encontró las señales de su paso: trozos de piel de fruta por todo el suelo, incluso debajo de su capoc, y lo que parecían nidos en lo alto de los árboles más altos.

Otros.

Salieron en tropel de los árboles y la maleza. Eran muchos, muchísimos: cincuenta, sesenta, más de los que el grupo de Capo hubiera contenido jamás. Los machos se acercaron a la orilla del lago. Todos ellos estaban haciendo exhibiciones de ferocidad: con el pelaje erizado, golpeaban las ramas y las raíces y se lanzaban contra las ramas más bajas de los árboles.

Después de todo lo que habían sufrido para llegar hasta allí, el bosquecillo no estaba vacío. A Capo se le encogió el corazón con una intensa sensación de fracaso.

Pero su grupo estaba respondiendo. A pesar de su debilidad, a pesar de que tenían el pelaje mojado y no podían hacer grandes exhibiciones de fuerza, a pesar de todo esto, los machos e incluso una o dos de las hembras de mayor edad estaban tratando de responder. Capo se situó a la cabeza de los suyos y se lanzó inmediatamente a su propia demostración, recurriendo a su larga experiencia para crear una exhibición lo más espectacular y aterradora posible.

Los dos grupos se encararon, sendos muros de simios que aullaban y se agitaban. Pertenecían a la misma especie y hubiera sido imposible

diferenciarlos entre sí. Pero ellos percibían las diferencias en el olor: por un lado, el sutil y familiar aroma de los parientes; por otro, el hedor acusado de los extraños. Detrás de sus demostraciones de fuerza se escondía un verdadero odio xenófobo, una amenaza auténtica. Allí estaba la otra cara de los lazos sociales de aquellos animales inteligentes: si pertenecías a un grupo, todos los demás se convertían en enemigos, porque no eran de los tuyos.

Pero Capo estaba asustado. Rápidamente se dio cuenta de que el otro grupo no daba señales de disponerse a la retirada. De hecho, sus exhibiciones estaban volviéndose cada vez más furiosas y los machos más grandes estaban empezando a acercarse a su grupo.

Capo sabía lo que iba a ocurrir. No sería una simple guerra. Los más fuertes, los machos y las hembras de mayor edad, irían primero; probablemente, los bebés acabaran como postre en los estómagos de aquellos desconocidos. Uno por uno. Sería una matanza lenta y sanguinaria, que se prolongaría hasta que fuera completa. Una matanza sistemática como aquella era un horror nuevo en el mundo, un horror que solo aquellos simios, entre todos los animales de la Tierra, eran lo bastante inteligentes para concebir y llevar a la práctica.

Capo comprendió que no podían seguir allí. Tal vez pudieran reanudar la marcha por la llanura; tal vez todavía pudiera llevar a su grupo a un lugar vacío, un lugar seguro.

Pero en el fondo de sus entrañas intuía la verdad. En aquel mundo de bosques menguantes, los supervivientes ya se habían apiñado en las islas de vegetación que quedaban. Y por esa razón luchaban tanto para excluirlos. Ya había demasiados de ellos para aquel bosque, y tampoco tenían otro sitio adonde ir.

No había ningún lugar seguro, pero tampoco tenían otra elección que marcharse. Arrastrando los pies y sacudiendo las ramas, empezó a interpretar la sutil danza que indicaba que quería llevarse al grupo de allí, de regreso al lindero del bosque, a la sabana. Una o dos de las hembras respondieron. Intimidados por la ferocidad del otro grupo, comprendiendo que su situación era desesperada, Hoja y los demás recogieron a sus

cachorros y se prepararon para seguirlo. Hasta Fronda, uno de los jóvenes y desafiantes machos, se volvió, confuso.

Pero Dedo no estaba dispuesto a aceptarlo.

Había estado golpeando una raíz con su percutor, haciendo un ruido sordo que se había sumado al fragor reinante. Entonces, con un brusco y aterrador arrebato, se apartó de los demás y lanzó un feroz asalto contra Capo. Lo golpeó en la espalda. Capo cayó de bruces y Dedo empezó a golpear la cabeza de su líder con los puños. Entonces se apartó y se arrojó con el mismo vigor contra el mayor de los machos del otro grupo. Entonces, bruscamente, el ruido, ya estruendoso, se convirtió en una auténtica cacofonía y la peste de la sangre y los excrementos inundó el aire.

Capo rodó sobre sí mismo y se incorporó, con el cuello dolorido. Los demás machos se apartaron sutilmente, aunque sin dejar de aullar y gritar.

Dedo tenía dificultades. En un primer momento había logrado inmovilizar al gran macho en el suelo. Pero ahora algunos de los demás estaban sumándose al combate. No tardaron mucho en atraparlo. Lo apartaron de su adversario, sujetándole los miembros y la cabeza como si fuera un mono al que hubieran cazado. Las heridas que tenía en la piel habían empezado a sangrar. Pero sus gritos no tardaron en convertirse en gorgoteos ahogados en sangre y entonces, el espeluznante sonido del desgarro de la carne, el crujido de los huesos y el chasquido de los ligamentos llegó hasta Capo.

Pero su ataque había tenido un profundo efecto. Si alguien debía atacar al otro grupo, ese tendría que haber sido Capo. Este sabía que ya había perdido. Si lograba llegar con vida al final del día, podría considerarse afortunado: si no lo mataban los del otro grupo, lo harían sus antiguos subordinados.

Aunque avergonzado y derrotado, reanudó su danza de llamada, tratando de llevarse a su grupo de allí. No podía hacer otra cosa.

No todos respondieron, ni siquiera entonces. Algunos de ellos, escupiendo miedo y desafío, se perdieron en el bosque para labrarse su propio destino. Nunca volvería a verlos.

La joven hembra, Aullido, miró a su grupo con ojos muy abiertos y temerosos... y entonces se dirigió hacia el otro grupo. Recibiría una paliza de manos de las hembras, pero puede que fuera lo bastante atractiva para que los machos le permitieran seguir con vida, sobre todo si lograba quedarse preñada lo bastante deprisa.

Los que se quedaron con Capo se pusieron finalmente en marcha hacia el lindero del bosque, pero solo al ver que Fronda imitaba la danza de Capo.

Capo lo entendió, por supuesto. La seguían a ella, no a él.

Regresaron al lindero. El otro grupo no los persiguió, al menos de momento. Empezaron a recoger hojas y trozos de fruta, consternados, confundidos.

Capo estaba deprimido por haber vuelto al punto de partida. Hasta veía el cadáver de la cría de gomphothere, todavía allí, tirado en el suelo. Trepó a un árbol separado del resto y construyó allí un nido improvisado.

Ahora que Dedo había muerto, no sabía quién emergería para encabezar la rebelión contra él.

¿Fronda, quizá? Tal vez pudiera seguir manteniendo una posición de poder formando una alianza con algún otro macho. Ya no sería el jefe supremo pero, como una especie de hacedor de reyes, su apoyo sería crucial para quien quisiera imponerse y seguiría disfrutando de muchos de los beneficios que acarreaba la jefatura, en especial, los privilegios de apareamiento. Tal vez, incluso pudiera volver a encaramarse al poder de aquel modo. Su mente sutil continuó pensando, considerando el juego de las alianzas, las posibles traiciones...

Sus pensamientos se disolvieron. El gran viaje que habían llevado a cabo, y en especial la aplastante decepción que los aguardaba al final, era demasiado para él. Ya nada parecía tener importancia, ni siquiera los complejos juegos políticos que tanto placer le habían proporcionado en el pasado.

Los demás parecían comprender su estado de ánimo. Lo evitaban, no se le acercaban para rascarle y ni siquiera lo miraban. Su derrota total había sido pospuesta por la muerte de Dedo, pero el triste proceso seguía su curso.

Los días de Capo habían pasado y su vida estaba casi acabada. Sus fanfarronadas habían llegado a su fin.

Pero entonces Hoja se le acercó. Se sentó en el nido, a su Lulo, y, con suavidad, empezó a acariciarlo, como cuando ambos eran jóvenes y el mundo era brillante y rico, y estaba lleno de posibilidades.

Fronda no estaba interesado en Capo, en cualquier caso. Otra cosa ocupaba sus pensamientos.

Apoyándose en el suelo con los nudillos, salió unos pocos pasos a campo abierto. Una vez allí, volvió a erguirse sobre las patas traseras. Como siempre que lo hacía, se sintió inseguro, expuesto. Pero la elevación de la cabeza le proporcionaba una plataforma desde la que vigilar el territorio y cualquier depredador o peligro que pudiera acechar en las proximidades.

Volvió a ocultarse bajo la hierba y se aproximó cautelosamente al cadáver del gomphothere. Al ver que se acercaba, las aves carroñeras lanzaron graznidos de protesta, pero tuvieron que alzar el vuelo. Los carroñeros habían hecho bien su trabajo: el cuerpo, con los miembros y las costillas desperdigados por todas partes, los ensangrentados huesos brillando y la cabeza, despojada de ojos y de carne, mirándolo acusadoramente, con los enormes colmillos rotos y roídos, parecía haber explotado. Escarbó entre los jirones de piel y los trozos de carne masticada por las hienas pero quedaba poca cosa; la maquinaria de procesamiento de la sabana había trabajado de forma exhaustiva para consumir la carne del gran animal. Las hienas habían roído hasta las blandas costillas. Pero encontró un hueso del muslo, largo y grueso, terminado en dos protuberancias redondeadas. Estaba intacto. Le dio unos golpecitos contra otro hueso; sonaba a hueco.

Encontró un guijarro en el suelo, del tamaño justo para la palma de su mano. Lo levantó y golpeó el hueso con él. El hueso se partió y el denso y delicioso tuétano empezó a salir de su interior. Era un recurso que no había estado al alcance de los perros y las aves de carroña, que sus dientes y sus

picos no habían podido alcanzar. Pero Fronda sí. Levantó el hueso y empezó a sorber el tuétano con avidez.

Los otros, los que habían confinado a Capo y su grupo al lindero del bosque se quedarían allí, aferrándose a lo que tenían. Grupos como aquel acabarían por dar luz a los chimpancés, que diferirían muy poco de sus progenitores ancestrales. Sobrevivirían, e incluso prosperarían: a medida que los desiertos se extendieran y los bosques se retiraran a sus últimos reductos alrededor del ecuador, los grandes ríos proporcionarían a los chimpancés pasillos para emigrar al interior de África.

Pero los descendientes del grupo de Capo marchaban ahora hacia un destino bien diferente. Aquel grupo de simios, idéntico a cualquier otro pero extraviado por la desaparición de su bosque, encontraría el modo de vivir a campo abierto. Abandonar una ecología para la que llevaban millones de años adaptándose sería duro: mientras los simios siguieran sin poder caminar o correr grandes distancias, mientras siguieran sin poder sudar, mientras siguieran sin poder digerir la carne, muchos, muchos de ellos morirían. Pero algunos sobrevivirían: solo unos pocos, pero con ellos sería suficiente.

Fronda se había terminado el tuétano. Pero había muchos más huesos para romper. Levantó la mirada hacia el grupo y empezó a aullar para convocarlo.

Entonces se volvió de nuevo hacia la sabana. Era una criatura bípeda, capaz de utilizar herramientas, de alimentarse de carne, xenófoba, jerárquica, combativa y competitiva, rasgos todos que había extraído del bosque... y, sin embargo, estaba imbuido con las mejores cualidades de sus antepasados, como la tenacidad de Purga, la exuberancia de Noth, el coraje de Vagabunda, incluso la visión de Capo. Colmado de posibilidades de futuro, cargado con las reliquias del pasado, el joven macho, erguido sobre las dos patas, recorrió con la mirada la llanura abierta.

OceanofPDF.com

Libro Dos

HUMANOS

OceanofPDF.com

Interludio

Alyce y Joan avanzaban lentamente junto con el pasaje entero hacia la terminal del aeropuerto. Llevaban solo unos minutos en aquel aire denso y lleno de humo, y Joan contaba con el brazo de Alyce Sigurdardottir para apoyarse. Pero se sentía como si estuviera derritiéndose.

Y, al bajar del avión, lo primero que había sentido había sido un terremoto. Fue una sensación extraordinaria, un cambio tan radical que rozaba lo onírico, y que había terminado antes casi de empezar.

El causante del terremoto había sido Rabaul, claro.

Bajo la isla de Papúa Nueva Guinea, estaba despertando el magma: roca fundida, una tonelada cúbica de ella. Aquella gran hemorragia había estado ascendiendo por fallas de la fina corteza exterior de la Tierra en dirección a la colosal y antiquísima caldera llamada Rabaul, a una velocidad de diez metros al mes. Era un ritmo asombroso para un evento geológico, que atestiguaba la presencia de poderosas energías. La masa ascendente había empujado la roca que tenía encima, sometiendo la tierra a una tensión terrible.

Rabaul había experimentado cataclismos tectónicos en muchas ocasiones. Los científicos humanos habían identificado dos erupciones de aquel calibre, una, hacía casi mil quinientos años, y otra, unos dos mil años antes que la primera. Era inevitable que volviera a ocurrir en algún momento.

Los demás pasajeros, mientras, convergían en grupo en la pequeña terminal bajo el humo, aparentemente ajenos al terremoto. Bex Scott se había reunido con su madre, Alison, y con su hermana, que tenía los ojos dorados y el pelo verde. Bajo un cielo teñido por fuegos remotos, mientras la Tierra se estremecía debajo de ellas sin que le prestaran la menor atención, las preciosas chicas genenriquecidas charlaban animadamente con su elegante madre. Joan se fijó en que todavía llevaban los audífonos en el interior de sus pequeñas orejas. Era como si caminaran envueltas en una nube de neón.

Joan recordó con una punzada de culpabilidad el absurdo comentario que había hecho: que Bex tenía que ser una auténtica gafe para que Rabaul saltara por los aires justo cuando ella estuviera cerca. Allí y ahora, sobre aquel suelo tembloroso, su anterior certeza parecía absurda. Pero todavía era posible que tuviera razón. La montaña podía volver a dormirse. De una forma u otra, la mayoría de la gente no pensaba en ello. Era un mundo abarrotado, con innumerables problemas más inmediatos que los estertores de un volcán.

El paseo hasta la terminal parecía interminable. El vestíbulo del aeropuerto era un lugar tétrico, a pesar de los logotipos de las corporaciones, que se veían por todas partes.

El estremecimiento intermitente de la tierra era una perturbación primitiva y el colosal zumbido de los motores sonaba como los gruñidos de unos animales decepcionados.

Entonces, Joan escuchó un estallido lejano, como si hubieran arrojado n una chimenea unos maderos mojados.

—Mierda. ¿Eso ha sido un disparo?

—Hay manifestantes junto a las vallas del aeropuerto —dijo Alyce Sigurdardottir—. Los he visto cuando entrábamos. Un grupo numeroso de desarrapados, como un poblado chabolista en movimiento.

—¿Por nosotros?

Alyce sonrió.

—No se puede montar una conferencia sobre la globalización respetable sin que aparezcan manifestantes. Vamos, es una tradición: llevan tanto

tiempo saboteando eventos que los veteranos celebran reuniones. Deberías sentirte halagada de que te tomen en serio.

Joan replicó con tono sombrío:

—Entonces habrá que trabajar más duro para convencerlos de que tenemos algo nuevo que ofrecer... Tengo la sensación de que no te gusta Alison Scott.

—La vida entera de Scott, su trabajo, no es más que un espectáculo. Hasta sus hijas han sido cooptadas... no, creadas, para participar de la representación. Pero míralas...

Joan se encogió de hombros.

—Pero no puedes culparlas por genenriquecer a sus hijas. —Se acarició el vientre—. Yo no lo querría para mi pequeño. Pero la gente siempre aspira a darle a sus hijos las mejores posibilidades. El mejor colegio, la mejor lanza con punta de sílex, la mejor rama de la higuera...

Sus palabras consiguieron hacer sonreír a Alyce. Pero continuó:

—El genenriquecimiento sería deseable, al menos en cierta medida, si todo el mundo pudiera permitírselo. No hay nada fisiológicamente inevitable en la limitada capacidad de regeneración de nuestros cuerpos. Por ejemplo, ¿por qué no podemos volver a crear los miembros perdidos, como las estrellas de mar? ¿Por qué no tenemos varias filas de dientes en lugar de solo dos? ¿Por qué no podemos reemplazar las articulaciones cuando se desgastan o sufren de artritis?

»Pero, ¿tú crees que eso es lo que ha hecho Alison Scott con su dinero? Mira a sus hijas, mira su pelo, sus dientes, su piel. Las entrañas son invisibles. ¿Qué sentido tiene gastar dinero si no puedes hacer ostentación de ello? El noventa por ciento del dinero que se gasta actualmente en genenriquecimiento se invierte en mejoras cosméticas, en lo visible. Las desgraciadas hijas de Scott no son más que vallas publicitarias para anunciar su riqueza y su poder. No lo llaman «genenriquecimiento» por que sí. Nunca he visto nada tan decadente.

Joan le pasó un brazo alrededor de la cintura.

—Puede que sí. Pero tenemos que ser una iglesia muy amplia. Necesitamos las contribuciones de Scott tanto como las tuyas... ¿Sabes?, me

siento como si llevara un ladrillo en el estómago —dijo sin resuello.

Alyce hizo una mueca.

—Dímelo a mí. Yo tuve tres. Pero con los tres volví a Islandia a la hora de parir. Ah..., ¿un error de cálculo?

Joan sonrió.

—Un accidente. La conferencia lleva dos años programada. En cuanto al niño...

—La naturaleza sigue su curso, como siempre ha hecho, al margen de nuestras insignificantes preocupaciones. ¿Y el padre?

Otro paleontólogo, se había visto atrapado en medio de la absurda guerra que devastaba el inexistente estado de Kenia. Estaba tratando de proteger unos yacimientos de fósiles de homínidos de los ladrones. Un señor de la guerra pensó que estaba escondiendo plata, o diamantes, o vacunas del SIDA. La experiencia, y el embarazo que era su legado, habían reforzado la determinación de Joan a hacer de la conferencia un éxito.

Pero no quería hablar de ello en aquel momento.

—Es una larga historia —dijo.

Alyce pareció comprenderlo.

Finalmente lograron entrar en la terminal del aeropuerto. El frescor del aire acondicionado cayó sobre Joan como una ducha fría, aunque sintió un cierto remordimiento al pensar en los kilowatios de calor que, como azafata de *Qantas*, una aborigen, las condujo discretamente hasta una sala de recepción.

—Ha habido algunos problemas —repetía una y otra vez a los pasajeros cuando entraban—. No estamos en peligro. Pronto habrá un anuncio...

Fatigadas, Alyce y Joan se acercaron a un sofá metálico vacío. Alyce fue a comprar refrescos para las dos.

La sala de espera tenía paredes inteligentes, que ofrecían información sobre las líneas aéreas, boletines de noticias, programas de entretenimiento y servicios de telefonía. Los pasajeros estaban inquietos y cuchicheaban. Muchos de ellos habían venido para acudir a las conferencias; Joan reconoció algunas de las caras que había visto en el programa y en varios

sitios web. Todos sufrían de un evidente *jet-lag* y parecían desorientados, exhaustos sobreexcitados, o una mezcla de todo ello.

Un hombrecillo barrigudo con lo que en algún momento podría haberse llamado una camisa hawaiana se aproximó con timidez a Joan. Calvo, sudoroso y con una sonrisa aparentemente perenne colgada del rostro, llevaba una pequeña placa en la que alternaban a intervalos regulares imágenes de Marte, del nuevo vehículo de aterrizaje cibernético de la NASA y de un cielo anaranjado. De pequeña, Joan habría pensado que era un empollón. Pero no tenía más de treinta y cinco años. Un empollón de segunda generación, pues. El sujeto extendió la mano.

—¿Señora Useb? Me llamo Ian Maughan. Vengo del LPC. Eh...

—El Laboratorio de Propulsión de Cohetes. NASA. Recuerdo su nombre, por supuesto. —Joan se puso de pie y le estrechó la mano—. Me alegro mucho de que haya decidido venir. Especialmente a estas alturas de su misión.

—Todo marcha bien, gracias al gran Ju-ju —dijo. Pulsó la superficie de la placa—. Son imágenes en vivo, con la natural demora debida a la distancia, claro... Johnnie ha montado ya la planta productora de combustible y está empezando a extraer el metal.

—Hierro, de la oxidada roca marciana.

—Exacto.

El nombre de «Johnnie» se debía a John von Neumann, el pensador americano del siglo XX a quien se atribuía la idea de los replicadores universales, máquinas que, si contaban con la necesaria materia prima, eran capaces de manufacturar cualquier cosa, incluida una o más copias de sí mismas. «Johnnie» era un prototipo de replicador, cuyo objetivo final era fabricar una copia de sí mismo a partir de la materia prima que se podía encontrar en el propio planeta.

—Está siendo todo un éxito de público —dijo Maughan—. A la gente le encanta mirarlo. Creo que es la sensación de propósito, de logro, que transmite al terminar cada pieza.

—Realidad televisiva en directo desde Marte.

—Algo parecido, sí. Mentiría si dijera que esperábamos estas cifras de audiencia. Después de setenta años de historia, la NASA sigue sin saber manejar las relaciones públicas. Pero agradecemos la atención, sin duda.

—¿Cuándo calcula que Johnnie... hmm... dará a luz? ¿Antes de mi propio intento de replicación?

Maughan soltó una carcajada forzado, abochornado por la referencia de Joan a su humana biología.

—Bueno, es posible. Pero está avanzando a su propio ritmo. Esa es precisamente la belleza del proyecto, claro. Johnnie es autónomo. Ahora que está allí no necesita nuestra ayuda. Y como ni él ni sus hijos nos van a costar un centavo más, en realidad puede decirse que se trata de un proyecto de bajo presupuesto.

Joan pensó, *¿hijos?*

—Pero Johnnie es un logro de la ingeniería más que de la ciencia —dijo Alyce. Había regresado con sendos vasos de cola para Joan y para ella—. ¿No es cierto?

Maughan esbozó una sonrisa desenvuelta. Joan comprendió al fin que, a pesar de su fachada, puede que fuera uno de los empleados del LPC con mayores dotes para las relaciones públicas. De lo contrario, no se encontraría allí.

—Esa es nuestra manera de hacer las cosas. En la NASA, la ingeniería y la ciencia siempre han de ir de la mano. —Se volvió de nuevo hacia Joan—. Pero es un honor que me hayan invitado. Sigo sin saber por qué. No soy lo que se dice un experto en biología. Básicamente, soy un científico informático. Y Johnnie no es más que otra sonda espacial, un montón de silicio y aluminio.

Joan dijo:

—Esta conferencia no trata solo sobre biología. Quería que vinieran las mejores y más brillantes mentes de muchos campos diferentes y se pusieran en contacto. Tenemos que aprender a pensar de otra manera.

Alyce sacudió la cabeza.

—Y a pesar de mi escepticismo sobre ese proyecto en concreto, creo que se subestima usted, Dr. Maughan. Piense en ello. Llega usted desnudo

al mundo. Coge lo que la Tierra le ofrece, aceite, metal, y lo moldea, le otorga inteligencia, y lo arroja al espacio, en busca de otro mundo. La NASA ha tenido siempre una imagen pésima. Pero en realidad, lo que hacen es muy... romántico.

Maughan se escondió tras un chiste malo:

—Vaya, señora, tendré que invitarla la próxima vez que me presente ante el comité de revisión laboral.

La sala seguía llenándose de pasajeros. Joan dijo:

—¿Alguien sabe qué está ocurriendo?

—Son los manifestantes —dijo Ian Maughan—. Están lanzando piedras contra el recinto del aeropuerto. La policía está tratando de expulsarlos, pero es un caos. Nos han permitido aterrizar pero de momento no es seguro recoger el equipaje o abandonar el aeropuerto.

—Genial —dijo Joan—. Así que vamos a estar bajo asedio durante toda la conferencia.

Alyce preguntó:

—¿Quién es el responsable?

—Principalmente, el Cuarto Mundo. —Un grupo muy amplio, surgido de la escisión de una secta cristiana, que aseguraba representar los intereses del proletariado global: el llamado Cuarto Mundo, un colectivo menos visible aún que las naciones y grupos que conformaban el Tercer Mundo, formado por los más pobres y excluidos, situados por debajo del radar de las opulentas naciones septentrionales—. Creen que el propio Pickersgill está en Australia.

Joan sintió una punzada de inquietud. El británico Gregory Pickersgill era el carismático líder del culto central. Los peores problemas, a veces con resultado de muertes, lo acompañaban allá donde iba. Deliberadamente, apartó la preocupación de sí—. Es cosa de la policía. Nosotros tenemos que organizar una conferencia.

—Y salvar un mundo —dijo Ian Maughan, sonriendo.

—Sí, señor.

En un rincón de la terminal se produjo una conmoción cuando entró un cajón blanco sobre unas ruedas. Era como un inmenso refrigerador. Se

encendieron varias luces y las cámaras enfocaron el rostro de Alison Scott.

—He ahí un equipaje que no podía esperar —murmuró Alyce.

—Creo que se trata de material vivo —dijo Maughan—. Les he oído comentar algo sobre ello.

En aquel momento, la pequeña Bex Scott se acercó corriendo a Joan. Joan se dio cuenta de que los ojos de Ian Maughan se abrían como platos al reparar en el azul de su pelo y el rojo de sus ojos. Puede que estuvieran un poco atrasados en Pasadena.

—Oh, Dra. Useb, quiero que vea lo que ha traído mi madre. Y usted también, Dra. Sigurdardottir. Vengan, por favor. Eh... han sido muy amables conmigo en el avión. La verdad es que estaba muy asustada con todo ese humo y la vibración.

—No hemos corrido peligro real.

—Lo sé. Pero a pesar de ello era aterrador. Ustedes estaban allí y se portaron muy bien. Vengan, me encantaría que pudieran verlo.

De modo que Joan, seguida por Alyce y Maughan, se dejó conducir por la sala.

Alison Scott estaba hablando a las cámaras. Era una mujer alta e imponente.

—... especializada en la evolución del desarrollo. Evo-desa, como se conoce en los medios. Su objetivo es descubrir cómo se puede llegar a regenerar, por ejemplo, un dedo perdido. Lo hacemos estudiando genes ancestrales. Si juntamos un pájaro y un cocodrilo podemos vislumbrar el genoma de su antepasado común, un reptil anterior a los dinosaurios que existió hace unos doscientos cincuenta millones de años. Incluso antes del final del siglo XXI, un grupo de científicos fue capaz de «activar» la aparición de dientes en el pico de una gallina. Los circuitos ancestrales siguen ahí, dedicados a otros propósitos. Lo único que hace falta es encontrar el interruptor molecular correcto...

Joan levantó las cejas.

—Vaya por Dios. Ni que la reunión fuera suya...

—El oficio de esa mujer es el espectáculo —dijo Alyce con fría desaprobación—. Ni más ni menos.

Con un ademán teatral, Alison Scott dio unos golpecitos al cajón que había a su lado. La pared se volvió transparente. Un jadeo de sorpresa escapó de la multitud de curiosos... y, por detrás de este, se oyó un aullido apagado. Scott dijo:

—Les ruego que tengan presente que lo que ven es una reconstrucción genética, nada más. Ciertos detalles como el color de piel y el comportamiento han tenido que ser esencialmente inventados...

—Dios mío —dijo Alyce.

La criatura de la caja parecía, a primera vista, un chimpancé. De apenas un metro de alto, era una hembra. Sus senos y genitales eran prominentes. Pero era capaz de caminar erguida. Joan lo supo al ver la peculiar geometría de las caderas. Sin embargo, en aquel momento no estaba caminando. Estaba acurrucada en un rincón, aterrada, con las largas piernas dobladas sobre el pecho.

Bex dijo:

—Ya se lo dije, Dra. Useb, ya no tiene por qué escarbar el suelo en busca de huesos. Ahora puede conocer a sus antepasados.

A su pesar, Joan estaba fascinada. *Sí*, pensó. *Conoces a mis antepasadas, todas esas abuelas peludas. Ese ha sido el trabajo de mi vida y es evidente que Alisan Scott comprende el impulso. Pero, ¿puede ser real esa pobre quimera? Y si no... ¿cómo eran realmente?*

Bex le cogió la mano impulsivamente.

—¿Lo ve? —Sus ojos carmesí refulgían.— Le dije que no tenía que estar preocupada por la desaparición de los bonobos.

Alyce suspiró.

—Pero, hija, si no tenemos sitio para los chimpancés, ¿de dónde lo vamos a sacar para ella?

La falsificada australopitecina, aterrada, enseñó los dientes con una sonrisa de pánico.

OceanofPDF.com

9

Los caminantes

KENIA CENTRAL, ÁFRICA OCCIDENTAL,
C. 1,5 MILLONES DE AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

I

Le gustaba correr más que nada en el mundo. Su cuerpo estaba hecho para ello.

Cuando aceleraba, su cuerpo era capaz de recorrer cien metros en seis o siete segundos. A un paso más tranquilo, podía recorrer mil quinientos metros en tres minutos. Sabía correr. Cuando lo hacía, el aliento le quemaba en los pulmones y los músculos de sus largas piernas y sus poderosos brazos parecían resplandecer. Le encantaba sentir el hormigueo del polvo que se pegaba a su piel desnuda y sudorosa y oler el perfume agostado y eléctrico de la cálida sequedad de la tierra.

La temporada seca estaba ya muy avanzada. El peor calor del día caía pesadamente sobre la sabana y el Sol delineaba la escena con brillante simetría. Entre las colinas volcánicas, con su aspecto almohadillado, la hierba era escasa y amarilleaba, arrancada y pisoteada por todas partes por las grandes manadas de herbívoros. Los caminos que éstas abrían, por los que ahora estaba corriendo, eran como carreteras que comunicaban pastos y cursos fluviales. En aquella era los animales que se alimentaban de hierba modelaban el paisaje. Ninguna de las numerosas razas de gente que había por el mundo había usurpado todavía este papel.

En el calor del mediodía, los herbívoros se refugiaban a la sombra o simplemente se tendían en la tierra. Vio varias manadas inmóviles de criaturas como elefantes, de muchas especies diferentes, como nubes grises en la lejanía. Los avestruces, torpes y de largas patas, picoteaban el suelo sin descanso. Esbeltos depredadores dormitaban tranquilamente con sus cachorros. Incluso los carroñeros, las aves que sobrevolaban los cadáveres y los animales oportunistas, habían hecho un alto en sus desagradables tareas. Nada se movía salvo el polvo que levantaba al correr, salvo su propia y veloz sombra, reducida a un pequeño retazo de oscuridad debajo de sí.

Completamente absorta en su cuerpo, su mundo, corría sin cálculo ni análisis, corría con una fluidez y una libertad que ningún otro primate había conocido jamás.

No estaba pensando como un ser humano. No era consciente de otra cosa que de su respiración, el placentero dolor de sus músculos, su vientre, la tierra que parecía volar bajo sus pues. Mas cuando corría, desnuda como estaba, parecía humana.

Era alta —más de ciento cincuenta centímetros—. Su raza era más alta que ninguno de sus antepasados. Era esbelta y larguirucha y no superaba los cuarenta y cinco kilogramos de peso; tenía miembros delgados, músculos duros y una espalda y un vientre planos. Acababa de cumplir los nueve años. Pero estaba al borde de la madurez, sus caderas estaban ensanchándose y sus pechos, pequeños y firmes, ya habían cobrado una cierta redondez. Y aún no había terminado de crecer. Aunque conservaría la esbeltez de sus proporciones, podía contar con que su crecimiento la

llevaría hasta los dos metros de altura. Su espalda, cubierta ahora de sudor, estaba desnuda del todo, con la excepción de una mata de pelo negro y ensortijado sobre la cabeza y los matojos oscuros de la entrepierna y las axilas. En realidad, tenía tantos pelos como cualquier otro simio, pero los suyos eran pálidos, débiles y finos. Su rostro era redondo, pequeño y tenía una nariz carnosa, redondeada y sobresaliente, como las de los humanos, no achatada como la de los simios.

Puede que su pecho fuera un poco alto, un poco cónico; tal vez la proporción de sus alargados miembros hubiese parecido un poco inusual. Pero su cuerpo no superaba los límites de las variaciones humanas; hubiera podido pasar por una habitante del desierto, una dinka del Sudán o una de las turkanas o masais que un día caminarían por la tierra que ella estaba atravesando en aquel momento.

Parecía humana, pero su cabeza era diferente. Por encima de sus ojos discurría una ancha protuberancia de hueso que desembocaba en una frente alargada y rehundida. Desde allí, el hueso corría casi sin altibajos hasta la nuca. La tupida mata de pelo disimulaba la forma de la cabeza, pero era imposible no reparar en su forma chata y en las pequeñas dimensiones del cráneo.

Tenía el cuerpo de un ser humano y el cráneo de un simio. Pero los ojos eran claros, brillantes, curiosos. A sus nueves años, embargada por el placer de su cuerpo en aquel fugaz momento de vida, luz y libertad, era tan feliz como nadie en el mundo. Unos ojos humanos la hubieran encontrado preciosa.

Pertenecía a una raza de homínidos, más próximos a los humanos que los chimpancés o los gorilas, pariente de las especies que un día serían conocidas como *Homo ergaster* y *Homo erectas*. Pero por todo el Viejo Mundo había muchas, muchas subespecies diferentes, muchas variaciones de la misma tipología corporal. Formaban una especie triunfante y diversa y nunca habría suficientes huesos y fragmentos de cráneos para reconstruir su historia entera.

Algo corrió entre sus pies. Sobresaltada, jadeando, dio un respingo. Era un ratón de campo, un roedor; interrumpido mientras buscaba

parsimoniosamente su alimento se apartó sin demasiada prisa, indignado.

Y entonces ella escuchó un grito:

—¡Lejos! ¡Lejos!

Volvió la mirada. Los suyos, como una mancha remota, se habían reunido en el afloramiento rocoso en el que iban a pasar la noche. Uno de ellos, su madre o su abuela, se había encaramado a la roca más alta de todas, y la estaba llamando a gritos, con las manos en la boca. «¡Lejos!» era un grito que ningún simio, ni siquiera Capo, podría haber articulado. Era una palabra.

El Sol había empezado a descender de su cenit y su sombra empezaba ya a alargarse. Pronto, los animales empezarían a desperezarse; ya no estaría a salvo, ya no la protegería la somnolencia que se apoderaba del mundo al mediodía.

Sola, alejada de su pueblo, sintió un fugaz y delicioso momento de miedo. Todos los días, a la mínima ocasión, se alejaba corriendo hasta encontrarse demasiado lejos, y lodos los días tenían que llamarla para que regresara. No tenía nombre. Ningún homínido se había dado nombre todavía. Pero, de haberlo tenido, habría sido *«Lejos»*. Se volvió hacia las rocas y echó a correr a paso firme y veloz.

Su grupo estaba formado por veinticuatro individuos.

La mayoría de los adultos estaban dispersos por la zona que rodeaba el erosionado risco de arenisca. Se movían como esbeltas sombras por el suelo polvoriento, buscando frutos y pequeñas presas, silenciosos, concentrados, expertos. Las madres llevaban a sus pequeños, aferrados a la espalda o gateando junto a sus pies.

La madre de Lejos estaba buscando entre un pequeño grupo de acacias destrozado a conciencia por el paso de una manada de deinotheres. Estos antepasados de los elefantes utilizaban sus colmillos curvos y sus gruesas y cortas trompas para dejar los árboles destrozados, la tierra removida y las raíces arrancadas. Allí la gente no era la única que buscaba alimento: los cerdos salvajes gruñían y chillaban mientras pegaban la fea cara a la tierra

removida. La destrucción era reciente. Lejos veía escarabajos gigantes, atareados enterrando excrementos de deinotheres, y armadillos y melívoros escarbando en el suelo, buscando las larvas de los escarabajos.

El lugar era un buen sitio para buscar comida. Cuando una zona no se conocía bien, la mejor estrategia para ello era buscar restos de otros animales, especialmente los más destructivos, como los elefantes o los cerdos. Entre los árboles destrozados, la madre de Lejos encontraría cosas que en otras condiciones habrían sido inaccesibles o habrían estado escondidas. Entre los troncos rotos había incluso palancas preparadas para usarse, palas y palitos para excavar, para desenterrar raíces del suelo, ramas rotas para alcanzar las frutas de los árboles y hojas de palma para sacar la médula de los huesos.

La madre de Lejos era una mujer serena y elegante, alta hasta para su raza. Podrían haberla llamado Calma. Caminaba con sus dos hijos, el bebé adormecido colgado de uno de sus hombros y el joven. Lejos le doblaba la edad a este último, pero eran casi igual de altos. Lejos pensaba en el delgaducho jovencito como Rapaz: irritante, listo y demasiado diestro en la competición por las atenciones y la generosidad de su madre.

La madre de Calma, abuela de Lejos, se encontraba a su lado. A sus más de cuarenta años, la abuela estaba ya demasiado agarrotada como para ser de mucha ayuda a la hora de buscar comida. Pero colaboraba vigilando el hijo pequeño de Tranquila por ella. A un ser humano no le habría sorprendido ver a gente anciana en el grupo: le habría parecido algo natural. Pero hasta entonces, ningún primate había llegado a la vejez, y de hecho, pocos eran los que sobrevivían más allá de sus años fértiles. ¿Por qué debían sus cuerpos mantenerlos con vida cuando ya no podían seguir contribuyendo a la reserva genética? Pero ahora las cosas habían cambiado. En el pueblo de Lejos, los ancianos desempeñaban un papel.

Jadeando, polvorienta, Lejos subió a la roca. Era solo un afloramiento de cien metros de envergadura en el que no había otra cosa que algunos matojos de hierba, insectos y lagartos. Pero para la gente era una base temporal, una isla más o menos segura en la sabana abierta, aquel mar de peligros. En el afloramiento, un par de hombres estaban reparando lanzas de

madera. Trabajaban de forma ausente, sin mirar lo que estaban haciendo, como si sus manos se movieran por sí solas. Algunos de los niños jugaban mientras esperaban al regreso de los adultos. Peleaban, se perseguían y fingían que se acechaban unos a otros. Dos jóvenes de seis años estaban incluso enzarzados en unos torpes prolegómenos amorosos, acariciándose el vientre y los pezones.

Lejos no era ni una adulta ni una niña, y en aquel pequeño grupo no había nadie de su misma edad. Así que se mantuvo apartada del resto y subió al punto más alto del erosionado farallón de arenisca. Allí encontró un trozo de mandíbula de antílope, abandonado por algún carroñero y pelado por bocas hambrientas y por el trabajo paciente de los insectos. Rompió el hueso en varios fragmentos golpeándolo contra las rocas del suelo y los utilizó para limpiarse el sudor y la tierra de las piernas y el vientre.

Desde donde se encontraba se dominaba el paisaje circundante, extendido a su alrededor como un complejo panorama. Era un valle inmenso. La obra de una colosal angustia geológica se adivinaba en la panoplia de domos, coladas de lava, afloramientos y cráteres. Al este —y, más allá del horizonte, al oeste— la tierra se había levantado, formando una meseta de tres mil metros de altura en su punto más alto, cubierta de suelo volcánico. La gran meseta terminaba en una pared cortada a pico que caía sobre el valle.

Aquel era el Rift Valley: una fractura que separaba dos placas tectónicas que estaban alejándose. Se extendía a lo largo de tres mil kilómetros, desde el Mar Rojo y Etiopía, al norte, hasta Mozambique, al sur, pasando por Kenia, Uganda, Tanzania y Malawi. Durante veinte millones de años, la actividad geológica que había tenido por escenario toda esta gran herida había levantado volcanes, elevado tierras y creado valles que alimentaban de agua algunos de los lagos más grandes del continente. La propia tierra había sido remozada, transformada en una sucesión de capa tras capa de ceniza volcánica, entremezcladas con amplios lechos de esquisto. En las colinas volcánicas crecían bosques húmedos y un complejo mosaico de vegetación, desde arboledas a sabanas pasando por matorrales, cubría el lecho del valle. Era un lugar abarrotado, confuso, variado.

Y estaba lleno de animales.

Mientras el Sol proseguía su camino descendente por el cielo, aumentaba la actividad de las criaturas de la sabana: los hipopótamos que se bañaban en las marismas y las manadas de regios predecesores de los elefantes que paseaban serenamente por los pastizales. Había muchas especies diferentes de elefantes, de hecho, con sutiles variaciones en la forma de la espalda, los cráneos o las trompas. Se comunicaban con agudos trompetazos mientras navegaban como oscuras embarcaciones por el mar de polvo que levantaban. Al igual que estos grandes herbívoros, había muchas otras especies que dependían directamente de la hierba: liebres, puercoespines, ratones de campo y cerdos. Entre los depredadores que los cazaban — y que, a su vez, eran presa de animales todavía más peligrosos — se encontraban los chacales, las hienas y las mangostas.

Los animales de la sabana hubieran resultado asombrosamente familiares a los ojos de un ser humano, porque ya se habían adaptado muy bien a las condiciones reinantes. Pero la riqueza y la variedad de la vida que podía encontrarse allí habría asombrado a un observador de los tiempos del hombre. Aquella era la región más rica de la Tierra por lo que se refiere a número, diversidad y abundancia de especies mamíferas, y aquel era uno de los períodos más prolíficos de la historia. En aquel lugar abarrotado y complicado, los moradores de las llanuras, como los antílopes y los elefantes, convivían con criaturas del bosque como los cerdos y los murciélagos. El Rift era un escenario rico y extenso que había ofrecido oportunidades de adaptación a muchas especies de animales, como los elefantes, los cerdos, los antílopes... y la gente. Aquel era, de hecho, el crisol del que había emergido la raza de Lejos.

Pero no se habían quedado allí.

Tras la época de Capo, liberada al fin de los vínculos ancestrales con el bosque, la especie de Lejos se había convertido en una especie vagabunda. Había salido de África: ya se habían plantado las primeras huellas homínidas en el continente asiático. No obstante, las abuelas de Lejos habían completado, sin darse cuenta, un gran círculo hacia el norte, el este y

el sur, y al cabo de muchas generaciones habían regresado allí, al mismo lugar en el que la raza se había originado.

Sentada sobre su roca, Lejos escudriñó el paisaje con mirada profesional y calculadora. En su vagar, el pueblo seguía normalmente los cursos fluviales. Habían llegado allí desde el norte y podía ver el lecho del arroyo que habían seguido, una serpiente de plata que avanzaba sinuosamente entre la hierba y los matorrales. A lo largo del curso del río, la tierra era arcillosa, acuosa y densa de nutrientes, y en ella crecía una vigorosa mezcla de árboles, maleza y hierba, jalonada por los escultóricos pilares de los termiteros. Al este la tierra se elevaba y se volvía más seca y desnuda, y al oeste el bosque se volvía tan denso que se convertía en un cinturón infranqueable. Pero cuando dirigía la vista al sur veía las posibilidades del mañana, un corredor de sabana con la mezcla justa de hierba, maleza y bosquecillos que gustaba a la gente.

Lejos era joven y todavía estaba aprendiendo muchas cosas sobre el mundo y sobre el mejor modo de aprovecharlo. Pero poseía un profundo y sistemático conocimiento sobre el medio en el que vivía. Ya era capaz de estudiar un territorio desconocido como aquel y encontrar las posibles fuentes de alimento, agua y peligros, e incluso trazar rutas migratorias.

Era una habilidad necesaria. Confinada a los espacios abiertos, la raza de Lejos se había visto obligada por los severos condicionantes de la selección a desarrollar un nuevo tipo de percepción del medio. Había tenido que aprender los hábitos de la caza, la distribución de las plantas, los cambios de las estaciones, el significado de las huellas: en pocas palabras, a resolver los interminables rompecabezas de la compleja e implacable sabana. A partir de su antepasado remoto, Capo, que había vivido miles de kilómetros al noroeste de allí, habían descubierto a base de probarlas las características del mundo forestal en el que vivían: incapaces de comprender la tierra, de desarrollar patrones nuevos, los había zarandeado la constante perplejidad de lo desconocido.

En aquel momento, los adultos y sus crías estaban volviendo a la roca trayendo la comida. Estaban desnudos y llevaban solo lo que les cabía en las manos y entre los brazos. La mayoría de ellos venía con la boca llena y

masticando todavía. La gente comía lo más deprisa posible, ayudándose unos a otros, alimentando solo a los miembros de su propia familia, sin desdeñar el robo cuando se presentaba la ocasión y creían que podían salirse con la suya. Y comían en completo silencio, roto tan solo por los eructos, los gruñidos de placer o asco cuando mordían un trozo de comida podrida, y alguna que otra palabra ocasional: «¡Mío!», «Nuez», «Rompe», «Duele, duele, duele...» Eran sustantivos y verbos sencillos, posesivos y desafíos, oraciones de una sola palabra, sin estructura, sin gramática. Pero, a pesar de todo, era un lenguaje, y las palabras, etiquetas que hacían referencia a términos definidos: un sistema mucho más avanzado que los sonidos inconexos de la época de Capo y que el sistema de comunicación de cualquier animal.

Por allí venía el hermano de Lejos, el Rapaz. Arrastraba el cadáver exangüe de un animal de pequeño tamaño, puede que una liebre. Y su madre, Calma, traía los brazos llenos de raíces, frutas y corazón de palma.

De repente, Lejos sintió mucha hambre. Corrió hacia su madre, gimiendo, con los brazos extendidos y la boca abierta.

Calma la recibió con un siseo y, en un gesto teatral, apartó de ella la comida que traía. «¡Mío, mío!». Era un reproche y contaba con el respaldo de las miradas furiosas de su abuela. Lejos estaba ya demasiado crecida para seguir alimentándose como una cría. Tendría que haber ido con su madre para ayudarla, en lugar de derrochar energías corriendo sin propósito por todas partes. Mira, ahí estaba su hermano, el Rapaz, que había estado trabajando duro y regresaba con su propia comida... todo ello en una sola palabra.

La vida ya no era como en tiempos de Capo. Ahora, los adultos trataban de instruir a los cachorros. El mundo se había vuelto demasiado complejo como para que los cachorros tuvieran que reinventar toda la tecnología y las técnicas de supervivencia desde cero; había que enseñarles a sobrevivir. Y una de las funciones de las ancianas, como la abuela de Lejos, era encargarse de transmitir esa sabiduría.

Pero Lejos volvió a extender las manos y emitió quejumbrosos gemidos animales. *Solo huna vez más. Solo por hoy. Mañana ayudo.*

—¡Graah! —Calma, como Lejos esperaba, dejó caer la comida sobre la roca. Había recogido nueces, judías, guisantes pintos y tubérculos de esparragueras. Le ofreció a su hija un grueso tubérculo; esta lo mordió sin esperar un momento.

El Rapaz se sentó junto a su madre. Todavía era demasiado joven para sentarse con los hombres, que estaban removiendo su propio montón de comida. El Rapaz había matado a su conejo con las manos desnudas, retorciéndole los miembros y la cabeza, y estaba utilizando una lasca de piedra para abrirle el pecho. Pero su forma de llevar a cabo aquel minúsculo acto de despiece era tensa, temblorosa.

En su familia nadie lo sabía, pero estaba ya gravemente enfermo de hipervitaminosis. Unos días antes, uno de los hombres le había dado unos trozos del hígado de una hiena, muerta en una fugaz batalla por los restos de un antílope. Como el de cualquier depredador carnívoro, el hígado de la hiena estaba lleno de vitamina A, y el sutil envenenamiento provocado por esta no tardaría en manifestarse en el cuerpo del joven.

Dentro de un mes, estaría muerto. Dentro de doce, olvidado incluso por su madre. Pero, de momento, le propinó una bofetada razonablemente débil y le arrebató parte del conejo para enseñarle a compartir con su hermana.

El mundo había seguido enfriándose y secándose desde tiempos de Capo.

Al norte del ecuador, un gran cinturón de taiga se extendía por todo el planeta, a través de Norteamérica y Asia, un bosque formado exclusivamente por árboles de hoja perenne. Y en el norte lejano, la taiga había vuelto a aparecer por primera vez en trescientos millones de años. Para los animales, las posibilidades que ofrecía la taiga eran escasas comparadas con los viejos bosques de coníferas y plantas de hoja caduca de las latitudes templadas. Del mismo modo, los pastizales seguían extendiéndose — la hierba era menos voraz que los árboles— pero la hierba formaba llanuras áridas, capaces de sustentar a una gama mucho más

reducida de especies animales que los cada vez menos abundantes bosques. Conforme continuaba la lenta desecación, volvían a producirse extinciones.

Pero si la calidad de la vida estaba en descenso, su cantidad era tremenda, pasmosa.

La necesidad de superar períodos de carencias estacionales y de desarrollar intestinos capaces de procesar una dieta tosca durante todo el año favorecía la aparición de los herbívoros de gran tamaño. Los mamíferos gigantes, una nueva «megafauna» de una escala que no se había visto desde la extinción de los dinosaurios, se extendía por todo el planeta. Los mamuts ancestrales ya habían ocupado Eurasia septentrional y, utilizando los puentes continentales que periódicamente emergían por el descenso del nivel de los océanos, habían entrado en Norteamérica. De momento, sometidos a climas estables, carecían de pelaje y se alimentaban de follaje en lugar de hierba. Parecían elefantes, pero ya tenían la corona elevada y los cuernos curvados de sus velludos descendientes.

Mientras tanto, había camellos gigantes en Norteamérica, y por las tierras de África y Asia vagabundeaban unas criaturas enormes, parecidas a alces, llamadas sivatheres. En las regiones septentrionales de Eurasia vivía una especie de rinoceronte gigante llamada elasmoterio. Poseía unas piernas alargadas para ser un rinoceronte y un cuerno que podía alcanzar los dos metros de longitud: parecía un unicornio musculoso.

Y junto con estas enormes manadas de carne venían los nuevos y especializados depredadores. Los felinos, producto reciente de la evolución, habían perfeccionado la tecnología de la muerte. Poseían colmillos laterales como cizallas que podían perforar la piel, desgarrarla y penetrar en el cuerpo, donde sus incisivos podían destrozar la carne. Los tigres de dientes de sable eran su expresión más perfeccionada. Llegarían a ser dos veces más grandes que los leones de tiempos humanos y se convertirían en colosales y musculosos depredadores, con una constitución digna de un oso, de patas gruesas y cortas. Su característica principal era la potencia, más que la velocidad, y eran cazadores de emboscada, con inmensas bocas capaces de abrirse muchísimo para destrozar a sus presas. En general, todos

los felinos hacían que hasta los caninos parecieran criaturas poco especializadas. Posiblemente fueran los depredadores terrestres definitivos.

Pero entonces, medio millón de años antes de que naciera Lejos, se inició un nuevo y dramático cambio climático. Para las criaturas del mundo, las reglas habían cambiado de nuevo.

Se alzó una llamada en la llanura.

—¡Mirad, mirad! ¡Yo, mirad, yo! —La gente se levantó y se reunió para ver qué ocurría.

Se aproximaba un hombre. Era alto, mucho más musculoso que el resto, con una frente anormalmente prominente. Aquel hombre, Frente, ya era el macho dominante, el amo del complejo y competitivo mundo de los machos. Y traía un animal muerto sobre el hombro, un joven antílope.

Los otros ocho adultos del grupo empezaron, como se esperaba de ellos, a lanzar vítores y alaridos, y bajaron corriendo por la rocosa ladera. Le dieron palmadas a Frente en la espalda, acariciaron respetuosamente el antílope y corrieron e hicieron cabriolas, levantando una espectacular nube de polvo que flotó, resplandeciente, bajo la luz del Sol poniente. Entre todos llevaron al antílope a lo alto de las rocas y, una vez allí, lo dejaron caer al suelo. Dos jóvenes acudieron corriendo y empezaron a pelear por la comida. El Rapaz estaba entre ellos, pero era más débil que otros más jóvenes y lo apartaron con facilidad. Lejos vio que el animal tenía un trozo de lanza clavado en el pecho. Así era como lo había matado Frente, probablemente en una emboscada, y puede que hubiera dejado la lanza allí para que quedara constancia de su proeza.

Mientras tanto, Frente lucía una portentosa erección. Las mujeres, incluida Calma, la madre de Lejos, empezaron a ofrecer sutiles demostraciones de disponibilidad: una mano doblada aquí, los muslos ligeramente separados allá...

Lejos, que no era ni mujer ni niña, se apartó de las demás. Empezó a mordisquear una raíz y esperó, mientras los acontecimientos se desarrollaban.

Algunos de los adultos habían traído guijarros volcánicos del cercano arroyo. Los hombres y las mujeres, explorando las rocas con manos rápidas, empezaron a fragmentarlas. Las herramientas emergieron de las piedras sin ningún esfuerzo consciente por su parte —aquella era una destreza ya ancestral, alojada en una sección separada de unas mentes rígidamente compartimentada— y al cabo de pocos minutos habían conseguido un surtido de toscos pero eficaces tajadores y lascas cortadoras. En cuanto alguien terminaba una herramienta, caía sobre el antílope.

Cortaron la piel desde el ano a la garganta y despellejaron la carcasa. La piel la desecharon: nadie había encontrado utilidad alguna para ella, aún no. A continuación, el cadáver fue rápidamente despiezado. Las finas hojas de piedra cortaron las articulaciones para separar y desmembrar las extremidades, perforaron la caja torácica para sacar los suaves y cálidos órganos que contenía y luego arrancaron la carne de los huesos.

Fue un trabajo rápido, eficiente, casi incruento, la demostración de una habilidad fruto de generaciones de aprendizaje ancestral. Pero los carniceros no trabajaban juntos. Aunque Frente tenía preferencia en los mejores cortes y el derecho a extraer el corazón y el hígado, el saqueo del cadáver era por lo demás una competición en la que todos se enfrentaban con gruñidos y empujones. A pesar de las herramientas que tenían en las manos, trabajaban sobre el antílope como una manada de lobos.

Las mujeres que luchaban por la comida eran muy escasas. Aquel día, su sencilla búsqueda de alimento en la arboleda de acacias y en otro sitios había sido fructífera y ya tenían la tripa —y la de sus hijos— llena de higos, bayas y brotes de hierba, frutos que abundaban en aquellos climas secos y que no requerían muchos preparativos para ingerirse.

Una vez que terminaron de arrancar la mayor parte de la carne de los huesos del antílope, el mercadeo empezó en serio. Frente pasaba entre los hombres, con una hoja en una mano y un buen trozo de cadera en la otra. Cortaba tajadas de carne y se las daba a algunos de ellos... pero no a otros, quienes le daban la espalda, como si la cosa no tuviera importancia, pero que más tarde tratarían de conseguir algún bocado de los mejores trozos. Todo formaba parte de las constantes disputas políticas de los hombres.

A continuación, Frente pasó entre las mujeres, ofreciendo trozos de comida como un pródigo monarca de visita. Cuando llegó junto a Calma, se detuvo, con su orgullosa erección bien firme, cortó un pedazo grande y suculento de cadera de antílope y se lo ofreció. Suspirando, ella lo aceptó. Devoró rápidamente una parte y entonces dejó el resto a un lado, cerca de su bebé, que estaba dormido en un nido de hierba seca. Hecho esto, se tendió de cara al cielo, abrió los muslos y levantó los brazos para aceptar a Frente.

Frente no había salido a cazar para alimentar a su pueblo. La caza mayor proporcionaba al grupo solo la décima parte de su alimento. La gran mayoría procedía de las plantas, frutos, insectos y pequeñas presas que recogían las mujeres, los niños mayores y los machos. La caza mayor suponía un suministro de energía de emergencia para los malos tiempos: sequías o inundaciones, quizá, o los inviernos especialmente duros. Pero la caza era útil para el cazador de muchas maneras diferentes. Con aquel antílope, Frente podía reforzar su posición política ente los hombres, y comprar el acceso a las mujeres, que en último caso era el auténtico propósito de la interminable lucha por la dominancia.

Dotadas de inteligencia superior, un cuerpo alto y sin pelaje, y un lenguaje rudimentario, aquellas eran las criaturas más humanas que habían existido nunca. Pero la mayor parte de sus costumbres le habrían resultado familiares a Capo. Los antepasados de Frente habían adoptado ya aquel patrón social —de machos que luchaban por la dominación, de hembras unidas por vínculos de sangre, de la caza como medio de comprar favores— mucho tiempo atrás, mucho antes de la providencial decisión de Capo de abandonar el bosquecillo en el que vivía. Los primates podrían haber vivido de otra manera, era posible imaginar otras sociedades diferentes. Pero una vez que se había establecido el patrón, era imposible de romper.

Y, por alguna razón, el sistema funcionaba. La comida se compartía; reinaba la paz. De una forma o de otra, la mayoría estaba alimentada.

Cuando Frente terminó, Calma se limpió los muslos con una hoja y volvió con la carne. Utilizó una lasca de piedra que alguien había abandonado en el suelo para cortar varios trozos y darle uno a su madre,

que era demasiado vieja para interesar a Frente, y el resto a Lejos, que los aceptó ansiosamente.

Y más tarde, cuando la luz estaba desvaneciéndose ya, Frente se aproximó a la propia Lejos. Ella lo vio como una silueta alta y musculosa perfilada contra el púrpura del cielo de poniente. La mayoría del antílope había desaparecido ya, pero ella olió su sangre en el macho. Llevaba consigo el hueso de una pata delantera. Se arrodilló junto a ella y empezó a olisquearla con curiosidad. Entonces partió el hueso contra una roca. Lejos captó el delicioso aroma del tuétano y se le hizo la boca agua. Sin pensarlo, alargó las manos hacia el hueso.

Él lo apartó un poco para obligarla a acercarse.

Al aproximarse, Lejos pudo olerlo mejor: la sangre, la mugre, el sudor y un persistente olor a semen. Él cedió y le entregó el hueso, que empezó a chupar ansiosamente, introduciendo la lengua en busca del tuétano. Mientras comía, él le puso una mano en el hombro y empezó a bajarla por todo su cuerpo. Lejos trató de no encogerse cuando sintió que sus manos exploraban sus pequeños pechos y le pellizcaban los pezones. Pero cuando sus dedos exploradores le separaron los muslos, lanzó un gemido. Él se llevó la mano a la nariz y olisqueó su aroma. Evidentemente debió de decidir que no tenía nada que ofrecerle, porque soltó un gruñido y se apartó.

Pero le dejó el tuétano. Ella lo devoró ansiosamente y se terminó la mayor parte antes de que una mujer más vieja le robara el hueso.

La luz desapareció rápidamente del cielo. Por toda la sabana se extendieron las llamadas de los depredadores, el ancestral método para delimitar sus respectivos reinos de sangre.

La gente se reunió en su islote de roca. Allí, en aquel lugar inhóspito, estarían a salvo: cualquier depredador ambicioso tendía que dejar el suelo y trepar hasta allí, donde se enfrentaría a varios homínidos inteligentes, grandes y armados. Pero eso no era ninguna garantía. Había por los contornos un dientes de sable llamado dinofelis, un depredador astuto

parecido a un jaguar voluminoso, que se había especializado en matar homínidos. Los dinofelis eran capaces incluso de trepar a los árboles.

Mientras se hacía de noche, la gente seguía con sus asuntos. Algunos comían. Otros se ocupaban de su propio cuerpo, limpiándose las uñas de los pies o reventándose las ampollas. Otros hacían herramientas. Muchas de estas actividades eran repetitivas, rituales. En realidad, nadie pensaba en lo que estaba haciendo.

Algunos se acariciaban: las madres a sus hijos, las hermanas entre sí, las parejas, los hombres y las mujeres que reforzaban de ese modo sus sutiles alianzas. Lejos estaba ocupándose del tupido pelaje de la cabeza de su madre, deshaciendo los nudos y recogiéndolo en una especie de trenza. Incluso entonces el pelo necesitaba muchos cuidados. Se enredaba, se ensuciaba y atraía liendres, y todas estas cosas había que solucionarlas.

La gente era la única especie mamífera cuyo pelo carecía de capacidad de mantenimiento. El espectacular plumaje tensorial de algunos monos, por ejemplo, crecía así sin necesidad de que nadie hiciera nada. Pero el pelo de la gente había evolucionado así porque necesitaban algo que acariciar. En la sabana convenía formar parte de un grupo grande, y el grupo necesitaba mecanismos sociales para no desintegrarse. Ya no había tiempo para las antiguas costumbres, los elaborados rituales de caricias por todo el cuerpo que Capo y sus antepasados practicaban. Además, no se podía acariciar una piel tan fina que hasta podía sudar. Sin embargo, incluso en aquella forma primitiva de cuidado capilar, conservaban los vínculos con su pasado.

La gramática de la gente al llevar a cabo sus diversas actividades no era como la de un grupo humano. Cuando llegaba la oscuridad se reunía para buscar protección, pero no había auténtica comunicación, no se compartía nada. No había fuego, ni nada parecido a un hogar, no había un eje central. Parecían humanos, pero sus mentes no eran como las de los humanos.

Al igual que en tiempos de Capo, el pensamiento estaba rígidamente compartimentado. El principal objetivo de la consciencia seguía siendo ayudar a la gente a averiguar qué podía haber en las mentes de los demás: solo eran conscientes de sí mismos, en un sentido humano, cuando trataban con otros. Las fronteras de la consciencia eran mucho más estrechas que en

las mentes humanas. Allí, en la oscuridad, había muchas cosas que hacían, de forma intuitiva, sin dedicarles el menor pensamiento. Incluso los que estaban fabricando herramientas o trabajando la comida lo hacían sin articular palabra, moviendo las manos por impulsos, sin más control consciente que los leones o los lobos. En momentos así, su consciencia era meliflua, fugaz. Hacían herramientas con la misma inconsciencia con la que un ser humano caminaría o respiraría.

Sin embargo, fueran humanos o no, un suave susurro articulado se extendía por todo el grupo. Hablaban las madres y los hijos, los que se acariciaban, las parejas. No se transmitía demasiada información; la mayoría de aquella charla estaba formada por suspiros de placer, como los ronroneos de un gato.

Pero sus palabras sonaban como palabras.

La gente había aprendido a comunicarse utilizando un equipamiento concebido para ciertas tareas —la boca diseñada para devorar, los oídos para captar los peligros— y adaptado ahora para otros usos. El bipedismo había contribuido a ello: el cambio de posición de la laringe y los cambios en los patrones de respiración habían permitido que se desarrollara la cantidad y calidad de sonidos que podían formarse. Pero, para ser útiles, los sonidos tenían que poder identificarse rápida e inequívocamente. Y las posibilidades de hacer esto estaban limitadas para los homínidos por la naturaleza del equipamiento que tenían que utilizar. A medida que la gente se escuchaba, e imitaba y reutilizaba los sonidos útiles, los fonemas —el continente sonoro de las palabras, la base de todo lenguaje— se habían ido seleccionando, impulsados por la necesidad de establecer comunicación y por las limitaciones estructurales.

Pero todavía no había nada parecido a la gramática —no había oraciones— ni, desde luego, existían la narrativa o los cuentos. Por el momento, el propósito principal de la comunicación no era la transmisión de información. Nadie hablaba de herramientas, de caza o de la mejor forma de preparar la carne. El lenguaje era social: se utilizaba para dar órdenes y hacer exigencias, para transmitir expresiones sencillas de dolor o placer. Y se utilizaba durante las caricias: el lenguaje, aunque careciera de

mucho contenido, era una forma muy eficaz de establecer y reforzar relaciones, mucho más que limpiar de piojos el vello púbico. Hasta servía para «acariciar» a varias personas al mismo tiempo.

De hecho, en gran parte, los responsables de la evolución del lenguaje eran las madres y sus hijos. En aquel momento, los antepasados de Demóstenes, Lincoln y Churchill apenas hacían otra cosa que hablar con sus cachorros.

Y estos no hablaban.

Las mentes de los adultos eran de una complejidad comparable a la de un niño humano de cinco años. Los pequeños no eran capaces de hacer otra cosa que emitir gorgoteos como los de los chimpancés hasta que llegaban a la adolescencia. Solo hacía uno o dos años que las palabras de los adultos habían empezado a tener sentido para Lejos, y el Rapaz, a sus siete años, todavía no era capaz de hablar. Los niños eran como simios nacidos de padres humanos.

Conforme desaparecía la luz por completo, el grupo fue reuniéndose para dormir.

Lejos se acurrucó contra las piernas de su madre. El día entero se había convertido en otro más en una larga cadena que la unía con el comienzo de su vida, días apenas recordados y vagamente relacionados entre sí. En la oscuridad se imaginó a sí misma, corriendo bajo la cegadora luminosidad del día, corriendo y corriendo.

No podía saber que aquella era la última vez que dormiría junto a su madre.

II

Hacía un millón de años, la deriva tectónica, lenta pero implacable, había provocado que las Américas del norte y del sur colisionaran, y había

formado el istmo de Panamá.

El hecho, por sí solo, había parecido poco importante, pues Panamá no era más que una insignificante franja de terreno. Pero, al igual que ocurriera en su día con Chicxulub, la región se había convertido en el epicentro de una catástrofe a escala mundial.

Por culpa de Panamá, la antigua corriente ecuatorial que separaba las Américas — el último vestigio de la edénica corriente del Tethys— se había interrumpido. Ahora, las únicas corrientes atlánticas eran los enormes flujos interpolares, grandes cintas transportadoras de agua fría. Las capas de hielo dispersas que cubrían el océano septentrional se fundieron y los glaciares se extendieron como garras por las masas continentales del norte.

La Edad de Hielo había empezado. En su punto de máxima extensión, los glaciares cubrirían más de una cuarta parte de la superficie de la Tierra; los hielos llegarían hasta Missouri y hasta el centro de Inglaterra. Mucho se perdió inmediatamente. Cuando los glaciares se retiraron, la tierra estaba desnuda hasta la roca misma, que a su vez había quedado pulverizada y convertida en polvo, dejando un legado de montañas con las laderas picadas, superficies laminadas y peñascos y valles dispersos.

En la Tierra no se había producido una glaciación significativa desde hacía doscientos millones de años. Ahora, un legado de rocas y huesos que se remontaba a las profundidades de la edad de los dinosaurios fue sistemáticamente destruido.

En el propio hielo nada podía vivir: nada. Bajo el hielo se extendió una tundra empobrecida. Incluso en los lugares más alejados de los hielos, como las regiones ecuatoriales o el continente africano, los cambios en los patrones de los vientos intensificaron la aridez y la vegetación se retiró a las costas y los valles fluviales.

El enfriamiento no fue una tendencia uniforme. El planeta subía y bajaba en su interminable danza alrededor del Sol y mientras lo hacía experimentaba un sutil cambio en su inclinación, su basculado y la morfología básica de su órbita. Y, con cada ciclo, los hielos iban y venían, iban y venían. Hasta la tierra, comprimida debajo de kilómetros de hielo o liberada cuando este se fundía, subía y bajaba como una marea de roca.

En ocasiones, los cambios climáticos podían ser salvajes. En el transcurso de un solo año podía doblarse la cantidad de hielo que caía en una zona y las temperaturas podían llegar a descender hasta diez grados. Enfrentadas a tan caóticas oscilaciones, las criaturas vivas se trasladaban o morían.

Hasta el bosque emprendía la marcha. Los abetos eran los mejores emigrantes, seguidos por los pinos, capaces de avanzar un kilómetro cada dos años. Los grandes castaños, árboles colosales de pesadas semillas, podían soportar un ritmo de cien metros al año. Antes de la Edad de Hielo la fauna de las latitudes medias del hemisferio norte había sido una rica mezcla de herbívoros nómadas, como los ciervos y los caballos, herbívoros gigantescos como los rinocerontes y carnívoros veloces como los leones y los lobos. Ahora, el frío empujó a los animales hacia el sur. Poblaciones enteras de animales de diferentes zonas climáticas se mezclaron y se vieron forzadas a competir en estadios ecológicos sometidos a rápidos cambios.

Pero algunas criaturas empezaron a adaptarse al frío, a explotar las fuentes de alimento que todavía existían al pie de las grandes capas de hielo. Muchos animales desarrollaron tupidos pelajes y gruesas capas de grasa, como los rinocerontes o animales más pequeños como los zorros, los caballos y los gatos. Otros empezaron a aprovecharse de las variaciones térmicas estacionales. Emigraban, trasladándose al norte en verano y al sur en invierno. Las llanuras se convirtieron en escenario de una inmensa marea de vida, grandes comunidades móviles sometidas al paciente acecho de los depredadores.

En las Américas se había producido una mezcolanza catastrófica. Los dos continentes, el del sur y el del norte, habían estado separados desde la fragmentación de Pangea, casi ciento cincuenta millones de años antes. La fauna de Sudamérica había evolucionado en aislamiento y estaba dominada por los mamíferos marsupiales y ungulados. Había «lobos» marsupiales y «felinos» de dientes de sable; había «camellos» y «elefantes» ungulados y gigantescos perezosos que podían alcanzar las tres toneladas de peso y los seis metros de altura cuando se levantaban para saquear las copas de los árboles y que vivían en la superficie. Todavía había glyptodontes, no muy

diferentes a las inmensas criaturas blindadas que habían aterrorizado a Vagabunda y, al igual que en el pasado, los depredadores dominantes eran grandes aves incapaces de volar. Esta exótica colección de especies se había desarrollado sola, aunque de vez en cuando recibía la adición de algún extraviado que llegaba en una balsa o cruzando un puente continental, como Vagabunda y sus desgraciados compañeros en su momento, cuyos descendientes habían poblado de monos las junglas sudamericanas.

Pero cuando se creó el puente continental de Panamá, se desencadenó desde el norte una inmensa migración de insectívoros, conejos, ardillas, ratones y, más tarde, cánidos, osos, comadrejas y felinos. Los nativos de Sudamérica no pudieron competir con estos recién llegados. La extinción tardó millones de años en completarse pero el imperio de los marsupiales había tocado a su fin.

A pesar de todas las dificultades y las muertes, esta época de rápidos y salvajes cambios era, por una mecánica perversa, una época de oportunidades. En los cuatro mil millones de años de vida de la Tierra, habían existido pocas épocas tan propicias a la diversificación y la innovación evolutiva. En medio de la extinción, se extendió furiosamente la especialización.

Y en el centro mismo de este caldero ecológico se encontraban los hijos de Capo.

La mañana siguiente amaneció muy brillante, bajo un cielo azul y despejado. Pero el aire soplaba muy seco y arrastraba un olor extrañamente acusado y el calor iba en aumento. Los animales de la sabana parecían adormecidos. Hasta los pájaros estaban en silencio. Los carroñeros colgaban de las ramas de los árboles como desagradables frutos.

Con su piel desnuda y capaz de sudar, la gente estaba tan bien equipada para afrontar aquella calurosa sequedad como la mejor de las especies. Pero también para ella empezó siendo un día cansino. Vagabundeaban por su islote de roca, recogiendo los restos de la comida del día anterior.

Aquella no era una zona especialmente rica. La gente no discutió los planes para el día —nunca lo hacían y, además, en realidad no tenían planes — pero era evidente que no podían quedarse allí. Pasado algún tiempo, no demasiado, algunos de los hombres empezaron a caminar hacia el río para reanudar su migración hacia el sur.

Pero el estado del Rapaz había empeorado mucho aquella noche. Las plantas de sus pies estaban agrietadas y supuraban un pus acuoso y cuando trataba de apoyar todo su peso en ellas lanzaba un grito de dolor. Aquel día no podría ir a ninguna parte.

Calma, la abuela de Lejos y la mayoría de las mujeres se quedaron cerca de él. En cuanto a los hombres, las mujeres se limitaron a ignorar las demostraciones de impaciencia que les dirigían mientras iban y venían por el camino del sur.

Aquel conflicto, desarrollado casi sin una sola palabra a lo largo del día entero, fue muy penoso para todos ellos. Se trataba de un auténtico dilema. La sabana no era como los pródigos y clementes bosques de antaño: uno no podía echar a andar en cualquier dirección. Todos los días, en aquella tierra cambiante y rala, la gente debía afrontar decisiones sobre la dirección que había que tomar para encontrar comida, agua, y los peligros que había que evitar. Si se equivocaban, aunque solo fuera una vez, las consecuencias eran drásticas. Pero los caminantes tenían muy pocos hijos e invertían mucho esfuerzo en cada uno de ellos: no los abandonaban a la ligera.

Finalmente, los hombres cedieron. Algunos de ellos regresaron a las rocas y se tendieron al Sol. Un puñado, encabezado por Frente, empezó a seguir el rastro de una manada de elefantes, uno de cuyos cachorros parecía estar cojeando. El resto de los hombres, junto con las mujeres y los niños, se dispersó para buscar alimentos en los mismos sitios que habían explorado el día anterior.

Aquella forma de vivir —establecer una base central, buscar sustento y compartir la comida y el trabajo— era necesaria. Al raso, la gente tenía que trabajar duro para conseguir comida y sus pequeños, que crecían muy lentamente, requerían una importante inversión en cuidados. De una forma o de otra, tenían que compartir y cooperar. Pero no había ninguna

planificación real detrás de todo ello, En muchos aspectos, guardaban mayor semejanza con una manada de lobos que con cualquier comunidad humana.

Lejos pasó la mayor parte de la mañana en el mismo bosquecillo pisoteado en el que su madre había trabajado ya el día anterior. La tierra estaba ya muy revuelta y para encontrar nuevas raíces y frutos había que cavar mucho. No tardó en estar acalorada, sucia e incómoda. Se sentía inquieta, confinada, y sus largas piernas, dobladas debajo de su cuerpo en la tierra removida, habían empezado a dolerle.

A medida que se aproximaba el mediodía, la deslavazada quietud de aquel día extraño y pesado fue ahondándose. La sabana, abierta y libre, llamaba a Lejos como el día anterior. Conforme se iba llenando su tripa, la presión de los deberes de la familia y la supervivencia fueron cediendo ante su anhelo por escapar de allí.

Una flaca palmera había escapado a las atenciones de los deinotheres y en su copa había un racimo de nueces. Un joven trepó a ella con una elegancia fruto del recuerdo que su cuerpo conservaba en algún lugar profundo sobre un tiempo anterior y más verde. Lejos contempló cómo trabajaba aquel cuerpo esbelto y sintió un extraño hormigueo en la base del vientre.

Tomó una especie de decisión. Soltó la comida que le quedaba, salió del bosquecillo y echó a correr en dirección oeste.

El esfuerzo de sus miembros, el bombeo de los pulmones, la limpia y crujiente tierra bajo los pies le hicieron sentir un inmenso alivio. Por un momento, corrió sin pensar, mientras el calor del día parecía aliviado por la brisa que le enfriaba la piel.

Entonces un rugido profundo y amenazante recorrió el cielo. Lejos se detuvo, se agazapó y miró a su alrededor con miedo.

La luz del Sol pareció perder intensidad. Densas nubes negras llegaban desde el este. Un destello de luz purpúrea que iluminó las nubes desde dentro la sobresaltó. Casi inmediatamente, hubo un crujido estremecedor y un rugido más profundo y prolongado que pareció extenderse por todo el cielo.

Al volverse hacia el afloramiento rocoso, que de repente parecía muy lejano, vio que la gente había echado a correr recogiendo a sus hijos. Con el corazón acelerado, Lejos enderezó la espalda y empezó a regresar.

Pero entonces el cielo ennegrecido empezó a descargar la lluvia que traía. Las gotas eran tan gruesas que le hacían daño al caer sobre la piel desnuda y la cabeza y abrían pequeños cráteres en el suelo. La tierra se transformó rápidamente en un barro viscoso que se le pegaba a los pies y frenaba su carrera.

La luz volvió a encenderse, esta vez como un gran río que, por un instante, conectó el cielo y la tierra. Deslumbrada, tropezó y cayó al barro. Un ruido atronador repicó a su alrededor, como si el mundo estuviera haciéndose añicos.

Vio que la palmera del centro del pisoteado claro se había partido en dos y estaba ardiendo. Las llamas lamían las frondas que colgaban desamparadas de su copa. El fuego se extendió rápidamente por todo el bosquecillo y la hierba seca de la llanura empezó a arder.

Un paño de humo entre negro y gris empezó a ascender a su espalda. Se puso en pie y trató de continuar. Pero, a pesar de la constancia de la lluvia, el fuego se extendía con rapidez. La estación había sido excepcionalmente seca y la sabana estaba cubierta de hierba amarillenta, matojos secos y árboles caídos, campo abonado para los incendios. En alguna parte se elevó el barrito de un elefante. Lejos entrevió unas formas alargadas que huían entre las tinieblas: jirafas, quizá.

Pero los homínidos estaban a salvo. Las llamas se extenderían alrededor del afloramiento rocoso sin causar daño. Aunque lo pasarían mal por culpa del humo y el calor, nadie moriría. Y si ella podía alcanzarlo, también estaría a salvo. Pero se encontraba todavía a centenares de metros de distancia y una pared de humo y llamas se interponía en su camino. Las lamas estaban avanzando velozmente por la crecida y reseca hierba, cada una de cuyas briznas prendía y se consumía en un mero instante. El aire se llenó de humo y Lejos empezó a toser. El viento arrastraba pedazos flotantes de vegetación quemada, ennegrecidos, todavía ardiendo. Cuando caían sobre la piel le hacían daño.

Hizo lo único que podía hacer: se volvió y echó a correr: corrió hacia el oeste, alejándose del incendio, pero también de su familia.

No dejó de correr hasta que llegó a un denso bosque. Al encontrarse frente a la oscura muralla verde, titubeó un instante. Allí acechaban otros peligros, pero seguro que aquel lugar era invulnerable al fuego. Entró.

Acurrucada junto a las raíces de un helecho, rodeada por las húmedas frondas que colgaban de sus ramas, asomó la cabeza y contempló la sabana. El fuego todavía recorría vorazmente la extensión de hierba, y el humo que vomitaba se arrastraba hacia el denso bosque. Pero aquel pequeño reducto era demasiado denso y húmedo para correr peligro. Y el fuego estaba consumiendo rápidamente su combustible, al tiempo que la lluvia empezaba a extinguir las llamas.

Muy pronto podría salir de allí. Se acurrucó para esperar a que todo terminara.

Un movimiento furtivo cerca de sus pies atrajo su atención. En la base de las sinuosas raíces del helecho un escorpión se movía con precisión metálica hacia su pie. Sin titubear pero con cuidado para evitar el aguijón, lo golpeó con la parte baja de la palma de la mano. Cautelosamente, lo recogió con dos dedos y se lo llevó a la boca...

Algo le golpeó en la espalda. Cayó de bruces, con un peso sobre sí, caliente, poderoso, musculoso. De repente se vio rodeada de gritos y alaridos y empezó a sentir golpes en la espalda y la cabeza.

Sin resuello, reuniendo todas sus fuerzas, rodó sobre sí misma.

Tenía una figura esbelta encima. No era ni la mitad de alto que ella y tenía un cuerpo flaco y cubierto de pelaje pardo y marrón, brazos largos y vivaces, una cabeza simiesca que sobresalía de un pecho cónico y un fino pene rosado erguido sobre el vientre. La lluvia le había humedecido el pelaje, que despedía un intenso aroma a almizcle. Y sin embargo, erguida allí sobre ella, la criatura... el hombre... parecía uno de los suyos, no un mono.

Era un pitecino: un hombre mono, un hombre chimpancé, un representante de los primeros homínidos, el pariente lejano de Lejos. Y había más en las ramas, sobre ella, bajando de los árboles como sombras.

Se volvió para levantarse. Pero algo le golpeó en la cabeza y se hundió en la negrura.

Cuando recobró el sentido, estaba tendida de cara al cuelo. Le dolían el pecho, las piernas y las nalgas.

Estaba rodeada de pitecinos.

Algunos de ellos se habían encaramado a los acayúes que los rodeaban para recoger fruta. Otros estaban excavando la tierra y desenterrando raíces de alcornoque. Eran bípedos activos, que buscaban su comida en completo silencio. Pero, a diferencia de ella, eran menudos, hirsutos y de cuello flojo, como los chimpancés.

Alguien estaba gritando. Lejos se volvió.

Había una pitecina acurrucada en el suelo. Estaba haciendo un gran esfuerzo y el dolor arrugaba su rostro. Las ubres estaban hinchadas por la leche. Con la mirada borrosa, Lejos vio que una pequeña masa sólida emergía de entre sus nalgas: cubierta de moco, velluda, era la cabeza de una cría. Aquella mujer pitecina estaba dando a luz.

Otras hembras, su madre, sus hermanas y sus primas, la rodeaban. Farfullando y ululando suavemente, metieron las manos entre las piernas de la nueva madre. Con delicadeza movieron al bebé hasta que, con un ruido húmedo, emergió por el canal del parto.

La nueva madre afrontaba ahora un problema a los que ningún primate anterior había tenido que enfrentarse, porque el niño estaba naciendo orientado en sentido contrario a ella. Hoja, una hembra de los tiempos de Capo, habría podido ver el rostro de su cachorro mientras nacía y habría podido meter las manos entre sus piernas para guiar la cabeza y el cuerpo del bebé por el canal de salida. Si la pitecina hubiera intentado algo parecido, habría doblado el cuello del bebé y se habría arriesgado a lesionarle la columna vertebral, los nervios y los músculos. No podía enfrentarse al parto sola, como hubiera hecho Hoja... pero tampoco tenía que hacerlo.

Una vez que el bebé tuvo las manos fuera, asió el pelaje de su madre y empezó a tirar. Ya era lo bastante fuerte como para colaborar en su propio nacimiento.

Todo esto era consecuencia del bipedismo. Los cuadrúpedos sujetaban sus órganos abdominales con tejido que colgaba de la columna vertebral. La pelvis no era más que un elemento de conexión que trasladaba a las caderas y las piernas parte de la presión que soportaba la columna. Pero si uno decidía empezar a caminar erguido, la pelvis tenía que soportar el peso de los órganos abdominales y el peso de un embrión que creía en su interior. Las pelvis de los pitecinos erguidos se habían adaptado rápidamente para convertirse en una estructura de soporte muy parecida a la de los humanos, con su forma de cuenca. La abertura central para el canal del parto también había cambiado y su diámetro lateral era ahora superior al frontal, creando una forma ovalada que se correspondía a la del cráneo de un bebé.

El canal del parto de aquella madre pitecina era más estrecho con relación a la cabeza de su cría que el de cualquier primate anterior. El bebé había entrado en el canal de lado, para que su cabeza pudiera atravesarlo. Pero luego había tenido que girar para que sus hombros se alinearan con la dimensión mayor del canal. Algunas veces el bebé terminaba en la posición más fácil, mirando a su madre, pero con mayor frecuencia le daba la espalda.

En el futuro, a medida que los cráneos de los homínidos crecieran para alojar cerebros más grandes, serían necesarios diseños nuevos y más elaborados de aquel canal, de modo que el bebé de Joan Useb tendría que avanzar hacia la luz en una complicada sucesión de giros y movimientos. Pero incluso ahora, en estos tiempos remotos, las primeras madres bípedas necesitaban ya la ayuda de comadronas, y un nuevo tipo de vínculo social se había forjado entre las hembras de pitecino.

Finalmente el bebé emergió del todo y, con un *plaf*, cerrando los puños, cayó al suelo cubierto de hojas. La madre se dejó caer con un suspiro de alivio. Una pitecina de mayor edad recogió al bebé, le limpió las mucosas de la boca y la nariz y le sopló en las fosas nasales. Al primer grito del

pequeño e hirsuto bebé, la comadrona lo dejó en los brazos de su madre y se alejó.

De repente, Lejos sintió unas fuertes manos alrededor de los tobillos. Alguien tiró de ella, sintió que las hojas y la tierra le arañaban la espalda, y perdió de vista a la madre y la cría.

La estaban arrastrando por el suelo. Cada vez que su cabeza chocaba con una roca o una raíz, era una explosión de dolor. A su alrededor había gritos y alaridos. Eran los machos, pudo ver, cuyos rosados genitales, ahora en reposo, asomaban en el pelaje entre unos testículos de increíble tamaño que se rascaban con gesto ausente. Al andar se movían con una extraña torpeza, un balanceo de las caderas que resultaba peculiar.

Vagamente se percató de que la llevaban al interior del bosque. Pero no parecía tener fuerzas ni deseos de luchar.

De repente, otro grupo de pitecinos, aullando furiosamente, emergió de la espesura. Los machos que habían capturado a Lejos salieron al encuentro de los recién llegados.

Por un momento hubo un festival de aullidos, gritos y exhibiciones de fuerza. Los pitecinos, con el pelaje erizado, parecieron crecer hasta doblar su tamaño. Los más grandes golpeaban y partían las ramas, arrancaban las hojas de los árboles, saltaban y golpeaban el suelo. Uno de los del grupo de Lejos hizo emerger una inmensa erección rosa que exhibió ante los intrusos. Otro inclinó la espalda y orinó sobre los enemigos. Y así sucesivamente. Fue algo cacofónico, asombroso, apestoso, una escaramuza entre dos grupos que, a los ojos de Lejos, eran idénticos.

Finalmente, los captores de Lejos lograron poner en fuga a los intrusos. Todavía excitados por la situación, empezaron a correr entre los árboles, chillando y lanzándose dentelladas unos a otros.

Entonces, un poco más calmados, empezaron a buscar alimento en el suelo, revolviendo la hojarasca con sus largos dedos. Uno de ellos encontró un pedazo de roca negra, un guijarro basáltico. Al cabo de un momento encontró una segunda y empezó a dar vueltas a la primera en las manos, con su lengua rosada asomando cómicamente entre sus dientes.

Finalmente pareció satisfecho. Sin apartar los ojos de la roca de basalto, la dejó en el suelo y la sujetó entre el pulgar y el índice. Entonces la golpeó con la primera. El basalto despidió una lluvia de fragmentos, muchos de ellos tan pequeños que apenas resultaban visibles. El pitecino revolvió la tierra, soltó un gruñido de decepción, volvió a coger su roca y empezó de nuevo a darle vueltas entre las manos. Cuando volvió a golpearla, logró arrancarle una fina lasca negra del tamaño de su mano. El pitecino sopesó la lasca en la mano y le dio vueltas entre el pulgar y el índice mientras estudiaba su borde.

Aquel cuchillo de piedra no era más que una lasca de roca arrancada por la fuerza. Pero su fabricación, que requería una comprensión de la materia prima y el uso de una herramienta para crear otra, era una proeza cognitiva que hubiera sido imposible para una criatura como Capo.

El pitecino miró a Lejos. Era consciente de que ella estaba despierta, pero a pesar de ello iba a empezar a despiezarla.

Su brazo se movió como un rayo. La lasca de piedra se hundió en el hombro de Lejos.

La repentina agudeza del dolor y el cálido chorro de su propia sangre sacaron a Lejos de su pasividad. Chilló. El pitecino respondió con un rugido y volvió a levantar su cuchillo. Pero, igual que había aplastado al escorpión, Lejos le golpeó en la cara con la base de la mano. Sintió el crujido de un hueso y la mano se le llenó de sangre y moco. El pitecino retrocedió, sangrando copiosamente.

Sobresaltados, los demás pitecinos se apartaron, lanzando aullidos de alarma y golpeando el suelo con las manos, como si solo entonces se hubieran dado cuenta de lo fuerte y peligrosa que era aquella criatura que habían traído a su bosque.

Pero entonces uno de ellos enseñó los dientes y empezó a avanzar hacia ella.

Lejos se obligó a ponerse en pie y echó a correr hacia el lóbrego interior del bosque.

Chocó con los troncos de los árboles, se le enredaron lianas y raíces alrededor de las piernas y se abrió camino a la fuerza entre el denso ramaje.

Sus largas piernas y sus poderosos pulmones, diseñados para soportar horas de carrera en espacios abiertos y llanos eran casi inútiles en aquella densa maraña, donde no podía ni dar un paso sin tropezar con algo.

Y mientras tanto los pitecinos se movían como sombras a su alrededor, aullando y chillando, trepando con facilidad a los troncos y las ramas, saltando de árbol en árbol. Aquel era su medio, no el de ella. Cuando se había visto confinada a la sabana, la especie de Lejos le había dado la espalda al bosque, que, a su vez, como si quisiera vengarse, se había convertido, no en un lugar de refugio y santuario como antaño, sino de peligro y claustrofobia, poblado por aquellos pitecinos que, como los espíritus que semejaban, habitarían sus pesadillas durante mucho tiempo.

Los pitecinos no tardaron en rodearla por todos lados y empezaron a aproximarse.

De improviso emergió a un claro, oscuro como un crepúsculo... donde un monstruo nuevo se cernió sobre ella, rugiendo. Lejos lanzó un chillido y cayó al suelo sin remedio.

Por una fracción de segundo, el monstruo se inclinó sobre ella. A su espalda, se movían unas formas achaparradas; rostros anchos se volvieron hacia ella, indiferentes, mascando con las enormes mandíbulas.

El monstruo era otro homínido: otro pitecino, de hecho, una variedad muy corpulenta. Aquel gran macho, con su inmenso vientre redondeado, era más alto y mucho más corpulento que las ágiles criaturas que la habían capturado. Su postura, incluso cuando estaba erguido, era mucho más propia de un simio: espalda inclinada, los brazos muy largos y las piernas dobladas. Su cabeza estaba extravagantemente esculpida, con pómulos altos, una inmensa mandíbula rocosa llena de dientes gastados y rotundos y una gran cresta ósea que recorría todo su cráneo de arriba abajo.

Exhausta, dolorida, sangrando copiosamente por el hombro, Lejos se hizo un ovillo en el suelo y esperó a que aquellos puños inmensos cayeran como martillos sobre ella. Pero el golpe no se produjo.

Las criaturas corpulentas que había detrás del gran macho se aproximaron un poco. Eran todas hembras, con grandes pechos sobre los vientres gigantescos, y mientras miraban fijamente a Lejos, atrajeron a sus

cachorros. Pero Lejos vio que seguían sentadas, comiendo. Una de ellas recogió una nuez, una de las que Lejos habría tenido que abrir utilizando una roca, se la puso entre los dientes y la partió con facilidad. A continuación empezó a comérsela, con cáscara y todo.

Pero entonces los flacos pitecinos irrumpieron en el claro. Al ver a Tripón frenaron en seco y tropezaron unos sobre otros como payasos de circo. Al instante empezaron a realizar una exhibición de fuerza, caminado de un lado a otro con el pelaje erecto, golpeando el suelo y arrojando ramitas y trozos de excrementos secos a su nuevo adversario.

Tripón respondió con un gruñido. Lo cierto era que aquel hombre-gorila era vegetariano. La baja calidad de su dieta lo obligaba a pasar la mayor parte del día sentado, mientras su enorme estómago procesaba el alimento. Pero aquel inmenso coloso, con su poderosa dentadura, su forma cubierta de músculos y un harén entero a su disposición, inspiraba mucho más respeto que los flacos pitecinos. Con un golpe que hizo temblar la tierra y bamboleando su inmenso vientre, se puso a cuatro patas. Empezó a caminar adelante y atrás por los confines de su pequeño dominio, erizó también el pelaje y desafió con un rugido a aquellos impertinentes.

Los pitecinos retrocedieron entre gritos de frustración.

Lejos se apartó a hurtadillas y se adentró aún más en el aparentemente interminable bosque. Esta vez, nadie la siguió.

No veía el Sol, no directamente. Solo contaba con los dispersos haces de luz teñida de verde para alumbrarle el camino. Perdió la noción del tiempo y del espacio mientras avanzaba por el bosque. Una costra se formó sobre la herida de su hombro, pero siguió sangrando. El golpe que el pitecino le había dado en la cabeza todavía le dolía, y su pecho y su espalda eran sendas masas de moratones. La consternación y el pesar por la desaparición de su madre y del pequeño grupo de gente que había conformado todo su mundo estaban empezando a abrumarla.

La fatiga se apoderó lentamente de ella.

Al fin, tropezó en una raíz. Cayó a los pies de un helecho, sobre un suelo blando de marga cubierta de frondas.

Trató de incorporarse, pero sus brazos parecían haber perdido toda la fuerza. Se puso a cuatro patas, pero el mundo empezó a perder el color. El tupido verdor del follaje se volvió grisáceo. Entonces, el suelo pareció inclinarse, se levantó hacia su cabeza y le propinó un fuerte golpe en la cara.

La tierra estaba fresca en su mejilla. Cerró los ojos. El dolor de sus moratones y cortes pareció disolverse y se perdió en la distancia como los truenos de una tormenta. Un clamor, monótono y ruidoso, pero de algún modo reconfortante, llenó su cabeza. Se dejó sumergir en aquel sonido.

La gran divergencia a partir de los chimpancés se había producido después de Capo. Las nuevas especies de simios que habían aparecido eran homínidos, esto es, criaturas más próximas a los humanos que a los chimpancés y los gorilas.

En el gran drama de la evolución de los homínidos, aprender a caminar erguidos había sido la parte fácil. Millones de años trepando a los árboles como simios se habían encargado de ello. Cuando los descendientes de Capo se habían adaptado a su nueva vida en la frontera entre el bosque y la sabana, el avance hacia el bipedismo había requerido de ellos menor reorganización corporal que el regreso al cuadrupedismo.

Sus pies, que ya no tenían que seguir asiendo ramas en ángulos agudos, experimentaron una simplificación que los convirtió en superficies planas y almohadilladas con muchísima menos flexibilidad. Sus dedos perdieron movilidad y sensibilidad, pero el aumento de la capacidad de absorción les permitió recorrer a pie grandes extensiones sin sufrir daños. Las articulaciones de las rodillas y los muslos evolucionaron para soportar el peso de una criatura erguida. La columna vertebral se hizo más larga y curva, de modo que el centro de gravedad se adelantó y quedó situado ahora sobre los pies y en las líneas centrales del cuerpo. Aparecieron nuevas y especializadas caderas, un diseño que permitía levantar una pierna del suelo sin perder el equilibrio, como le ocurría a los chimpancés, y de este modo caminar sin balanceos. Las manos ya no tenían que compartir la capacidad

de manipulación con la de apoyo, así que se volvieron más flexibles: los nudillos se volvieron más finos y los pulgares quedaron liberados para maniobras más complejas y delicadas. Con relación a su peso, perdieron fuerza ahora que no tenían que estar constantemente trepando a los árboles.

El bipedismo ayudó a los nuevos simios de la sabana, permitiéndoles recorrer a pie o a la carrera las grandes distancias que separaban las fuentes de alimento y abrigo y alcanzar frutos y bayas situados a mayor altura. Con el paso del tiempo, se irguieron cada vez más y ganaron en estatura, sucumbiendo a las mismas presiones que habían dado forma a las jirafas. El bipedismo era una ventaja tan importante, de hecho, que había evolucionado de forma independiente en otros linajes de simios, aunque todos estos se extinguirían mucho antes de que aparecieran los auténticos humanos.

Los gráciles y esbeltos pitecinos que habían perseguido a Lejos eran como chimpancés erguidos. Más, de hecho, que Capo o cualquier simio. Pero tenían cabeza de simio, de morro protuberante, pequeñas cavidades cerebrales y fosas nasales achatadas. Su postura, aun cuando caminaban erguidos, era inclinada, con la cabeza hacia delante, y tenían brazos tan largos que las manos casi les llegaban a las rodillas. Al caminar tenían que utilizar más pasos que Lejos para recorrer una misma distancia y no podían moverse tan deprisa como ella. Pero en las distancias cortas por las que solían moverse eran más eficaces y eficientes.

Se habían quedado en el lindero del bosque. Pero habían aprendido a explotar los recursos de la sabana: en especial los cadáveres de los grandes herbívoros que capturaban los depredadores. Cuando se presentaba la oportunidad, salían de los bosques, corrían hasta alguna de estas carcasas con sus sencillas herramientas de piedra en la mano y cortaban tendones y ligamentos. Los miembros robados podían arrastrarse con rapidez a la seguridad del bosque, donde serían troceados y consumidos, y los percutores podían utilizarse para quebrar los huesos restantes y extraer el tuétano.

Todo esto desencadenaba una selección basada en la inteligencia. Los homínidos carecían de los dientes de las hienas o los picos de las aves de

carroña. Si querían tener éxito en su saqueo, necesitaban mejores herramientas que los rudimentarios aperos de Capo. Entretanto, sus cuerpos se habían adaptado mejor al procesamiento de la carne. Muchas especies de pitecinos poseían dientes capaces de desgarrar la carne cruda y un sistema digestivo más eficiente, capaz de tolerar una dieta semejante.

Sin embargo, seguían siendo carroñeros marginales, situados en los últimos peldaños de la jerarquía de los carnívoros; tenían que esperar su turno, después de que los leones, las hienas y los buitres hubieran cogido lo que querían de las presas más grandes. Y ni esto, ni sus rudimentarias partidas de caza, eran las únicas presiones que tenían que soportar los simios de la sabana.

La sabana era un infierno poblado por depredadores. Los leopardos y los osos de los bosques ya eran malos en su momento. Pero en la sabana había enormes hienas, tigres de dientes de sable y perros grandes como lobos. Cuando salieron a ciegas de sus bosques, los homínidos, pequeños, lentos y sin defensas, habían sido presa fácil para aquellas criaturas. Pronto, algunos de aquellos depredadores, como los dinofelis, se habían especializado en ellos.

Era un desgaste implacable, una presión incesante. Pero los homínidos respondieron a ella. Aprendieron a comprender el comportamiento de los depredadores y a buscar refugios eficaces. Aprendieron a cooperar entre sí, a buscar la fuerza que proporcionaba la unión y a utilizar herramientas para repeler a los atacantes. Hasta el desarrollo del lenguaje fue fruto, al menos en parte, de estas presiones, pues los gritos de alarma especializados que databan de los tiempos de los bosques de los notharcus se metamorfosearon lentamente en palabras más flexibles.

La sabana moldeó a los homínidos. Pero seguían sin ser cazadores sino cazados.

Los pitecinos tenían sus limitaciones. Necesitaban la protección de los bosques en los que tenían su base, porque no estaban preparados para soportar grandes períodos de tiempo al raso. Y estaban atados a los ríos, lagos y marismas, porque sus cuerpos poseían pocas reservas grasas y no podían soportar mucho tiempo lejos del agua.

Pero, a medida que pasaba el tiempo, y el clima y la gama de hábitats de África fluctuaban, los medios forestales que preferían los pitecinos se habían propagado: en una tierra salpicada de bosques pequeños, las fronteras eran muy abundantes. La forma del pitecino había demostrado eficiencia y resistencia y se había producido una gran inflación de eventos evolutivos, una radiación de hombres-simio.

La robusta gente-gorila había abandonado la aventura de los linderos del bosque y se había adentrado en las profundidades del follaje. Allí habían empezado a explotar una fuente de alimento para la que había poca competencia: las hojas, la corteza y la fruta poco madura que los demás homínidos eran incapaces de digerir, y las semillas y frutos demasiado duros para que los abrieran. Para adaptarse a aquel estilo de vida habían desarrollado, al igual que los barrigones y los gigantopitecinos de antaño, enormes estómagos capaces de procesar comida de baja calidad y cráneos poderosamente reforzados, capaces de impulsar aquellas colosales mandíbulas con sus dientes como piedras de amolar.

Su vida social también había cambiado. En el bosque siempre había un suministro de hojas y corteza disponible y grupos enteros de hembras se instalaban en bosquecillos para vivir. Los machos se volvieron criaturas solitarias, que trataban de mantener el control sobre todas las hembras de un territorio concreto. Así se volvieron más grandes que ellas y empezaron a potenciar la fuerza bruta por encima de todo, porque era lo único que garantizaba que pudieran defender sus harenes de otros.

La especie de los hombres-gorila era una de las menos inteligentes entre los homínidos de su tiempo. Sus grandes estómagos consumían demasiada energía: para equilibrar el presupuesto, su cuerpo, en el curso de su adaptación, había tenido que hacer sacrificios en todo lo demás. La inteligencia no era esencial en los harenes de la tenue y estable tiniebla de las profundidades boscosas, así que los grandes cerebros de primate de los hombres-gorila, demasiado costosos en términos de sangre y energía, habían menguado.

Asimismo, como cada hombre-gorila tenía asegurado el acceso a sus hembras, sus testículos eran de pequeño tamaño. Por comparación, los

flacos hombres-chimpancé tenían que aparearse siempre que podían, así que contaban con enormes genitales oscilantes, que exhibían a la mínima ocasión, capaces de generar auténticos océanos de esperma.

Entre aquellos dos tipos básicos de pitecino, los gráciles hombres-chimpancé y los robustos hombres-gorila, había numerosas variantes. Algunas de ellas se habían decantado por el bipedismo. Otras habían renunciado casi del todo a él. Algunos chimpancés eran más inteligentes que otros, y algunos gorilas, más tontos que los demás. Había criaturas parecidas a chimpancés que utilizaban herramientas menos avanzadas que las de Capo y especies más próximas a los gorilas cuyas herramientas eran más sofisticadas que las lascas de piedra de los gráciles pitecinos. Los había grandes y pequeños, furtivos y corredores, pigmeos y gigantescos, esbeltos omnívoros y herbívoros con dientes como pilares. Había criaturas con rostros protuberantes, como los de los chimpancés, y otras de rasgos delicados y planos, casi humanos. Y había numerosos cruces entre las diferentes especies, una proliferación de subespecies e híbridos, que ornamentaba el carnaval de las posibilidades de lo homínido.

Los paleontólogos del futuro, desconcertados al tratar de resolver este rompecabezas de diversidad por medio de fósiles fragmentarios y útiles de piedra, elaborarían complicados árboles familiares y nomenclaturas, bautizando a sus imaginarias especies como *Kenyanthropus platypos,* u *Orrorin tugenesis*, o *Australopithecus ghardi, africanus, afarensis, baherighazali, anamensis*, o *Ardipithecus ramidus*, o *Paranthropus robustus, boisei, aethiopicus*; u *Homo habilis*... Pero pocos de aquellos nombres reflejarían la realidad. Y, además, los límites entre aquellas categorías de criaturas eran muy poco precisos. Allá en el mundo real, por supuesto, estas etiquetas no importaban; todos ellos no eran más que individuos que luchaban por sobrevivir y engendrar descendencia, como siempre había sido.

La mayoría de esta diversidad se perdería con el tiempo, y sus pobres huesos serían engullidos por la sempiterna voracidad de los bosques. Ningún humano llegaría a saber cómo había sido vivir en un mundo así, atestado de gente de tantos tipos diferentes. Era un burbujeante fermento

evolutivo, formado por las numerosísimas especies que se desgranaban de una tipología básica que había demostrado su excelencia.

Pero entre aquella miríada de especies, ni una sola tenía futuro, porque todas ellas se habían aferrado al bosque. Los dedos de sus manos y sus pies seguían siendo largos y curvos para poder asirse a los troncos de los árboles y sus piernas representaban un peculiar compromiso entre las de los trepadores cuadrúpedos y los bípedos. Cuando llegaba la noche, incluso hacían sus nidos en las copas de los árboles, como sus antepasados mucho tiempo atrás. Y sus cerebros no habían llegado a desarrollarse mucho más que los de Capo y su especie, o sus ancestrales antepasados, los chimpancés, porque su dieta, de baja calidad, no permitía nada mejor.

Durante cuatro millones de años, los pitecinos habían sido un florecimiento amplio, diverso y triunfante de la familia de los homínidos. Antaño, de hecho, los únicos homínidos del mundo habían sido hombres-simio. Pero el tiempo de cambios significativos había pasado. Se habían dejado seducir por el abrigo y la protección que les ofrecía el bosque y esto les había arrebatado muchas posibilidades. El futuro estaba ahora en manos de otro grupo de homínidos —descendientes a su vez de los pitecinos— pero que, a diferencia de estos, había dado el paso decisivo de alejarse de los bosques.

El futuro estaba ahora en manos de Lejos.

III

De mala gana, abrió los ojos. Vio un suelo polvoriento que se extendía inclinado bajo su cara. Cuando levantó la mirada, sus ojos se fijaron en los rayos de luz que se filtraban entre los apiñados troncos de los árboles.

Apoyándose en el suelo, levantó el cuerpo del suelo. Tenía los pechos y la herida del hombro manchados de hojas y tierra. Agarrándose al tronco de

un árbol, se puso en pie y permaneció inmóvil hasta que los furiosos latidos de su corazón empezaron a remitir. Entonces echó a andar, con paso tambaleante, por el bosque, en dirección a la luz.

Cuando salió era de día. Levantó la mano para protegerse los ojos de un sol bajo y rojizo. La tierra estaba agostada, la hierba ennegrecida, la tierra apelmazada y reseca. Pero más allá de una loma baja le pareció ver el destello del agua: un arroyo que descendía sinuoso de unas colinas erosionadas a cierta distancia.

No conocía aquel lugar. Había atravesado el bosquecillo en línea recta, de este a oeste.

Empezó a avanzar cautelosamente. La tierra carbonizada todavía estaba caliente —aquí y allá había árboles quemados que seguían echando humo— y las briznas de hierba resecas le lastimaban los pies. Sus pies, sucios ya tras su recorrido por el bosque, no tardaron en estar cubiertos de mugre.

Pero consiguió llegar al agua. El arroyo era transparente y su corriente discurría con viveza sobre un lecho de redondeados guijarros volcánicos y sobre su superficie flotaban todavía restos de vegetación ennegrecida. Metió las manos y bebió con avidez. El agua limpió el polvo y la sangre seca de su piel, y la duradera peste del humo de su nariz y su garganta empezó a disiparse.

Y entonces escuchó una llamada. Una voz. Una palabra. Pero no era una de las palabras que conocía.

Salió arrastrándose del agua y se tendió de bruces tras una roca erosionada. En su mundo, los desconocidos equivalían a malas noticias. Al igual que sus parientes pitecinos, la gente era intensamente xenófoba.

Había un hombre arrodillado, explorando con destreza el suelo chamuscado en busca de cualquier cosa que el incendio hubiera dejado. Era joven, tenía la piel suave y el pelo tupido.

Levantó un lagarto ennegrecido, tieso e inmóvil. Con una especie de piedra tallada —cuya forma le era desconocida a Lejos— le arrancó la piel quemada hasta desenterrar un pedazo de carne rosada, que engulló rápidamente. Luego encontró una serpiente, una culebra, que el fuego había

dejado completamente rígida. Aunque trató de quitarle la piel quemada, estaba demasiado dura, así que acabó tirándola.

Entonces encontró un auténtico tesoro. Era una tortuga, que se había cocinado en su propio caparazón. La recogió y, mascullando para sí, empezó a darle vueltas. Cogió su herramienta —era una lasca de piedra, pero triangular, con las dos caras talladas y un borde afilado que la rodeaba por completo— y la introdujo en el agujero de la cabeza. Con un poco de esfuerzo, consiguió abrir el caparazón y al poco tiempo estaba utilizando su herramienta para cortar la carne. Las tortugas eran una de las presas favoritas de los cazadores pitecinos. Eran uno de los pocos animales de la sabana que eran más pequeñas y lentas que ellos y su hábito de enterrarse en el suelo no les servía de nada contra animales inteligentes que podían desenterrarlas con palos y poseían herramientas capaces de abrir caparazones que desafiaban los dientes de los leones y las hienas.

El hacha de piedra del hombre tenía a Lejos fascinada. Con su borde delicadamente recortado y sus dos caras talladas, superaba con mucho a las piedras de su pueblo y las lascas de los pitecinos. Pero, a un nivel profundo, somático, comprendió al instante su funcionamiento. Sintió el impulso de alargar la mano y coger aquella lágrima de piedra para probarla.

A partir de ahora, siempre asociaría a aquel joven con la herramienta de piedra que con tanta destreza manejaba. Para ella sería Hacha.

De repente, Hacha levantó la vista y miró a Lejos a los ojos.

Ella trató de esconderse detrás de su piedra. Pero era demasiado tarde.

El joven gruñó, dejó caer la tortuga —el caparazón rebotó varias veces en el suelo cubierto de hollín— y levantó su hacha de piedra.

Lejos no tenía a donde ir. Se levantó. La mirada del joven recorrió su cuerpo, la espalda y las nalgas todavía mojadas por el agua del arroyo. Bajo el hacha y le sonrió. Entonces recogió la tortuga y reanudó la tarea de sacarla de su caparazón.

Unos gritos llegaron flotando desde la distancia.

Lejos vio más gente, gente como ella, adultos y niños, formas esbeltas y erguidas que se movían como sombras por la llanura cubierta de cenizas. Estaban explorando un bosque en miniatura de formas ennegrecidas y

retorcidas. Era una manada de jóvenes antílopes que estaba dando a luz cuando estalló la tormenta. Muchas de aquellas desgraciadas criaturas, que todavía estaban recobrándose del parto, habían sido incapaces de escapar a las llamas. En aquel momento, la gente estaba despiezando su hallazgo con sus maravillosas hachas de piedra y, a pesar de lo lejos que se encontraban, el delicioso aroma de la carne cocinada se arrastró hasta ella. Hacha dejó caer la tortuga y corrió hacia los suyos.

Al cabo de unos instantes, desgarrada entre la cautela y el hambre feroz que sentía, Lejos echó a correr tras él.

Cuando la noche empezó a aproximarse, la gente se reunió en una hondonada rocosa, que les ofrecería alguna protección frente a los depredadores nocturnos.

Lejos, sin ningún sitio mejor al que ir, los siguió.

No podía pasar una noche sola, eso lo sabía. Incluso ahora, podía sentir cómo la seguían los ojos amarillos, unos ojos que sabían que era una extraña en aquel grupo, que no disfrutaba por completo de su protección, que era un objetivo potencial, como los viejos, los muy jóvenes o los tullidos.

La gente no la echó. Tampoco es que le dieran exactamente la bienvenida. Pero cuando se acurrucó en un rincón de la hondonada con un pedazo de carne que había conseguido robar de una de las carcasas calcinadas, toleraron su presencia.

Observó a un hombre que estaba partiendo un trozo de roca. Era un hombre viejo, casi en la cincuentena, y muy flaco, con un ojo casi cerrado por una fea cicatriz. Dos pequeños, un niño y una niña, se sentaban a sus pies. No mucho más jóvenes que Lejos, observaban lo que Cara-cortada estaba haciendo y, con grandes rocas torpemente empuñadas en sus pequeñas manos, trataban de imitarlo. La chica se golpeó el pulgar y soltó un chillido de dolor. Cara-cortada, sin decir nada, le quitó la roca, le dio la vuelta y, sujetando sus manos, le enseñó cómo cogerla con más eficacia.

Pero cuando el chico lo vio, se puso celoso y dio un pellizco a la chica que le hizo soltar la roca. «¡Yo, yo!”

Mientras caía la oscuridad, muchos de ellos empezaron a rascarse y acariciarse suavemente y sin palabras, el hábito que habían traído consigo de los bosques. Las madres acariciaban a los niños, los hombres y las mujeres llevaban a cabo silenciosas maniobras políticas en las que se cimentaban alianzas y se reforzaban jerarquías. A veces, las caricias daban paso a ruidosas sesiones de sexo.

Lejos, la extraña, estaba excluida de todo aquello. Pero mientras se iba sumergiendo en el sueño, exhausta y dolorida, era consciente de que los ojos de Hacha estaban sobre ella.

Cuando despertó, el cielo sobre la hondonada era ya muy luminoso.

Todos se habían ido, dejando algunos restos de comida, excrementos de niños y húmedas marcas de orina.

Tenía que levantarse rápidamente. Las magulladuras de su espalda y su pecho parecían haberse consolidado en una única masa de dolor. Pero su joven cuerpo estaba reparando ya los daños sufridos el día antes y tenía la cabeza despejada. Salió corriendo a la luz.

La gente se había dirigido al norte, hacia un lago. Eran sombras esbeltas que caminaban con un objetivo concreto, borrosos sus perfiles por culpa de la calima. Corrió tras ellos.

La orilla del lago estaba abarrotada. Lejos distinguió muchas especies diferentes de elefantes, rinocerontes, caballos, jirafas, búfalos, ciervos, antílopes, gacelas e incluso avestruces. En el agua había cocodrilos y tortugas y las aves batían ruidosamente las alas sobre ella. Los herbívoros gigantes, que se habían concentrado alrededor de la orilla habían devastado el lugar. Desde la arena fangosa, sus avenidas, claramente delimitadas, partían en todas direcciones. En el terreno firme que rodeaba el lago no creía otra cosa que unas pocas especies de plantas cuyo sabor no gustaba a los elefantes y rinocerontes y que eran capaces de recuperarse muy rápidamente cuando las pisoteaban.

La gente se aproximó al agua. Escogieron un lugar cerca de una manada de elefantes. Todo el mundo sabía que los depredadores evitaban a los elefantes. Estos ignoraron a la gente y siguieron enfrascados en sus propios y complicado asuntos. Algunos de ellos habían entrado en el agua y estaban chapoteando y jugando ruidosamente. Las hembras, reunidas en grupos, emitían rugidos misteriosos, mientras los machos proferían sus berridos y entrechocaban sus inmensos colmillos. Aquellos animales colosales, los arquitectos del paisaje, eran bloques de musculatura y potencia, dotados a su vez de una regia y morosa elegancia.

La mayoría de las mujeres estaba jugando a la orilla del agua. Lejos vio que una de ellas había encontrado el nido de una tortuga de agua dulce. Los huesos alargados fueron extraídos con rapidez y su contenido devorado. Otras mujeres estaban recogiendo los crustáceos que crecían en abundancia en los bajíos, especialmente cangrejos de agua dulce.

Lejos vio que Hacha, como la mayoría de los hombres, se había metido en el agua. Llevaba una lanza de madera y estaba erguido y muy quieto, con los ojos clavados en la brillante superficie del agua. Al cabo de unos segundos hundió el arma con un poderos chapoteo, y cuando la sacó del agua, había un pez limpiamente arponeado, sacudiendo su cuerpo de color plata. Hacha lanzó un grito de triunfo, sacó el pez de la lanza y lo arrojó a la orilla. Otro hombre, a cierta distancia, estaba avanzando a hurtadillas sobre un ave acuática que flotaba complaciente en la superficie. El hombre saltó pero el ave consiguió esquivarlo entre mucho chapoteo cómico, gritos y graznidos.

Lejos se unió a las mujeres.

Al poco rato, encontró un límulo que reptaba muy tieso por un canal de lodo. No le fue difícil capturarlo. Lo levantó y el pequeño crustáceo sacudió débilmente las patas. Utilizó un trozo de piedra para abrir la placa de la cabeza, que tenía el tamaño de un plato llano. Dentro, cerca de la parte delantera, había un racimo de huevos, como un montón de gruesos granos de arroz. Los sacó con los dedos y los engulló. Tenían un sabor muy fuerte, como a pescado. El resto del crustáceo era demasiado duro para tratar de sacar algo de él. Tiró la placa encefálica rota y siguió buscando comida.

Así se alargó la mañana, mientras la gente, como cualquier otro animal en aquella sabana abarrotada, buscaba comida.

Cerca del mediodía, los homínidos se apartaron al fin de la orilla, relajados, saciados.

Pero Hacha se alejó solo. Lejos fue tras él. El hombre volvió la mirada. Sabía que lo estaba siguiendo.

Llegó al lecho reseco de un arroyo, tapizado de guijarros desgastados. Empezó a recorrerlo arriba y abajo hasta dar con lo que buscaba. Era un guijarro del tamaño de su puño, aproximadamente, plano y redondeado. Se sentó en el lecho del arroyo y revolvió las piedras que lo rodeaban hasta que encontró un percutor apropiado. Había traído algunos matorrales secos, que procedió a situar a su alrededor para protegerse. Entonces se puso a trabajar, dando golpecitos a la piedra escogida. Enseguida empezaron a saltar pequeñas lascas, que cayeron ruidosamente entre los guijarros.

Lejos se había sentado en cuclillas, a diez metros de él, con los brazos alrededor de las rodillas, fascinada por aquella demostración de habilidad. No se parecía a nada que hubiera visto antes.

De hecho, Hacha y Lejos habían crecido entre dos tradiciones de fabricación de herramientas separadas por milenios.

Tras dejar atrás los árboles y trasladarse definitivamente a la sabana, un mundo nuevo de posibilidades se había abierto para los caminantes. No eran solo móviles. Podían emigrar. Pero no lo hacían a propósito. Para cada individuo, era una cuestión de supervivencia. Para gente capaz de explorar nuevos lugares, siempre era más fácil trasladarse a un lugar mejor que tratar de adaptarse a unas condiciones duras.

Pero conforme se iban desgranando las generaciones, la gente recorría miles de kilómetros en este inconsciente avance. Hasta llegaron a salir de África y visitaron tierras en las que ningún homínido había puesto el pie hasta entonces. Antes de que se cerraran las grandes fauces de la glaciación, había unas condiciones climáticas muy parecidas en la Europa meridional, el Oriente Medio y el sur de Asia. En su recorrido por aquellos lugares desconocidos, la gente seguía la facilidad que para la vida ofrecían las costas. Rodearon el Mediterráneo y se dispersaron tierra adentro, donde

finalmente colonizaron España, Francia, Grecia, Italia, al igual que harían más tarde animales asociados a la fauna africana, como los elefantes, las jirafas y los antílopes. En dirección al este, tras atravesar la India, se extendieron hasta el Lejano Oriente e incluso Indonesia.

No era una conquista. La especie de Lejos se había extendido más que cualquier otra especie de simios, pero otros animales, como los elefantes, se extendieron mucho más. Y, además, eran pocos. En cualquier área determinada, eran menos numerosos que, por ejemplo, los leones. A pesar de sus herramientas, la gente seguía siendo un grupo de animales en un medio sobre el que ejercían una influencia muy limitada.

Y su migración carecía de propósito. Una de las antepasadas lejanas de Lejos había llegado hasta Vietnam; ahora, en los tiempos de Lejos, el azar y el incesante vagabundeo de la especie los había devuelto al África oriental, a casa.

Pero allí, en el hogar ancestral, los hijos pródigos se habían encontrado con nuevas presiones.

Algunas poblaciones de homínidos habían escogido no desplazarse, a pesar de las traicioneras fluctuaciones del clima. Para sobrevivir habían tenido que volverse más listos. La clave de su supervivencia había estado en unas herramientas superiores, especialmente aquellas hachas de piedra. El secreto de las hachas era su forma de lágrima. Una forma de bifaz achatado proporcionaba un largo borde cortante con un peso mínimo. Aunque todavía utilizaban herramientas como las de los pitecinos cuando las necesitaban —las lascas, fáciles de fabricar, eran «baratas» y para algunos trabajos, como por ejemplo cazar presas pequeñas, eran mejores—, las hachas de mano servían, no solo para cortar la carne, sino para sacar palos y garrotes de las ramas, afilar lanzas de madera, abrir colmenas, cavar en el suelo para llegar a las larvas, arrancar la corteza de los árboles, partir huesos para sacarles la médula, abrir los caparazones de las tortugas... Hacha pertenecía a uno de estos grupos que se habían quedado en casa.

Razón por la cual Lejos, descendiente de los emigrantes que habían atravesado la Eurasia meridional hasta llegar al Lejano Oriente, se

encontraba allí, fascinada por la asombrosamente avanzada tecnología de Hacha y los suyos.

Hacha trabajaba pacientemente. La mirada de Lejos se extravió. Advirtió que el lecho seco de aquel arroyo estaba cubierto de hachas de mano: muchas de las rocas que había tomado por meros guijarros eran en realidad herramientas talladas. Todas tenían la característica forma de lágrima y todas habían sido trabajadas en mayor o menor medida hasta conseguir aquel fino perímetro cortante.

Pero había algo extraño en aquellas hachas. Algunas de ellas eran minúsculas, del tamaño de mariposas, mientras que otras eran enormes. Algunas estaban rotas, y otras manchadas de sangre. Pero cuando trató de recoger una de las más grandes, se hizo un corte con el borde. Apenas había sido utilizada, si es que lo había sido.

Alguien se le acercó. Se encogió de miedo.

Era Cara-cortada, el hombre que antes estaba enseñando a los niños a tallar la roca. Estaba mirándola con una especie de ávida intensidad. Tenía una de aquellas hachas enormes en las manos. Era tan grande que resultaba impráctica. No podía usarse para cortar la carne. Sin dejar de mirarla, el hombre le dio varias vueltas en las manos y pulió uno de sus extremos golpeándola con un percutor. A continuación la utilizó para rascarse la pierna y quitarse un mechón del fino pelo que le crecía allí. Mientras hacía todo esto, su mirada, brillante a pesar de su ojo medio cerrado, no se apartó un solo instante del rostro y el cuerpo de Lejos.

Ella no tenía la menor idea de lo que quería... o al menos, no la tuvo, hasta que vio asomar la erección entre su mata de vello púbico.

Hacha había terminado más o menos la herramienta: del tamaño de su mano, utilitaria, preparada, era claramente un útil funcional, manufacturado en cuestión de minutos. Pero al ver lo que Cara-cortada estaba haciendo, la arrojó a un lado con furia. Se levantó, arrojando fragmentos de roca en todas direcciones, y le dio un empujón en el hombro. «¡Fuera! ¡Fuera!» Cara-cortada respondió con un gruñido, mientras su erección remitía. Entonces, Hacha le quitó la ostentosa herramienta de las manos y la arrojó al suelo. Una parte de su precioso borde se fracturó. Cara-cortada miró el

hacha, miró a Lejos y, con una última y furiosa mirada a Hacha, se alejó caminando.

Lejos permaneció inmóvil, con las rodillas pegadas al pecho, aterrada y confundida.

Hacha la miró. Tras unos instantes, regresó al lecho seco y empezó de de nuevo a examinar las piedras. Finalmente dio con una roca volcánica grande y deforme, tan pesada que necesitó las dos manos para levantarla. Volvió a sentarse, recogió unos pocos percutores y volvió a protegerse las piernas con maleza.

Empezó a golpear la piedra, exhibiendo toda su fuerza. Las lascas y láminas de roca volaban por todas partes. Pero, rápidamente, gracias a su habilidad y su fuerza, emergió una tosca forma de lágrima. A continuación, utilizó una sucesión de piedras más pequeñas para moldear las dos superficies lenticulares y terminar el borde de una hoja magnífica.

Aunque su primera obra había sido mucho más fácil, pues había emergido de una roca que ya tenía más o menos la forma final de la herramienta, esta había supuesto una auténtica proeza. No podía haber escogido un desafío mayor, y lo había hecho deliberadamente. Porque estaba seguro de que, mientras trabajaba, Lejos no le quitaba el ojo de encima.

Los suyos llevaban ya unos doscientos mil años haciendo herramientas de aquella manera. A lo largo de tan prologando espacio de tiempo, sus hachas habían dejado de ser meras herramientas, meros útiles funcionales.

Para Hacha, aquella demostración de habilidad artesanal era una forma de cortejo. Estaba exhibiendo su excelencia como macho ante Lejos. Con la fabricación de la herramienta le estaba haciendo una clara demostración de la fuerza de su cuerpo, de la precisión de su trabajo, de la claridad de su mente y de su capacidad para concebir y llevar a la práctica un diseño, su habilidad para localizar la materia prima, la coordinación entre sus manos y sus ojos, su percepción espacial y su comprensión del medio circundante. Eran rasgos que esperaba que ella quisiera transmitir a su descendencia, y por esta razón, exhibiciones como aquella habían adquirido una lógica propia, divorciada de la utilidad de las hachas de mano.

Impulsados por el deseo y la melancolía, los hombres y los muchachos fabricaban docenas de hachas, una vez tras otra. Trabajaban durante horas en una sola hacha, buscando una simetría perfecta. Podían hacer hachas diminutas del tamaño de su pulgar o enormes y pesadas herramientas que había que sostener en las dos manos, como un libro inmenso. Podían, tal como Hacha había hecho, escoger materiales especialmente complicados y utilizarlos para tallar sus hachas de todos modos. Algunas veces, incluso arrojaban las hachas a un lado, deliberadamente, para mostrar lo ricos que eran en términos de fuerza y habilidad.

Hasta merecía la pena tratar de hacer trampas, como había hecho Cara-cortada. No funcionaba muy a menudo —las mujeres aprendían rápidamente que tenían que estar presentes y ver cómo se fabricaban las hachas más impresionantes— pero en ocasiones, la estratagema compensaba y el mentiroso disfrutaba de la ocasión de transmitir sus genes a un coste muy bajo.

La mezcla de la fabricación de herramientas con el cortejo sexual tendría profundas consecuencias en el futuro. Como ningún macho podía permitirse el lujo de hacer las hachas de un modo diferente a sus antepasados, era terreno abonado para un paralizante conservadurismo. La gente haría la misma herramienta, siguiendo el mismo plan, a lo largo de varios continentes, a pesar de la sucesión de varios ciclos glaciales, durante un millón de años. Incluso las diferentes especies que las seguirían utilizarían la misma tecnología. Era una continuidad y una consistencia que ninguna institución o religión podría nunca llegar a igualar. Solo el sexo ejercía el influjo suficiente sobre la mente humana como para provocar un efecto así.

Cuando trabajaba en sus herramientas, Hacha tenía que pensar, al menos hasta cierto punto, como un ser humano. A diferencia de los pitecinos, que aceptarían cualquier forma y tamaño que le ofreciera la lasca extraída del guijarro, Hacha tenía que formarse una imagen mental del artefacto que pretendía construir. Tenía que seleccionar la materia prima y los percutores que le permitieran hacer realidad su visión, y tenía que trabajar de forma sistemática para conseguirlo. Pero su mente estaba compartimentada como

ninguna mente humana lo estaría nunca. Hacha hacía sus herramientas como un ser humano pero atraía a las hembras como un pavo real o un pájaro cuco.

Una vez terminada la herramienta, le dio varias vueltas entre las manos, mostrándole a Lejos sus dos caras delicadas, el filo prolijamente tallado. Era una creación magnífica, aunque impráctica.

Lejos, criada en una cultura diferente, no sabía muy bien lo que él estaba haciendo, y respondió con la misma confusión que a los intentos de Cara-cortada de engañarla. Pero sintió el interés de Hacha por ella y, como respuesta, nació una especie de calidez en su vientre. Y una parte más calculadora de su mente despertó la consciencia de que si se apareaba con Hacha, si se quedaba preñada, entraría a formar parte del grupo y su futuro estaría asegurado.

Pero nunca había probado el sexo con otra persona. Llena de deseo y de miedo permaneció allí sentada, junto al lecho del arroyo, con las piernas todavía pegadas al pecho. No sabía cómo responder.

Finalmente, él dejó caer la preciosa hacha entre las demás. Confundido, mirándola de hito en hito, se alejó.

La aparición de especies nuevas era un acontecimiento raro.

Las especies no se metamorfoseaban tranquilamente. Más bien, el fenómeno tenía que ver con el aislamiento de grupos con respecto a las poblaciones y la aparición de presiones a la supervivencia. El aislamiento podía ser físico —digamos, por ejemplo, un grupo de elefantes aislados por una inundación— o podía estar relacionada con un determinado comportamiento, por ejemplo si un grupo de homínidos que había adoptado una determinada forma de obtener alimento era esquivado por otro.

La variación estaba implícita en el genoma de todas las especies. Era como si cualquier especie, en un momento determinado, estuviera contenida en un cercado, aislada por los límites habitables de su entorno. Toda variación viable se manifestaría hasta llenar por completo todo el establo. Un grupo concreto quedaba confinado en un extremo del corral. Pero

entonces se abría un pequeño agujero en la cerca, que ofrecía acceso a un nuevo y vacío campo, al que, poco a poco, empezaban a trasladarse las criaturas. Serían necesarias nuevas variaciones para llenar el espacio que acababa de abrirse, y si la variación necesaria no estaba contendida en su genoma, quizá pudiese proporcionarla una mutación.

Al final, aquellos que alcanzaban los últimos confines de los nuevos campos estarían a una gran distancia, genéticamente hablando, de lo que se habían quedado en los viejos. Si la distancia era tan grande que no podían seguir emparejándose, es que había nacido una nueva especie. Más tarde, cuando cayeran las barreras aislantes, es posible que la raza evolucionada interactuase con el tipo progenitor... quizá para suplantarlo.

Alrededor de trescientos mil años antes, en otra parte de África, un grupo de pitecinos del bosque sin ningún rasgo diferenciador había quedado aislado de su hogar por una erupción volcánica que lo había expulsado del bosque de una vez y para siempre.

Había muchos desafíos nuevos. Los viejos hábitos de la caza en los linderos del bosque habían sido un comienzo, un sitio para empezar a trabajar. Pero allí en la sabana, el suministro de alimento era muy diferente al del bosque. Mientras el bosque proporcionaba fruta por encima de todo, el elemento predominante en la sabana era la carne. La carne poseía una gran calidad nutricional, pero aparecía en «paquetes» dispersos por un paisaje árido e inhóspito, y había que ser astuto para conseguirlos. Y en la sabana, lejos del refugio de los árboles, hacía falta un nuevo tipo de cuerpo para enfrentarse a la aridez y el calor, así como comportamientos nuevos para extraer recursos del medio... y para sobrevivir en un infierno plagado de depredadores.

Pasadas unas pocas docenas de generaciones, los antepasados de Lejos se habían adaptado drásticamente.

Su ancestral tipología corporal había sido reconstruida, reemplazada por una nueva que era alta hasta para las proporciones humanas. El cuerpo de Lejos era mucho más voluminoso que el de sus ancestros simiescos: era dos veces más pesadas que un adulto de la raza de hombres-chimpancé. Aquella estatura era una respuesta evolutiva a los espacios abiertos: un cuerpo

mayor era más eficiente a la hora de almacenar agua, una ventaja clave en un medio en el que las reservas de líquido podían estar separadas por muchas horas de marcha.

Y su metabolismo había desarrollado enorme eficiencia en la creación y almacenamiento de grasa subcutánea. Diez kilos de grasa bastaban para sobrevivir cuarenta días sin comer, tiempo suficiente para soportar todas las fluctuaciones estacionales salvo las más severas. La grasa había moldeado su cuerpo, dándole grandes pechos, nalgas y muslos, una forma mucho más humana que la esbeltez simiesca de los pitecinos. Pero Lejos no era gorda: era alta y delgada, a fin de que su cuerpo irradiara con eficiencia el exceso de calor corporal y de que, cuando apretara el Sol, una superficie de piel comparativamente pequeña estuviera expuesta directamente a su radiación.

Más adaptaciones al calor: aparte de la cabeza, con la mata de pelo que utilizaba para prodigarse caricias, su piel era casi lampiña. Y sudaba, a diferencia de Capo, a diferencia de cualquier otro simio que no perteneciera a su especie. Porque, para unas criaturas destinadas a pasar su vida al aire libre, bajo un sol tropical, la piel desnuda y cubierta de sudor era un mejor regulador de la temperatura que el pelo. El sudor representaba una paradoja, porque significaba que Lejos perdía agua. Así que tenía que ser lo bastante inteligente para encontrar reservas de agua que compensaran esta pérdida; así que, a diferencia de algunos de los auténticos moradores de la sabana, su especie estaría siempre atada en cierta medida a los cursos de agua y las costas.

Las características más simiescas de los pitecinos —sus pies prensiles, sus largos brazos y sus andares bamboleantes— habían sido abandonadas hacía tiempo. Los pies de Lejos estaban mejor preparados para correr y caminar que para trepar: el dedo gordo del pie ya no era oponible como un pulgar. Pero la caja torácica de Lejos era un poco alta y tenía los hombros un poco estrechos. Incluso ahora, su cuerpo arrastraba todavía los atavismos de su ancestral adaptación a los árboles, como le ocurriría a los humanos de tiempos modernos, como le ocurriría a Joan Useb.

Mientras tanto, su cerebro había crecido hasta alcanzar tres veces la masa del de un pitecino, a fin de poder enfrentarse con mayores garantías a

los complicados desafíos de un medio hostil y las complejidades de las aún más intrincadas sociedades de los recolectores de la sabana. Su gran cerebro era muy voraz en términos energéticos pero la dieta de Lejos, basada en comida rica en proteínas como la carne y los frutos secos, era más suculenta que la de cualquier pitecino y, al mismo tiempo, requería de una mayor inteligencia. De este modo, su inteligencia había sido impulsada por un círculo vicioso.

Todos estos desafíos eran drásticos pero, sin embargo, se habían superado con una estrategia evolutiva de notable economía. Era una cuestión de heterocronía: selección de momentos diferentes. Los hijos de los caminantes se parecían mucho a los de sus antepasados simios, al igual que les ocurriría a los bebés humanos, con cráneos relativamente pequeños y caras y mandíbulas de pequeño tamaño. Si querías convertirte en Capo, desarrollabas unas grandes mandíbulas y mantenías un cerebro relativamente pequeño, pero el cerebro de Lejos había crecido mucho, mientras que a sus mandíbulas les había ocurrido justamente lo contrario. Incluso el tamaño superior de su cuerpo se había conseguido a costa de expandir las fases de crecimiento: su cuerpo poseía unas dimensiones relativas que podrían haberse definido como las de un Capo fetal, solo que aumentadas hasta el tamaño de un adulto.

Pero un cuerpo y un cerebro grandes tenían su precio. Al nacer, su desarrollo era todavía incompleto, porque solo así podía pasar por el canal materno. Había nacido prematura. A diferencia de los simios e incluso de los pitecinos, las crías de los caminantes no podían valerse por sí solas hasta mucho tiempo después del parto: aparte de la inmadurez física, la capacidad de explotar fuentes de alimento como la carne de las presas, los cangrejos y los frutos secos, con sus duras cáscaras, no era innata en los recién nacidos, así que tenían que aprenderla. Pero al mismo tiempo, los pequeños de los caminantes nacían en la sabana, un infierno de depredadores. Así que, mientras eran pequeñas, las crías necesitaban muchísimos cuidados.

Estas crías costosas y dependientes resultaban un lastre a la hora de competir contra los pitecinos, que se reproducían mucho más deprisa y

compartían gran parte de sus hábitos. Y por esta razón, los caminantes habían empezado a vivir más tiempo.

La mayoría de las hembras pitecinas, como las de los simios antes que ellas, morían poco después del fin de su ciclo de fertilidad. De hecho, muy pocas sobrevivían a su último alumbramiento. Las mujeres de los caminantes, y también sus hombres, empezaron a vivir, años, y a veces décadas, después de que su ciclo reproductivo hubiera terminado. Estos abuelos y abuelas desempeñaban un papel crucial en la construcción de su sociedad. Participaban de la división del trabajo: ayudaban a sus hijas a ocuparse de las crías, recogían alimento y eran esenciales en la transmisión de la compleja información que los caminantes necesitaban para sobrevivir.

Todo esto requería de una eficiencia nueva en el diseño corporal. Los cuerpos de los caminantes eran mucho mejores que los de los pitecinos por lo que se refiere al mantenimiento y la longevidad, con la única excepción del sistema reproductivo; los ovarios de una caminante de cuarenta años estaban en tan mal estado como el resto de su cuerpo estaría a los ochenta años si llegaba a sobrevivir tanto.

El apoyo de las abuelas, y esto era algo crucial, significaba que las hijas podían permitirse el lujo de tener descendencia más a menudo. Así fue como los caminantes dieron respuesta a los pitecinos y los simios. Casi todos sus cachorros sobrevivían al período inmediatamente posterior al parto. Casi todos los cachorros de pitecino no lo hacían.

Para los pitecinos, la aparición de esta especie nueva fue un desastre. Los caminantes y los pitecinos eran parientes demasiado próximos como para compartir con facilidad el mismo nicho ecológico. Había pocos conflictos directos entre ambas especies: algunos grupos de pitecinos cazaban caminantes y viceversa, pero ambos acababan por descubrir que los otros eran presas demasiado inteligentes y peligrosas como para merecer el esfuerzo. Pero con el paso de las edades venideras, los caminantes, inteligentes, flexibles, móviles, acabarían por empujar a la extinción a sus parientes menos evolucionados.

La capacidad de fabricar herramientas e incluso la consciencia no eran, en última instancia, garantía de supervivencia.

Por supuesto, no tendría por qué haber sido así. De no ser por las fluctuaciones del clima y el fortuito aislamiento de los antepasados de lejos, puede que no hubiera existido la humanidad: no habría nada más que pitecinos, chimpancés erguidos que chillarían y fabricarían sus toscas herramientas y librarían sus mezquinas guerras durante millones de años, hasta que los bosques desaparecieran del todo y ellos sucumbieran a la extinción.

La vida siempre había sido dura y azarosa.

Lejos pasó la noche a solas, fría, deslizándose por un sueño inquieto.

Al día siguiente, mientras trataba de participar en las actividades del grupo, una mujer, en avanzado estado de gestación, la fulminó con la mirada. Era un desafío ancestral: ¿estaba Lejos allí para llevarse una comida que de otro modo acabaría en el estómago de su hijo nonato?

Lejos se sintió más aislada que nunca. No tenía ningún vínculo con nadie. No había razón por la que tuvieran que compartir su espacio y sus recursos con ella. Aquel lugar no era precisamente un paraíso de abundancia. Y ahora, incluso Hacha parecía haberle dado la espalda.

Al caer la tarde, fue la primera en regresar, sola, a la hondonada en la loma de arenisca. Se dejó caer en el rincón apartado que había acabado por considerar suyo.

Pero entonces reparó en unas piedras de color carmesí que había en el fondo de la hondonada. Las recogió y las examinó con curiosidad entre sus manos. Su color brillaba intensamente a la luz del día y eran suaves al tacto. Eran fragmentos de ocre, del color del óxido ferroso. Alguien, atraído por su tonalidad, las había recogido y las había llevado hasta allí.

Vio varias manchas rojas sobre las rocas basálticas que había al fondo de la hondonada: un rojo idéntico al ocre, idéntico al color de la sangre. Empujó la roca con el ocre y, con gran sorpresa, descubrió que dejaba rastros de color sangre sobre su superficie.

Durante largos minutos jugó con los pedazos de ocre, sin pensar en nada, en realidad. Sus dedos, moviéndose con voluntad propia, añadieron

sus propios garabatos carentes de significado a las manchas de la roca.

Entonces escuchó las voces de la gente, que empezaba a regresar a la base. Dejó caer los fragmentos de ocre donde los había encontrado y regresó al rincón.

Pero las palmas de sus manos seguían manchadas de rojo brillante: un rojo idéntico a la sangre. Por un momento creyó que se había cortado. Pero al lamerse las manos notó el sabor salado de la roca y la saliva levantó los gránulos rocosos del ocre.

Rojo como la sangre. Una conexión insegura se formó en su mente, un rayo de luz entre los compartimentos de sus pensamientos.

Volvió junto a los pedazos de ocre. Probó a pasárselos por el dorso de la mano, donde le dejaron unas líneas marcadas y en el corte que el pitecino le había hecho en el hombro, que, aunque estaba ya curándose, volvió a teñirse de un rojo intenso.

Y se pintó entre las piernas, tiñendo su piel de rojo como la sangre, como si hubiera estado sangrando, como había visto sangrar a su madre.

Alguien se le acercó: cálido, respirando suavemente. Era Hacha. Captó el polvoriento aroma de las lascas de roca en sus piernas y su vientre. Sus ojos eran dos pozos de oscuridad en la luz menguante. El momento se prolongó en el tiempo. Entonces le tocó en el hombro. Su mano era pesada y cálida, pero ella se estremeció. Se inclinó sobre ella y la husmeó en silencio, igual que había hecho Frente antes de que se separara de su familia.

Abrió las piernas para que él pudiera ver la «sangre» en la luz crepuscular. Permaneció allí sentada, tensa, observándolo.

Su vida dependía de aquella aceptación. Ella lo sabía. Puede que fuera esta desesperación básica y el deseo, el deseo de que él la viera como una mujer, lo que la había llevado a recurrir a aquel curioso ardid.

A diferencia de sus antepasados del bosque, Hacha era una criatura de la vista, no del olfato. El mensaje que captaron sus ojos acalló las advertencias que le enviaba su nariz. Se inclinó hacia delante. Le tocó los hombros, la garganta, el pecho. Entonces se sentó junto a ella y sus largos dedos empezaron a acariciarle el pelo enmarañado.

Lentamente, ella se relajó.

Lejos se quedó con Hacha y los suyos el resto de su vida. Pero siempre que pudiera, allá donde pudiera —mientras crecía en sabiduría y fuerza, mientras sus hijos crecían y le daban a su vez nietos para que ella pudiera a su vez protegerlos y enseñarlos— correría, correría y correría.

OceanofPDF.com

10

La tierra abarrotada

KENIA CENTRAL, ÁFRICA OCCIDENTAL,
C. 127.000 AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

I

Guijarro había encontrado un ñame. Se inclinó y lo inspeccionó.

Tenía ocho años y lo único que interrumpía su completa desnudez eran las manchas de ocre que tenía en el grueso pecho y la ancha cara. Arrancó un poco de hierba de la base del ñame. Aquel era un lugar para los ñames, no para la hierba, y era preferible que siguiera así.

La gente había estado allí otras veces en busca de tubérculos. Puede que él mismo. A sus ochos años ya había recorrido hasta el último confín las tierras de la gente y aquel lugar, entre los peñascos erosionados de arenisca, le resultaba familiar.

Cogió su palo excavador. Era un grueso poste alojado en un agujero toscamente tallado en una roca de pequeño tamaño. A pesar del peso de la herramienta, la levantó con facilidad y utilizó el peso de la roca para clavar la punta del palo en el duro suelo.

Guijarro era una sólida masa de músculos construida sobre un esqueleto robusto. Si Lejos, su pariente lejana, muerta mucho tiempo atrás, había tenido planta de corredora de fondo, Guijarro podría haber sido un atleta de las categorías juveniles. Tenía un rostro grande y de rasgos llamativos, dominado por una gran protuberancia ósea encima de la frente. Poseía una nariz montañosa y grandes senos nasales que proporcionaban a su rostro un curioso aire hinchado. Sus dientes eran pilares planos de esmalte. Su cráneo, que llegaría a ser considerablemente más grande que el de Lejos, alojaba un cerebro grande y complejo —de hecho, comparable en tamaño al de un ser humano— pero situado mucho más atrás que el de un ser humano.

Al nacer, cubierto todo de humedad, el cuerpo de Guijarro había sido esbelto y redondo, y su visión había inspirado una extraña imagen en la mente de su madre, la de un guijarro desgastado por la corriente. Los nombres para las personas eran todavía cosa del futuro lejano —con sus apenas doce miembros, el grupo de Guijarro no tenía necesidad de utilizarlos— pero, en cualquier caso, la madre del muchacho lo miraría a menudo como una reluciente roca en un arroyo y recordaría a su hijo como el bebé que había tenido entre los brazos.

Guijarro, pues.

En aquella época existían muchas especies de gente robusta como Guijarro, dispersas por Europa y Asia occidental. Las que habitaban en Europa se llamarían en su día neandertales. Pero, al igual que ocurriera en tiempos de Lejos, la mayoría de estas especies nunca serían descubiertas, y mucho menos comprendidas, clasificadas y asociadas a una familia concreta de homínidos.

El de Guijarro era un pueblo fuerte. A pesar de que solo tenía ocho años, Guijarro realizaba ya labores esenciales para la supervivencia de la familia. Aún no estaba en condiciones de unirse a los adultos en las cacerías. Pero era capaz de desenterrar ñames como el mejor de ellos.

Se levantó una ligera brisa, que trajo consigo el delicioso aroma del humo de madera, del hogar. Se puso a trabajar con ganas.

Ya había conseguido romper la capa superficial de la tierra. Introdujo las manos en la tierra reseca y empezó a sacar un grueso tubérculo que, a juzgar por su tamaño, podía alcanzar los dos metros de profundidad. Volvió a empuñar el palo excavador. La tierra y los trozos de roca volaron por todas partes, y se pegaron a sus piernas sudorosas. Sabía lo que había que hacer con los ñames. Cuando tuviera el tubérculo, cortaría la parte comestible, pero a continuación volvería a tapar con tierra el tallo para que volviera a creer. Además, al remover la tierra, ayudaba a la planta de formas más sutiles. Aireaba y desbrozaba el suelo, lo que contribuía a facilitar a su crecimiento.

Su madre estaría muy satisfecha si le llevaba tres o cuatro buenos tubérculos, listos para echarse al fuego. Y los ñames no servían solo para comer. Podías utilizarlos para envenenar a los pájaros y los peces. Podías exprimirlos sobre la cabeza para matar a las liendres...

Hubo un crujido.

Sobresaltado, Guijarro sacó el palo excavador. Se inclinó hacia delante y se tapó los ojos para tratar de ver lo que había en el agujero. Puede que fuera un insecto. Pero no encontró otra cosa que un pedazo de algo de color óxido, como un fragmento de arenisca. Metió las manos, asió el fragmento con dedos torpes y lo sacó a la superficie. Era una cúpula agrietada, lo bastante pequeña para caberle en la palma de la mano. Cuando la levantó frente a sí, dos cuencas vacías le devolvieron la mirada.

Era un cráneo. El cráneo de un niño.

No sintió ningún horror. Los niños morían constantemente. Allí la vida era dura: no había espacio para la pena por los débiles y los desgraciados.

Pero todos los niños que habían muerto en la corta vida del propio Guijarro habían sido enterrados junto a las cabañas, como era la costumbre, para impedir que los carroñeros hostigaran a los vivos. Puede que aquel niño llevara mucho tiempo muerto, entonces. Puede que su pueblo lo hubiera enterrado allí, donde ahora crecían los ñames, mucho antes de que naciera Guijarro.

Pero el cráneo era extrañamente fino y liviano. Guijarro lo sopesó en la mano. El entrecejo era una gruesa protuberancia de hueso, de la que la frente retrocedía casi en horizontal. Guijarro se pasó una mano por la suya y comparó la ligera hinchazón de su frente. Vio que el pequeño cráneo tenía unas marcas de dientes: perforaciones precisas infligidas por los colmillos de un felino... pero hechas después de la muerte del muchacho, a su cuerpo abandonado en la llanura.

Guijarro no podía saber que lo que tenía en las manos eran los restos del Rapaz, hermano de Lejos, que había vivido y muerto no muy lejos de allí. El Rapaz había muerto de avitaminosis infantil. No hubiera supuesto un gran consuelo para él saber que un día, más de un millón de años después de que su fugaz y olvidada vida se hubiera extinguido, su pequeña cabeza estaría en las manos de un pariente lejanísimo.

Y el Rapaz no habría reconocido gran cosa de aquel lugar en el que él había jugado.

El tiempo no había hecho gran mella en la estructura geológica del Rift Valley —la llanura, las rocas, las montañas volcánicas, el gran valle en sí mismo—, pero desde los tiempos de Lejos, aquel se había convertido en un lugar inhóspito, seco. Grupos dispersos de acacias y laureles habían reemplazado los densos bosquecillos del pasado. Hasta los pastizales eran diferentes, dominados en gran medida por especies resistentes al fuego. Mientras tanto, las enormes comunidades animales del pasado habían sufrido una terrible regresión. Ya no se veían elefantes en aquella cuenca reseca, ni antílopes ni jirafas. Era como si la vida se hubiera estrellado allí. El lugar estaba agostado. Su pobreza habría asombrado a Lejos.

Pero los restos quebrados del Rapaz habían dejado su marca en el mundo: un resto minúsculo de humedad atrapada en aquel hueso de cráneo había bastado para ayudar a que arraigara aquel ñame.

Ajeno a todo aquello, Guijarro cerró el puño. El pequeño cráneo se deshizo en diminutos fragmentos, y dejó caer el polvillo al agujero. Alargó el brazo hacia su herramienta; tenía que seguir desenterrando las raíces.

Fue entonces cuando vio a los extraños.

Se agazapó detrás de unas rocas y contuvo la respiración.

Eran cazadores, eso se veía a la legua. Estaban siguiendo el rastro de un elefante.

Los elefantes buscaban el agua y donde había agua habría muchos animales, incluidos los de tamaño medio que preferían los cazadores cuando podían encontrarlos.

Eran cuatro en total, tres hombres y una mujer, todos adultos. Al caminar, los cazadores, cuyos torsos estaban inclinados ligeramente hacia delante, balanceaban poderosamente las piernas. Era una forma de caminar que tenía como objetivo la potencia, no la elegancia ni la velocidad. Ninguno de ellos hubiera podido competir en rapidez con Lejos. Los rostros oscuros de los hombres estaban ocultos detrás de tupidas barbas y la mujer se recogía el pelo con una tira de cuero. A diferencia del grupo de Guijarro, aquellos extraños iban vestidos: apenas trozos de pieles, sin coser y anudados alrededor del cuerpo con tiras de cuero o corteza trenzada. Guijarro vio que tenían marcas de dientes en la ropa. Trataban el cuero mascándolo y estirándolo con los dientes, y una de las funciones principales de la protuberancia de hueso de su frente era proporcionar un ancla para que las mandíbulas pudieran abordar aquella exigente tarea.

Y llevaban armas: finos venablos de madera y lanzas más cortas y gruesas, astiles de madera endurecida con puntas de piedra atadas en un extremo con pegotes de resina y tiras de cuero. Eran armas gigantescas, que un ser humano habría tenido dificultades para empuñar y no digamos para utilizar de forma eficaz.

Eran gente robusta, como la banda de Guijarro. Pero el muchacho vio que tenían manchas de ocre en la piel de la cara, las manos y los brazos. Mientras que los adornos de Guijarro estaban hechos de líneas verticales —barras, rayas y bandas— esta gente lucía una especie de toscas cuadrículas, dibujadas por gruesos dedos.

Eran extraños. Eso se veía por las marcas. Y los extraños equivalían a problemas. Esa era una ley que se cumplía con tanta constancia como la salida del Sol y los ciclos de la Luna.

Guijarro esperó hasta que los extraños hubieron desaparecido detrás de unas acacias. Entonces, tan silenciosamente como le permitía su rotundo

cuerpo, echó a correr hacia su casa. Los tubérculos de ñame que había desenterrado quedaron abandonados en el suelo, junto con su palo excavador.

Guijarro vivía en una especie de aldea, formadas por cuatro grandes cabañas en un tosco círculo alrededor de un espacio central. Y sin embargo, no era una aldea, pues sus habitantes vivían como ningún ser humano lo haría nunca.

Guijarro se detuvo, jadeando, en el espacio central. No había nadie. Junto a la entrada de una de las cabañas humeaba una fogata. El suelo pisoteado estaba lleno de huesos, restos de vegetales, jergones hechos de hojas y hierba, trozos de corteza, espigas, cuñas, una lanza rota y trozos de cuero abandonados. El lugar estaba hecho un desastre.

Las cabañas eran toscas, feas pero útiles. Estaban construidas con arbolillos jóvenes dispuestos en círculo en el suelo. Los espacios entre ellos se llenaban con juncos partidos, hojas y trozos de corteza. Los arbolillos estaban inclinados y sus extremos entrelazados entre sí. Era un trabajo que Capo habría reconocido, porque cinco millones de años atrás había hecho sus nidos en las copas de los árboles de forma muy parecida: todas las innovaciones necesarias se habían producido antes.

Las cabañas eran viejas. La gente llevaba generaciones viviendo en ellas. La tierra que pisaba Guijarro estaba plagada de huesos de antepasados. La gente se sentía a salvo allí. Aquel era su lugar, su tierra.

Pero Guijarro sabía todo eso podía cambiar en cualquier momento.

Levantó la cabeza hacia el cielo despejado:

—¡U-lu-lu-lu-lu-lu! ¡U-lu-lu-lu-lu-lu...!

Era un grito de peligro, de dolor, el primer grito que aprendían los niños después del de «hambre».

La gente no tardó en acudir corriendo desde las cabañas y los campos circundantes, donde cazaban y recolectaban. Se reunieron alrededor de Guijarro, preocupados. Eran doce: tres hombres, cuatro mujeres, tres

jóvenes —incluido el propio Guijarro— y dos niños aterrorizados que las madres tenían en brazos.

Trató de explicarles lo que había visto. Señaló el lugar en el que había visto a los extraños y corrió unos pocos pasos de acá para allá.

—¡Otros! ¡Otros, otros, cazadores!

Empezó a realizar una compleja exhibición, gesticulando, adoptando poses, imitando el poderoso caminar de los cazadores, incluso recurriendo a la mímica para mostrar cómo golpearían a la gente en la cabeza con sus poderosos puños.

Su audiencia parecía no inquieta. Le dieron la espalda, como si estuvieran impacientes por seguir recolectando o comiendo o durmiendo. Pero uno de los hombres observó con más cuidado la exhibición de Guijarro. Era un hombre achaparrado y de constitución más poderosa que el resto y tenía la cara deformada por un accidente de infancia que le había destrozado el cartílago de la gran nariz. Aquel hombre, Nariz Chata, era el padre de Guijarro.

El lenguaje de Guijarro era muy limitado. Estaba formado por una serie de palabras que se encadenaban sin gramática ni sintaxis. Y, un millón de años después de Lejos, el habla seguía siendo básicamente una habilidad social, utilizada más que nada para cuchichear. Para transmitir una información detallada o compleja, había que repetir las cosas, utilizar interminables circunloquios, utilizar la mímica, los gestos, la interpretación. Además, Guijarro tenía que convencer a su audiencia. Era difícil que los adultos aceptaran lo que quería decirles. No podían ver por sí mismos a los extraños. Puede que estuviera mintiendo o puede que fuera una exageración: después de todo, no era más que un niño. El único modo que tenían de calibrar su sinceridad era por medio de la pasión y energía que vertía en su interpretación.

Siempre había sido así. Para conseguir que alguien escuchara, había que gritar. Finalmente Guijarro se rindió, jadeando, y se sentó en el suelo. Había hecho lo que había podido.

Nariz Chata se sentó a su lado. Él creía a su hijo: su exhibición había sido demasiado vehemente como para ser mentira. Apoyó la mano en su

cabeza.

Confortado, Guijarro tocó el brazo de su padre. Allí encontró una serie de cicatrices largas y rectas que se extendían a lo largo del antebrazo. No eran marcas de animal. El propio Nariz Chata se las había hecho a sí mismo con la hoja afilada de un cuchillo de piedra. Guijarro sabía que, cuando fuera mayor, se sometería a la misma silenciosa y gozosa auto-mutilación: formaba parte de lo que era su padre, parte de su fuerza, y cuando Guijarro tocaba aquellas cicatrices, se sentía más tranquilo.

Uno por uno, los demás adultos se les unieron.

Entonces, pasado el momento de silenciosa aceptación, Nariz Chata se puso en pie. No hubo palabras. Todos sabían lo que había que hacer. Los adultos y los muchachos recorrieron el asentamiento, recogiendo sus armas. No había ningún orden concreto en aquel lugar y las armas yacían allí donde habían sido utilizadas por última vez, entre restos de comida, basura y cenizas.

Pero, a pesar de la urgencia, la gente se movía con lentitud, como si todavía fueran reacios a aceptar la verdad.

Polvo, la madre de Guijarro, trataba de consolar a su lloroso bebé mientras recogía sus cosas. Su cabello suelto, prematuramente cano, estaba teñido, como siempre, de polvo seco y aromático, un excéntrico amaneramiento. A sus veinticinco años, estaba envejeciendo deprisa, y al caminar cojeaba ligeramente por culpa de una vieja herida de caza que nunca había terminado de curarse. Desde entonces, Polvo había tenido que trabajar dos veces más duro y los efectos de aquel esfuerzo se manifestaban en su postura encorvada y su rostro marchito. Pero poseía una mente despejada e inusualmente imaginativa. Ya estaba pensando en los tiempos difíciles que se avecinaban. Guijarro se sentía culpable por haberle provocado aquella nueva preocupación...

Hubo un leve suspiro, un destelló. Guijarro se volvió.

Por un momento casi onírico, vio el venablo de madera en vuelo. Estaba tallado de una sola pieza de madera endurecida, más gruesa cerca de la punta y más estrecha hacia el otro extremo, para que volara derecha a su objetivo.

Entonces, fue como si el tiempo echara a andar de nuevo.

El venablo hizo blanco en la espalda de Nariz Chata. Cayó de bruces, con el arma clavada en la espalda. Se convulsionó una vez, y un chorro de excremento brotó de sus entrañas, mientras un charco rojizo empezaba a empapar la tierra sobre la que estaba tendido.

Durante una fracción de segundo, Guijarro fue incapaz de asumir aquello —la idea de que Nariz Chata hubiera desaparecido tan de repente —. Fue como si una montaña se hubiera esfumado de repente, como si un lago se hubiera evaporado. Pero en su joven vida, Guijarro había visto ya muchísima muerte. Y ya podía reconocer el hedor de la mierda y la sangre: olores de carne, no de gente.

Había un extraño entre las cabañas, achaparrado y poderoso. Se cubría con pellejos y empuñaba un venablo. Se había pintado el rostro con cuadrículas de ocre. Él era quien le había arrojado el venablo a Nariz Chata, y Guijarro vio que tenía en la mano el bastón excavador que él había dejado abandonado. Lo habían visto junto a los ñames. Habían seguido el rastro de sus pisadas. Guijarro los había conducido hasta allí.

Embargado por la rabia, el miedo y la culpa, se abalanzó sobre él.

Tero cayó estrepitosamente al suelo. Su madre lo había sujetado por el tobillo. Coja o no, era más fuerte que él. Lo fulminó con la mirada y farfullo:

—¡Estúpido, estúpido!

Por un momento, Guijarro recobró la cordura. Desnudo, desarmado, no habría durado ni un segundo.

Un hombre emergió al corazón del asentamiento. Estaba desnudo y llevaba un venablo. Era el tío de Guijarro y se lanzó sobre el asesino de su hermano. El extraño esquivó el primer golpe, pero su atacante se le echo encima. Los dos cayeron al suelo, forcejeando, tratando de propinarle al otro un golpe o un lanzazo decisivo. Pronto desaparecieron en medio de una nube de polvo salpicada de sangre. Eran dos criaturas de inmensa musculatura que utilizaban toda su gran fuerza contra su rival. Era como un combate entre dos osos.

Pero entonces, más cazadores emergieron de detrás de las rocas, los farallones y los árboles. Hombres y mujeres, armados todos ellos con lanzas y hachas, cubiertos de polvo, enjutos, de mirada acerada. Habían venido a cazar a Guijarro y a los suyos, como si no fueran más que una manda de incautos antílopes.

Guijarro vio la desesperación que había en sus ojos. Aquellos recién llegados no eran nómadas ni invasores por instinto, no más que ellos. Solo una terrible catástrofe podía haberlos empujado hasta allí, a aquella tierra nueva y desconocida, para librar aquella guerra repentina. Pero ahora que estaban allí lucharía hasta la muerte porque no tenían otra alternativa.

Hubo un aullido. El cazador que estaba luchando con su tío estaba de pie. Uno de sus brazos colgaba a un lado, ensangrentado y roto. Pero, a pesar de que su boca era una masa de sangre y dientes rotos, estaba sonriendo. El tío de Guijarro estaba tirado en el suelo, con el pecho abierto en canal.

La gente de Guijarro había perdido ya a dos de sus tres hombres adultos, Nariz Chata y su hermano. No tenían la menor posibilidad de vencer.

Los supervivientes emprendieron la huida. No tuvieron tiempo de recoger nada, ni herramientas, ni comida... ni siquiera los niños. Y los cazadores los atacaron mientras huían, utilizando el extremo romo de las lanzas para derribarlos. El tercer hombre fue desjarretado. Los cazadores atraparon a dos de las mujeres y a una muchacha más joven que Guijarro. Arrojaron a las mujeres al suelo, de bruces, y los hombres más jóvenes, disputándose a empujones el derecho a ser los primeros, les separaron las piernas.

Los demás corrieron y corrieron hasta que los perseguidores los dejaron ir.

Guijarro volvió la vista en la dirección por la que habían venido. Los cazadores estaban pisoteando el asentamiento, el suelo que había sido de los antepasados de Guijarro desde tiempos inmemoriales.

Vio que quedaban cinco de los habitantes de la aldea. Dos mujeres, incluida su madre, él mismo, una niña pequeña y uno de los bebés... pero no

su hermanita. Solo cinco.

Con una expresión cincelada en el rostro, Polvo se volvió hacia él. Le puso una mano en el hombro.

—Hombre —dijo con voz grave—. Tú.

Era cierto, vio con espanto. Era el hombre más adulto que quedaba con vida. De los cinco supervivientes, solo el bebé que lloraba a sus pies, en el polvo, era macho.

Polvo recogió al niño sin madre y lo apretó contra su pecho. A continuación, resueltamente, le dio la espalda a su asentamiento y emprendió la marcha hacia el norte, dejando un rastro de pisadas irregulares sobre la tierra. No miró atrás una sola vez.

Confundido, aterrorizado, Guijarro la siguió.

II

El Pleistoceno, esta era de hielo, era una época de brutales turbulencias climáticas. Las sequías, las inundaciones y las tormentas eran habituales: en esta era, los «desastres únicos» ocurrían todas las décadas. Era un tiempo de ruinosas variaciones, un tiempo tumultuoso.

Esto creaba un medio que representaba un gran desafío para todos los animales que lo habitaban. Para responder a estos desafíos, muchas criaturas se volvían más inteligentes, no solo los homínidos, sino también los carnívoros, los ungulados y otros. El tamaño medio del cerebro de los mamíferos se doblaría en el transcurso de los dos millones de años de Pleistoceno.

La familia de especies homínidas a la que pertenecía Guijarro había nacido en África, como muchas otras, al sur de allí. Más inteligentes y fuertes que la gente de Lejos, habían salido de África siguiendo un gran arco que las había llevado hasta Europa, al sur de los hielos, y a Asia, hasta

la India. Habían adaptado su tecnología, sus costumbres y, trascurrido el tiempo necesario, incluso sus cuerpos a las condiciones que iban encontrando.

Y habían desplazado a las especies anteriores de gente con las que se encontraban. En el Asia oriental todavía sobrevivían caminantes elegantes y enjutos como Lejos, pero en África solo existían en pequeños enclaves aislados. En Europa se habían extinguido del todo. En cuanto a los pitecinos, presionados entre los chimpancés y la nueva gente de la sabana, los últimos habían sucumbido hace tiempo. A pesar de ello, los homínidos no estaban todavía muy extendidos. Todavía no había gente en las frías tierras septentrionales, ni en Australia ni en las Américas, nadie. Pero el Viejo Mundo empezaba a llenarse.

Mientras tanto, la tierra estaba empobreciéndose.

Una vez más, se habían producido extinciones. Y, esta vez, la gente tuvo mucho que ver en ello. En condiciones de presión climática creciente, las especies más grandes y de ciclo reproductivo más lento se habían visto cada vez más ligadas a los cursos fluviales. Así se habían convertido en presa fácil para los cazadores homínidos, cada vez más inteligentes, que, actuando por criterios de mínimo riesgo, cazaban selectivamente a los viejos, los débiles y —y esto era lo importante— los más jóvenes.

Las especies más grandes y menos versátiles habían sido las primeras en caer. En África, de la amplia y variada familia de los parientes de los elefantes, solo sobrevivirían los elefantes propiamente dichos. Muchas variedades de jirafas, cerdos e hipopótamos los habían seguido.

Y luego estaba el fuego.

La conquista del fuego, alcanzada pocas generaciones antes de los tiempos de Guijarro, había sido uno de los acontecimientos más significativos en la evolución de los homínidos. El fuego ofrecía muchas ventajas: calor, luz, protección de los carnívoros... Podía utilizarse para endurecer la madera, y su calor servía para que muchas plantas y animales se volvieran digestibles. Todavía no se llevaban a cabo incendios premeditados a gran escala para limpiar una superficie; eso llegaría más tarde. Pero el uso cotidiano del fuego ya había tenido, poco a poco, un

profundo impacto en la vegetación, puesto que aquellas plantas capaces de soportarlo se impusieron a sus parientes menos resistentes. Y mientras tanto, aunque la auténtica agricultura se encontraba todavía en un futuro muy lejano, los homínidos habían empezado a seleccionar aquellas especies vegetales que preferían, tal como Guijarro acababa de arrancar las hierbas que crecían alrededor del ñame.

Estas acciones insignificantes, repetidas día tras día a lo largo de cientos de miles de años, tenían un inmenso impacto. Antaño había sido la marcha de los elefantes lo que moldeaba el paisaje: Lejos y su gente habían sido un elemento marginal. Ya no era así, no tanto. Aquel paisaje era obra de la gente.

A esas alturas, ya era como si aquella campiña desnuda de árboles resistentes al fuego y herbívoros habituados a la escasez fuera algo natural y hubiera estado allí desde el principio de los tiempos. Llevaba tanto tiempo así que no había mente en la Tierra que pudiera recordar que las cosas podían ser diferentes.

Foca había cogido una araña en la playa. Corrió sobre la arena para llevársela a Guijarro, sonriendo.

—Araña red araña pez. —Guijarro, enternecido por su contagiosa energía, le dio unas palmaditas en la cabeza. Le hubiera gustado poder compartir su entusiasmo, aunque solo fuera en parte.

Foca regresó corriendo al matorral de hierba, situado sobre las dunas, en el que había encontrado la araña. La telaraña era un abanico de fuertes líneas radiales, sobre las que la araña había construido una espiral continua de pegajoso hilo. Delicada, muy delicadamente, sosteniendo un pequeño palito entre sus gruesos dedos, el niño levantó la espiral de las guías, que no eran pegajosas. Movió el palo entre los radios, dándole vueltas, hasta que la materia pegajosa quedó concentrada en un extremo. Entonces corrió hacia un pequeño charco dejado por la marea entre unas rocas aterronadas y erosionadas y dejó que la pegajosa masa bailara sobre la superficie del agua.

Un pececillo acudió a morder el tentador anzuelo. Pero cada bocado de sus mandíbulas solo conseguía dejarlo más pegado a la telaraña. Finalmente quedó atrapado del todo y Foca pudo sacarlo del agua sin dificultades. El niño se lo metió directamente en la boca con una sonrisa de triunfo. A continuación, mojó su improvisada caña en la sustancia pegajosa y volvió a sumergirla en el agua.

Foca, abandonado en brazos de Polvo hacía once años, tenía ahora doce, siete menos que el propio Guijarro. Sus primeros años habían sido muy diferentes a los de Guijarro: los había pasado en movimiento. Pero las experiencias vividas no parecían haberlo perturbado. Puede que se hubiera acostumbrado a las migraciones, como uno de esos grandes devoradores de hierba que seguían a las estaciones. Y había llegado al océano. Era demasiado pesado para nadar —todos ellos lo eran— pero siempre que Guijarro lo veía en las aguas poco profundas cercanas a la costa le recordaba a los juguetones mamíferos marinos.

Pero, once años después del trauma del ataque en el que había muerto su padre, Guijarro no tenía nada en común con la juguetona inventiva de Foca.

A sus diecinueve años había alcanzado la madurez y su figura era tan firme y poderosa como había sido la de su padre. Pero estaba maltrecho. Su cuerpo lucía cicatrices viejas, ganadas en feroces y desesperados incidentes. En una colisión con un caballo salvaje se había fracturado una costilla, que nunca había terminado de cerrarse y durante el resto de su vida sentiría dolor cada vez que inhalara para respirar. Y llevaba también las marcas de heridas infligidas por la gente: demasiado a menudo había tenido que luchar.

Obligado a crecer demasiado deprisa, se había vuelto introspectivo. Había ocultado sus pensamientos tras una barba que cada año se volvía más tupida y enmarañada y sus ojos parecían haberse refugiado tras aquel gran risco de hueso de su ceño.

Y, al igual que su padre, lucía en los brazos largas y dentadas cicatrices.

Con un suspiro, reanudó la inspección de las redes y trampas que había puesto en las aguas profundas. Un brazo de tierra alargado protegía aquella

playa rocosa del mar y desde la base de las colinas bajaba dando saltos un arroyo hasta la playa. El mar era el Mediterráneo: aquella era la costa del norte de África. Era allí donde el pueblo de Guijarro había encontrado refugio al fin, sobre las resecas dunas que se levantaban sobre las aguas, en una cabaña construida con la madera que traían las aguas y con arbolillos jóvenes.

Foca, jugando con las arañas y sus telarañas, había inventado su propia forma de pesca en miniatura. Pero es que en aquella costa olvidada todos ellos se habían visto obligados a aprender deprisa a vivir del mar. En los primeros tiempos, aquellos cazadores acostumbrados a perseguir antílopes habían chapoteado por la playa persiguiendo peces y delfines que los evitaban con facilidad. Habían pasado hambre y habían sentido desesperación.

La idea la habían sacado al final de la observación, de las arañas, de los peces y animalillos que ocasionalmente quedaban atrapados en los matorrales o en los cañaverales de follaje pegajoso o en la maleza de enredaderas.

Gradualmente habían aprendido el uso de las redes, las trampas y los cepos, hechos de corteza y trozos de cuerpo. Los primeros intentos habían sido fallidos las más de las veces. Pero poco a poco habían desarrollado su habilidad en el uso de las cuerdas naturales y enredaderas y habían aprendido a trenzar, reparar y atar fibras. Y había funcionado. Si uno tenía suerte podía atrapar peces, pulpos y tortugas. Cuanto más se adentraba en el mar, mejores eran las capturas.

Bueno, tenía que funcionar. De lo contrario, seguramente habrían muerto de hambre.

Lo más irónico es que la tierra que se extendía al sur, más allá de aquellos riscos de la costa, era rica, un mosaico de bosque, pastizales y lagos de agua dulce. Y había animales de sobra, más allá de las ciénagas, en las tierras altas: ciervos rojos, caballos y rinocerontes y muchos herbívoros menores. Algunas veces, los animales incluso bajaban a las playas en busca de sal.

Si no hubiese habido gente, habría sido un paraíso para el grupo de Guijarro. Pero la tierra no estaba vacía y ese era el problema.

En el horizonte había una isla. Su mirada se vio atraída hasta allí. A pesar de que la distancia la cubría de niebla, desde allí se veía lo rica que era, cubierta por entero de una vegetación que llegaba casi hasta la orilla del mar. Y había gente en ella. Los días claros podía verla: gente alta y delgada, que corría por las playas y las cimas de las colinas, figuras pálidas y huidizas.

Allí su pueblo y él estarían a salvo, pensó. En una isla como esa, un trozo de tierra propio, podrían vivir para siempre, sin tener que preocuparse por los extraños. Si pudiera llegar hasta allí, tal vez fuera capaz de arrebatarle la posesión de la tierra a aquellos flacos extraños.

Si pudiera llegar allí. Pero la gente no nadaba como los delfines, ni caminaba sobre las aguas como los insectos. Era imposible.

Así que estaban allí varados.

Nunca habían planeado llegar tan lejos. Ninguno de ellos había planeado nada de lo que había ocurrido. Simplemente, se habían visto obligados a seguir adelante, marchando y marchando, mientras los años iban transcurriendo poco a poco.

La gente de Guijarro era, por naturaleza, sedentaria. En un mundo abarrotado, este robusto pueblo no había tardado en perder el espíritu viajero de los tiempos de Lejos. Cuando se habían visto arrojados a un mundo extraño el desafío había sido terrible: para Guijarro había sido como si la gran caminata hubiera sido una larga y lenta agonía, una época de locura y perplejidad.

Durante el viaje, los chicos habían crecido. El propio Guijarro se había hecho un hombre y el grupo, alimentado por los refugiados de otros desastres, había ido creciendo lentamente. Y no solo había crecido de aquel modo. Guijarro había sido padre. Se había apareado con Verde, la melancólica mujer que los había acompañado desde el viejo asentamiento. Pero el niño había muerto mientras atravesaban una región especialmente dura y seca.

Y no habían encontrado ningún lugar donde vivir. Porque el mundo estaba lleno de gente.

Antes del ataque, la familia amplia de Guijarro estaba formada por doce miembros. Eran autosuficientes, no comerciaban y nunca se alejaban mucho más allá de una jornada de marcha.

Pero eran conscientes de la existencia de otros grupos similares que salpicaban la tierra a su alrededor, inmóviles como árboles.

En conjunto, había unas cuarenta tribus en el gran clan del que la gente de Guijarro formaba parte, aproximadamente un millar de personas. Algunas veces se producían intercambios cuando los jóvenes de una «aldea» buscaban pareja en otra. Y se producían conflictos ocasionales cuando dos grupos se enfrentaban por alguna región especialmente rica en alimentos o en medio de una cacería. Pero estos incidentes solían resolverse con poco más que unas palabras subidas de tono, algún forcejeo sin mayores consecuencias y, en casos extremos, algún lanzazo en la pierna, una forma de mutilación que se había convertido en un castigo ritual.

Y cada uno de los mil miembros de aquel grupo, desde el niño más pequeño hasta la más marchita vieja de treinta y cinco años, compartían las características rayas verticales de color rojo o negro que Guijarro llevaba todavía en el rostro.

Lejos se habría quedado boquiabierta si hubiera podido ver adónde había llegado su pequeña innovación con los pedacitos de ocre. Lo que había empezado siendo una estratagema sexual casi inconsciente se había convertido, a lo largo de inmensos períodos de tiempo, en una especie de celebración de la fecundidad. Todas las mujeres e incluso algunos hombres se pintaban las piernas con el característico color de la fertilidad. Lentamente, mentes torpes y dedos inseguros habían experimentado con otras formas de decoración, con nuevos símbolos.

A esas alturas, no obstante, aquella forma de tosca decoración obedecía a un propósito concreto. Las marcas verticales de Guijarro eran como una especie de uniforme que establecía las diferencias entre su pueblo y los demás. Ya no era necesario, como en tiempos de Capo, conocer

personalmente a todos los que formaban tu grupo. No tenías que acordarte de las caras. Lo único que hacía falta era el símbolo.

Los símbolos mantenían unidos los grupos. En cierto sentido, se habían convertido en la razón de sus luchas. Aquellos toscos dibujos y rayas representaban la aparición del arte... pero también la de las naciones, la de la guerra. Harían posibles conflictos que trascenderían incluso la muerte de aquellos que los habían iniciado. Por eso las mentes de los homínidos estaban volviéndose mis diestras en la creación de símbolos con el paso de las generaciones.

Por todas partes había clanes como aquel, clanes más o menos del mismo tamaño. Todos ellos eran sedentarios, todos permanecían donde habían nacido, donde sus padres y sus abuelos habían vivido y muerto. Sus lenguajes eran mutuamente ininteligibles. De hecho, muchas de aquellas comunidades llevaban tanto tiempo aisladas que ya no hubieran podido tener descendencia mutua. Y permanecían donde estaban hasta que los desplazaba algún desastre natural, como un cambio climático, o una inundación... u otra gente.

Razón por la que se habían formado los clanes, claro: para marginar a los refugiados.

Había sido terriblemente duro para ellos. Al fin, tras once años, habían llegado a aquel lugar, a aquella playa, y se habían visto obligados a detenerse, porque allí se acababa la tierra.

En aquel momento, Guijarro escuchó un grito quejumbroso procedente de la arena.

—¡Oye, oye, socorro, socorro!

Se levantó y miró hacia allí. Vio dos figuras robustas que caminaban tambaleándose hacia la cabaña. Eran Manos y Hiena. Uno se caracterizaba por sus enormes y poderosas manos y el otro por la costumbre que tenía de reírse como uno de esos animales carroñeros cuando cazaba. Los dos se habían unido al grupo de Guijarro durante su larga odisea. Pero ahora parecía que les había ocurrido algo. Hiena apoyaba todo su peso sobre los poderosos hombros de Manos, su compañero, e incluso Guijarro, a pesar de la distancia que los separaba, podía oír su respiración trabajosa.

Polvo salió de la cabaña. A la madre de Guijarro, que a esas alturas tenía casi cuarenta años ya, las muchas penalidades que había soportado durante el viaje le habían ajado y encorvado el cuerpo. Cojeando se dirigió hacia Hiena y Manos, mientras empezaba a gritar:

—¡Herido, herido!

Hiena se desplomó en la playa y Guijarro pudo ver que de su espalda sobresalía una hoja de piedra. Manos se agachó para ayudarlo a incorporarse de nuevo.

Murmurando para sus adentros, Guijarro fue en pos de su madre.

Para cuando lograron llevar a Hiena hasta la cabaña, la luz estaba empezando a abandonar el cielo.

La gente se movía alrededor de la cabaña, preparando las tareas de la noche. Tanto los hombres como las mujeres poseían enormes hombros musculosos que se marcaban como jorobas por debajo de las tiras de cuero con las que se cubrían. Hasta sus manos, cuyos dedos tenían yemas como palas, eran inmensas. Sus huesos, capaces de soportar grandes presiones, eran muy sólidos, y poseían pesadas y duras articulaciones. Eran criaturas poderosas, sólidas, como talladas de la misma tierra.

Tenían que ser fuertes. En un medio tan exigente como aquel, tenían que trabajar duro toda la vida, compensando con fuerza bruta lo que les faltaba en inteligencia. Pocos llegaban al final de la vida sin el dolor de heridas viejas, o algunos problemas como las enfermedades degenerativas de los huesos. Y eran muy pocos los que vivían más allá de los cuarenta.

La herida de Hiena no era especialmente grave. Ni siquiera el hecho de que, a todas luces, lo hubiera apuñalado por la espalda un homínido de una banda rival del otro lado de los riscos levantó demasiado interés. La vida era dura. Las heridas eran algo habitual.

Dentro de la irregular y estrecha cabaña no había más luz que la que daba el fuego y la poca que se colaba por las grietas de las paredes. La organización brillaba por su ausencia. Al fondo de la cabaña se apilaban los huesos y los caparazones, abandonados después de las comidas. Las

herramientas, algunas de ellas rotas y otras a medio hacer, quedaban allí donde se dejaban, al igual que los trozos de comida, el cuero, la madera, la piedra o las pieles sin trabajar. En el suelo podían verse los restos de los alimentos con los que subsistía el grupo: plátanos, dátiles, raíces y tubérculos y muchos ñames. Los adultos hacían sus necesidades en el exterior para no atraer a las moscas, pero sus hijos todavía no habían aprendido aquella lección, así que el suelo estaba cubierto de excrementos de niño medio enterrados.

Ni siquiera había un lugar fijo para el fuego. Sobre el suelo de la cabaña y en el exterior se veían las cicatrices de antiguas fogatas, en círculos ennegrecidos de guijarros y arena. Cuando cambiaba el viento o se desplomaba una parte de la cabaña, se limitaban a cambiar de sitio los rescoldos del fuego del día anterior y a empezar de nuevo.

A un humano, la cabaña le habría parecido oscura, baja, agobiante, claustrofóbica, desorganizada e inundada hasta el límite de lo soportable por la peste de muchos años de vida. Pero para Guijarro, así eran las cosas y así habían sido siempre.

De hecho, aquella noche había dos fogatas que cuidar. Las manos se habían vuelto hacia el calor del fuego que llevaba todo el día encendido. Guijarro recorrió los alrededores del asentamiento reuniendo trozos de madera seca y erigió cuidadosamente una pirámide de madera y astillas para encender un fuego más intenso y caliente. Le había arrancado la carne a la cabeza y las patas de un bebé de rinoceronte y ahora utilizaría el fuego para partir los huesos y llegar al suculento tuétano del interior.

Al fondo de la cabaña, Polvo y Verde estaban encendiendo otra fogata, junto con Foca, Chillido y algunos niños. Tenían un puñado de piedras que habían partido rápidamente para hacer cuchillos y raederas y con estas trabajaban la comida que habían reunido durante el día en la región que rodeaba la cabaña. Había crustáceos e incluso una rata.

Mientras seguían trabajando, el techo de la cabaña no tardó en llenarse de humo. Todo esto se producía entre gruñidos, murmullos, eructos y pedos. Apenas pronunciaban palabra.

Chillido era otra superviviente: era la niña, menor que Guijarro, que había escapado de la ocupación de su antiguo asentamiento. Las experiencias que había vivido le habían pasado factura. Siempre había sido un poco enfermiza y propensa al llanto. Ahora tenía diecisiete años, era una mujer adulta y Guijarro, al igual que Manos y Hiena, había copulado con ella en más de una ocasión. Pero aún no se había quedado embarazada y su cuerpo, flaco y comparativamente delicado, no le había proporcionado placer.

La gente había desarrollado una peculiar organización económica. Los hombres y las mujeres recolectaban por separado y comían por separado.

Aquellos que recogían vegetación, alimentos del mar y presas pequeñas cerca de la cabaña, mujeres en su mayor parte pero no exclusivamente, se sentaban y la cocinaban sobre el fuego pequeño, ayudándose con herramientas fabricadas con los recursos locales. Los que se alejaban más para cazar —hombres casi siempre, pero no siempre— devoraban gran parte de la caza *in situ.* Solo traían algo a casa en caso de que les sobrara. El bocado del tuétano siempre se reservaba para los cazadores, después de que hubiesen partido los huesos en el intenso calor de sus propias fogatas.

La mayoría de las veces, la comida que recogían las mujeres conformaba la mayor parte de la dieta del grupo y, por decirlo así, subvencionaba las cacerías de los hombres. Pero la caza, como siempre, no era solo una forma de conseguir comida. Todavía incluía un elemento de exhibición de los machos. En esto, la gente no había avanzado mucho desde tiempos de Lejos.

Otras cosas sí que habían cambiado. Las herramientas de piedra que las mujeres utilizaban para preparar la comida eran enormes pero parecían toscas en comparación con las exquisitas hachas de mano que ya Hacha era capaz de fabricar hace inris de un millón de años. Pero a pesar de su belleza, un hacha de mano no era mucho más útil para la mayoría de las tareas que una sencilla lasca de piedra con un borde-cortante y alargado. En épocas más duras, los hombres y las mujeres habían tenido que aprender a fabricar sus herramientas con la máxima eficiencia para cubrir sus necesidades. Sometido a esta presión, el ancestral predominio de la forma

refinada del bifaz había empezado a debilitarse. Había sido como un deshielo mental. Aunque en algunos rincones del planeta los hacedores de hachas todavía cortejaban con sus presentes de piedra, cuando la mano muerta de la selección sexual se había levantado de allí se había producido un derroche de inventiva y diversidad.

Gradualmente, se había desarrollado una nueva forma de fabricar herramientas. Primero se preparaba un núcleo de roca de tal modo que, de un solo golpe se arrancaba una lasca de la forma deseada, que a continuación podía retocarse y terminarse. Las lascas obtenidas de este modo tenían los bordes más finos posibles: a veces de hasta una molécula de grosor en toda su superficie. Y, con la suficiente habilidad, uno podía crear gran variedad de herramientas de esta forma: hachas, sí, pero también puntas de lanza, cortadoras, punzones, raederas... Era un método mucho más eficiente de fabricar herramientas, aunque pareciera más tosco.

Pero este método nuevo implicaba más peldaños en la escala cognitiva que el anterior. Había que ser capaz de localizar el tipo de material apropiado —no servía cualquier roca— y había que ser capaz de ver en su interior, no solo hachas, sino toda la gama de herramientas que podían extraerse de ella.

Cuando terminó de comer, la gente, lenta y perezosamente, se separó para trabajar. Verde preparó un trozo de piel de antílope, mordiéndola y pasándola por los dientes. Era una experta trabajando la piel de los animales y sus dientes, rotos y desgastados, atestiguaban los muchos años que llevaba haciéndolo. Los niños pequeños estaban empezando a quedarse dormidos. Se reunieron formando un tosco círculo y se acariciaron unos a otros las enmarañadas cabelleras. Mano estaba cuidando de Hiena. Inspeccionó la herida debajo de la cataplasma, la olisqueó y volvió a poner la cataplasma.

Polvo, exhausta como siempre en los últimos tiempos, se había tumbado ya junto al fuego. Pero estaba despierta y había un brillo en sus ojos. Guijarro lo entendió. Echaba de menos a Nariz Chata. Su «marido».

La gente había pagado un alto precio por los cerebros cada vez más grandes de sus hijos. Al nacer, Guijarro, cuyo cerebro tenía todavía que

desarrollarse en gran parle, estaba casi indefenso. Antes de que pudiera vivir de forma independiente tendría que atravesar un largo período de crecimiento y aprendizaje. El apoyo de las abuelas ya no era suficiente. Había tenido que aparecer una nueva forma de vivir.

Los padres tenían que permanecer juntos por el bien de los hijos: no era todavía la monogamia, pero se le parecía. Los padres habían aprendido que si querían que su herencia genética se transmitiera a las posteriores generaciones, era esencial que estuvieran allí. Pero la ovulación de las mujeres estaba ahora oculta y casi siempre eran sexualmente receptivas. Era una estratagema: si un hombre iba a implicarse en la cría de un niño, tenía que estar seguro de que realmente era suyo... y si no sabía cuándo era fértil su pareja, el único modo de asegurarse era estar siempre allí.

Pero no todo era compulsión. Las parejas preferían el sexo en privado, o en lo más parecido a la privacidad que podían ofrecer aquellas comunidades pequeñas y cerradas. El sexo se había convertido en la argamasa social que mantenía unidas a las parejas. La implacable selección del Pleistoceno estaba moldeando todo lo que caracterizaría a la humanidad. Hasta el amor era un producto derivado de la evolución. El amor, y el pesar por la pérdida.

Pero el proceso no era completo. La inconexa conversación que se escuchaba en el interior de aquella cabaña no era más que un cuchicheo carente casi del todo de sentido. La fabricación de las herramientas, la recolección de la comida y otras actividades estaban todavía aisladas de la consciencia, en unas mentes que, aunque espaciosas, seguían compartimentadas. Y todavía se rascaban y acariciaban como los simios.

No eran humanos.

Guijarro estaba irritable, inquieto, como encerrado. Sin miramientos, le robó un trozo de vientre de rinoceronte a Foca, que protestó escandalosamente:

—¡Mío, mío!

Luego fue a sentarse en la entrada de la cabaña, solo, de cara al mar.

No muy lejos se veía la tierra cubierta de maleza en la que la gente limpiaba de malas hierbas las plantas de guisante, las judías y los ñames. Pero más allá, al norte y al oeste, una puesta de sol coronaba el cielo,

tiñendo de púrpura y rosa las llanuras del rostro de Guijarro. Era una magnífica puesta de sol de la Edad de Hielo. El avance de los glaciares por los continentes del norte había levantado vastas cantidades de polvo; la luz del Sol se refractaba al atravesar las grandes nubes de roca pulverizada.

Guijarro se sentía atrapado, como uno de los pececillos que Foca había atrapado en su pegajosa telaraña.

Apenas consciente de lo que hacía, tanteó el suelo en busca de un pedazo de roca. Cuando encontró uno lo bastante afilado, se lo llevó al brazo derecho —tuvo que buscar una zona que no tuviera ninguna cicatriz —, apretó la piedra contra la carne y disfrutó de la deliciosa y punzante agonía.

Le habría gustado que su padre hubiera estado allí, para que pudieran hacerlo juntos. Pero al menos la piedra sí que estaba y el dolor, al avanzar por su epidermis, casi resultaba reconfortante. El cuchillo de piedra recorrió su brazo entero, dejando un rastro de cálida sangre. Se estremeció de dolor, pero disfrutó de su fría certeza, consciente de que podía parar cuando quisiera... y consciente también que no iba a hacerlo.

Aislado, deprimido, cautivo en una vida vacía, Guijarro se había vuelto hacia sí mismo, y un comportamiento que antaño había servido para que los jóvenes compararan su fuerza de una forma relativamente inocua se había convertido en un ritual solitario y autodestructivo. La raza de Guijarro no era humana. Y, sin embargo, conocía el amor, la pérdida... y la adicción.

En la oscuridad, tras él, su madre observaba, con los ojos nublados bajo el farallón de hueso.

Guijarro despertó en medio de la gris luz que precedía al alba, pero no fue la luz ni el frío lo que lo despertó.

Una lengua estaba lamiéndole el pie desnudo. Era una sensación casi reconfortante y logró abrirse paso entre sus sueños inquietos. Entonces, su mente recobró la consciencia suficiente para preguntarse quién estaría haciéndolo. Sus ojos se abrieron bruscamente.

Había un lomo hirsuto y musculoso a su lado, una silueta recortada contra el cielo del alba.

Lanzó un grito y se puso en pie. El lobo, asustado, se apartó con un gañido. Se alejó unos pasos, se volvió y empezó a gruñir.

Pero había una mujer junto al lobo.

Era casi una mano más alta que él. Tenía el cuerpo esbelto, los hombros estrechos y las piernas largas y elegantes, como las de una cigüeña. Sus caderas eran estrechas, sus pechos pequeños y erguidos y su cuello largo. Su cuerpo era todo fibra y músculo: la firmeza de los brazos y las piernas saltaba a la vista. Parecía casi una niña, una niña extrañamente crecida y de rasgos aún sin formar. Pero no era ninguna niña. Eso se veía en los pechos, en los mechones de pelo que tenía debajo de los brazos y en las finas arrugas que rodeaban su boca y sus labios.

La gente de la isla era como ella, al menos de cuello para abajo. Pero de cuello para arriba, Guijarro nunca había visto nada parecido.

Tenía la barbilla afilada, como acabada en punta. Su dentadura era pálida y regular, y no estaba desgastada, como la de una niña, como si nunca la hubiera utilizado para trabajar la piel de los animales. Su rostro parecía achatado, como si le hubiesen aplastado la pequeña nariz. El cabello era negro pero lo llevaba muy corto. Y en cuanto a la protuberancia ósea de la frente... vaya, no tenía. Su frente ascendía en línea recta y hacia arriba y entonces el cráneo dibujaba una línea amplia y redondeada, como una roca, muy diferente a la forma de caparazón de tortuga del suyo.

Era una humana: desde el punto de vista anatómico, una humana de nuestra época. Podría haber llegado cruzando un túnel del tiempo desde la bulliciosa muchedumbre del aeropuerto de Darwin en la que se encontraba Joan Useb. Y, si lo hubiera hecho, para Guijarro no hubiera supuesto mayor sorpresa.

Estaba fascinado y no podía apartar la mirada de ella.

El astil del arpón tenía una muesca en un extremo y en aquella muesca, pegada con resina y sujeta con hebras hechas de tendón, había una punta tallada. Era un cilindro delgado, cuyo centro tenía apenas el grosor de un dedo. A ambos lados, la superficie estaba cubierta de finos dientes tallados

que apuntaban en dirección contraria a la de avance. La superficie no tenía el mismo acabado tosco de sus herramientas: parecía tan suave como la piel.

Vio entonces que aquel arpón no era su única herramienta. Llevaba un jirón de piel tratada alrededor del talle. Una cosa parecida a una red, tejida quizá con plantas trepadoras, colgaba de su cuello. En su interior había una colección de piedras trabajadas. La piedra parecía pedernal. El pedernal era una piedra excelente, fácil de tallar, y la había encontrado varias veces a lo largo de su viaje por África. Pero no había pedernal cerca de aquella playa. Así que, ¿cómo había llegado hasta allí? Su confusión creció.

Pero entonces toda su atención se dirigió a la punta del arpón. Estaba hecha de hueso.

La gente de Guijarro utilizaba fragmentos de hueso como raspadores, o como martillos para dar los últimos retoques a los bordes de sus herramientas de piedra.

Pero nunca intentaban tallarlo. El hueso era difícil de trabajar, complicado de manejar y propenso a romperse de formas inesperadas. Nunca había visto nada parecido a aquella regularidad, aquella perfección en el acabado, aquel ingenio.

En el futuro, siempre asociaría a la mujer con aquel maravilloso artefacto. Para él, ella sería Arpón. Sin pensarlo, embargado por una curiosidad irresistible, extendió sus largos y gruesos dedos hacia la punta del arpón.

—*¡Ya!* —La mujer retrocedió y empuñó el arpón. A su lado, el lobo le enseñó los dientes y empezó a gruñir.

La tensión creció inmediatamente. Manos había empezado a recoger gruesas rocas de la playa.

Guijarro levantó las manos.

—No no no... —Tuvo que esforzarse bastante, gesticulando y balbuceando, para convencer a Manos de que no le arrojara las piedras a la mujer. Ni siquiera supo por qué lo hizo. Tendría que haber ayudado a Manos a echarla de allí. Los extraños no significaban más que problemas. Pero el lobo y la mujer no le habían hecho nada.

Y ella le estaba mirando la entrepierna.

Bajó la vista. Una impresionante impresión asomaba por allí. De repente se dio cuenta de los latidos que palpitaban en su garganta, del calor de su rostro, de la humedad de sus manos. El sexo era algo frecuente, con Verde o con Chillido, y normalmente resultaba agradable. Pero, ¿aquella mujer-niña con su cara chata y fea y su cuerpo esbelto como un arpón? Si se tendía sobre ella seguramente la aplastaría.

Pero no se había sentido así desde la primera vez, cuando Verde había venido a montarse sobre él en plena noche.

El lobo gruñó. La mujer, Arpón, le acarició el pelaje.

—*Ya, ya* —dijo en voz baja. Seguía mirando a Guijarro y enseñaba los dientes. Estaba sonriendo.

De repente se sintió avergonzado, como si fuera un muchacho incapaz de controlar su cuerpo. Se volvió y corrió hacia el mar. Cuando estuvo lo bastante dentro para que el agua lo cubriera, se sumergió de cabeza. Allí con la boca cerrada, se agarró el pene y empezó a sacudirlo. Eyaculó rápidamente y el blanquecino esperma se dispersó entre las aguas formando espirales.

Batió las piernas y salió, casi sin aliento. El corazón seguía latiéndole furiosamente pero al menos la tensión había desaparecido. Salió del agua. Los cortes que se había hecho en el brazo la noche antes no se habían curado todavía, y la sangre rojiza, diluida por el agua salada, goteaba desde las yemas de sus dedos.

La mujer había desaparecido. Pero pudo ver un rastro de pisadas —pies estrechos, talones delicados— que regresaban por donde habían llegado, más allá del promontorio. Las huellas del perro seguían a las suyas.

Manos y Chillido caminaban hacia él. Chillido estaba estudiándolo con mirada inquieta. Manos exclamó:

—¡Extraño extraño lobo extraño!

Enfurecido, arrojó las piedras al suelo. No entendía por qué había reaccionado Guijarro de aquella manera, por qué no había expulsado enseguida a la extraña o la había matado.

De repente, fue como si la insatisfacción vital de Guijarro encontrara un punto de enfoque.

—*¡Ya ya!* —replicó con voz fuerte. Dio media vuelta y empezó a alejarse siguiendo las huellas que había dejado la mujer esbelta.

Chillido corrió tras él.

—¡No, no, problemas! ¡Cabaña, comida, cabaña! —Hasta le cogió la mano y se la llevó al vientre, y trató de deslizaría hasta su entrepierna. Pero Guijarro la empujó en el pecho y la tiró al suelo, desde donde ella lo siguió con mirada anhelante mientras se alejaba.

III

Siguió el rastro por la playa. Sus amplias huellas cubrieron e hicieron desaparecer las de Arpón.

La orilla estaba cubierta de mejillones, percebes y los desechos que traía el mar: algas, medusas y cientos de cartílagos de sepia, lavados por las aguas. Al poco rato estaba sudando, jadeando y con un ligero dolor en las caderas y rodillas, preludio de los que lo atormentarían en años posteriores.

Conforme se iba calmando, sus instintos habituales empezaban a tomar el control. Recordó que estaba desnudo y solo.

Recorrió la playa con la mirada hasta encontrar una roca grande y de borde afilado que le cabía en la mano. Entonces siguió caminando sin apartarse de la orilla del mar. Aunque allí la arena era un lodo blando y apelmazado que se le metía entre los dedos, al menos solo tenía que preocuparse de un flanco.

El rastro de huellas delicadas, seguido en todo momento por el de las patas del lobo, avanzaba en línea recta por la arena más fina. Después de un buen trecho, las huellas se volvieron y se adentraron en la playa. Y allí, a la sombra de unas palmeras, vio una cabaña.

Permaneció inmóvil durante largos instantes, mirándola fijamente. No se veía a nadie. Se aproximó con cautela.

Construida sobre el límite de la marea, la cabaña se levantaba sobre una estructura de arbolillos tendidos sobre el suelo. Las copas de los arbolillos estaban entrelazadas... no, vio, no entrelazadas, sino cosidas, cosidas con finas hebras hechas de cartílago. Habían cubierto la estructura con ramas y hojas y luego las habían atado a su vez. Alrededor de la redondeada entrada había herramientas y restos imposibles de identificar desde tan lejos.

La cabaña no tenía nada de especial. Era más grande que la suya —tal vez pudiera alojar a unas veinte personas o más— pero esa parecía ser la única diferencia.

Los restos que había sobre la arena apelmazada que rodeaba la entrada crujieron ligeramente cuando sus pies los pisaron. Entró en la cabaña con los ojos muy abiertos. En el interior flotaba un intenso aroma a ceniza.

La cabaña no estaba a oscuras, sino cubierta por una cálida luz parda. Vio que habían abierto un agujero en la pared y lo habían cubierto con un trozo de piel muy fina, suficiente para mantener el viento a raya al mismo tiempo que dejaba pasar la luz. Inspeccionó la piel en busca de marcas de dientes pero no las encontró. ¿Cómo se podía preparar la piel sin utilizar los dientes?

Miró a su alrededor. Había porquería en el suelo: mierda de los niños y algo que parecían los rastros de hienas o lobos. Había restos de comida en grandes cantidades, caparazones y raspas de pescado sobre todo. Pero también vio algunos huesos de animales, algunos de ellos con pedazos de carne todavía adheridos. Estaban rotos y roídos. La mayoría pertenecía a animales pequeños, puede que cerdos o ciervos enanos, pero eso no impidió que sintiera envidia. Por lo que él sabía, la feroz gente del interior se guardaba para sí todo lo que producían los bosques y las extensas praderas.

Se sentó en cuclillas, miró a su alrededor y, poco a poco, sus ojos fueron adaptándose a la escasez de luz.

Encontró los restos de una fogata, apenas un círculo negro en el suelo. Las cenizas estaban todavía calientes y hasta echaban humo en algunos sitios. Cautelosamente, las removió con un dedo. El dedo se hundió en la

ceniza. Vio que habían excavado un agujero en el suelo, como los que ellos utilizaban para meter a la gente muerta. Pero aquel agujero era para contener al fuego. La capa de ceniza era muy profunda y se dio cuenta de que para formar aquella densa acumulación habrían sido necesarios muchos, muchos días y noches. Y en el borde del círculo más próximo a la entrada, donde la brisa soplaba con mayor fuerza, habían levantado una pequeña hilera de piedras para protegerlo.

Era un hogar, uno de los primeros hogares que había en todo el mundo. Guijarro nunca había visto nada parecido.

Entonces se percató de que unas planchas de alguna sustancia marrón cubrían el suelo. Tocó una de ellas con cautela. Resultó ser corteza. Pero la habían despegado cuidadosamente del árbol, le habían dado forma de algún modo y la habían tratado por algún procedimiento hasta transformarla en aquella suave manta. Al levantarla, vio que había un agujero debajo. El agujero contenía comida: ñames apilados.

Encontró otro agujero lleno de herramientas. Una gruesa capa de fragmentos revelaba que aquel era el lugar en el que se fabricaban habitualmente. Algunas de ellas no estaban terminadas. Pero su variedad era desconcertante: vio hachas, cuchillos, picos, martillos, raederas, punzones, rascadores... y otros diseños que ni siquiera reconocía.

Entonces vio lo que parecía un hacha ordinaria, una cabeza de piedra adosada a una empuñadura de madera. Pero la cabeza estaba atada con lianas, con tanta fuerza que no fue capaz de separarlas. Él había visto cómo estrangulaban las lianas a otras plantas. Era como si alguien hubiera puesto aquella piedra y la empuñadura en la liana y hubiera esperado a que la planta atrapara los artefactos y los uniera con más fuerza de la que ningunos dedos podrían conseguir nunca.

Había una red parecida a la que Arpón llevaba en la playa. Era una bolsa llena de herramientas de piedra y hueso. La levantó con curiosidad y cautela y se la colgó del hombro, como había visto hacer a Arpón. La gente de Guijarro no fabricaba bolsas. Llevaban solo lo que les cabía en las manos o sobre el hombro. La red lo fascinaba. Tal vez estuviera hecha de

trepadoras o lianas. Pero habían entrelazado las fibras hasta fabricar una cuerda que era fuerte y al mismo tiempo más fina que cualquier liana.

Confundido, dejó caer la bolsa.

Era como su cabaña y, al mismo tiempo, no lo era. Para empezar, era raro que todas las cosas estuvieran separadas. En casa, uno comía donde quería y fabricaba sus herramientas donde le apetecía. Aquí parecía haber un lugar para comer, otro para dormir, otro para hacer el fuego y otro para trabajar las herramientas. Aquello resultaba perturbador. Y...

—*¡Ko ko ko!*

Había entrado un hombre. Lo vio perfilado contra la luz del día: era alto y delgado, como Arpón, y tenía la misma cabeza redondeada y alta. Había miedo en su débil mirada, pero levantó una lanza.

La adrenalina inundó el organismo de Guijarro. Se puso en pie rápidamente y examinó a su oponente.

El hombre, ataviado con pellejos anudados, era flaco y fibroso. No sería rival para la fuerza bruta de Guijarro. Y su arma no era más que un venablo de madera tallada y endurecida, liviano para poder lanzarla con más facilidad. No ero una verdadera lanza, que es lo que hubiera necesitado para luchar en aquel espacio estrecho. Guijarro podría romper aquel cuello delgado con facilidad.

Pero el hombre, aunque asustado, parecía resuelto.

—*¡Ko ko ko!* —volvió a gritar. Y avanzó un paso. Guijarro empezó a gruñir y se preparó para recibir el ataque.

—*Ya ya.* —Era Arpón. Cogió al hombre del brazo. Él trató de zafarse. Empezaron a discutir. Era una conversación como cualquiera que se hubiera producido en la cabaña de Guijarro; una cadena de palabras, incomprensibles para él, sin estructura ni sintaxis, que solo contaba con la repetición, el volumen y la gesticulación para transmitir énfasis. Duró mucho, como ocurría siempre con aquellas conversaciones. Pero finalmente el hombre retrocedió. Lanzó una mirada furiosa a Guijarro, escupió en el suelo y salió.

Cautelosamente, Arpón entró en la cabaña. Sin dejar de mirar a Guijarro, se sentó sobre la tierra apelmazada. En la oscuridad, sus ojos eran

muy brillantes.

Con lentitud, Guijarro se sentó frente a ella.

Después de un rato, Arpón metió su fina mano bajo una manta y sacó varias frutas de baobab. Se las ofreció a Guijarro. Titubeando, este las aceptó. Durante largos instantes permanecieron sentados en silencio, representantes de dos subespecies de la humanidad, sin una palabra ni un gesto en común.

Pero al menos no intentaron matarse.

Después de aquel día, Guijarro se sintió cada vez más incómodo en su hogar, con los suyos.

La gente esbelta pareció aceptarlo. El hombre alto —«Ko-ko», porque Guijarro siempre recordaría sus gritos de *«¡Ko, ko!»*, «¡Vete, vete!»— nunca terminaría de confiar en él. Eso estaba claro. Pero Arpón parecía haberlo adoptado. Trabajaban juntos las herramientas, ella le mostraba las sutiles habilidades de sus delicados dedos y él su inmensa fuerza. Juntos, saltaban con la mirada el brazo de mar que los separaba de la rica isla que seguía tentando a Guijarro.

Y trataban de aprender el vocabulario del otro. No era fácil. Había muchas palabras, términos geográficos, como «oeste», que los ancestros de Guijarro nunca habían necesitado.

Incluso salió a cazar con ella.

Aquellos recién llegados eran carroñeros o cazadores emboscados. Con sus esbeltas pero débiles formas, tenían que utilizar la astucia en lugar de la fuerza bruta para cobrarse las presas, y preferían las armas arrojadizas. Pero no tardaron en acostumbrarse y aceptar la contribución de Guijarro, especialmente cuando había que terminar con las presas a corta distancia.

Mientras tanto, los dos grupos de gente entablaron un nuevo tipo de relación. Ni luchaban ni se ignoraban, que eran las dos únicas formas que la gente había tenido de relacionarse hasta entonces.

En su lugar, empezaron a comerciar. A cambio de los frutos del mar y de algunos de sus artefactos, como sus gruesos venablos, la gente de

Guijarro empezó a recibir herramientas de hueso, carne del interior, tuétano, pieles y mercancías exóticas, como por ejemplo miel.

A pesar de los evidentes beneficios que ofrecía esta nueva relación, parte de la gente de Guijarro estaba inquieta. Manos y Foca habían explorado inquisitivamente las posibilidades de las nuevas herramientas. Polvo, que estaba envejeciendo con rapidez, parecía sumida en la apatía. Pero Chillido demostraba una implacable hostilidad frente a la nueva gente y, en especial, frente a Arpón. *No es así como se hacen las cosas.*

Era, después de todo, un pueblo inmensamente conservador, un pueblo que solo se mudaba cuando lo obligaba a ello una Edad de Hielo. Pero a pesar de todo seguían comerciando, porque las ventajas eran incontestables.

Arpón había podido impedir que Ko-ko matara a Guijarro porque entre ellos, un extraño no era necesariamente una amenaza. Si uno quería comerciar, tenía que ser capaz de pensar así.

Para los homínidos, aquel era un campo de pensamiento completamente nuevo e inexplorado. Pero claro, es que la especie de Arpón solo tenía cinco mil años de edad.

Había existido un grupo de gente, no muy diferente al de Guijarro, que había vivido en una playa, no muy diferente a aquella, en la costa oriental del África meridional. La playa estaba llena de grandes rocas sedimentarias de color crema. La vegetación era única en el mundo, una flora relicta que recordaba a los tiempos de Vagabunda, dominada por arbustos y árboles cubiertos por grandes y voraces flores. Era un buen lugar para vivir. El mar era muy productivo pues ofrecía mejillones, percebes, peces, aves marinas... En algunos lugares, los bosques, en los que resonaban los aullidos de los monos y los graznidos de las aves, llegaban justo hasta la orilla y entre la hierba había caza en abundancia: rinocerontes negros, gacelas, cerdos salvajes y elefantes, así como búfalos de largos cuernos y caballos gigantes.

Allí, los antepasados de Arpón habían construido una base próxima al mar. Al igual que la gente de Guijarro, habían vivido allí durante incontables generaciones, hasta que sus huesos pulverizados habían tapizado la tierra. Desde allí recorrían las tierras circundantes, sin alejarse nunca más que unos pocos kilómetros.

Pero entonces, con repentina brusquedad, el clima cambió. El nivel del océano subió y se tragó su hogar ancestral. Al igual que el grupo de Guijarro, se vieron obligados a huir. Y al igual que el pueblo de Guijarro, perdidos en una tierra abarrotada, no habían encontrado lugar en el que establecerse.

Cada paso que daban en dirección contraria a las tierras que habían conocido los dejaba más confusos y perdidos. Muchos de ellos habían muertos. Muchos niños, en los brazos de madres famélicas, no habían sobrevivido mucho tiempo a su nacimiento.

Al fin, desesperados, se vieron empujados a la orilla de un río. Llegaron a la desembocadura, donde crecían densos manglares. Allí pudieron quedarse, porque era un lugar que nadie más quería. Gran parte del suelo estaba cubierto por una capa de agua grasienta de color marrón por la que nadaban cocodrilos. Húmedo, fétido, malsano, era un reino de lagartos, serpientes e insectos, muchos de los cuales, incluidas las hormigas, parecían conspirar para expulsar a la gente.

Se podía encontrar comida: raíces, tallos y brotes de nenúfar. Hasta los frutos del manglar eran comestibles para quien estaba suficientemente hambriento. Pero la carne brillaba por su ausencia. Y no había en ninguna parte piedras con las que fabricar herramientas. Era como si estuvieran tratando de vivir en una gran esterilla empapada y cubierta de vegetación.

Aislada del medio que conocía, la gente podría haber muerto al cabo de una generación... si no se hubiera adaptado.

Todo había empezado de forma inocente. Una mujer, antepasada lejana de Arpón, se había alejado todo lo posible del valle, hasta llegar a tierras más secas. Allí, en las llanuras aluviales y las ciénagas estacionales, el suelo margoso y todavía húmedo producía numerosas especies de hierbas, legumbres, trepadoras, lirios y arruruces.

Los años pasados en las ciénagas le habían permitido acostumbrarse a utilizar toscas herramientas de madera y las manos desnudas para arrancar alimento a una tierra cenagosa y hostil. Ya se había llenado y estaba reuniendo raíces para llevarle a sus hijos.

Entonces topó con el desconocido. El hombre, miembro de otro grupo que vivía río arriba, estaba utilizando un cuchillo de basalto para desollar un conejo. Se quedaron mirando mutuamente, el uno con la carne, el otro con las raíces. Podían haber huido o haber tratado de matarse. Pero no lo hicieron.

Comerciaron: la carne por las raíces. Y cada uno se marchó por donde había venido.

Unos días más tarde, la misma mujer regresó al mismo lugar. El hombre también había vuelto. Ceñudos, suspicaces, cada uno con una lengua que para el otro resultaba incomprensible, volvieron a comerciar, esta vez crustáceos y percebes de la desembocadura por un par de cuchillos de basalto.

Así fue como empezó. La gente de la ciénaga, incapaz de encontrar todo lo que necesitaba para vivir en el pedazo de tierra que había heredado, empezó a intercambiar los productos del mar, de las llanuras aluviales y de los pantanos por carne, pieles, piedra y fruta del interior.

Al cabo de un par de generaciones emigraron y emprendieron una vida nueva y diferente. Se convirtieron en nómadas de verdad que se desplazaban siguiendo las grandes avenidas naturales, las costas y los cursos de agua dulce. Mientras se movían, se iban dividiendo y extendiendo y empezó a aparecer el germen de una red de vías comerciales. Al poco tiempo fue posible encontrar herramientas de piedra a cientos de kilómetros del lugar en el que se habían tallado y caparazones de criaturas marinas en el interior del continente.

Sin embargo, vivir así suponía un desafío. El comercio significaba que había que construir un mapa del mundo de nuevo cuño. La gente que no pertenecía al propio grupo ya no podía seguir siendo un elemento pasivo del paisaje, como las rocas y los árboles. Ahora había que saber quién vivía dónde, qué podía ofrecer, si era hostil... y si era honesto. La gente de las marismas empezó a experimentar una presión terrible para aumentar su inteligencia a gran velocidad.

El diseño de sus cabezas cambió drásticamente. Sus cráneos se alargaron para hacer sitio a unos cerebros más grandes. Y los cambios en la

dieta y en sus hábitos tuvieron un impacto dramático en sus facciones. Las raíces de los dientes, que ya no se utilizaban para masticar la carne cruda ni para tratar las pieles, se volvieron más débiles y superficiales. A medida que los músculos de las mandíbulas iban menguando, los dientes superiores empezaron a retroceder. La mandíbula inferior mantuvo su prominencia y la cara se inclinó hacia atrás, de modo que aquellos homínidos perdieron el último vestigio de los hocicos de sus antepasados simiescos. La desaparición del hocico y el crecimiento de la frente proporcionó nuevas superficies de anclaje a los músculos de la cara y desapareció el viejo y prominente arco superciliar.

Al mismo tiempo, conforme se volvían más inteligentes, ya no necesitaban ser tan fuertes. Sus cuerpos perdieron gran parte de la robustez de sus inmediatos antecesores y revirtieron a algo más parecido a la elegante esbeltez de Lejos y sus semejantes.

La primera impresión de Guijarro, a quien le había parecido que Arpón era como una niña, no era accidental. Con aquellas proporciones faciales y sus finos huesos, era como si el crecimiento de aquella gente nueva hubiese quedado interrumpido en la niñez. Una vez más, bajo la presión de una selección feroz, los genes habían buscado variaciones que pudieran implantarse con facilidad: el ajuste de la tasa de crecimiento del esqueleto era una solución comparativamente fácil.

Todos estos cambios se habían completado, en esencia, en el trascurso de pocos milenios. Trascurrido este proceso, Arpón era, anatómicamente hablando, idéntica a una humana de la época de Joan Useb, incluso en el tamaño del cráneo y las características generales del cerebro. Y había sido el comercio, una forma nueva de relacionarse con otras personas, lo que había convertido a su especie en lo que era.

Pero Arpón no era humana todavía.

En su vida había un poco más de inventiva, un poco más de organización. Su raza, por ejemplo, construía hogares. Pero la gama de herramientas que utilizaba no era mucho más avanzada que las de Guijarro y sus antepasados. Su idioma era la misma cháchara inconexa y desestructurada. Gran parte de lo que presidía su vida, como por ejemplo su

sexualidad, lo había heredado sin apenas cambios de los diferentes tipos de gente que la habían precedido. En su mente seguía habiendo barreras rígidas, una falta de conexiones en la estructura neuronal de su cerebro. Una verdadera humana de la época de Joan Useb, atrapada en este mundo de sus antepasados, no habría tardado en enloquecer a causa de la monotonía, la rutina y el ritualismo, la ausencia de arte y de lenguaje: la insoportable y pesada pobreza de la vida.

Y, humana o no, esta gente no había tenido un éxito espectacular. Aunque había recorrido toda África desde sus orígenes en las ciénagas del sudeste, su estilo de vida seguía siendo marginal. Es difícil comerciar cuando no hay nadie como tú para hacerlo. De momento, la supervivencia de estos nuevos nómadas no estaba en absoluto garantizada y la mayoría de los grupos existentes, desperdigados por todo el continente, no sobrevivirían.

Los hijos de Arpón estaban destinados a atravesar este cuello de botella, pero sus genes conservarían siempre la impronta de esta hazaña. En el futuro, los miles de millones que germinarían a partir de esta semilla tan poco prometedora serían, genéticamente hablando, criaturas idénticas, parientes de todos los demás humanos.

Las relaciones entre Guijarro y Arpón avanzaron un paso durante una cacería.

Un día, Guijarro se encontraba en un escondite, de cara al viento con respecto a una manada de caballos gigantes que pastaba apaciblemente la crecida hierba. El escondite no era más que una estructura de arbolillos atados y cubiertos con hierba y hojas de palmera. Allí estaba Guijarro, acurrucado, con un venablo a un lado, vigilando al animal grande y cojo que era su presa. Y Arpón estaba a su lado. Estaba tenso, la adrenalina corría por su organismo y el calor del día y el olor del sudor de los caballos llenaba su cabeza.

De repente, sintió unos dedos en la cara.

Se volvió. La piel de Arpón parecía refulgir en la tenue oscuridad verdosa que los rodeaba. Sus dedos recorrieron las marcas de ocre verticales que todavía lucía Guijarro. Y entonces sus delicados dedos se posaron sobre su brazo, sobre los cortes, curados tiempo atrás, que se había infligido él mismo. Su contacto lo sobresaltó, como si los dedos estuvieran hechos de hielo o fuego.

Guijarro le pasó la mano por el brazo. Sus dedos abarcaban con facilidad el antebrazo entero, como si fuera la pata de un ave. Sentía que podía partirle el hueso con un mero gesto. De repente, fue como había sido aquel día, el primero que la había visto, en la playa. Tenía la boca seca y la garganta tensa.

No comprendía su lujuria: la lujuria que nunca se había ido. Pensó en las complejas herramientas que era capaz de crear, en las largas y fáciles zancadas con las que recorría la tierra, en la comida que le había llevado a su pueblo... y en aquel arpón, en la punta exquisita de aquel arpón, inimaginable antes de que lo viera aquel primer día. Había algo en ella que su cuerpo deseaba: el anhelo era insoportable.

Se tendió sobre la espalda. Bajo la crujiente sombra del escondrijo, ella se montó sobre él y sonrió.

IV

Cada pedazo de pedernal era un cementerio en miniatura. En algún mar desaparecido hace mucho tiempo, los cadáveres de los crustáceos se habían posado sobre los sedimentos, y las minúsculas y cristalinas agujas que antaño formaran los esqueletos de las esponjas se habían convertido en las pepitas de pedernal que salpicaban los lechos de marga en formación.

Guijarro siempre había adorado el tacto del pedernal. Volvió la quebradiza roca de suaves caras entre sus manos y evaluó su estructura.

Quienes partían el pedernal tenían que conocer todas las sutiles diferencias entre las propiedades de las rocas. Cuanto más tiempo pasaba un pedernal expuesto a los elementos, más probable era que contuviera fracturas, causadas por la gelifracción o por el zarandeo de las corrientes fluviales u oceánicas. Pero aquella pieza no mostraba la pátina de la exposición. Estaba limpia y era fresca. Acababa de salir de la matriz de marga, tras el derrumbamiento de un acantilado. No se conseguía pedernal como aquel en aquella zona ni en ninguna otra que estuviese en el rango de acción de la gente de Guijarro. En los largos años pasados en aquella playa, antes de que Arpón entrara en su vida, Guijarro había echado de menos el buen pedernal.

En los últimos tiempos, nunca estaba tan satisfecho como cuando trabajaba la piedra... o, para ser más exactos, nunca estaba menos insatisfecho.

Siete años habían transcurrido desde su primer encuentro con Arpón. A los veintiséis años de edad, su cuerpo estaba ya en declive, cubierto de magulladuras y cicatrices por la acumulación de desafíos de una vida que seguía siendo, a pesar de la colaboración entre los suyos y los recién llegados, muy dura.

Había abrazado a Arpón y había abrazado también los cambios y novedades que ella había traído, pero estos cambios habían sido desconcertantes. La mente de Guijarro era inmensamente conservadora. Y cuanto mayor se hacía, más atesoraba los momentos que podía pasar a solas con la piedra, cuando podía retraerse al interior de su propia y espaciosa mente.

Pero los momentos de paz no duraban para siempre.

—*¡Hai, hai, hai! ¡Hai, hai, hai!*

Por allí llegaban su hijo y su hija, el achaparrado Crepúsculo y la larguirucha Suave, corriendo juntos por la playa, balbuciendo el galimatías que había surgido de la fusión de las lenguas de Arpón y Guijarro.

—¡Ven, ven, ven aquí con nosotros! —Los niños, desnudos, con la piel cubierta de sal y sudor, querían que fuera a trabajar en los maderos que Koko y los demás estaban empujando hacia el mar.

Fingió que no los oía hasta que estuvieron casi encima de él. Entonces los agarró con un rugido y cayeron los tres a la arena, jugando. Por fin, Guijarro se rindió. Dejó el pedernal, se puso en pie y siguió a sus hijos por la playa.

La mañana era luminosa, calentaba el Sol y el aire estaba cargado con el aroma de la sal y el ozono. Al ver cómo corrían los pequeños delante de él, que avanzaba con su acostumbrado balanceo, Suave más rápida, Crepúsculo un poco más torpe, sintió un momento de placer por su energía juvenil. Aquel lugar nunca sería como un hogar para él, pero también tenía sus recompensas.

Ko-ko, Manos y Foca estaban fabricando una especie de balsa. Arpón estaba también allí, con las manos apoyadas en un vientre que empezaba ya a mostrar una notable hinchazón. Al ver a Guijarro, esbozó una sonrisa fiera.

Los hombres habían cortado dos robustas palmeras de los bosques del interior, les habían arrancado las ramas y las habían atado con lianas y plantas trepadoras. En aquel momento, Manos y Foca estaban arrastrando la tosca embarcación sobre la arena, en dirección al agua. Todos hablaban mucho mientras trabajaban.

—¡Empuja, empuja, empuja!

—Atrás, atrás, no, atrás, atrás...

—*¡Hai, hai!*

Guijarro se unió a Manos y a Foca en su tarea. A pesar de que eran tres, era un trabajo muy duro y Guijarro no tardó mucho en estar sudando tanto como los demás, con las piernas cubiertas de arena caliente y molesta. Ko-ko trató de ayudarlos, pero en cuestión de fuerza bruta, el robusto pueblo de Guijarro no tenía igual. Y contaban con la ayuda, o el estorbo, de los dos niños y del lobo compañero de Arpón, que corría alrededor de ellos, ladrando.

El lobo, criado por ellos desde que lo capturaran siendo cachorro, era casi un animal doméstico. Aquel era el comienzo de una relación más duradera que cualquier otra entre hombres y animales, una relación que, en última instancia, moldearía a las dos especies.

Guijarro nunca había olvidado su deseo de alcanzar la isla. Finalmente, mientras permanecía sentado en la playa, pensando, observando cómo jugaban los pequeños con trozos de madera que arrastraba la corriente flotando hasta allí, se había cerrado una conexión en su mente.

En las ciénagas del manglar, los antepasados de Arpón, que no eran mejores nadadores que Guijarro, se habían visto obligados a idear maneras de cruzar aguas infestadas de cocodrilos. Tras un prolongado proceso de prueba y error —un proceso en el que cada error se castigaba con la mutilación o la muerte— habían dado con una forma de utilizar la madera para vadear las aguas. Podías montarte sobre un madero tumbándote sobre él y utilizar las manos para impulsarte. Durante sus viajes, los esbeltos no habían olvidado aquellas técnicas básicas. Y eso era lo que Guijarro había visto que trataban de hacer los pequeños sobre la madera que traía la marea. Finalmente se le ocurrió una forma de llegar hasta la isla.

Tras algunos fracasos espectaculares, la inventiva mente de Ko-ko había dado con la idea de atar dos troncos. De este modo, al menos, se conseguía un poco más de estabilidad. Pero aquellas balsas en miniatura seguían siendo demasiado vulnerables a las mareas y volcaban con demasiada facilidad.

Finalmente lograron llevar los troncos hasta el agua. Atados entre sí, formaban una superficie estable y flotante.

Ko-ko y Manos se adelantaron rápidamente, y entraron chapoteando en el agua. Se tumbaron sobre los troncos, con las piernas extendidas, y empezaron a dar paladas. Poco a poco, se alejaron de la costa. Pero las olas sacudían los troncos arriba y abajo... y, finalmente, acabaron por arrojar a los dos hombres al agua. Y entonces, los nudos que mantenían atados a los troncos se soltaron.

Manos salió tambaleándose, echando agua por la boca y refunfuñando. Ayudado por Ko-ko, volvió a llevar los troncos hasta la playa.

Guijarro sabía que no habían corrido peligro, porque allí las aguas eran poco profundas y se podía volver andando a la orilla. Pero más allá, la profundidad aumentaba muy deprisa, y si querían llegar a la isla, tendrían que pasar por allí.

Así que siguieron trabajando, probando combinaciones nuevas, una vez tras otra.

Muchas cosas habían cambiado en la vida de Guijarro en aquellos siete años.

Gradualmente, aquellos que habían llegado con él desde la aldea de Nariz Chata de esfumaron de su mundo. Hiena nunca se había recuperado del todo de aquel lanzazo y finalmente habían tenido que enterrarlo. Y, poco después, lo mismo había ocurrido con Polvo. La madre de Guijarro parecía haberle cogido cariño a Arpón, aquella extranjera desconocida que dormía con su hijo. Pero, finalmente, su fragilidad cada vez mayor se había impuesto a su fuerza de voluntad.

Pero si se perdía una vida, también se creaba otra. El niño era el resultado de la renuente unión de Guijarro con Chillido, quien había continuado persiguiéndolo mucho tiempo después de que hubiera formado su lazo con Arpón. Crepúsculo era achaparrado y fuerte, una bola de energía y músculo que, sobre el grueso y arco superciliar, tenía una mata de pelo de un sorprendente color rojizo, el color del crepúsculo rojo de la Edad de Hielo.

Sin embargo, Crepúsculo no le había traído alegría a la pobre Chillido. Había muerto en el parto, protestando hasta el último momento por la presencia de aquellos extraños entre ellos.

El otro hijo de Guijarro, Suave, era de Arpón. Aunque había heredado parte de la rotundidad del cuerpo de su padre, se parecía mucho más a la raza de su madre. Ya era más alta que Crepúsculo. Cada vez que Guijarro la veía, le sorprendía su rostro chato y la frente plana que se extendía sobre sus ojos claros.

Guijarro no tenía razón alguna para sentir extrañeza ante el hecho de que el resultado de su encuentro sexual con Arpón hubiese sido un niño. De hecho, volvía a estar embarazada. Las diferencias entre su especie, más antigua, y la de Arpón, aunque importantes, no lo eran tanto como para que no pudieran producirse cruces. Y, de hecho, sus híbridos hijos no serían como muías. Serían fértiles.

Así, los genes modificados de Arpón, y el esquema corporal y la forma de vida nuevos que representaban, habían empezado a propagarse por la más amplia población de la gente robusta. De este modo, la hebra del destino genético se transmitiría a través de Suave, hija de flaca y robusto, al futuro.

Mientras se alargaba la tarde, impulsados por la determinación de Guijarro, siguieron tratando de conseguir que funcionara la balsa.

Era frustrante. Carecían de capacidad de discutir sus ideas. Su lenguaje era demasiado sencillo para esto. Y ni siquiera la gente nueva era particularmente inventiva con la tecnología, pues los muros estancos de sus especializadas mentes les negaban la plena consciencia de lo que estaban haciendo. No eran capaces de diseccionar mentalmente el proceso. Era algo parecido a aprender una habilidad corporal nueva, como montar en bicicleta: el esfuerzo consciente no ayudaba. Y, además, el trabajo era descoordinado y solo progresaba cuando alguno de ellos mostraba la pasión suficiente para imponerse a los demás.

Pero entonces, inesperadamente, Ko-ko dio con una solución. Entró chapoteando en el agua.

—*¡Ya, ya!* —Con frenéticos aullidos y empujones, obligó a los nadadores a sujetarse a un solo tronco y a dejar que flotara. A continuación, se dirigió al otro extremo del madero y, nadando con fuerza a su vez, guió el tronco por las turbulentas aguas de la costa hasta las más tranquilas que se abrían poco más allá.

Guijarro lo miró con asombro. Funcionaba. En lugar de montarse en el tronco, lo utilizaba como flotador para ayudar a nadar a los que no sabían nadar. No tardaron en estar tan lejos de la costa que lo único que pudo ver fue una línea de cabezas bamboleantes y la línea negra del tronco entre ellas.

Sujetándose al tronco y sacudiendo las piernas con todas sus fuerzas, hasta los robustos, que eran demasiado pesados para nadar, podían atravesar el agua por las zonas profundas. Para todos era evidente que por fin habían encontrado la forma de cruzar el estrecho que había desafiado a Guijarro durante años.

Guijarro lanzó un aullido de triunfo. Sus hijos corrieron hacia él. Cogió a suave en brazos, la levantó en volandas y le dio vueltas y vueltas, mientras ella chillaba y Crepúsculo le tiraba de la pierna tratando de llamar su atención.

El grupo incursor tocó tierra en un pequeño saliente de arena cubierta de conchas, alojado entre paredes de piedra erosionada azul y negra. Salieron del agua y se dejaron caer sobre la arena, jadeando. Guijarro vio inmediatamente que todos, tanto los robustos como los esbeltos, habían llegado a la costa.

El cruce había sido más duro de lo que había imaginado. Nunca podría olvidar la espantosa sensación de estar suspendido sobre las negras profundidades en las que nadaban criaturas desconocidas. Pero ya había acabado.

Y Ko-ko ya estaba en marcha. Consiguió que sacaran los troncos de la playa. Los guerreros —una docena de robustos y una docena de esbeltos— empezaron a desembalar lo que habían traído. Algunas de las armas las habían llevado atadas a la espalda, en bolsas o redes, y otras —los largos venablos de los esbeltos, por ejemplo— habían venido atadas a los propios troncos.

Arpón se acarició el vientre y miró al mar que los había traído. Pasó la mano por las marcas verticales de ocre del rostro de Guijarro, igual que había hecho la primera vez que se habían apareado. Solo que ahora también ella llevaba las mismas marcas feroces, como todos los suyos, esbeltos y robustos por igual. Guijarro sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

Unidas por sus símbolos, dos especies de hombres estaban preparándose para hacerle la guerra a una tercera.

Una mujer lanzó un grito. Guijarro y Arpón se volvieron. Una pesada roca de basalto había caído a la playa, sobre la piedra de una mujer esbelta. Cuando levantaron la roca su pie salió a la luz: una masa destrozada y sanguinolenta. Empezó a gemir, mientras sus lágrimas profanaban las marcas de ocre de sus mejillas.

La gente estaba farfullando y señalando los acantilados.

—*¡Hai, hai!*

Guijarro levantó la mirada protegiéndose los ojos del Sol. Algo se movía allá arriba, una cabeza, unos hombros estrechos. La roca no había caído sola, comprendió. Alguien la había empujado o arrojado.

Así que había empezado. Cogió el venablo, lanzó un grito de desafío y echó a correr por la playa. La gente lo siguió.

Unos cientos de metros más allá, la recogida playa daba paso a una zona más abierta formada por dunas y pastos. Y allí, Guijarro vio un grupo de homínidos que parecían espectros. Eran veinte en total, hombres, mujeres y niños. Se habían reunido alrededor del cadáver de un antílope. Al ver a Guijarro se levantaron, girando la cabeza.

Guijarro se abalanzó sobre ellos, gritando.

Algunos de los homínidos se volvieron y echaron a correr: las mujeres con los niños, algunos de los hombres. Otros se quedaron donde estaban. Recogieron rocas y empezaron a arrojárselas a los intrusos, como si estuvieran tratando de expulsar a unas hienas. Eran altos y esbeltos. Estaban desnudos y sus cuerpos eran superficialmente similares al de Arpón. Pero sus cabezas, de cara baja y prominente, gran arco superciliar y cráneos planos, eran diferentes.

Era una variedad tardía del *Homo erectus*. El grupo había llegado a la isla cuando una oscilación glacial había hecho bajar el nivel del mar lo suficiente. Al regresar el mar, ellos habían podido sobrevivir mientras el resto de su especie se extinguía, porque nadie había sabido cómo cruzar el encrespado estrecho que los mantenía aislados.

Nadie hasta ahora, claro.

Un macho, más fornido que el resto, cogió un hacha de mano grande y pesada y corrió hacia Manos. El gran robusto, con el pesado venablo en la mano, lanzó un rugido de respuesta. Con cegadora velocidad, el macho esquivó la carga de Manos y descargó el hacha de mano en su nuca con todas sus fuerzas. La sangre manó a borbotones y Manos cayó de bruces. Pero siguió luchando. Se revolvió y, mientras su sangre empapaba el polvo,

trató de levantar el venablo. Pero el gran macho se le puso encima y levantó su hacha.

Guijarro, enfurecido, le golpeó en la espalda con su lanza con todas sus fuerzas. Con aquel arma, Guijarro era capaz de atravesar la piel y la caja torácica de una cría de elefante, así que no le costó apenas esfuerzo empalar la piel, las costillas y el corazón de un homínido. Levantó el gran cuerpo del macho como si fuera un pez arponeado. Su enemigo sacudió los brazos, mientras la sangre manaba a borbotones por su boca y su espalda y resbalaba por el astil de la lanza de Guijarro hasta sus brazos.

Cuando todo terminó, Guijarro se arrodilló junto a Manos. Pero el gran robusto estaba inmóvil y sus musculosos miembros yacían fláccidos sobre la arena. Guijarro sintió un momento de pesar: otro compañero desaparecido. Se levantó, con las manos y los brazos cubiertos de sangre, buscando la próxima batalla.

Pero los espectrales estaban corriendo. Los esbeltos estaban arrojando sus lanzas de madera endurecida sobre ellos, lanzas que caían sobre ellos en su huida.

Guijarro se estremeció, aliviado por no ser una de las criaturas que los esbeltos estaban persiguiendo con tan letal júbilo. Pero recogió su lanza y corrió en pos de sus camaradas, abandonando el cuerpo de Manos a las hienas.

La aniquilación sistemática de un grupo a manos de otro era algo muy frecuente entre numerosas especies sociales y carnívoras: las hormigas, los lobos, los leones, los monos, los simios... En este sentido, como en muchos otros, el comportamiento de la gente no era más que una derivación de raíces animales más profundas.

Pero entre los lobos, los simios, los pitecinos e incluso los caminantes, estas campañas habían sido muy poco eficientes. Sin armas efectivas, la matanza solo era factible cuando se contaba con una abrumadora superioridad numérica. Y una guerra entre dos grupos de pitecinos de treinta o cuarenta miembros podía tardar años en resolverse. Incluso,

durante la larga era de los sedentarios robustos, se habían producido pocas masacres a gran escala. Se mataba a los extraños aislados, sí, pero no había guerras por el *lebensraum* (N. del T.: en alemán en el original. «Espacio vital»).

Pero ahora, conforme continuaba expandiéndose la definición genética del pueblo nómada de Arpón, esto estaba empezando a cambiar. La especie de Arpón poseía precisas armas arrojadizas y unas mentes cada vez más capaces de elaborar un pensamiento sistemático y ordenado; eran capaces de realizar matanzas en masa con una minuciosidad sin precedentes. Pero existía un efecto secundario. La guerra con otros grupos forzaría a los homínidos a formar grupos cada vez más grandes, con todas las complicaciones sociales que eso significaba. La matanza moldearía también a los asesinos: si el amor era una fuerza evolutiva, también lo *era* el odio.

Después de limpiar un nido particularmente denso, Ko-ko y los otros celebraron una especie de fiesta. Arrastraron los cuerpos de las mujeres, los niños y los hombres al raso y los apilaron, treinta o cuarenta en total, todos con el vientre abierto en canal, el pecho destrozado y el cráneo roto. Entonces encendieron una hoguera, arrojando ramas prendidas sobre la montaña de cadáveres. Ko-ko y los demás danzaron alrededor de los cadáveres quemados, aullando y lanzando vítores.

Los cazadores esbeltos trajeron a los prisioneros. Eran una madre y su hijo, un muchacho larguirucho lo bastante mayor ya para caminar solo. Los cazadores la habían arrinconado junto a un farallón rocoso en el que había buscado refugio. Los esbeltos y los robustos se reunieron a su alrededor, aullando y gritando, y levantaron los venablos frente a la cara de la madre.

Guijarro lo presenciaba todo con la mente entumecida. Puede que hubiera una especie de culpa en el rostro fino y protuberante de la mujer. Había sobrevivido mientras los demás caían a su alrededor, todos salvo su hijo. Y ya era incapaz de seguir sintiendo.

Ko-ko se adelantó. Con un simple y eficiente movimiento, le hundió la lanza en el pecho. Su piel escupió un chorro de fluido negro. Se convulsionó —con el repentino olor de la mierda que acompañaba a la muerte, que todos conocían ya demasiado bien— y cayó al suelo.

El niño seguía vivo. Estaba llorando, agarrando a su madre y hasta tratando de pegar los labios al pecho ensangrentado. Pero, al igual que la madre de los chasma había empujado hacía mucho tiempo a sus cachorros hacia el impotente elefante, ahora Arpón, con el vientre hinchado delante de *sí,* empujó a Suave hacia el niño. La hija de Guijarro llevaba una herramienta de piedra en la mano. Su fino cuerpo, muy parecido al de su madre, parecía enfebrecido, ansioso. Levantó la piedra sobre el cráneo plano del niño.

Aunque nunca había rehuido la lucha ni la matanza, de repente Guijarro sintió deseos de encontrarse muy lejos de allí, sentado en una playa bajo una puesta de sol, o desenterrando ñames para llevarle a su madre.

A la mañana siguiente la fogata se había apagado. Los homínidos habían quedado reducidos a esqueletos, cuerpos ennegrecidos que parecían haber adoptado pociones fetales. Ko-ko y Suave caminaban entre los humeantes restos, haciéndolos añicos con el extremo romo de sus lanzas.

OceanofPDF.com

11

El pueblo de Madre

SAHARA, ÁFRICA DEL SUR,
C. 60.000 AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

I

Madre caminaba sola, una figura esbelta en un paisaje plano como una mesa. Bajo sus pies, el suelo estaba caliente y el polvo picaba y arañaba. Se detuvo junto a un cactus Hoodia. Se arrodilló, cortó un pedazo del tamaño de un pepino y masticó la húmeda carne.

Estaba completamente desnuda, salvo por la tira de piel de gacela que le cubría el talle. Tenía una piedra en una mano pero no llevaba nada más. Su rostro, de frente lisa y vertical y barbilla protuberante, era totalmente humano. Pero sus labios estaban fruncidos, sus ojos hundidos, y su mirada corría de acá para allá con nerviosismo.

A su alrededor, la sabana era árida e inhóspita. La vacía y llana desnudez se extendía en todas direcciones, disolviéndose bajo una calima fantasmal que oscurecía el horizonte, una llanura interrumpida tan solo por algún matorral que había resistido la sequía o los restos de algún cadáver pisoteado por los elefantes. Ni siquiera había excrementos a la vista, porque los grandes herbívoros ya solo pasaban muy raramente y hacía mucho tiempo que los escarabajos peloteros habían hecho su eficiente y sistemático trabajo.

Con el pedazo de cactus en la mano, siguió su camino.

Llegó a la orilla del lago... o donde había estado la orilla el año pasado, o puede que el año antepasado. Ahora la tierra estaba seca, era una patina de oscuro lodo cubierta de grietas, tan endurecido que ni siquiera se quebraba cuando lo pisaba. Aquí y allá se veían hierbas amarillentas y raquíticas que trataban de aferrarse a la vida.

Se protegió los ojos con las manos. Todavía había agua, pero lejos de allí, como un distante y trémulo brillo. Hasta ella llegaba la peste del estancamiento. En la lejana orilla del lago atisbó varios elefantes, formas oscuras que se desplazaban como nubes por la neblina vidriosa que provocaba el calor, y animales metidos en el lodo, cerdos salvajes, quizá.

Pero en la superficie congestionada del lago distinguió aves acuáticas, una manada posada apaciblemente en el centro del agua, a salvo de los depredadores terrestres.

Madre sonrió. Las aves estaban justo donde las quería. Se volvió y se alejó de la muerta aureola de fango del lago.

A sus treinta años, el cuerpo de Madre era tan esbelto y erguido como había sido en su juventud. Pero su vientre lucía las estrías que le había dejado el nacimiento de su único hijo, un niño, y tenía el pecho caído. Sus nalgas eran muy prominentes: una adaptación a los largos períodos de sequía, un mecanismo para ayudarla a almacenar agua en la grasa. Sus miembros tenían fibrosos músculos y su vientre no mostraba la hinchazón que provocaba a muchos de su pueblo la malnutrición. Saltaba a la vista que era eficiente en el oficio de la vida.

Pero no podía recordar una época en la que hubiera sido feliz. Ni siquiera de niña, cuando era torpe, lenta al caminar, lenta para encajar. Ni siquiera cuando había nacido su niño, saludable y llorón.

Veía demasiado.

Aquella sequía, por ejemplo. Las nubes habían desaparecido, lo que permitía que el Sol cayera a pico el día entero, lo que secaba la tierra y hacía desaparecer las aguas, lo que provocaba la muerte de los animales, lo que causaba el hambre de su pueblo. Así que la gente estaba hambrienta por culpa de las nubes. Lo que no había podido averiguar era qué había hecho que se marcharan las nubes. Aún no.

Ese era su talento: ver patrones y conexiones, redes de causas y efectos que la intrigaban y la desconcertaban. Su talento para captar los vínculos causales no le proporcionaba consuelo. Era algo más parecido a una especie de suspicacia obsesiva. Pero le ayudaba a seguir con vida, a veces... como aquel día.

Se detuvo junto a un baobab y estudió sus retorcidas ramas. Sabía lo que quería hacer, un boomerang, un arma arrojadiza curva, e inspeccionó las ramas y los contrafuertes del árbol, en busca de un lugar en el que la textura de la madera y la dirección de su crecimiento se ajustaran a la forma definitiva del arma, tal como ella la veía en su mente.

Encontró una esbelta rama que podía servirle. Con un rápido movimiento la partió cerca del tronco del árbol. A continuación se sentó a la sombra del baobab, sacó su herramienta de piedra, le quitó la corteza y empezó a trabajarla. Volvía la herramienta entre sus manos para utilizar los bordes que más le convenían en cada momento. Aquella herramienta —que no era del todo un hacha, ni un cuchillo, ni una raedera— era su favorita en aquel momento. Como tenía que llevar encima todas las herramientas que no pudiera hacer en el momento, había fabricado una que le sirviera para hacer muchas cosas diferentes, y la había retocado muchas veces.

No tardó mucho en tener un pedazo de madera suavemente curvado, de unos treinta centímetros de longitud, plano en un lado y redondeado en el otro. Lo sopesó en una mano, calibró su equilibrio y su peso con un criterio fruto de una larga práctica y le dio unos rápidos retoques.

A continuación salió de la sombra del baobab y se encaminó a la corona de lodo que rodeaba el lago. Encontró el lugar en el que había guardado unas trenzas de fibra de corteza varios días atrás. La red seguía allí. Le quitó el polvo y los escarabajos que mordisqueaban las secas fibras.

Colgó la red entre dos baobabs finos y convenientemente situados en dirección al lago. Había escogido el lugar, de hecho, a causa de los baobabs.

Luego rodeó el lago hasta situarse en el lado contrario a la red. Sacó su palo arrojadizo. Con la lengua fuera, lo sopesó y trató de calcular el lanzamiento que tenía que hacer. Solo podía hacer un intento y tenía que afinar la puntería...

Un dolor palpitó en sus sienes, distante, como un trueno en unas montañas remotas.

Perdió el equilibrio e, irritada por la distracción, arrugó el gesto. El dolor en sí era trivial, pero anunciaba lo que iba a suceder. Las migrañas eran un castigo implacable que sufría con frecuencia y no podía hacer nada al respecto. No tenían cura, por supuesto, ni siquiera nombre. Pero sabía que tenía que acabar con su tarea antes de que el dolor lo hiciera imposible. De lo contrario pasaría hambre aquel día, y su hijo también.

Ignorando las palpitaciones de su cabeza, se preparó de nuevo, sopesó el palo en la mano y lo arrojó con fuerza y precisión. El boomerang describió un pronunciado y alto arco sobre el lago, sacudiendo las aspas de madera con un siseo sutil.

Las bandadas de aves acuáticas se agitaron y graznaron, irritadas, y cuando el palo giró en el aire y cayó sobre ellas, sucumbieron al pánico. Batiendo las torpes y pesadas alas, echaron a volar alejándose del lago... y las que volaban más bajo se precipitaron directamente contra la red de Madre. Sonriendo, rodeó el lago para recoger las ganancias.

Conexiones. Madre arrojó el boomerang que asustó a las aves, que quedaron atrapadas en la red porque Madre la había colocado allí. Como ejemplo del funcionamiento de su sistema cognitivo estructurado, era paradigmático.

Pero a cada paso que daba su jaqueca empeoraba, como si su cerebro estuviera golpeteando las paredes de su espacioso cráneo y el breve júbilo

provocado por la victoria se esfumó entre el dolor, como siempre.

El pueblo de Madre vivía en un campamento próximo a un canal seco y erosionado que desembocaba en un barranco. Había cabañas entre los farallones de rocas, meros cobertizos, pieles o fibras de junco entretejidas y apoyadas sobre sencillas estructuras. Allí, a diferencia de lo que ocurría hace mucho tiempo en el campamento de Guijarro, no había cabañas permanentes. La tierra no era lo bastante rica como para permitirlo. Aquella era la base temporal de un grupo de cazadores-recolectores nómadas, obligados a seguir el rastro de sus fuentes de sustento. Su pueblo llevaba allí un mes.

El lugar tenía sus ventajas. Había un arroyo, la roca de la zona era muy buena para fabricar herramientas y en las proximidades había un bosquecillo del que podían extraer madera para hacer fogatas, así como corteza, hojas, lianas y trepadoras para hacer ropa, redes y otras herramientas y artefactos. Y era un buen lugar para tender emboscadas a los animales que, tontamente, se aproximaban al barranco. Pero su estancia allí no había sido muy fructífera. El campamento era pobre y sus habitantes estaban desnutridos y apáticos. Probablemente no tardaran mucho en trasladarse.

Madre llegó a casa tambaleándose, con tres aves acuáticas colgadas de cuerdas de cuero sobre los hombros. El dolor de su cabeza se había hecho muy intenso y todas las cosas que veía parecían brillantes y teñidas de colores extraños. El crecimiento del cerebro humano, en el milenio trascurrido tras el nacimiento de su antepasada lejana, Arpón, había sido espectacular. Este apresurado crecimiento de la estructura neuronal había acarreado beneficios inesperados, como la capacidad de Madre de encontrar patrones causales, pero también tenían sus costes, como las recurrentes migrañas que ella tenía que soportar.

—¡... oye, oye! ¡Lanza, peligro, lanza!

Miró a su alrededor, confundida.

Dos hombres jóvenes estaban mirándola. Llevaban ropas de piel anudadas con trozos de cartílago. Ambos empuñaban lanzas de madera, toscamente trabajadas, con puntas endurecidas al fuego. Habían estado arrojándolas a una piel de buey que habrán colgado sobre las ramas de un árbol. Madre, distraída por el dolor y las luces extrañas, había estado a punto de meterse por medio.

Tuvo que esperar a que los dos lanceros terminaran su competición. Ninguno de ellos era especialmente habilidoso y las pieles con las que se cubrían estaban deshilachadas. Solo una de sus lanzas había logrado perforar la piel del buey, y el resto yacía a su alrededor, sobre la tierra.

Pero vio que uno de ellos, al menos, lanzaba con más fuerza. El muchacho sujetaba el arma muy atrás, y utilizaba la longitud de sus flacos brazos para conseguir un poco más de impulso. Alto para su edad, enjuto y fibroso, cuando pensaba en él se imaginaba a un retoño de árbol, atraído hacia lo alto por los rayos del Sol. Cuando Retoño arrojó su lanza, esta voló con un siseo y una leve oscilación. El movimiento del arma resultaba intrigante. Pero al seguirla con la mirada, su dolor de cabeza empeoró.

Una vez que los competidores hubieron terminado, siguió su camino, en busca de la sombra de la piel que compartía con su hijo.

Dentro de la cabaña de Madre había una mujer voluminosa de unos cuarenta y cinco años. Tenía un pelo estropajoso y encanecido y en su rostro solía haber una mueca avinagrada. Aquella mujer, Agria, estaba utilizando un mortero para machacar un trozo de raíz. Levantó una mirada colérica hacia ella, con su acostumbrada expresión de hostilidad.

—¿Comida, comida?

Madre, a quien Agria le traía sin cuidado, hizo un ademán vago.

—Pájaros —dijo.

Agria dejó el mortero y la raíz y salió para inspeccionar las aves que Madre había colgado fuera.

Agria era su tía. Estaba amargada desde que perdiera a su segundo hijo por culpa de algún mal desconocido a los dos días del parto. Probablemente robara los pájaros y solo le diera a Madre y a Silencio un poco de la carne.

Pero Madre, que tenía la cabeza llena de dolor, estaba demasiado cansada para preocuparse.

Trató de concentrarse en su hijo. Estaba sentado con la espalda apoyada en la pared inclinada, con las rodillas pegadas al pecho. El chico, una criatura enfermiza, menuda y huesuda a sus ocho años de edad, estaba utilizando un palito para mover otro palito por el suelo. Madre se sentó a su lado y le revolvió el pelo. Levantó la mirada hacia ella con ojos grandes y soñolientos. Pasaba mucho tiempo así: en silencio, apartado de los demás, esperándola. Se parecía a su padre, un cazador torpe y menudo que había copulado de forma casi mecánica con Madre, solo una vez, y que con aquel único acto había conseguido preñarla.

La experiencia de Madre con el sexo había sido esporádica y no demasiado placentera. No había encontrado un hombre lo bastante fuerte, o lo bastante bueno, para aguantar la intensidad de su mirada, su obsesión, su rapidez en la cólera y su tendencia a refugiarse en sí misma, empujada por el dolor. Para su desgracia, el hombre que finalmente la había dejado embarazada había cambiado enseguida de pareja y poco tiempo después había caído bajo el hacha de un rival.

El niño era Silencio, porque aquel era su rasgo más característico. Y del mismo modo, puesto que a veces parecía que a los ojos de todos los demás ella no tenía identidad propia —no tenía identidad para nadie salvo el niño- ella era Madre. Tenía muy poco que darle. Pero al menos le evitaba el vientre hinchado que el hambre estaba empezando a provocar en algunos pequeños en esta época de sequía.

El niño pasó largo rato tendido a su lado, hecho un ovillo y con el pulgar en la boca. Ella se tumbó en el jergón de paja trenzada. Sabía que no servía de nada tratar de combatir el dolor.

Siempre había estado aislada, incluso cuando era niña. No podía participar en los juegos de persecuciones y peleas con los que se divertían los demás jóvenes, o en sus experimentos sexuales adolescentes. Era siempre como si los demás supieran cómo comportarse, qué hacer, cómo reírse y llorar... y cómo encajar, un misterio que ella nunca compartiría. Su incansable inventiva en una cultura tan conservadora, y la costumbre que

tenía de tratar de averiguar por qué ocurrían las cosas, cómo funcionaban, no la convertía en una persona muy popular.

Conforme pasaba el tiempo había terminado por sospechar que los demás hablaban de ella cuando no estaba allí, que estaban haciendo planes contra ella, planeando hacerla infeliz de formas que ni siquiera podía entender. Esto no había contribuido a mejorar sus relaciones con sus convecinos.

Pero tenía sus consuelos.

El dolor no iba a desaparecer. Pero era durante las jaquecas cuando veía las formas. Las más sencillas eran como estrellas... aunque no eran estrellas, porque brillaban con fuerza, luminosas y evanescentes, antes de desaparecer. Trataba de volver la cabeza para seguirlas, con la esperanza de ver de dónde venía la siguiente. Pero no se movían con sus ojos, sino que flotaban, como los juncos de un lago. Luego venían más formas: zigzags, espirales, celosías, curvas, líneas paralelas. Hasta en la más profunda oscuridad, hasta cuando el dolor la dejaba ciega, podía ver las formas. Y cuando el dolor se desvanecía, el recuerdo de las extrañas y brillantes formas permanecía a su lado.

Pero mientras esperaba a que su cuerpo se relajase, pensaba en Retoño y sus largos brazos y sus lanzas, y en el pequeño Silencio empujando sus ramitas adelante y atrás, adelante y atrás...

Conexiones.

Retoño volvió a intentarlo.

Con una mirada de irritación en el rostro, metió la lanza en el agujero del palo que Madre le había dado. Entonces, sujetándola la lanza en la mano derecha, utilizó la izquierda para apoyarse el arma sobre el hombro, con la punta hacia delante. Dio un par de pasos vacilantes, movió el brazo derecho hacia delante... la lanza se inclinó hacia arriba y la punta quemada voló hacia el cielo antes de volver a caer al suelo.

Retoño dejó caer el palo tallado y lo pisoteó.

—¡Estúpido, estúpido!

Madre, frustrada también, le dio un pescozón en la nuca.

—¡Tú! ¡Estúpido! —¿Por qué no era capaz de comprender lo que quería? Recogió la lanza y el palo, se los puso a Retoño en las manos y le obligó a cogerlos para volver a intentarlo.

Llevaban toda la mañana intentándolo.

Después de aquella última jaqueca, Madre había despertado con una nueva visión en la cabeza, una peculiar mezcla entre la técnica de empuje indirecto que había visto practicar a Silencio con sus palitos y el estilo de lanzamiento que utilizaba Retoño con sus largos brazos. Ignorando a su hijo, se había acercado al montón de madera más cercano.

No tardó en fabricar lo que necesitaba: un palo corto y cubierto de musgo con un pequeño agujero en un extremo. Cuando ponía la lanza en el agujero y trataba de impulsarla... sí, era tal como había pensado, el palo era una extensión de su brazo que le permitía superar en longitud a los de Retoño y el agujero era como un dedo que sujetaba la lanza.

Había en el planeta muy poca gente capaz de pensar de aquel modo, de establecer una analogía entre un palo y una mano, un objeto natural y una parte de su propio cuerpo. Pero Madre era una de ellas.

Como solía ocurrirle cuando tropezaba con un proyecto parecido, se había sumergido inmediatamente en él, furiosa cuando tenía que dedicar algún tiempo a alguna otra actividad, como comer, beber, dormir, recolectar comida... e incluso estar con su hijo.

En sus momentos de lucidez era consciente de que desatendía a Silencio. Pero Agria, su tía, estaba allí para ocuparse. Para eso servían las parientes viejas, para compartir la carga de la cría de los hijos. Sin embargo, en su fuero interno, Madre desconfiaba de Agria. Algo se había agriado verdaderamente en su interior tras perder a su segundo hijo; aunque tenía una hija anterior, el interés que sentía por Silencio no era saludable. Pero Madre no tenía tiempo para pensar en esto, no mientras la obsesión del mecanismo de lanzamiento de lanzas ocupara todos sus pensamientos.

Siguió intentándolo con Retoño una y otra vez, mientras el Sol recorría el cielo y el joven se ponía nervioso y empezaba a dar señales de tener calor y sed y desatendía sus tareas diarias. Pero no consiguió nada.

Finalmente, Madre empezó a comprender cuál era el problema. No era una cuestión de torpeza. Retoño no comprendía el principio de lo que estaba tratando de enseñarle: que no era su mano la que tenía que hacer el lanzamiento, sino el palo. Y hasta que no entendiera esto, nunca conseguiría que el lanzador de venablos funcionara.

La mente de Retoño estaba dividida por esclusas rígidas, casi tan rígidas como la de Guijarro, su antepasado lejano. Socialmente hablando, su inteligencia era suprema; en sus maniobras, las coaliciones que era capaz de formar y las traiciones que tramaba, hubiera sido rival del propio Maquiavelo. Pero no aplicaba esta inteligencia a otras actividades, como la fabricación de herramientas. Era como si en estas ocasiones activara una mente diferente, una mente que no era superior a la de Lejos.

Pero a Madre no le ocurría lo mismo, y esa era la causa de su rareza, y también de su genio.

Le quitó el lanzador de las manos, puso el venablo en el agujero del palo e imitó el movimiento del lanzamiento.

—Mano lanza no —dijo. Entonces imitó la acción del palo al empujar el arma—. Palo lanza sí. Sí, sí. Palo. Lanza. Palo lanza venablo. Palo lanza venablo...

Palo lanza venablo. Como oración no era gran cosa. Pero al menos tenía una estructura rudimentaria —sujeto, verbo y objeto directo— y el honor de ser una de las primeras oraciones pronunciadas en un idioma humano por todo el mundo.

Poco a poco, repetido una vez tras otra, el mensaje fue calando.

Retoño sonrió y le arrebató el venablo y el lanzador.

—¡Palo lanza venablo! ¡Palo lanza venablo! —Colocó rápidamente el venablo en su agujero, echó el brazo atrás, apoyó el venablo en su hombro y lo lanzó con todas sus fuerzas.

Fue un pésimo lanzamiento, este primero. El venablo terminó resbalado sobre el suelo, bastante antes de la palmera que había escogido como objetivo. Pero había cogido la idea. Excitado, farfullando, Retoño corrió a recuperar el venablo. Con una obsesión que fugazmente rivalizaba con la de Madre, volvió a probar una y otra vez.

Ella había tenido la idea gracias a su peculiar capacidad, que le permitía pensar en el palo lanzador de más de una forma. Era una herramienta, sí, pero también era algo parecido a sus dedos, en el sentido de que sujetaba el venablo... y era como una persona, incluso, en el sentido de que podía hacer cosas, podía lanzar el venablo por ti. Si uno era capaz de pensar en un objeto desde más de un punto de vista, podía imaginarlo haciendo toda clase de cosas. Para Madre, la consciencia estaba convirtiéndose en algo más que una herramienta para conseguir contacto sexual.

Probablemente, a Retoño nunca hubiera podido ocurrírsele esta idea por sí solo. Pero una vez que ella le mostró el concepto, se hizo con él con rapidez. Después de todo, su mente y la de ella no eran tan diferentes. Cuando impulsaba el lanzador, la gran fuerza que aplicaba al venablo hacía que este se doblara: el arma, flexionada, parecía casi alejarse de un gran salto, como una gacela que escapa de una trampa.

—Enfermo. —La llana y fea palabra se abrió camino entre su euforia. Agria, su tía, estaba en la entrada de su cabaña. Señaló el interior.

Madre corrió por la tierra pisoteada hasta su cabaña. En cuanto entró, captó el intenso tufo del vómito. Silencio estaba retorcido en el suelo, con las manos en el vientre distendido. Estaba tiritando, empapado de sudor, y tenía la piel muy pálida. Había mierda y vómito a su alrededor.

Inmóvil bajo el Sol brillante, fuera de la cabaña, con el rostro duro, Agria estaba sonriendo.

Silencio tardó un mes en morir.

Aquello casi acaba con Madre.

Su instintiva comprensión de la causalidad la había traicionado. En aquella emergencia esencial, no funcionaba nada. Había enfermedades que se podían tratar. Si cogías una pierna rota, le devolvías su forma natural y la vendabas, a menudo volvía a quedar tan bien como antes. Si frotabas las mordeduras de los insectos o las heridas de ciertas plantas, podías extraer el veneno. Pero no había nada que ella pudiera hacer con aquella extraña consunción, para la que ni siquiera existía una palabra.

Le trajo las cosas a las que más cariño le tenía: un trozo de madera nudosa, los trozos de pirita, hasta una extraña piedra piramidal que en realidad era un ammonite fosilizado de trescientos millones de años de antigüedad. Pero él se limitaba a tocar los juguetes con los ojos apenas abiertos, o a ignorarlos por completo.

Llegó un día en que ni siquiera pudo levantarse de su jergón. Ella lo acunaba en brazos y le cantaba nanas sin palabras, como había hecho cuando era un niño. Pero la cabeza del pequeño caía a un lado, inerte. Trataba de meterle comida en los labios, pero tenía los labios azules y la boca helada. Hasta se llevó aquellos labios fríos al pecho, pero no había leche.

Finalmente llegaron los otros.

Se resistió y trató de echarlo, convencida de que si lo intentaba un poco más, si lo deseaba un poco más, él sonreiría, extendería las manos hacia sus juguetes y saldría corriendo a la luz. Pero la enfermedad de su hijo le había costado las fuerzas y la apartaron con facilidad.

Los hombres abrieron una fosa en el suelo, fuera del campamento. El cuerpo cada vez más rígido del chico se dejó allí, hecho un ovillo, y lo cubrieron rápidamente con la tierra del agujero. No quedó de él más que una franja de tierra de color diferente.

Fue una ceremonia funcional, pero al menos fue una ceremonia. La gente llevaba ya tres mil años inhumando los cuerpos. En el pasado había sido un medio esencial de disponer de los desechos: cuando uno podía llorar a viejo en el mismo lugar en que nacía, era esencial mantenerlo limpio. Pero ahora la gente se había vuelto nómada. El pueblo de Madre se marcharía pronto de allí. Podrían haber dejado el cuerpo a los carroñeros, los perros y las aves y los insectos. ¿Qué diferencia iba a haber? Pero, a pesar de ello, lo habían enterrado, como hacían siempre. Había terminado por parecerles lo normal.

Pero nadie pronunció palabra alguna, no dejaron nada que señalara el lugar, y todos se desperdigaron rápidamente. La muerte era tan absoluta como siempre había sido allá en el pasado remoto de los homínidos y los primates: la muerte era el final, la terminación de la existencia, y aquellos

que la sufrían se volvían tan insignificantes como el rocío evaporado y sus mismas identidades se perdían en el olvido trascurrida una sola generación.

Pero para Madre no era así. No, no lo era.

En los días que siguieron a aquel fin brutal y aquella eficiente inhumación, regresó una vez tras otra al lugar que contenía los huesos de su hijo. Aun cuando la tierra empezó a perder color y la hierba empezó a crecer sobre ella, siguió recordando exactamente dónde habían estado los bordes irregulares de la fosa y era capaz de imaginar cómo debía estar tendido, allí, bajo tierra.

No había razón para su desaparición. Esto era lo que la atormentaba. Si lo hubiera visto caer, o ahogarse, o ser aplastado por las manadas, entonces habría comprendido por qué había muerto y puede que lo hubiera aceptado. Sí, había visto a muchos sucumbir a las enfermedades. Había presenciado muchas muertes provocadas por causas que nadie podía nombrar y mucho menos tratar. Pero eso solo empeoraba las cosas: si alguien tenía que morir, ¿por qué precisamente Silencio? Y si era el azar ciego el que lo había matado —si alguien tan cercano podía desaparecer de forma tan arbitraria —, es que podía ocurrirle a ella, en cualquier momento, estuviera donde estuviera.

Era inaceptable. Todo tenía su causa. Así que debía de haber una causa para la muerte de Silencio.

Sola, obsesionada, se retrajo al interior de sí misma.

II

Poco después de los tiempos de Guijarro y Arpón se había producido una era interglaciar, un intervalo de climas templados en los largos milenios dominados por el hielo. Los casquetes polares se habían fundido parcialmente, y el nivel de las aguas había ascendido, inundando las tierras

bajas y deformando el contorno de las costas. Pero, doce mil años después de la muerte de Guijarro, aquel prolongado verano llegó a su fin. Repentinamente, llegó un invierno feroz. El hielo empezó a avanzar de nuevo. A medida que el hielo absorbía la humedad del aire, fue como si el planeta estuviera inhalando una gran bocanada de aire seco. Menguaron los bosques, se extendieron los pastizales y la desertización se extendió una vez más.

El Sahara, resguardado a la sombra del Himalaya, no era todavía un desierto. En su interior había amplios lagos alargados: lagos, en el Sahara. Estas masas de agua crecían y menguaban, e incluso a veces llegaban a secarse del todo. Pero en sus momentos de abundancia estaban repletos de peces, cocodrilos e hipopótamos. Alrededor de las aguas se reunían los avestruces, las cebras, los rinocerontes, las jirafas, los búfalos y las diferentes especies de antílopes, junto a otros animales que una mirada moderna no habría asociado con el continente africano, como bueyes, ovejas, cabras y asnos.

Allí donde había agua, había caza y había gente. Aquel era el medio en el que vivía el pueblo de Madre. Pero era un lugar marginal, una sombra de vida, una pátina que podía llevarse el viento. Había que trabajar duro para sobrevivir.

Y la gente estaba aún muy dispersa.

Los humanos no habían salido todavía de África. En Europa y Asia, no existía otra cosa que los robustos y, en algunos sitios, las formas aún más antiguas, los flacos caminantes. América y Australia estaban todavía completamente vacías.

Incluso en África escaseaba la gente. Los pueblos de hábitos más nomádicos, basados en el comercio, inventado en su momento Arpón y los suyos, no se habían extendido de forma uniforme. Desde que salieran de los bosques, los homínidos habían sido susceptibles a la acción de los tripanosomas, de los parásitos que causaban la enfermedad del sueño, llevados por las nubes de moscas tse-tse que seguían a las manadas de ungulados por la sabana. Ahora estas enfermedades estaban extendiéndose. Las redes comerciales de la gente se habían convertido en un medio muy

eficiente para el intercambio de mercancías, innovaciones culturales y genes... pero también para la transmisión de patógenos.

Y, desde el punto de vista cultural, la inmovilidad era total.

Guijarro hubiera reconocido casi todo lo que había en el campamento de Madre. La gente seguía extrayendo lascas de piedra de núcleos preparados, y seguía cubriéndose el cuerpo con pieles atadas con trozos de cartílago o cuero. Hasta el lenguaje era aún un chapurreo informe de palabras concretas, utilizado para designar cosas, sensaciones, acciones, inútil a la hora de transmitir información compleja.

En setenta mil años, aquel pueblo —humanos con una fisiología e, incluso, un cerebro tan desarrollado como los de los humanos del siglo XX — no habían llevado a cabo una sola innovación en su tecnología o sus técnicas. Había sido una época de embrutecida pasividad, de asombrosa parálisis intelectual. Después de tanto tiempo, el hombre no era más que otro animal capaz de utilizar herramientas en su medio, como los castores o los pájaros carpinteros, poco más que un chimpancé. Y, paso a paso, estaba perdiendo la batalla por la supervivencia.

Faltaba algo.

Podía haberse marchado, haberse alejado caminando, sola.

¿Para qué vivir en un mundo sin Silencio?

Pero al final logró dejar atrás lo peor de la oscuridad.

Una vez más, volvió a recoger comida, a comer y beber. Tenía que hacerlo: de lo contrario, habría muerto. La suya no era una sociedad rica. Aunque podía ocuparse de los débiles, los enfermos y los viejos, no había energía que perder con quienes no querían ayudarse a sí mismos.

Siempre había sido una cazadora hábil y una recolectara sabia. De hecho, con las herramientas que inventaba, modificaba o improvisaba, era más eficaz que otros, más fuertes o más jóvenes que ella. Se recobró con rapidez. Pero la confusión de su cabeza no se disipó.

Nunca supo qué fue lo que le dio el primer impulso para hacer las marcas en la roca.

Ni siquiera fue algo consciente. Estaba sentado junto a un afloramiento de arenisca blanda, con un rayador de basalto en la mano; había estado preparando un pellejo de cabra. Y allí, grabadas con pulcritud en la roca, había un par de líneas en zigzag, paralelas y perfectas.

Al principio las marcas la confundieron. Pero entonces vio los granos de tierra que había en el suelo, debajo de ellas. En su mente se produjo la conexión causal, como siempre, y comprendió. Sin darse cuenta, había utilizado el rayador; el rayador había hecho las marcas. Luego ella había hecho las marcas.

Lo que prendió la chispa de su interés fue que eran como las líneas de su cabeza.

Dejó el trozo de cuero en el que había estado trabajando y se arrodilló junto a la roca. Sentía una extraña excitación. Dio la vuelta al rayador para utilizar una punta nueva y trazó una línea. Logró dibujar una pulcra espiral, alrededor de un centro vacío. No era tan clara y brillante como las formas de su cabeza; su trazado era torpe, la profundidad de la línea era variable y la curva, desmañada y angulosa.

Así que volvió a intentarlo. Siempre había tenido mano para tallar herramientas de piedra, madera o hueso. Esta vez la espiral fue un poco más suave, un poco más parecida al ideal que se escondía detrás de sus ojos. Así que lo intentó de nuevo. Y de nuevo y de nuevo, hasta que aquella roca anónima estuvo cubierta de espirales, volutas, espiras y líneas curvas.

Era como lo que veía cuando cerraba los ojos, sí. Fue como un milagro descubrir que era capaz de crear fuera de su cabeza las mismas formas que veía dentro.

Más tarde se le ocurrió la idea de utilizar ocre.

La gente seguía utilizando el mineral de hierro rojo como tinte para marcarse la piel con símbolos tribales, al igual que había hecho en tiempos de Guijarro. Madre experimentó con la sustancia y descubrió que era mucho más fácil pintar con ella sobre la roca que utilizar un rayador. Y además, podía aplicarse también a otras superficies. Muy pronto, sus brazos y sus piernas, y los pellejos que llevaba sobre los hombros, y sus

herramientas y raederas de hueso, madera y piedra, estuvieron cubiertos de volutas, espirales y líneas en zigzag.

Fue la flor lo que hizo germinar la fase siguiente de su peculiar desarrollo.

Era una especie de girasol: no era espectacular, sus semillas no eran ni sabrosas ni venenosa y no tenía gran interés. Pero sus pétalos rodeaban una espiral de color amarillo que se colapsaba sobre un corazón central de color negro. Lanzó un grito de sorpresa al reconocer la flor.

Después de eso, empezó a ver formas por todas partes: las espirales de los caparazones y los conos, las celosías de los panales, hasta los espectaculares zigzags de los rayos que cruzaban el cielo durante las tormentas. Era como si el oscuro contenido de su cabeza fuera un mapa del mundo exterior.

La primera que trató de emularla fue una chica.

Madre la vio pasar, con un conejo sobre el hombro... y una espiral de color carmesí en la mejilla, debajo del ojo. Luego fue Retoño, con líneas sinuosas a lo largo de los brazos.

Después empezaron a aparecer las líneas y curvas por todas partes, extendiéndose como un sarpullido por todo el campamento y por los cuerpos de la gente. Cuando inventaba un nuevo diseño, una celosía o una serie de curvas, no tardaba en ser copiado, e incluso desarrollado, en especial por parte de los jóvenes.

Era fuente de una extraña satisfacción. La gente ya no la evitaba. Estaban copiándola. Se convirtió en una especie de líder, algo que nunca había sido.

Pero su nuevo estatus no complacía tanto a Agria. Ella guardaba las distancias con Madre. De hecho, las dos mujeres apenas se habían mirado desde la muerte del muchacho.

Sin embargo, ninguno de los diseños, hechos por ella o por los demás, se aproximaba a la luminosa perfección de los que recorrían su cabeza en silencio. Llegó a un punto en que casi hubiera deseado que volviera el dolor, para poder volver a verlos.

A veces, los cambios experimentados por su consciencia la asustaban. ¿Qué significaba todo aquello? Instintivamente, buscó conexiones: era su naturaleza. Pero, ¿qué conexión podía haber entre un destello de luz en su ojo y una tormenta en el cielo? ¿Era la tormenta la causante de la luz de su cabeza o viceversa?

La vida, los interminables ciclos de la respiración, la recolección de comida, la salida del Sol y la Luna, el lento declinar del cuerpo, continuó. Y conforme pasaban los meses, Madre se fue hundiendo en la peregrinidad de sus percepciones. Estaba empezando a ver conexiones por todas partes. Era como si el mundo estuviera recorrido por una urdimbre de causas, como las hebras de una vasta e invisible telaraña. Se sentía como si estuviera disolviéndose, como si su sentido del yo estuviera disipándose.

Pero en sus vagabundeos interiores se aferraba al recuerdo de su hijo, un recuerdo que era como un dolor incesante, como el muñón de un miembro amputado.

Y, poco a poco, la muerte de Silencio empezó a parecerle el eje de todas aquellas hebras causales.

Sin mediar palabras se alcanzó el consenso de que el campamento debía levantarse. El pueblo se preparó para emprender la marcha.

Madre fue con ellos. Retoño y algunos otros dieron muestras de alivio. Algunos habían temido que insistiera en quedarse junto al agujero en la tierra que contenía los huesos de su hijo.

Tras una larga marcha, llegaron a un nuevo campamento, cerca de un lago rodeado por una corona de fango. Montaron sus cabañas de pieles y prepararon sus jergones. Pero la sequedad era la misma y la vida seguía siendo dura, y los niños y los ancianos sufrían.

Un día, Retoño trajo a Madre la cabeza de un avestruz joven. Le habían cortado el cuello a la distancia de una mano desde la mandíbula y la cabeza estaba limpiamente ensartada en la lanza.

Alcanzar a un avestruz a la carrera, apuntar a la minúscula cabeza de un ave corredora a cincuenta o setenta metros y hacer blanco era una auténtica

proeza. Tras meses de práctica, Retoño y los demás cazadores jóvenes habían aprendido a utilizar sus lanzadores con asombrosa precisión, lo que les permitía abatir sus presas a distancias sin precedentes. El invento de Madre era poderoso. Con creciente confianza, los cazadores habían empezado a adentrarse más en la sabana y muy pronto los animales de presa de las llanuras aprenderían a temerlos. Fue como si, de repente, alguien les hubiera dado armas de fuego.

Aquel día, Retoño parecía ensoberbecido por su captura. Frente a la mujer que le había enseñado a utilizar el lanzador de venablos, imitó su movimiento al arrojar su arma, cómo se había doblado y había salido despedida con presión hacia su objetivo.

—Ave rápida, rápida —dijo, pisoteando el suelo repetidamente—. Corre rápida. —Se señaló a sí mismo—. Yo. Yo. Escondo. Roca. Ave rápida, rápida. Lanza... —Emergió de un salto de detrás de su roca invisible y, una vez más, con aire triunfante, imitó la acción del lanzamiento.

Últimamente, Madre tenía poco tiempo para los demás. Sus nuevas percepciones la absorbían cada vez más. Pero toleraba a Retoño, que era lo más parecido a un amigo que tenía. Escuchó su jerigonza sin demasiada atención.

—Viento arrastra olor. Olor llega avestruz. Avestruz corre. Ahora, aquí. Mueve, mueve, esconde. Viento lleva olor. Avestruz aquí, viento allí, viento lleva olor lejos...

Su lenguaje era como una especie de jerga. Las palabras eran sencillas, meros sustantivos verbos y adjetivos sin conjugación ni concordancia. Para dar énfasis se recurría todavía a la repetición y la mímica. Y con tan poca estructura era imposible establecer convenciones: el hecho de que no hubiera dos personas, ni siquiera dos hermanos, que hablaran del mismo modo, no contribuía precisamente a facilitar la comunicación.

Pero a pesar de todo, ahora Retoño utilizaba oraciones ocasionalmente. Era una costumbre que había adquirido de Madre. Cada oración era una construcción genuina de sujeto, verbo y objeto. El proto-lenguaje de su pueblo estaba desarrollándose rápidamente alrededor de esta semilla de estructura. Ya había tenido que inventar los pronombres —yo, tú, él, ella—

y formas diferentes de expresar las acciones y sus consecuencias: yo maté, yo estoy matando, yo no maté... Eran capaces de expresar comparaciones y negativas y de explorar alternativas. Podían discutir entre ir hoy al lago, o no ir, recurriendo a todo en un universo de palabras, cuando en el pasado tendrían que haber hecho directamente una de las dos cosas o dividirse en facciones.

Todavía no era un idioma de verdad. Pero era un comienzo, y estaba creciendo deprisa.

En cierto sentido, Madre había descubierto, no inventado, la estructura oracional básica. Su lógica profunda reflejaba la profunda capacidad de comprensión del mundo de que gozaban los homínidos —un mundo de objetos con propiedades— que a su vez representaba una arquitectura neural más profunda común a todos los mamíferos. Si un león o un elefante hubiera podido hablar, lo habría hecho de aquel modo. Aquella estructura central sería compartida por casi toda la miríada de lenguas humanas que aparecerían en las eras futuras, un molde universal que reflejaba la causalidad esencial del universo y la percepción humana de este. Pero había hecho falta el oscuro genio de Madre para darle forma a esta arquitectura profunda, así como para inspirar la superestructura lingüística que no tardaría en seguirla.

Y había llegado el momento de dar otro paso.

Retoño dijo algo que le llamó la atención.

—Lanza mata ave —dijo excitadamente—. Lanza mata ave, lanza mata ave...

Madre frunció el ceño.

—No, no.

Él se detuvo en mitad de frase. Absorto en su exhibición, casi había olvidado que ella estaba allí.

—Lanza mata ave. —Imitó el vuelo de la lanza. Incluso recogió la cabeza del avestruz y movió la mano hacia ella en un arco, igual que había volado su lanza, precisa y letal.

—¡No! —replicó ella con voz tajante. Se levantó y le cogió la mano—. Tú levanta mano. —Le puso el lanzador en la mano casi con violencia—.

Mano empuja palo. Palo empuja lanza. Lanza mata ave.

Él retrocedió, desconcertado.

—Lanza mata ave. —*¿No es eso lo que yo había dicho?*

Irritada, volvió a enseñárselo.

—Tú levanta mano... Lanza mata ave. Tú mata ave. —Existía una cadena causal, pero la intención residía en un solo lugar: la cabeza de Retoño. Para Madre estaba claro. Él había matado al pájaro, no la lanza. Le dio un golpecito en la cabeza. *Aquí es donde murió el pájaro, idiota. Dentro de tu cabeza. El resto son minucias.* Discutieron un rato, pero la confusión de Retoño fue en aumento. El júbilo infantil que la cacería le había proporcionado estaba desapareciendo ahora que su jactancia había degenerado en aquella peculiar discusión filosófica.

Entonces, una cuchillada de dolor atravesó las sienes de Madre, tan brusca y fuerte como debía de haber asaltado el venablo de madera endurecida de Retoño la cabeza del desgraciado avestruz. Cayó de rodillas, con los puños en las sienes.

Pero entonces, de repente, en aquel instante de dolor, pudo ver una nueva verdad.

Imaginó la lanza volando, como el brillante relámpago de su cabeza, atravesando el cráneo del ave y extinguiendo su vida. Ella sabía que Retoño la había lanzado. Él había deseado la muerte del ave y todo lo demás era irrelevante.

Pero, ¿y si no hubiera visto a Retoño al arrojar su lanza? ¿Y si hubiera estado oculto tras una roca o un árbol? ¿Habría creído que la lanza era la causa última, que la lanza había tenido el propósito de matar al pájaro? No, claro que no. El hecho de que no pudiera ver toda la cadena causal, no quería decir que no existiera. Si veía volar la lanza, sabría que alguien tenía que haberla arrojado.

Su peculiar forma de ver el mundo, la telaraña de causas que se extendía por todo él, y por su pasado y su futuro, avanzó un paso más. Si moría un avestruz, un cazador tenía que haberlo deseado. Y si moría una persona, tenía que haber un culpable. Tan sencillo como eso. Lo vio instantáneamente, lo comprendió a un nivel profundo e intuitivo que iba

más allá de las palabras, mientras en su compleja consciencia, en constante proceso de rápido desarrollo, se abrían nuevas conexiones.

La lógica era clara, abrumadora. Pasmosa. Reconfortante.

Y sabía cómo tenía que responder a este nuevo conocimiento.

De pronto se dio cuenta de que Retoño estaba arrodillado a su lado, sosteniéndola por los hombros.

—¿Herida? ¿Cabeza? Agua. Duerme. Ven... —La cogió del brazo y trató de ayudarla a incorporarse.

Pero el dolor había venido y se había ido en un instante, como un meteorito, dejando un rastro de conexiones destrozadas y rehechas en su mente. Se levantó, lo apartó de un empujón y se encaminó al asentamiento. Ahora solo había una persona a la que necesitara, solo había una cosa que tuviera que hacer.

Agria estaba en su cabaña, una estructura tosca de hojas de palmera, dormitando al abrigo del calor del día.

Madre se detuvo sobre ella. Llevaba en los brazos una enorme roca, la más grande que podía sostener; la acunaba como en su día había acunado a Silencio.

Nunca había olvidado el día que Silencio había empezado a enfermar. Ese día todo había cambiado para ella, como si la tierra hubiera pivotado a su alrededor, como si las nubes y las rocas hubieran intercambiado su lugar. Y tampoco había olvidado la media sonrisa de Agria. *Si yo no puedo tener un hijo propio*, estaba diciéndole, *me alegro de que tú pierdas al tuyo.*

Ahora lo veía todo con claridad. La muerte de Silencio no había sido casual. En el universo de Madre, nada ocurría por casualidad: ya no. Todo estaba conectado; todo tenía significado. Era la primera teórica de la conspiración.

Y la primera persona a la que había incriminado era su único pariente vivo. Madre no sabía cómo había cometido Agria el crimen. Puede que hubiese sido una palabra, una mirada, un contacto, alguna forma sutil, algún arma invisible que hubiera acabado con la vida del niño, tan implacable como una lanza de madera tallada. Pero el cómo no importaba. Lo único que importaba ora que ahora sabía a quién debía culpar.

En el último momento, perturbada por los movimientos de Madre, Agria despertó. Y vio la roca que caía sobre su cabeza. Su mundo terminó, extinguido tan rotunda y repentinamente como la Tierra del Cretácico por la Cola del Diablo.

El cerebro homínido, estimulado por la necesidad creciente de desarrollar una inteligencia cada vez más poderosa, alimentado por una dieta rica en grasas, había crecido con rapidez. Era más complejo que cualquier ordenador construido jamás por el hombre. En el interior de la cabeza de Madre había cien mil millones de neuronas, interruptores bioquímicos interactivos, un número comparable al de las estrellas del universo. Pero cada uno de aquellos interruptores era capaz de adoptar cien mil posiciones diferentes. Y aquella obra maestra de asombrosa complejidad estaba bañaba en un fluido que incluía más de un millar de productos químicos, que podían variar en función del tiempo, la estación del año, la dieta, el estrés, la edad y un centenar de factores más, cada uno de los cuales podía afectar al funcionamiento de los interruptores.

Antes de Madre, las mentes de la gente estaban compartimentadas, de tal modo que la consciencia sutil quedaba restringida a los aspectos sociales de su existencia, mientras que otros módulos, especializados, se encargaban de funciones tales como la fabricación de herramientas y la respuesta al medio, lo mismo que a funciones fisiológicas más básicas como la respiración. Las diversas funciones del cerebro se habían desarrollado, hasta cierto punto, en un estado de aislamiento mutuo, como subrutinas diferentes y no unidas por un programa maestro.

El conjunto, este ordenador bioquímico de inmensa complejidad, era no obstante, provisional, casi improvisado. Y propenso a la mutación.

Las diferencias físicas entre el cerebro de Madre y los de la gente que la rodeaba eran minúsculas, consecuencia de mutaciones menores, de pequeños cambios en la composición química de la grasa de su cerebro, de leves modificaciones de su circuitería neuronal que apuntalaba su consciencia. Pero bastaban para darle una nueva flexibilidad a su

pensamiento, representaban el salto cualitativo entre los diferentes compartimientos de su inteligencia y una percepción inmensamente diferente.

Pero la modificación completa de un ordenador orgánico de tan inmensa complejidad tenía efectos secundarios, no todos ellos deseables.

No eran solo las jaquecas. Madre estaba sufriendo lo que podría haberse calificado como una especie de esquizofrenia. La muerte de su hijo había desencadenado los síntomas. Hasta en este primer florecimiento de la creatividad humana, Madre prefiguraba a muchos de los genios deficientes que iluminarían, y ensombrecerían, la historia del hombre en las generaciones que todavía albergaba el futuro.

No existía cuerpo de policía allí. Pero los asesinos no eran bien recibidos en una comunidad tan pequeña y estrecha. Así que fueron a buscarla.

Pero había desaparecido.

Sola, caminaba por la sabana, de regreso al lugar en el que habían acampado la última vez, el barranco seco. La tierra estaba tan cubierta de maleza y pisoteada que seguramente solo ella fuera capaz de encontrar el lugar exacto.

Arrancó la vegetación, la hierba y la maleza. Luego sacó un palo para excavar y, al igual que Guijarro con los ñames tanto tiempo atrás, empezó a golpear la tierra.

Finalmente, más o menos a un metro de profundidad, topó con el blanco del hueso. El primer fragmento que extrajo fue una costilla. A la áspera luz de la mañana, despojada de toda la carne y la sangre, era tan blanca que casi refulgía. La atroz eficacia de los gusanos la dejó asombrada. Pero no eran las costillas lo que buscaba. Dejó caer el hueso y hundió las manos en el suelo. Sabía dónde buscar, recordaba hasta el último detalle de aquel terrible día, cuando habían llevado el cuerpo de Silencio a aquel pedazo de tierra, cómo había caído, con la cabeza y los miembros fláccidos y las manchas de excrementos todavía frescas en sus flacas piernas.

No tardó mucho en encontrar la cabeza.

Levantó el cráneo, con las cuencas vacías hacia sí. Un jirón de cartílago mantenía todavía la mandíbula en su lugar, pero justo en ese momento cedió y la mandíbula se abrió, como si el niño descarnado estuviera tratando de decirle algo. Pero entonces la sonrisa siguió ensanchándose de forma grotesca y un rollizo gusano salió arrastrándose por donde antes estaba la lengua y la mandíbula cayó al fin al suelo, sobre la tierra.

No importaba. No necesitaba una mandíbula. ¿Qué eran unos pocos dientes? Escupió sobre el cráneo y le limpió la tierra con la palma de la mano. Lo acunó canturreando.

Cuando regresó al lago, la gente estaba esperándola. Estaban todos allí, todos salvo los más jóvenes y las madres que tenían bebés. Algunos de los adultos llevaban armas —cuchillos de piedra, lanzas de madera— como si Madre fuera un elefante extraviado que pudiera volverse en cualquier momento contra ellos. Pero había entre ellos tanta gente consternada como abiertamente hostil. Allí estaba Retoño, por ejemplo, con el lanzador de venablos colgado del hombro y los pálidos ojos nublados al observar a la mujer que tanto le había enseñado. Muchos de ellos incluso llevaban en la piel o en la ropa las marcas que ella les había inspirado.

El único hijo superviviente de Agria era una chica de trece años. Siempre había tenido una cierta tendencia a la gordura, que se había afianzado ahora que empezaba a convertirse en una mujer. Sus pechos eran ya voluminosos, bamboleantes. Y su tez era de un extraño color entre pardo y amarillento, como la miel, legado de un encuentro fortuito con otro grupo de vagabundos, gente del norte, hacía ya un par de generaciones. La niña, Miel, la sobrina de Madre, la miró con cólera y asombro, y el rostro cubierto de lágrimas.

Hostiles, tristes, pesarosos o confundidos, ninguno de ellos sabía muy bien qué hacer. Al reconocer aquella incertidumbre, Madre sintió una especie de calidez interior. Sin necesidad de gritar, sin utilizar la violencia, sin siquiera un mero gesto, se había hecho con el control de la situación.

Levantó el cráneo y dirigió sus ojos vacíos a la gente. Todos se encogieron, pero la mayoría parecía más confundida que aterrorizada. ¿Qué significaba aquel viejo cráneo?

Pero una chica se volvió, como si el cráneo estuviera dirigiéndole una mirada acusadora. Flaca y vivaz, tenía catorce años y unos ojos muy grandes. La chica, Ojos, lucía en el brazo un dibujo en espiral especialmente intrincado, trazado con ocre. Madre tomó nota de su reacción.

Un hombre se adelantó. Era un sujeto enorme y de terrible temperamento, como un buey acorralado. Buey señaló la cabaña de Agria.

—Muerta —dijo. Señaló a Madre con su hacha—. Tú. Cabeza. Roca. ¿Por qué? Por mucho que tuviera la situación bajo control, Madre sabía que lo que dijera ahora determinaría todo su futuro. Si la expulsaban del campamento, no viviría mucho tiempo.

Pero estaba tranquila.

Miró al cráneo y sonrió. Entonces señaló la cabaña de Agria.

—Ella mata niño. Ella mata él.

Buey entornó la mirada. Si era cierto que Agria había matado al niño, el acto de Madre estaría justificado. Nadie le negaría a una madre, o incluso a un padre, el derecho a vengar a su hijo.

Pero entonces Miel se adelantó.

—¿Cómo, cómo, cómo? —Tratando de hacerse entender, sacudiendo el grueso vientre, fingió que apuñalaba a alguien, que lo estrangulaba—. No mata. No toca. ¿Cómo, cómo, cómo? Niño enfermo. Niño muere. ¿Cómo, cómo? —*¿Cómo se supone que ha hecho mi madre eso que dices?*

Madre levantó la mirada hacia el Sol, que presidía una despejada cúpula de cielo blanco y azul.

—Calor —dijo, secándose la frente-. Sol calor. Sol no toca. Ella no toca. Ella mata. —*Acción a distancia. El Sol no necesita tocar vuestra carne para calentaros. Y Agria no necesitó tocar a mi hijo para matarlo.*

Ahora había miedo en sus caras. Había montones de asesinos invisibles e incomprensibles en sus vidas. Pero la idea de que una persona pudiera controlar estas fuerzas era nueva y aterradora.

Madre se obligó a esbozar una sonrisa.

—Seguros. Ella muerta. Ahora seguros. —*La maté por vosotros. Maté al demonio. Confiad en mí.* Levantó el cráneo y lo acarició—. Él dice. —Y

así había sido.

Buey le lanzó una mirada ceñuda. Gruñó, pateó el suelo y le señaló el pecho con el hacha.

—Niño muerto. No dice. Niño muerto.

Madre sonrió. Acunó el cráneo del niño entre sus brazos, como si fuera la cabeza de un bebé. Y, mientras ellos la miraban, sin saber si dar crédito a sus palabras, pudo sentir cómo se expandía su poder.

Pero Miel no estaba dispuesta a aceptarlo. Llorando, farfullando de forma ininteligible, se abalanzó sobre ella. Pero las mujeres la contuvieron.

Madre se alejó hacia su cabaña. La gente se apartó a su paso, con los ojos muy abiertos.

III

La sequedad se intensificó. Los días calurosos y despejados se sucedían uno tras otro. La tierra se resecó con rapidez y los arroyos se convirtieron en minúsculos regueros de agua marrón. Las plantas se agostaron, aunque todavía había raíces que podían desenterrarse si se tenía el ingenio y la fuerza suficientes. Los cazadores tuvieron que extender sus correrías en busca de carne, cruzando áridas extensiones de tierra reseca y quebrada.

Era gente habituada a vivir al aire libre, con la tierra, el cielo y el aire. Era sensible a los cambios en el mundo circundante. Y todos ellos supieron enseguida que la sequía estaba empeorando.

Sin embargo, paradójicamente, la sequía acarreó un beneficio inesperado, al menos por algún tiempo.

Al cumplirse treinta días de sequía, el grupo levantó el campamento y se dirigió al lago más grande de la zona, una gran masa de agua dulce que sobrevivía a todas las estaciones secas salvo las más duras. Allí encontraron a los herbívoros: elefantes, bueyes, antílopes, búfalos y caballos. Impelidos

y distraídos por la sed y el hambre, los animales se agolpaban a las orillas del lago, tratando de llegar al agua. Sus patas y cascos habían convertido el perímetro del lago en una cuenca fangosa y pisoteada en la que no podía crecer nada. Pero algunos de ellos ya estaban cayendo: los viejos, los más jóvenes, los débiles, los que tenían menos reservas para enfrentarse a aquel período de penurias.

Los humanos se establecieron allí para esperar, junto con los demás carroñeros. Había otras bandas de humanos allí, e incluso gente de otras especies, los torpes y lentos, de frente prominente, que a veces se avistaba en la distancia. Pero el lago era grande. No había necesidad de entrar en contacto ni de enfrentarse unos con otros.

Por algún tiempo, la vida se tornó más sencilla. Ni siquiera había que cazar. Los herbívoros caían muertos en el sitio y uno no tenía más que aproximarse y tomar lo que necesitara. La competición con los demás carnívoros no era demasiado intensa, porque había de sobra para todos.

La gente no tenía necesidad de llevarse los animales enteros: la carne de, por ejemplo, un elefante caído, era más de la que podían consumir antes de que se echara a perder. Así que solo se llevaban las mejores tajadas: la trompa, las deliciosas patas, ricas en grasa, el corazón y el hígado y el tuétano de los huesos. El resto lo abandonaban a los carroñeros menos selectivos. Algunas veces topaban con un animal que todavía no había muerto pero que estaba demasiado débil para sobrevivir. Si le dejabas vivir, el animal era una despensa de carne fresca para los carnívoros, al menos mientras siguiera vivo.

Así que los animales caían y su carne se consumía y sus huesos eran desperdigados y pisoteados por los supervivientes, hasta que el margen fangoso que rodeaba el menguante lago estuvo tapizado de resplandecientes fragmentos blancos.

Pero la sequía no era un desastre para la gente. Aún no.

Madre se había trasladado al lago. Por muy notable que fuera la trayectoria interna que estaba siguiendo, aún tenía que comer para seguir viva y el único modo de hacerlo era seguir con el grupo.

Pero poco a poco, sutilmente, la vida había empezado a tornarse más fácil para ella.

Nada crecía tan cerca de aquel lodazal y, con la prolongación de la sequía, los elefantes y otros herbívoros habían demolidos los árboles en un radio cada vez más amplio y el pueblo tenía que alejarse más y más en busca de materia prima para sus fogatas, jergones y cabañas.

Madre recibió ayuda. Ojos, la chica vivaz de la expresión intensa a quien tanto había impresionado la mirada de Silencio, llegaba con los flacos brazos cargados de madera seca para ella. Madre la aceptaba sin decir nada. Luego, Ojos se sentaba a su lado y la observaba mientras hacía sus marcas en la tierra. Al cabo de un tiempo, Ojos se unió a ella.

Uno de los jóvenes la rondaba. Era un muchacho de dedos largos que, extrañamente, parecía enorgullecerse de su hábito de consumir insectos. El joven, Hormiguero, se burló de Madre y trató de llevarse a Ojos a la fuerza. Pero Ojos se resistió.

Poco después, Madre desarraigó un arbolillo joven, lo clavó en la tierra y colocó sobre él el cráneo vacío de Silencio. La siguiente ocasión en que Hormiguero se acercó buscando a Ojos, topó de frente con la mirada colérica de Silencio. Se alejó sollozando.

Después de esto, con el cráneo vigilándola día y noche, el poder y la autoridad de Madre parecieron crecer.

Muy pronto, no fue Ojos la única que le traía comida y madera, sino varias mujeres. Y cuando se aproximaba al agua, hasta los hombres se apartaban a regañadientes y dejaban que escogiera los bocados mejores en la última víctima de la sequía.

Todo era a causa de Silencio, por supuesto. Su hijo estaba ayudándola, a su propia, sutil y característicamente silenciosa manera. Como agradecimiento, dejó sus juguetes favoritos junto a la base del poste: trozos de pirita y aquel pedazo de madera nudosa. Hasta empezó a traerle comida: carne de la pantorrilla de los elefantes, bien cocinada y mascada por su madre, como hacía cuando era pequeño. Siempre, al despuntar el alba, la comida había desaparecido.

No era ninguna estúpida. Sabía que Silencio no estaba vivo en un sentido físico. Pero tampoco estaba muerto, vivía de otra forma, una forma más sutil, más dispersa. Puede que estuviera en los animales que devoraban la comida que dejaba para él. Puede que en el jergón que la acogía cuando dormía. Puede que en los corazones de la gente que le traía la comida. No le importaba el cómo. Le bastaba saber, como ahora sabía, que la muerte solo era una fase, como el nacimiento, como la aparición del vello corporal, como el marchitar de la vejez. No había nada que temer de ella. El dolor que la había atormentado había desaparecido. Cuando se tumbaba en su jergón, sola en la oscuridad, se sentía tan próxima a Silencio como cuando era un bebé aferrado a su pecho.

Estaba esquizofrénica, desde luego. Puede que hubiera perdido la cordura. Nadie hubiera podido decirlo; en todo el mundo solo existía un puñado de personas como ella, solo había unas pocas criaturas dotadas de una luz tan audaz, y no tenía sentido hacer comparaciones.

Pero, loca o no, era más feliz de lo que había sido desde hacía mucho tiempo. E, incluso en aquella época de sequía, estaba ganando peso. Desde el punto de vista de la simple supervivencia, estaba demostrando más eficacia que sus compañeros.

Su demencia —si es que era demencia— era adaptación.

Un día Ojos apareció con algo nuevo.

Empezó a hacer marcas diferentes sobre un pedazo de piel de elefante alisada. Al principio eran muy toscas, meros garabatos de ocre y hollín en una piel polvorienta. Pero Ojos perseveró, tratando de replicar en el ocre o la piel lo que veía en su cabeza. Al observarla, Madre reconoció en ella algo de sí misma, los primeros y dolorosos tiempos, cuando luchaba por sacar de su cabeza su extraño contenido.

Y entonces entendió lo que Ojos estaba tratando de hacer.

En aquel jirón de piel de elefante, estaba dibujando un caballo. Era un dibujo tosco, infantil incluso, de trazo torpe y anatomía distorsionada. Pero no era una forma abstracta, como las líneas paralelas y las espirales que ella misma trazaba.

Para madre fue otro momento de estruendosa revelación, un instante en el que las conexiones se cerraron y su cabeza empezó a reconfigurarse de nuevo. Dando un grito, cayó al suelo y empezó a buscar su ocre y sus trozos de carbón. Sobresaltada, Ojos se encogió, temiendo haber hecho algo malo. Pero Madre, ignorándola, cogió un trozo de piel y empezó a garabatear y dibujar como ella.

Sintió el primer y premonitorio acceso de dolor, intenso como la luz del Sol, en la cabeza. Pero siguió trabajando a pesar del dolor.

Muy pronto, Ojos y ella habían cubierto las superficies que las rodeaban, las rocas, el hueso y la piel, e incluso la tierra reseca, de imágenes apresuradas de gacelas veloces y enormes jirafas, elefantes, caballos y antílopes.

Cuando los demás vieron lo que Ojos y Madre estaban haciendo, inmediatamente fascinados, trataron de imitarlas. Poco a poco, la nueva imaginería se extendió y por toda la pequeña comunidad aparecieron animales de ocre saltando y lanzas de hollín en vuelo. Fue como si una nueva capa de vida hubiera penetrado en el mundo, una superficie de la mente que cambiaba todo aquello que tocaba.

Para Madre, era un poder de nuevo cuño. Al reconocer que las formas que veía en su cabeza tenían su correspondencia en el mundo exterior, había empezado a entender que se encontraba en el eje de una red global de causalidad y control, como si el universo de la gente y los animales, las rocas y el cielo fuera solo un mapa de lo que había dentro de su imaginación. Y ahora, con aquella técnica nueva inventada por Ojos, había una forma nueva de expresar ese control, esas conexiones. Al coger el caballo de su cabeza y transferirlo, congelado, a una roca o un pedazo de piel, era como si se atribuyera su posesión para siempre, por mucho que el animal corriera, creyendo ser libre, por las resecas llanuras.

Las nuevas imágenes atemorizaron a muchos, al igual que quienes las habían producido. Madre era demasiado fuerte para ser desafiada; pocos se atrevían a afrontar la mirada vacía del cráneo del poste. Pero Ojos, su más próxima acólita, era una presa más fácil.

Un día acudió a Madre llorando. Tenía el pelo revuelto, manchas de barro por todo el cuerpo y los elaborados diseños que se había pintado sobre la piel estaban manchados y parcialmente borrados. Sus habilidades de comunicación seguían dejando bastante que desear y Madre tuvo que escuchar mucho tiempo su perifrástica jerigonza para entender lo que le había ocurrido.

Había sido Hormiguero, el chico que estaba interesado por ella. Había vuelto a acosarla. Al ver que no respondía a sus intentonas, había tratado de forzarla. Pero ella se había resistido. Así que la había arrastrado hasta el lago, la había arrojado al agua y la había cubierto de barro, tratando de borrar sus marcas.

Ojos la miró como si esperara consuelo, un abrazo, como una niña contrariada. Pero Madre se limitó a permanecer allí sentada, con el rostro impávido.

Entonces se acercó a su camastro y volvió con una fina raedera de piedra. Obligó a la muchacha a apoyar la cabeza en su regazo y, utilizando la herramienta, le cortó la mejilla. Ojos lanzó un grito y se apartó, confundida; se llevó la mano a la mejilla y contempló con espanto la sangre que manchaba sus dedos. Pero Madre la atrajo a la fuerza, la obligó a tenderse de nuevo y volvió a hacerle un corte, esta vez un poco más abajo del primero. Ojos se resistió un poco, pero se dejó hacer. Gradualmente, conforme el dolor la atravesaba, su cuerpo fue quedándose inmóvil, suelto.

Cuando Madre terminó, limpió la sangre y, con un poco de ocre, frotó las heridas que había hecho. Ojos gimió al sentir la picazón de la salina sustancia en su carne perforada.

Entonces Madre le cogió la mano.

—Ven —dijo—. Agua.

Guió a la remisa y estupefacta muchacha entre los herbívoros hasta llegar al lago. Se metieron en el agua y, chapoteando, hundidas hasta los tobillos en fango, avanzaron hasta que el agua les llego a las rodillas. Permanecieron allí hasta que se calmaron las ondas y las cenagosas aguas se remansaron a su alrededor.

Madre ordenó a Ojos que contemplara su reflejo.

Ojos vio una vivida espiral de color carmesí que partía de uno de sus ojos y recorría su mejilla. El rudimentario tatuaje todavía sangraba. Al echarse agua a la cara, la sangre desapareció, pero no la espiral. Abrió los ojos como platos y sonrió, aunque la flexión de los músculos hizo que las heridas le dolieran aún más. Ahora comprendía lo que Madre había hecho.

El tatuaje era una técnica que Madre había probado en sí misma. Era doloroso, sí, pero era el dolor —el dolor de su cabeza, el dolor por la pérdida de Silencio— el que había dado luz a las grandes transformaciones de su vida. El dolor era algo que había que celebrar, que había que recibir con los brazos abiertos. ¿Qué mejor modo de convertir a aquella chiquilla en uno de los suyos?

Cogidas de la mano, las dos mujeres regresaron a la orilla.

Un día implacable tras otro, la sequía continuaba.

El lago se convirtió en un cenagal húmedo en el centro de una cuenca de barro quebrado. Las deposiciones y los cadáveres de los animales contaminaban el agua pero la gente la bebía de todas maneras porque no tenía alternativa, y muchos de ellos sufrían diarreas y otros males. Entre los animales, continuaban las muertes. Pero ahora había poca carne fresca y los lobos, las hienas y los felinos eran feroces competidores por ella.

Las bandas, lo mismo de esbeltos que de frentes prominentes, se miraban unas a otras con desconfianza.

En el pueblo de Madre, la primera en morir fue una niña. La diarrea había agotado su cuerpo. Su madre se arrodilló sobre el pequeño cuerpo y se lo entregó a sus hermanas, quienes lo sacaron para enterrarlo. Pero la tierra estaba seca, compacta y la gente, que estaba muy débil, tuvo dificultades para excavarla. Al día siguiente murió otro, un anciano. Y al otro dos, dos niños más.

Fue después de eso, después de que empezaran a morir, cuando la gente empezó a volverse hacia Madre.

Se aproximaron a su jergón, con el brillante cráneo en su puesto. Se sentaron sobre el suelo polvoriento, miraron a Madre o a Ojos o a los

animales y los diseños geométricos que habían grabado estas por todas partes. Algunos de ellos empezaron a copiar las prácticas de Madre, dibujando las espirales y las estrellas y las líneas sinuosas en sus rostros y sus brazos. Y miraban las cuencas vacías de Silencio, como si creyeran que allí habrían de encontrar sabiduría.

La cuestión era el porqué. Madre había sido capaz de decirles por qué había muerto su hijo, de una enfermedad invisible a la que nadie le había puesto nombre. Había sido capaz de desenmascarar y castigar a Agria, la mujer que había provocado la muerte. Sin duda, si alguien podía saber por qué se abatía aquella sequía sobre ellos, esa era Madre.

Madre estudió aquella congregación mientras su mente trabajaba incansablemente y las ideas y conexiones se encendían y apagaban como chispazos. La sequía tenía una causa; por supuesto que sí. Detrás de toda causa había una intención, una mente, fuera visible o no. Y si había una mente, se podía negociar con ella. Después de todo, el pueblo ya había practicado el comercio durante setenta años.

Pero, ¿cómo se negocia con la lluvia? ¿Qué podía ofrecer su pueblo?

Y, solapadas con aquellos pensamientos, estaban sus sospechas sobre el pueblo. ¿Cuáles de ellos eran de confianza? ¿Quiénes hablaban de ella cuando no estaba presente? Incluso ahora, mientras le dirigían aquellas miradas de inconexa esperanza, estaban comunicándose de alguna forma, enviándose mensajes secretos con gestos, miradas, puede que incluso marcas en la tierra.

Al final, las respuestas se presentaron solas.

Buey, el hombre fornido y malhumorado que la había desafiado tras la muerte de Agria, vino a unirse a la congregación. La diarrea lo había debilitado.

Madre se levantó de repente y se aproximó a él. Retoño la siguió.

Buey, débil y enfermo, estaba sentado con los demás, como un triste despojo. Madre le puso una mano en la cabeza, con suavidad. Él levantó la mirada y ella le sonrió. Le indicó que la siguiera, Buey se levantó, torpe, mareado, tambaleándose. Pero dejó que Retoño lo guiara hasta el jergón de Madre. Una vez allí, Madre le indicó que se tendiera.

Cogió una lanza de madera que tenía la punta ennegrecida y cubierta de sangre, endurecida por el uso. Se volvió hacia el pueblo. Dijo:

—Cielo. Lluvia. Cielo hace lluvia. Tierra bebe lluvia. —Levantó la mirada hacia la cuenca despejada del cielo—. Cielo no hace lluvia. Enfadado, enfadado. Tierra bebe mucha lluvia. Sedienta, sedienta. Alimenta tierra.

Y, de un solo movimiento fluido, hundió la lanza en el pecho de Buey. Este se convulsionó y sus manos asieron la lanza. Empezó sangrar por la boca y un reguero de orina resbaló por sus piernas. Pero Madre removió la lanza con todas sus fuerzas y sintió que desgarraba los suaves órganos del interior. Sacudiendo los brazos, Buey cayó sobre el jergón y no volvió a moverse. Madre sonrió y sacó la lanza. La sangre siguió manchando la tierra. Se hizo el silencio. Hasta Retoño y Ojos la miraban, boquiabiertos.

Madre se inclinó y recogió un puñado de tierra pegajosa y empapada de sangre.

—¡Mira! Tierra bebe. Tierra bebe. —Y metió la tierra manchada en la media boca de su hijo; los dientecillos se mancharon de rojo—. Viene lluvia —dijo en voz baja—. Viene lluvia. —Y entonces se volvió y fulminó con la mirada a la gente, que seguía observándola.

Uno tras otro, intimidados por aquellos ojos, todos bajaron la mirada.

Miel, hija de Agria, quebró el encantamiento. Con un grito de desesperación, recogió un puñado de piedras y empezó a arrojárselas. No tenía buena puntería y las piedras cayeron al suelo sin hacerle nada. Miel echó a correr hacia el lago.

Madre la siguió con una mirada dura.

En su corazón, creía todo lo que había dicho, todo lo que había hecho. El hecho de que el sacrificio del pobre Buey hubiera servido a un principio político —pues era el que más abiertamente se había opuesto a ella— no perturbaba su creencia en sí misma y en sus acciones. La muerte de Buey había sido expeditiva, pero también apaciguaría a las lluvias. Sí, así era.

Dejando a Retoño para encargarse del cadáver, entró en su cabaña.

La lluvia no acudió a pesar del sacrificio. La gente esperó mientras los días áridos se sucedían y ni una sola nube interrumpía la claridad del cielo. Poco a poco, su inquietud fue en aumento. En concreto, Miel empezó a mostrar cada vez mayor desprecio por Madre, Ojos, Retoño y todos los que seguían con ellos.

Pero Madre se limitó a esperar, serena. Estaba convencida de que tenía razón, a fin de cuentas. Lo que ocurría era simplemente que la muerte de Buey no había bastado para aplacar al cielo y el suelo. Solo era cuestión de encontrar la mercancía apropiada para el intercambio. Estaba convencida de que lo único que necesitaba era paciencia, a pesar de que también a ella le colgaba la carne de los huesos.

Un día, Ojos vino a verla. La traía Hormiguero. A pesar de su estado penoso, se veía que querían emparejarse.

Hormiguero no se mostraba ya burlón, sino solícito. Y ahora debía de ser una especie de amor o misericordia lo que movía al joven, porque el tatuaje que Madre había tallado toscamente en la mejilla de Ojos se había infectado por culpa de las aguas estancadas del lago. La espiral apenas era visible bajo una masa de carne hinchada y supurante que cubría la mitad de la cara de la chica.

Pero Madre frunció el ceño. Aquella unión no estaría bien. Se levantó, cogió a Ojos de la mano y se la arrebató al consternado Hormiguero. Entonces, llevando a la chica de la mano entre la gente, buscó a Retoño. Estaba tumbado en el suelo, mirando el cielo vacío.

Madre arrojó a Ojos al suelo, a su lado. Retoño la miró, perplejo. Madre dijo:

—Tú. Folla. Ahora.

Retoño miró a Ojos, tratando de disimular la repulsión que le inspiraba. Aunque habían pasado mucho tiempo juntos en compañía de Madre, nunca había mostrado el menor interés sexual por Ojos, ni siquiera antes de que su rostro quedara desfigurado, ni ella por él.

Pero ahora Madre se daba cuenta de que debían unirse. Con Hormiguero habría estado mal; con Retoño estaría bien. Porque Retoño

comprendía. Se quedó allí, sobre ellos, hasta que las manos de Retoño se posaron sobre los pequeños pechos de la chica.

Un mes después de la muerte de Buey, un salvaje y agudo alarido despertó al pueblo. Era Madre. La mayoría de ellos, a quienes ya aterrorizaba la presencia de aquella mujer perturbadora, acudieron corriendo para ver qué nuevo horror se abatía sobre ellos.

Madre estaba arrodillada junto al arbolillo sobre el que había descansado todo ese tiempo el cráneo de su hijo. Pero ahora el cráneo estaba en el suelo, hecho pedazos. Madre acariciaba los trozos, aullando como si el niño hubiera muerto por segunda vez.

Ojos y Retoño permanecieron a cierta distancia, sin saber lo que Madre quería de ellos.

Madre, con los patéticos pedazos de cráneo en la mano izquierda, miró a su alrededor con mirada furiosa. Entonces su mano derecha se extendió como una flecha.

—¡Tú!

La gente se encogió de temor. Todas las cabezas se volvieron y siguieron la línea de su dedo. Estaba señalando a Miel.

—¡Aquí! ¡Ven, ven aquí!

Las papadas de Miel temblaban de terror. Trató de retroceder, pero la gente que la rodeaba la detuvo. Finalmente, Retoño se adelantó, la cogió de la muñeca y la llevó a rastras hasta Madre.

Madre le arrojó los fragmentos de cráneo a la cara.

—¡Tú! ¡Tú tiras piedra! Tú rompes niño.

—No, no, yo...

Madre continuó, con voz dura como la piedra:

—Tú detienes lluvia.

Miel profirió un gemido, tan aterrada como si aquello pudiera ser verdad, y un hilillo de orina empezó a resbalar por su muslo.

Esta vez, Madre ni siquiera tuvo que realizar el sacrificio personalmente.

La lluvia no empezó aquel día. Ni al siguiente. Ni al otro. Pero al tercer día tras la muerte de Miel, un trueno sacudió el cielo reseco. La gente

respondió con terror, un reflejo ancestral que databa de los tiempos en que Purga se acurrucaba en su madriguera. Pero entonces, la lluvia apareció al fin, un aguacero tan repentino que fue como si el cielo hubiera explotado de pronto.

La gente corría de acá para allá, riendo. Se dejaban caer al suelo, con la boca abierta para recibir el agua del cielo, o rodaban y se arrojaban barro unos a otros. Los niños peleaban, los bebés lloraban. Y se produjo una gran sucesión de apareamientos, una respuesta lujuriosa al final de la sequía, a la renovación de la vida.

Madre se había sentado junto a su jergón, manchado de sangre, y lo observaba todo con una sonrisa en los labios.

Como siempre, estaba pensando a muchos niveles simultáneamente.

Una vez más, el sacrificio de Miel había sido un acto de astucia política. Miel no había sido una adversaria calculadora, pero sí un foco de disenso; ahora que había desaparecido, le sería más fácil consolidar su poder. Al mismo tiempo, era evidente que el sacrificio había sido necesario. El cielo y la tierra habían sido aplacados. Los primeros dioses de la humanidad se habían apiadado de sus hijos y los habían dejado vivir.

Pero en otro nivel de cálculo, Madre sabía que la tormenta habría llegado, hiciera lo que hiciera ella. Si la lluvia no hubiera seguido al sacrificio de Miel, ella estaba preparada para continuar, acabando con uno tras uno... hasta clavar su lanza en el pecho de Ojos si era necesario.

Sabía todas estas cosas simultáneamente: creía en muchas cosas contradictorias al mismo tiempo. Esta era la esencia de su genio. Siguió sonriendo mientras la lluvia resbalaba por su rostro.

IV

Retoño caminaba lentamente por entre la hierba que cubría la orilla del río. Se cubría con una sencilla piel y no tenía más que una lanza a la espalda y una red con algunas herramientas de hueso y obras de arte. No llevaba herramientas de piedra. Si las necesitaba, era más fácil hacerlas en el momento que llevarlas consigo.

A sus treinta años, quince después de las muertes de Buey y Miel y de la instalación de Madre como líder *de facto* del grupo, Retoño se había vuelto más robusto, y el pelo le había clareado y encanecido. No era posible tapar los tatuajes que llevaba en los brazos y la cara, pero se había cuidado de cubrirse la piel de tierra y barro para mitigar el efecto. Con los años, habían descubierto que los tatuajes asustaban a los desconocidos, y la barrera de la desconfianza ya era bastante alta por sí sola.

Parecía un cazador en una inocente misión de exploración, separado de su grupo, quizá buscando alguien para comerciar. Pero no estaba solo; otros observaban cada paso que daba, ocultos entre el follaje de la orilla. Su apariencia era un elaborado ardid. Y su exploración no tenía nada de inocente. Buscaba enemigos.

La primera en verlo fue una niña, una chiquilla rechoncha que jugaba con los guijarros a la orilla del agua. De unos cinco años, estaba completamente desnuda con la excepción de un collar de cuentas que llevaba alrededor del cuello. Lanzó un grito y echó a correr por la orilla del río, tal como él esperaba. La siguió caminando con lentitud.

Las señales del asentamiento no tardaron en aparecer. La tierra fangosa por la que caminaba estaba cubierta de huellas y había redes de pesca en el río. Tras doblar un amplio meandro del río, el asentamiento apareció ante sus ojos. Un puñado de cabañas, de forma más o menos cónica, de las que se levantaban hebras de humo hacia el cielo del atardecer.

Lo primero que vio fue que no se trataba de un campamento estacional. Las cabañas estaban construidas con sólidos maderos clavados a gran profundidad.

Una mirada al río reveló el porqué. No muy lejos de la orilla, a ambos lados del agua, la vegetación estaba pisoteaba y se veían los destellos de los guijarros del lecho del río.

Era un vado, un lugar que podían utilizar las manadas migratorias para cruzar el río. Lo único que los habitantes del asentamiento tenían que hacer era esperar a que los animales vinieran a ellos. Y, en efecto, tras las cabañas vio un gran montón de huesos, posiblemente de antílopes, bueyes e incluso elefantes.

Pero las cabañas eran un misterio para él. Las paredes eran sólidas, salvo un agujero en el ápice del techo para dejar que saliera el humo, y no había ningún sitio por donde pudiera entrar la luz. ¿Quién querría vivir en semejante oscuridad?

Dos adultos se le acercaron corriendo: dos mujeres, vio. Empuñaban lanzas de madera y hachas de piedra, nada extraordinario, y llevaban sencillas pieles, como las suyas. Tenían el rostro cubierto de dibujos de ocre, toscos pero de aspecto fiero, y las dos se habían perforado la nariz con un fragmento de hueso. Una de las mujeres levantó la lanza y le apuntó el pecho.

—*¡Fu, fu! ¡Ne hai, ne, fu!*

No reconoció ninguna de las palabras. Pero le recordaron a la torpe jerigonza con la que se había criado, mucho menos sofisticada que la que había desarrollado el pueblo de Madre.

Iba a ser fácil.

Esbozó una sonrisa forzada. Entonces, con movimientos lentos, se descolgó la bolsa del hombro y dejó que se abriera en el suelo. Sin apartar la vista de las mujeres, sacó una concha de mar. La dejó en el suelo, frente a ellas, y se apartó, con las manos abiertas y vacías. *Soy un extraño, sí. Pero no soy ninguna amenaza. Quiero comerciar. Y esto es lo que tengo. Mirad qué bonito...*

Las mujeres eran disciplinadas. Una de ellas siguió apuntándole al pecho con su arma mientras la otra se inclinaba para inspeccionar la concha.

La concha había abandonado el mar hacía una década, y desde entonces había recorrido cientos de kilómetros tierra adentro por las tenues y extendidas rutas comerciales. Y ahora, uno de los mejores artesanos del pueblo, una chiquilla de largos y delicados dedos, le había grabado una cabeza de elefante de diseño exquisito. Al reconocer la cabeza del elefante,

la mujer soltó un jadeo de sorpresa, como una niña. Cogió la concha y la apretó contra su pecho.

Después, las mujeres hicieron señas a Retoño para que las siguiera hacia el asentamiento. Caminaba con tranquilidad, sin mirar atrás, seguro de que sus compañeros permanecerían escondidos.

En el asentamiento del pueblo del río, su llegada provocó una conmoción. La gente le dirigía miradas hostiles al pasar, pero también miraba con codicia la concha tallada. Un par de niños, entre ellos la pequeña que había dado la alarma, lo seguían dando saltos, llenos de curiosidad.

Lo condujeron a una de las cabañas. Era la típica vivienda, con un hogar sólido y grande en el centro, varios jergones y comida, herramientas y pieles amontonadas. Una docena de personas debía de vivir allí, incluidos varios niños. Pero la familia había salido, dejando solo a dos hombres barbudos, al menos tan viejos como él, y la mujer que lo había llevado hasta allí. El suelo era muy liso y estaba cubierto por los desechos habituales que dejaban los humanos: huesos, lascas de piedra, algunas raíces y frutas a medio comer.

Los hombres se sentaron frente a las humeantes brasas del hogar. Todos tenían el tabique nasal perforado con enormes fragmentos de hueso. Uno de ellos hizo un ademán:

—*¡Hora!* —La palabra era desconocida; el gesto, inconfundible.

Retoño se sentó al otro lado del fuego. Le ofrecieron una raíz cocinada para comer y un líquido espeso para beber. Mientras dejaba sus mercancías en el suelo, lanzó miradas codiciosas por toda la cabaña. Los hogares eran excelentes, mucho mejores que los sencillos agujeros en el suelo que excavaba el pueblo de Madre. Y había una fosa cercana, cubierta de pieles y llena de agua y guijarros planos del río. Se dio cuenta instantáneamente de que el agua podía caldearse introduciendo en ella piedras calentadas al fuego. Había una estructura de ladrillos de arcilla y paja cuya utilidad se le escapaba. Nunca había visto un horno. Había también algunos artefactos extraños, como unas cestas de gran calidad y un cuenco que al principio

supuso estaba hecho de madera pero luego descubrió que era de una especie de arcilla endurecida.

Pero lo más asombroso eran las lámparas.

No eran más que cuencos de arcilla llenos de grasa de animal, con palitos de enebro a modo de mecha. Pero ardían constante y regularmente, llenando la cabaña con una luz amarilla y clara. Ahora comprendía por qué no necesitaban ventanas aquellas cabañas. Al darse cuenta de que con aquellas lámparas sería posible tener luz siempre que quisiera, incluso en mitad de la noche, hasta sin fuego, su mente echó a volar.

Saltaba a la vista que aquel pueblo estaba mucho más avanzado que el suyo en la construcción de herramientas. Pero su arte era mucho más limitado, aunque algunos de ellos llevaban los mismos collares de cuentas que había visto en el cuello de la niña, hechos, según descubrió después, de marfil de elefante.

Así que no le sorprendió que los ancianos quedaran estupefactos al ver los bienes que desplegó ante ellos. Había figurillas de animales y humanos hechas de marfil y de hueso, imágenes, tanto abstractas como figurativas, grabadas en conchas y pedazos de arenisca, y una de las figuras más extraordinarias de Madre, una criatura con el cuerpo de un humano y la cabeza de un lobo.

Era una reacción que había presenciado muchas veces. Las manifestaciones artísticas del pueblo de Madre habían avanzado inmensamente en las décadas trascurridas tras sus primeros y torpes tanteos. La gente, con sus grandes cerebros y sus dedos delicados, estaba preparada para ello. Lo único que hacía falta era que a alguien se le ocurriera la idea. Y las mentes de aquellos moradores del río estaban igualmente preparadas. Era como si Madre hubiera dejado caer un grano de arena en una solución supersaturada y se hubiera formado instantáneamente un cristal.

Retoño no tenía otra forma de comunicarse con aquellos habitantes del río que la mímica y algunas palabras cuyo significado podía intuir. Pero los parámetros de la decisión no tardaron en estar claros. Habría trueque: sus obras de arte a cambio de las avanzadas herramientas y artefactos de aquellos sedentarios.

Cuando se reunió con sus ocultos compañeros, a mediodía del día siguiente, tenía una bolsa llena de muestras. Y había memorizado cuidadosamente la posición de todos los hornos y todos los hogares.

Lo había hecho para Madre, como hacía a menudo con muchos otros cometidos similares. Pero Madre no estaba allí, a su lado, compartiendo el trabajo y los riesgos. En su corazón descubrió, para gran sorpresa suya, una oscura partícula de resentimiento.

Madre estaba sentada junto a la entrada de su cabaña, con las piernas dobladas debajo del cuerpo, las manos apoyadas en las rodillas, el rostro orientado al Sol y la espalda caldeada por los restos del fuego de la pasada noche. Estaba haciéndose vieja y enjuta y cada vez le costaba más no enfriarse. Pero ahora estaba cómoda. Extrañamente satisfecha.

Su piel estaba cubierta hasta el último centímetro de tatuajes. Hasta las plantas de sus pies estaban adornadas con complicados diseños. Aquel día estaba cubierta por una piel, como de costumbre, por lo que gran parte de su decoración estaba oculta, pero la propia prenda, cubierta de animales que saltaban, lanzas que volaban y estrellas que explotaban, era un despliegue de color y movimiento. Y sobre un pilar de madera, a su lado, descansaba el cráneo de su hijo muerto, reparado con un pegamento hecho de savia.

Observaba a la gente, entretenida en sus quehaceres diarios. Algunos de ellos la miraban al pasar. A veces con gestos respetuosos de la cabeza... y otras apartándose apresuradamente, evitando su mirada y la de su hijo sin ojos. Pero, en todos los casos, todos ellos se desviaban, como planetas flotando por el campo gravitatorio de una inmensa estrella negra.

Después de todo, era Madre quien hablaba con los muertos, Madre quien intercedía con la tierra, el cielo y el Sol. De no ser por ella, la lluvia dejaría de caer, la hierba dejaría de crecer y los animales no regresarían. Aun allí, sentada e inmóvil, era la persona más importante de la comunidad.

El último campamento que habían erigido era una explosión de formas y colores. Era como si, gradualmente, Madre hubiera introducido a la totalidad del grupo en su cabeza, en su imaginación calenturienta... y, en

cierto modo, lo había hecho. Las formas de animales, gente, lanzas, hachas —y las extrañas criaturas que eran una mezcla de personas y animales, de árboles y armas— saltaban desde todas las superficies, desde rocas escogidas por la facilidad con la que se tallaban y desde las pieles trabajadas que cubrían todas las cabañas. Y, entrelazadas con estas formas figurativas, se encontraban las abstractas que siempre habían marcado el dominio de Madre, espirales y estrellas y celosías y zigzags. Estos símbolos estaban investidos de significados múltiples. La imagen de un antílope podía representar al propio animal o el conocimiento que la gente poseía de su comportamiento, o podía referirse a la actividad de la caza que se requería para abatirlo... o algo aún más sutil, la belleza del animal, el júbilo y la riqueza de la propia vida.

Entre los dominios de la mente de Madre, y las mentes de quienes la habían seguido, los ancestrales muros estaban cayendo al fin. Su consciencia plena no estaba restringida ya a sus tratos con otras personas al mismo tiempo que las manos, las piernas y las bocas trabajaban con independencia del pensamiento. La consciencia no estaba limitada ya a su antigua función de servir de modelo para calibrar las intenciones de los demás. Ahora podía pensar en un animal como si fuera una persona, en una herramienta como si fuera un humano con el que se pudiera negociar. Era como si el mundo se hubiera poblado de nuevos tipos de gente, como si las herramientas y los ríos y los animales, e incluso el Sol y la Luna, fueran gente, gente que se podía comprender y con la que se podía tratar, como cualquier otra.

Después de milenios de parálisis, la consciencia se había convertido en una herramienta poderosa y versátil, que tenía su reflejo en las múltiples capas y significados de las manifestaciones artísticas, como espejos de unas mentes de nuevo cuño. Para la gente de frente lisa, era una época de fermento intelectual.

Y Madre no era el único catalizador. Por todo el mundo de los humanos había muchos otros como ella. Cada uno de estos genios-profeta, si no caía rápidamente, presa de la suspicacia de sus iguales, servía del mismo modo que ella como eje de un nuevo tipo de pensamiento, de una nueva forma de

vivir, de un nuevo tipo de fuego. Era el comienzo de un cambio explosivo en la forma de interactuar de la gente con el mundo circundante.

Era la inestabilidad del clima lo que había hecho germinar este nuevo tipo de mente. Las salvajes fluctuaciones del medio del Pleistoceno, algo inaudito hasta entonces, formaban un filtro implacable: solo los individuos excepcionales podían sobrevivir en medio de aquella dureza excepcional para transmitir su legado genético. Y no solo estaba mejorando a la media, sino que los individuos excepcionales, como Madre, eran cada vez más comunes: como los científicos prescientes que habían proporcionado al pueblo del río su avanzada tecnología. Desde el punto de vista de las especies, la capacidad de producir genios ocasionales resultaba muy útil. Los genios podían marchitarse en el polvo, o podían inventar algo que transformase la fortuna de la especie.

Y cuando aparecía una de estas innovaciones, la espaciosa mente de la especie estaba preparada para recibirla. Era como si la estuvieran esperando. Durante setenta mil años, la gente había tenido el hardware necesario. Ahora, Madre, y muchos otros como ella, estaban proporcionando el software.

Aquella forma nueva de ver el mundo estaba ya proporcionando al pueblo de Madre beneficios sin precedentes. Aparte de la decoración, el campamento estaba formado por los habituales cobertizos. Pero era bastante grande. Albergaba dos veces más habitantes que cuando se produjo el despertar de Madre. Y había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien tuviera las mejillas hundidas o el vientre hinchado. La senda de Madre era fructífera.

Madre vio a la chica, Dedo, sentada sola a la sombra de un baobab. Dedo, que acababa de cumplir los catorce años, estaba embebida en la talla de una nueva escultura, dando delicados golpes a un fragmento de marfil. Tenía las piernas cruzadas y un trozo de cuero sobre el regazo. Los ojos de Madre, todavía aguzados, eran capaces de distinguir el resplandor de los fragmentos de marfil desechados a su alrededor, en el suelo. Era ella la que había tallado la exquisita cabeza de elefante en la concha que Retoño había llevado al pueblo del río.

Dedo ostentaba en la mejilla el tatuaje en espiral que distinguía a los favoritos de Madre: la insignia de su sacerdocio. Era hija de Ojos, que llevaba mucho tiempo muerta, a causa de la infección que le había provocado aquel primer y tosco tatuaje. A Dedo la había marcado siendo muy niña; se notaba en la distorsión que, a medida que crecía, se había ido produciendo en el tatuaje, una marca de especial distinción.

Pero la niña estaba creciendo muy deprisa. Madre sabía que muy pronto tendría que encontrar un compañero, al igual que lo había elegido para su madre, Ojos. Madre había pensado ya en varios candidatos, hombres y jóvenes de su sacerdocio; cuando llegara el momento, dejaría que su instinto hiciera la elección...

Una sombra pasó sobre ella. Una mujer, titubeante, con la mirada clavada en el suelo, se aproximó a ella. Era joven, pero caminaba encorvada. Traía un trozo de carne de ciervo sobre los hombros. Dejó su presente en el suelo, frente a ella.

—Llaga —dijo la mujer débilmente, con la cabeza inclinada—. Espalda llaga. Camina cabeza alta, duele espalda. Levanta niño, duele espalda.

Madre sabía que la mujer acababa de cumplir los veinte. Pero había tenido problemas en la espalda desde que, tontamente, se peleara en broma con su hermano —mucho mayor y más pesado— varios años atrás.

Madre rechazaba casi todas las peticiones semejantes. No le convenía empezar a conceder milagros por demanda, funcionaran o no. Pero aquel día, tras haber visto en funcionamiento el pequeño genio de Dedo, y bajo el agradable calor del Sol, estaba de un humor pródigo. Chasqueó los dedos. Indicó a la chica que se quitara la piel y se arrodillara de espaldas a ella.

La chica obedeció al instante, y se inclinó frente a Madre, desnuda.

Madre cogió un puñado de cenizas secas del hogar. Escupió sobre ellas y formó una pasta fina y polvorienta, que colocó frente a la mirada de Silencio para que pudiera verla. Entonces empezó a frotar la espalda de la chica con las cenizas, musitando un incomprensible galimatías. La chica se encogió al sentir que las cenizas le tocaban la carne, como si todavía quemaran.

Cuando terminó, Madre le dio una palmada en la espalda y dejó que se levantara. Sacudió un dedo frente a la chica.

—Fuerte. No piensa mal. No habla mal. —Si el tratamiento funcionaba, el mérito sería suyo. Si no, la chica se culparía por no haberse portado bien. En cualquier caso, Madre obtendría un poco más de crédito.

La chica asintió con nerviosismo. Madre, satisfecha, dejó que se marchara. Cogió la carne y la metió en su cabaña. Alguien la cocinaría y la guardaría para ella más tarde.

Todo en un día de trabajo.

El burdo tratamiento había proporcionado a su paciente una genuina sensación de alivio en la espalda. No era más que lo que un día se llamaría «efecto placebo»: como creía en la eficacia del tratamiento, la chica se sintió mejor al recibirlo. Pero el hecho de que el placebo operara en su mente y no en su cuerpo no lo convertía en menos real o menos útil. Ahora podría cuidar mejor a sus hijos, que a su vez tendrían más posibilidades de sobrevivir que los de una madre en similares circunstancias cuyos síntomas no fueran aliviados por un placebo... y, a su vez, sus hijos tendrían más probabilidades de tener hijos propios, que heredarían la propensión a la fe de su madre.

Con los cazadores ocurría lo mismo. Habían empezado a grabar y dibujar imágenes de los animales que perseguían en las rocas y en las paredes de piel de sus cabañas. Amenazaban a estas imágenes, las herían con sus lanzas en el corazón y la cabeza, e incluso razonaban con ellas para explicarles por qué deberían entregar sus vidas por el bien de la gente. Por medio de estos rituales, los cazadores conseguían arrancarse el miedo. A menudo morirían o serían heridos por su descuido, pero su tasa de éxito era muy alta, más que la de los que no creían que se pudiera razonar con las presas.

Estos humanos emergentes eran todavía animales, todavía estaban sometidos a la ley natural. Ninguna innovación en su forma de vivir habría echado raíces de no haber supuesto una ventaja comparativa en la eterna lucha por la supervivencia. Y la capacidad de creer en cosas que no existían era una herramienta poderosa.

Y Madre estaba, de forma medio inconsciente, haciendo lo posible para conseguir que esta propensión a la fe calara entre ellos y se extendiera. Al seleccionar a las parejas entre sus creyentes, estaba creando una especie de aislamiento reproductivo. Gracias a esto, la divergencia entre los dos tipos de personas —los que creían y los que eran incapaces de creer— sería asombrosamente rápida, lo que a su vez conduciría a marcadas diferencias en la química y en la organización del cerebro al cabo de una docena de generaciones. Era el comienzo de una plaga que se difundiría rápidamente por toda la población.

Y mientras tanto, en el mundo que se extendía más allá del alcance de los humanos, en el norte de Europa y en el Lejano Oriente, la gente antigua, los robustos de frente gruesa y los flacos caminantes, seguían fabricando sus sencillas herramientas, incluso aquellos bifaces ancestrales, y vivían vidas sencillas, como siempre habían hecho.

Más tarde, Madre volvió a ver a la chica. Caminaba con más facilidad y parecía mucho menos encorvada. Sonrió y la saludó con la mano. Madre se permitió una sonrisa.

Al acabar el día, Retoño regresó de su expedición por el río, polvoriento, acalorado, sediento. Entre todos los artefactos que había traído, eligió uno para mostrárselo a Madre. Era una lámpara, hecha de una arcilla milagrosamente dura. Encendió la mecha de corteza dentro de su cabaña y, mientras el día se apagaba en el exterior, el primitivo candil iluminó la choza. Madre asintió. *Esto debemos tenerlo.* Con oraciones concisas y breves, empezaron a trazar planes.

Madre advirtió un cambio en el comportamiento de Retoño. Su más cercano lugarteniente desde la muerte de Ojos, se mostraba tan respetuoso con ella como siempre. Sin embargo, había una cierta impaciencia en su forma de actuar. Pero el chisporroteo de la pequeña lámpara se llevó tales pensamientos de su cabeza.

Retoño escogió a sus mejores cazadores para explorar los alrededores del campamento del pueblo del río.

Les había explicado cómo quería llevar a cabo el ataque. Trazó un esbozo de mapa en la tierra y utilizó piedras para representar las cabañas y a sus habitantes. El talento para la simbología tenía muchos usos. Los depredadores sociales siempre habían tenido que coordinar sus ataques. Los lobos lo hacían, así como los grandes felinos, y como los raptores de eras pasadas. Pero la planificación nunca había sido tan meticulosa y completa como la de estos inteligentes homínidos.

Al aproximarse a la base del pueblo del río, encontraron pocos animales. Las presas estaban aprendiendo a temer a estos nuevos cazadores, con sus armas de largo alcance y su abrumadora astucia.

Y algunas especies, masacradas por ellos, empezaban a escasear en el área.

Esto era, por supuesto, como un eco precoz del futuro.

Pero de momento, Retoño y los suyos estaban cazando gente, no animales.

Cuando se produjo el ataque, el pueblo del río no tuvo la menor oportunidad. No fueron las armas lo que proporcionó a los atacantes su ventaja, ni el número, sino la actitud.

El pueblo de Madre luchaba con una especie de liberadora demencia. Seguirían luchando mientras sus camaradas estuvieran cayendo a su alrededor, tras haber sufrido una herida que hubiera debido dejarlos incapacitados, hasta cuando su muerte pareciera inevitable. Luchaban como si creyeran que no podían morir. Y esto, a decir verdad, no distaba mucho de la verdad. ¿Acaso no había sobrevivido a la muerte el hijo de Madre difundiéndose por las rocas y la tierra y el cielo, para seguir viviendo con la gente invisible que controlaba el tiempo, los animales y la hierba?

Y, al igual que eran capaces de creer que las cosas, las armas, los animales o el cielo, eran gente, de algún modo no representaba un gran salto conceptual la idea de que algunas personas no eran más que cosas. Las viejas categorías habían sido derribadas. Al atacar al pueblo del río no estaban matando humanos, gente como ellos. Estaban matando objetos, animales, criaturas que eran menos que ellos mismos. El pueblo del río, a pesar de su superioridad tecnológica, no poseía estas creencias. Ante algo

así estaban inermes. Y aquel pequeño pero cruel conflicto había establecido un patrón que se repetiría una vez tras otra en las largas y sanguinarias eras que seguirían.

Cuando todo hubo terminado, Retoño recorrió los restos del campamento. Ordenó que fueran sacrificados la mayoría de los hombres, así fueran jóvenes o viejos, fuertes o débiles. Trató de perdonar a algunos niños y a las mujeres jóvenes. Los niños serían marcados y se les enseñaría a respetar a Madre y sus acólitos. Las mujeres se entregarían a los guerreros. Si se quedaban embarazadas, no se permitiría que se quedaran con los bebés, salvo que se hubieran convertido a su vez en acólitas. También había identificado a algunos de los que sabían cómo funcionaban los hornos, las lámparas y todas las demás cosas buenas que había allí. Estos también serían perdonados si cooperaban. Quería que su pueblo aprendiera las técnicas del pueblo del río.

Había sido otra operación triunfante, un aldabón más del constante crecimiento de la comunidad de Madre.

Cuando le mostraron la aldea del pueblo del río, Madre estuvo complacida y aceptó la ofrenda de obediencia de un arrodillado Retoño. Pero volvió a ver una sombra en su semblante. Puede que estuviera cansándose de obedecer sus órdenes, pensó. Puede que quisiera más para sí. Tendría que reflexionar sobre ello y hacer algo.

Pero ya era demasiado tarde para estos manejos. Mientras recorría con la mirada su última conquista, había empezado a morir.

Madre nunca entendió el cáncer que la devoraba desde dentro. Pero podía sentirlo como una hinchazón en el vientre. A veces imaginaba que era Silencio, vuelto de entre los muertos, preparándose para nacer de nuevo. Volvieron las migrañas, más intensas que nunca. Las luces chisporroteantes se encendían y apagaban detrás de sus ojos, los zigzags y las celosías y las estrellas que ardían como heridas llenas de pus. Llegó a tal punto que no podía hacer otra cosa que permanecer tendida en su cabaña, bajo las

lámparas de grasa animal, escuchando las voces que resonaban en el interior de su cabeza.

Finalmente, Retoño vino a ella. Apenas podía verlo entre los dibujos y diseños. Pero tenía algo que decirle. Le cogió el brazo con una mano que parecía una garra.

—Escucha —dijo.

El respondió con delicadeza, como si estuviera hablándole a un niño.

—Tú duerme.

—No, no —insistió ella con la voz cascada—. No tú. No yo. —Levantó un dedo y se tocó la cabeza, la frente-. Yo, yo, Madre. —En su lengua era una palabra de sonido suave: *«Ja-ahn»*.

Otra conexión se había cerrado. Ahora había hasta un símbolo para ella: Madre. Era la primera persona de la historia que tenía nombre. Y, aunque estaba muriendo sin descendencia, se consideraba la madre de todos ellos.

—*Ja-ahn* —susurró Retoño—. *Ja-ahn*. —Comprendió y sonrió. Se inclinó sobre ella y le tapó la boca con los labios. Y le cerró la nariz con los dedos.

Mientras se prolongaba el grotesco beso, mientras los debilitados pulmones de Madre trataban de encontrar aire, la oscuridad se cernió sobre ella.

En un momento u otro, había sospechado de todos los miembros de la comunidad. De todos salvo de Retoño, su primer acólito. *Qué extraño,* pensó.

Puede que el creciente convencimiento de que detrás de todo evento había una intención —fuera una maldad urdida por la mente de otro o el capricho benevolente de un dios del firmamento— fuera consustancial a unas criaturas con una capacidad innata de comprender la causalidad. Cuando uno era lo bastante inteligente como para fabricar herramientas versátiles, más tarde o más temprano acababa por creer en los dioses, fin y principio de todas las cadenas causales. La cosa tendría su precio, claro está. En el futuro, la gente tendría que sacrificar muchas cosas al servicio de los nuevos dioses y los chamanes: tiempo, posesiones, hasta el derecho a

tener hijos. Algunas veces, incluso tendrían que entregar la propia vida. Pero, a cambio, les sería arrebatado el peso del miedo a la muerte.

Y por esta razón, Madre no tenía miedo. Las luces de su cabeza se extinguieron al fin, las imágenes se desvanecieron y hasta el dolor cesó.

OceanofPDF.com

12

Continente de balsas

I

PENÍNSULA INDONESIA, SUDESTE ASIÁTICO
C. 52,000 AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

Los dos hermanos sacaron la canoa de la orilla del río.

—Cuidado, cuidado... A mi izquierda. Muy bien, ya está. Ahora, si vamos a la derecha, creo que podremos atravesar ese canal.

Ejan estaba en la proa de la barca y su hermano Torr en la popa. De veinte y veintidós años respectivamente, eran hombres menudos, enjutos y fibrosos, de tez morena y pelo negro y encrespado.

Maniobraron con la canoa por las aguas, plagadas de juncos, marañas de vegetación y maderos sueltos. Los árboles que jalonaban la orilla del río

eran tecas, acayúes, karayas y altos mangles. Una tremenda y traslúcida cortina de telarañas flotaba sobre el bosque, atrapando la luz y disminuyendo la intensidad del verde que contenía. Pero el calor flotaba sobre el río como una inmensa losa y el aire estaba empapado de luz. Ejan ya había empezado a sudar copiosamente y el aire denso y húmedo le pesaba en los pulmones.

Costaba creer que se encontraban en plena glaciación, que por el hemisferio norte vagaban ciervos gigantes al socaire de casquetes de hielo de varios kilómetros de grosor.

Finalmente salieron a aguas más abiertas. Pero quedaron consternados al ver lo abarrotadas que estaban.

Había un denso tráfico de canoas de corteza y troncos flotantes. Algunas familias habían atado dos o tres canoas juntas para darles mayor estabilidad. Entre estas imponentes embarcaciones navegaban otras más toscas, almadías de mangle, bambú y juncos. Pero también había pescadores que trabajaban sin botes ni almadías. Una mujer nadaba junto a la orilla con un par de palos que utilizaba para capturar, de un fuerte golpe, a cualquier pez que fuera tan estúpido como para aproximarse a ella. Unas chicas, con el agua por la cintura, sujetaban una serie de redes sobre el río, mientras sus compañeros convergían hacia ellas, chapoteando y haciendo ruido, para empujar los peces a las redes.

Todo lo que allí se veía era una gran divergencia de la tecnología de los sencillos maderos flotantes utilizados antaño por Arpón y los suyos. Espoleadas por las riquezas disponibles en las costas, los ríos y los estuarios, inventivas e inquietas mentes humanas habían desarrollado incontables formas de trabajar las aguas.

Los hermanos maniobraron entre aquella muchedumbre.

—Hoy está muy lleno —gruñó Ejan—. Tendremos suerte si conseguimos algo para comer esta noche. Si yo fuera un pez, me alejaría de aquí.

—Entonces esperemos que los peces sean todavía más estúpidos que tú.

Con un movimiento brusco de la pala de madera, Ejan echó un poco de agua a su hermano.

Hubo un grito río abajo. Los hermanos se volvieron, tapándose los ojos. Entre la nube de insectos iluminados por el Sol que flotaba sobre las aguas, avistaron una almadía de troncos de mangle. Había tres hombres sobre ella, formas esbeltas y oscuras en el aire húmedo. Ejan pudo ver sus cosas, armas y pellejos, atadas a la almadía.

—Nuestros hermanos —dijo, excitado. Dio un paso y, dejando la pequeña embarcación al cuidado de Torr, se levantó y los saludó con ademanes vigorosos. Al verlo, los hermanos le devolvieron el saludo, saltando en su almadía y haciendo que se balancease peligrosamente. Aquel día, los tres iban a salir a mar abierta en aquella almadía, con el propósito de alcanzar la gran tierra que se extendía al sur.

Ejan sintió que la preocupación empezaba a superar el júbilo momentáneo que le había proporcionado la visión de sus hermanos y se sentó.

—Sigo diciendo que esa almadía es demasiado inestable —murmuró.

Torr siguió dando paladas con estoicismo.

—Osa y los demás saben lo que hacen.

—Pero las corrientes marinas, las mareas...

—Anoche sacrificamos un mono a Ja'an —le recordó Torr—. Su alma está con ellos.

Pero, pensó Ejan, inquieto, soy *yo el que lleva el ancestral nombre de la Sabia, no ellos.*

—Quizá debería haber ido con ellos.

—Ya es demasiado tarde —dijo el sensato Torr. Y así era; Ejan vio que los tres hermanos les habían dado la espalda y estaban remando sin descanso hacia la desembocadura del río—. Venga, Ejan —continuó—. Vamos a pescar.

Al llegar a una zona en la que no había nadie y las aguas parecían más profundas, los hermanos sacaron su red de lino tejido y la arrojaron al río. La extendieron nadando y Ejan metió el dedo gordo del pie en la parte inferior de la red para abrirla en vertical. Habían convertido la red en una cerca que atravesaba la corriente, de unos quince metros de longitud. Empezaron a avanzar nadando, al tiempo que batían el agua con los brazos.

El agua, fangosa, lenta, llena de vida, estaba templada contra la piel de Ejan.

Después de unos quince metros, volvieron a reunirse y cerraron la red. No habían capturado gran cosa —de hecho, los peces escaseaban aquel día — pero había algunos especímenes de buen tamaño que arrojaron a la canoa. Con mucho esmero, seleccionaron los peces más pequeños e inmaduros y los devolvieron a las aguas: nadie quería comerse uno de aquellos cuando podía esperar y engullir un adulto en pocos meses. Volvieron a tensar la cuerda y se prepararon para repetir la maniobra.

Pero entonces se levantó un grito en la costa, un grito espeluznante.

Ejan se volvió hacia Torr.

—Madre.

—Hay que volver.

Dejaron la red sobre un tocón; allí podía esperar. Regresaron a la canoa, le dieron la vuelta y volvieron a adentrarse en la maraña de restos flotantes que jalonaba las orillas del río.

Cuando llegaron al campamento, encontraron a sus hermanas tratando de consolar a su consternada madre. Los tres hermanos no se habían perdido de vista todavía cuando una gran ola había destrozado su frágil embarcación. Nadie los había visto desde entonces. Se habían ahogado todos.

Osa, Born e Iner no volverían a atar sus canoas a la de Ejan.

Ejan se abrió camino a empujones hasta su madre y le puso una mano en el hombro.

—Yo haré el viaje —dijo—. Por Osa y los demás. Y no moriré intentándolo.

Pero su madre, el pelo cano y escaso, los ojos empañados de lágrimas, solo pudo sollozar con más fuerza.

Ejan era un descendiente lejano de Ojos y Dedo, acólitos de la Madre de África.

Después de Madre, el progreso de la humanidad ya no había estado limitado al ritmo milenario de la evolución biológica. El lenguaje y la cultura estaban haciendo evolucionar la velocidad del pensamiento, alimentándose a sí mismos, volviéndose cada vez más complejos.

Poco después de la muerte de Madre había empezado un nuevo éxodo en África, una vasta dispersión de hombres en todas direcciones. El pueblo de Ejan había puesto rumbo al este. Siguiendo los ancestrales rastros de los caminantes de Lejos, se habían abierto camino por las márgenes meridionales de Eurasia, siguiendo las riberas y los archipiélagos. Ahora había gente en un gran jirón de tierra que se extendía desde Indonesia e Indochina, a través de la India y Oriente Medio y hasta la vieja África. Y, a medida que crecían poco a poco las poblaciones, se había ido produciendo una colonización del interior de los continentes siguiendo las vías fluviales a partir de aquellas bases costeras.

Ejan y Torr eran el producto de la rama más pura de vagabundos costeros, aquellos que, generación tras generación, habían perseverado en sus migraciones a lo largo de las riberas. Para poder explotar las riquezas de los ríos, los estuarios, las costas y las islas, este pueblo había ido refinando gradualmente las técnicas de construcción de canoas y pesca.

Pero ahora se enfrentaban a un dilema. En aquel archipiélago, en el extremo sudoccidental del continente asiático, habían llegado lo más lejos posible: se les había acabado la tierra. Y el lugar empezaba estar abarrotado.

Había oportunidades de seguir adelante. Eso, todo el mundo lo sabía.

Aunque la última glaciación todavía había de alcanzar su culminación, el nivel del mar ya había descendido cientos de metros. En la transformación de las costas que se había producido, las islas de Java y Sumatra se habían unido con el sudeste asiático para formar una especie de plataforma y gran parte de Indonesia se había transformado en una alargada península. De modo similar, Australia, Tasmania y Nueva Guinea se habían fundido en una sola masa continental.

Y en aquella geografía única y temporal, había lugares en los que las masas continentales asiáticas no distaban de esta gran Australia más que un

centenar de kilómetros.

Todos sabían que la tierra estaba allí, al sur. Algunos marineros audaces o desgraciados, arrastrados por las corrientes lejos de la costa y de las islas, la habían oteado, pero con el paso de las generaciones, los relatos de los viajeros se habían ido acumulando hasta que todo el mundo estuvo seguro de que no se trataba de una mera isla: aquella era una tierra nueva, extensa, verde, rica, con una costa extensa y pródiga en recursos.

Pero llegar hasta ella sería una proeza. El pueblo de lijan había llegado hasta allí saltando de isla en isla, atravesando mares razonablemente tranquilos para pasar de tierra en tierra, cada una de ellas claramente visible desde la anterior. El cruce desde su última isla a aquella tierra del sur —que les obligaría a perder de vista por completo la tierra firme— sería un desafío de un orden diferente.

Pero a pesar de ello, para abrir este nuevo mundo, lo único que hacía falta era alguien lo bastante audaz para intentar la travesía. Lo bastante audaz, lo bastante inteligente... y lo bastante afortunado.

Ejan tardó muchos días en seleccionar el árbol que quería.

Acompañado por Torr, recorrió los márgenes del bosque, estudiando las esterculias y las palmeras. Se detenía junto a los árboles, estudiaba la línea de sus troncos y les daba golpecitos en la corteza para detectar cualquier defecto interno.

Finalmente seleccionó una palmera: muy gruesa y muy sólida, con un tronco que parecía un pilar impoluto. Pero estaba muy lejos del campamento de su grupo. Y no solo eso, también estaba muy lejos de la orilla del río. No podrían llevarla flotando hasta su casa.

Torr estuvo a punto de mencionarlo, pero cuando vio la expresión decidida en el rostro de Ejan, se guardó sus pensamientos.

Para empezar, los hermanos talaron la palmera con sus hachas de piedra. A continuación le quitaron rápidamente toda la corteza. La madera que había debajo era perfecta, tal como Ejan había esperado, y parecía muy dura al tacto.

Volvieron al campamento para solicitar ayuda. Aunque la desaparición de sus tres hermanos les había granjeado las simpatías de todos, a nadie le atraía la perspectiva de una tarea tan larga y costosa. Al final, fueron solo los miembros de la familia —Ejan, Torr y sus tres hermanas— los que volvieron junto a la palmera caída.

Una vez que la palmera estuvo en el campamento, Ejan se puso inmediatamente manos a la obra. Pedazo a pedazo, vació el tronco con mucho cuidado, dejando intacta la pulpa de la proa y la popa. Utilizó hachas y azuelas de piedra que, aunque perdían enseguida el filo, eran igualmente eficaces para aquella tarea.

Torr lo ayudó durante los dos primeros días. Pero luego lo dejó. Como hermano mayor que era ahora, la responsabilidad le pesaba mucho sobre los hombros, así que se entregó en cuerpo y alma a la tarea principal de la familia: permanecer con vida.

Tras unos días, la hermana pequeña de Ejan, Rocha, le trajo un pequeño cesto lleno de dátiles. Los dejó en la plataforma de popa que estaba tallando él en la madera y Ejan se los metió en la boca sin dejar de trabajar.

A sus quince años, Rocha era menuda, morena y esbelta, una chica silenciosa y vivaracha. Rodeó el tronco examinando sus progresos. La ancha base del tronco sería la proa, y Ejan estaba tallando allí una plataforma para que pudiera subirse un arponero. Un asiento chato y más bajo, situado a popa, acomodaría al timonel. Era asombroso ver cómo emergía un bote de la madera. Pero los trabajos de vaciado estaban tan poco avanzados que resultaba descorazonador y las superficies del tronco seguían irregulares y sin pulir.

Rocha suspiró.

—Estás trabajando mucho, hermano. Osa tardaba un día en acabar las balsas, o dos como mucho.

Ejan se incorporó. Se limpió el sudor de la frente con el brazo y arrojó al suelo otra hacha gastada.

—Pero la balsa de Osa le costó la vida. El océano que nos separa de la tierra del sur no es como las plácidas aguas del río. Ninguna balsa es lo bastante fuerte. —Pasó la mano por el interior de la cavidad que había

tallado hasta entonces—. En esta balsa estaré seguro. Y mis pertenencias también. Aunque vuelque, no me pasará nada, porque podrá enderezarse con facilidad. Mira esto. —Dio unos golpecitos al exterior—. El tronco es muy duro por fuerza pero la pulpa del interior es muy liviana. La madera flota tan bien que no puede hundirse. Es la mejor manera de hacer la travesía, créeme.

Rocha pasó su manita por la madera trabajada.

—Torr dice que si quieres hacer una canoa, deberías utilizar corteza. Las canoas de corteza son fáciles de hacer. Me lo ha enseñado. Puedes utilizar un solo trozo de corteza, con trozos de arcilla en la proa y la popa, o varios atados con fibras y...

—Y te pasas todo el viaje achicando agua, es decir, que estás a medio camino del naufragio. Hermana, esta canoa no hay que coserla y no puede partirse; y no tiene fugas.

—Pero Torr piensa...

—Demasiado —le espetó él—. Y hace muy poco. Ya me he comido los dátiles. Déjame. —Y se inclinó sobre la madera para seguir rascando.

Pero la muchacha no se marchó. Por el contrario, se introdujo ágilmente en el áspero interior de la embarcación.

—Si mis palabras no te sirven de nada, hermano, puede que mis manos sí lo hagan. Dame un rascador.

Sorprendido, Ejan sonrió y le dio una azuela.

Después de esto, los trabajos avanzaron a un ritmo constante. Una vez que la canoa tuvo más o menos la forma deseada, Ejan adelgazó las paredes desde dentro. Había espacio suficiente para dos personas y su equipaje. Para secar y endurecer la madera, encendieron cuidadosamente pequeñas fogatas en el interior y el exterior de la canoa.

Fue un gran día cuando hermano y hermana sacaron la canoa al río por primera vez, Ejan en la proa, Rocha en la popa.

Rocha era todavía una marinera inexperta y la embarcación cilíndrica volcaba a la menor ocasión. Pero volvía a enderezarse con la misma facilidad y Rocha aprendió a extender la sensación de equilibrio de su propio cuerpo por la línea central de la canoa, de modo que entre Ejan y ella

pudieran mantenerla firme con pequeños movimientos. Muy pronto fueron capaces de mantenerla a flote —al menos en las aguas tranquilas del río— sin tener que pensar conscientemente en ello y, utilizando las palas, fueron capaces de alcanzar una considerable velocidad.

Tras las primeras pruebas en el río, Ejan pasó varios días más trabajando en la canoa. Al secarse la madera se había agrietado y partido en algunos sitios. Llenó las grietas con cera y arcilla y aplicó resina a las superficies interiores y exteriores para protegerla e impedir que se produjeran nuevas grietas.

Hecho esto, decidió que la embarcación estaba preparada para su primera prueba en el océano.

Rocha exigió que le permitiera acompañarlo, pero él no estaba seguro. Aunque había aprendido deprisa, seguía siendo joven, inexperta y no tan fuerte como un adulto. Pero al final, claro está, respetó su opinión. Joven o no, su vida le pertenecía y podía hacer con ella lo que le pareciera. Así eran las cosas entre los cazadores-recolectores como ellos y así serían siempre: su cultura de apoyo mutuo engendraba respeto mutuo.

Al fin, por primera vez, la canosa salió deslizándose por la desembocadura del río en dirección al océano. Ejan la había cargado de rocas para simular el peso de la comida que tendrían que llevar con ellos en la auténtica travesía, que seguramente se prolongaría durante varios días.

Cuando los veían pasar, los pescadores en sus balsas y sus canoas se levantaban y gritaban, sacudiendo los arpones y las redes, y los niños los seguían corriendo por la orilla, chillando. Ejan no cabía en sí de gozo.

Al principio todo fue bien. Las aguas siguieron tranquilas aun después de salir del estuario. Rocha parloteaba excitadamente, diciendo que el océano era muy fácil, que la travesía sería pan comido.

Pero Ejan guardaba silencio. Sabía que las aguas que rodeaban la proa de la canoa estaban ligeramente teñidas de marrón y repletas de fragmentos de materia vegetal y otros restos. En realidad, seguían dentro de la corriente del río. Probablemente, si probaban el agua, la encontraran dulce. Era como si todavía no hubieran salido a mar abierto.

Cuando alcanzaron las auténticas corrientes oceánicas, tal como Ejan había temido, la turbulencia de las aguas aumentó de repente y las olas, bruscas y traicioneras, empezaron a golpear las bordas. La sencilla canoa cilíndrica rodó sobre sí misma y Ejan se vio sumergido en las aguas frías y saladas. Con una coordinación fruto de su experiencia, se inclinaron hacia la derecha para enderezarla, y emergieron, jadeando y empapados. Pero, casi al instante, la canoa volvió a volcar. Cuando estaban girando de nuevo, los cabos que sujetaban el cargamento se partieron y Ejan vio cómo se hundían las piedras que habían subido a bordo.

Cuando el bote se estabilizó al fin, vio que Rocha no estaba a bordo, pero al cabo de pocos segundos, apareció cerca de allí, chapoteando y escupiendo agua.

Sabía que el experimento había terminado. Arrojó al mar el resto de las rocas, acudió rápidamente a rescatar a su hermana, la ayudó a subir a bordo y emprendieron el viaje de regreso a la desembocadura.

Cuando regresaron al campamento, los esperaba una recepción apagada. Torr los ayudó a amarrar la canoa, pero no dijo gran cosa. Su madre no estaba a la vista. Habían estado lo bastante cerca de la costa como para que todos pudieran presenciar la prueba, y el resultado había sido un recuerdo doloroso de la suerte que habían corrido sus hermanos, Osa, Born e Iner.

Pero Ejan no se dejó desalentar. Sabía que la travesía era posible en la canoa. Solo era una cuestión de habilidad y resistencia: y sabía que, por muy decidida que estuviera, Rocha no poseía todavía estas cualidades. Si quería llegar a la tierra del sur, necesitaba a un compañero más fuerte.

Así que abordó a Torr.

Su hermano estaba construyendo una canoa nueva, un complejo prototipo de corteza anudada. Pero ahora pasaba la mayor parte de su tiempo recogiendo comida y cazando. Tenía la espalda encorvada de inclinarse sobre matorrales y raíces, y una gran herida en las costillas, infligida por un jabalí, que se negaba a terminar de cerrarse.

Ejan pensó que su hermano parecía mucho más viejo. En Torr veía el sólido y firme sentido de la responsabilidad que había heredado de su abuelo junto con el nombre.

—Ven conmigo —le dijo—. Será una gran aventura.

—Esa travesía no es... necesaria —dijo Torr. Parecía incómodo—. Aquí hay mucho que hacer. Las cosas son más difíciles ahora, Ejan. Somos pocos. No es como antes. —Esbozó una sonrisa forzada, pero sus ojos estaban apagados—. Imagínanos a los dos en tu canoa, pero en el río. ¡Cómo gritarían las chicas! ¡Y los cocodrilos se partirían los dientes en el casco...!

—No construí la canoa para el río —dijo Ejan con voz templada—. La construí para el océano. Ya lo sabes. Y nuestros hermanos dieron la vida para llegar a la tierra del sur.

El semblante de Torr se endureció.

—Piensas demasiado en nuestros hermanos. Ya no están. Sus almas estarán con Ja'an hasta que regresen en los corazones de nuevos niños. He tratado de ayudarte, Ejan. Te ayudé a traer el tronco. Esperaba que el trabajo te limpiara la cabeza de sueños. Pero has llegado a un punto en el que estás preparado para dejar que el océano te mate, como hizo con nuestros hermanos.

—No tengo la menor intención de dejarme matar —dijo Ejan, sintiendo una profunda cólera.

—¿Y Rocha? —le espetó Torr—. ¿La llevarás a ella a la muerte por tu sueño?

Ejan sacudió la cabeza, frustrado.

—Si Osa estuviera vivo, habría venido conmigo. —Dio una palmada al casco cosido de la nueva canoa de Torr—. Dos canoas son mejores que una. Si esta fuera la canoa de Osa, la ataría a la mía y navegaríamos codo con codo por el océano hasta...

—¡Hasta que los dos os ahogarais! —gritó Torr—. Yo no soy Osa. Y esta no es su canoa. —De pronto, vio Ejan con sorpresa, la cólera y la frustración que su hermano sentía se manifestaron en su rostro... así como su miedo—. Ejan, si te perdemos...

—Ven conmigo —volvió a decir, con voz calmada—. Une tu canoa a la mía. Juntos derrotaremos al océano.

Torr sacudió la cabeza, tieso, sin mirarlo a los ojos.

Entristecido, Ejan se preparó para partir.

—Espera —dijo Torr en voz baja—. No iré contigo. Pero puedes llevarte mi canoa. Navegará junto a la suya. Mi cuerpo estará aquí, desenterrando raíces. —Sonrió, una sonrisa nostálgica—. Pero mi alma estará contigo, en la canoa.

—Hermano...

—Solo te pido que vuelvas.

La canoa de Torr dio a Ejan una nueva idea.

La segunda canoa, aunque estaría llena de comida y otras provisiones, no estaría tripulada. Eso significaba que no tenía por qué ser tan pesada como la de Ejan y que atar las dos canoas juntas no sería la mejor solución para conseguir estabilidad.

Tras pensar un poco y experimentar mucho, Ejan unió la sólida canoa de corteza de Torr a la suya con dos pedazos de madera cruzados. Con esta solución, las dos canoas conectadas por una estructura abierta de madera, era casi como si estuviera construyendo una especie de almadía a partir de las dos embarcaciones.

A medida que su concepto se desarrollaba, su excitación iba en aumento. Puede que de ese modo fuera capaz de combinar lo mejor de ambos diseños. Los remeros y sus posesiones estarían en la canoa de palmera, en lugar de expuestos en la superficie de una balsa, pero la segunda canoa les proporcionaría la estabilidad de la anchura de una balsa.

Ayudado por Rocha, hizo los preparativos para las nuevas pruebas, primero en el río y luego cabotando a lo largo de la orilla del océano. El diseño de doble casco resultó más difícil de manejar que una sola canoa, pero era mucho más estable. Aunque se adentraron más en el océano que la primera vez, no volcaron una sola vez. Y como no tenían que estar constantemente preocupándose de mantener enderezada la balsa, el viaje resultó mucho menos fatigoso.

Al fin, Ejan sentía que estaba preparado.

Trató una última vez de disuadir a Rocha. Pero en sus ojos percibió una especie de inquietud dura, la determinación rocosa de enfrentarse a aquel desafío. Al igual que Ejan, le debía su nombre al pasado. Puede que en algún punto del linaje de Rocha que había llegado hasta ella hubiese existido una gran viajera.

Cargaron la canoa de provisiones —carne seca y raíces—, agua, conchas y pieles para embalar, armas y herramientas, e incluso un fardo de madera seca para hacer una fogata. Trataban de estar preparados para cualquier eventualidad. No tenían la menor idea de lo que podían encontrar en aquella costa verde que se extendía al sur, ni la menor idea.

Esta vez, no hubo celebraciones que marcaran su partida. La gente les dio la espalda y atendió a sus cosas. Ni siquiera Torr estaba allí para ver cómo salía la doble canoa deslizándose suavemente por el estuario. Ejan no pudo por menos que sentir el peso de su desaprobación, mientras, con un suave balanceo, su embarcación se aproximaba a aguas más profundas.

Pero aquella modesta expedición era el comienzo de una gran aventura.

Por toda la península, el improvisado diseño de Ejan estaba desarrollándose de forma independiente en muchos más sitios. En algunos de ellos, evolucionaba a partir de canoas dobles, como el caso de Ejan, en el que una segunda canoa más pequeña desempeñaba el papel de estabilizador. En otros, el diseño se parecía más a una balsa abierta. Por todas partes, la gente estaba experimentando con sencillos postes tendidos a lo largo de la borda de una canoa para mejorar su maniobrabilidad. Al margen de la disparidad de sus orígenes, el diseño era una solución para el problema de la inestabilidad que hasta ahora había confinado las canoas a los ríos.

Y en las generaciones venideras, los descendientes de esta gente, montados en embarcaciones parecidas, se extenderían por Australasia, el Océano Índico y Oceanía. Al oeste llegarían hasta Madagascar, en la costa africana, al este hasta la isla de Pascua, al norte a Taiwán y la costa de China y al sur hasta Nueva Zelanda, llevando a todas partes su lenguaje y su cultura. Sería una migración épica: no en vano, tardaría decenas de miles de años en completarse.

Pero cuando todo hubiese terminado, los hijos de aquel pueblo fluvial habrían recorrido más de doscientos sesenta grados de la circunferencia de la Tierra.

El cruce del pequeño estrecho que los separaba de la nueva tierra fue tan sencillo que casi resultó decepcionante.

Ejan y Rocha navegaban siguiendo una costa desconocida. Al cabo de algún tiempo, llegaron a un lugar en el que un arroyo de lo que debía de ser agua dulce atravesaba como un cuchillo un tapiz de vegetación enmarañada. Pusieron rumbo a la costa y remaron con todas sus fuerzas hasta sentir que las proas de las canoas topaban con el lecho de arena de la playa. Habían recalado en una playa estrecha, rodeada de densa jungla.

Rocha exclamó:

—¡Yo primero, yo primero! —Saltó de la canoa... o al menos intentó hacerlo; tras días en el mar, las piernas le fallaron, resbaló y cayó de costado al agua, riendo.

No fue un desembarco demasiado digno. Nadie dio un discurso ni plantó una bandera. Y no se erigiría ningún monumento en el lugar; de hecho, en cuestión de treinta mil años, aquel primer lugar hollado por el pie del hombre sería engullido por la subida del nivel del mar. Pero sin embargo, a pesar de todo, fue un momento extraordinario. Porque Rocha se había convertido en el primer homínido que tocaba suelo australiano, el primero que ponía el pie en aquel continente.

Ejan salió de la canoa con más cuidado. Entonces, metidos hasta las rodillas en el agua cálida de la playa, arrastraron las canoas hasta dejarlas varadas.

Rocha corrió directamente hacia el arroyo. Se arrojó a él y dio vueltas y vueltas en el agua, bebiéndola a grandes tragos y lavándose toda la piel con ella.

—¡Agh, la sal, tengo por todas partes...! —Con la exuberancia de la juventud, salió como pudo del arroyo y corrió hacia el bosque en busca de fruta fresca.

Ejan tomó un gran trago de agua fría y dulce y sumergió la cabeza en ella durante varios segundos. Entonces, con las piernas temblando, empezó

a caminar por la playa. Estudió la jungla. Reconoció mangles, palmeras... era como su casa. Se preguntó hasta dónde se extendería aquella isla. Y se preguntó también si habría, después de todo, gente allí...

Rocha lanzó un débil gemido. Llegó corriendo a su lado.

Algo se movía entre la vegetación. Era enorme, y sin embargo se movía casi silenciosamente. Transmitía una especie de quietud reptiliana que evocaba en sus corazones temores atávicos. Salió reptando de la maleza. Ejan se dio cuenta inmediatamente de que era una serpiente, pero de un tamaño que nunca había visto. Tenía al menos un paso de anchura y siete u ocho de longitud. Hermano y hermana se cogieron el uno al otro y corrieron hacia la playa.

—Monstruos —susurró Rocha—. Hemos llegado a una tierra de monstruos.

Se miraron, jadeando, sudoroso. Y entonces se echaron a reír, como si por algún ensalmo su miedo se hubiera transformado en júbilo.

Regresaron a la canoa para recoger la madera y hacer una fogata, el primer fuego no natural que veía en toda su historia aquella tierra inmensa.

Pero no el último.

II

Noroeste de Australia
c. 51,000 años antes de nuestros días

Jana había estado recogiendo mejillones entre las rocas de la playa. Estaba completamente desnudo a excepción del cinturón del que colgaban las bolsas que contenían lo que había recogido. Tenía la piel morena y el cabello enmarañado recogido sobre la cabeza. A sus veintiún años era

esbelto, fuerte, alto y estaba completamente sano, con la única excepción de una leve cojera que le había dejado un ataque de polio infantil.

Sudando, levantó la mirada y dejó de trabajar un momento. Al oeste, el Sol estaba descendiendo hacia el océano, como todos los días. Si se cubría los ojos, podía distinguir canoas y siluetas que la luz del Sol afilaba: gente, en el agua. El día estaba terminando, y las bolsas que llevaba al cinto estaban llenas.

Ya era suficiente. Se volvió y regresó caminando lentamente por las rocas. Cojeaba un poco.

Por toda la costa, los pescadores regresaban a casa, atraídos como polillas a las hebras de humo que ascendían hacia los cielos. Allí la gente vivía en comunidades numerosas, alimentándose de los recursos del mar y los ríos.

Habían pasado ya unas cincuenta generaciones desde que el primer humano pusiera el pie en Australia. Ejan y Rocha habían regresado a su hogar, llevando noticias de lo que habían encontrado, y otros los habían seguido. Y sus descendientes, que todavía seguían aferrados en gran medida a una economía centrada en las costas y los ríos, se habían dispersado por las riberas de la gran Australia y por los ríos y las llanuras de color carmesí del interior. Pero Ejan y Rocha habían sido los primeros. Su espíritu seguía transmitiéndose todavía de generación en generación —Jana llevaba el nombre y albergaba el espíritu del propio Ejan— y los chamanes todavía relataban la historia de su aventura, de cómo habían volado sobre las aguas en una embarcación recubierta de plumas de gaviota y habían luchado contra escarabajos gigantes y otros monstruos al llegar, a la luz titilante de las fogatas.

Jana llegó a su casa. Su pueblo vivía en un puñado de cabañas y chozas apiñadas a la sombra de un gran farallón de arenisca erosionada. El suelo estaba cubierto de desperdicios: las canoas, las balsas y los botalones estaban varados en la playa, como todas las noches, había media docena de arpones apoyados unos contra otros, como tipis, y por todas partes se veían redes medio terminadas o a medio reparar.

En el espacio abierto del centro del asentamiento, había una gran fogata comunitaria construida con troncos de eucalipto. Otras fogatas de menor tamaño ardían en los hogares de piedra de las cabañas. Las piedras para cocinar estaban ya en el fuego y los hombres, las mujeres y los niños estaban atareados descamando y destripando pescado. Por todas partes corrían los niños, estorbando y organizando escándalo, como hacen siempre los niños, actuando como una especie de pegamento social que mantenía unida a la comunidad.

Pero Jana no veía a Agema por ninguna parte.

Sin soltar sus bolsas llenas de mejillones, se encaminó a la mayor de las cabañas. Agema la compartía con sus padres, primos segundos de los de Jana, y sus numerosos hermanos. Al llegar junto a la oscura entrada de la choza, Jana aspiró hondo, hizo acopio de valor y entró. Dentro reinaba una gran actividad y en el aire flotaba una intensa mezcla de olores: humo de madera, carne curada, bebés, leche y sudor.

Entonces la vio. Estaba limpiando a una niña que tenía el rostro cubierto de hollín.

Levantó sus bolsas. Los mejillones que contenía despidieron destellos.

—Os he traído esto —dijo. Agema levantó la mirada y sus labios se fruncieron formando una sonrisa, pero esquivó su mirada. La niña, en cambio, lo miraba con los ojos muy abiertos. Jana dijo—: Son los mejores. A lo mejor podríamos...

Pero entonces un pie salió de la oscuridad y golpeó su pierna más débil. La pierna cedió inmediatamente y Jana cayó al suelo. Los mejillones se esparcieron por todas partes. Un coro de risotadas lo rodeó. Una mano fuerte lo sujetó por el codo y lo ayudó a levantarse.

—Si quieres impresionarla, no deberías caminar, no con una pierna así. Deberías saltar, como un canguro...

Jana, con el rostro ardiendo, se encontró mirando los ojos profundos y hermosos de Osu, el hermano de Agema. Sus hermanos lo rodeaban. Tuvo que esforzarse para no perder los estribos.

—Me has tirado al suelo.

Al ver la furia genuina que se había encendido en los ojos de Jana, el rostro de Osu se ensombreció.

—No pretendía insultarte —dijo con amabilidad.

Pero su decencia solo empeoraba las cosas. Jane se inclinó para recoger los mejillones.

Osu dijo:

—Espera. Deja que te ayude.

Jana le espetó:

—No necesito tu ayuda. Son para...

—Ah. ¿Para mi hermana? —Osu volvió la vista hacia ella y Jana vio que le guiñaba un ojo.

Otro de los hermanos, Salo, tan alto y tan hermoso que parecía imposible, se adelantó.

—Mira, amigo, si quieres impresionarla, esto es lo que deberías traer a casa. —Y le mostró a Jana una concha de mejillón, una enorme, tan grande que hacían falta las dos manos para sostenerla.

Jana, que había pasado toda la vida recogiendo moluscos, nunca había visto un mejillón de ese tamaño. De hecho, nadie había visto nunca un gigante así.

—¿Dónde lo has encontrado?

Salo asintió con gesto vago.

—En la playa, en un viejo podridero. Estoy pensando en usarlo como cuenco.

Osu sonrió.

—Mejillones gigantes, ¿eh? Ejan y Rocha debieron de comer muy bien en aquellos días. Pero ya se han acabado, claro... Trae uno así, pequeño canguro, y mi hermana se te abrirá de piernas tan deprisa como un mejillón abre la concha en el fuego.

Más carcajadas. Jana vio que Agema se tapaba el rostro, pero sus hombros subían y bajaban. Las carcajadas volvieron a cobrar intensidad y Jana supo que tenía que salir de allí antes de que se comportara como un niño, demostrando su rabia... o, peor aún, golpeando a uno de aquellos estúpidos.

Recogió sus mejillones y salió con toda la dignidad que pudo reunir. Pero mientras se alejaba, la voz suave y burlona de Osu llegó hasta sus oídos:

—Me han contado que tiene la polla tan doblada como la pierna...

Jana durmió poco aquella noche. Pero al despertar ya sabía lo que tenía que hacer.

Se levantó antes del alba. Recogió sus cuerdas, sus lanzas endurecidas al fuego, su arco, las flechas y las herramientas y salió en silencio del campamento.

Siguiendo la orilla del río, se encaminó hacia el interior.

Al pisar la materia muerta que tapizaba el suelo del bosque, perturbó a un grupo de criaturillas furtivas parecidas a roedores. Eran canguros, o algo parecido. Lo miraron con grandes y furiosos ojos antes de huir. Apenas les prestó atención.

Muchos de los árboles de aquel bosque ralo que se extendía a la orilla del río eran eucaliptos, cubiertos parcialmente por jirones de corteza. Estos árboles tan peculiares, al igual que gran parte de la flora, eran descendientes lejanos de la vegetación de Gondwana, aislados con aquel continente extraviado cuando se había separado del resto de las tierras meridionales. Y por las aguas del río, a la sombra de los árboles, avanzaban otras reliquias de tiempos ancestrales. Eran cocodrilos, aislados allí como los eucaliptos, solo que, a diferencia de los árboles, y al igual que a sus parientes del resto del mundo, el tiempo no los había cambiado.

Llegó a un claro.

Una familia de criaturas cuadrúpedas del tamaño de rinocerontes lo estaba cruzando. Tenían orejas pequeñas, colas gruesas y cortas y patas planas, como los osos. Estaban removiendo todo el suelo del bosque: con sus dientes inferiores, largos como colmillos, escarbaban la tierra buscando los matorrales salados que preferían. Estos marsupiales herbívoros eran diprotodones, una especie de wombats gigantes.

Allí vivían muchas especies de canguros. Algunos de los más pequeños buscaban hierba y vegetación menuda en la tierra. Pero los más grandes eran mucho mayores que Jana; estos gigantes habían alcanzado tales dimensiones que podían alimentarse del follaje de los árboles. Cuando buscaban comida, los canguros se impulsaban utilizando las patas delanteras, las colas y aquellas poderosas patas traseras, un medio de locomoción único y, sin embargo, a pesar de su tamaño, lento y dotado de una extraña elegancia.

Pero en ese momento estalló una conmoción más allá del claro, en el bosque. Los canguros, tanto los grandes como los pequeños, se volvieron y huyeron dando saltos extraordinariamente elásticos. El causante de aquel estrépito entró tranquilamente en el claro. Se parecía a un león, pero no estaba emparentado con los felinos. Era un thylacoleo, otro marsupial, al igual que los diprotodones y los canguros, solo que este era un depredador carnívoro al que las oportunidades y el reparto de roles había dotado de aquella forma leonina.

Jana se desplazó cautelosamente por el borde del claro, sin apartar la mirada del thylacoleo.

Mientras en el resto del mundo los mamíferos placentarios habían alcanzado la dominancia, Australia se había convertido en un laboratorio de tamaño continental en el que se experimentaba la adaptación de los marsupiales. Había canguros carnívoros que cazaban en grandes y feroces manadas. Había extrañas criaturas que no tenían igual en todo el mundo: colosales parientes de los platypus, tortugas gigantes tan grandes como coches, cocodrilos terrestres. Y en los bosques vivían inmensos lagartos monitor —parientes de los dragones de Komodo de Asia, solo que mucho más grandes—, reliquias espeluznantes del Cretácico, reptiles carnívoros de una tonelada de peso, capaces de devorar un canguro o a un ser humano.

Jana siguió su camino con los pensamientos en otra parte.

Conocía a Agema desde pequeño, igual que ella a él. En aquellas comunidades pequeñas y apiñadas todos se conocían entre sí. Pero solo en el último año, al cumplir ella los dieciséis, había empezado a atraerlo de aquella manera. Hasta entonces no podría haber dicho qué era lo que lo

cautivaba de ella. No era alta, ni esbelta, tenía unos pechos que siempre serían pequeños, caderas y muslos demasiado anchos y un rostro que era como una luna llena hecha de carne, de nariz pequeña y boca fruncida hacia abajo. Pero transmitía una cierta quietud, como el mar cuando la canoa está lejos de tierra, una placidez que ocultaba profundidades y riquezas.

Apenas le había hablado de esto. De hecho, apenas le había dirigido la palabra desde hacía un año, desde que empezara a verla de aquel modo.

Lo que más le dolía era que Osu y los demás abusones estúpidos tenían razón cuando se burlaban de él, cuando señalaban su cojera, su indignidad como posible marido para Agema. De ese modo, estaban tratando de proteger a su hermana de un mal partido. Él sabía que su pierna mala no suponía un impedimento de verdad para ganarse la vida, para ayudar a Agema a criar a los niños que tanto deseaba tener con ella, pero tenía que convencerla a ella y a su familia de que era así.

Y nunca lo haría arrancando mejillones de las rocas como un niño. Tenía que cazar, a eso se reducía todo. Tenía que salir y traer una gran pieza, y tenía que hacerlo solo, para demostrar a Agema y a los demás que era un hombre tan fuerte, lleno de recursos y capaz como el que más.

Su pueblo obtenía la mayor parte de su comida cazando animales pequeños o recolectando los recursos del mar, los ríos y los bosques de la costa: nada espectacular ni peligroso. La caza mayor era cosa de hombres, principalmente, un juego peligros que ofrecía a los hombres y los niños la ocasión de demostrar su capacidad, como siempre había sido. Y en este ancestral juego era en el que Jana iba a tener que participar ahora.

Por supuesto, no era tan estúpido como para lanzarse solo a por algo demasiado grande. Los animales más grandes del bosque solo podían cobrarse trabajando en grandes grupos. Pero había una presa que un cazador solo podía cazar...

Siguió adentrándose en el bosque.

Finalmente llegó a otro claro. Y allí vio lo que andaba buscando.

Había encontrado un nido hecho de follaje, con una docena de huevos cuidadosamente dispuestos en su interior. Lo extraordinario de aquel nido era su tamaño — posiblemente, Jana habría podido meterse entero en él— y algunos de los huevos que contenía eran tan grandes como su cabeza. Si Purga hubiera podido ver aquella tremenda estructura, puede que hubiera llegado a la conclusión de que los dinosaurios habían vuelto.

Jana puso la trampa con habilidad. Registró el claro hasta encontrar las enormes huellas de la madre. Las siguió durante unos metros. A continuación, tendió unas cuerdas entre los árboles, encima de las huellas, cogió sus lanzas de doble punta y las clavó en el suelo.

Después de eso, llegó el momento de encender el fuego.

No tardó mucho en recoger la madera que necesitaba. Para encender la llama utilizó un arco en miniatura que hacía girar un palito en una cavidad excavada en un madero. Alimentó la pequeña llama con paja. Una vez encendido el fuego, introdujo antorchas en las llamas y las arrojó por todas partes.

Allí donde caían, brotaban llamas como letales flores.

Las aves remontaron el vuelo con un chillido, huyendo del humo, mientras unos canguros diminutos y furtivos, con expresión de alarma, se escabullían entre sus pies. Para cuando regresó al claro, las llamas estaban extendiéndose.

Entonces, una enorme forma bípeda emergió graznando del bosque. Cubierta por un plumaje negro, tenía un cuello muy largo y fino y unas patas musculosas que hacían temblar la tierra cuando corría. Era un genyornis, un ave terrestre dos veces más grande que un emú. De hecho, era una de las aves más grandes de toda la historia de la Tierra. Pero Jana se dio cuenta de que estaba aterrorizada: tenía los ojos muy abiertos y su pico, extrañamente menudo, se abría y se cerraba constantemente.

Las patas del gran pájaro tropezaron con las cuerdas. Cayó a plomo al suelo. Su propio impulso la ensartó limpiamente en las lanzas. No murió al instante. Atrapado, con las ensangrentadas lanzas sobresaliendo por su espalda, el genyornis batió las débiles e inútiles alas. Una parte profunda de su consciencia experimentó un fugaz sentimiento de disgusto contra sus

antepasados por haber renunciado al don del vuelo. Pero entonces apareció un homínido, corriendo y gritando, y un hacha se abatió sobre él.

Las llamas estaban extendiéndose deprisa. Jana iba a tener que apresurarse para salir de allí.

En Australia se producían incendios antes de la llegada de los humanos, por supuesto. Ocurrían sobre todo durante los monzones, cuando las tormentas con aparato eléctrico eran más numerosas. Como respuesta, se habían desarrollado algunas especies de plantas resistentes al fuego. Pero no eran dominantes ni estaban muy extendidas.

Pero ahora las cosas estaban cambiando. Allá donde iba el hombre, proliferaban los incendios, utilizados para alentar el crecimiento de las plantas comestibles y como medio de caza. La vegetación había empezado ya a adaptarse. La hierba, tan extendida como en el resto del mundo, era capaz de arder y sobrevivir. Algunas especies de eucalipto habían desarrollado una hábil estratagema para sobrevivir a las llamas. Su corteza se caía y, arrastrada por el viento, provocaba nuevos incendios a decenas de kilómetros de distancia. Pero por cada especie que salía ganando, había muchas, muchas que salían perdiendo. Las especies más sensibles al fuego no podían competir en aquellas condiciones. Los cipreses, antaño tan extendidos, estaban empezando a escasear. Hasta algunas plantas que la gente valoraba mucho por sus frutos, como ciertas especies de matorrales, se habían extinguido. Y, a medida que su hábitat sucumbía al fuego, las comunidades animales experimentaban un auténtico desastre.

A partir del lugar en el que había desembarcado Ejan, el hombre estaba extendiéndose, generación tras generación, siguiendo las costas y el curso de los ríos. Era como si una gran oleada de fuego y humo estuviera expandiéndose desde el extremo noroeste de Australia y se abriera camino por aquella vasta tierra roja. Y ante aquel frente de destrucción, la antigua vida no tenía más remedio que sucumbir. La desaparición de los mejillones gigantes había sido la primera de aquellas extinciones.

Cuando Jana salió del bosque, el incendio seguía encendido, propagándose rápidamente, entre colosales pilares de humo que se alzaban hacia el cielo. Ajeno a ello, no miró atrás ni una sola vez.

No podía llevar el ave entera hasta el pueblo, claro. Pero es que la comida no era lo esencial en este caso. Así que, cuando Jana regresó al campamento con la cabeza del genyornis clavada en la lanza, fue recibido por las palmadas de aprobación de Osu y los demás... y la tímida mirada de aprobación de Agema.

III

Nueva Gales del Sur
c. 47,000 años antes de nuestros días

La canoa de corteza descansaba, inmóvil, sobre las turbias aguas del lago.

Jo'on y su esposa, Leda, estaban pescando. La lanza tenía una punta de hueso de ualabi, muy afilada y recubierta con resina de goma. Lena había fabricado la caña con fibra de corteza machacada y le había puesto un anzuelo hecho con un fragmento de concha. Pero los anzuelos eran frágiles y la caña débil, de modo que la idea era que Leda tirara con suavidad de los peces que picaran para que Jo'on los arponeara.

Jo'on tenía cuarenta años. Era flaco y huesudo, aunque su rostro, cubierto de arrugas por una vida de duro trabajo, transmitía optimismo. Y estaba orgulloso de su bote.

Había hecho la canoa cortando un largo óvalo de corteza de eucalipto y atando sus extremos para hacer la proa y la popa. La borda estaba reforzada con un palo atado con fibras vegetales, y otros palos de menor tamaño

servían como propagadores. Las grietas y agujeros estaban cubiertos de arcilla y resina. Pero era una canoa inestable.

En el agua se cimbreaba con cada ola y tenía numerosas vías de agua. Pero, así y todo, con un poco de habilidad, se dejaba manejar hasta en aguas picadas. Y aunque estuviera toscamente terminada, su belleza estribaba en su simplicidad; Jo'on la había terminado en un solo día.

Sus antepasados, empezando por Ejan en aquel primer desembarco, habían emprendido un recorrido por toda Australia, desde el noroeste hasta aquel rincón del sudeste, y el árido centro del continente. Pero nunca habían perdido la destreza a la hora de fabricar embarcaciones. La canoa de Jo'on hasta tenía su propio fuego, encendido sobre una placa de arcilla lisa en el fondo de la embarcación, para que pudieran cocinar los peces que capturaran. En caso de que hubieran capturado alguno.

A Jo'on le daba igual, en realidad. Podría haberse quedado allí, en el seductor silencio de su bote, todo el día, picaran o no los peces. Ni siquiera los cocodrilos que pasaban flotando, asomando los ojos relucientes, conseguían perturbar su equilibrio. Aquello era mejor que estar en el campamento, junto a la costa, con los niños corriendo por todas partes, los hombres pavoneándose y las mujeres desenterrando raíces. Por no hablar de los dingos y sus ladridos. En su opinión, aquellos lobos medio salvajes eran más una molestia que otra cosa, aunque a veces ayudaran a cazar...

A Leda se le agotó la paciencia. Con un gruñido de disgusto, arrojó la caña al agua. —Estúpidos peces... Jo'on se sentó frente a ella.

—Mira, Leda. Hoy los peces parecen tímidos, nada más. No deberías tirar la caña. Solo hay que...

—¡Y estúpida, inútil canoa, en la que no deja de entrar agua! —Dio un pisotón a la capa de agua de río que se había formando en el fondo del bote.

Jo'on suspiró, cogió un cuenco de madera tallada y empezó a recoger las cosas. Con la esperanza de que Leda se calmara, no dijo lo que pensaba.

Leda tenía la cabeza cubierta de entrañas de pescado, que se cocían lentamente al sol y vertían un aceite de olor asqueroso por todo su cuerpo. El aceite mantenía alejados a los mosquitos del lago, que en aquella época del año eran una auténtica maldición. Su naricilla estaba arrugada y su boca

se había contraído en un puchero. Apenas un año menor que Jo'on, se había convertido en una mujer gruesa y nerviosa, propensa a sufrir ataques de rabia.

Nunca había parecido tan fea, pensó él. Y a pesar de ello, sabía que nunca la abandonaría. Recordaba como si fuera ayer el día que había tenido que quitarle su hijo menor —le había aplastado la cabeza con una piedra y luego había arrojado el cuerpo al fuego— y el día, solo unas lunas después, en que se había visto obligado a provocarle un aborto golpeándole el vientre hasta que el niño había nacido prematuramente.

Ella había entendido las razones. El pueblo estaba en marcha y ya cargaban con un bebé recién destetado. No podía permitirse el lujo de tener otro niño. Ella lo sabía. Ni siquiera había formado vínculos con ninguno de los niños perdidos; se los habían quitado demasiado pronto. Y sin embargo, aquellos incidentes habían moldeado su personalidad, habían establecido su patrón para siempre, como el lodo agrietado del lecho de un lago seco. Y del dolor que había sufrido sí que culpaba a Jo'on. —Las cosas tiene que cambiar —le espetó de repente.

—Umm. —Jo'on se rascó la barbilla—. ¿Una caña más gruesa? O puede que... —No estoy hablando de cañas, montón de mierda de cocodrilo. Mira esto. — Levantó la lanza, con el fragmento de hueso embadurnado en goma —. Eres un idiota.

Pescas con trozos de hueso mientras que Alli utiliza un arpón con una punía de pedernal. No me extraña que sus hijos estén tan gordos.

Jo'on cerró los ojos y contuvo otro suspiro. Alli, Alli, Alli: algunos días, parecía que lo único que oía era el nombre del hermano mayor de Leda, mucho más listo, por no mencionar más guapo, y mucho más capacitado para enfrentarse a la vida que él.

—Pues haber tenido hijos con Alli —murmuró.

Ella respondió con la rapidez de un dingo enfurecido:

—¿Qué has dicho?

—Nada, Leda. Sé razonable. No nos queda pedernal.

—Pues consigue un poco. Ve a la costa y comercia.

Jo'on tuvo que contener el impulso de discutir. Después de todo, si se le quitaban los insultos, la sugerencia no era tan mala; los cien kilómetros de ruta hasta la costa eran muy concurridos y estaban limpios de maleza.

—Muy bien. Le pediré a Alli que me acompañe.

—No —dijo ella, y apartó la mirada.

Jo'on frunció el ceño.

—¿Por qué no? Ayer estuviste hablando con tu hermano, antes del baile. ¿Qué le dijiste?

Ella apretó los labios.

—Hablamos un poco.

—Hablasteis. ¿De qué? —Ahora sí que estaba empezando a irritarse—. ¿De mí? ¿Otra vez has estado insultándome delante de tu hermano?

—Sí —replicó ella con un siseo—. Ya que lo preguntas, pues sí. Así que si no quieres quedar como un idiota delante de todos, mejor que no te acerques a él. Vete solo.

—Pero es un viaje muy...

—Vete solo. —Cogió un remo del fondo de la canoa—. Y ahora nos volvemos.

Al final no le quedó otra opción que prepararse para una caminata solitaria hasta la costa. Pero antes de salir se enteró de la verdad. Cuando Leda habló con Alli no había sido para atacarlo, sino para defenderlo de las burlas de su hermano. No le dijo nada antes de partir, pero guardó ese pequeño fragmento de calidez junto a su corazón.

Al partir, un par de dingos lo siguieron. Les tiró piedras hasta que retrocedieron gruñendo.

Estaba ya lejos del lago y caminaba en silencio. La tierra era llana y de color rojo, y estaba tapizada de hierba de *spinifex*, del blanco color de los espectros. No se movía nada salvo su propia sombra a sus pies. No había gente hasta donde alcanzaba la vista, hasta el horizonte.

Australia siempre sería un lugar marginal para el hombre. Tras cinco mil años de presencia humana, había menos de trescientas mil personas en

todo el continente —solo una por cada veinticinco kilómetros cuadrados— y la mayoría se concentraba alrededor de las costas, las orillas de los ríos y los lagos. Y en el gran corazón rojo del continente, la vasta y ancestral llanura de piedra caliza y los desiertos de plantas xerófilas, vivían menos de veinte mil personas.

Pero los humanos, a pesar de su escasez, habían conseguido cubrir Australia con la fina telaraña de su cultura, en los basureros y los hogares y las conchas, en las imágenes grabadas en rocas de color carmesí. Y Jo'on, a pesar de que estaba solo, a pesar de que rondaba los cuarenta, no tenía miedo de salir al polvo rojizo, armado con su lanza y su boomerang. No tenía miedo porque el conocimiento de su familia empapaba aquel paisaje.

Estaba siguiendo el camino sinuoso de la serpiente ancestral: la primera serpiente de todas que, según se decía, había dado la bienvenida a Ejan en su primer desembarco desde el oeste. Y cada centímetro del camino estaba colmado de historia, que se cantaba a sí mismo mientras caminaba. La historia era una codificación del conocimiento de la tierra que tenía su pueblo: era una historia-mapa, muy específica y muy completa.

Los detalles más importantes hacían referencia a los cursos de agua. Había un cuento asociado a cada categoría de pozo y a una gran variedad de cavidades de roca y cisternas naturales, árboles huecos y trampas de rocío. La primera fuente en la que se detuvo, de hecho, era un lento manantial de infiltración. Su historia contaba que, en tiempos pasados, allí se veían a menudo canguros gigantes, fascinados por el agua y fáciles de abatir. Pero ahora los canguros habían desaparecido y solo quedaban los restos de un maltrecho eucalipto para guardar las aguas.

Y así era todo. Para Jo'on la tierra estaba repleta de detalles tan vividos como si la hubieran cubierto de señales y flechas, a pesar de que solo había recorrido aquel camino una vez en toda su vida.

Estos relatos significaban el principio del Tiempo de los Sueños. Los relatos perdurarían mientras los descendientes de Jo'on mantuvieran viva su cultura independiente, en proceso de mutación, cada vez más elaborados y, sin embargo, construidos alrededor de un núcleo de realidad. Siempre sería

posible utilizar la historia de la serpiente ancestral para encontrar comida y agua.

Y, por mucho que se alejara el pueblo, por mucho que se hundieran en las tinieblas del tiempo, siempre sería posible utilizar el Tiempo del Sueño para seguir el rastro de los caminos que recorrían la tierra hasta el noroeste, hasta el lugar en el que Ejan y su hermana la habían hollado por vez primera.

Sin embargo, a pesar de toda esta sabiduría oral, Jo'on no podía saber que aquella tierra estaba vacía, mucho más vacía que cuando llegaran allí por vez primera sus antepasados.

Tras un día de marcha llegó a un bosquecillo, como esperaba. Tenía la intención de cazar algo allí para añadir un poco de carne a las mercancías que llevaba antes de llegar a la costa. Se adentró silenciosamente en el bosque.

No tardó en encontrar algo bueno: miel silvestre, de un panal que colgaba de un árbol gomero. Mientras estaba bajando el panal, una culebra negra se le acercó, pero pudo cogerla por la cola y le aplastó la cabeza contra una rama.

Su mayor triunfo aquella tarde fue avistar un goanna, un varano de casi dos pasos de longitud. Al verlo, el goanna se asustó y se ocultó dentro de un tronco hueco. Pero Jo'on era paciente. En cuanto el goanna le puso la vista encima, se quedó tan inmóvil como si estuviera paralizado. Luego permaneció allí, sin pestañear, mientras, al oeste, el Sol se hundía tras el horizonte y el intenso tono carmesí del suelo se teñía de negro. Vio que la lengua del goanna exploraba cautelosamente el exterior del tronco. Todo el mundo sabía que a los goannas les gustaba saborear el aire para saber si había depredadores cerca. Así que Jo'on permaneció inmóvil como una roca; no había viento y su olor no llegaría hasta el lagarto.

Al final, tal como esperaba, el lento y paciente cerebro del goanna olvidó que Jo'on estaba allí. Abandonó furtivamente su refugio. Su lanza lo atravesó de un solo golpe y lo dejó clavado a la tierra.

Al pie de un eucalipto, Jo'on hizo una hoguera con un palo. Desolló y destripó rápidamente al goanna, ablandó la carne al fuego y se dio un

suculento banquete. Sobre su cabeza, las chispas de la fogata se alzaban hacia un cielo cada vez más oscuro.

Cumulo despertó, al despuntar el alba, el fuego había menguado pero seguía encendido. Bostezó, se estiró, vació rápidamente la vejiga y comió un poco más de goanna.

Después hizo una antorcha con madera muerta, la encendió en su fogata, y empezó a caminar por el bosque, encendiendo pequeños fuegos. Buscaba sobre todo árboles huecos, pues sabía que arderían bien, y prendía los desechos que encontraba a sus pies.

Tras todo este tiempo, la estrategia básica de los cazadores del bosque no había cambiado: utilizar el fuego para atraer a las presas.

El incendio no tardó en obligar a las zarigüeyas, reptiles y marsupiales a salir del interior de sus troncos. Eran todas criaturas pequeñas pero logró abatir a algunas de ellas y añadió sus cuerpos a la pila que estaba acumulando cerca de su hoguera. Pero para impresionar al pueblo de pescadores que vivía en la costa necesitaba presas más grandes. Así que se adentró más profundamente en el bosque, y prendió más árboles y matorrales.

Gradualmente, las llamas se extendieron y se fundieron, organizándose a sí mismas, alimentándose de la energía de las demás, generando corrientes y brisas que cebaban la intensidad de los incendios. Los fuegos separados no tardaron en convertirse en un auténtico incendio, un tembloroso muro de fuego que se desplazaba más deprisa de lo que ningún humano era capaz de correr.

Pero Jo'on, a esas alturas estaba ya a salvo fuera del bosque. Y cuando las copas de los árboles estallaron como si estuvieran hechos de magnesio, él estaba preparado con su lanzador de venablos.

Finalmente, los animales empezaron a salir del bosquecillo. Había canguros, zarigüeyas, reptiles y muchas ratas marsupiales, y todos estaban aterrorizados. Corrían en todas direcciones: algunos de ellos, ciegos y confundidos, lo hacían directamente hacia Jo'on. Ignoró a las pequeñas y rápidas criaturas. Pero entonces vio dos mucho más grandes, un par de canguros rojos que saltaban hacia él con extraordinaria rapidez. Cogió un

venablo y lo introdujo en el lanzador de su abuelo. Esperó; solo tendría una oportunidad.

En el último momento, los canguros lo vieron y viraron. Su lanza atravesó el aire humeante sin causar daño.

Con un grito de frustración, corrió para recuperar su arma. Maldiciendo la tozudez de Leda y su propia necedad, puso la lanza en el lanzador y se preparó para esperar una vez más. Pero sabía que había perdido su mejor ocasión. Tendría que contentarse con su triste montón de zarigüeyas y lagartos, porque no quedaban más animales grandes que matar.

El goanna que había cazado era un pariente de los gigantes carnívoros que antaño habían vivido en el centro del continente. Aquel desgraciado poseía solo una fracción del tamaño de sus inmensos antepasados; todos los gigantes habían desaparecido, cazados y calcinados hasta la extinción. Los canguros rojos que había tratado de atrapar eran también ecos menguados de poderosos linajes. Los más grandes habían sido cazados ya. Las especies que sobrevivían eran las pequeñas, las rápidas, tanto en moverse como en multiplicarse, capaces de evitar las lanzas de los cazadores.

Desde la llegada de Ejan, veinticinco especies de animales grandes se habían sumido en la oscuridad. Por todo el continente, de hecho, toda criatura mayor que el ser humano había desaparecido.

Finalmente, Jo'on acabó por llegar al mar. So encontraba en el este de Australia, no muy lejos del lugar que algún día se conocería como puerto de Sydney. La luz, mucho más brillante que tierra adentro, le cegaba, mientras la peste a sal, peces y algas abrumaba su sentido del olfato y el incesante gruñido del mar llenaba sus oídos. Después de su viaje por el polvoriento y rojo centro, no estaba acostumbrado a semejante clamor en sus sentidos.

Al descender a la costa, vio gente trabajando en el mar, en canoas y sobre balsas. En la brillante luz que reflejaba el mar, eran figuras esbeltas y erguidas que pescaban con redes, lanzas y cañas. Esta gente vivía de la costa y su fuente principal de sustento eran los peces, y por esta razón estaban abiertos al comercio de carne con el interior.

Jo'on se aproximó a ellos sin otra cosa en las manos que la carne, gritando las pocas palabras de saludo que conocía en el idioma local.

Primero vio un grupo de mujeres con niños. Estaban devorando un montón de ostras. Lo observaron sin demasiada curiosidad. Al acercarse a ellas pasó sobre una capa de conchas de ostra, abiertas y rotas todas ellas, una capa cuyo grosor aumentaba conforme se aproximaba a las mujeres. Finalmente, vio con asombro, llegaba a la cima de un depósito de conchas más alto que él mismo, resultado de siglos de ininterrumpida recogida. El depósito se encontraba en el exterior de una de las docenas de cuevas de arenisca que jalonaban la costa de aquel puerto. Algunas de las entradas estaban cubiertas por toscos pedazos de corteza trabajada. A la sombra de la cueva más próxima, un grupo de niños jugaba con conchas muy antiguas.

Las mujeres no demostraron demasiado interés por él. Siguió su camino.

Finalmente, una anciana salió cojeando de una de las cuevas. Tenía el pelo gris y su piel parecía un saco viejo. Dijo algo incomprensible, lanzó una mirada despectiva a sus mercancías y le indicó que entrara en la cueva.

El suelo estaba tapizado de lascas de pedernal, conchas amontonadas, puntas de hueso y carbón. Cuando sus pies removían los desechos, veía que debajo había capas de basura, hasta excrementos humanos, secos y sin olor ya. Al igual que su propio pueblo, aquellos pescadores no eran muy entusiastas a la hora de limpiar la basura, y cuando se acumulaba tanto que el campamento se volvía impracticable, se limitaban a trasladarse, confiando en que las fuerzas invisibles de la naturaleza se encargaran de los desechos.

Pero sus ojos distinguieron una pila de rocas de pedernal al fondo de la caverna, un tesoro envidiable. Se decía que había cuevas en otra costa, al sur, donde podías arrancar los pedernales de la pared. Pero la gente del interior como Jo'on no sabía de dónde procedían las valiosas piedras, de modo que tenía que comerciar con quienes sí poseían este conocimiento.

Los pescadores se mostraron bastante amigables, quizá pensando en sus futuras relaciones. Le dieron comida y agua. En sus lenguajes mutuamente ininteligibles, trataron de hablar de lo que había visto durante el viaje, de las

cosas nuevas con las que se habían encontrado. Pero no estaban impacientes por comerciar. Cogieron su ocre y las tristes piezas de carne que había traído. Pero estaba claro que aquello solo valía un puñado de pedernales. Mejor que nada, pensó con abatimiento.

Los pescadores dejaron que se quedara a pasar la noche.

Se tendió en un jergón de algas secas. Apestaba a sal y a descomposición. A la luz mortecina de las fogatas, se encontró mirando las pinturas del techo, imágenes en carbón, ocre y tinte púrpura que formaban una criatura marina. Había vividas representaciones de wombats, canguros y emús; los hombres aparecían cazándolas, acosando a los animales que escapaban.

Pero —vio al mirar con más detenimiento— aquellas imágenes estaban dibujadas sobre otras más extrañas: de aves y lagartos gigantes, incluso de canguros más altos que los humanos que los cazaban. Esas imágenes debían de ser más antiguas que las primeras que había visto, porque estaban debajo. Pero lo que mostraban lo dejó confundido. Supuso que no significaban nada. Puede que fueran obra de algún niño.

Se equivocaba, claro está. Era una peculiar tragedia que la generación de Jo'on hubiera olvidado ya lo que había perdido.

Jo'on se tumbó y cerró los ojos, tratando de ignorar los ruidos de una pareja que hacía el amor en un rincón, y esperó a que se presentara el sueño. Se preguntó lo que le diría Leda cuando lo viera llegar sin otra cosa que un puñado de pedernales. Mientras tanto, sobre su cabeza, las criaturas antiguas y desaparecidas, las aves y los canguros gigantes, las serpientes y diprotodones y goannas, interpretaban una danza fúnebre a la luz de la fogata.

OceanofPDF.com

13

Último contacto

OESTE DE FRANCIA,
C. 31,000 AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

I

Con el mamut tallado escondido en la mano, Jahna se aproximó a la chica frente-de-hueso.

La taciturna criatura, desconcertada y un poco asustada, levantó la mirada hacia ella. Estaba sentada en la tierra helada, mugrienta, harapienta, sin hacer nada.

Jahna se sentó en cuclillas y la miró directamente a los ojos. Eran sendos globos oscuros bajo aquella protuberancia de hueso a la que su especie debía su nombre. Jahna tenía doce años, casualmente los mismos que aquella frente-de-hueso. Pero las semejanzas terminaban ahí. Mientras Jahna era alta, rubia, esbelta y tan ágil como un abeto joven. La frente-de-

hueso era corta de talla, achaparrada y obesa: fuerte, sí, pero tan redonda y fea como una roca. Y mientras que Jahna llevaba ropas ajustadas de cuero cosido y fibra vegetal, con mocasines de suela de paja, una capucha forrada de piel y una capa entretejida, la frente-de-hueso se cubría con simples jirones de cuero mugriento y gastado, atados con pedazos de cartílagos.

—Mira, frente-de-hueso —dijo Jahna, levantando el puño—. Mira. ¡Mamut! —y abrió los dedos para mostrarle su pequeña baratija.

La frente-de-hueso chilló y retrocedió torpemente, lo que hizo reír a Jahna. Casi se podía ver cómo se ponía en funcionamiento la pesada mente de la hembra. Los frente-de-hueso no eran capaces de concebir que un pedazo de marfil pudiera tener la forma de un mamut; para ellos, los objetos solo podían ser una cosa a la vez. Eran estúpidos.

En ese momento, Millo se acercó corriendo. El hermano de Jahna, a sus ocho años, embutido en un mono de piel de foca que le estaba grande, era todo energía y ruido. Se cubría los pies con pieles de gaviota vueltas del revés, para mantenerlos calientes. Al ver lo que estaba haciendo Jahna, le quitó el mamut de la mano.

—¡Yo, yo! Mira, frente-de-hueso. ¡Mira! ¡Mamut! —Le puso la figurilla a la frente-de-hueso en la cara.

La orina empezó a resbalar por las piernas de la hembra y Millo, encantado, lanzó un chillido de puro placer.

—¡Jahna, Millo! —Los dos niños volvieron la cabeza. Por allí venía su padre, Rood, alto y fuerte, con los brazos desnudos a pesar del frío de aquella mañana de primavera.

Calzado con las bolas de piel de mamut que tanto le gustaban, caminaba dando poderosas zancadas. Parecía alegre, excitado.

En respuesta a su estado de ánimo, los pequeños olvidaron su pasatiempo y corrieron a su lado. Mientras Millo se agarraba a sus piernas, como siempre, Rood se inclinó para abrazar a sus hijos. Jahna captó el olor del pescado ahumado en su aliento. Los saludó formalmente, utilizando la genealogía de sus nombres:

—Mi hija, mi madre. Mi hijo, mi abuelo. —A continuación, rodeó la cintura de su hijo con los brazos y le hizo cosquillas. El muchacho chilló y

salió corriendo—. Anoche soñé con focas y narvales —dijo entonces—. Hablé con el chamán y él arrojó sus huesos. —Asintió—. Mi sueño es bueno; mi sueño es la verdad. Saldremos al mar y cazaremos peces y focas.

Millo empezó a dar saltos, excitado.

—¡Yo quiero conducir el trineo!

Rood se volvió hacia Jahna y escudriñó su rostro.

—¿Y tú, Jahna? ¿Vas a venir?

Jahna se apartó de su padre y lo pensó detenidamente.

Su padre no le había pedido su aprobación por capricho. En aquella comunidad de cazadores, los niños eran tratados con respeto desde el momento en que nacían. Jahna llevaba el nombre, y por tanto el alma, de la propia madre de Rood, así que la sabiduría de esta vivía en su interior. Del mismo modo, el pequeño Millo llevaba el alma del abuelo de Rood. La gente no era inmortal, pero sus almas sí que lo eran, al igual que sus conocimientos. (El nombre de Jahna, por descontado, era doblemente especial. Porque no era solo el de la abuela de Jahna, sino el de la abuela de esta: era un nombre cuyas raíces se adentraban miles de años en el pasado.) Y aparte del asunto de los nombres, ¿cómo iban a convertirse los niños en adultos si no se les trataba como adultos? Así que Rood esperó pacientemente. Puede que la decisión de Jahna no prevaleciera, claro está, pero su razonamiento sería escuchado y sopesado.

La joven levantó la mirada hacia el cielo, evaluó los vientos, las escasas nubes que lo recorrían; tanteó el suelo helado con el dedo del pie, tratando de averiguar si el deshielo sería significativo aquel día. De hecho, albergaba un extraño sentimiento de inquietud. Pero el entusiasmo de su padre era abrumador, así que reprimió aquella partícula de duda.

—Es sabio —dijo, muy seria—. Saldremos al mar.

Millo gritó de alegría y se encaramó de un salto a la espalda de su padre.

—¡El trineo! ¡El trineo! —Los tres juntos regresaron a la aldea.

Durante la conversación, todos habían ignorado a la hembra frente-de-hueso, que seguía acurrucada sobre el suelo, temblando, con un reguero de orina en las piernas.

En la aldea, los preparativos para la cacería ya estaban en marcha.

Al contrario que la fea y desorganizada colección de chabolas de los frente-de-hueso, la aldea era una serie de chozas abovedadas y dispuestas en una pulcra rejilla. Cada cabaña se había erigido sobre una estructura de troncos de abetos jóvenes, traídos de los bosques del sur. Las estructuras estaban cubiertas con pieles y marga de la tundra, y en las paredes tenían agujeros para las puertas, las ventanas y la salida de humos de la chimenea. Los suelos estaban pavimentados, más o menos, con guijarros del lecho del río. Hasta algunas de las áreas abiertas entre las cabañas se habían pavimentado también, para impedir que la gente se hundiera en el barro de la frágil marga de la tundra.

Cada cabaña estaba a su vez cubierta de enormes huesos de mamuts y de antílopes megaloceros. El propósito de estos caparazones era contribuir a aislarlas de los salvajes vientos del invierno y recabar la protección de los animales: estos sabían que los humanos solo les arrebataban la vida cuando era necesario, y a cambio le prestaban su fuerza a las cabañas del pueblo.

Alrededor de aquellas cabañas de hueso, flotaba un zumbido de actividad e impaciencia.

Una alta cazadora —la tía de Jahna, Olith— estaba utilizando una fina aguja de hueso para reparar sus pantalones de piel de ciervo. Otras, en la zona despejada que se utilizaba como taller, estaban haciendo redes, cestas y arpones dentados de hueso y marfil, mientras las tejedoras, en los telares, hacían prendas de fibra vegetal. La mayoría de la ropa que llevaban estaba hecha de piel de animales, que era más cálida y duradera, pero había muchos objetos de lujo hechos de tela entretejida: faldas, bandas para el cabello, redecillas, pañuelos y cinturones. Esta destreza en el cordaje databa de muchas decenas de miles de años atrás y se debía a la necesidad de encontrar una alternativa a los cartílagos de animales para atar las barcas y canoas.

Todos llevaban ornamentos: pendientes, collares, cuentas cosidas a la ropa. Y todas las superficies, hasta la última herramienta de hueso o madera

o piedra o marfil, estaba decorada con imágenes de personas, aves, plantas y animales: había leones, grandes rinocerontes, mamuts, renos, caballos, ganado salvaje, osos, íbices, un leopardo e incluso un búho. No eran imágenes naturalistas —los animales saltaban y se encabritaban y las patas, en movimiento, eran a menudo borrosas— pero contenían muchos detalles, capturados por un pueblo que a lo largo de las generaciones había aprendido a conocer las criaturas de las que dependía tan íntimamente como se conocía a sí mismo.

Todo lo que había allí estaba cargado de sentido, porque cada elemento formaba parte de una interminable historia por la que aquel pueblo se comprendía a sí mismo y al mundo en el que vivía. No había nada que tuviera un solo significado, un solo propósito; la ubicuidad del arte atestiguaba la nueva integración de las mentes de quienes lo habían creado.

Pero incluso entonces pervivían ciertos vestigios de la antigua compartimentación, como siempre ocurriría. Un anciano estaba esforzándose por explicarle a una muchacha cómo se utilizaba un cuchillo de pedernal para tallar un fragmento de marfil. Al final le fue más sencillo arrebatarle la herramienta y demostrárselo sin más, dejar que las acciones casi independientes de su cuerpo hablaran por sí solas.

Aquellos hombres, allí, mientras cumplían con sus quehaceres, parecían un pueblo saludable: altos, membrudos, llenos de confianza, de rostro agudo y tez clara y lisa. Pero había pocos niños entre ellos.

Jahna pasó junto a la cabaña del chamán. El hombre, grande y aterrador, no estaba por ninguna parte. Probablemente estuviera durmiendo para recuperarse de los excesos de la pasada noche, cuando, una vez más, había estado cantando y bailando hasta atravesar las barreras del mundo del trance. El exterior de su cabaña estaba cubierto de omóplatos rotos de caballos y ciervos. La gente había montado algunos de ellos en espetones y los había puesto al fuego. Una sola mirada le bastó a Jahna para leer los patrones que las fortunas revelaban en las marcas de la incineración; sí, aquel sería un gran día de pesca.

Aunque sus habilidades lingüísticas estaban muy avanzadas, el pueblo extendía aún los brazos con timidez hacia lejanos e insondables dioses. Así

que recurrían a viejos instintos. Como ya sabía Guijarro en su momento, la comunicación en aquellas situaciones en las que uno carecía de lenguaje, o disponía solo de uno muy limitado, tenía que ser sencilla, exagerada, repetitiva, inequívoca... esto es, ritual. Y, del mismo modo que él había intentado una vez convencer a su padre de que era verdad que se acercaban unos desconocidos, el chamán se esforzaba ahora por conseguir que los dioses indiferentes le prestaran atención, le entendieran y le respondieran. Era un trabajo muy duro. A nadie le parecía mal que durmiera hasta tarde.

Millo y Jahna llegaron a la cabaña en la que vivían con su padre, su madre, su hermana pequeña y sus tías. Mesni, la madre, estaba allí, entre las sombras. En aquel momento estaba humeando la carne de un megaceros que un león había matado varios días atrás.

—¡Mesni, Mesni! —Millo corrió hacia su madre y se agarró a sus piernas—. ¡Vamos a salir al mar! ¿Tú vienes?

Mesni abrazó a su hijo.

—Hoy no —dijo sonriendo—. Hoy me toca a mí aliñar la carne. Tu pobre, pobre madre. ¿No te doy pena?

—Adiós —dijo Millo sin más, se dio medio vuelta y salió de la cabaña.

Mesni resopló, puso cara de fingida contrariedad y siguió trabajando pacientemente.

Habían guardado la mayor parte del cadáver del megaloceros en un agujero excavado en el permafrost. Mesni utilizó un cuchillo de piedra para cortar rodajas de carne tan finas como el papel y las colgó en una estructura de madera tendida sobre el hogar. En cuestión de pocos días, la carne estaría perfectamente preservada; allí tenían una reserva de proteínas que se conservaba durante meses. Pero Jahna arrugó la nariz al oler la carne. El frío solo había remitido lo suficiente como para que pudieran volver a cazar, recolectar y traer carne fresca a casa el último mes, el primero de la primavera; antes de eso, habían pasado un largo invierno consumiendo los restos resecos del pasado año y Jahna había acabado harta de aquella carne coriácea e insípida.

Acarició la espalda de su madre.

—No te preocupes. Me quedaré contigo para ahumar la carne mientras Millo conduce el trineo.

—Estoy segura de que eso te encantaría. La intención es lo que cuenta. Toma. —Le entregó un trozo de carne envuelto en piel—. No dejes que tu padre mate de hambre a los frente-de-hueso. Ya sabes cómo es. Y a esto no dejes que se acerque. —Y le dio un puñado de eulachon secos.

Eran unos peces parecidos a sardinas, tan ricos en grasa que podías sujetarlos de un lado y encenderlos como si fueran velas. Normalmente, su grasa se hervía para utilizarse como salsa, como medicina o, incluso, como repelente para mosquitos. O, en caso de necesidad, podías comerte el pescado, sin más; la grasa podía mantenerte vivo mucho tiempo. Aquel preciado presente era un equipo para emergencias.

Jahna cogió los pescados con solemnidad y los guardó en un bolsillo de su chaleco. Era una gran responsabilidad, pero el alma de su abuela, oculta en su corazón, le daba la confianza necesaria para aceptarla. Besó a su madre.

—Me encargaré de que no le pase nada a nadie —le prometió.

—Lo sé. Y ahora, ve a prepararte. Vamos.

Jahna cogió su arpón favorito y salió de la cabaña en pos de Millo.

La partida de caza cargó rápidamente el trineo con redes, arpones, cañas, sacos de dormir hechos de piel de reno y otras provisiones. Era un trineo sólido, de casi diez años de edad, una estructura de madera montada sobre largos esquíes de marfil de mamut. Los arreos y las cinchas estaban hechos de dura piel de foca y las riendas con las que se controlaba el tiro de frente-de-hueso eran de piel de mamut. El trineo sólo se utilizaba a principios de primavera o finales de otoño, cuando la tierra estaba helada o cubierta de nieve. A finales de primavera y en verano el suelo se volvía demasiado resbaladizo para los frente-de-hueso. Sin embargo, en un mundo en el que aún no se había inventado la rueda y aún no se había domesticado el caballo, aquel trineo de madera y hueso era el último grito en tecnología de transporte.

Mientras tanto, Rood se había dirigido al campamento de los frente-de-hueso a reunir un tiro.

El campamento era un grupo de chozas miserables situado en un extremo de la aldea de los humanos. Las cabañas y chozas, tan achaparradas y deformes como los propios frente-de-hueso, se levantaban en medio de la tundra como enormes excrementos, rodeadas de niños y adultos grotescos por todas partes. En lugares como aquel, en las regiones del Viejo Mundo donde aún sobrevivían, los robustos frente-de-hueso seguían fabricando sus sencillas herramientas y levantando sus feas cabañas igual que llevaban haciendo medio millón de años, desde tiempos de Guijarro y aun antes. A diferencia de lo que la explosión de los humanos había significado, la industria de los frente-de-hueso no había experimentado variación significativa alguna en este inmenso lapso de tiempo.

Con un golpecillo de su látigo, Rood escogió a dos jóvenes de aspecto fornido. Los machos lo siguieron pasivamente y se dejaron uncir al trineo.

Terminaron de cargar el trineo en poco tiempo. Rood solo necesitó restallar el látigo una vez para que los frente-de-hueso empezaran a tirar. Hizo falta algún esfuerzo para que el trineo se pusiera en marcha. Los frente-de-hueso, con sus gruesas piernas y sus andares torpes, poseían mucha más potencia que velocidad. Pero muy pronto, los dos machos estaban tirando con regularidad y el trineo se deslizaba siseando sobre el hielo a una velocidad aceptable. Los cazadores, lanzando vítores y chasqueando las lenguas, fueron tras ellos.

Bajo el insólito plañido de sus flautas de hueso, el grupo recorrió kilómetros y kilómetros de tundra. Rood marchaba sentado sobre los fardos del trineo, preparado para utilizar el látigo de piel curada en la espalda de los frente-de-hueso si era necesario. Millo, con el cabello ondeando al viento, se sentaba junto a su padre.

Se encontraban en el norte de Francia. La partida de caza, en su viaje hacia la costa Atlántica, pasaría cerca del lugar en el que un día se levantaría la ciudad de París. Pero la línea de los árboles —la latitud a partir de la cual los árboles alcanzaban una altura respetable— empezaba muchos

kilómetros al sur de allí. Y no muy lejos, al norte, se encontraban los grandes casquetes de hielo. A veces se oía el aullido del viento que soplaba sobre los hielos, aire frío llegado del mismo polo, un viento denso, incansable, incesante, que había tallado un gran desierto de hielo a los pies de los glaciares.

La tierra era una sucesión de retazos blancos y azules, con algunas raras manchas de verde prematuro. Los esquíes del trineo siseaban al pasar sobre los árboles: eran sauces y abetos enanos, bosques menguados que se aferraban a la tierra tratando de esconderse del viento. Era una tierra de bajo calado, una pequeña franja de suelo capaz de albergar vida sobre una profunda capa de hielos perennes. Estaba salpicada de lagos, congelados en su mayoría, que despedían los destellos azules del hielo de sus profundidades, un hielo que no se fundiría ni siquiera al llegar el verano. Los estanques y lagos y ciénagas del verano no eran en realidad más que fugaces películas de agua fundida sobre el *permafrost*.

Pero la primavera estaba aproximándose. En algunos sitios había empezado a crecer la hierba y las ardillas corrían de acá para allá, atareadas recogiendo semillas.

La tundra era un lugar sorprendentemente productivo. La flora incluía muchas especies de hierba, juncias, pequeños matorrales y plantas herbáceas, como por ejemplo guisantes de diferentes tipos, margaritas y ranúnculos. Las plantas crecían rápidamente y en abundancia si encontraban un lugar para hacerlo. Y las cortas estaciones de crecimiento de las diferentes especies no se solapaban, de modo que para los animales que vivían allí, todos los años había un largo período en el que la comida era abundante.

Aquel complejo y multicolor mosaico de vegetación sustentaba una inmensa población de herbívoros. En la Europa oriental y Asia había hipopótamos, cabras y ovejas salvajes, ciervos rojos, ciervos grises y corzos, jabalís, asnos, lobos, hienas y chacales. En el oeste, allí, en Francia, había rinocerontes, bisontes, jabalíes, ovejas, cabras, renos, caballos, íbices, ciervos, antílopes, bueyes almizcleros y muchos, muchos carnívoros, entre

ellos los osos de las cavernas, y los leones, las hienas, los zorros árticos y los lobos.

Y —como Jahna pudo ver en aquel momento, hacia el sur, desplazándose por la tierra cubierta de nieve— también mamuts.

Era una gran manada, que avanzaba pesadamente, sin prisas, una muralla de cuerpos que se extendía de un lado a otro del horizonte. No eran criaturas migratorias, pero habían pasado el invierno refugiados en los valles del sur, donde, impulsadas por la geografía, se reunían inmensas manadas. Su pelaje era de un color intenso, entre marrón y negro, pero al caminar, los flecos de pelaje que colgaban de sus trompas y sus flancos se columpiaban de un lado a otro y despedían destellos dorados bajo la luz sesgada de la primavera. Parecían peñascos, grandes peñascos cubiertos de pelo. Pero en ocasiones, alguno de ellos levantaba la cabeza y, tras un movimiento rápido de la trompa o un destello del marfil de los colmillos, se escuchaba un agudo e inconfundible trompetazo. Aquellos hirsutos mamuts se habían convertido en la especie triunfante entre todos los linajes de elefantes ancestrales. Podían encontrarse por todo el vasto cinturón de tundra que envolvía el polo del planeta, formando una manada gigantesca, más numerosa que cualquier otra raza de proboscideanos en toda la historia.

No habría otro lugar ni otro momento en toda la historia del hombre donde la caza fuera tan abundante y fácil de cobrar como en aquellas tierras abiertas, recorridas por presas de semejante tamaño. Pero las cosas habían empezado a cambiar. Muy pronto, los hielos empezarían a retirarse de nuevo. Y además, fuera consciente de ello o no, la presencia del hombre había empezado a transformar la vida y el medio, igual que en Australia. Eran poco numerosos y su vida parecía dura. Pero en cierto modo, los humanos habían alcanzado ya el cénit de su suerte.

Mientras avanzaban, los cazadores llamaban la atención de sus compañeros sobre determinados hitos del paisaje, los farallones y riscos, los ríos y lagos. Todo tenía su nombre, hasta lo que estaba más lejos, y todo el mundo era escuchado con respeto cuando compartía y confirmaba sus conocimientos. En aquella tierra marginal, la información precisa era

esencial; conocer la tierra equivalía a prosperar; no conocerla, a pasar hambre, y los expertos eran mucho más apreciados que los jefes.

También contaban historias sobre los animales que veían en la distancia: cómo vivían, qué pensaban, qué creían. El antropomorfismo, la atribución de personalidades y características humanas a los animales, era una herramienta poderosa para un cazador. Los mamuts y las aves, por supuesto, no pensaban sobre su sustento y su movimiento como los humanos, pero imaginar que lo hacían podía servir para predecir con gran precisión su comportamiento.

Así que mientras viajaban, hablaban, hablaban y hablaban.

Aquella tierra era el hogar de Jahna, así como había sido el de Rood y su madre antes de ella. Pertenecía a su pueblo, pero no era una propiedad como otra cualquiera, de la que pudieran disponer; la poseían como poseían sus propios cuerpos. Los antepasados de Jahna siempre habían vivido allí, hasta donde se perdía la memoria entre las insondables nieblas del tiempo, cuando, según se decía, los humanos habían cobrado vida emergiendo del engaño y el fuego. Jahna no podía imaginarse viviendo en ninguna otra parte.

Al llegar a la mitad exacta del viaje, la partida se detuvo.

La nieve había cubierto un refugio abierto en un farallón de arenisca. Rood limpió rápidamente la nieve con amplios movimientos de los brazos, y sacó una tajada de piel de narval, con un trozo de grasa subcutánea todavía pegada. La carne llevaba allí desde el pasado otoño y gran parte de ella había sido devorada por los zorros, las gaviotas y los cuervos. Pero Rood la cortó en trozos con un fino cuchillo de piedra y muy pronto estuvieron todos comiendo. La carne, dura y parcialmente descompuesta, se consideraba un bocado. Tenía su propio nombre, que significaba algo así como «carne de muerto». La habían dejado allí para casos de emergencia, por si alguna partida de caza se veía aislada.

A los dos machos frente-de-hueso, jadeando, con las caderas y las rodillas evidentemente doloridas, se les dio descanso un rato, así como unos pedazos de carne para mascar.

Los cazadores empezaron a comentar las profecías del chamán. El pequeño Millo dijo con su voz aguda de niño:

—Yo he tenido un sueño. Soñé que era una gran gaviota. Soñé que caía al mar. Hacía frío. Llegó un gran pez y se me comió. Estaba oscuro. Y entonces, entonces...

Los cazadores escuchaban con atención, asintiendo.

Los sueños eran importantes. Todos los días, la gente afrontaba decisiones sobre la forma de buscar sustento, sobre los animales que había que perseguir, sobre si el tiempo se comportaría de esta forma o de aquella. Era esencial tomar las decisiones correctas; una sucesión de errores podía significar la muerte de hambre de tu familia. Pero las cabezas de aquellos hombres y mujeres estaban llenas a rebosar de conocimientos específicos, sobre la tierra, sobre las estaciones, sobre las plantas y sobre el comportamiento de los animales, adquiridos a lo largo de vidas enteras y destilados por la experiencia de generaciones. Y por encima de todo esto, estaba la ingente masa de datos que había que absorber a diario sobre el tiempo y las señales de los animales. Y todos estos datos, voluminosos, experimentales, cambiantes, había que procesarlos de forma que sustentaran un sistema rápido y firme de toma de decisiones.

La forma de pensar de los cazadores era, como consecuencia de todo ello, mucho más intuitiva que sistemática y deductiva. Los sueños, en los que la mente inconsciente tenía la oportunidad de examinar y evaluar todos los datos disponibles, formaban una parte esencial del proceso. Y los chamanes, con sus cantos y danzas, sus trances y rituales, eran los mayores soñadores de todos.

La convergencia de las visiones y la interpretación de los presagios que había hecho el chamán con los sueños de Rood y Millo era tranquilizadora, un fragmento de información válido que los cazadores podían utilizar para tomar decisiones. Demostraba que lo que les había dicho la intuición sobre la naturaleza del mundo era correcto.

Sin embargo, pensaba Jahna, Rood parecía intranquilo. Mientras empujaba a patadas a los frente-de-hueso hacia el tiro, se le acercó.

—¿Padre? Tienes cara de preocupación.

Él se volvió hacia ella, con el ceño fruncido.

—Es el sueño de Millo. El agua, el frío, la oscuridad. Sí, ha soñado con la pesca, con atrapar peces. Pero... —Levantó a cabeza y husmeó el aire—. Millo tiene más olfato que tú y que yo, hija mía. Puede que huela algo que a nosotros se nos escapa. Pero ya no podemos dar marcha atrás. Hemos de ir al mar y saquearlo.

Con una palmada en la nalga de uno de los machos frente-de-hueso, el trineo volvió a ponerse en marcha por los hielos. Millo, sentado sobre un montón de sacos de dormir, chilló con entusiasmo.

Al llegar a la costa, Rood soltó a los dos frente-de-hueso y dejó que recogieran un poco de comida del suelo helado. No tenían fuerzas para intentar escapar, ni, posiblemente, ingenio suficiente para pensar en ello.

El océano estaba helado.

A esas alturas del año, solo la periferia costera estaba libre de placas de hielo. Pero los casquetes estaban perforados por fallas, inmensos canales de agua negra que radiaban desde la ribera. Los cazadores sabían que las grietas se formaban todos los años en aquel lugar a causa de la forma de la costa y por eso precisamente era allí donde se habían dirigido.

Ansiosos, se encaramaron al mar de hielo. Empuñando los arpones de hielo con los mitones, Jahna y Millo corrían delante de los otros, con la esperanza de ser los primeros en alcanzar a las focas.

Jahna se encontró rodeada de cordilleras en miniatura, altozanos de hielo que se elevaban cuatro y cinco metros. La brisa levantaba lánguidas volutas de hielo y sobre ellos volaban en círculos las gaviotas, buscando peces. Cuando el mar se sacudía, como con impaciencia, su epidermis de hielo gemía y se agrietaba. El aire estaba lleno de ruidos. Pero aquel hielo era duro: las tormentas de otoño y las mareas que rodeaban la ribera habían acumulado montones de placas fracturadas de inmenso tamaño.

Rood y varios otros se habían reunido junto al borde del hielo y estaban llamando excitadamente a los demás. Un narval había emergido para respirar y era posible que los cazadores se cobraran una presa espectacular.

Pero Millo, graznando como una gaviota, siguió adelante por el laberinto de hielo. Jahna fue tras él. Llegaron a un lugar en el que el hielo estaba cubierto por una costra de hielo más reciente, de color grisáceo. Había agujeros circulares de uno o dos pasos de diámetro a su alrededor.

Millo y Jahna llegaron a uno de los agujeros y se asomaron. Las gélidas aguas eran un hervidero de vida. Jahna no podía distinguir el minúsculo plancton que las atiborraba, pero sí los pequeños peces y los crustáceos parecidos a camarones de los que se alimentaban. En aquellos tiempos fríos, secos y ventosos, el polvo erosionado en tierra era arrastrado hasta el mar, donde depositaba sales de hierro. Y el hierro, siempre escaso en el océano, hacía florecer la vida.

Entonces, Millo cogió a Jahna del brazo y señaló. Más cerca del mar, cerca de un gran agujero cubierto de neviza, había focas sobre el hielo. Eran como montones de carne fláccida de color pardo, totalmente relajados, con el pelaje cubierto de escarcha reluciente. Las focas siempre se reunían alrededor de aquellos agujeros, que les permitían salir a respirar o a tomar el Sol. La oportunidad llenó a Jahna de excitación.

Con inmenso cuidado, haciendo el menor ruido posible, los dos hermanos se aproximaron por el hielo. Cuando alguna de las focas levantaba la cabeza, se quedaban quietos y se pegaban al suelo hasta que el animal volvía a relajarse. Entretanto, se había levantado un viento aullante. Jahna lo recibió de buen grado. El tiempo no le importaba en aquel momento; no tenía ojos ni oídos para otra cosa que no fueran las focas. Pero el viento les ayudaba a aproximarse sin que los animales repararan en los crujidos de sus pasos.

Estaban casi allí, tan cerca casi como para tocar a la primera de las focas. Levantaron los arpones.

Y entonces, sin previo aviso, el viento aulló como un animal herido. Las focas despertaron, sobresaltadas. Miraron a su alrededor, graznando, y, con gracia y velocidad líquidas, se sumergieron en el mar. Millo profirió un aullido de frustración y lanzó su arpón de todos modos. El arma se hundió en el agua sin hacer blanco y desapareció.

Pero Jahna había levantado la mirada. Un muro de nieve impulsada por el viento estaba descendiendo sobre ellos, tiñendo el mundo de blanco.

Cogió la mano de Millo y lo obligó a ponerse a cubierto detrás de un bloque de hielo. Se agazaparon allí, con las rodillas pegadas al pecho. El viento chillaba por las grietas y fracturas del hielo, tan ruidoso que no podían ni oírse entre sí, tan ruidoso que no les dejaba ni pensar.

Entonces la nieve se les echó encima.

Jahna dejó de ver otra cosa que no fuera un color blanco uniforme: ni mar, ni horizonte ni hielo. Era, pensó, como si la hubieran metido dentro de un huevo, un huevo perfecto y cerrado, aislado del mundo.

La nieve no tardó en pegarse a sus capas y a acumularse sobre el bloque de hielo. Ella sabía que corrían el peligro de quedar sepultados en una avalancha, así que trató de limpiar con las manos las capas de blancos y punzantes cristales que se acumulaban sobre el bloque de hielo.

Pero la tormenta seguía y seguía. Y a cada segundo que pasaba, aumentaban las probabilidades de que Rood y los demás estuvieran alejándose.

A Millo se le agotó la paciencia. Apartó a su hermana de un empujón y se levantó, pero el furioso viento estuvo a punto de derribarlo. Ella lo obligó a volver a sentarse.

—¡No! —gritó él sobre el viento, forcejeando—. Moriremos si no nos quedamos aquí.

—Moriremos si nos marchamos —repuso ella—. ¡Mira la nieve! ¡Escucha al viento! Piensa: ¿por dónde queda tierra firme?

Millo se volvió, confuso. La nieve azotaba su pequeño y redondeado rostro.

—Ya hemos cometido un grave error —continuó Jahna—. No hemos visto venir la tormenta. ¿Qué te dice el alma que hagas? ¿Qué te dice el tatarabuelo, Millo...? —Probablemente hubiera podido obligarlo a quedarse allí por la fuerza, pero eso habría estado mal. Tenía que convencerlo de que se quedara. Porque si elegía marcharse... bien, estaba en su derecho.

Finalmente, Millo se rindió. Con lágrimas heladas en las mejillas, volvió a agazaparse tras el hielo y se acurrucó junto a su hermana. Ella lo

abrazó hasta que cesaron las lágrimas.

Siguió limpiando la nieve, sin detenerse un momento. Pero a medida que se hacía la oscuridad —a medida que la burbuja de color blanco se volvía gris y luego negra, sin que remitiera la fuerza de la tormenta un solo instante— su cansancio, su hambre y su sed no dejaron de aumentar.

Finalmente, llegó un momento en que no pudo seguir combatiendo el sueño. *Salo un rato,* pensó, *descansaré solo un rato y despertaré antes de que la nieve se acumule demasiado...* Soñó que la mecían en brazos, como su padre cuando era un bebé.

Al despertar, sintió el peso de la cabeza de su hermano en el regazo. El ruido de la tormenta había desaparecido. Estaba en la oscuridad; parecía un lugar cálido, oscuro, cálido, seguro. Cerró los ojos y volvió a tumbarse. Seguramente no pasaría nada si descansaba un poco más.

Pero entonces Millo jadeó, como si le faltara el aire. Jahna recordó su sueño, el sueño en el que se sumergía y se ahogaba. Puede que estuviera en el mismo sueño...

Oscuridad.

Súbitamente embargada de pánico, Jahna apartó a Millo de un empujón. Levantó las manos y descubrió que tenía encima una gruesa capa de nieve suelta. Se puso en pie con esfuerzo, atravesando la nieve pegajosa con la cabeza.

Y allí se encontró con una luz cegadora. La densidad del aire limpio y frío le provocó un jadeo. El cielo era una cúpula de perfecto azul por la que navegaba el Sol. Miró a su alrededor, y se encontró con un paisaje de peñascos revueltos y cubiertos por una capa de hielo azulado, salpicado de ventisqueas y montones de nieve. Nada le resultaba familiar. La nieve le llegaba a la altura de la cintura. Había tenido suerte de despertar; la nieve los había mantenido calientes pero había estado a punto de asfixiarlos.

Bajó los brazos y quitó la nieve hasta encontrar los hombros de Millo. Tiró de él para sacarlo a la luz. Al cabo de unos instantes, el niño parpadeó

y se frotó los ojos. La nieve sobre la que estaba tumbado se había teñido de color pis.

—¿Estás bien? —Le limpió la nieve de la cara y el pelo, le quitó los mitones y lo ayudó a mover los dedos—. ¿Sientes los dedos de los pies?

—Tengo sed —dijo él sencillamente.

—Lo sé.

—Quiero a Rood. Quiero a Mesni.

—Lo sé... —Jahna estaba furiosa consigo misma. Qué descuidada había sido, primero alejándose y luego quedándose dormida de aquel modo. Y era un descuido que todavía podía costarles la vida tanto a Millo como a ella—. Volvamos a tierra firme.

—Vale.

Se puso los mitones y cogió a su hermano de la mano. Rodearon el bloque de hielo que los había resguardado para volver por donde habían llegado el día anterior. Pero la tierra firme no estaba. O sí, pero era una costa baja, de aspecto desgastado, cubierta por una fina capa de nieve impoluta.

Millo gimió:

—¿Dónde está Rood?

Durante unos instantes, Jahna luchó por aceptar lo que estaba viendo. La tormenta primaveral había transformado el aspecto de todo lo que veía. Y su conocimiento de la tierra no era tan profundo como el de su padre. Pero a pesar de ello, se daba cuenta de que aquella no era la misma costa que había dejado antes de la tormenta. *Dame fuerzas, Jahna, madre de mi padre.*

—El hielo debe de haberse fragmentado durante la tormenta. El mar se nos ha llevado —recordó entonces los sueños en los que se mecía lánguidamente— y hemos terminado aquí.

—No reconozco el lugar —dijo Millo señalando la tierra. —Debe de habernos llevado lejos.

—Bueno —dijo Millo con tono prosaico—, allí es donde tenemos que ir. De regreso a la tierra, ¿no, Jahna?

—Sí, ahí es donde tenemos que ir.

—Vamos, pues. —Le cogió la mano—. Este es el camino. Cuidado donde pisas.

Ella se dejó llevar.

Echaron a andar por la costa. La tierra, cubierta de nieve, estaba en silencio. Nada se movía, aparte algún zorro ártico ocasional, alguna gaviota desorientada o algún búho, y el silencio era espeluznante.

Era difícil caminar por la nieve, a pesar de la proximidad de la costa, especialmente para Millo, con sus piernas cortas. No sabían adónde se dirigían, ni lo lejos que podía haberlos llevado el hielo. Ni siquiera sabían si estaban caminando en la dirección correcta. Al menos, pensó Jahna con un escalofrío, tenían la suerte de que el hielo no se los hubiera llevado al mar, donde, impotentes, se habrían congelado rápidamente.

Encontraron un arroyo que discurría tan deprisa que la nieve no se había acumulado sobre él. Se inclinaron para beber, hundidos hasta los codos en la nieve, envueltos en el vaho de su aliento. Jahna estaba aliviada. De no haber encontrado agua corriente, tal vez hubieran tenido que beber nieve. Habría aplacado su sed, sí, pero también habría extinguido el fuego que ardía dentro de sus cuerpos y, como todo el mundo sabía, cuando ocurría eso, te morías.

Ya tenían agua. Pero comida no encontraron, ni una pizca. Siguieron caminado.

El silencio del interior del continente les intimidaba, así que marcharon por la costa. Había muchos peligros en el interior, y entre ellos, el menor no era el ser humano.

Como primates con cuerpos concebidos para los climas tropicales que eran, los humanos, en su lucha por sobrevivir a los rápidos cambios climáticos del Pleistoceno, habían recurrido a los rasgos ancestrales heredados de las criaturas de los bosques, a los vínculos del parentesco y la cooperación.

Los clanes dispersos por Eurasia y África vivían en un aislamiento mutuo casi total. Y era un aislamiento que llevaban profundamente

grabado. A cincuenta kilómetros del lugar en el que vivía Jahna había un pueblo cuya lengua se parecía al suyo como el finlandés al chino. En los tiempos de Lejos, e incluso en los de Guijarro, había existido una uniformidad transcontinental. Ahora podía haber diferencias significativas entre un valle y el contiguo. Los humanos eran criaturas dotadas de tanto altruismo y generosidad como para dejarse matar y mutilar por sus semejantes, pero al mismo tiempo se dejaban impulsar por una extrema xenofobia capaz de impulsarlos al genocidio consciente y hasta deliberado. Pero en una tierra inhóspita, en la que escaseaba la comida, tenía sentido que los miembros de una comunidad se apoyaran unos a otros en cualquier circunstancia y, al mismo tiempo, que lucharan contra los extraños, que podían arrebatarles los preciados recursos.

Si los niños caían en manos de extraños, era posible que perdonaran la vida a Jahna, pero solo para poder disponer de su cuerpo para su placer. Si se quedaba embarazada y obtenía la protección de uno de los hombres, tal vez llegara a sobrevivir. Pero siempre sería objeto de desprecio, nunca sería uno de ellos. A Millo, en cambio, lo matarían directamente, puede que tras divertirse un poco con él. Ella sabía cómo eran las cosas. Lo había visto entre los suyos. Así que lo mejor era que nadie los descubriera.

A medida que avanzaban, su hambre iba aumentando. No tenían nada que llevarse a la boca, ni siquiera los eulachon, que había perdido durante la tormenta.

Atravesaron un puente de roca baja. A su sombra había crecido un puñado de abetos. Eran árboles enanos, más pequeños que la propia Jahna, pero al menos, gracias a la protección de la roca, habían conseguido levantar la cabeza del suelo.

De improviso, Jahna agarró a Millo y lo arrojó al suelo sin miramientos. Ocultos, asomaron la cabeza sobre la roca.

Sobre un lago helado que había al otro lado de las rocas, caminaba una pequeña bandada de lagópedos. Las aves estaban picoteando el hielo, hundiendo los picos en las grietas y fracturas. Su color blanco resaltaba poderosamente contra el acerado azul del hielo. Estas aves, las primeras que

llegaban desde el sur, eran invisibles en la nieve, pero destacarían en medio del verde y el marrón que caracterizaría a la estación más adelante.

—Vamos —dijo Jahna. Se volvieron y regresaron reptando sobre la roca a los pequeños abetos.

Jahna eligió uno de los más jóvenes, fino y alargado. Con un hacha de piedra que levaba en el bolsillo lo taló rápidamente y le cortó la copa. El tronco que obtuvo era casi tan alto como ella. A continuación, con la ayuda de Millo, hizo una muesca en el tronco y le introdujo una cuña. El tronco se abrió con facilidad y a ella le quedó una fina y fibrosa hebra en las manos. Empezó a rasparla rápidamente. Mientras tanto, Millo le quitó la corteza al resto del tronco. Lo dividió en fibras, que unió para formar una cuerda. Era un arco tan tosco que todavía había trocitos de fibra colgando de sus ataduras. No era perfecto, pensó, pero les serviría.

Se volvió rápidamente para hacer flechas con los restos del tronco. No tenían fuego para endurecerlas, claro, y, lo que era más grave, tampoco tenían plumas para los penachos. Así que improvisó: cogió trozos de corteza pelada y los hundió en la parte trasera de los astiles.

Trabajaron lo más rápido posible. Pero el Sol había descendido un poco por el cielo cuando terminaron.

Volvió a asomar la cabeza sobre el risco, con el arco y las flechas en la mano. Las aves seguían allí. Apuntó y tensó la cuerda.

La primera flecha pasó tan lejos de las aves que ni siquiera las perturbó. La segunda solo consiguió sobresaltarlas, y echaron a volar, graznando y batiendo las relucientes alas. Jahna disparó una última vez —un disparo mucho más difícil, pues su objetivo estaba ahora en movimiento— pero una de las aves cayó al suelo, abatida.

Entre gritos de alegría, los hermanos pasaron sobre el risco y corrieron hacia el lago helado. El ave estaba sobre el hielo, con un manchón de sangre entre las plumas. Pero no eran tan estúpidos como para correr sobre el hielo. Millo encontró una rama de abeto de buen tamaño. Se tendieron de bruces sobre la orilla del estanque y utilizaron la rama para pescar el ave muerta y traerla hasta ellos.

Ahora que estaba muerto, el pájaro parecía feo, torpe. Pero Jahna cogió su cabecita entre las manos con reverencia. Recogió un poco de nieve, dejó que se fundiera en las palmas de sus manos y la vertió en el pico del ave: un último trago.

—Gracias —dijo. Para ellos era importante ofrecer sus respetos tanto a los animales como a las plantas. El mundo era generoso siempre que uno no lo perturbara demasiado.

Terminada la pequeña ceremonia, Jahna desplumó rápidamente el pájaro, lo destripó y los desolló. Dobló la piel y se la guardó en el bolsillo. La utilizaría al día siguiente para hacer mejores flechas, con las plumas que le había dado el lagópedo.

Se comieron la carne cruda. La sangre resbalaba por sus mejillas y dejaba pequeñas manchas de color carmesí en la nieve, a sus pies. Fue un momento de triunfo. Pero la satisfacción de Jahna no duró demasiado. Estaba oscureciendo y el aire era cada vez más frío.

Si no encontraban un refugio, morirían.

Con el arco a la espalda y los últimos restos de carne en la boca. Jahna condujo a Millo hacia el interior. Al poco tiempo llegaron a una llanura cubierta de nieve. En el centro de la planicie, la nieve llegaba casi a la altura de sus rodillas.

Lo suficiente.

Empezó a formar bloques de nieve. Era un trabajo arduo; no tenía nada más que las manos y los cuchillos de piedra, y las capas superiores de la nieve eran blandas y se deshacían enseguida. Pero, más abajo, estaba apelmazada y era suficientemente dura.

Empezó a disponer los bloques en un círculo, a su alrededor. Millo la ayudaba. No tardaron en construir un muro circular de bloques de nieve alrededor de un foso. Poco a poco, fueron formando una espiral de bloques de hiladas cada vez más estrechas, terminada en una cúpula. Jahna abrió un agujero en la pared por el que podrían entrar y salir, y Millo pulió la superficie por dentro y por fuera.

El iglú era pequeño y tosco, pero serviría.

La luz casi había desaparecido, y se oían los aullidos de los primeros lobos. Apresuradamente, se cobijaron en su pequeña casa de hielo.

Estamos más seguros que la pasada noche, pensó Jahna mientras se acurrucaban para darse calor. *Pero mañana tendremos que encontrar comida.*

Y *hacer una fogata.*

II

Los cazadores regresaron del mar. Volvieron con sus familias, llevando la comida que habían conseguido. No hubo demostraciones de gratitud. Aquella gente no tenía palabras para decir *gracias* ni *por favor*. Entre los cazadores-recolectores no existían las desigualdades que hubieran hecho necesarias tales sutilezas. Sencillamente, la comida se repartía según las necesidades.

Se habló mucho de Jahna y Millo, entre cuchicheos.

Mesni, la madre de los dos niños, tuvo que esforzarse visiblemente para no perder el control. Siguió con sus quehaceres, cuidando de su bebé, destripando el pescado y preparando el resto de la comida que Rood había traído. Pero algunas veces dejaba el cuchillo sobre su regazo y sucumbía a la desesperación. Hasta lloró.

El pesar la había vuelto loca: eso fue lo que pensó Rood. Aquel pueblo se enorgullecía de su ecuanimidad y autocontrol. Demostrar cólera o desespero de forma visible era comportarse como un niño pequeño, como alguien que no sabía nada.

En cuanto a Rood, se refugió en sí mismo. Caminaba por la aldea o salía a la campiña, tratando de impedir que su vergüenza y su pena emergieran a la superficie de su semblante. No había nada que él pudiera hacer por Mesni. Debía asumir su pérdida, debía recobrar la calma y el control.

Pero es que la pérdida era terrible para la comunidad. Para empezar, no eran tantos. Aquel pequeño pueblo de unos veinte habitantes estaba formado esencialmente por tres grandes familias. Formaban parte de un clan más extenso, que todas las primaveras se reunía a la orilla de un río al sur de allí, un gran festival de celebración, comercio, emparejamiento y narración. Pero, aunque venía gente de muy lejos, nunca se reunían más de mil personas en aquellos encuentros: la tundra no podía sustentar una densidad de población mayor.

En tiempos posteriores, los arqueólogos encontrarían artefactos dejados por hombres y mujeres como Rood y se preguntarían si algunos de ellos tenían un significado relacionado con la magia de la fertilidad. No era así. La fertilidad nunca había sido un problema para la gente de Rood; todo lo contrario: el problema estaba en controlar su número. La gente sabía que no debía sobrecargar la capacidad de carga de la tierra que la sustentaba, y que debía conservar la capacidad de cambiar de emplazamiento con rapidez en caso de que se produjera un incendio, una inundación o una sequía.

Así que cuidaban mucho de sus hijos. Cada nacimiento estaba separado por tres o cuatro años. Esto podía conseguirse de varias formas diferentes. Mesni le había dado el pecho a Jahna y a Millo hasta una edad avanzada para suprimir su propia fertilidad. La simple abstinencia o el sexo sin penetración también servían. Y además, como siempre había ocurrido, la muerte era una amenaza constante para los pequeños. Todos podían estar seguros de que la enfermedad, los accidentes o incluso los depredadores se llevarían una fracción importante de los débiles.

Si era necesario —aunque Rood daba gracias por no haber tenido nunca que pasar por ello— si llegaba un niño sano cuando realmente no había sitio para él, podía echarse una mano a la muerte.

Mientras se atuviera a estas restricciones, el pueblo de Rood, incluso en aquella tierra de escasez situada en el extremo del mundo habitable, comía bien, disfrutaba de mucho tiempo de ocio y, con aquella sociedad respetuosa y no jerarquizada, tenía garantizada la salud de cuerpo y mente. Rood vivía en un Edén pantanoso y medio helado... aunque tuviera que

pagar el precio del incontable número de pequeñas vidas entregadas a la fría e implacable oscuridad.

Pero este cálculo siniestro no se aplicaba a Millo y Jahna.

Los dos habían llegado en un momento en que sus padres podían mantenerlos. Habían sobrevivido a los peligros de la primera infancia. Estaban creciendo fuertes e inteligentes. Jahna estaba acercándose ya a la pubertad, así que Rood esperaba con impaciencia su primer nieto. Y ahora, por culpa de una maldita tormenta primaveral y de su imperdonable descuido, aquella inversión de energía y amor le había sido arrebatada de las manos.

En su preocupación, Rood había salido del asentamiento. Estaba aproximándose a las toscas chabolas de los frente-de-hueso.

Los frente-de-hueso levantaron la mirada cuando se aproximó. Algunos de ellos estaban mordisqueando pedazos de carne de narval. Una hembra tenía a un niño agarrado al enorme pecho. Se volvió al verlo, asustada. No había sitio para los frente-de-hueso en aquella tierra dominada por seres humanos. De hecho, habrían muerto de hambre de no ser por la prodigalidad y los desperdicios de su pueblo. Los frente-de-hueso ni siquiera tenían nombre.

Pero podían ser útiles.

Se cruzó con una hembra más joven que las demás. De hecho, era la hembra a la que Jahna había estado atormentando poco antes de la desastrosa expedición al mar.

Ella, con su absurda frente manchada de mugre, le lanzó una mirada estúpida. Sabía que tenía la misma edad que su hija, pero estaba más desarrollada que ella; los frente-de-hueso crecían antes, llevaban una vida dura y morían más jóvenes. Estaba sentada en el suelo, vestida con un jirón de piel sin coser, jugando con un pendiente roto. Los frente-de-hueso parecían lo bastante inteligentes para sentir fascinación por los artefactos de la gente, pero no tanto como para fabricarlos ellos mismos. Podías conseguir cualquier cosa de un frente-de-hueso a cambio de una cuenta de marfil con forma de mamut o un arpón de hueso tallado.

Movido por un impulso que no terminó de entender, Rood extendió la mano y le arrancó la piel a la hembra. De no ser por aquella cara protuberante y aquella frente achatada, no habría estado tan mal, pensó. Su cuerpo estaba bien proporcionado aunque todavía tenía que desarrollar la corpulencia de los adultos.

Sintió que una erección se levantaba en su entrepierna.

Se arrodillo, cogió a la hembra por los tobillos y la obligó a tenderse. Ella se dejó hacer y abrió las piernas; resultaba evidente que no era la primera vez que la utilizaban de aquel modo. Palpando su carne cálida, descubrió la vagina y el ano cubiertos de mugre. La limpió con los dedos.

Y entonces, de un solo empujón violento, penetró en ella. Durante un momento fugaz y oceánico, fue capaz de olvidar el desastroso momento en el que la tormenta había caído sobre ellos y él se había dado cuenta de que había perdido a Jahna y Millo en el hielo.

Pero duró muy poco. Mientras se apartaba de la chica, lo embargó un profundo y nauseabundo sentimiento de repulsión. Utilizó una esquina de la ropa para limpiarse.

La chica, todavía desnuda, levantó las manos en una súplica silenciosa.

Rood llevaba al cuello un colgante con un diente de oso. Se lo arrancó de un tirón y lo arrojó al suelo. La frente-de-hueso lo recogió y lo levantó frente a su cara. Le dio vueltas y vueltas, como si estuviera escudriñando sus interminables misterios. Un reguero de sangre resbalaba por sus magullados muslos.

Jahna y Millo siguieron la costa, todavía impulsados por la esperanza de encontrar el lugar en el que habían visto por última vez a su padre y sus compañeros. Por las noches construían iglúes, si había nieve, o se resguardaban debajo de chozas apresuradamente construidas. El arco de Jahna y los rápidos reflejos de Millo les proporcionaban un poco de comida, algunos animalillos y pájaros.

Podían conseguir alimento, e incluso construir refugios para guarecerse, pero Millo ya había pasado una noche terrible, tras comer un pescado que

no habían destripado bien. Y lo peor de todo era que todavía no habían conseguido hacer una fogata, por mucho que hubieran frotado ramas y golpeado piedras. Y eso les estaba costando caro. La carne cruda estaba empezando a hacer que a Jahna le dolieran los dientes y el estómago y, cuando caía la noche cerrada, le parecía que no volvería a sentir calor nunca en su vida.

Pero siguieron avanzando: no tenían alternativa. Estaban perdiendo peso, y a cada día que pasaba estaban más y más cansados y con la ropa más andrajosa. Jahna se dio cuenta de que estaban muriendo poco a poco. Aunque los guiaban los espíritus ancestrales que albergaban en su interior, ellos no sabían todo lo que hacía falta para mantenerse con vida.

Llegaron a un lugar en el que la línea de los árboles había avanzado un poco más hacia el norte, así que tuvieron que adentrarse en un bosque. Los árboles, pinos y abetos, crecían desnudos y enmarañados: enjutos y sin hojas, parecían adolecer de una extraña fragilidad. La senda por la que caminaban los muchachos, abierta por el paso de los ciervos o las cabras, estaba tapizada de suave moho. Serpenteaba entre los árboles y ocasionalmente se cruzaba con algunos claros.

Conforme oscurecía, poniendo fin a otro día atroz, las sombras de los árboles fueron extendiéndose sobre el suelo y el sotobosque se volvió negro. Jahna y Millo estaban a cinco millones de años de Capo, el último de sus antepasados que había vivido en los bosques, y para ellos aquel era un lugar plagado de monstruos y demonios. Apretaron el paso.

Finalmente emergieron del bosque. Se encontraron en un pastizal cubierto de nieve, donde la vegetación se extendía hasta el borde de un acantilado. Más allá de aquel horizonte brusco e imprevisto, se abría el océano, cubierto por una primera capa de hielo que no dejaba de gemir y crujir, como siempre.

Pero los niños se encontraron allí con una muralla de carne y cuernos. Era una manada de megaloceros, criaturas que un día recibirían el nombre de alces irlandeses. Caminaban con la gravedad de auténticos colosos, mordisqueando la hierba nueva y escarbando entre la nieve.

A la cabeza de ellos marchaba un macho de enormes proporciones. Volvió su enorme nariz hacia los niños. En su espalda había una joroba carnosa, un montículo de grasa que le ofrecía sustento en las épocas de escasez. Ahora, a principios de la primavera, había menguado mucho. Y sus cuernos, cada uno de ellos dos veces más grandes que un ser humano, eran esculturas grandes y pesadas, curiosamente parecidas a las manos abiertas de un gigante, con puntas como dedos que brotaban de unas palmas muy suaves.

Solo en aquella manada, había miles de ciervos, apiñados frente a los ojos de los niños. Al igual que otros muchos herbívoros gigantes en esta época paradójicamente abundante, los megaloceros florecían en inmensas manadas migratorias que recorrían todo el Viejo Mundo, desde Bretaña a Siberia o a China. Y aquella vasta manada se interponía en el camino de Jahna y Millo. Era una barrera lenta, pero infranqueable, de inmensos cuernos que entrechocaban y estómagos que gruñían Los niños necesitaban desesperadamente apartarse de su camino. Jahna se dio cuenta al instante de que no podrían escapar de la manada corriendo. Era demasiado grande, demasiado extensa. Seguramente los ciervos no se adentrarían mucho en el bosque, pero obligarían a los niños a regresar a aquella oscuridad profunda, que era un lugar al que no querían volver.

Movida por un impulso, cogió la mano a su hermano.

—¡Vamos! ¡El acantilado!

Echaron a correr sobre la hierba helada. El borde del acantilado descendía a pico tras una franja de turba. Apresuradamente, los niños empezaron a descender por la pared. El arco de Jahna se enganchó en los salientes de la roca, frenándola, pero a pesar de ello lo lograron. Se acurrucaron sobre un estrecho saliente y levantaron la mirada para contemplar el océano de pelaje negro y parto que se deslizaba lentamente a lo largo del borde del acantilado.

El enorme macho los miró un momento, con indiferencia. Entonces, inclinando la pesada cornamenta, dio media vuelta.

Los cuernos eran muy pesados, como unos pesos sostenidos con los brazos extendidos. El cuello del ciervo, con inmensas vértebras y músculos

como cables de acero, había sido rediseñado para soportar aquella carga. Los utilizaban para exhibirse ante las hembras... y para luchar. Cuando dos de aquellos colosos chocaban con la cabeza gacha, era un espectáculo que quitaba el aliento. Pero, al mismo tiempo, aquella cornamenta sería su perdición. Cuando los hielos retrocedieran y su hábitat se encogiera, empezarían a experimentar una presión selectiva que favorecería a cuerpos de menor tamaño. Mientras otras especies menguarían como respuesta, los megaloceros serían incapaces de renunciar a sus elaboradas exhibiciones sexuales. Se habían especializado demasiado y ahora sus inmensas cornamentas eran demasiado caras y les impedían enfrentarse a los cambios.

Los niños escucharon un gruñido sordo. Jahna creyó ver una forma pálida, robusta, que se movía pegada a la nieve, como un fantasma musculoso, acechando a los ciervos. Puede que fuese un león de las cuevas. Se estremeció.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró Millo—. No podemos quedarnos aquí.

—No. —Jahna miró a su alrededor. Vio que el saliente en el que estaban descendía a lo largo de la cara del acantilado hasta una hondonada situada varios cuerpos más abajo—. Por ahí —dijo—. Creo que es una cueva.

El niño asintió bruscamente. Empezó a bajar primero por la estrecha pendiente, sujetándose a la creta.

Finalmente, una vez terminada la peligrosa escalada, se dejaron caer en la hondonada y descansaron sobre el suelo irregular, jadeando. La caverna, excavada en la creta, se adentraba en la oscuridad. El suelo estaba cubierto de guano y fragmentos de hueso. Debía de ser un nido, puede que de gaviotas. El suelo estaba ennegrecido aquí y allá; no es que hubiera un hogar, pero saltaba a la vista que alguien había encendido un fuego allí en más de una ocasión.

—Mira —dijo Millo con voz maravillada—. Mejillones.

Era cierto. Los pequeños crustáceos estaban apilados en un montoncillo, rodeados por fragmentos de pedernal. Por un momento, la curiosidad embargó a Jahna y se preguntó cómo habrían llegado hasta allí. Pero la voz

del hambre era más fuerte y los dos hermanos cayeron sobre los mejillones. Frenéticos, trataron de abrir las cáscaras con los dedos y los cuchillos de piedra, pero las cáscaras eran muy duras y no cedieron.

—*¡Grrrrraaah!*

Se volvieron.

La voz había brotado de las sombras del fondo de la cueva. Una figura salió de ellas. Era un hombre fornido, embozado en lo que parecía un jirón de piel de ciervo... No, rectificó Jahna, un hombre no. Tenía una enorme nariz prominente, piernas poderosas y unas manos gigantescas. Era un frente-de-hueso, un macho de enorme tamaño. Los fulminó con la mirada.

Los niños retrocedieron, abrazados el uno al otro.

No tenía nombre. Los suyos no los utilizaban. Él pensaba en sí mismo como el Viejo. Y era viejo, al menos para su especie, pues tenía casi cuarenta años.

Había vivido solo casi treinta de ellos.

Estaba durmiendo en el fondo de su cueva, bajo el humeante y confortable resplandor de las antorchas que mantenía siempre encendidas. Había pasado las primeras horas de la mañana peinando las playas que se extendían bajo el acantilado, en busca de crustáceos. A la caída de la tarde hubiera despertado aunque ellos no hubieran pasado por allí. La tarde era su momento preferido del día.

Pero antes de que llegara, lo habían perturbado unos ruidos en la entrada de la cueva. Pensando que podían ser unas gaviotas tratando de robarle los mejillones —o algo peor, un zorro ártico quizá— había salido a la luz.

Pero no eran gaviotas ni zorros. Lo que había allí eran dos niños. Sus cuerpos eran altos y ridículamente flacos. Tenían los miembros finos y los hombros estrechos. Sus caras eran planas, como si hubieran recibido un fuerte golpe. Sus barbillas eran puntiagudas y sus cabezas tenían en la parte alta una cómica hinchazón que hacía que parecieran champiñones.

Gente flaca. Siempre la gente flaca. Sintió un inmenso cansancio, y el eco de la soledad que desde hacía mucho tiempo había atormentado cada momento de vigilia de sus días y emponzoñado sus sueños.

Casi sin darse cuenta, empezó a moverse hacia los niños con las enormes manos extendidas. Les aplastaría el cráneo de un solo golpe, o los partiría como dos huevos de ave, y se acabó. Los huesos de más de un flaco ladrón languidecían ya en la rocosa playa que había bajo su caverna y otros se unirían a ellos antes de que él fuera demasiado viejo para defender aquel, su último bastión.

Los niños chillaron y, todavía abrazados, se pegaron a la pared de la caverna. Pero la más alta, la chica, trató de proteger al otro con su cuerpo. Estaba aterrorizada, eso se veía a la legua, pero también parecía dispuesta a defender a su hermano. Y a pesar de su terror, se mantenía firme. Mientras que el niño se había orinado encima de puro terror, la chica no perdía los nervios. Metió la mano bajo su chaleco y sacó algo que colgaba de un cordel alrededor de su cuello.

—¡Frente-de-hueso, hombre frente-de-hueso! ¡Déjanos tranquilos y te lo daré! Bonita, bonita magia, hombre frente-de-hueso.

Los ojos de Viejo centellearon.

El colgante era un trozo de cuarzo, un pequeño obelisco brillante y transparente. Le habían pulido las caras y en una de ellas habían tallado un detallado diseño que atrapaba la mirada y deslumbraba la mente. La chica le dio varias vueltas, tratando de llamar la atención de Viejo y se apartó de la pared.

—Hombre frente-de-hueso, bonito, bonito...

Viejo miró aquellos ojos azules que lo observaban de aquella forma directa e inquietante que caracterizaba a los flacos: como depredadores.

Alargó la mano y tiró del amuleto. El cordel resbaló por el cuello de la chica y el amuleto chocó contra la pared. La muchacha gritó, porque el cuero le había quemado la piel del cuello. Viejo volvió a alargar los brazos. Solo era cuestión de un momento.

Pero los niños empezaron a parlotear de nuevo, en aquella lengua suya, rápida y complicada.

—¡Haz que se vaya!

—No pasa nada, Millo. No temas. Tu tatarabuelo está dentro de ti. Él te ayudará.

Viejo dejó caer los brazos.

Miró los mejillones que habían intentado coger. Las cáscaras estaban arañadas y rotas —una de ellas tenía hasta marcas de dientes— pero ni una de ellas estaba abierta. Aquellos niños eran débiles y pequeños, más que la mayoría de sus semejantes. No podían ni robar unos mejillones.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se oyera en aquella cueva otra voz que no fuera la suya o los feos graznidos de las gaviotas y los gruñidos de los zorros.

Sin saber muy bien por qué, volvió al fondo de la cueva. Allí guardaba la carne, las herramientas y un montón de madera. Regresó cargado de maderos de pino, recogidos en el bosque que había sobre el acantilado, y los arrojó en la entrada de la cueva. A continuación cogió una de sus antorchas, una rama de pino llena de resina y cubierta con una piel de foca llena de grasa. La antorcha ardía regularmente aunque soltando mucho humo, y duraría un día entero encendida. La dejó en el suelo y empezó a apilar madera sobre ella.

Los niños seguían pegados a la pared, con los ojos muy abiertos, mirándolo. El niño señaló al suelo.

—Mira. ¿Dónde está el hogar? Está organizando un buen estropicio... —La chica le tapó la boca con la mano.

Una vez el fuego estuvo encendido, le propinó una buena patada y los rescoldos candentes del interior quedaron a la vista. Acto seguido, cogió un puñado de mejillones y los arrojó al fuego. Las cáscaras empezaron a abrirse con rapidez. Los recuperó utilizando un palo, les fue sacando el delicioso y salado contenido con un grueso dedo y, uno tras otro, se lo metió en la boca.

El niño se retorció y se quitó la mano de la boca.

—¡Cómo huele. Estoy hambriento!

—¡Quieto, estate quieto!

Una vez que Viejo se hubo llenado el buche de mejillones, levantó una pierna, dejó escapar una generosa ventosidad y se puso en pie con dolorosa lentitud. Se dirigió a la entrada de la cueva. Se sentó allí con una pierna debajo del cuerpo y la otra estirada frente a sí, con la piel de ciervo sobre

los pies y los genitales. Recogió un guijarro de pedernal que había dejado allí días antes. Usando un pedazo de granito como percutor, empezó a extraer un núcleo del pedernal. Sus piernas no tardaron en estar rodeados de lascas de piedra. Aquel día había avistado delfines. Cabía la posibilidad de que una de las ágiles y voluminosas criaturas quedara varada en la playa durante los próximos días y tenía que estar preparado, tenía que tener las herramientas precisas. No es que estuviera planificando exactamente —no pensaba como los flacos— pero una profunda intuición de su entorno gobernaba sus acciones y decisiones.

Mientras dejaba que sus manos trabajaran por sí solas, tallando aquella acumulación de fósiles comprimidos del Cretácico, igual que habían hecho las manos de sus antepasados durante doscientos cincuenta milenios, dirigió la mirada al oeste, donde el Sol estaba empezando a ponerse sobre el Atlántico, convirtiendo el agua en una capa de fuego.

Tras él, a hurtadillas, Jahna y Millo se aproximaron al fuego, echaron más mejillones a las brasas y engulleron con avidez su salino contenido.

Con el paso de los días, el deshielo primaveral avanzó con rapidez. Las cascadas que habían pasado el invierno cubiertas por una costra de hielo volvieron a fluir. Hasta el mar empezó a fragmentarse.

La gran reunión estaba próxima. Era un momento muy esperado por todos, uno de los momentos cumbre del año, a pesar de que habría que marchar varios días por la tundra.

No todo el mundo podría ir: los más jóvenes, los viejos y los enfermos no podían soportar el viaje y algunos tenían que quedarse para cuidar de ellos. Aquel año, por primera vez en muchos años, Rood y Mesni no tenían que preocuparse más que del bebé, que era tan pequeño que podían llevarlo en brazos, de modo que podían ir.

No es que la situación fuese del agrado de Rood. Claro que no. Pero creía que debían hacer lo posible para recomponer sus dañadas vidas, así que pidió a Mesni que fuera con él. Pero Mesni quería quedarse en casa. Le dio la espalda y volvió a esconderse en su oscura melancolía. Así que Rood

decidió ir con Olith, hermana de Mesni y tía de sus hijos. La propia Olith tenía un niño ya crecido, cuyo padre había muerto de tos hacía dos inviernos, dejándola sola.

El grupo partió a través de la tundra.

En aquel fugaz intervalo de calor y luz, el suelo se colmaba de vida: saxífragas, flores de la tundra, hierbas y líquenes. En el aire húmedo sobre los pantanos aparecían enjambres de insectos que se apareaban frenéticamente. Grandes bandadas de gansos, palos y aves zancudas se alimentaban y posaban en los lagos poco profundos que salpicaban la tundra. Olith, del brazo de Rood, iba señalando ánades, cisnes, gansos de la nieve, gaviotas y grullas majestuosas, cuyos graznidos estruendosos llenaban el aire. En aquel lugar en el que los árboles estaban denudados, muchas de las aves hacían sus nidos en el suelo. En una ocasión se aproximaron demasiado al de un págalo y dos pájaros se les echaron encima graznando furiosamente. Y, aunque la mayoría de los herbívoros migratorios tenían que regresar todavía desde el sur, el grupo avistó manadas de ciervos y mamuts en la distancia, como las sombras de las nubes.

Y lo más extraño de todo era, pensó Rood, que si excavaban apenas unos metros en cualquier lugar de aquel tapiz de abarrotado color y movimiento, encontrarían solo hielo, la tierra helada en la que no podía vivir nada.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hice este recorrido —dijo—. Había olvidado cómo era.

Olith le apretó el brazo y se acercó a él.

—Sé cómo debes de sentirte.

—Cada brizna de hierba, cada saxífraga que veo danzar ante mis ojos, es una tortura, una belleza que no merezco. —De una forma distante, era consciente del aroma del aceite vegetal que cubría el cabello de Olith. No era como Mesni, su hermana. Era más alta, más fibrosa, pero sus pechos eran grandes y pesados.

—Los niños no han desaparecido —le recordó Olith—. Sus espíritus renacerán cuando volváis a tener hijos. No habían alcanzado la edad

suficiente para tener sabiduría propia. Pero llevaban consigo los espíritus de sus ancestros, y traerán vida y júbilo a...

—No he dormido con Mesni —dijo él, tenso— desde la última vez que vimos a Jahna y Millo. Ha... cambiado.

—Ha sido mucho tiempo —murmuró Olith, evidentemente sorprendida.

Rood se encogió de hombros.

—No el suficiente, para Mesni. Puede que nunca sea suficiente. —Miró a Olith a los ojos—. No tendré más hijos con Mesni. No creo que ella quiera.

Olith apartó la mirada, pero agachó la cabeza. Rood se dio cuenta, con un sobresalto, de que era un gesto tanto de consuelo como de seducción.

Aquella noche, en el frío penetrante de la tundra, bajo un chamizo de ramas de pino apresuradamente construido, yacieron juntos por primera vez. Como le había ocurrido con la joven frente-de-hueso, Rood sintió un momento de alivio de la culpa, de las constantes y penetrantes dudas. Por supuesto, Olith significaba para él mucho más que cualquier animal. Pero después, mientras ella se dormía entre sus brazos, sintió cómo volvía a cerrarse el caparazón de hielo alrededor de su corazón, como si, a pesar de la llegada de la primavera, él siguiera extraviado en las profundidades del crudo invierno.

Tras cuatro días de marcha, Olith y Rood alcanzaron la orilla del río.

Cientos de personas habían llegado ya. Había refugios junto a la orilla, montones de lanzas y arcos, e incluso la carcasa de un gran megaloceros. La gente se había engalanado con exuberantes dibujos de ocre y tintes vegetales. Los diseños tenían elementos comunes, que atestiguaban y proclamaban la unidad del clan, y al mismo tiempo eran elaborados y diversos, la celebración de la identidad y la fuerza de cada uno de los grupos individuales que lo formaban.

Probablemente unas quinientas personas se reunirían en aquella celebración. No serían todos. En total, estaría representada aproximadamente la mitad de los que, en todo el planeta, hablaban una lengua que guardase el más remoto parecido con la de Rood.

El grupo al que Rood y Olith pertenecían se dispersó. Muchos de ellos buscaban pareja: para un rápido revolcón primaveral, quizá, o con vistas a una relación más estable y duradera. Los escasos días que duraban aquellas reuniones representaban la única posibilidad de conocer a alguien nuevo o de comprobar si el joven flacucho del año pasado daba señales de estar floreciendo como una esperaba que hiciera.

Rood vio a una mujer llamada Dela. Rotunda, obesa, con una risa atronadora, era una cazadora muy experta especializada en presas de gran tamaño. En sus días de juventud había sido una auténtica belleza, con la que Rood había yacido en un par de ocasiones. Había montado, como acostumbraba, una cabaña grande y llamativa de piel estirada, decorada con coloridos dibujos de animales en carrera.

Rood y Olith se dirigieron hacia allí siguiendo la orilla. Dela les dio la bienvenida con un abrazo y unas palmadas vigorosas en la espalda, y les sirvió infusiones de corteza y fruta. Aunque miró a Olith con interés, preguntándose sin duda qué habría sido de Mesni, se guardó sus pensamientos.

Una enorme fogata ardía ya delante de la cabaña y alguien estaba alimentándola arrojando grasa de pescado a puñados. El fuego crepitaba. La gente del pueblo de Dela era la que había traído el megaloceros. Unas fornidas jóvenes estaban abriendo el cadáver en canal y el olor de la sangre y el contenido del estómago inundó el aire.

Rood y Olith se sentaron con Dela alrededor del fuego. Dela preguntó a Rood cómo habían ido las cosas ese año y este hizo lo propio. Hablaron de la temporada, del comportamiento de los animales, del daño que habían hecho las tormentas invernales, de lo mucho que saltaban los peces y de un método nuevo que alguien había inventado para tratar las cuerdas de los arcos de modo que duraran más antes de romperse, o de otro que utilizaba orina para empapar el marfil de mamut y permitía enderezarlo.

El propósito de aquella reunión era fomentar el intercambio, tanto de bienes y personas como de información. Allí no se exageraban los éxitos ni se minimizaban los fracasos. Todos hablaban con la máxima precisión y detalle posibles y permitían que quienes estaban escuchándoles les

formularan preguntas. La precisión era mucho más importante que la jactancia. Para un pueblo que necesitaba la cultura y el conocimiento para mantenerse con vida, la información era la cosa más importante del mundo.

Finalmente, Dela pudo abordar el tema que, evidentemente, la tenía fascinada.

—¿Y Mesni? —preguntó con cautela—. ¿Se ha quedado en casa con los niños? Jahna debe de estar ya muy alta.

—No —respondió Rood, consciente de que Olith le había cogido la mano. Dela escuchó en silencio mientras él describía, en doloroso detalle, cómo había perdido a sus hijos en la tormenta de hielo.

Cuando terminó, Dela dio un sorbo a su infusión, sin mirarlo. Rood tuvo la extraña sensación de que sabía algo pero se lo guardaba.

Para llenar el silencio, Dela recitó la historia de su tierra:

—Y los dos hermanos, extraviados en la nieve, cayeron al fin. Uno de ellos murió. El otro se levantó. Sentía pena por su hermano. Pero entonces vio a un zorro, excavando bajo un tronco, el blanco pelaje sobre la blanca nieve. El zorro se alejó. Pero el hermano supo que regresaría otro zorro para recuperar lo que aquel había enterrado. Así que puso una trampa. Y esperó. Cuando el zorro regresó, el hermano lo atrapó. Pero antes de que pudiera matarlo, el zorro cantó para él. Era un lamento por la muerte de su hermano, y decía así...

Al igual que los cuentos del Tiempo de los Sueños de Jo'on, que también eran una mezcla de mito y realidad, estas historias y canciones eran largas, específicas, y estaban repletas de detalles. Aquella era una cultura oral. Desprovista de la capacidad de registrar los datos y hechos, la memoria lo era todo para ella. Si los sueños y los trances de los chamanes eran el medio de integrar una copiosa cantidad de información para contribuir a la toma intuitiva de decisiones, las canciones y los relatos eran el medio principal que se utilizaba para almacenar esta información.

La historia que Dela estaba relatando había sido objeto a su vez de un proceso de evolución. Al pasar de un narrador a otro, sus elementos cambiaban constantemente por medio del error y el embellecimiento. La mayoría de los cambios eran detalles casuales que carecían de importancia,

que podían inflarse sin ningún efecto, algo así como las cadenas de ADN basura. Pero los elementos esenciales de la historia —su atmósfera, los puntos claves, la metáfora— tendían a permanecer estables. Aunque no siempre: a veces, fuera por designio del narrador o por accidente, se producía una adaptación importante, y si el nuevo elemento mejoraba la historia, se conservaba. Las historias, al igual que otros aspectos de la cultura del hombre, habían emprendido un camino evolutivo propio, en el campo de batalla de las espaciosas mentes de los nuevos humanos.

Pero la historia de Dela era algo más que un mero relato o una herramienta de apoyo para la memoria. Con su historia, al establecer la narrativa de su tierra, y al prestarse sus interlocutores a escucharla, estaba proclamando una especie de título. Solo quien conocía la historia de su tierra lo bastante bien podía reclamar derechos sobre ella. Allí no había contratos escritos, ni escrituras de propiedad, ni tribunales: la única validez de la afirmación de Dela era la que le confería la relación entre el narrador y el interlocutor, reafirmada en reuniones como aquella.

Hubo un furioso crepitar y un gran coro de vítores se levantó en el exterior de la cabaña. Las primeras tajadas de carne del megaloceros habían sido arrojadas al fuego. El delicioso aroma de la carne no tardó en extenderse por todas partes. Las celebraciones de la noche dieron comienzo.

Todos comieron a dos carrillos, bailaron como posesos y cantaron a voz en grito. Y, al final de la noche, para gran asombro de Rood, Dela se dirigió a él:

—Quiero que me escuches, Rood. Soy tu amiga. Una vez estuvimos juntos.

—En realidad fueron dos —dijo él con una sonrisa arrepentida.

—Dos veces, pues. Lo que voy a decirte ahora, te lo digo como amiga, y no para causarte dolor.

Rood frunció el ceño.

—¿Qué estás tratando de decirme?

Ella suspiró.

—He oído algo. Aquí, no hace ni dos días. Un grupo del sur me lo contó. Dicen que cerca de la costa, en lo alto de un acantilado, hay una

caverna en la que vive un frente-de-hueso. Y en esa cueva... o al menos eso asegura haber visto un cazador, hay también dos niños.

Aquello no tenía sentido para él.

—¿Dos cachorros de frente-de-hueso?

—No. Nada de frente-de-hueso. Gente. El cazador los vio desde lejos mientras seguía a su presa. Según él, uno de los niños era una chica, más o menos de esta altura. —Levantó la mano—. Y el otro...

—Un niño —dijo Rood, casi sin voz—. Un niño pequeño.

—Siento habértelo dicho —dijo Dela.

Rood comprendió. Dela se había dado cuenta de que había aceptado su pérdida. Ahora había inflamado una vez más el frío dolor de la esperanza en su entumecido corazón.

—Mañana —dijo al instante—. Mañana me llevarás con ese cazador. Y entonces...

—Sí. Pero no esta noche.

—Más tarde, avanzada la noche, Olith y ella volvieron a estar juntos, pero él estaba inquieto.

—La mañana llegará pronto —susurró ella—. Y entonces podrás marcharte.

—Sí —dijo—. Ven conmigo, Olith.

Ella lo pensó un momento y asintió. No era conveniente que viajara solo. Oyó que sus dientes rechinaban. Le tocó la mandíbula y sintió la tensión de los músculos.

—¿Qué ocurre?

—Si hay un frente-de-hueso... Si les ha hecho daño...

Olith dijo con voz suave, como quien hablara a un niño:

—Tu mente vuela demasiado lejos. Dale a tu cuerpo la ocasión de alcanzarla. Y ahora duerme.

Pero Rood fue incapaz de conciliar el sueño.

III

El frente-de-hueso regresó a la cueva. Jahna vio que llevaba una foca, el animal entero, un macho grande y pesado, cargado sobre los hombros. Incluso ahora, después de semanas en la cueva del acantilado, su fuerza seguía asombrándola.

Millo llegó corriendo. La piel con la que se cubría, como si fuera un frente-de-hueso más, ondeó al viento.

—¡Una foca! ¡Una foca! Qué bien vamos a comer esta noche. —Se abrazó a una de las piernas del frente-de-hueso, gruesas como troncos de árbol.

Igual que se abrazaba a las piernas de su padre. Jahna apartó el venenoso pensamiento de su cabeza. Allí no tenía cabida y ella debía ser fuerte.

El frente-de-hueso, cubierto de sudor por el esfuerzo de cargar con tanto peso toda la vereda que ascendía desde la playa, bajó la mirada hacia el chico. Emitió una serie de gruñidos guturales, una jerigonza que no significaba nada... o al menos eso creía Jahna. Alguna vez se preguntaba si eran palabras —palabras frente-de-hueso, qué idea tan insólita— y lo que ocurría era que ella no era capaz de entenderlas.

Se le acercó y señaló hacia el fondo de la cueva.

—Deja la foca allí —le ordenó—. Enseguida la trocearemos. Mira, ya he hecho el fuego.

Y tanto que lo había hecho. Hacía varios días que había excavado un agujero para que sirviera como hogar, y había limpiado las feas manchas de ceniza que cubrían el suelo. También había ordenado. Estaba todo hecho un desastre, con trozos de comida y jirones de piel y herramientas mezcladas con desechos de todas clases. Ahora casi parecía... vaya, habitable.

Para una persona, claro está. No se le ocurrió preguntarse qué podría significar «habitable» para la criatura en la que pensaba como un frente-de-hueso.

En aquel momento, el frente-de-hueso no parecía feliz. Cuando estaba así, era impredecible. Gruñendo, dejó la foca en el suelo. A continuación, sudando, cubierto de mugre y con la piel llena de sal marina, se adentró a grandes pasos en la caverna para echarse a dormir.

Jahna y Millo se dedicaron a preparar el cadáver. Había muerto de un lanzazo en el corazón, que le había dejado una herida ancha y fea, y Jahna se encogió al imaginar la batalla que debía de haber precedido al golpe mortal. Pero, con sus afiladas hojas de piedra, las pequeñas manos de los niños destriparon y desmembraron con eficiencia y pulcritud al gran mamífero. Pronto, las primeras tajadas de vientre de foca estaban en el fuego.

El frente-de-hueso, como acostumbraba, se levantó en cuanto la comida estuvo preparada. Los niños comieron su carne cocinada. Él la prefería cruda, o casi cruda. Sacó un grueso filete del fuego, fue a sentarse en su lugar favorito, junto a la entrada, y empezó a engullirla a grandes bocados. Comía un montón de carne, casi dos veces más que Rood. Pero también es cierto que estaba constantemente trabajando.

Era una escena extrañamente doméstica. Pero las cosas habían estado así desde que Jahna y Millo llegaran allí. Y, sin que supieran por qué, funcionaba.

A Viejo siempre le había pesado la soledad de su vida. Su especie era intensamente social, pero no era la soledad lo único que había sufrido. Su mente compartía el antiguo diseño compartimentado. Buena parte de lo que ocurría en el interior de su cavernoso cráneo era un proceso inconsciente. Era como si fueran las manos, y no él, las que tallaban las herramientas con el pedernal. Solo cuando estaba con otras personas cobraba auténtica vida y se volvía completa, intensamente consciente. Algo así como si, sin los otros, viviera en un sueño, solo consciente a medias. Para la especie de Viejo, las demás personas eran las cosas más brillantes y activas de la

existencia. Sin ellas, el mundo se convertía en un lugar muerto, vacío, estático.

Por eso había tolerado a los niños flacos, con su parloteo y su manía de entrometerse, por eso los había tolerado y hasta los había vestido. Y por eso iba a morir muy pronto.

Jahna susurró:

—Millo, mira. —Tras asegurarse de que el frente-de-hueso no los estaba mirando, quitó un poco de tierra y le enseñó una colección de huesos ennegrecidos.

Millo se quedó boquiabierto. Cogió un cráneo. Tenía un rostro saliente y una gruesa protuberancia ósea sobre los ojos. Pero era pequeño, más que el del propio Millo; debía de haber sido un niño.

—¿Dónde los has encontrado?

—En el suelo —susurró ella—. En la parte delantera de la cueva, mientras limpiaba.

Millo dejó caer el cráneo. Rebotó contra los otros huesos con un sonido hueco. El frente-de-hueso miró a su alrededor sin demasiado interés.

—Qué miedo —susurró Millo—. Puede que lo haya matado. A lo mejor come niños.

—No, bobo —dijo Jahna. Al ver que el temor de su hermano era real, lo rodeó con los brazos—. Seguramente, lo que pasa es que lo enterró cuando se murió.

Pero Millo estaba temblando. Ella no pretendía haberlo asustado. Apartó el cráneo de su vista y, para calmarlo, empezó a contarle un cuento:

—Escúchame. Hace mucho, mucho tiempo, las personas eran como los muertos. El mundo era un lugar oscuro y sus ojos apenas veían nada. Vivían en campamentos, como ahora, y hacían las mismas cosas que hacen ahora. Pero todo era oscuro, como irreal, como una sombra. Un buen día, llegó un joven al campamento. Él también era como los muertos, pero era diferente, era... curioso. Le gustaba salir a pescar y a cazar. Pero siempre se adentraba más que nadie en el mar. Y la gente se preguntaba por qué...

A medida que avanzaba la historia, Millo, apoyado en ella se fue relajando, y sucumbió al sueño justo en el mismo momento que el Sol se

hundía tras el horizonte. Entonces, Jahna se dio cuenta de que también el gran frente-de-hueso se había quedado dormido, apoyado contra la pared, roncando suavemente. Puede que también él hubiera estado escuchando.

Su historia era un mito, una leyenda que tenía ya más de veinte mil años. Los cuentos como aquel, que siempre concluían que el grupo de Jahna era el pináculo de la creación, que su forma de entender el mundo era la única válida y que todos los demás eran menos que humanos, enseñaban a la gente a cuidarse apasionadamente a sí mismos, a sus familias y a algunos ideales preciados y conservados como tesoros.

Pero también enseñaban la exclusión de los demás humanos. Y más aún, de criaturas no humanas, como Viejo.

—... Un día vieron que el joven estaba con un león de mar. Estaba nadando en las olas, con él. Y estaba haciendo el amor con él. Enfurecida, la gente expulsó al joven y cazó al león. Pero cuando lo abrieron, encontraron un pez dentro, en su vientre. Era un pez bien gordo. —Se refería a un eulachon—. El pez había sido engendrado por el joven. Y no era ni hombre ni pez, sino algo completamente diferente. Así que la gente lo echó al fuego. Su cabeza estalló entre las llamas y despidió una luz brillante que los cegó. Y el niño-pez salió despedido hacia el cielo. El cielo estaba oscuro, claro. Así que buscó el lugar en el que estuviera escondida la luz, porque el niño-pez creía que podía engañar a la luz para que bajara al mundo. Y entonces...

Y entonces su padre entró en la cueva.

Viejo era un neandertal.

Su especie había sobrevivido en Europa, en medio de las salvajes oscilaciones de la Edad de Hielo, durante un cuarto de millón de años. Habían encontrado formas propias de vivir allí, en el más marginal de los medios, en el último confín del mundo, donde el clima no solo era duro, sino que podía cambiar traicioneramente deprisa, donde los recursos animales y vegetales eran escasos y propensos a sufrir fluctuaciones impredecibles.

Durante mucho tiempo, habían resistido a los hijos de Madre. Los nuevos humanos habían entrado en Europa por el sur, durante alguno de los calentamientos episódicos. Pero con sus cuerpos poderosos y sus grandes fosas nasales y su sistema digestivo capaz de procesar la carne con suma eficacia, los robustos estaban mejor equipados para los climas fríos que los modernos. Y su constitución los convertía en guerreros formidables: duros oponentes para los humanos, por muy superior que fuera su tecnología. Entonces, cuando el frío volvía a intensificarse, los modernos se batían en retirada hacia el sur y el pueblo de los robustos repoblaba sus viejas tierras.

Esto se había repetido una y otra vez. En la Europa meridional y el Oriente Medio había cuevas y otros lugares en los que las capas de desechos dejados por humanos estaban cubiertas por capas neandertales y reocupadas a continuación por los humanos.

Pero durante el último deshielo, los modernos habían vuelto una vez más la mirada hacia Europa y Asia. En el tiempo transcurrido, habían avanzado mucho, tanto cultural como tecnológicamente. Y esta vez los robustos no habían sido capaces de resistir. Gradualmente, los robustos habían sido eliminados de la mayor parte de Asia y arrinconados en su gélida fortaleza europea.

Viejo tenía diez años cuando los cazadores flacos habían irrumpido por primera vez en el campamento de su pueblo.

El campamento se encontraba en la orilla sur del río, a pocos kilómetros del acantilado, próximo a las vías de migración de los herbívoros que recorrían aquellas tierras. Allí vivían como siempre lo habían hecho, esperando a que las estaciones trajeran a los animales hasta sus puertas. El campamento del río siempre había sido un buen lugar.

Hasta que llegaron los flacos.

No fue una guerra. Su encuentro fue algo mucho más complejo, confuso y prolongado que cualquier guerra.

Al principio hubo una especie de comercio: los flacos intercambiaban productos del mar por la carne de los grandes animales que la gente robusta era capaz de cazar con sus grandes lanzas y su enorme fuerza. Pero los flacos siempre parecían querer más. Y sus cazadores, armados con aquellas

extrañas lanzas tan finas y los pedazos de madera que les permitían arrojarlas desde muy lejos, eran demasiado efectivos. Los animales se volvieron cautos y cambiaron de hábitos. Dejaron de seguir sus viejos caminos y de reunirse a la orilla de los lagos, los ríos y los estanques. Los robustos tenían que alejarse cada vez más para encontrarlos.

Mientras tanto, inevitablemente, el contacto entre el pueblo de Viejo y los flacos fue intensificándose.

Estaba el sexo, tanto voluntario como involuntario. Las peleas. Si conseguías acercarte a un flaco, podías romperle la columna vertebral o aplastarle ese gran cráneo esférico de un solo puñetazo. Pero los flacos no dejaban que te acercaras. Atacaban desde lejos, con sus venablos y sus flechas. Y la gente no podía responder: aun después de milenios viviendo a su lado, los descendientes de Guijarro habían sido incapaces de copiar las más sencillas innovaciones. Además, como los flacos corrían a tu alrededor, gritándose unos a otros con aquellas vocecillas de pájaro, con sus ropas y sus cuerpos elaboradamente pintados y tan rápidos como si el mundo fuera demasiado lento, demasiado estático para ellos, era difícil hasta verlos. Y uno no podía combatir aquello que no podía ver.

Al fin, un mal día, los flacos habían decidido que querían para ellos el lugar en el que vivía el pueblo de Viejo, su campamento a la orilla del río.

Había sido muy fácil para ellos. Habían matado a la mayoría de los hombres y a algunas mujeres. A los supervivientes los habían expulsado, para que se las arreglasen por sí solos como mejor pudieran. Cuando Viejo, que aquel día estaba fuera, en una expedición solitaria al río, regresó, los flacos estaban quemando las cabañas y limpiando las cuevas, donde los huesos de varias generaciones de sus antepasados tapizaban el suelo.

Después de eso, su pueblo, criaturas sedentarias forzadas a vivir como nómadas, vagó sin propósito de acá para allá. Cuando trataban de establecer un nuevo campamento, los flacos lo destruían enseguida. Muchos murieron de hambre.

Al final, inevitablemente, se vieron atraídos a los campamentos de los flacos. Muchos congéneres suyos vivían todavía, pero lo hacían como los frente-de-hueso que seguían al campamento de Jahna, como ratas entre la

basura, y solo mientras los flacos los tolerasen. Su destino final era ya evidente.

Pero Viejo era diferente. Él se había mantenido alejado de los lugares en los que vivían los flacos. No sería el último de su raza. Pero sí el último que viviría como habían hecho sus antepasados hasta la llegada de los modernos. El último que viviría libre.

Al morir Madre, sesenta mil años antes del nacimiento de Cristo, había todavía muchas clases diferentes de gente en el mundo. Estaban los humanos de su misma especie, en algunas regiones de África. En Europa y Asia occidental vivía la gente robusta, como Guijarro, los neandertales. En Asia oriental había todavía grupos de aquellos caminantes flacos de pequeña cerebro, los *Homo erectas.* La antigua complejidad de los homínidos todavía perduraba, con muchas variantes y subespecies e incluso híbridos de tipos diferentes.

Con la revolución que se había iniciado en la generación de Millo y con la gran expansión que la había seguido, todo aquello había cambiado. No fue un genocidio; no fue algo planificado. Fue una cuestión de ecología; las diferentes formas de criaturas humanas competían por los mismos recursos. Por todo el mundo se había sucedido una oleada de extinciones —extinciones humanas—, una oleada de últimos contactos, de despedidas sin remordimientos, mientras una especie de homínidos tras otra sucumbía a la oscuridad. Por algún tiempo, los últimos caminantes habían sobrevivido en aislamiento en las islas de Indonesia, tal como Lejos había vivido hacía mucho, mucho tiempo. Pero cuando volvieron a descender los niveles de las aguas, los puentes continentales volvieron a emerger y los modernos los cruzaron: para los caminantes, tras una larga y estática historia que se extendía a lo largo de más de dos millones de años, el juego había terminado.

El desenlace era inevitable. Muy pronto, el mundo estaría completamente vacío de gente... salvo una especie.

Tras perder a su familia, Viejo había huido de los flacos en dirección al oeste. Pero allí, en aquella caverna de la costa, se había encontrado con la

costa occidental de Europa, el extremo del Atlántico. El océano era una barrera infranqueable. No le quedaba ningún otro sitio adónde ir.

El encuentro de Jahna con Viejo fue el último contacto, el último de todos.

Rood, recortado contra la puesta de Sol, parecía polvoriento, acalorado. A su lado estaba Olith, la tía de Jahna. El hombre tenía los ojos muy abiertos, como si estuviera intentando absorber todo lo que veía en la cueva.

Para Jahna, fue como despertar bruscamente de un sueño. Dejó caer el pedazo de piel en el que había estado trabajando, corrió por el suelo de la cueva, que de repente le parecía asquerosa y estrecha, y se arrojó en brazos de su padre. Allí lloró como una niña pequeña, mientras las manos vacilantes de Rood trataban de consolarla dándole palmaditas sobre el tosco atuendo de frente-de-hueso que llevaba.

El frente-de-hueso despertó. Las sombras de dos adultos, proyectadas por el Sol poniente, caían sobre él. Levantó una mano para taparse los ojos. Entonces, todavía aturdido por el sueño y la carne que había engullido, hizo ademán de levantarse, gruñendo.

Rood dejó a los niños en brazos de Olith, quien los sujetó con fuerza. A continuación, levantó una roca sobre el cráneo del frente-de-hueso.

Jahna exclamó:

—¡No! —Se zafó de Olith y sujetó el brazo de su padre.

Rood la miró. Y ella se dio cuenta de que tenía que tomar una difícil decisión.

Jahna lo pensó durante una fracción de segundo. Recordó los mejillones, las focas, los fuegos que había encendido. Y miró la fea y protuberante frente del frente-de-hueso. Soltó la mano de su padre.

Rood descargó el golpe. Fue un golpe terrible. El frente-de-hueso cayó de bruces. Pero su especie tenía el cráneo muy grueso. A Jahna le dio la impresión de que Viejo podría haberse levantado todavía, podría haberse defendido. Pero no lo hizo. Se quedó allí, en el suelo de su cueva, apoyado sobre las manos y las rodillas.

Rood necesitó cuatro o cinco golpes para acabar con él. Mucho antes del último golpe, Jahna se había dado la vuelta.

Se quedaron en la cueva una noche más, en compañía del cadáver del frente-de-hueso, cuya cabeza destrozada descansaba en medio de un charco de sangre. A la mañana siguiente recogieron lo que quedaba de la carne de foca y se prepararon para emprender el viaje de regreso. Pero antes de partir, Jahna insistió en que excavaran un agujero en el suelo, ancho pero no muy hondo. En su interior depositaron los huesos del niño que habían encontrado y el gran cadáver del frente-de-hueso. Luego lo cubrió de tierra y la alisó con los pies.

Después de que se marcharan, llegaron las gaviotas. Picotearon lo que quedaba de carne de foca y la mancha de sangre seca que había en la entrada de la cueva.

OceanofPDF.com

14

El pueblo apiñado

ANATOLIA, TURQUÍA,
C. 9,600 AÑOS ANTES DE NUESTROS DÍAS

I

Las dos chicas, tumbadas juntas sobre el suelo, mordisqueaban sus mazorcas de maíz silvestre.

—Así que Tori te gusta más que Jaypee —dijo Sion.

Juna, un año menor que su hermana a sus dieciséis años, se apartó el pelo de la cara. Su cabello era tan rubio que cegaba. Respondió con cautela:

—Puede. Creo que yo le gusto más que a Jaypee.

—Pero si dijiste que Tori era un enano. Dijiste que te gustaba cómo se le mueve el pelo a Jaypee cuando corre, y sus grandes muslos, y...

—Ya sé lo que dije —repuso Juna, incómoda—. Pero Tori tiene una gran...

—¿Polla?

—Una gran personalidad —logró decir Juna.

Las resonantes carcajadas de Sion parecieron multiplicarse en el espacio vacío. Un perro que dormitaba a la sombra de la cabaña de los hombres, se dignó abrir un ojo para averiguar qué ocurría, y a continuación siguió durmiendo.

Las muchachas estaban rodeadas por la tierra desnuda y pisoteada de la aldea. La forma grande y achaparrada de la cabaña de los hombres, una desvencijada construcción de madera y juncos, dominaba el lugar. Las cabañas de las mujeres eran como pequeños satélites que orbitaban alrededor de aquel gigante. Los ruidosos ronquidos que salían de su interior atestiguaban que el chamán estaba durmiendo tras otra dura noche de cerveza y visiones. No se movía un alma: ni los perros ni los adultos. La mayoría de los hombres estaban cazando y las mujeres dormitaban en sus cabañas con los bebés. Ni siquiera había niños a la vista.

Sion espolvoreó un poco más de hinojo sobre su mazorca. El aromático aceite del hinojo era, de hecho, un sistema de defensa desarrollado por la planta antes de la desaparición de los dinosaurios, con el objetivo de que su superficie fuera demasiado resbaladiza para las patas de los molestos y voraces insectos. Pero ahora, el resultado de aquella ancestral carrera de armamento evolutivo servía para aliñar el tentempié de Sion.

—Estás de broma —dijo ésta—. Juna, te tengo un profundo aprecio. Pero eres la persona más superficial que conozco. ¿Desde cuándo te importa a ti la personalidad?

Juna sintió que la cara le empezaba a arder.

—Ah. Así que hay algo que no me has contado. —Estudió su cara con la atención de una auténtica depredadora—. ¿Te has acostado con él?

—No —repuso Juna.

Pero Sion seguía albergando sospechas.

—No creo que Tori se haya acostado todavía con nadie. Aparte de con Acta, claro. —Acta era uno de los hombres más viejos, y también uno de los más gordos, pero seguía demostrando su poder con el liderazgo de las cacerías, así que seguía ejerciendo sus derechos sobre los muchachos y los

jóvenes—. Sé que Tori está harto de que Acta le meta esa polla asquerosa. ¡Eso es lo que me contó Jaypee! Pronto querrá estar con una mujer, pero todavía no...

Juna no miró a su hermana a los ojos, porque lo cierto era que, como Sion sospechaba, sí que se había acostado con Tori. Lo habían hecho entre la maleza, y Tori estaba completamente borracho de cerveza. No sabía por qué se lo había permitido. Ni siquiera sabía si había hecho bien. Ardía en deseos de contárselo a su hermana, de decirle que había dejado de sangrar y que ya sentía la nueva vida que estaba formándose en su interior, pero, ¿cómo iba a hacerlo? Eran tiempos duros —los tiempos siempre eran duros allí— y no era el mejor momento para tener un niño con un muchacho al que todavía no le había salido la barba. Aún no se lo había dicho al propio Tori. De hecho, ni siquiera se lo había dicho a su madre, Pepule, que también estaba embarazada.

—Sion, yo...

En ese momento sintió una mano en el brazo, caliente y pesada, y un aliento que apestaba a especias desconocidas.

—Hola, chicas. ¿Qué estáis planeando?

Juna se apartó, asqueada, y se zafó de él de un tirón.

Era Cahl, el hombre de la cerveza. Era un sujeto obeso, más aún que Acta, y vestía con un atuendo extraño y ajustado: pantalones y chamarra pegados al cuerpo, pesados zapatos de piel y un sombrero decorado con paja. En la espalda llevaba un pellejo lleno de cerveza. Se le derramó un poco al sentarse junto a ellas. Su cara estaba cubierta de cráteres, como el suelo tras una tormenta, y tenía los dientes desgastados y teñidos de marrón. Pero la mirada sonriente que dirigió a Juna tenía una especie de intensidad predatoria.

Sion lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué no te vuelves por dónde has venido? Aquí nadie te quiere.

El hombre frunció el ceño un momento, mientras trataba de traducir lo que ella había dicho. Su idioma era diferente al de ellas. Todo el mundo decía que su pueblo venía de algún lugar lejano, al este, desde donde habían traído su extraña lengua.

—Oh —dijo al fin—. Mucha gente me quiere aquí. Algunos me quieren tanto que casi da miedo. Os sorprendería lo que la gente está dispuesta a darme a cambio de lo que yo les doy. —Y volvió a sonreír, mostrando aquellos dientes marrones y desgastados—. Quizá podríamos hablar de ello tú y yo —le dijo a Juna—. A lo mejor descubrimos lo que podemos hacer el uno por el otro.

—Apártate de mí —dijo Juna con voz trémula.

Pero Cahl siguió taladrándola con aquella mirada de serpiente, dura e intensa.

Por suerte, en aquel momento escucharon los pasos de los hombres que regresaban, caminando descalzos sobre la tierra. Sus cuerpos desnudos estaban cubiertos de polvo y saltaba a la vista que estaban muy fatigados. Juna vio que, una vez más, los doce hombres habían vuelto con las manos desnudas, a excepción de unos pocos conejos y ratas; la caza mayor era muy rara.

El viejo Acta venía con el brazo alrededor del cuello de Tori. Juna no quería encontrarse con la mirada del joven, pero al mismo tiempo ardía en deseos de saber lo que estaba pensando. ¿Cómo reaccionaría si le contaba cuál había sido el resultado de su estúpida imprudencia?

Cahl se apartó de las chicas, se puso en pie y levantó el saco de cerveza sobre la cabeza.

—¡Bienvenidos, cazadores!

Acta se aproximó a él. Su lengua colgaba entre sus dientes, como la de un perro, como si aquel saco contuviera el único líquido que quedara sobre la faz de la tierra.

—Cahl, amigo mío. Tenía la esperanza de que estuvieras aquí. Eres mejor chamán que el viejo estúpido de esa cabaña.

Sion se quedó boquiabierta al escuchar la blasfemia.

Cahl le ofreció el saco de cerveza.

—Parece que necesitas esto.

Acta lo cogió y se lo acercó a los labios. Pero entonces apareció un vestigio de su antigua astucia en sus ojos hundidos, de cerdo.

—¿Y el pago? Ya ves cómo venimos. Apenas tenemos comida para nosotros. Pero...

—Pero —dijo Cahl con tono equitativo—, vais a beberos la cerveza de todos modos, ¿no? —Y siguió mirándolo fijamente hasta que Acta bajó los ojos. Algunos de los hombres murmuraron incómodos ante aquella demostración de debilidad. Pero lo que Cahl había dicho era verdad, evidentemente. Cahl le dio una amigable palmada en el hombro—. Ya hablaremos del pago luego. Id a descansar a la sombra. En cuanto a mí...

—Puedes ir con ella —murmuró Acta, mirando la cerveza—. Haz lo que quieras. —Se encaminó con paso tambaleante hacia la cabaña de los hombres. Los demás cazadores fallidos dejaron la carne junto a las cabañas de las mujeres y lo siguieron, impacientes por echarse a la garganta un trago de la cerveza de Acta. Juna no tardó en escuchar los gruñidos del chamán, a quien, como siempre, había revivido el aroma de la cerveza.

Cahl volvió junto a las chicas. Sacudió la cabeza.

—En mi hogar, un bruto depravado como ese sería expulsados sin miramientos.

Aquel nuevo insulto enfureció a Sion.

—Los muchachos viven con los hombres, en la cabaña de los hombres. Es un lugar de sabiduría, en el que aprenden a convertirse en hombres. Y cada uno de ellos tiene una cabaña pequeña para su mujer, sus hijas y sus hijos pequeños. Son nuestras costumbres. Y siempre han sido así.

—Puede que sean vuestras costumbres, pero no son las mías —repuso Cahl bruscamente.

Pero sus palabras picaron la curiosidad de Juna.

Aparte de su habilidad maravillosa para preparar cerveza, lo único que sabía de aquella gente nueva es que eran muchos, muchísimos. Algunas de las mujeres susurraban que entre ellos no se descartaba a ningún niño, ninguno, jamás. Y que por eso eran tantos, aunque nadie sabía cómo hacían para alimentarse. Puede que en los valles y las tierras bajas en las que moraban la caza fuera todavía abundante, como lo era en los días de antaño, los días de los que hablaban las leyendas.

—¿A quién se refería? —preguntó Sion en voz baja.

—¿Cómo?

—Acta ha dicho, «puedes ir con ella». ¿De quién hablaba?

—Vaya, pues de su esposa —dijo Cahl—. De Pepule... Ah, ya sé por qué os interesa. Acta no es vuestro padre pero Pepule es vuestra madre, ¿no? —Sonrió y volvió a clavarle a Juan aquella mirada dura como la piedra—. Eso lo hará más interesante aún. Mientras la monto, estaré pensando en ti, pequeña.

Sion dijo fríamente:

—Pepule está preñada.

—Lo sé. —Sonrió—. Así es como me gustan. Con la barriga bien grande. —Una vez más, su mirada calculadora se volvió sobre Juna. Entonces cogió una pizca de maíz silvestre de su mortero y se alejó en dirección a la cabaña de su madre.

Insatisfecha, embargada por un miedo vago, Juna dejó a los hombres bebiendo. Salió a pasear a la campiña con su abuela, Sheb. Sheb, a sus casi sesenta años, se movía con cautela, pero en su larga vida había conseguido evitar las enfermedades y las lesiones y todavía andaba con soltura.

Su pueblo vivía en lo alto de una meseta. La tierra era seca y tan llana que casi carecía de todo rasgo. Una vegetación resistente se aferraba al suelo tratando de alcanzar la humedad del subsuelo. Había arroyos y ríos, pero no eran más que regueros de agua que fluían entre impresionantes terrazas; parecían mezquinos, famélicos, una reliquia de algo que, evidentemente, había quedado en el pasado.

Desnudas, con cuerdas y pequeñas lanzas de punta de piedra en las manos, las mujeres se movían de acá para allá, montando y revisando trampas para las alimañas que conformaban la parte principal de la dieta de su pueblo. Aunque sus relatos hablaban de los tiempos de abundancia del pasado, se habrían quedado mudas de asombro de haber podido ver las poderosas manadas de herbívoros gigantescos que Jahna y su pueblo habían cazado antaño.

—¿Por qué beben cerveza los hombres? —preguntó Juna con tono de irritación—. Los vuelve feos y estúpidos. Y tienen que ir a pedírsela a ese asqueroso de Cahl. Ya que tienen que hacerlo, por lo menos podrían prepararla ellos mismos. Serían igual de estúpidos. Pero al menos Cahl no estaría por aquí.

Sheb suspiró.

—No es tan simple. No sabemos cómo se prepara la cerveza. Nadie lo sabe. Es un secreto que el pueblo de Chal se guarda para sí.

—Cuando los hombres se vuelven estúpidos no pueden cazar. Solo piensan en la cerveza. Es lo único que ven.

Sheb sacudió la cabeza.

—Eso no voy a discutírtelo, niña. Mi padre nunca probó la cerveza... En aquellos tiempos ni habíamos oído hablar de ella. Y era un cazador extraordinario... Mira, mira. Hay un conejo cerca de aquí.

Juna estudió atentamente las deposiciones de conejo y las aplastó para comprobar su frescura. Se moría de ganas de hablar de Tori.

Pero Sheb tenía sus propios planes.

—Recuerdo cuando tenía tu edad —había empezado a decir—. Una vez llovió como si el cielo se hubiera abierto, durante días y días. La tierra se convirtió en barro y todos nos hundimos en él hasta las rodillas. Y el valle se llenó de agua, el valle entero, no solo ese reguero fangoso que ves ahora. ¿Ves allí, donde la orilla está erosionada?

Y sí, si miraba con mucha atención, Juna podía distinguir la erosión de la orilla, muy por encima del nivel actual de las aguas.

¿Y qué? En un gesto ausente, se acarició el vientre con la mano. Los cuentos de su abuela sobre diluvios, sobre tierra que se convertía en barro, sobre la explosión de vida que se había producido a continuación, eran como las fantásticas visiones del chamán.

No significaban nada para ella. ¿Qué importancia tenían los ríos y la lluvia comparados con lo que estaba creciendo dentro de ella?

Su abuela le dio un pescozón en la cabeza. Juna se encogió, sobresaltada. Sheb frunció el ceño y sus arrugas se volvieron aún más profundas.

—Te haría bien prestarme atención, niña estúpida. Yo recuerdo cómo fue la última vez que llovió así. Recuerdo lo que hicimos. Cómo nos trasladamos a tierras más altas. Cómo cruzamos el río. Lo recuerdo todo. Puede que no viva lo suficiente para volver a ver lluvias como aquellas, pero tal vez tú sí. Y entonces, lo único que te mantendrá con vida será lo que te estoy contando ahora.

Juna sabía que tenía parte de razón. En su pueblo se cuidaba mucho a los ancianos: antes de que muriera la madre de Sheb, Juna había visto a su abuela masticar la comida para ablandársela y escupirla luego en un cuenco. En aquella sociedad, en la que no existía la letra escrita, los ancianos eran bibliotecas vivientes de sabiduría y experiencia. Y Sheb estaba decidida a conseguir que su nieta la escuchara.

Pero aquel día Juna no estaba de humor para lecciones de humildad. Trató de devolverle la mirada, desafiante, resentida, pero ante la expresión feroz de Sheb se derrumbó.

—Oh. Sheb... —Las lágrimas acudieron fácilmente y en abundancia. Apoyó la cabeza en el hombro de su abuela y dejó que cayeran sobre el árido suelo.

—Cuéntame. ¿Qué es eso tan malo?

Sheb escuchó con gravedad lo que tenía que contarle. Le hizo preguntas concretas: quién era el padre, cómo se había aproximado a ella o cómo lo había hecho ella a él y por qué había escogido aquel momento para concebir. La noticia de que todo había sido una chiquillada no pareció gustarle demasiado. En respuesta a las agónicas preguntas de Juna —«¿Sheb, qué voy a hacer ahora?»—, al menos de momento, no diría nada. Pero Juna creyó poder ver la forma de su futuro en las duras y tristes arrugas de la expresión de Sheb.

Y entonces se alzó un alarido desde la aldea. Juna cogió a su abuela del brazo y la ayudó a regresar lo más deprisa posible para averiguar qué ocurría.

Ocurría que Pepule, la madre de Juna, la hija de Sheb, había vuelto pronto del trabajo.

Al entrar en el campamento con Sheb, Juna vio al hombre de la cerveza, Cahl, caminando de regreso el este, a su misterioso hogar. Llevaba un saco de mercancías sobre el hombro e ignoraba los trabajosos gritos de la mujer con la que se había acostado aquella misma mañana. Juna dirigió una mirada cargada de fútil hostilidad a su espalda cada vez más lejana.

Al llegar a la cabaña de Pepule, vio que algunas de sus parientes se habían reunido allí. Juna acudió corriendo a su lado. Los ojos cansados y colmados de dolor de su madre se volvieron hacia ella, y le cogió la mano. Había un moratón del tamaño de una mano masculina en el hombro de su madre.

Como solían hacer, las mujeres habían montado una estructura de madera a la que Pepule se sujetaba, acurrucada. Mientras tanto, otras estaban humedeciendo el suelo sobre el que estaba para ablandarlo y habían cavado un agujero poco profundo cerca de allí. Flotaba un fuerte olor a sangre y vómitos.

Juna había presenciado muchos partos y había colaborado en unos cuantos, pero nunca había compartido en tal medida el dolor de la parturienta como ahora que ella llevaba en su interior aquella pequeña carga.

Al menos éste fue rápido. El niño cayó con facilidad en los brazos de una de las hermanas de Pepule. Con un movimiento rápido y diestro, cortó el cordón umbilical, lo ató con una tira de cartílago y secó los fluidos con un trozo de piel. Luego, las mujeres de más edad, Sheb incluida, se reunieron alrededor del bebé y lo examinaron detenidamente, en especial los miembros y la cara.

Juan experimentó un súbito e inesperado arranque de júbilo.

—Es un niño —le dijo a Pepule—. Parece perfecto.

Su madre le devolvió una mirada vacía y luego apartó el rostro. Juna se dio cuenta en ese momento de que las mujeres que rodeaban al niño estaban cuchicheando y algunas de ellas le dirigían miradas de desaprobación.

Entonces vio lo que estaban haciendo. Habían puesto al niño en el suelo, donde sus pequeñas manos se abrían y cerraban débilmente. Juna vio que tenía pequeñas manchas de sangre en el pelo, pegadas por los fluidos del parto. La hermana de Pepule cogió un palo y empujó al niño al agujero que habían excavado las mujeres, como si estuviera librándose de un trozo de carne pasada. Las mujeres empezaron a llenar el agujero. La primera tierra le cayó al bebé sobre la cara aún ciega.

—¡No! —Juna saltó hacia él.

Sheb, con sorprendente fuerza, la cogió por los hombros y tiró de ella hacia atrás.

—Hay que hacerlo.

Juna trató de zafarse de ella.

—Pero es un niño sano.

—Es una cosa —dijo Sheb—. No un niño. Los niños son personas y esa cosa no es todavía una persona y nunca llegará a serlo.

—Pero Pepule...

—Mírala. Mira, Juna. No lo siente, no le da pena. Sabe que las cosas son así. Aún no siente nada por el niño, no durante los primeros instantes, hasta que se toma la decisión. Si fuera a vivir, se convertiría en un niño, y entonces el vínculo se haría fuerte, como manda la naturaleza. Pero el vínculo no existe todavía, y nunca existirá.

Siguieron adelante, pues.

Pepule estaba tosiendo. Parecía exhausta. Juna pensó en Cahl acostado con su madre, apenas unas horas atrás, y se preguntó qué miasmas le habría contagiado. Pero Sheb seguía habiéndole.

Al final, Juna bajó la cabeza.

—Pero está sano —susurró—. Está sano.

Sheb suspiró.

—Oh, niña, ¿es que no lo ves? No podemos alimentarlo, por muy sano que esté. Este no es momento para niños, al menos no para Pepule.

—¿Y yo? —Juna levantó la cabeza y susurró—. ¿Qué será de mi hijo?

Una sombra cubrió los ojos de Sheb.

Juna se volvió y salió corriendo de la cabaña, con su hedor a mierda y sangre y leche que no serviría para nada.

Las dos hermanas se habían sentado en un rincón de la pequeña cabaña que habían construido de niñas, cuchicheando.

Juna le había contado todo a Sion.

—Tengo que irme —dijo—. Eso es todo. Lo supe en el momento en que vi cómo metían al niño en ese agujero. Pepule es fuerte y experimentada, mientras que yo todavía soy una niña. Y Acta, aunque sea un borracho, sigue a su lado. Tori ni siquiera sabe que mi hijo es suyo. Si han tirado a su niño a un agujero, ¿qué le harán al mío?

En la oscuridad polvorienta, Sion sacudió la cabeza.

—No deberías hablar así. Sheb tiene razón. No son niños hasta que no tienen nombre.

—Lo han matado.

—No. No podían dejar que esa cosa viviera. Porque si se permitiera vivir a todos, no habría comida suficiente y moriríamos. Ya lo sabes. No se puede hacer nada.

Era una sabiduría antigua, inculcada en ellas desde el nacimiento, el eco de decenas de miles de años de subsistencia humana. Jo'on y Leda habían tenido que afrontarlo. También el pueblo de Rood. Era el precio que se pagaba. Pero, para unos pocos, todas las generaciones, era un precio demasiado elevado.

—Me da igual —dijo Juna.

Sion le cogió la mano.

—No puedes marcharte. Debes dar a luz aquí. Deja que las mujeres acudan a ti. Y si deciden que no es buen momento...

—Pero es que yo no soy como Pepule —dijo Juna con voz miserable—. Yo no podré abandonarlo. Lo sé. —Miró el rostro ensombrecido de su hermana—. ¿Hay algo malo en mí? ¿Por qué no soy tan fuerte como nuestra madre? Siento que ya quiero a ese niño, tanto como Pepule ha

podido querernos a ti o a mí nunca. Sé que si me lo quitan, lo seguiré al agujero, porque no podré seguir viviendo des...

—No hables así —dijo Sion.

—Por la mañana me iré —dijo Juna, tratando de parecer decidida—. Cogeré una lanza. No necesito nada más.

—¿Y adónde irás? No puedes vivir sola... y mucho menos con un niño colgado del pecho. Vayas donde vayas, la gente te echará a pedradas. Ya lo sabes. Nosotros haríamos lo mismo.

Pero había un lugar, pensó Juna, donde la gente era, por lo menos, diferente, donde —quizá— no asesinaban a sus hijos, donde puede que no la echaran a pedradas.

—Ven conmigo, Sion, por favor.

Sion se secó los ojos mientras se apartaba.

—No. Si quieres morir, respeto tu decisión, pero yo no moriré contigo.

—Entonces no hay nada más que decir.

Armada solo con una lanza y un lanzador y ataviada con un sencillo vestido de piel de cabra teñida, emprendió marcha a buen paso. Caminaba con rapidez, a pesar del peso que llevaba encima.

La tierra estaba tan seca que sus pisadas crujían. Aquí y allá fue encontrando los rastros que buscaba: manchas de orina medio seca en las rocas o algún excremento. Parecía que seguir el rastro al hombre de la cerveza no era tan difícil.

Se encontraba ya muy lejos, más de lo que solían aventurarse los cazadores de la aldea, pero a pesar de ello la tierra seguía vacía.

Tras la época de Jahna, el hielo había retrocedido una vez más, lentamente, a sus reductos árticos. Los bosques de pinos habían migrado al norte, y la vieja tundra se había teñido de verde. Y, por todo el Viejo Mundo, la gente había salido de los refugios en los que había sobrevivido al gran invierno, islas de relativa calidez en los Balcanes, Ucrania o España. Rápidamente, sus hijos habían empezado a llenar las inmensas llanuras despobladas de Europa y Asia.

Pero las cosas no eran ya como la última vez que el hielo había retrocedido.

En Australia, desde los primeros pasos de Ejan, no habían hecho falta más que cinco mil años para acabar con la megafauna, los grandes reptiles, canguros y aves. Y ahora, allá donde iba la gente, se repetía el proceso.

En Norteamérica había grandes perezosos del tamaño de rinocerontes, camellos gigantes, bisontes con cuernos afilados que medían más que un brazo de hombre desde el hombro hasta la mano. Estas criaturas inmensas eran pasto de musculosos jaguares, tigres dientes de sable, lobos gigantes con mandíbulas capaces de destrozar huesos y osos terribles. Las praderas americanas se parecían a las llanuras del Serengueti del futuro.

Cuando los primeros humanos pasaron de Asia a Alaska, esta fantástica fauna sufrió una implosión. En cuestión de siglos desaparecieron siete de cada diez especies de grandes animales. Hasta los caballos nativos se extinguieron. Muchas de las criaturas supervivientes —como los bueyes almizcleros, los alces y los renos— eran, como los humanos, inmigrantes de Asia, con una larga historia de supervivencia en un mundo poblado por humanos a sus espaldas.

De modo similar, en Sudamérica, una vez que los humanos cruzaron el puente continental de Panamá, ocho de cada diez especies de grandes animales serían destruidas. También ocurrió en las llanuras de Europa. Hasta los mamuts desaparecieron. Todos los animales grandes se esfumaron como la niebla.

El daño no guardaba siempre relación con el tamaño del territorio ocupado. En nueva Zelanda, donde no había otros mamíferos que los murciélagos, la evolución, con extraño sentido del humor, había suplido esta carencia con otras especies, especialmente aves. Había gansos terrestres en lugar de conejos, cucos de pequeño tamaño en lugar de ratones, águilas gigantes en lugar de jaguares y diecisiete clases diferentes de moas, aves terrestres de enorme tamaño, asombrosos equivalentes a los ciervos de otras tierras. Esta fauna única, como de otro planeta, desapareció en el transcurso de pocos cientos de años tras la llegada de los humanos. No siempre por acción directa de los humanos, sino a veces de las criaturas que

este traía consigo: especialmente las ratas, que devastaban los nidos de las aves que no sabían volar.

Todos estos animales habían estado sometidos a la presión de los rápidos cambios climáticos sucedidos desde el fin de la glaciación. Pero la mayoría de aquellos linajes ancestrales habían sobrevivido muchos cambios anteriormente. Esta vez, la diferencia era la presencia de los seres humanos. No es que fuera una guerra relámpago. Los hombres eran a menudo cazadores ineptos y la caza mayor proporcionaba solo una pequeña fracción de su dieta. Muchas comunidades, como el pueblo de Jahna, creían de hecho que su acción sobre los animales era muy respetuosa. Pero, al presionar a las manadas en el momento en que eran más vulnerables, al acabar de forma selectiva con los jóvenes, al obligarlas a cambiar sus hábitos, al eliminar elementos clave de la cadena trófica que sustentaba a las comunidades animales, provocaron inmensos daños. Solo en África, donde los animales habían evolucionado junto a los humanos y habían tenido tiempo de adaptarse a ellos, se mantuvo algo parecido a la antigua diversidad del Pleistoceno.

El helado Edén de Rood había desaparecido hacía tiempo. Se había producido un espeluznante marchitamiento que había dejado un mundo tan vacío que hacía resonar el eco de las voces, un mundo por el que la gente caminaba como perpleja y olvidaba rápidamente que alguna vez hubieran existido las enormes y exóticas bestias o los humanos de otras clases.

La gente seguía viviendo de la caza y la recolección, claro. Pero resultaba mucho más complicado cazar a los ciervos y los jabalíes que vivían en los bosques de lo que había sido emboscar a los renos que cruzaban los ríos en las estepas. Tras las extinciones, la vida se empobreció, la calidad de la dieta descendió de forma dramática y el tiempo libre se convirtió en un bien mucho más escaso. Por todo el mundo, la cultura del hombre sufrió una involución y se hizo más sencilla.

Mientras experimentaban este descenso, los hombres sabrían siempre que algo andaba mal. Y ahora, además, afrontaban un nuevo desafío.

Juna había caminado solo medio día cuando alcanzó a Cahl. Se había sentado a la sombra de una roca de arenisca y estaba mordisqueando una

raíz. La carne y los artefactos de concha y hueso que había conseguido con su pueblo estaban en el suelo, a su lado.

La observó mientras se aproximaban, con los ojos brillantes entre las sombras.

—Vaya —dijo con voz sedosa—. Si es la pequeña de la cabeza de *oro.*

Juna no entendió la palabra «oro». La dureza de la mirada del hombre la hizo detenerse.

Cahl se puso en pie con torpeza. La barriga le tiraba de la camisa de piel.

—¡Vaya con el conejito asustado! —dijo—. Mira, tú has hecho toda esta caminata para encontrarme, no al revés. Y veo que, por muy repulsivo que te resulte, no sales corriendo. ¿Por qué estás aquí?

Juna se quedó allí como paralizada, mirándolo. Su mente estaba entumecida, como si le hubiera caído una roca encima y la hubiese dejado clavada a la tierra. Había imaginado aquel encuentro, y en su mente se había hecho con el control y había hecho exigencias, pero las cosas no estaban sucediendo ni de lejos como ella esperaba.

Cahl dijo:

—¿No respondes? Entonces lo haré yo. Quieres algo de mí. —Se le acercó y su mirada recorrió su cuerpo como un rastrillo la tierra—. Así es como me gano yo la vida. Todo el mundo quiere algo. Y si consigo adivinar de qué se trata, puedo conseguir que hagan lo que yo quiera.

Juna se obligó a decir:

—Como con Acta y la cerveza.

El hombre sonrió.

—Lo has entendido. Bien. Así que, igual que Acta, quieres algo de mí. Pero no lo conseguirás, pequeña, hasta que adivines lo que yo quiero de ti. —Caminó a su alrededor, dejando que sus dedos se deslizaran sobre sus nalgas—. Eres demasiado flaca para mi gusto. Supongo que por andar persiguiendo a las cabras montesas. —Bostezó, se estiró y su mirada se perdió en la distancia—. Francamente, chica, la polla se me ha cansado montando a la gorda de tu madre.

En un gesto impulsivo, Juna se quitó la camisa y dejó el vientre a la vista.

Sobresaltado, Cahl pasó la mano sobre la piel y palpó la hinchazón. La carne de sus dedos era extrañamente suave, sin callos.

—Vaya —dijo con la respiración entrecortada—. Ya sabía que había algo diferente en ti. Debo de tener un instinto para esto. Veo que has comprendido la idea. Mi debilidad son las preñadas; mi única pasión... —Se acarició la barbilla—. Pero sigo sin saber lo que buscas. No creo que sea la excitante idea de sentir mi obeso vientre en la espalda...

—El niño —balbuceó—. Lo mataron.

—¿Qué niño...? Ah, el de tu madre. No dejaron que se quedara el becerro, ¿eh? Tengo entendido que eso es lo que hacéis, matar a vuestros hijos. Animales... Algunos dicen que hasta os coméis los cadáveres. —Continuó estudiándola con mirada calculadora—. Creo que ya entiendo. Si tienes a tu niño, también te lo quitarán. Y por eso has venido corriendo detrás de mí como una zorra avariciosa: para salvar a tu pequeño. —Por un instante, su expresión se disolvió y ella creyó ver en su rostro algo que parecía simpatía.

Murmuró:

—Dicen…

—¿Sí?

—Dicen que donde vosotros vivís no matan a los niños.

Cahl se encogió de hombros.

—Tenemos mucha comida. No tenemos que pasar todo el día corriendo detrás de conejos, como vosotros. Por eso no tenemos que matar a nuestros niños.

Ella se preguntó cómo sería aquel milagro. El pueblo de Cahl debía de tener un chamán realmente poderoso.

Pero la fugaz expresión de amabilidad había desaparecido ya del semblante del hombre, reemplazada por una especie de avaricia desesperada. Se aproximó a ella, le cogió un pecho y lo apretó con fuerza. Juna se obligó a no gritar.

—Si vienes conmigo, será duro. Nuestra forma de vivir es —hizo un ademán— diferente a la vuestra. Más de lo que puedes imaginar. Y tendrás que hacer todo lo que yo te diga. Así hacemos nosotros las cosas.

Le olía el aliento. Juna cerró los ojos para no tener que seguir viendo aquel rostro ovalado y picado de viruela. Era el momento decisivo y ella lo sabía. Todavía podía dar la vuelta y volver a casa. Pero su niño estaría condenado. Cuando Acta y Pepule averiguaran lo que había hecho, puede que trataran de sacárselo del vientre a golpes.

—Haré lo que me mandes —dijo apresuradamente. ¿Qué podía ser peor que eso?

—Bien —dijo él, respirando con jadeos cortos y cálidos—. Pues empecemos ahora mismo. Arrodíllate.

Así empezó, allí mismo, sobre la tierra. Dio gracias porque nadie que le importara pudiera verla.

II

La obligó a cargar con la carne, la bolsa de raíces a medio comer y el saco de cerveza vacío. Dijo que en su hogar hacían las cosas así. No es que pesara mucho —en el saco de la carne no había más que las pequeñas presas que se habían cobrado los cazadores los días anteriores— pero a Juna se le hizo muy extraño tener que caminar detrás de Cahl con la carne sobre los hombros mientras él marchaba empuñando torpemente la lanza con las manos.

Al poco rato habían salido de las tierras que ella conocía. La idea de que estaba entrando en una región en la que, seguramente, ni uno solo de sus antepasados hubiera puesto el pie jamás, le resultaba muy perturbadora. Profundos tabúes, inspirados por un miedo bien fundado a los

desconocidos, batallaban contra sus deseos de continuar. Pero siguió adelante, porque ya no tenía alternativa.

Habían pasado la noche en los campos. El la llevó hasta un refugio excavado en un farallón, una humilde cueva que evidentemente había utilizado en ocasiones anteriores, porque sus desagradables desechos estaban por todas partes. No dejó que tocara la carne ni le permitió salir a cazar. Era evidente que no confiaba en ella. Pero le dio algunas de las raquíticas raíces de sabor raro que había traído consigo.

Al oscurecer volvió a aprovecharse de ella. La brutalidad de la cópula hizo que su encontronazo juvenil con Tori pareciera un acto de pura ternura. Pero, para gran alivio suyo, terminó deprisa —él ya se había derramado aquel día— y, después, se quedó dormido enseguida.

Sola con sus pensamientos, se masajeó los doloridos muslos. Al llegar la mañana empezaron a descender desde la meseta reseca a un amplio valle. La tierra era allí más verde. La hierba crecía tupida y en la lejanía se veía la hebra sinuosa y azulada de un riachuelo, en cuya orilla crecía una serpentina de árboles. Un buen lugar para vivir, pensó ella, mejor que las áridas tierras altas, y seguramente abundante en caza. Pero al descender no vio más que conejos, ratones y pájaros. No había ni rastro de las deposiciones de animales grandes o sus característicos rastros.

Después de un rato, avistó una amplia cicatriz de color marrón en la orilla del río. Salía humo de una docena de lugares diferentes y vio movimiento, un pálido temblor, como una herida infestada de gusanos. Pero los gusanos eran gente, montones de gente apiñada, empequeñecida por la distancia.

Poco a poco, fue entendiendo. Era un pueblo: un asentamiento inmenso que se extendía en todas direcciones. Estaba asombrada. Nunca había visto una comunidad humana de tales dimensiones. Mientras se aproximaban, un miedo aún más intenso se aposentó en la base de su estómago.

Antes de llegar al asentamiento empezaron a cruzarse con gente.

Todos parecían menudos, morenos, encorvados y se cubrían con ropas harapientas y sucias. Y tanto los hombres como las mujeres y los niños trabajaban la tierra. Juna nunca había visto nada parecido. En un lugar

estaban encorvados, arañando la tierra desnuda con herramientas de piedra montadas en mangos de madera. Un poco más allá, había un prado cubierto de hierba —nada más que hierba— y la gente estaba arrancándole las semillas a los tallos, que a continuación guardaba en cestos y cuencos. Algunos de ellos levantaron la mirada al verlos pasar, y los miraban con una curiosidad apagada.

Cahl se dio cuenta de que los miraba.

—Son *campos* —dijo—. Así es como alimentamos a nuestros hijos. ¿Ves? Se *desbroza* la tierra. Se *plantan* las semillas. Se arrancan las *malas hierbas* mientras crecen las plantas. Y se recoge la *cosecha*.

Juna trató de entender algo de todo aquello. Había demasiadas palabras desconocidas.

—¿Dónde está vuestro chamán?

Él se echó a reír.

—Podría decirse que todos lo somos.

Pasaron junto a otra zona despejada —otro «campo», así era como Cahl lo había llamado— donde había un rebaño de cabras dentro de un cercado de madera y zarzas. Al ver que Juna y Cahl se aproximaban, las cabras corrieron hacia ellos, balando y estirando el cuello. Juna comprendió al instante que estaban hambrientas. Se habían comido todo el pasto del cercado y querían que las soltaran para ir a buscar comida en los campos y las colinas. No entendía por qué las tenía allí aquella gente.

Llegaron al fondo del valle. La hierba desapareció, sustituida por un lodo pisoteado mezclado con excrementos y orines, desechos humanos arrojados allí sin más. Debía de ser como vivir en un enorme vertedero, pensó Juna.

Finalmente llegaron al asentamiento propiamente dicho. Las cabañas, construidas sobre estructuras de troncos clavados en el suelo y cubiertas con paja y barro, eran muy sólidas, y parecían permanentes. Tenía agujeros en los techos, y de muchos de ellos salía humo, incluso ahora, en pleno día. Las cabañas eran cabañas. Pero había muchas, tantas que no se podían contar.

Y había gente por todas partes.

Se vestían con las extrañas y ajustadas prendas que Cahl solía llevar. Eran más bajos que ella, tanto los hombres como las mujeres y su oscura tez estaba picada de viruela y cubierta de cicatrices. Muchas de las mujeres llevaban enormes cargas. Vio una mujer muy pequeña inclinada debajo de un gran saco. El saco estaba atado a su frente y parecía que pesaba más que ella. Por contraste, los hombres parecían llevar poca cosa aparte de lo que les cabía en las manos.

Nunca había visto tanta gente en toda su vida. Y mucho menos, apiñada en un lugar tan pequeño. A pesar de lo que había visto en los campos, no se le ocurrió cómo podían hacer para alimentarse. Debían de haber acabado con toda la caza y haber devorado todas las plantas comestibles de la zona. Y sin embargo, a la entrada de una cabaña había varios cuerpos de animales sacrificados, y junto a otra, cestos repletos de grano.

Y había niños a montones. Varios de ellos corrieron detrás de Juna, tirando de su camisa y mirando con asombro su reluciente cabello. Al menos eso sí era cierto: que realmente había más niños allí de los que su propia comunidad podría nunca albergar la esperanza de mantener. Pero muchos de ellos tenían los huesos doblados, la piel cubierta de llagas y los dientes marrones. Algunos eran muy flacos, o tenían el vientre hinchado que siempre provocaba la malnutrición.

Los hombres se reunieron alrededor de Cahl y Juna, parloteando en una lengua incomprensible. Parecían estar felicitando a Cahl, como si fuera un cazador que acabara de regresar con una buena pieza. Cuando sonreían, se veía que tenían los dientes en tan mal estado como Cahl.

De repente, sus nervios cedieron. *Hay demasiada gente*. Trató de apartarse, pero ellos la arrinconaron, cada vez más cercanos, mientras los niños le tiraban del pelo y gritaban. Estaba aterrorizada y sin aliento. Sus ojos anhelaban la visión del color verde, pero en aquel vertedero repugnante no había verde por ninguna parte. El mundo empezó a dar vueltas a su alrededor. Cayó al suelo y, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, la carne de Cahl cayó con ella sobre el barro. Oyó el grito furioso de Cahl. Pero los niños y los adultos siguieron a su alrededor, palpándola y riendo a carcajadas.

Volvió en sí, lentamente y casi en contra de su voluntad.

La habían metido en una de las cabañas. Estaba en el suelo. Podía ver la luz del Sol que se filtraba por las grietas y agujeros del techo.

Y Cahl volvía a estar sobre ella, penetrándola, pesado como una losa. No podía oler otra cosa que la cerveza de su aliento.

Había otras personas en la cabaña, moviéndose entre las sombras, parloteando en aquella lengua que no entendía. Había muchos niños de edades diversas. Se preguntó si serían todos de Cahl. Una mujer se acercó. Era de talla corta, como todos los demás, flaca, con un rostro enjuto cubierto de arrugas y un cabello negro y liso que caía a su espalda. Parecía mayor que Juna...

La mano de Cahl se cerró dolorosamente alrededor de su mandíbula.

—Mírame, cerda. Mírame a mí, no a ella. —Y continuó empujando, con más fuerza aún que antes.

Al amanecer, la mujer del pelo negro, que, como descubriría más tarde, se llamaba Gwerei, vino a despertarla de una patada. Juna se levantó del duro y repugnante camastro que le habían dado y tintó de no vomitar en aquel aire denso y cargado con el hedor de los pedos y el sudor.

La mujer señaló el hogar con un gesto vigoroso. Entonces, irritada por la incomprensión de la muchacha, salió de la cabaña hecha una furia. Regresó con un grueso tronco, que arrojó al fuego. Quitando a los niños de en medio, destapó un agujero del suelo, que contenía un montón de formas hinchadas de color blanco. Al principio Juna pensó que eran setas, o quizá champiñones. Pero la mujer mordió una de ellas y, tras trocear otras, se las arrojó a los ruidosos niños.

También le tiró un trozo de la blanca sustancia a ella. La probó con cautela. Era blanda e insípida. Le dio la impresión de estar comiendo madera. Y encima era arenosa y tenía unos granos duros que rechinaban al morderlos. Pero no había probado bocado desde que Chal y ella pararan en la meseta y sentía un hambre feroz. Así que devoró la comida con la misma avidez que los niños.

Era la primera vez que probaba el pan, aunque pasarían muchos días antes de que aprendiera su nombre.

Mientras ellos comían, Cahl roncaba en su jergón. A Juna le resultaba extraño que viviera con las mujeres, pero allí no parecía haber cabañas para los hombres.

Después de comer, Gwerei la llevó fuera del pueblo, al valle donde se extendían los espacios abiertos que había visto el día anterior. Caminaron en silencio, pues no tenían una sola palabra en común. Juna estaba atrapada en una burbuja de incomprensión. Pero solo con salir del enorme hormiguero que era el pueblo ya se sentía aliviada.

Muy pronto se unieron a ellas las demás mujeres, muchos muchachos y algunos hombres. Caminaban por unos surcos abiertos por innumerables pies en el suelo. Algunas de las mujeres observaban a Juna con curiosidad, y los hombres le lanzaban miradas especulativas, pero todos ellos parecían exhaustos antes siquiera de que el día hubiera empezado. Se preguntó adónde irían. Nadie llevaba armas, lanzas, trampas ni cepos. No prestaban la menor atención a los excrementos o las pisadas de los animales que hubieran pasado por allí. Ni siquiera miraban la tierra en la que vivían.

Finalmente llegaron a los espacios abiertos que había visto el día anterior. Gwerei la llevó hasta uno de los campos, donde ya había gente trabajando. Le dio una herramienta y empezó a hablarle y a hacer mímica, cerrando los puños y escarbando surcos imaginarios en el aire.

Juna inspeccionó la herramienta. Era como un hacha, con una cabeza de piedra unida a una empuñadura de madera por medio de unas cuerdas de cartílago y resina. Pero era muy grande, demasiado para ser un hacha, y con una cabeza curva que imposibilitaba su uso incluso como lanza. Mientras Gwerei le gritaba con creciente frustración, ella se limitó a mirarla en silencio.

Finalmente, Gwerei tuvo que hacerle una demostración. Se inclinó sobre el suelo, cogió la herramienta y la hundió en la tierra. A continuación empezó a caminar hacia atrás, con las piernas rígidas, la espalda inclinada, arrastrando la herramienta por la tierra. Al acabar, había hecho un surco de una mano de grosor en el suelo.

Juna vio que los demás estaban haciendo lo mismo que Gwerei, arrastrando sus hachas curvas por el suelo. Recordó que el día anterior, cuando los había visto, también lo estaban haciendo. Era una tarea tan sencilla que hasta un niño habría podido encargarse de haber tenido la fuerza suficiente. Pero era un trabajo duro. Después de abrir unos surcos de apenas unos pasos de longitud, todos estaban resoplando, con la cara cubierta de mugre y sudor.

Juna seguía sin saber por qué lo hacían. Pero le quitó la herramienta a Gwerei y hundió la hoja en el suelo. A continuación, se inclinó como ella había hecho y la arrastró hacia atrás hasta abrir un surco idéntico al de Gwerei. Una mujer la aplaudió con sarcasmo.

Juna le devolvió la herramienta a Gwerei.

—Ya está —dijo en su propia lengua—. ¿Y ahora qué?

La respuesta resultó muy sencilla. Tenía que volver a hacerlo, solo que un poco más. Y luego otra vez. Tanto ella como todas las personas que se encontraban allí no tenían que hacer otra cosa que abrir aquellos surcos en el suelo.

Todo el día.

¿Qué dificultad tenía aquello, comparado con la más sencilla cacería, o con poner una trampa para conejos? ¿Es que aquella gente no tenía mente ni espíritu? Pero puede que eso formara parte de la magia que sus chamanes utilizaban para hacer toda esa comida, la abundancia que les permitía reunirse en enjambres e inundar la tierra de niños. Y además, se recordó, allí la extraña era ella, y debía aprender las costumbres de Gwerei y no al contrario.

Así que se entregó en cuerpo y alma a aquel trabajo aburrido y repetitivo. Pero antes de que el Sol hubiera ascendido mucho en el cielo, ansiaba escapar de aquel tedio, huir corriendo a la meseta. Y después de un día entero de obligar a su cuerpo, una máquina exquisitamente diseñada para caminar, correr y lanzar, a soportar aquel trabajo duro y repetitivo, el dolor era tan abrumador que lo único que quería era que parase.

Al día siguiente la llevaron a otro campo y la pusieron a hacer exactamente lo mismo. Y al otro.

Y al otro.

Era la agricultura: primitiva, pero agricultura a fin de cuentas. Aquella nueva forma de vida no había sido planificada. Había emergido espontáneamente, paso a paso.

Desde al menos los tiempos de Guijarro, e incluso antes de que hubieran emergido los auténticos humanos, la gente había estado seleccionando y cuidando las plantas silvestres que prefería y eliminando las que competían con ellas con los recursos. Del mismo modo, la domesticación había empezado por accidente. Los perros habían aprendido a cazar con los humanos y habían sido recompensados por ello. Las cabras habían aprendido a seguir a los humanos para alimentarse de la basura que arrojaban y los humanos, a su vez, habían aprendido a utilizarlas, no solo como medio de conseguir carne, sino por su leche. A lo largo de centenares de miles de años, se había producido una selección inconsciente de aquellas plantas y animales que le eran más útiles a los humanos. Pero ahora el proceso se había vuelto consciente.

Todo había empezado en un valle que no estaba muy lejos de allí. Durante siglos, la gente había disfrutado de un clima cada vez más cálido, una dieta rica en fruta, nueces, grano silvestre y caza salvaje. Pero entonces se había producido un repentino enfriamiento. Los bosques habían menguado. Las fuentes de alimentación habían empezado a desaparecer.

Así que la gente había concentrado sus esfuerzos en las mejores plantas, las que tenían semillas grandes que podían sacarse de las vainas con facilidad, tratando de garantizar su crecimiento a expensas de las plantas menos interesantes que las rodeaban.

Los guisantes habían supuesto otro éxito precoz. Las vainas de los guisantes silvestres explotaban y desperdigaban las semillas a su alrededor para germinar. La gente prefería aquellos mutantes ocasionales cuyas vainas no explotaban, porque eran más fáciles de recoger. Por sí solas, estas variedades no germinaban y morían, pero, en cambio, con la atención y los cuidados de los humanos, florecieron. Por la misma razón, las variedades similares de lentejas, amapolas y lino tenían el éxito garantizado.

Y de este modo, esparciendo las semillas de sus plantas preferidas y eliminando aquellas que no les interesaban, los hombres habían emprendido un proceso selectivo. Rápidamente, las plantas empezaron a adaptarse. Transcurrido apenas un siglo, empezaron a aparecer cereales de grano más grueso, como el centeno. Algunas plantas se veían favorecidas por el tamaño de sus semillas, como los girasoles, y otras, en cambio, como los plátanos, por el tamaño de los frutos. Algunos genes que en el pasado hubieran resultado letales para las plantas, como el que provocaba que las vainas no reventaran, eran ahora en cambio la causa de su éxito.

Los primeros cultivadores de centeno no se habían establecido instantáneamente. Durante algún tiempo habían seguido recogiendo las plantas silvestres junto a sus magras cosechas. Los nuevos campos habían servido como despensa, como último recurso en caso de necesidad: como ocurría con todas las innovaciones, la agricultura había nacido de las prácticas que la habían precedido.

Pero los nuevos cultivos habían resultado tan productivos que muy pronto la gente se volcó en ellos. La mayor parte de las plantas salvajes no eran aptas para el consumo humano; las nueve décimas partes de lo que cultivaba un granjero se podían comer. Por eso podían permitirse el lujo de tener tantos niños; eso era lo que sustentaba el gran hormiguero que era aquel pueblo.

Era la más profunda revolución experimentada por los homínidos desde que el *Homo erectus* abandonara el bosque y se estableciera en la sabana. Comparados con este avance, los desarrollos del futuro, incluida la ingeniería genética, no serían más que pequeños detalles. No volvería a producirse un cambio tan significativo hasta que el ser humano desapareciera de la faz de la Tierra.

Pero la revolución agrícola no convirtió a la Tierra en un paraíso.

La agricultura significaba trabajo: una tarea interminable, repetitiva y fatigosa, todos los días del año. Como los suelos quedaban despojados de todo salvo lo que la gente quería cultivar, los humanos tenían que hacer todo el trabajo que antaño había hecho la naturaleza: airear la tierra, combatir las plagas, fertilizar y sembrar. La agricultura equivalía al

sacrificio de la vida entera, de las habilidades, del placer de correr a campo abierto, de la libertad de elegir lo que querías hacer... a cambio de la labor en los campos.

Y ni siquiera es que la dieta que tan laboriosamente arrancaban al suelo fuera muy rica. Mientras que los antiguos cazadores-recolectores habían disfrutado de una dieta variada, con cantidades apropiadas de minerales, proteínas y vitaminas, los granjeros extraían la mayor parte de su sustento de las cosechas: era como si hubieran cambiado una comida cara y de gran calidad por una forma nutricional barata pero de baja calidad. Como consecuencia de esto, y del trabajo incesante y duro, se habían vuelto significativamente menos saludables que sus antepasados. Tenían dientes peores y la anemia era una constante en sus vidas. Las mujeres tenían los codos muy débiles y los hombres sufrían un estrés social infinitamente más intenso, que se traducía en frecuentes peleas y asesinatos.

Y luego estaban las muertes. Comparados con sus altos y vigorosos antepasados, los hombres estaban menguando.

Era verdad que las madres no tenían que sacrificar a sus bebés. De hecho, se les alentaba a tener hijos lo más deprisa posible, a fin de satisfacer las incesantes demandas de trabajadores nuevos para los campos: a la edad de treinta años, muchas de las mujeres estaban exhaustas por el trabajo de cuidar y criar niños débiles.

Pero si nacían muchos, también eran muchos los que morían. Juna no tardó mucho en darse cuenta. La enfermedad era algo raro en su pueblo, pero allí, en aquel lugar abarrotado e insalubre, no. Casi podías ver cómo se extendía, en las toses y los estornudos de la gente, en las llagas que se rascaban sin parar, en la diarrea que emponzoñaba el agua de sus vecinos. Y la miríada de enfermedades y males se cebaba en los más débiles, los viejos y los más jóvenes. Morían muchos, muchos niños, más que en su pueblo.

Y apenas había un puñado de personas de la edad de su abuela. Juna se preguntaba qué sería de toda la sabiduría que se perdía con la muerte prematura de tanta gente.

Los días se sucedían, idénticos y carentes de sentido. El trabajo era rutinario. Pero es que allí todo lo era, todo se repetía día tras día.

Cahl seguía aprovechándose de ella la mayoría de las noches. Pero parecía que estaba perdiendo facultades. A veces la abordaba con mucha fuerza, arrojándola al suelo y arrancándole la falda, o tomándola desde atrás mientras le sujetaba la cabeza. Era como si tuviera que esforzarse para conseguirlo, para excitarse. Y cuando bebía demasiada cerveza, su pene no se levantaba.

Era un hombre débil y Jana se había dado cuenta. Tenía poder sobre ella, sí, pero no lo temía. Al final, hasta sus apariciones se habían convertido en rutinarias, una parte más del escenario de fondo en el que se desarrollaba su vida. Sin embargo, la aliviaba saber que, mientras tuviera al niño de Tori en el vientre, no podía quedarse embarazada de él.

Un día, mientras trabajaba con el arado de piedra en la tierra reseca y rocosa, aparecieron unas ovejas sobre las rocas, balando ruidosamente. Siempre dispuestos a tomarse un descanso, los trabajadores levantaron la mirada. Al ver a las ovejas, sacudiéndose nerviosamente y husmeando el suelo en busca de hierba, se echaron a reír.

Pero entonces se oyeron unos ladridos frenéticos. Un perro apareció al otro lado de las rocas, perseguido por un muchacho que empuñaba un bastón de madera. Mientras los trabajadores se reían, aplaudían y vitoreaban, el niño y el perro empezaron a perseguir a las ovejas con cómica incompetencia.

Gwerei se encontraba junto a Juna. Miró su rostro confundido. Entonces, no sin cierta amabilidad, señaló las ovejas.

—*Ouis kludhi.* Empezó a contar las ovejas con el dedo, una a una—. *Oynos. Duo. Treyes. Ouis.* —Y, con un gesto, alentó a Juna a responderle.

Juna, con la espalda dolorida y el cabello enmarañado, pensó que ya había tenido suficientes rarezas.

—Nunca conseguiré entenderlo.

Pero Gwerei, curiosamente, conservó la paciencia.

—*Owis. Kludhi. Owis.*

Y empezó a hablarle, en su lengua, pero con mucha más lentitud y claridad de lo habitual... y, para asombro de Juna, con una o dos palabras de su propio idioma, que seguramente había aprendido de Cahl. Estaba tratando de decirle algo. Algo importante.

Juna prestó atención. Tardó mucho rato. Pero poco a poco empezó a entender lo que Gwerei estaba tratando de decirle. Aprende el idioma. Escucha y aprende. Porque solo así podrás escapar de Cahl. Y ahora escucha...

Asintió, remisa.

—*Ouis* —repitió—. Oveja. *Ouis.* Una, dos, tres...

Y de este modo, Juna aprendió sus primeras palabras en la lengua de Gwerei y Cahl, los primeros granjeros: las primeras palabras en la lengua que un día se conocería como proto-indoeuropeo.

A medida que se sucedían los días, su vientre iba creciendo con regularidad. Empezó a estorbarle para trabajar y, al mismo tiempo, sus fuerzas empezaron a menguar. Los demás trabajadores la miraban y algunos de ellos refunfuñaban, pero la mayoría de las mujeres no pareció tomárselo en cuenta.

Pero había algo que la preocupaba. ¿Qué haría Cahl cuando naciera el niño? ¿Dejaría de encontrarla atractiva cuando no tuviera la barriga hinchada? Si la echaba, se encontraría en una posición tan mala como si hubiera probado suerte en la meseta, sola... o puede que peor, tras meses de dieta inapropiada y trabajo duro en un lugar que ni conocía ni comprendía. La preocupación se convirtió en una obsesión que la carcomía por dentro, del mismo modo que el crecimiento del niño parecía estar consumiendo las fuerzas de su cuerpo.

Pero entonces llegó al pueblo el desconocido de la gargantilla brillante.

Era tarde. Como de costumbre, estaba regresando desde los campos, cubierta de barro y exhausta.

Cahl se dirigía a la cabaña del cervecero. Juna había visto las grandes tinas de madera dentro de su cabaña, donde machacaba ciertas hierbas y otras sustancias que ella era incapaz de identificar para preparar aquella primitiva cerveza de cebada. La cerveza no parecía hacer demasiado efecto

a la gente del pueblo de Cahl —a menos que la consumieran en grandes cantidades— comparada con lo que le hacía a Acta y a los demás. No es de extrañar que fuera una mercancía de primera para Cahl: barata para él, pero de valor incalculable para Acta.

Aquella mañana había un hombre con él: alto, tanto como ella, aunque no tanto como algunos de los hombres de su pueblo. Tenía el rostro afeitado y el cabello, negro y largo, recogido a la espalda en una coleta. Parecía joven. Seguramente no era mucho mayor que ella. Sus ojos eran claros y despiertos. Y vestía con una piel extraordinaria, una piel que había sido trabajada hasta quedar muy suave, cuidadosamente cosida y decorada con dibujos de animales danzantes en colores rojos, azules y negros. Al pensar las horas que habrían hecho falta para producir semejante atuendo Juna se estremeció.

Pero lo que más llamó su atención fue la gargantilla que llevaba al cuello. Era una sencilla cadena de conchas perforadas. Pero en la concha central, debajo de su barbilla, había un fragmento de algo que atrapaba la luz poniente del Sol y la despedía convertida en destellos amarillos.

Cahl la estaba mirando. Había dejado que el joven entrara primero en la cabaña del cervecero. Utilizando la lengua de ella, dijo con voz sedosa:

—Te gusta, ¿eh? ¿Te gusta el *oro* que lleva en el cuello? ¿Crees que preferirías su fina polla a la mía? Se llama Keram. Para lo que va a servirte... Es de Cata Huuk. No sabes dónde está eso, ¿verdad? Y nunca lo sabrás. —Le metió la mano entre las piernas y apretó—. Mantenlo caliente para mí.

La soltó y se alejó.

Ella apenas había reparado en su última agresión. *Keram. Cata Huuk.* Repitió los extraños nombres para sus adentros, una y otra vez.

Porque le había parecido que —solo por un momento, justo antes de volverse para entrar en la cabaña del cervecero— el joven posaba la mirada en ella y sus ojos se abrían mucho, como si la reconocieran.

Pasaron tres meses antes de que Keram volviera al pueblo desde Cata Huuk.

De hecho, se habría ahorrado el viaje de haber podido. Como era el hijo menor del Potus, le tocaban siempre los peores trabajos, y recoger los tributos de aquellas aldeas, situadas en los límites de las tierras de la ciudad, era casi el peor de ellos.

—Este lugar —le dijo a su amigo Muti— es el más horrible. Míralo. —El pueblo, erigido a la orilla del río, no era más que un puñado de cabañas del color de los excrementos, y erosionadas por las lluvias, de cuyos techos brotaban volutas de humo apestoso—. ¿Sabes cómo lo llaman? Keer. —Aquella palabra significaba «corazón» en la lengua de los dos jóvenes, una lengua que se hablaba en una amplia región colonizada que se extendía desde allí en dirección al este.

Muti sonrió.

—Keer. Me gusta. ¿Crees que este es el corazón del mundo? Entonces, ¿por qué tiene aspecto de culo? —Se echaron a reír juntos, y sus gargantillas de conchas y oro tintinearon con suavidad.

Cahl se acercó a ellos. El mercader se sumó a sus risas con alegría forzada, mientras sus ojillos de cerdo pasaban velozmente de uno al otro. Los guardias que acompañaban a Keram se movieron discretamente, como para demostrar que estaban muy alertas, e inclinaron las puntas de sus picas.

Cahl dijo:

—Amo Keram. Me alegro mucho de verte. Qué buen aspecto tienes, cómo brilla tu ropa a la luz del Sol. —Se volvió hacia Muti—. Y no creo...

Muti se presentó:

—Un primo segundo de Keram. Pariente y aliado.

La mirada calculadora que se dibujó en el rostro de Cahl mientras añadía el nombre y la posición de Muti al mapa de las estructuras del poder de Cata Huuk que, sin ningún disimulo, estaba trazando en su mente, divirtió a Keram. Cahl empezó a deshacerse en cortesías y aspavientos mientras los conducía al pueblo.

—Venid, venid. El tributo está preparado, por supuesto, en mi cabaña. Tengo comida y cerveza para vosotros, recién traída de los campos. ¿Os quedaréis a pasar la noche?

Keram respondió:

—Tenemos que visitar muchos más lugares antes de que...

—Pero debéis disfrutar de nuestra hospitalidad. Y también vuestros hombres. Tenemos muchachas, vírgenes, dispuestas para vosotros. —Miró a Muti y le guiñó un ojo—. O muchachos, si lo preferís. Seréis mis invitados mientras queráis quedaros con nosotros...

Mientras caminaban con cuidado sobre el suelo cubierto de lodo y excrementos, Muti se aproximó a Keram y le dijo en voz baja:

—Qué repugnante babosa.

—No es más que un jugador de ventaja. Ni siquiera es el jefe de esta pandilla de miserables. Y tiene algunas debilidades interesantes, particularmente por las mujeres gordas. Puede que le recuerden a los cerdos, que sin duda son las criaturas a las que ama realmente. Pero es útil. Se deja manipular con facilidad.

—¿Llegará alguna vez a Cata Huuk?

Keram resopló.

—¿Tú qué crees, primo?

Ya estaban llegando a la cabaña de Cahl, una de las más grandes del pueblo, pero igualmente un montón de estiércol a los ojos de los jóvenes.

Keram preguntó a Muti:

—¿Quieres que nos quedemos algún tiempo? —Señaló a los guardias con un gesto de la cabeza—. Normalmente me gusta dejar que los perros salgan un rato de la jaula. Y una de las habilidades de Cahl consiste en encontrar a algunas de las cerdas más atractivas de este estercolero. Algunas veces, su desesperación y miseria las hace..., interesante. Es divertido, aunque fatigoso. Aunque tienes que estar preparado para un poco de mugre.

Muti, distraído, dijo:

—¿Qué tenemos aquí?

Una muchacha había salido de la cabaña de Cahl. No se parecía en nada a las morenas y achaparradas mujeres del pueblo. Aunque flaca y descuidada, era alta — tanto como Keram, de hecho— y esbelta, y poseía una cabellera rubia que, a pesar de la mugre que se la enmarañaba, despedía un cegador brillo dorado. No debía de tener más de dieciséis o diecisiete años.

Su aparición pareció enfurecer a Cahl. Le propinó un puñetazo en la sien y la chica cayó al suelo.

—¿Qué estás haciendo? Vuelve a la cabaña. Ya me ocuparé de ti luego. —E hizo ademán de darle un puntapié, tirada en el suelo como estaba.

Con un movimiento rápido, Muti cogió el brazo rechoncho de Cahl y lo retorció. El comerciante chilló pero no ofreció resistencia.

Keram cogió a la chica de la mano y la ayudó a levantarse. Un moratón estaba empezando a aparecer en su sien. Vio que tenía los brazos y las piernas cubiertas de magulladuras. Estaba temblando, pero se mantuvo firme frente a él. Le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Cahl le espetó:

—Señor, no le hables... —Muti le retorció el brazo con más fuerza—. ¡Au!

—Juna. —Tenía un acento marcado y desconocido para él, pero las palabras eran perfectamente inteligibles—. Me llamo Juna. Soy de Cata Huuk —dijo con audacia—. Soy como tú.

Keram se rió al oírlo, pero sus carcajadas murieron mientras la estudiaba con más detenimiento. Desde luego, su estatura, su elegancia y su condición, relativamente buena, no parecían propias de una vida entre los cerdos de Keer. Le dijo con cuidado:

—Si eres de la ciudad, ¿cómo acabaste aquí?

—Se me llevaron cuando era pequeña. Esta gente, la gente de Keer. Me criaron entre los perros y los lobos. Por eso no hablo como tú. Pero...

—Está mintiendo —dijo Cahl, casi sin resuello—. Ni siquiera sabe dónde está Cata Huuk. Es una salvaje de las tribus del oeste, esos animales

con los que comercio a veces. Su madre es una vaca que vende su cuerpo a cambio de cerveza. Y...

—Yo no debería estar aquí —dijo Juna con voz firme y sin apartar los ojos de Keram—. Llévame contigo.

Inseguros, Keram y Muti intercambiaron una mirada.

Enfurecido, Cahl se zafó de Muti.

—¿Quieres acostarte con ella? ¿Es eso? —Le arrancó a Juna el sencillo vestido y su vientre hinchado quedó al descubierto—. ¡Mirad! ¡La cerda está llena de cochinillos! ¿Queréis montarla así?

Keram frunció el ceño.

—Ese niño. ¿Es de Cahl?

Juna se estremeció.

No. Aunque mi vientre lo excita, y me utiliza. El niño es de un hombre de Cata Huuk. Vino aquí. Estuvo conmigo. Ni siquiera me dijo su nombre. Me prometió...

—¡Está mintiendo! —rugió Cahl—. Ya estaba embarazada cuando la encontré.

—Yo no pertenezco a este lugar —dijo Juna, mirando la aldea sin disimular su repugnancia—. Mi hijo no pertenece a este lugar. Mi hijo pertenece a Cata Huuk.

Keram volvió a mirar a Muti, quien se encogió de hombros.

—No sé si dices la verdad, Juna. Pero eres una criatura extraña, y tu historia divertirá a mi padre.

—¡No! —Cahl volvió a zafarse de Muti. Los soldados se adelantaron—. No puedes llevártela.

Keram hizo caso omiso de sus protestas. Miró a Muti:

—Encárgate de recoger el tributo. Tú, Juna, ¿tienes posesiones? ¿Algún amigo del que quieras despedirte?

Sus palabras parecieron confundirla, como si no supiera muy bien lo que significaba «posesiones».

—Nada. Y amigos... sólo Gwerei.

—Keram se encogió de hombros. El nombre no significaba nada para él.

—Haz tus preparativos. Nos marcharemos pronto.

Dio una palmada y Muti y los soldados se apresuraron a cumplir sus órdenes.

Pero Cahl, sujeto por uno de los guardias, siguió rogando y suplicando:

—¡Llévame a mí! ¡Oh, llévame a mí!

III

Tres días los separaban del misterioso hogar de Keram, Cata Huuk.

El grano y la carne, eso que Keram llamaba «el tributo», se recogió rápidamente. Juna no comprendía por qué los habitantes de aquel pueblo, que apenas tenían para alimentarse a sí mismos, tenían que entregar una parte tan importante de sus provisiones a aquellos extraños. Ni siquiera recibieron cerveza a cambio.

Pero no era el momento de preocuparse por ello. El discurso que había preparado durante todo ese tiempo, desde la primera vez que viera a Keram, había dado resultado. Ahora lo que tenía que hacer era guardar silencio y marchar a donde le dijeran.

El grupo formó en una columna estrecha. Keram y Muti se situaron a la cabeza. Los cuatro guardias iban tras ellos, dos de ellos con las manos libres para cargar el tributo y los otros dos con armas. Juna, que había llegado allí sin otra cosa que su lanza, se aproximó a uno de los guardias para compartir parte de la carga.

Keram la detuvo:

—Deja que hagan su trabajo.

Juna se encogió de hombros.

—En el pueblo de Cahl sería mi trabajo.

—Bueno, yo no soy Cahl. Debes hacer lo que nosotros hacemos, muchacha. Así son nuestras costumbres —Se me llevaron de niña...

—Todavía recuerdo lo que nos has contado —dijo Keram. Parecía divertido y había levantado las cejas—. Lo que no sé es si me lo creo. Pero escúchame. En Cata Huuk, la palabra del Potus es ley. Yo soy el hijo del Potus. Has de obedecerme. No cuestiones mis órdenes. ¿Lo entiendes?

El pueblo de Juna, como la mayoría de los cazadores-recolectores, se regía por principios igualitarios. No, no entendió. Pero a pesar de ello, asintió en silencio.

Se pusieron en marcha. Los jóvenes, que no cargaban con nada, caminaban con desenvoltura, al igual que Juna, a pesar de su embarazo y de los cuatro meses de mala comida y trabajo duro que había tenido que soportar. Pero los guardias resoplaban y se quejaban de sus pies cansados.

Para Juna era un gran alivio salir de la escuálida aldea y volver a estar a campo abierto, volver a caminar en lugar de tener que encorvar la espalda sobre un campo polvoriento, a pesar de que, conforme avanzaba hacia el este, estaba alejándose cada vez más de las tierras en las que antepasados y ella habían vivido siempre.

Todas las noches paraban en pequeñas aldeas, ni más ni menos impresionantes que la de Cahl. Los guardias se atiborraban de cerveza y mujeres. Keram y Muti pasaban la noche solos, en las cabañas que los aldeanos ponían a su disposición. Dejaban que Juna durmiera con ellos, acurrucada en un rincón.

Ninguno de ellos la tocó. Puede que fuera por su estado. Puede que no estuvieran seguros de que fuera de fiar. Una parte de ella, aliviada por verse libre de las repulsivas atenciones de Cahl, disfrutaba del placer de no tener que compartir su cuerpo con nadie pero otra parte, más calculadora, lo lamentaba. No podía siquiera concebir cómo sería aquel lugar, Cata Huuk. Pero sospechaba que tendría más probabilidades de sobrevivir si se unía a Keram o Muti.

A medida que avanzaban, el paisaje empezó a llenarse de campos y aldeas. Ya no había árboles, aunque sí algunos tocones y campos quemados. De hecho, aparte los campos y aquellas tierras que se veía que habían sido cultivadas en el pasado pero ahora, exhaustas e inútiles, estaban abandonadas, no había más que afloramientos de roca o pantanos. Muy

pronto, la cosa llegó a tal punto que no podía dar un paso sin pisar la huella dejada por otra persona que había pasado allí antes que ella. La medida en la que aquel enjambre humano había modificado la tierra la apabullaba.

Y al fin llegaron a la propia Cata Huuk.

Lo primero que vio Juna fue la muralla. Hecha de ladrillos de barro y paja, era una gran barrera circular que debía de alcanzar la altura de tres hombres puestos uno encima de otro, y estaba erizada de pinchos. Alrededor de la muralla se extendía un círculo de chozas y cobertizos improvisados, construidos con barro y ramas de árbol. La muralla era tan ancha que parecía cortar la tierra por la mitad.

Una vereda amplia y aplanada conducía hasta la propia muralla, y el grupo de Keram la siguió. Pero al aproximarse, empezó a emerger gente de las cabañas, como un enjambre de avispas, gritando, tirando a Keram de la túnica, levantando carne y fruta y dulces y tallas de madera y piedra frente a él, y Juna se encogió de temor. Pero Keram le aseguró que no había de qué preocuparse. Aquella gente solo estaba tratando de *venderle* cosas: aquello era un *mercado*. Las palabras no significaban nada para ella.

Había una enorme puerta de madera en la muralla. Keram llamó a voces. Un hombre que había sobre la muralla lo saludó con la mano y las puertas se abrieron. El grupo entró.

Mientras penetraba en aquel mundo nuevo e insólito, Juna se dio cuenta de que estaba temblando.

Las cabañas: aquello fue lo primero que le llamó la atención. Eran muchísimas, decenas de decenas, extendidas en cantidades incontables a lo largo del enorme recinto que rodeaban las murallas. Algunas de ellas, simples mojones de barro y paja, no eran mayores ni mejores que las del pueblo de Cahl. Pero otras, hacia el centro de la ciudad, eran más grandes e imponentes, estructuras de dos y tres pisos, en cuyos patios delanteros crecían hierbas de color amarillo que brillaban bajo el Sol. Por entre los racimos de cabañas cruzaban caminos sinuosos que se retorcían de acá para allá, formando una especie de telaraña. Por todas partes el humo flotaba en grandes y negras nubes. Las aguas fecales discurrían por unos canales

abiertos en el centro de cada calle y sobre los desperdicios flotaban nubes de moscas.

Y había gente por todas partes, hombres caminando juntos, niños corriendo y gritando, mujeres cargadas con grandes pesos a la espalda y sobre la cabeza. Había animales también, cabras y ovejas y perros, tan apiñados como las personas. El ruido, un incesante clamor, era pasmoso. Y los olores —excremento, orina, animales, madera quemada y el grasiento aroma de la carne asada— era abrumador.

Aquello era Cata Huuk. Con diez mil personas apiñadas tras sus murallas, era una de las primeras ciudades de la Tierra. Keer no la había preparado para aquello.

Keram le sonrió.

—¿Estás bien?

—¿Qué dios malvado creó esta montaña humeante?

—No fue ningún dios. La gente, Juna. Mucha, mucha gente. Debes recordarlo, por muy extraño que te parezca todo, es la obra de hombres como tú y como yo. Además —prosiguió, fingiendo inocencia— aquí es donde naciste. Este es el sitio al que perteneces.

—Aquí es donde nací —dijo ella, pero fue incapaz de insuflar demasiada convicción a sus palabras—. Pero tengo miedo. No puedo evitarlo.

—Yo estoy a tu lado —murmuró Keram.

Impulsada por un frío cálculo, le cogió de la mano. Vio que Muti los estaba observando; el joven le guiñó un ojo y esbozó una sonrisa de complicidad.

Caminaron por una avenida radial hacia las estructuras que ocupaban el centro de la ciudad. Y entonces sí que creció su asombro. Aquellos edificios, de tres pisos de altura, se erguían como gigantes sobre el resto de la urbe. Los edificios estaban dispuestos formando un cuadrado más o menos regular alrededor de una plaza central, donde crecían la hierba y las flores. En las entradas de todos ellos había hombres armados con picas, de mirada ceñuda y suspicaz. Unas mujeres con cántaros bajo el brazo esparcían agua sobre la hierba.

Muti sonrió a Juna.

—Vuelves a estar asombrada. ¿Qué es tan extraño ahora?

—La hierba. ¿Por qué echan agua? —Tuvo que hacer un esfuerzo para expresar lo que pensaba—. La lluvia cae del cielo. La hierba crece.

Muti sacudió la cabeza.

—No con la regularidad suficiente para el Potus. Se diría que quiere gobernar el mismo tiempo.

Entraron en el mayor de los edificios. Juna nunca había estado en un espacio cerrado de tales dimensiones. Los pisos superiores estaban conectados por escaleras y plataformas. A pesar de la hora del día, colgaban antorchas encendidas de las paredes, cuya luz ahuyentaba las sombras y bañaba el lugar de un resplandor amarillento. En todos los pisos había gente vestida con ropa elegante y lustrosa y algunos de ellos se inclinaban delante de Keram y Muti al pasar. Era como estar mirando la copa de un gran árbol. Incluso el suelo era extraordinario: hecho de una madera tallada tan suave que resbalaba bajo sus pies descalzos, y revestido con una capa de aceite o grasa que lo hacía brillar.

Llegaron al centro del edificio. Allí había una plataforma elevada. Y sobre la plataforma, sentado en un bloque de madera oscura intrincadamente tallado, se encontraba el hombre más obeso que Juna hubiera visto nunca. Sus pechos eran más grandes que los de una parturienta reciente. Su vientre, recubierto de aceite, era como la Luna. Y su cabeza era una esfera de carne sin un solo pelo. Tenía la coronilla afeitada, y no llevaba barba, ni bigote; ni siquiera tenía cejas. Estaba desnudo de cintura para arriba, pero llevaba unos pantalones delicadamente cosidos.

Aquella criatura enorme era el Potus, el Poderoso. Uno de los primeros reyes de la Historia. Estaba hablando con un hombre tan flaco que parecía un cadáver, situado a su lado, y que, concentrado en las palabras del rey, jugueteaba con un cordel de nudos que había entre sus manos.

Keram y Muti esperaron pacientemente a que el Potus pudiera consagrarles toda su atención.

Juna susurró:

—¿Qué hace con ese cordel?

—Las cuentas —respondió Muti en voz baja—. Así es como se registran los... um, los trabajos de la ciudad y las granjas. Las ovejas y cabras. El grano que se espera de la próxima cosecha. Los recién nacidos... Los muertos. —Ella lo miraba con los ojos tan abiertos que no pudo por menos que sonreír—. Nuestra historia se cuenta en ese cordel, Juna. Así es como vive Cata Huuk.

Keram le dio un codazo. El hombre del cordel había desaparecido. La inmensa cabeza del Potus se había estirado hacia ellos. Keram y Muti hicieron una reverencia. Juna se limitó a mirarlo hasta que Keram la obligó a inclinarse.

—Déjala —dijo el Potus. Su voz era como la grava del lecho de los ríos. Sin apartar los ojos de Juna, la llamó con una seña.

Se inclinó sobre ella. Su piel olía a aceites animales. Le tiró del pelo, con tanta fuerza que se encogió.

—¿Dónde la habéis encontrado?

Keram le explicó en pocas palabras lo que había sucedido en Keer.

—Potus, dijo que había nacido aquí... aquí, en Cata Huuk. Dice que se la llevaron cuando era niña. Y...

—Quítate la ropa —ordenó el Potus a Juna.

Ella, repelida por su olor, lo miró con furia y no obedeció. Pero Muti se apresuró a arrancarle las pieles hasta dejarla completamente desnuda.

El Potus asintió, como si estuviera evaluando una presa cobrada por un cazador.

—Buenos pechos. Buena estatura, buen porte... y un cachorro en el vientre, según veo. ¿Crees lo que ha contado, Keram? No recuerdo haber oído que se raptara a ningún niño... ¿Cuándo dices que fue? Hace quince o dieciséis años...

—Ni yo —dijo Keram.

—Dicen que los salvajes que hay más allá de los campos son así. Altos, de aspecto saludable, a pesar de su atroz forma de vida.

—Pero si es una salvaje, es muy lista —dijo Keram—. Pensé que su relato te divertiría.

—Es la verdad —dijo Juna.

El Potus soltó una risotada que era como un ladrido.

—Pero si habla...

—Habla bastante bien. Es muy lista, señor, y tiene..

—Baila para mí, muchacha. —Al ver que la chica se limitaba a devolverle la mirada, muda, el Potus dijo, en voz baja pero amenazante—. Baila para mí o haré que te saquen de aquí a rastras ahora mismo.

Juna no entendía lo que estaba pasando. Pero se dio cuenta de que su vida dependía de su respuesta.

Así que bailó. Recordó bailes que su hermana Sion y ella habían inventado de niñas y otros en los que había participado de mayor, siguiendo las cabriolas del chamán.

Pasados unos segundos, el Potus sonrió. Y entonces él, Keram y Muti, empezaron a dar palmas al ritmo que marcaban sus pies descalzos sobre el suelo de madera pulida.

Desnuda, confundida por todo aquello, Juna siguió bailando.

Desde el primer momento Juna se dio cuenta de que si quería estar sana, bien alimentada y libre del azote del trabajo interminable, repetitivo y agotador, tenía que permanecer lo más cerca del Potus que pudiera.

Así que trató de hacerse lo más interesante posible. Registró sus recuerdos buscando habilidades y conocimientos que, comunes entre su pueblo, pudieran maravillar a los hombres de aquel enjambre. Organizó carreras de larga distancia, en las que vencía con asombrosa facilidad a pesar de su avanzado estado de gestación. Hizo lanzadores de venablos y demostró su habilidad acertando dianas que se encontraban tan lejos que la mayoría de los miembros de la corte del Potus ni siquiera alcanzaban a verlas. Cuando nadie se lo esperaba, cogía fragmentos de piedra, madera y concha y, sin ninguna herramienta, fabricaba hojas y tallaba ornamentos, un proceso que, a aquellos hombres tan alejados de los recursos de la Tierra, les resultaba milagroso.

Su bebé nació. Era un muchacho esbelto, que cuando creciera se parecería a su perdido padre, Tori. En cuanto pudo, empezó a enseñarle a

correr, a bailar, a lanzar, a hacer todo lo que ella sabía.

Y cuando finalmente logró atraer a Keram a su cama, cuando él le perdonó las mentiras que le había contado para persuadirlo de que la levara consigo y cuando, un año más tarde, con su gargantilla de conchas y oro en el cuello, dio a luz a su hijo, sintió que su posición en aquel nido de hombres estaba asegurada.

En cuanto a la ciudad, Juna no tardó demasiado en comprender la verdad.

Era un lugar formado por varias capas, un lugar de rigidez y control. Sus habitantes eran esclavos que trabajaban día y noche para alimentar al Potus, a sus esposas, sus hijos, sus hijas y sus parientes, y aquellos que le servían, así como a los sacerdotes, la misteriosa red de místicos o chamanes que llevaba una vida aún más espléndida que la de él.

No podía ser de otro modo. Con la domesticación de plantas y animales, la tierra se había vuelto mucho más productiva. Los controles naturales que impedían el crecimiento de la población habían desaparecido de repente. Las poblaciones humanas experimentaron un crecimiento explosivo.

De repente la gente dejó de reproducirse como los primates. Empezó a hacerlo como las bacterias.

La densidad de población hizo posible el nacimiento de nuevas clases de comunidades y grandes centros de población, pueblos y ciudades, alimentados por un suministro constante de materias primas procedentes del campo.

Nunca habían existido tantos humanos, ni tan elaboradas variedades de relaciones entre ellos. Las ciudades, impelidas por la necesidad, experimentaron fuertes tensiones que desembocaron en formas nuevas de organización social. En las comunidades tribales como la de Juna, las decisiones se tomaban comunalmente y el liderazgo era informal, puesto que todo el mundo conocía a todo el mundo. Los lazos de parentesco bastaban para resolver la mayoría de los conflictos. Cuando los grupos eran más grandes, los caudillos se reunían y formaban una especie de colegio que organizaba las cosas.

Pero allí, en la ciudad, ya no era posible que todo el mundo participara en todas las decisiones. Había dejado de ser un procedimiento eficiente que cada familia cultivara y recogiera su propia comida, hiciera sus propias herramientas y su propia ropa y comerciara directamente con sus vecinos. Uno podía tener la seguridad de que todos los días se encontraría con perfectos desconocidos, y puede que tuviera que tratar con ellos, en lugar de expulsarlos o matarlos como antaño. Las viejas inhibiciones del parentesco dejaron de ser suficiente: Hubo que recurrir a la fuerza para mantener el orden.

No tardó en establecerse un control centralizado. El poder y los recursos empezaron a concentrarse en las manos de una élite. Surgieron reyes y reyezuelos, dotados del monopolio en la toma de decisiones, la información y el poder. Se estableció una economía redistributiva de nuevo cuño. Aparecieron la organización política y, merced a una tecnología cuya velocidad de desarrollo se multiplicaba por momentos, los sistemas de registro de información, la burocracia y los impuestos: las relaciones entre los hombres experimentaron una sofisticación explosiva.

Y, por primera vez en la historia de los homínidos, hubo gente que no tuvo que trabajar para comer.

La religión, el arte, la música, la ficción y la guerra llevaban existiendo treinta mil años. Pero ahora, aquellas sociedades pudieron permitirse el lujo de tener especialistas: gente que no hacía otra cosa que pintar, o perfeccionar melodías con flautas de hueso y madera, o especular sobre la naturaleza de un Dios que había ofrecido los dones del fuego y la agricultura a una raza indigna como la de los humanos. A partir de estas tradiciones acabaría por emerger gran parte de la belleza y la grandeza que la naturaleza humana incluía en su potencial. Pero también los ejércitos de asesinos profesionales, de los que los guardias de Keram eran un prototipo.

Y en casi todas partes, desde el principio, las nuevas comunidades estuvieron dominadas por los hombres: hombres que competían por el poder, en sociedades en las que las mujeres eran tratadas más o menos como recursos. Durante los tiempos de los cazadores-recolectores, el hombre se había despojado fugazmente de las cadenas ancestrales de las

jerarquías patriarcales predominantes entre los primates. La igualdad y el respeto mutuo no eran lujos: las comunidades de cazadores-recolectores eran igualitarias porque era evidente que compartir el trabajo, la comida y el saber redundaba en beneficio de todos. Pero aquellos días estaban tocando a su fin. En la búsqueda de nuevos modos de organizar sus ingentes números, los humanos estaban regresando confortablemente a las costumbres de un pasado anterior a ellos mismos.

Las concentraciones urbanas aparentaban ser una forma de organizar la vida completamente nueva. Ningún homínido, y por descontado ningún primate, había vivido jamás en comunidades tan densamente pobladas. Pero en realidad representaban la involución a una forma muchos más antiguas. Las nuevas ciudades tenían mucho más en común con las colonias de chimpancés de los bosques que con las comunidades de cazadores-recolectores de su pasado próximo.

El intervalo de seguridad de Juna no duró más de cuatro años. En plena noche, Keram la zarandeó para despertarla. —Vamos. Coge a los niños. Tenemos que marcharnos.

Juna se incorporó en el lecho, con los ojos todavía soñolientos. La pasada noche habían celebrado una fiesta y había bebido mucho más de lo conveniente. Las bebidas alcohólicas solo eran posibles en las tierras en las que se practicaba la agricultura, porque para destilarlas hacía falta grano cultivado, una de las ventajas clave de los agricultores sobre los cazadores, que se habían vuelto dependientes de la cerveza pero nunca aprenderían a fabricarla solos. En cuanto a Juna, era un lujo al que todavía no se había acostumbrado.

Miró a su alrededor, tratando de despertar y salir de aquella confusión. La habitación estaba a oscuras pero al otro lado de la ventana había luz. No la luz del día, sino la de un incendio.

Y entonces escuchó los gritos.

Salió de la cama y se cubrió con un traje sencillo y funcional. Fue a la habitación contigua y recogió a los niños. Los pequeños protestaron cuando

los despertó pero volvieron a quedarse dormidos en sus brazos. Volvió con Keram, quien estaba guardando armas y posesiones en un saco.

—Estoy preparada —le dijo.

Él la miró, allí de pie, con los niños en los brazos. Corrió hacia ella y la besó apasionadamente en los labios.

—Te quiero. Por las pelotas del Potus. Si es que le quedan.

Sus palabras la confundieron más aún.

—¿Si le queda el qué?

—Es una mala noche para Cata Huuk —dijo él con tono sombrío—. Y para nosotros, a menos que tengamos suerte. —Se volvió y se encaminó a la puerta con el saco a la espalda—. Vamos, escaparemos por las puertas traseras.

Salieron de la casa. Juna pudo entonces ver de dónde venía la luz. El gran palacio amarillo de Potus estaba ardiendo, con llamas y chispas que se elevaban hasta gran altura. Juna oyó gritos procedentes del interior del palacio y le pareció atisbar formas que corrían de acá para allá.

Las calles estaban llenas de hombres. Flacos, mugrientos, ataviados muchos de ellos con pieles hechas jirones o harapos de fibras vegetales, semejaban una manada de ratas. Para ella, las voces fundidas de la turba no eran humanas; eran como el rugido del trueno o el gruñido de una tormenta, algo que escapaba al control del ser humano. Sujetando a sus hijos con fuerza, trató de controlar su miedo.

—Es el hambre —dijo.

—Sí.

Hambruna: era otra palabra que se había visto obligada a aprender. Una plaga que se abatía sobre los principales cultivos de una región. Nadie la entendía; nadie era capaz de curarla. Los primeros indicios de descontento habían sido los asesinatos de los recaudadores de impuestos que trataban de recoger lo que por derecho le pertenecía al Potus. Y ahora habían llegado a esto. El pueblo de Juna se alimentaba de muchas especies silvestres: ninguna plaga podía acabar con ellos destruyendo una especie vital. Hambruna: otro ambiguo regalo de la nueva forma de vivir.

La familia marchaba con la cabeza gacha. Evitaban las avenidas principales y se dirigieron a las puertas traseras siguiendo un camino en zigzag.

Keram dijo:

—Hay un nuevo asentamiento al oeste de aquí, junto a la costa. La tierra es rica y los recursos del mar, abundantes. Está a muchos días de camino, pero...

—Lo conseguiremos —dijo ella con firmeza.

Él asintió.

—No nos queda más remedio.

Finalmente llegaron a las puertas, que estaban abiertas. Muti los esperaba allí. Los tres, con los niños en brazos, se perdieron en la oscuridad de la noche.

En su camino al este, allá donde viajaran, atravesaban tierras transformadas por los granjeros y constructores de ciudades. Hasta la tierra que Juna había cruzado una vez, en su huida con Cahl, estaba tan cambiada que resultaba irreconocible. La expansión había sido muy rápida.

Esta expansión se había producido porque las tierras de labranza se llenaban con rapidez. Cada hijo y cada hija que nacía quería su propio terruño, una tierra que fuera suya como lo había sido la de sus padres. No era difícil de conseguir. El conocimiento de los agricultores no estaba ligado a una tierra concreta, como lo había estado el de los cazadores-recolectores. Su forma de pensar era sistemática: sabían cómo transformar la tierra para hacer de ella lo que necesitaban. No tenían que aceptarla tal como era. Para los agricultores, la colonización era sencilla.

Y así, a partir de las primeras y humildes granjas dispersas del este de Anatolia, había empezado la gran expansión. Fue una especie de guerra lenta, librada sobre la propia tierra, transformada para servir a las necesidades de la creciente muchedumbre de vientres humanos. Se convirtió en una expansión que pronto superaría geográficamente la difusión del Homo erectus y las generaciones anteriores de humanos, una expansión que avanzaría con asombrosa velocidad.

Pero no se produjo en el vacío, sino en una tierra ocupada ya por las ancestrales comunidades de cazadores-recolectores.

Compartir la tierra no hubiera sido posible, claro. Allí se enfrentaban dos visiones que diferían en lo fundamental. Los cazadores veían la tierra como un lugar al que estaban ligados, como los árboles que crecían en ella. Para los granjeros, era un recurso en sí misma, susceptible de ser comprada, vendida y subdividida: la tierra era una propiedad, no un lugar. Solo había un desenlace posible. Los cazadores-recolectores eran inferiores en número: diez mal nutridos y enclenques granjeros podían derrotar siempre a un saludable cazador.

Tras tres días de viaje, llegaron a una especie de pueblo miserable, un tosco puñado de chamizos y cabañas. Juna miró a su alrededor, tensa, desinteresada.

—¿Por qué hemos venido aquí? Deberíamos seguir nuestro camino antes de que oscurezca.

Keram le puso delicadamente una mano en el brazo.

—Creí que querrías parar aquí. Juna, ¿no reconoces el lugar?

—Deberías —dijo una voz de mujer, extrañamente familiar.

Juna se volvió. Una mujer se le acercaba cojeando, con un trozo de piel anudada al viejo modo alrededor de la cabeza. La mente de Juna empezó a dar vueltas. Las palabras le resultaban extrañas, sí, porque pertenecían a su lengua natal, una lengua que no había oído desde que siguiera a Cahl lejos del pueblo.

Entonces, Juna pudo ver el rostro de la mujer. Era Sion, su hermana mayor. Una nostalgia inesperada la embargó al instante.

—Oh, Sion... —Avanzó un paso hacia ella con los brazos extendidos.

Pero Sion se apartó de ella.

—¡No! No te acerques. —Hizo una mueca—. La enfermedad no acabó conmigo, como con tantos otros, pero puede que todavía la lleve dentro.

—Sion... ¿Quién...?

—¿Quién murió? —Sion soltó una carcajada amarga—. Más bien pregunta quién sobrevivió.

Juna miró a su alrededor.

—¿De verdad es aquí donde vivíamos? Nada parece lo mismo.

Sion resopló.

—Los hombres beben cerveza y licor. Las mujeres trabajan en las granjas de Keer. Nadie caza ya, Juna. Han echado a los animales para hacer sitio a los campos. Nos hemos adaptado. A veces les cantamos las viejas canciones a los granjeros. Así nos dan un poco más de cerveza.

—¿Quién es ahora el chamán?

—Los chamanes no están permitidos. El último se mató bebiendo, el muy estúpido. —Se encogió de hombros—. No supone gran diferencia. Nada de lo que el chamán podría decirnos nos serviría ahora. No es el chamán el que sabe cómo se cultiva, sino los granjeros, y sus amos de la ciudad, con sus cordeles de nudos y sus ojos afilados que miran al cielo.

La enfermedad, según averiguó Juna, había sido el sarampión.

El hombre siempre había sufrido el acoso de algunas enfermedades, por supuesto: la lepra, el dengue y la fiebre amarilla estaban entre las plagas más antiguas. Muchas de ellas las provocaban microbios capaces de sobrevivir en la tierra o en las poblaciones animales, como por ejemplo la fiebre amarilla, transmitida por los monos africanos. Pero la gente había tenido tiempo, en términos evolutivos, de adaptarse a la mayoría de las enfermedades y los parásitos.

Con la aparición de estas nuevas y densas comunidades, habían llegado nuevas enfermedades, enfermedades de las multitudes, como el sarampión, la rubéola, la gripe y la viruela. A diferencia de las anteriores, los microbios responsables de estas enfermedades solo podían sobrevivir en los cuerpos de los vivos. Estas plagas no habían evolucionado en los humanos hasta que existieron muchedumbres los bastante densas y móviles para garantizar su expansión.

Pero si infestaban a las multitudes, debían provenir de multitudes. Y así había sido: las multitudes de animales, las criaturas sociales que ahora vivían junto a la gente, animales en los que llevaban mucho tiempo siendo endémicas. La tuberculosis, el sarampión y la gripe pasaron a los humanos desde las vacas, la gripe desde los cerdos, la malaria desde las aves. Mientras tanto, con la construcción de depósitos de ganado, los vectores de

las enfermedades infecciosas —ratas y ratones, moscas e insectos— crecieron en número hasta alcanzar poblaciones sin precedentes. Algunos de los que sobrevivían desarrollaban mecanismos de resistencia, aunque muchos de estos eran torpes y tenían dañinos efectos secundarios. La adaptación operaba demasiado despacio, comparada con el frenético ritmo de cambio de la cultura humana, como para limar las diferencias.

Pero, imperfectos o no, los cazadores-recolectores que vivían en los límites de las expansivas fronteras de los granjeros, no contaban con estos mecanismos de resistencia. La devastación se cebó en ellos mientras sus tierras eran conquistadas por sus vecinos agricultores.

Esta transición, del antiguo al nuevo modo de vida, fue un momento crucial en la historia de la humanidad. Estaba haciéndose una elección colectiva e inconsciente, entre limitar el crecimiento de población para acomodarse a los recursos disponibles, como habían hecho los cazadores-recolectores del pasado, o tratar de incrementar la producción de alimentos para alimentar a una población creciente. Y una vez tomada la decisión, la expansión de los granjeros solo podía acelerarse. De ahora en adelante, las viejas costumbres solo sobrevivirían en los entornos marginales, los límites de los desiertos, los picos de las montañas, las junglas más densas. Aquellos lugares que los granjeros no podían domar.

Ocurriría en África, donde los granjeros bantúes, equipados con armas de hierro, se extenderían desde el Sahara occidental, abrumando a pueblos como los pigmeos y los khpisan: los antepasados de Joan Useb, que al final marcharían sin descanso hasta la costa de Sudáfrica. Ocurriría en China, donde los granjeros del norte, ayudados por la geografía interconectada del continente, marcharían al sur para repoblar gran parte del sudeste asiático y establecer su hegemonía sobre ella, expulsando a las poblaciones anteriores hacia Tailandia y Birmania.

Y la disposición este-oeste de Eurasia demostró ser especialmente beneficiosa para esta expansión. Los granjeros se extendieron con facilidad siguiendo los paralelos, mudándose a lugares en los que el clima era idéntico y los días duraban lo mismo que en aquellos de los que venían y que, por tanto, eran apropiados para sus cultivos y sus animales. Con sus

vacas y sus cabras y sus cerdos o sus ovejas, y los enormemente productivos cultivos de trigo y cebada, y su capacidad de multiplicación, los descendientes de los granjeros de Cata Huuk erigirían un poderoso imperio del trigo y el arroz. Las pirámides de Egipto serían erigidas por trabajadores alimentados con cosechas que habían aparecido en el sudoeste asiático. Llevarían consigo su lengua indoeuropea, pero en el proceso se fragmentaría, mutaría y proliferaría, y a partir de ella nacerían el latín, el alemán, el sánscrito, el hindi, el ruso, el galés, el inglés, el español, el francés y el gaélico. Finalmente colonizarían una enorme franja que se extendería desde la costa atlántica al Turkestán y de Escandinavia al norte de África. Un día, hasta cruzarían los océanos en barcos de madera y hierro.

Y a lo largo de esta inmensa extensión de tierras cultivadas florecerían las ciudades y se alzarían y caerían imperios como si fueran setas. Los granjeros llevarían consigo sus enfermedades allá donde fueran, como una espuma destructiva en lo alto de una ola de lenguaje, cultura y guerra.

Juna dijo impulsivamente:

—Hermana, ven con nosotros.

Sion miró a Muti y Keram y se echó a reír.

—No es posible. —Con una expresión angustiada en el rostro, miró a los hijos de Juna, que dormían en brazos de Muti y Keram. Entonces susurró—: Adiós —y regresó corriendo a las cabañas.

Juna iba a despedirse de ella. Pero entonces pensó que aquella sería la última palabra que diría en su propia lengua. *Porque nunca volveré aquí. Nunca.*

Así que, sin decir nada, le dio la espalda y, con sus hijos, reanudó su marcha hacia el oeste y hacia la nueva ciudad de la costa.

OceanofPDF.com

15

La luz moribunda

ROMA,
482 DE LA ERA COMÚN (EC)

I

En Roma, el Sol era brillante, y el aire italiano les parecía líquido a aquellos hombres, acostumbrados a los climas más templados de la Galia. Los inmensos hedores de la ciudad flotaban por todas partes: fuego, comida, y, por encima de todo, los desechos del alcantarillado.

Cuando Honorio lo llevó hasta el Foro, Atalarico trató de no desfallecer.

El viejo y flaco Honorio caminaba con lentitud, envuelto en su sencilla túnica.

—No me esperaba la fuerza de este sol. La luz debió de amoldar a mis antepasados, llenarlos de vigor... ¡Oh! Cómo ansiaba ver este lugar. Es la Vía Sacra, claro. Este es el templo de Castor y Polux, ese el del César

Deificado, con el Arco de Augusto a su lado... —Se aproximó a la sombra de una estatua, un héroe ecuestre hecho de bronce, cuyo plinto medía él solo diez o doce veces más que Atalarico, y se apoyó en el mármol, jadeando—. Augusto solía decir que recibió una Roma de ladrillo y entregó una de mármol. El mármol blanco, ese, viene de Luna, al norte, mientras que los de color son de África, Grecia y Asia Menor... destinos menos exóticos de lo que son en nuestros tiempos...

Atalarico escuchaba a su mentor, impasible.

Aquel era el corazón de Roma. Allí era donde se habían hecho los negocios de la ciudad incluso en tiempos de la República. Desde entonces, los líderes y emperadores, hombres tan ilustres como Julio César o Pompeyo, habían buscado prestigio embelleciendo aquel antiguo lugar, que se había convertido en un laberinto de templos, vías procesionales, arcos de triunfo, basílicas, salas de consejos, tribunas y espacios abiertos. La residencia imperial de la Colina Palatina se erguía por encima de todo ello, como un símbolo de poder inapelable.

Pero ahora, claro está, los emperadores, al igual que los republicanos antes que ellos, habían desaparecido.

Aquel día, Atalarico había elegido vestir su mejor metal, la hebilla de bronce con finas líneas de plata y oro repujadas en el dibujo grabado y el broche de oro con filigrana de plata y granates que sujetaba la capa. Sus joyas bárbaras, objeto del desdén de los romanos, atrapaban la luz del fiero sol italiano incluso allí mismo, en el ancestral corazón de su capital. Y para recordarse a sí mismo de dónde venía, llevaba alrededor del cuello el torque de estaño que había dado testimonio de la condición de esclavo de su padre.

Estaba orgulloso de quién era y de quién podía llegar a ser. Y sin embargo, y sin embargo...

Y sin embargo, la escala de todo aquello, para unos ojos acostumbrados a las pequeñas ciudades de la Galia, resultaba asombrosa.

Gran parte de Roma era una ciudad de ladrillo de adobe, madera y escombros reutilizados; el color predominante era el rojo brillante de las tejas que cubrían la mayoría de los edificios residenciales. La población había desbordado hacía mucho las fortificaciones de la ciudad ancestral y

los muros todavía más extensos erigidos hacía dos siglos bajo la presión de las invasiones bárbaras. Se decía que antaño, un millón de personas habían vivido allí, en aquella ciudad que gobernaba un imperio de cien millones. Bueno, aquellos días eran cosa del pasado —los suburbios calcinados y abandonados así lo atestiguaban— pero incluso en estos tiempos de penurias, la ciudad todavía resultaba abrumadora, al menos en términos numéricos: había dos circos, dos anfiteatros, once baños públicos, treinta y seis arcos, casi dos mil palacios y un millar de estanques y fuentes alimentados con agua del Tíber por no menos de diecinueve acueductos.

Y en el corazón de aquel mar de tejas rojas y enjambres humanos, se encontraba él, en una inmensa isla de mármol, que no se usaba solo para las columnas y las estatuas, sino para revestir las paredes e incluso pavimentar los suelos.

Pero, a pesar de que grandes espacios del Foro estaban abarrotados de casetas de mercaderes, Atalarico tenía la sensación de que se percibía una gran tristeza. La ciudad ya no estaba bajo el gobierno de los romanos. El señor de Italia era ahora un germano llamado Odoacro, colocado allí por las tropas germanas amotinadas, y Odoacro utilizaba Ravenna, una ciudad del norte perdida en las marismas, como capital. La propia Roma había sido saqueada en dos ocasiones.

Motivado por una crueldad que lo desconcertó, Atalarico empezó a señalar los daños visibles.

—Mira esos plintos, están vacíos. Ha robado las estatuas. Esas columnas se han desplomado y nadie se ha molestado en repararlas. ¡Hasta han robado parte del mármol de las paredes! Roma está en decadencia, Honorio.

—Por supuesto —respondió Honorio con voz seca. Se situó a la sombra de uno de los mencionados plintos—. Por supuesto que la ciudad está en decadencia. Yo mismo he decaído. —Levantó su mano, de un insalubre tono amarillento—. Como tú, joven Atalarico, a pesar de tu arrogancia. Pero, sin embargo, todavía soy fuerte, sigo aquí, ¿no?

—Sí, así es —dio Atalarico con tono más amable—. Y también Roma.

—¿Crees que la naturaleza está en decadencia, Atalarico? ¿Que todas las formas de vida menguan con las sucesivas generaciones? —Honorio sacudió la cabeza—. Un lugar como este debió de ser construido por hombres con corazones y mentes realmente impresionantes, hombres que no se encuentran en estos tiempos de contiendas y fracturas... hombres que evidente y trágicamente, se han extinguido. Así que recae en nosotros el deber de conducirnos como aquellos que vinieron antes, como aquellos que construyeron el lugar y no como aquellos que querrían derribarlo.

Estas palabras conmovieron a Atalarico. Pero también se dio cuenta de que, de una forma sutil, lo excluían. Atalarico sabía que era buen estudiante y que Honorio lo respetaba por su mente. Por su parte, él tenía razones para proteger al anciano, hasta para sentir cariño por él: por supuesto, de lo contrario, no lo habría acompañado en su peligroso recorrido por Europa en busca de unos huesos ancestrales. Y sin embargo, Atalarico era también consciente de que en el corazón de Honorio existían barreras tan sólidas y duraderas como las grandes paredes de mármol blanco que los rodeaban.

Quienes habían construido aquel poderoso lugar eran los antepasados de Honorio, no los suyos. Para Honorio, hiciera lo que hiciera, Atalarico sería siempre el hijo de un esclavo, y bárbaro por añadidura.

Un hombre se aproximó a ellos. Vestía una túnica tan grandiosa como la de Honorio era humilde, pero su piel era tan oscura como la de una aceituna.

Honorio se apartó del plinto y se irguió. Atalarico se alisó la camisa para que la espada que ceñía al cinto fuera visible.

Con las manos ocultas entre los pliegues de la toga, el hombre los abordó fríamente. En un latín claro pero de marcado acento, dijo:

—Os estaba esperando.

—Pero si no nos conoces —dijo Honorio.

El recién llegado enarcó las cejas y examinó la túnica manchada de Honorio y las joyas extravagantes de Atalarico.

—Esto sigue siendo Roma, señor. Los viajeros de las provincias se reconocen con facilidad. Honorio, soy el hombre al que buscáis. Puedes llamarme Papak.

—Un nombre sasánida, un nombre famoso.

Papak sonrió.

—Veo que sois hombre instruido.

Mientras Papak interrogaba amistosamente a Honorio sobre las dificultades del viaje, Atalarico lo examinó con la mirada. Ya el nombre revelaba muchas cosas: Papak era evidentemente un persa, procedente del grande y poderoso estado que se extendía al este del Imperio superviviente. Y sin embargo, su atuendo era completamente romano, sin más rastro de su origen que el color de su tez y el nombre que llevaba.

Casi con toda seguridad, era un criminal, pensó Atalarico. En aquellos tiempos de disgregación y desorden, quienes se movían en las sombras, mercaderes de codicia, miseria y miedo, prosperaban.

Interrumpió la conversación desenvuelta de Papak:

—Disculpa mi escasa educación —dijo con voz sedosa—. Si no he olvidado mis lecciones de historia de Persia, Papak fue un bandido que le robó la corona a su legítimo propietario.

El persa se volvió hacia él con lentitud.

—Nada de bandido, señor. Un sacerdote rebelde, sí. Un hombre de principios, sí. La vida de Papak no fue fácil; sus decisiones fueron difíciles; su carrera fue honorable. Es un nombre honroso que me enorgullezco de llevar. ¿Os apetece que comparemos la integridad de nuestros linajes? Vuestros antepasados germanos perseguían cerdos por los bosques del norte.

Honorio dijo:

—Caballeros, quizá deberíamos ir al grano.

—Sí —dijo Atalarico con voz tensa—. Los huesos, señor. Estamos aquí para conocer a ese escita y ver sus huesos de héroes.

Honorio le puso una mano en el brazo para aplacarlo. Pero Atalarico captó la intensidad con la que esperaba la respuesta de Papak.

Como esperaba, el persa suspiró y abrió las manos:

—Os prometí que el escita estaría aquí, en la propia Roma. Pero es un hombre de los desiertos del este. Por eso es tan difícil trabajar con él... Pero su falta de arraigo es también la razón de su utilidad, claro. —Se rascó la

carnosa nariz con aire de pesar—. En estos tiempos desgraciados, viajar desde el este no es tan seguro como antaño. Y el escita es remiso...

Para irritación de Atalarico, Honorio mordió el anzuelo.

—Siempre ha sido así— dijo el anciano con tono comprensivo—. Siempre fue más fácil tratar con granjeros. Las guerras más coherentes se libran con quienes poseen la tierra. Cuando se alcanza un acuerdo, todos comprenden el significado de las transacciones. Pero con los nómadas siempre es más difícil. ¿Cómo es posible conquistar a un hombre que no conoce el significado de esa palabra?

—Teníamos un acuerdo —intervino Atalarico—. Intercambiamos numerosa correspondencia tras recibir tu catálogo de curiosidades. Hemos cruzado toda Europa para conocer a este hombre, con grandes gastos y corriendo no pocos riesgos. Permite que te recuerde que ya te hemos pagado la mitad de lo convenido. Y ahora nos dejas tirados.

A su pesar, Atalarico se vio impresionado por la exhibición de orgullo herido que hizo Papak: se le hincharon las fosas nasales y su tez cobró un tono más intenso en las mejillas.

—Mi reputación me precede por todo el continente. Incluso en estos tiempos difíciles, hay muchas personas de orden como vos, señor Honorio, que aprecian los huesos de los héroes y bestias del pasado. Es una tradición que se practica en todo el Imperio desde hace mil años. Si alguien sugiere que puedo ser un farsante...

Honorio hizo gestos conciliatorios.

—Atalarico, por favor. Estoy seguro de que nuestro nuevo amigo no pretende engañarnos.

—Simplemente me choca —dijo Atalarico pesadamente— que, en cuanto nos encontramos, sus promesas se evaporan como el rocío de la mañana.

—No es mi intención renegar de lo convenido —dijo Papak con tono indignado—. El escita es... un hombre difícil. No puedo trasladarlo de acá para allá como si fuera un ánfora de vino, por mucho que lo lamente.

Atalarico gruñó.

—¿Pero?

—Puedo ofreceros un compromiso.

Honorio intervino con tono esperanzado:

—Ahí lo tienes, Atalarico, ¿ves? Sabía que nos pondríamos de acuerdo si teníamos paciencia y fe.

Papak suspiró.

—Me temo que tendréis que viajar un poco más.

—¿Y pagar un poco más, tal vez? —preguntó Atalarico con tono de suspicacia.

—El escita se reunirá con vosotros en una ciudad bastante lejana: la antigua Petra.

—Ah —dijo Atalarico, y un poco más de vida escapó de él.

Atalarico sabía que Petra estaba en Jordania, una tierra que seguía bajo la protección del emperador Zenón de Constantinopla. En aquellos tiempos, eso significaba que estaba a un mundo de distancia. Cogió a Honorio del brazo.

—Maestro, ya basta. Solo está utilizando trucos de tendero. Está tratando de arrastrarnos...

Honorio murmuró:

—Cuando yo era niño, mi padre tenía una tienda delante de nuestra villa. Vendíamos queso y huevos y otros productos de las granjas y comprábamos curiosidades de todo el Imperio y más allá de sus fronteras. Así es como se desarrolló mi aprecio por las antigüedades... y mi olfato para los negocios. ¡Soy viejo pero todavía no estúpido, Atalarico! Estoy seguro de que Papak sabe que puede sacarle mayor partido a esta situación pero, sin embargo, no creo que esté mintiendo en lo fundamental.

Atalarico empezaba a perder la paciencia.

—En casa nos espera mucho trabajo. Tener que cruzar el océano por un puñado de huesos viejos...

Pero Honorio se había vuelto hacia Papak.

—Petra —dijo—. ¡Un nombre casi tan famoso como el de la misma Roma! Tendré muchas aventuras que contarle a mis nietos cuando regrese a Burdigala. Ahora, señor, sospecho que debemos discutir los pormenores del viaje.

Una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Papak. Atalarico estudió sus ojos, tratando de calibrar en qué medida era sincera.

Honorio y Atalarico tardaron muchas semanas en llegar a Jordania, consumidas en su mayor parte en tratos con la burocracia del imperio oriental. Todos los oficiales con los que topaban sentían profundas sospechas hacia unos extranjeros procedentes de los restos del antiguo Imperio de Occidente, aunque uno de ellos fuera Honorio, el hijo de un antiguo senador de Roma.

Atalarico se había encomendado el deber de proteger y cuidar a Honorio.

El anciano había tenido un hijo, un amigo de la infancia de Atalarico. Pero Honorio había llevado a su familia, junto con Atalarico, a un festival religioso en Tolosa, al sur de la Galia. El grupo había sido asaltado por unos bandidos. Atalarico, a la sazón un niño, nunca olvidaría la sensación de impotencia que había sentido mientras los bandidos daban una paliza a Honorio, molestaban a su hija y quitaban la vida con total impunidad al valiente niño que había acudido en auxilio de su hermana. *¡Todo un ciudadano romano! ¿Dónde están ahora vuestras legiones? ¿Dónde están vuestras águilas, vuestros emperadores?*

Algo se había roto en el interior de Honorio aquel día. Fue como si decidiera alejarse de un mundo en el que los hijos de los senadores necesitaban la protección de los aristócratas godos y los bandidos campaban a sus anchas por el interior de las antiguas provincias romanas. Aunque nunca había descuidado sus deberes familiares y cívicos, se había refugiado cada vez más en el estudio de las reliquias del pasado, los misteriosos huesos y artefactos que hablaban de un mundo desaparecido y habitado por gigantes y monstruos.

Mientras tanto, Atalarico había desarrollado una lealtad cada vez más profunda hacia él. Fue como si ocupara el lugar de aquel hijo perdido, y le había complacido, aunque no sorprendido, la decisión de su padre de encomendarlo a su cuidado como pupilo.

La historia de Honorio era solo una entre el sinfín de pequeñas tragedias similares que habían generado las colosales y implacables fuerzas históricas que estaban transformando Europa. La poderosa estructura política, militar y económica creada por los romanos tenía ya mil años. Antaño se había extendido por Europa, el Norte de África y Asia: los legionarios romanos se habían enfrentado a los habitantes de Escocia en el oeste y a los chinos en el este. El Imperio había florecido en la expansión, escenario de triunfos para generales ambiciosos, ganancias para los mercaderes y esclavos para todos.

Pero cuando la expansión se detuvo, el sistema no pudo seguir sustentándose.

Se llegó a un punto de deflación, en el que cada *denarius* recaudado se invertía en la maquinaria administrativa y militar. El Imperio se volvió cada vez más complejo y burocrático —y caro de mantener— y las diferencias en el reparto de la riqueza se hicieron grotescas. En tiempos de Nerón, en el siglo I, toda la tierra que se extendía desde el Rin al Éufrates estaba en manos de dos individuos obscenamente ricos. La evasión de impuestos se hizo endémica entre los poderosos y el incremento de los costes recayó sobre los hombros de las clases bajas. La antigua clase media, antaño la columna vertebral del Imperio, declinó, sangrada por los impuestos y sometida a presiones por arriba y por abajo. El imperio se consumió desde dentro.

Ya había ocurrido antes. La gran expansión indoeuropea había borrado numerosas civilizaciones avanzadas y atrasadas. Grandes ciudades yacían ya enterradas en el polvo de la historia, olvidadas.

Aunque el oeste había sido el origen del Imperio, el este había terminado por convertirse en su centro de gravedad. Egipto producía tres veces más trigo que la provincia más rica de África y mientras que las grandes fronteras del oeste eran vulnerables a los ataques de los germanos, los hunos y otros pueblos, el este era una inmensa fortaleza. El constante flujo de recursos desde el este al oeste se había convertido en fuente de tensiones políticas y económicas cada vez más acusadas. Finalmente, ochenta años antes de la visita de Honorio a Roma, se selló una división

permanente entre ambas mitades. Después de eso, el colapso del oeste no tardó en llegar.

Constantinopla seguía rigiéndose por la ley romana, y la lengua del estado seguía siendo el latín. Pero, descubrió Atalarico, su burocracia era compleja, enmarañada, más oriental. Era evidente que las relaciones de Constantinopla con las misteriosas naciones que se extendían más allá de Persia estaban influenciando su destino. Al final, no obstante, consiguieron arreglar todo el papeleo, aunque no sin que las cada vez más modestas reservas de oro de Honorio sufrieran una nueva merma. Se unieron a un grupo de peregrinos, la mayoría de ellos aristócratas menores de las tierras occidentales que viajaban a Tierra Santa. Desde allí viajaron a caballo y en camello hacia el interior.

Pero a medida que pasaban los días y la fatiga de Honorio iba en aumento, Atalarico se sentía cada vez más arrepentido de no haber conseguido convencer a su mentor de que regresara a Roma.

Petra era una ciudad hecha de roca.

—Es extraordinario —dijo Honorio. Desmontó apresuradamente y se aproximó a los gigantescos edificios—. De lo más extraordinario.

Atalarico bajó de su caballo. Con una última mirada a Papak y los porteadores, que en ese momento estaban llevando los caballos al abrevadero, siguió a su mentor. Hacía mucho calor y, en aquella atmósfera reseca y polvorienta, Atalarico no se sentía protegido por el atuendo suelto y blanco que Papak le había proporcionado.

Enormes tumbas y templos emergían de una estepa tan árida que era casi un desierto. Pero Atalarico vio que seguía siendo una ciudad bulliciosa. Un complejo sistema de canales, tuberías y cisternas recogía y almacenaba agua para las huertas, los campos y la propia ciudad. Y, sin embargo, la gente parecía empequeñecida por los grandes monumentos que la rodeaban, como si hubieran ido menguando con el paso del tiempo.

—Antaño, este lugar era el centro del mundo —murmuró Honorio—. Hubo una pugna por la primacía entre Asiría, Babilonia, Persia y Egipto,

centrada en esta región, porque Petra, con los nabateos, controlaba el comercio entre Europa, África y el este. Era una posición extraordinariamente poderosa. Y bajo el dominio de los romanos, se hizo aún más rica.

Atalarico asintió.

—¿Y por qué acabó Roma dominando el mundo? ¿Por qué no Petra?

—Creo que puedes ver la respuesta a nuestro alrededor —dijo Honorio —. Mira.

Atalarico no veía nada más que unos pocos árboles luchando por la vida entre matorrales, plantas herbáceas y hierbajos. Varias cabras, vigiladas por un muchacho andrajoso de ojos grandes, mordisqueaban las ramas más bajas.

Honorio dijo:

—Antaño esto era un gran bosque, dominado por robles y pistachos. Eso dicen los historiadores. Pero los árboles fueron talados para construir casas y para hacer la argamasa para las paredes. Ahora las cabras se alimentan de lo poco que queda y el suelo, agotado, se reseca y se lo lleva el viento. Y a medida que la tierra se empobrece, a medida que los pozos se secan, la gente se marcha o muere de hambre. Si Petra no existiera ya, no podría levantarse ahora, porque el medio es demasiado pobre para sustentarla. Dentro de pocos siglos será abandonada del todo.

Una opresiva sensación de malestar embargó a Atalarico.

—¿Cuál es el propósito de tan magníficos montones de piedras, de todas las vidas que deben de haberse consumido en su construcción, si al final la gente perece de hambre y miseria y todo ha de quedar reducido a escombros?

Honorio dijo con tono sombrío:

—Puede que un día, la propia Roma no sea más que un escenario lleno de escombros, de monumentos caídos, habitado por gente harapienta que conduzca sus rebaños por la Vía Sacra, sin llegar a entender las poderosas ruinas que los rodean.

—Pero aunque las ciudades aparezcan y desaparezcan, hay hombres que pueden ser amos de su propio destino —murmuró Papak. Se les había

acercado y estaba escuchándoles con mucha atención—. Y aquí viene uno de ellos, creo.

Un hombre estaba aproximándose a ellos desde la ciudad. Era de gran estatura y vestía unas prendas de tejido negro ajustadas a su cuerpo y sus piernas. Una tela de color carmesí le cubría la cabeza y gran parte del rostro. El polvo parecía arremolinarse alrededor de sus pies. A Atalarico le dio la impresión de que había algo extraño en él, como si fuera una figura salida de otro tiempo.

—Tu escita, si no me equivoco —murmuró Honorio.

—En efecto —dijo Papak.

Honorio se irguió y se recogió los pliegues de la túnica. Atalarico sintió un momento de orgullo, aderezado por una punzada de envidia o quizá de inferioridad. Por imponente que fuera aquel desconocido, Honorio era un ciudadano romano, inferior a ningún hombre sobre la faz de la Tierra.

El escita se quitó la tela que le cubría el rostro y la cabeza, esparciendo un poco más de tierra. Poseía un rostro aquilino, repleto de planos angulosos. Para asombro de Atalarico, tenía el cabello tan rubio como un sajón.

Honorio murmuró a Papak:

—Ofrécele nuestros saludos y asegúrale que solo las mejores intenciones nos...

Papak lo interrumpió:

—Estos hombres del desierto no tienen tiempo para delicadezas, señor. Quiere ver tu oro.

Atalarico refunfuñó:

—No hemos recorrido un camino tan largo para dejarnos insultar por una mosca de la arena.

Honorio puso cara de espanto. —Atalarico, por favor. El dinero.

Con una mirada furiosa al escita, Atalarico abrió su manto y mostró una bolsa de oro. Le arrojó una moneda al escita, quien la probó con los dientes.

—Y ahora —susurró Honorio—, los huesos. ¿Es cierto? Mostrádmelos, señor. Mostrádmelos...

No hizo falta que tradujeran sus palabras. El escita sacó un fardo envuelto en tela de un bolsillo. Con sumo cuidado, empezó a abrirlo, y dijo algo en su propia y líquida lengua.

—Dice que es un gran tesoro —murmuró Papak—. Dice que viene de más allá del desierto, junto con la arena de oro, donde los huesos de los grifos...

—Ya conozco los grifos —dijo Honorio con voz tensa—. No me interesan, —De más allá de la tierra de los persas y más allá de las tierras de los guptas. No es fácil de traducir —dijo Papak—. Su forma de entender la posesión de la tierra no es como la nuestra y sus descripciones son detalladas y específicas.

Finalmente —con el sentido de la oportunidad de un tendero, pensó Atalarico con cinismo— el escita terminó de abrir los vendajes. Había un cráneo allí.

Honorio soltó un jadeo y le faltó poco para caer sobre el fragmento.

—Es un hombre. Pero no es como nosotros.

En el transcurso de su educación, Atalarico había visto gran cantidad de cráneos humanos. La cara chata y las mandíbulas de aquel cráneo eran perfectamente humanas. Pero no había nada humano en la gruesa protuberancia de hueso que coronaba la frente o la cavidad cerebral, tan pequeña que podría haberle cabido en la mano.

—He soñado con poder estudiar una reliquia como esta —dijo Honorio casi sin aliento—. ¿Es cierto, como escribió Tito Lucrecio Caro, que los primeros hombres podían vivir en cualquier medio, aunque no conocían el vestido ni el fuego? ¿Qué viajaban en grupos, como animales, y que dormían en el suelo o sobre nidos de madera? ¿Que podían comer cualquier cosa y raramente enfermaban? Oh, debéis venir a Roma, señor. ¡Debéis venir a la Galia! Porque hay una cueva allí, una cueva en la costa del océano, donde he visto, he visto... Pero el escita, quizá ensimismado por el oro que todavía no estaba al alcance de su mano, no estaba escuchando. Sostuvo el fragmento en alto, como si fuera un trofeo.

El cráneo del *Homo erectus*, pulido por el paso de un millón de años, resplandecía bajo la luz del Sol.

II

A instancias de Honorio, el escita aceptó finalmente acompañarlos a Roma. Papak también fue, como intérprete, y para consternación de Atalarico, también dos de los porteadores que habían utilizado en el desierto.

Atalarico abordó a Papak durante la travesía de regresó a Italia.

—Estás sangrando la bolsa del viejo. Conozco a los de tu calaña, persa.

Papak no se inmutó.

—Pero si somos iguales. Yo me quedo con su dinero, tú vacías su mente. ¿Qué diferencia hay? Los jóvenes siempre se han aprovechado de la riqueza de los viejos de un modo o de otro. ¿No es verdad?

He jurado que lo llevaría a casa sano y salvo, y es lo que haré, al margen de tus ambiciones.

Papak se rió en voz baja.

—No le deseo ningún mal a Honorio. —Señaló al impasible escita—. Le he dado lo que quería, ¿no?

Pero el comportamiento del escita, que estaba observando con mirada fría la conversación que mantenían, indicaba a Atalarico que no iba a dejarse utilizar como una propiedad, ni siquiera temporalmente.

No obstante, la presencia de aquel morador del desierto despertó incluso la curiosidad de Atalarico.

En los alrededores de Roma pasaron la noche en una villa alquilada por Honorio.

Situada en una loma en las afueras de la ciudad propiamente dicha, era un diseño típico del período imperial, extraído de las tradiciones etrusca y griega. La casa estaba construida como una serie de aposentos agrupados alrededor de tres de los cuatro lados de un atrio abierto. En la parte trasera

había un comedor y otras salas de uso diverso. Dos de ellas, orientadas a la calle, se habían acondicionado para servir de tiendas. Honorio le explicó que era algo frecuente en tiempos del Imperio y le recordó la tienda que su propia familia había regentado en el pasado.

Pero, al igual que la ciudad que se extendía frente a ella, la villa había conocido días mejores. Las pequeñas tiendas estaban cerradas y sus entradas cegadas con tablones. Alguien había excavado el *impluvium*, el estanque central que ocupaba en el centro del atrio, aparentemente para extraer las tuberías de plomo que antaño recogían las aguas de lluvia.

Honorio se encogió de hombros al ver aquella decadencia.

—El lugar perdió gran parte de su valor cuando se produjeron los saqueos. Demasiado alejado de la ciudad, era difícil de defender. Por eso he podido alquilarlo tan barato.

Aquella noche, en medio de aquella grandeza maltrecha, cenaron juntos. Hasta el mosaico del suelo del comedor estaba en mal estado. Parecía que los ladones se habían llevado todas las teselas que contuvieran pan de oro.

La comida representaba la mezcla pan-euroasiática que había seguido a la expansión de las comunidades agrícolas. Los platos principales eran el trigo y el arroz, dos productos cultivados desde el principio por los anatolios, pero suplementados con membrillo del Cáucaso, mijo de Asia central, calabaza, sésamo y limón de la India y melocotones y albaricoques de China. Aquella dieta transcontinental era un milagro cotidiano que se producía sin que aquellos que la disfrutaban fueran conscientes.

Al día siguiente llevaron al escita a la ciudad.

Pasearon por el Palatino, el Capitolio y el Foro. El escita miraba a su alrededor con sus ojos rasgados y brillantes, como si estuviera evaluando, midiendo. Llevaba su atuendo desértico de tela negra con el pañuelo escarlata alrededor de la cabeza. Debía de resultarle molesto en el húmedo aire de Roma, pero no dio muestras de incomodidad.

Atalarico murmuró a Papak:

—No parece muy impresionado.

Entonces el escita dijo algo en su brusca y antigua lengua y Papak tradujo al instante:

—Dice que ahora comprende por qué los romanos tenían que llevarse esclavos, oro y comida de su tierra.

Aquello pareció complacer de algún modo a Honorio.

—Puede que sea un salvaje pero no es ningún necio. Y no se deja intimidar ni por la poderosa Roma. Bien por él.

Más allá de las zonas monumentales, la Roma central era un laberinto confuso de calles y callejones, estrechas y sombrías, el producto de más de un millar de años de urbanismo controlado. Muchas de las residencias que había allí tenían cinco o seis pisos de altura. Construidas por terratenientes sin escrúpulos, decididos a sacarle rendimiento hasta el último centímetro cuadrado de terreno disponible, parecían demasiado altos e inseguros. Al caminar por aquellas calles cubiertas de desperdicios y sin pavimentar, con edificios tan próximos que casi llegaban a tocarse por encima de sus cabezas, a Atalarico le daba la impresión de estar recorriendo una inmensa red de alcantarillas, como una de las famosas *cloacae* que discurrían entre Roma y el Tíber.

Las multitudes de las calles se cubrían el rostro con máscaras de gasa empapadas en aceite o especias. Hacía poco que se había declarado una epidemia de viruela. Las enfermedades eran una amenaza constante: la gente hablaba todavía de la poderosa plaga de Antonino, sucedida tres siglos antes. En los milenios transcurridos desde la muerte de Juna, los avances médicos apenas habían logrado frenar la marcha de las poderosas enfermedades. Inmensas rutas comerciales habían unido las poblaciones de Europa, el norte de África y Asia en una única y colosal reserva microbiótica y la tendencia de la gente a apiñarse en ciudades inmensas sin sistemas sanitarios había agravado el problema. A lo largo de todo el período imperial, las ciudades habían recibido un flujo constante de inmigrantes procedentes de los campos para reemplazar a los que morían, y, de hecho, las poblaciones urbanas no alcanzarían una tasa vegetativa positiva hasta el siglo XX.

Aquel lugar abarrotado era una consecuencia patológica de la revolución agrícola, un espacio en el que la gente se apiñaba como si fueran hormigas en lugar de primates.

Fue casi un alivio llegar a un área que había sido incendiada durante uno de los saqueos. Aunque la destrucción tenía ya décadas de antigüedad, aquel barrio incinerado nunca se había reconstruido. Pero al menos allí, entre los escombros, Atalarico podía ver el cielo sin que los edificios mugrientos le taparan la vista.

Honorio dijo al persa:

—Pregúntale qué piensa ahora.

El escita se volvió y recorrió con la mirada las filas de edificios residenciales apiñados. Respondió con un murmullo y Papak tradujo sus palabras:

—Qué extraño es que vuestro pueblo haya decidido vivir en acantilados, como las gaviotas. —El desprecio que transmitía su voz no había pasado inadvertido a los oídos de Atalarico.

Cuando regresaron a su villa, Atalarico descubrió que le habían robado limpiamente la bolsa que llevaba al cinto. Estaba furioso, tanto consigo mismo como con el ladrón —¿Cómo se suponía que iba a cuidar de Honorio si ni siquiera podía hacerlo de su propia bolsa?— pero sabía también que debía sentirse agradecido de que el invisible bandido no le hubiera abierto también el vientre y le hubiera robado la vida.

Al día siguiente, Honorio dijo que saldrían al campo, a ver lo que llamaba el museo de Augusto. Así que montaron en carromatos y salieron a las granjas que rodeaban a la ciudad.

Llegaron a lo que en su momento debía de haber sido un pequeño pueblo de veraneo para gente adinerada. Una muralla de adobe contenía un puñado de villas, junto a varios edificios de aspecto miserable que en su día albergarían a los esclavos.

Era evidente que el lugar estaba abandonado. La muralla exterior tenía una brecha y aquellos edificios que no habían sido pasto de las llamas, habían sucumbido al saqueo.

Honorio, que llevaba un mapa garabateado en la mano, los llevó al interior del complejo, murmurando y girando el mapa en todas direcciones.

Una tupida vegetación se había abierto camino por entre los mosaicos y teselas del suelo, y las paredes ennegrecidas estaban cubiertas por enredaderas. Debía de haber sido terrible, pensó Atalarico, cuando la fuerza del milenario Imperio había cedido al fin y no había podido proteger a sus ciudadanos. Pero la presencia de la vegetación nueva en medio de la decadencia resultaba extrañamente tranquilizadora. Hasta reconfortaba pensar que dentro de pocos siglos, a medida que la naturaleza reclamara el lugar, no quedaría de él más que unos mojones en el suelo y algunas piedras de forma extraña que podrían romper el arado de un campesino poco cuidadoso.

Honorio los condujo hasta un edificio que se levantaba en el centro del complejo. Puede que hubiese sido un templo en su momento, pero estaba tan consumido y en ruinas como los demás. Los porteadores tuvieron que arrancar una maraña de plantas trepadoras y hiedras. Honorio removió los restos del suelo. Finalmente, con un grito de triunfo, encontró un hueso, una escápula del tamaño de un plato llano.

—¡Lo sabía! Los bárbaros se llevaron el oro mezquino, la plata brillante, pero ignoraron los verdaderos tesoros que había aquí.

Al ver el hallazgo de Honorio, los demás empezaron a excavar entre la vegetación y la tierra con el entusiasmo de auténticos prospectores. Hasta los perezosos porteadores parecían inflamados de curiosidad intelectual, puede que por vez primera en toda su vida. Muy pronto, todos estaban desenterrando huesos enormes, colmillos e incluso cráneos malformados. Fue un momento extraordinariamente emocionante.

Honorio dijo:

—¡Esto era antes un museo de huesos, fundado por el propio Emperador Augusto! Su biógrafo, Suetonio, cuenta que primero estuvo en la isla de Capri. En tiempos posteriores, uno de los sucesores de Augusto trasladó aquí las mejores piezas. Algunos de los huesos han sufrido graves daño. Mirad este... salta a la vista que son muy antiguos, y han recibido un trato muy poco apropiado.

Entonces encontró una placa de arenisca roja, en cuyo interior se veían varios objetos atrapados de color blanco. Tenía el tamaño de una tapa de

ataúd y era tan pesada que los porteadores tuvieron que ayudarlo a levantarla.

—Ahora, mi señor escita, espero que reconozcáis a este hermoso caballero.

El escita sonrió. Atalarico y los demás se reunieron a su alrededor para ver.

Los fragmentos blancos suspendidos en aquella matriz roja eran huesos: los restos esqueléticos de una criatura atrapada en la roca. La criatura debía de haber sido tan ancha como alto era Atalarico, poseía grandes patas traseras, costillas claramente visibles que brotaban de su columna vertebral y unos antebrazos delanteros plegados delante del pecho. Su cola era muy larga, casi como la de un cocodrilo, pensó Atalarico. Pero lo más asombroso era la cabeza. Las fauces eran colosales, con una gran cuenca de hueso vacía y una mandíbula poderosa alojada debajo de lo que parecía un pico de ave. Dos cuencas vacías los observaban desde las sombras del tiempo.

Honorio estaba mirándolo, con un resplandor en los viejos ojos.

—¿Y bien, Atalarico?

—Nunca había visto nada parecido —dijo Atalarico, casi sin voz—. Pero...

—Pero sabes lo que es.

Debía de ser un grifo: los legendarios monstruos de los desiertos orientales, de cuatro patas y una enorme cabeza de ave. Las imágenes de los grifos estaban presentes en la escultura y la pintura desde hacía al menos un milenio.

Entonces el escita empezó a hablar, con palabras rápidas y fluidas, y Papak tuvo que esforzarse para traducirlas sin perder el hilo.

—Dice que su padre, y el padre de su padre antes que él, recorrían los desiertos del este en busca del oro que baja de las montañas. Y que los grifos lo guardan. Ha visto sus huesos por todas partes, entre las rocas, igual que este...

—Tal como Herodoto describió —dijo Honorio.

Atalarico dijo:

—Pregúntale si ha visto alguno vivo.

—No —dijo el escita, traducido por Papak—, pero ha visto sus huevos muchas veces. Son como los pájaros que ponen sus huevos en sus nidos, solo que en el suelo.

Atalarico murmuró:

—¿Cómo llegó esta bestia a la roca?

Honorio sonrió.

—Acuérdate de Prometeo.

—¿Prometeo?

—Para castigarlo por haber dado el fuego a los hombres, los antiguos dioses encadenaron a Prometeo a una montaña en los desiertos orientales, un lugar guardado por grifos mudos. Esquilo cuenta que los deslizamientos de tierra y las lluvias enterraron su cuerpo, que pasó largas eras atrapado hasta que el desgaste de la roca lo sacó a la luz... ¡He aquí una bestia prometéica, Atalarico!

Siguieron charlando mientras rebuscaban entre los huesos. Eran todos extraños, gigantescos, distorsionados, irreconocibles. Muchos de aquellos restos pertenecían en realidad a rinocerontes, jirafas, gacelas, elefantes, leones y chalicotheres, los enormes mamíferos del Pleistoceno, sacados a la luz por la acción de las fuerzas tectónicas de aquel lugar, donde África avanzaba lentamente hacia Asia. Lo mismo que en Australia, lo mismo que en todo el mundo, ocurría aquí: la gente había olvidado lo que había perdido y solo quedaban vestigios y recuerdos distorsionados de aquellos gigantes.

Y mientras los hombres discutían y manoseaban los fósiles, el cráneo del protoceratops, —un dinosaurio que había quedado atrapado en una tormenta de arena pocos siglos antes del nacimiento de Purga— los contemplaba con la ciega calma de la eternidad.

—Estos son testimonios escritos por Hesiodo y Homero y muchos otros, pero transmitidos por generaciones de narradores de historias antes de ellos.

»Antes de la aparición del hombre moderno, la Tierra estaba vacía. Pero el suelo primordial engendró a la raza de los titanes. Los titanes eran como hombres, solo que inmensos. Prometeo era uno de ellos. Cronos los engañó para que mataran a su padre. Pero su sangre engendró la siguiente generación, los gigantes. En aquellos tiempos, poco después de la aparición de la propia vida, había mucho caos en la sangre, y las generaciones de gigantes y monstruos proliferaron.

Estaban sentados en el atrio ruinoso de la villa alquilada. El aire seguía caluroso a pesar de que ya era tarde, pero el vino, el zumbido de los insectos y el exuberante e insólito verdor que envolvía el atrio volvían el lugar cálido y acogedor Y en aquel lugar en ruinas, entre vaso y vaso de vino, Honorio estaba tratando de convencer al hombre del desierto de que siguiera viajando con ellos: por todas las ruinas del Imperio, hasta el extremo del océano del mundo. Así que le contaba historias sobre el nacimiento y la muerte de los dioses.

Otra generación de vida había pasado y nuevas formas habían emergido. Los titanes Cronos y Gea dieron a luz a los futuros dioses del Olimpo, entre ellos el Júpiter de los romanos. Algún tiempo más tarde, Júpiter encabezó una rebelión de los dioses contra los titanes más viejos, los gigantes y los monstruos. Fue una guerra por la supremacía del cosmos.

—La tierra quedó destrozada —susurró Honorio—. Emergieron islas desde las profundidades. Se hundieron montañas en el mar. Los ríos se secaron o cambiaron de curso e inundaron la tierra. Y los huesos de los monstruos quedaban enterrados allí donde caían.

»Ahora bien —continuó—. Los filósofos naturalistas siempre han refutado los mitos. Ellos buscan las causas naturales que conforman las leyes naturales, y puede que tengan razón. Pero a veces llegan demasiado lejos. Aristóteles asegura que las criaturas siempre tienen descendencia idéntica a sí mismas, que todas las especies de la vida están fijas para toda la eternidad. ¡Que nos explique los huesos de gigante que hemos desenterrado del suelo! ¡Aristóteles no debió de ver un solo hueso en toda su vida! Puede que la cosa que vimos en las rocas del museo no fuera un grifo. Pero, ¿no resulta evidente que los huesos son viejos? ¿Cuánto puede

tardar la arena en convertirse en roca? ¿Qué hemos visto en esa losa sino la prueba de una época diferente en el pasado?

«Mirad detrás de las historias. Escuchad la esencia de lo que nos dicen los mitos: que la Tierra estaba poblada en el pasado por criaturas diferentes, especies que a veces se multiplicaban como nosotros y otras engendraban híbridos y monstruos radicalmente diferentes a sus padres. ¡Como demuestran los huesos! Sean cuales sean los hechos concretos, ¿no es evidente que los mitos contienen algo de verdad? Pues son el producto de mil años de estudio de la Tierra y de la contemplación de su significado. Y sin embargo, sin embargo...

Atalarico puso una mano en el brazo de su amigo.

—Calma, Honorio. Estás hablando bien. No hay necesidad de gritar.

Honorio, temblando de pasión, dijo:

—Lo que sostengo es que no podemos ignorar los mitos. Puede que sean recuerdos, los mejores recuerdos que tenemos, sobre los grandes cataclismos y los tiempos extraordinarios del pasado, presenciados por hombres que tal vez comprendieran muy poco de lo que estaban viendo, por hombres que tal vez ni siquiera fueran hombres del todo. —El gesto de incredulidad de Atalarico no le pasó inadvertido—. ¡Sí, medio hombres! —Sacó el cráneo que el escita le había dado, con su rostro humano y su cráneo de simio—. Un humano que no es humano. Es el mayor misterio de todos. ¿Qué hubo antes de nosotros? ¿Qué puede responder a esa pregunta sino los huesos? Señor escita, ¿me has dicho que este cráneo viene del este?

Papak tradujo:

—El escita no sabe dónde se originó. Pasó por muchas manos, viajando en dirección al oeste, hasta llegar a las tuyas.

—Y con cada transacción —murmuró Atalarico con algo parecido al sarcasmo—, su precio aumentó, sin duda.

Papak enarcó una ceja al oírlo.

—Se dice que en la tierra de los hombres de tez pálida y ojos rasgados, al este, los huesos como este abundan mucho. La gente los utiliza para hacer medicinas y encantamientos y para enriquecer los campos.

Honorio se inclinó hacia delante.

—Así que ahora sabemos que en el este vivió una raza de hombres con forma humana y cráneo pequeño. Hombres animales. —Le temblaba la voz —. ¿Y qué me dirías si te dijera que al otro extremo del mundo, en el oeste, existió también una raza de pre-hombres, hombres con cuerpo de oso y una frente como el casco de un centurión?

Atalarico estaba estupefacto; Honorio nunca le había mencionado tal cosa.

El escita empezó a hablar. Sus suaves vocales y apagadas consonantes parecían una canción, apenas perturbada por la torpe traducción de Papak, una canción del desierto que se insinuaba en la húmeda noche italiana.

—Dice que antes había muchas clases de gente. Todas las demás han desaparecido, pero todavía viven en las historias y las canciones de los moradores de los desiertos y las montañas. Dice que hemos olvidado. Antes el mundo estaba lleno de hombres diferentes y animales diferentes. Pero hemos olvidado.

—¡Sí! —exclamó Honorio y de improviso se puso en pie, excitado—. ¡Sí, sí! Lo hemos olvidado casi todo, salvo los vestigios distorsionados que aún se conservan en los mitos. Es una tragedia, una agonía de soledad. Vaya, tú y yo, mi señor escita, hemos olvidado casi cómo hablar entre nosotros. Y sin embargo, tú entiendes, igual que yo, que flotamos, como marineros en una almadía, sobre un gran mar de tiempo por descubrir. ¡Ven conmigo! Debo enseñarte los huesos que he descubierto... ¡Oh, ven conmigo!

III

Atalarico y Honorio venían de Burdigala, una ciudad del reino godo que, a sus escasos treinta años, reunía gran parte de lo que antaño habían sido las provincias romanas de Galia e Hispania. Para regresar a su hogar

tuvieron que atravesar el mosaico de territorios que había emergido a medida que la dominación romana desaparecía de Europa occidental.

Las relaciones entre Roma y las belicosas tribus germánicas del norte llevaban tiempo siendo problemáticas, pues los germanos ejercían una presión intensa y constante sobre la larga y vulnerable frontera septentrional del Imperio. Durante siglos, el Imperio había utilizado germanos como mercenarios y por lo menos una tribu entera había recibido permiso para establecerse dentro de sus fronteras, con el compromiso de luchar como aliada de Roma frente a los enemigos comunes que vivían más allá de ellas. Así que el Imperio se había convertido en una especie de cascarón, habitado y controlado, no por los romanos, sino por los germanos más vigorosos, los godos y los vándalos.

Con el incremento de la presión en sus fronteras —resultado indirecto de la poderosa expansión de los hunos desde Asia— se habían esfumado los últimos elementos del control romano. Los gobernadores y la administración habían desaparecido y los últimos soldados romanos, aferrados a sus puestos, mal pagados y equipados, desmoralizados, habían sido incapaces de impedir el desplome del orden.

Así había caído el Imperio de Occidente, casi sin fuegos de artificio. Nuevas naciones habían emergido de sus escombros, y los esclavos se habían convertido en reyes.

Así que, desde el reino de Odoacro, que se extendía por Italia y por los restos de las antiguas provincias de Rhaetia y Noricum al norte, Atalarico y Honorio atravesaron el reino de los burgundios, que englobaba casi todas las tierras del Rhur, al este de la Galia, y el reino de Soissons, en el norte de Francia, antes de regresar al fin al reino occidental de los godos. Atalarico había temido que aquel recorrido por el agonizante corazón del viejo Imperio pudiera dejarlo abrumado por la inferioridad de los humildes logros de su pueblo. Pero cuando llegó a su hogar, descubrió que había ocurrido justamente lo contrario. Tras la ruinosa grandeza de Roma, Burdigala parecía pequeña, provinciana, primitiva, incluso fea. Pero estaba en expansión. En el área que rodeaba al puerto se veían grandes obras nuevas y el propio puerto estaba abarrotado de naves.

Roma era magnífica, sí, pero estaba muerta. Aquello era el futuro: su futuro, para labrarlo con sus propias manos.

El tío de Atalarico, Teodorico, era un pariente lejano de Eurico, rey godo de Galia e Hispania. Teodorico, que albergaba grandes ambiciones para su familia, había establecido una especie de corte satélite en una vieja y extensa villa romana de las afueras de Burdigala. Cuando se enteró de que Honorio y Atalarico habían regresado acompañados por visitantes de tierras exóticas, insistió inmediatamente en que se alojaran en su villa y empezó a planear una serie de actos sociales para poder mostrar a los visitantes, así como hacer gala de los logros y viajes de su sobrino.

En ocasiones como estas, Teodorico recibía a miembros de la nueva nobleza goda y también a aristócratas romanos.

Aunque el Imperio hubiera perdido el control político, su milenaria cultura pervivía aún. Los nuevos amos germanos parecían ansiosos por aprender de los romanos. El rey Eurico había ordenado que las leyes de su reino fueran recopiladas y redactadas en latín por juristas romanos; era para estudiar este cuerpo jurídico que Atalarico había sido encomendado a la tutela de Honorio. Y, mientras tanto, la antigua aristocracia terrateniente del Imperio seguía viviendo entre los recién llegados. Muchos de ellos, que habían tenido siglos para acumular tierras, seguían siendo ricos y poderosos incluso ahora.

Tras haber visitado la propia Roma, a Atalarico le resultaba irónico ver a los herederos togados de aquellas antiquísimas familias, muchos de los cuales ostentaban todavía títulos del Imperio, entre clanes de salvajes ataviados de cuero, caminando por salas cuyos gentiles frescos y mosaicos estaban ahora cubiertos por la tosca imaginería de un pueblo de guerreros, hombres a caballo con sus yelmos, sus escudos y sus lanzas. Podía argüirse —de hecho, Honorio así lo hacía— que con su sistemática codicia, practicada a lo largo de siglos enteros, aquellas criaturas exquisitas habían destruido el mismo Imperio que las había creado. Pero para los aristócratas, el reemplazo de la vasta superestructura imperial por el nuevo mosaico de jefes godos y burgundios no había supuesto un cambio significativo en unas vidas de lujo.

De hecho, para algunos de ellos, parecía que el colapso del Imperio había supuesto la aparición de oportunidades muy lucrativas.

Como trofeo que mostrar a sus invitados, el escita resultó mucho menos satisfactorio de lo que Teodorico había esperado. El atrio, los elaborados jardines y las salas de la villa parecían inspirarle repugnancia. Prefería pasar el tiempo en la habitación que Teodorico había puesto a su disposición. Pero ignoró la cama y el resto del mobiliario, extendió la manta que llevaba siempre consigo sobre el suelo y, utilizando las sábanas, montó una especie de tienda. Fue como si hubiera traído el desierto a la Galia.

Si el escita supuso una decepción social, Papak fue todo un éxito, como Atalarico, amargamente, sospechaba. Arrastrando consigo un aroma de exotismo, el persa se movía con suavidad entre los invitados do Teodorico, fueran bárbaros o ciudadanos. Flirteaba de forma extravagante con las mujeres y cautivaba a los hombres con sus relatos sobre los peculiares peligros del este. Todo el mundo parecía hechizado por él.

Una de las innovaciones más populares de Papak fue el ajedrez. Era un juego, les explicó, que había sido inventado recientemente en la corte de Persia. Nadie en la Galia lo conocía, y Papak pidió a uno de los artesanos de Teodorico que le tallara un juego de piezas. Se jugaba en un tablero de seis por seis casillas, sobre las que se movían y batallaban piezas con forma de caballos o guerreros. Las reglas eran sencillas pero la estrategia era de una diabólica profundidad. A los godos —que se jactaban de su carácter guerrero, a pesar de que la mayoría de ellos llevaba más de veinte años sin acercarse a un caballo— les encantó la violencia sublimada del nuevo juego. Sus primeros torneos fueron rápidos y sanguinolentos. Pero bajo la hábil tutela de Papak, los mejores jugadores no tardaron en absorber sus sutilezas y las partidas empezaron a prolongarse y a resultar más interesantes.

En cuanto al propio Honorio, era evidente que le molestaba que los juegos de salón de un persa resultaran mucho más interesantes que sus historias sobre huesos viejos. Pero claro, pensaba Atalarico con afecto exasperado, el viejo nunca había tenido talento para las ocasiones sociales y mucho menos para las complejidades de la vida en la corte. Se empeñaba en

seguir jugando al backgammon —el «juego de Platón», en sus propias palabras— con viejas brujas de la antigua aristocracia terrateniente.

Unos días después, Teodorico llamó a su sobrino a sus aposentos.

Para sorpresa de Atalarico, Galla estaba allí. Alta, morena, con la clásica nariz prominente que caracterizaba a los romanos de pura cepa, Galla era la esposa de uno de los ciudadanos más prominentes de la comunidad. Pero, a sus cuarenta años, era veinte más joven que él y todos sabían que quien detentaba el poder en aquella casa era ella.

Con expresión grave en el rostro barbudo, Teodorico puso una mano en el brazo de su sobrino:

—Atalarico, necesitamos tu ayuda.

—¿Tienes un trabajo para mí?

—No exactamente. Tenemos un trabajo para Honorio y queremos que lo persuadas de que lo acepte. Deja que te explique...

Mientras Teodorico hablaba, Atalarico sentía los fríos ojos de Galla clavados en él, evaluándolo, con la boca entreabierta. Entre algunos de los últimos romanos circulaba el mito de que los bárbaros eran una raza más joven y vigorosa. Puede que Galla, al explorar la intimidad de unos hombres a los que apenas consideraba otra cosa que salvajes, estuviera buscando una excitación musculosa de la que debía de carecer en su matrimonio con un ciudadano apolillado.

Pero Atalarico, que apenas sacaba cinco años a los hijos gemelos de Galla, no sentía deseos de convertirse en el juguete de una aristócrata decadente. Le devolvió la fría mirada con expresión impasible.

Esta sutil transacción se produjo ante las mismas narices de Teodorico sin que él se percatara de nada.

Galla dijo con voz suave:

—Atalarico, hace apenas tres décadas, una época que yo misma recuerdo, el reino de Eurico seguía siendo un asentamiento federado en el seno del Imperio. Las cosas han cambiado muy deprisa. Pero sigue

habiendo barreras muy estrictas entre nuestros pueblos. El matrimonio, la ley, e incluso la Iglesia.

Teodorico suspiró.

—Tiene razón, Atalarico. Hay demasiadas tensiones en esta joven sociedad nuestra.

Atalarico sabía que era cierto. Los nuevos gobernantes bárbaros se regían por sus leyes tradicionales, que consideraban parte de su identidad, mientras que sus súbditos se aferraban a la ley romana que, por su parte, veían como una serie de normas universales. Además, los matrimonios entre ambos pueblos estaban prohibidos. Aunque los dos grupos eran cristianos, los godos seguían las enseñanzas de Arrio, lo que provocaba la hostilidad de los católicos. Y así sucesivamente.

Todo esto representaba una barrera para la asimilación que el Imperio Romano había practicado con tanto éxito durante muchos siglos, una asimilación que había generado estabilidad y longevidad social. Si aquel lugar hubiera seguido bajo el dominio de Roma, Teodorico habría tenido muchas posibilidades de convertirse en ciudadano romano de pleno derecho. Pero los hijos de Galla, en cambio, no eran aceptados como iguales por los godos y se les negaba el acceso al poder.

Atalarico escuchó todo esto con gravedad.

—Es difícil, pero si algo me ha enseñado Honorio es que el tiempo lo cambia todo. Puede que esas barreras acaben por desplomarse por sí solas.

Teodorico asintió.

—Eso mismo creo yo. Te envié a estudiar a una escuela romana, y luego con Honorio. —Se rió entre dientes—. Mi padre nunca habría permitido tal cosa conmigo. ¡No creía en las escuelas! «Si aprendes a temer la vara de un maestro, nunca podrás mirar una espada o una jabalina sin un escalofrío». Para él, éramos guerreros antes que otra cosa. Pero ahora estamos en una generación diferente.

—Por fortuna —dijo Galla—. El Imperio nunca volverá. Pero yo albergo la esperanza de que un día, de la unión de nuestros dos pueblos, aquí y por todo el continente, surja sangre nueva, con nueva fuerza y nueva visión.

Atalarico enarcó las cejas. Algo en su tono le recordaba demasiado a Papak y se preguntó qué estaría tratando de venderle a su tío. Replicó con voz agria:

—Pero, mientras tanto, antes de que llegue ese día maravilloso...

—Mientras tanto, me preocupan mis hijos.

—¿Por qué? ¿Acaso están en peligro?

—De hecho, sí —dijo Galla sin disimular su irritación—. Has estado demasiado tiempo fuera, joven, o has enterrado la cabeza demasiado en los libros de Honorio.

—Se han producido ataques —dijo Teodorico—. Daños en las propiedades, incendios, robos...

—¿Contra los romanos?

—Me temo que sí —suspiró Teodorico—. A mí, que recuerdo cómo era el Imperio, me gustaría preservar lo mejor de él: la estabilidad, la paz, la educación, un sistema legal justo... Pero los jóvenes no saben nada de esto. Como sus antepasados, que llevaron vidas más sencillas en las llanuras del norte, odian lo que saben del Imperio: poder sobre la tierra y los hombres, riquezas de las que están excluidos.

—Así que quieren castigar los que quedan —dijo Atalarico.

Galla dijo:

—El porqué actúan así es poco importante. Lo importante es que hay que detenerlos.

—He reclutado la milicia. Los disturbios pueden sofocarse, pero volverán a estallar en otra parte. Necesitamos una solución a largo plazo. Debemos restaurar el equilibrio. —Teodorico sonrió—. Qué paradoja que haya llegado a creer que es necesario que nuestros romanos vuelvan a ser fuertes.

Atalarico resopló:

—¿Cómo? ¿Dándoles una legión? ¿Resucitando a Augusto de entre los muertos?

—Más sencillo que todo eso —dijo Galla, ignorando su sarcasmo—. Debemos tener un obispo.

Atalarico empezó a entender.

—Así que por eso estoy aquí. Queréis que Honorio sea obispo y que yo lo convenza de que acepte.

Teodorico asintió, complacido.

—Galla, ya te dije que el muchacho era perspicaz.

Atalarico sacudió la cabeza.

—Rehusará el ofrecimiento. Honorio no es... mundano. Le interesan los huesos viejos, no el poder.

—Pero escasean los candidatos, Atalarico —dijo Teodorico—. Perdonadme, señora, pero demasiados romanos se han comportado como unos necios: arrogantes, codiciosos, autoritarios...

—Mi marido entre ellos —dijo Galla con voz templada—. La verdad nunca ofende, mi señor.

Teodorico dijo:

—Honorio es el único que cuenta con el respeto de todos... quizá a causa de su falta de mundaneidad. —Clavó la mirada en Atalarico—. De no ser así, nunca podría haberte encomendado a su tutela.

Galla se inclinó hacia él.

—Entiendo vuestras reticencias, Atalarico. Pero, ¿lo intentarás de todos modos?

Atalarico se encogió de hombros.

—Lo intentaré, pero...

La mano de Galla se movió como impulsada por un resorte y le cogió el brazo.

—Mientras viva, Honorio es el único candidato para el puesto. Nadie más podría ocupar su lugar. Mientras viva. Confío en que hagáis lo que esté en vuestra mano para persuadirlo, Atalarico.

De repente, Atalarico fue consciente del poder que poseía: el poder de un Imperio muy antiguo, el poder de una madre furiosa y amenazada. Se zafó de su mano, perturbado por su intensidad.

Honorio se preparó para la última etapa del épico viaje que había concebido por primera vez al conocer al escita en la frontera de los

desiertos orientales.

Se formó un grupo para el viaje. El núcleo lo formaban Honorio, Atalarico, Papak y el escita, como hasta entonces. Pero ahora parte de la milicia de Teodorico viajaría con ellos —los campos distaban mucho de ser seguros— junto con un puñado de los jóvenes godos más curiosos e incluso algunos miembros de las antiguas familias romanas.

Y partieron hacia el oeste.

Sin saberlo ellos, estaban rehaciendo los pasos del grupo de Rood en su cacería de hacía treinta mil años, solo que en sentido contrario. Pero el hielo se había retirado hacía tiempo a sus fortalezas septentrionales... hacía tanto, de hecho, que los humanos habían olvidado que había estado allí. Rood no habría reconocido aquella tierra rica y templada. Y la densidad de población lo habría asombrado, tanto como a Atalarico las manadas de mamuts desliándose por un paisaje vacío de humanos de haber podido verlas.

Finalmente se les acabó la tierra. Llegaron a un acantilado de creta. Erosionado por el tiempo, el acantilado miraba al incansable Atlántico. La llanura que había sobre él estaba desnuda casi del todo, salvo por una capa de hierba cubierta de deposiciones de conejo.

Mientras los porteadores descargaban las pertenencias del grupo, el escita se aproximó al borde del acantilado. El viento atrapó su extraño cabello rubio y lo sacudió alrededor de su frente. Atalarico pensó que era una visión muy llamativa. Allí había un hombre que había contemplado el océano de sal del este y que ahora se veía arrastrado al linde occidental del mundo. En su fuero interno, aplaudió la visión de Honorio: al margen de lo que el escita pudiera decir o hacer al ver los huesos, el anciano había creado ya un momento muy notable.

Aunque estaban todos muy fatigados por el viaje desde Burdigala, Honorio estaba impaciente por concluir la excursión. Solo permitió un momento de descanso para comer, beber y darle la debida a atención a sus vejigas y vientres. Entonces, con entusiasmo a pesar de su edad, los llevó hacia la cara del acantilado. El resto del grupo fue tras ellos, con la única excepción de los dos porteadores de Papak que, según le pareció a

Atalarico, estaban poniendo trampas para cazar algunos de los conejos que infestaban la parte alta del acantilado.

Mientras se dirigían hacia allí, Atalarico trató de hablar con Honorio de la oferta del obispado.

Tenía cierto sentido. A medida que la administración civil del Imperio se iba descomponiendo, la Iglesia, más resistente, se había erigido en bastión de poder y fuerza, y sus obispos habían adquirido estatus y poder. A menudo, estos eclesiásticos se extraían de las filas de la aristocracia terrateniente del Imperio, que poseían instrucción, experiencia administrativa en la gestión de sus grandes fincas y una tradición de liderazgo: puede que sus conocimientos teológicos no fuesen muy grandes, pero eso era menos importante que la sagacidad y la experiencia práctica. En tiempos turbulentos, estos clérigos habían demostrado que podían proteger a la vulnerable población romana pidiendo ayuda a las ciudades, dirigiendo las defensas e incluso dirigiendo a los hombres en el campo de batalla.

Pero, tal como Atalarico esperaba, Honorio rehusó la oferta de plano.

—¿Es que la Iglesia nos quiere devorar a todos? —protestó—. ¿Debe su sombra extinguir todo cuanto hay en el mundo, todo lo que hemos construido a lo largo de un milenio?

Atalarico suspiró. No sabía muy bien lo que quería decir el anciano, pero la única manera de razonar con él era hablarle en sus mismos términos.

—Honorio, por favor, esto no tiene nada que ver con la historia... ni siquiera con la teología. Solo con el poder temporal. Y el deber cívico.

—¿Deber cívico? ¿Qué significa eso? —Del interior de una bolsa sacó su cráneo, el antiguo cráneo humano que el escita le había dado, y lo sacudió frente a su cara—. Aquí tenemos a una criatura que es medio humana y medio animal. Y sin embargo se parece muchísimo a nosotros. ¿Qué es lo que somos, pues? ¿Tres cuartas partes de hombre y una de animal, una décima parte animales? El griego Galeno señalaba hace dos siglos que el hombre no es otra cosa que una variedad de mono. ¿Escaparemos alguna vez de la sombra de la bestia? ¿Qué significaría tu «deber cívico» para un mono, aparte una necesidad humana?

Atalarico le tocó el brazo con mano titubeante.

—Pero aunque eso fuera cierto, aunque estemos gobernados por el legado de un pasado animal, debemos comportarnos como si no fuera así. Honorio esbozó una sonrisa amarga.

—¿De veras? Pero si todo lo que construimos es pasajero, Atalarico. Lo estamos viendo. En el lapso de una vida, la mía, un Imperio de mil años se ha derrumbado más deprisa que el mortero de los muros de los edificios de la capital. Si todo es pasajero salvo nuestra naturaleza salvaje, ¿qué esperanza tenemos? Hasta la fe se marchita como el hollejo que queda en el vino.

Atalarico lo entendía: aquella era una preocupación que Honorio había expresado en numerosas ocasiones. En los últimos siglos del Imperio, el nivel educativo y la instrucción habían decaído. En las cabezas de las masas necias, apaciguadas por la comida gratuita y los salvajes espectáculos del circo, los valores sobre los que se había erigido Roma y el antiguo racionalismo de los Griegos habían sido reemplazados por la superstición y el misticismo. Era, le había explicado a su joven pupilo, como si una cultura entera estuviera perdiendo la cabeza. La gente olvidaba cómo pensar y muy pronto olvidarían que habían olvidado. Y, a los ojos de Honorio, el Cristianismo no hacía más que exacerbar el problema.

—San Agustín ya nos advertía de que la creencia en los antiguos mitos estaba menguando, hace un siglo y medio, mientras el dogma de los cristianos estaba enraizándose. Y, al igual que ocurre con los mitos, también desaparecen los conocimientos de mil años que están codificados en esos mitos. Los dogmas monolíticos de la Iglesia asfixiarán el pensamiento racional durante diez siglos más. Las luces se apagan, Atalarico.

—Entonces acepta el obispado —lo instó Atalarico—. Protege los monasterios. Funda otros, si debes. Que los monjes preserven y copien los grandes textos en las bibliotecas y *scriptorium* antes de que se pierdan.

—Ya he visto los monasterios —le espetó Honorio—. Copian las grandes obras del pasado como si fueran sortilegios. Los monjes son necios en cuya cabeza no hay sitio para nada que no sea Dios... ¡Bah! Antes preferiría quemarlos.

Atalarico reprimió un suspiro.

—Ya sabes que Agustín encontraba consuelo en su fe. Creía que el Imperio era obra de Dios, y que lo había creado para difundir el mensaje de Cristo, así que, ¿cómo podía dejar que se desplomara? Pero llegó a la conclusión de que el propósito de la historia es Dios, no el hombre. De manera que, al final, la caída de Roma no importaba.

Honorio le lanzó una mirada sardónica.

—Ahora, si fueras un diplomático, señalarías que el pobre Agustín murió mientras los vándalos recorrían el norte de África. Y dirías que si hubiera prestado más atención a las cuestiones materiales, tal vez hubiera vivido más tiempo y hubiera tenido tiempo de estudiar un poco más. Eso es lo que dirías si quisieras convencerme de que aceptara tu condenado obispado.

—Me alegro de que tu humor esté mejorando —repuso Atalarico.

Honorio le dio unas palmaditas en la mano.

—Eres un buen amigo, Atalarico. Mejor de lo que me merezco. Pero no voy a aceptar el regalo de tu tío. Dios y la política no son para mí. A mí déjame con mis huesos y mis tonterías... ¡Ya casi hemos llegado!

Para frustración de Honorio, el camino que recordaba estaba ahora cubierto de maleza. Apenas era otra cosa que una línea en la cara del acantilado, excavada quizá por el paso de cabras u ovejas. Los milicianos utilizaron sus lanzas para limpiar las malas hierbas y la maleza.

—Han pasado muchos años desde la última vez —dijo, casi sin resuello.

Atalarico respondió:

—Señor, eras mucho más joven cuando estuviste aquí, mucho más joven. Debes tener cuidado al descender.

—¿A mí qué me importa la dificultad? Atalarico, si el camino está cubierto de maleza es que nadie lo ha recorrido desde la última vez que estuve aquí, y los huesos que encontré siguen allí, intactos... ¿Qué me importa todo lo demás comparado con eso? Mira, el escita ya ha emprendido el descenso, y quiero ver su reacción. Vamos, vamos.

El grupo formó una línea y, uno por uno, descendieron con mucho cuidado por la senda. Honorio insistió en caminar sin ayuda —el camino

apenas hubiera permitido otra cosa— pero Atalarico marchó delante de él, para tener al menos la oportunidad de salvarle la vida en caso de que llegara a caer.

Llegaron a una caverna erosionada en la blanca pared de creta. Se dispersaron y los milicianos empezaron a tantear las paredes y el suelo con las lanzas.

Atalarico caminaba con cuidado. Junto a la entrada, el suelo estaba teñido de blanco casi del todo por el guano y cubierto de cáscaras de huevo. Las paredes y el suelo eran suaves como la mantequilla, como si muchas criaturas, o personas, hubiesen morado allí. Atalarico detectó un fuerte olor animal, puede que de zorros, pero viejo, estancado. Salvo las aves marinas, resultaba evidente que nada había vivido allí desde hacía mucho tiempo.

Pero era allí donde Honorio había encontrado sus preciosos huesos.

El anciano recorrió la caverna, observando el suelo, quitando hojas secas y algas muertas. No tardó en encontrar lo que buscaba. Se puso de rodillas y limpió los restos cuidadosamente, utilizando solo las yemas de los dedos.

—Sigue igual que lo encontré... y lo dejé, porque no quería que nada perturbara los huesos.

Los demás se reunieron a su alrededor. Atalarico advirtió que uno de los jóvenes romanos, un hombre que formaba parte del séquito de Galla, estaba muy próximo a Honorio. Pero no parecía haber en su actitud nada más amenazante que una impaciencia juvenil. Y todo el mundo quedó impresionado cuando Honorio levantó delicadamente su tesoro óseo de la tierra. Atalarico se dio cuenta inmediatamente de que era un esqueleto de humano, aunque debía de haber sido un humano muy voluminoso, pensó, de gruesos miembros y dedos largos. Y el cráneo estaba distorsionado, roto desde atrás, para ser más exactos, puede que por un golpe. Bajo los huesos había una capa de conchas y lascas de pedernal.

Honorio señaló ciertos rasgos de su hallazgo.

—Mirad esto. Se ve que comía mejillones; las cáscaras están chamuscadas: puede que las echara al fuego para que se abrieran. Y creo que estas lascas son desechos de las herramientas que fabricaba. Está claro

que era un humano, pero no como nosotros. ¡Examinad ese cráneo, mi señor escita! Esa frente masiva, esos pómulos como farallones... ¿Alguna vez habíais visto algo así? —Miró a Atalarico y sus ojos cansados resplandecieron—. Es como si hubiéramos sido transportados a otro día, perdido incontables siglos en el pasado.

El escita se arrodilló para examinar el cráneo.

Y entonces ocurrió.

El joven romano que había detrás de Honorio dio un paso al frente. Atalarico vio su brazo y escuchó un suave crujido. Brotó sangre. Honorio cayó sobre los huesos.

La gente, aterrada, escapó a empujones. Papak chillaba como un cerdo aterrorizado. Pero el escita cogió a Honorio antes de que cayera y lo bajó delicadamente al suelo. Atalarico vio que le habían aplastado la nuca. Se abalanzó sobre el joven que estaba detrás de Honorio y lo cogió de la túnica.

—Has sido tú... te he visto... Has sido tú. ¿Por qué? Era un romano como tú, uno de los tuyos...

—Ha sido un accidente —dijo el joven con voz fría.

—¡Mentiroso! —Atalarico lo abofeteó con tanta fuerza que le hizo un corte en la mejilla—. ¿Quién te ha ordenado que hicieras esto? ¿Galla? —Iba a golpearlo de nuevo pero unos brazos fuertes lo rodearon y lo apartaron de allí. Forcejeando, miró a todos los demás—. Ayudadme. Ya habéis visto lo que ha pasado. ¡Este hombre es un asesino!

Pero solo recibió miradas vacías como respuesta.

Entonces lo comprendió.

Todo estaba planeado. Solo el aterrorizado Papak y, quería creer, el escita, no sabían nada del plan... y él mismo, Atalarico, el bárbaro, demasiado ajeno al funcionamiento de una civilización poderosa como para imaginar una estratagema tan venenosa. Con su negativa a aceptar el obispado, Honorio se había convertido en un estorbo tanto para los godos como para los romanos. A los que habían urdido aquella estúpida y cruel conspiración no les importaban un ápice los milagrosos huesos de Honorio: para ellos, esta excursión a la costa era solo una oportunidad. Puede que ni

siquiera devolvieran el cuerpo del pobre Honorio a Burdigala y lo arrojaran al mar allí mismo.

Atalarico se liberó y corrió junto al anciano. Este, con la cabeza ensangrentada en brazos del escita, todavía respiraba, pero tenía los ojos cerrados.

—¿Maestro? ¿Puedes oírme?

Honorio parpadeó y abrió los ojos.

—¿Atalarico? —Los ojos vagaron por las cuencas—. Lo he oído, como un terrible crujido, como si mi cabeza fuera una manzana mordida por un muchacho hambriento...

—No hables...

—¿Has visto los huesos?

—Sí, los he visto.

—Era otro hombre del alba, ¿verdad?

Para asombro de Atalarico, el escita habló entonces, en un latín de marcado acento pero inteligible:

—Hombre del alba.

—Ah —suspiró Honorio. Entonces cogió la mano de Atalarico y la apretó con tanta fuerza que le hizo daño.

Atalarico era consciente del silencio que lo rodeaba, los hombres del este, los godos, los romanos, todos, salvo el escita y el persa, cómplices de aquel asesinado. La mano de Honorio apretó con más fuerza. Con un último estremecimiento, falleció.

El escita depositó cuidadosamente el cuerpo de Honorio sobre los huesos que este había descubierto —huesos de Neandertal, de la criatura que se había dado a sí misma el nombre de Viejo— y la sangre empezó a gotear sobre el suelo de creta.

El viento cambió. Una brisa marina entró en la caverna, cargada de sal.

OceanofPDF.com

16

Una orilla cubierta de maleza

Darwin, Territorio del Norte,
2031 de la Era Común (EC)

I

En Rabaul, la secuencia de los acontecimientos se desarrollaba con una lógica inevitable, como si la gran montaña volcánica y la bolsa de magma que había debajo de ella formaran una especie de vasta máquina geológica.

La primera grieta se abrió en el suelo. Una vasta nube de cenizas cubrió el cielo y un chorro de roca fundida saltó como si fuera una fuente. Con la masa ascendiente de magma todavía a unos cinco kilómetros de profundidad, la tensión sobre el fino caparazón superior de Rabaul empezó a ser demasiado intensa.

En Darwin, los terremotos empeoraron.

El primer día de conferencias acababa de terminar. Los asistentes, después de la cena, llenaban el bar. Sentada en un sofá y con los pies sobre un banquillo, Joan observaba a la gente que pedía y recogía sus bebidas, su marihuana y sus píldoras, y se reunía en pequeños grupos de excitados conversadores.

Los delegados eran los típicos académicos, pensó Joan con exagerado afecto. Vestían de formas dispares, desde las brillantes chaquetas anaranjadas con pantalones verdes que preferían los Europeos, del Benelux y Alemania, a las sandalias, camisetas y pantalones cortos del pequeño contingente californiano, pasando por algunos trajes étnicos ostentosamente llamativos. A los académicos les gustaba presumir de lo poco que se preocupaban a la hora de elegir la ropa, pero en sus elecciones «inconscientes» desplegaban bastante más personalidad que las víctimas de la moda, como todas las Alison Scott del mundo, por ejemplo.

El propio bar era un típico producto de la cultura consumista/empresarial, pensó Joan, con logotipos resplandecientes, anuncios inteligentes e imágenes deportivas por todas partes y un montón de gente hablando lo más alto posible. Hasta unos tipos de la costa, que se sentaba en la mesa contigua a la suya, se echaba al gaznate una cerveza tras otra. Era como si la hubiesen arrojado a un clamoroso estanque de ruido. Era el mismo medio en el que había vivido toda su vida, con el único respiro de los silencios vividos en las excavaciones de su madre. Pero después del espeluznante intervalo del aeropuerto —el zumbido de los jets, el lejano traqueteo de los disparos, una realidad mecánica y siniestra— se sentía extrañamente desubicada. Aquel ruido continuo y sordo resultaba reconfortante, a su propia manera, pero tenía la letal capacidad de apagar el pensamiento.

En aquel momento, las imágenes de la erupción de Rabaul, que al parecer había empeorado, llenaron las paredes inteligentes del bar sustituyendo a las noticias y los eventos deportivos, e incluso a las imágenes en directo de la sonda marciana de Ian Maughan.

Alyce Sigurdardottir le trajo un refresco.

—El camarero es una monada —dijo—. Qué dientes y qué pelo. Si tuviera cuarenta años menos, haría algo al respecto.

Joan le dio un trago a su refresco y preguntó a su amiga:

—¿Crees que la gente está asustada?

—¿Por qué, por la erupción y los terroristas? Excitada y asustada al mismo tiempo. Pero eso podría cambiar en cualquier momento.

—Sí. Alyce, escucha. —Joan se inclinó hacia ella—. El toque de queda que ha impuesto la policía... —Oficialmente, la historia era que las cenizas de Rabaul, mezcladas con los restos volátiles de los incendios circundantes, eran tóxicas—. No es toda la historia.

Alyce asintió mientras las líneas de su rostro se endurecían.

—Deja que lo adivine. La gente del Cuarto Mundo.

—Han colocado pequeñas bombas de viruela alrededor del hotel. O al menos eso es lo que aseguran.

El rostro de Alyce mostró una exquisita indignación.

—Oh, Jesús. Ya estamos otra vez como en 2001. —Sintió los titubeos de Joan—. Escúchame. No podemos abandonar por culpa de esos capullos. Tenemos que seguir adelante con la reunión.

Joan miró a su alrededor.

—La presión es grande. Para la mayoría de los asistentes, el mero hecho de venir ha supuesto ya un acto de valor. Nos han atacado incluso en el aeropuerto. Si esta gente se entera de lo de esas bombas y cunde el pánico... Puede que esta noche no sea el mejor momento para que empieces, ya sabes, la gran sesión.

Alyce le tapó la boca con la mano; tenía la palma seca y callosa.

—Las cosas no van a mejorar. Y recuerda que tu «gran sesión» es el centro de todo. —Alargó la mano y le quitó el refresco—. Arriba. Hazlo ahora.

Joan se echó a reír.

—Oh, Alyce...

—De pie.

Joan se imaginó a Alyce tratando de convencer a un tímido estudioso especializado en chimpancés o babuinos para que entrase en una selva

oscura. Pero cedió. Se quitó los zapatos y, con la ayuda de Alyce, se subió a una mesita de café.

Una vez allí, la abrumó una absurda sensación de timidez. Con su conferencia literalmente bajo ataque, ¿cómo se le ocurría subirse a una mesa y darle una conferencia a sus colegas sobre cómo salvar el planeta? Pero allí estaba, y la gente había empezado a volverse hacia ella. Dio varias palmadas hasta conseguir que la mayor parte de los presentes le prestara atención.

—Chicos, perdonad —empezó a decir con voz vacilante—. Pero necesito que me prestéis atención. Hemos trabajado muy duro todo el día, pero me temo que no podéis relajaros todavía.

»Estamos aquí para discutir el impacto de la humanidad sobre el planeta en el trasfondo de nuestra realidad evolutiva. Hemos reunido un grupo único, interdisciplinario, internacional e influyente. Probablemente nadie en el mundo sepa más sobre cómo hemos llegado a esta situación que los que estamos aquí esta noche. Así que tenemos una oportunidad, puede que única, puede que irrepetible, para hacer algo más que charlar sobre ello.

»Cuando os reuní a todos, tenía otro propósito, un propósito clandestino, por decirlo así. Quiero utilizar esta velada como una sesión adicional, como una sesión inicial. Si las cosas marchan como espero, es posible que suponga el inicio de una visión completamente nueva. Una esperanza nueva. —Se sentía avergonzada por utilizar aquel lenguaje tan poco científico y vio que había muchos labios fruncidos y cejas enarcadas —. Así que llenad los vasos, los frascos y los tubos, buscad una silla y empecemos.

Y así, en el hotel de aquel bar, mientras los asistentes a la conferencia tomaban asiento en sillas, banquetas y mesas, empezó a hablar sobre extinción masiva.

Jean sonrió.

—Incluso los paleontólogos, como yo, comprendemos la cooperación y la complejidad. El propio papá Darwin, hacia el final de *El origen de las*

especies, dio con una metáfora que resume el asunto. —Un poco cohibida, empezó a leer de un pedazo de papel—. «Resulta interesante contemplar una orilla cubierta de maleza, poblada por muchas plantas de muchos tipos diferentes, con aves cantando entre los matorrales, con insectos diversos revoloteando y con gusanos reptando por la tierra húmeda, y darse cuenta de que estas formas de tan elaborada fisonomía, tan diferentes unas de otras, y tan dependientes unas de otras de formas tan complejas, son todas producto de las leyes que actúan a nuestro alrededor».

Dejó el papel.

—Pero ahora mismo la orilla cubierta de maleza está en peligro. No creo que necesitéis que os lo diga.

»Es indudable que estamos en medio de un evento de extinción en masa. Los detalles son escalofriantes. Desde que yo nací, los últimos elefantes salvajes han desaparecido de las sabanas y los bosques. ¡Ya no quedan elefantes! ¿Cómo vamos a explicarle eso a nuestros hijos? Desde que yo nací, ya hemos perdido la cuarta parte de las especies que existían en el año 2000. Si seguimos a este ritmo, hacia finales de siglo habremos destruido las dos terceras partes de las que existían en 1900. La gravedad de este evento es comparable a la de los cinco grandes que ha vivido la Tierra en toda su historia.

»Mientras tanto, los cambios climáticos provocados por el hombre han resultado ser mucho más graves de lo que nadie, salvo unos pocos científicos, había previsto. Las ciudades costeras más importantes de África, desde El Cairo a Lagos, han quedado inundadas parcial o completamente y decenas de millones de personas se han visto desplazadas. Bangladesh está sumergida. De no ser por medidas de defensa que han costado miles de millones de dólares, Florida sería un archipiélago. Y esto es solo el principio.

»La culpa es solo nuestra. Nuestra presencia se ha vuelto insoportable. Aproximadamente una de cada veinte personas que ha existido en la historia está viva en la actualidad, frente a una de cada mil de otras especies. Como consecuencia de ello, estamos agotando los recursos de la Tierra.

»Pero, incluso ahora, la pregunta es, ¿importa? Sí, hemos perdido unos cuantos mamíferos y un montón de bichos de los que nadie había oído hablar. ¿Y qué? Seguimos aquí.

»Es así, sí. Pero los ecosistemas son como inmensas máquinas de soporte vital. Se basan en interacciones entre especies de escalas diferentes, desde los más modestos hongos de los filamentos que sustentan a las raíces de las plantas hasta los inmensos ciclos globales del agua, el oxígeno y el dióxido de carbono. La orilla cubierta de maleza de Darwin, sí. ¿Cómo mantiene esta máquina su estabilidad? No lo sabemos. ¿Cuáles son sus componentes más importantes? No lo sabemos. ¿De cuántas partes podemos prescindir sin correr riesgos? Tampoco lo sabemos. Aunque pudiéramos identificar y salvar las especies críticas para la supervivencia, no sabríamos de qué especies dependen estas a su vez. Pero si seguimos a este ritmo, no tardaremos en encontrar los límites del sistema.

»Puede que esté hablando así por prejuicios. Pero creo que si morimos por nuestra propia estupidez, será lamentable. Porque nosotros hemos traído a este mundo algo que ninguna criatura ha poseído antes. Y eso es la consciencia. Nosotros podemos impedir que ocurra.

»Así que mi pregunta, consciente, interesada, es: ¿qué vamos a hacer?

Guardó silencio, excitada, insegura, sin moverse de la mesa de café.

Algunos estaban asintiendo. Otros parecían aburridos.

Alison fue la primera en ponerse en pie. Mientras sus largas piernas se desplegaban lánguidamente, Jean contuvo el aliento.

—No nos estás diciendo nada que no sepamos, Jean. La muerte lenta de la biosfera es... ah... banal. Un cliché. Y además, debo señalar, que lo que hemos hecho es inevitable. Somos animales. Seguimos comportándonos como animales y siempre será así. —Hubo un murmullo de disentimiento. Scott continuó—. Sabemos que otros animales se han extinguido a sí mismos. En el siglo XX, se introdujo una población de renos en una islita del mar de Bering. La población inicial de veintinueve miembros había aumentado hasta seis mil al cabo de veinte años. Pero su principal fuente de alimento eran los líquenes, que crecen muy despacio y no tenían tiempo de recuperarse de sus depredaciones.

—Pero —exclamó alguien—, los renos no saben nada sobre ecología.

Scott respondió sin alterarse:

—Llevamos haciéndolo toda la historia. El ejemplo de las islas de Polinesia es bien conocido. La ciudad de Petra, en Oriente Medio...

Como Joan esperaba, el grupo se dividió en grupúsculos que empezaron a discutir.

—... La gente del pasado que no logró administrar sus recursos es culpable solo de no haber conseguido resolver un problema ecológico muy complicado...

—... Nuestro uso de la masa y la energía rivaliza con el de los procesos naturales. Lo que tenemos que hacer es utilizar esta capacidad de manera consciente...

—... Pero los riesgos de jugar con los cimientos de un planeta superpoblado...

—... Todas esas medidas costarían energía, lo que se sumaría a la emisión de calor a escala planetaria...

—... Nuestra civilización no es un todo coherente y unido. ¿Cómo propone que se resuelvan las cuestiones políticas, legales, éticas, culturales y financieras implícitas en sus propuestas...?

... ¡Llevo toda la vida escuchando chorradas ecologistas como esta! ¿Dónde estamos, en una fiesta de la NASA para recaudar fondos...?

—... Que le folien al puto ecosistema. ¿Quién necesita a esas putas lagartijas? Yo me decanto por una simplificación drástica. Lo único que hace falta es absorber el CO^2, bombear oxígeno y regular el calor. Eso no puede ser muy complicado...

—... Entonces, señora, ¿lo que quiere es vivir en el mundo de *Blade Runner?*

Joan tuvo que intervenir para cohesionar de nuevo al grupo.

—Necesitamos una unidad de voluntades, una movilización que no se ha visto hasta ahora. Pero puede que todavía no hayamos dado con la solución necesaria.

—Precisamente —dijo Alison Scott y volvió a ponerse en pie. Apoyó la mano en el reluciente cabello, azul y verde, de sus dos hijas—. La gran

ingeniería es un sueño difunto del siglo XX. La solución no está en el mundo. La solución está en nosotros.

Esta afirmación recibió nuevas muestras de hostilidad.

—... Se refiere a niños modificados por ingeniería genética, como esos dos monstruitos...

—Estoy hablando de la evolución —repuso Scott—. Lo que le ocurre a una especie cuando el medio cambia. A lo largo de toda nuestra historia hemos demostrado que somos una especie enormemente transformable.

Una mujer negra de unos sesenta años se levantó. Joan la conocía: se llamaba Evelyn Smith y era la bióloga evolutiva más importante de su época. Fríamente, dijo:

—La selección natural lleva decenas de miles de años sin operar sobre las poblaciones humanas. Quienes afirman en sentido contrario no comprenden sus mecanismos básicos. El hombre ha acabado con los procesos que impulsan la selección: nuestras armas han eliminado los depredadores, el desarrollo agrícola ha relegado el hambre al pasado, etc., etc. Pero todo esto cambiará si se produce el inminente colapso. En este caso, la selección regresará. Ese es el tema de mi comunicación en la Sesión Tres, por cierto.

Hubo algunas protestas.

—¿... Qué «colapso inminente»?

—... A pesar de su brillantez superficial, nuestra sociedad muestra síntomas de declive: desigualdad creciente, beneficios cada vez menores de la expansión económica, colapso del nivel educativo e intelectual...

—... Sí. Y muerte espiritual. Incluso los americanos, solo servimos de boquilla a ciertos tótems como la bandera, la Constitución y la democracia, mientras que entregamos nuestras vidas a las corporaciones y nos consolamos con el misticismo y la palabrería esotérica. Ya ha ocurrido antes. Los paralelismos, especialmente con el caso de Roma, son evidentes...

—... Solo que ahora estamos todos conectados, a escala global. Si se produce un colapso, puede que no haya posibilidad de escapar de él para volver a...

—... Pesimismo absurdo. Somos una especie muy resistente. Hemos hecho grandes cosas en el pasado...

—... Hemos extraído todo el mineral superficial, así como el petróleo y el carbón. Si fracasamos, no habrá nada para reconstruir...

—Mi argumento —dijo Smith, tenaz—, es que no nos queda mucho tiempo.

Estas palabras, pronunciadas en voz baja, silenciaron a todos por un momento, y Jean vio su oportunidad.

Dijo con voz seca:

—Si no queremos volver a los viejos tiempos, a ser un animal más en el sistema ecológico, tenemos que encontrar el modo de salir de este embrollo. Pero creo que existe un modo de hacerlo. —Se acarició el vientre con un gesto ausente. Sonrió—. Un nuevo modo. Aunque siempre lo hemos conocido. Un modo primate.

Y empezó a explicar su visión.

La cultura humana, dijo Joan, había sido una adaptación construida para ayudar a la gente a sobrevivir a las salvajes oscilaciones climatológicas del Pleistoceno. Ahora, en una inmensa ironía milenaria, esta misma cultura estaba provocando un efecto de rebote que provocaba cambios climáticos mayores. La cultura, que en el pasado había sido profundamente adaptativa, se había enquistado y tenía que cambiar.

—La vida no es solo obra de la lucha —dijo—. Lo es también de la cooperación. La interdependencia. Siempre ha sido así. Las primeras células dependían de la cooperación de bacterias más sencillas, y lo mismo puede decirse de las primeras ecologías, los estromatolitos. Ahora nuestras vidas son tan interdependientes que en el futuro deben desarrollarse con un objetivo común.

—... Está usted hablando de globalización. ¿Qué corporación la patrocina?

—... Vamos a volver con lo de Gaia y la Madre Tierra, ¿no?

Joan dijo:

—Nuestra sociedad global está tan estructurada que está convirtiéndose en algo parecido a un *holon*, una unidad compuesta, única. Tenemos que

aprender a pensar así. Tenemos que apoyarnos en la otra mitad de nuestra naturaleza primate, la que no se centra en la competición y la xenofobia. Los primates cooperan mucho más de lo que compiten. Los chimpancés lo hacen: los lémures lo hacen; los pitecinos y los *erectus* y los neandertales debían de hacerlo; nosotros lo hacemos. La interdependencia humana está profundamente enraizada en nuestra historia. Sin que nadie lo planificara, hemos engullido la biosfera... y tenemos que aprender a resolver el problema entre todos.

Alison Scott volvió a levantarse.

—¿Qué es exactamente lo que quieres, Joan?

—Un manifiesto, una declaración. Una carta firmada por todos y dirigida a la ONU. Tenemos que abrir el camino, dar ejemplo, empezar algo nuevo. Tenemos que mostrar el camino a un futuro sostenible. ¿Quién mejor que nosotros?

—... Hurra, vamos a salvar el mundo...

—... Tiene razón. Puede que Gaia no sea nuestra madre sino nuestra hija...

—... ¿Qué le hace pensar que alguien va a escuchar a un puñado de científicos? No lo han hecho nunca. Es perder el tiempo...

Evelyn Smith dijo:

—Escucharán si están lo bastante desesperados.

Alyce Sigurdardottir se puso en pie.

—Confucio dijo: «aquellos que dicen que no puede hacerse deben apartarse del camino de quienes lo están haciendo» —Levantó su pequeño puño—. Seguimos siendo primates, más que nunca. ¿No?

A pesar de algunas rechiflas, Joan creyó ver una respuesta más favorable en algunos de los rostros que la miraban. *Va a funcionar,* pensó. *Es solo un comienzo, pero va a funcionar. Podemos solucionarlo.* Se acarició el vientre.

De hecho, estaba en lo cierto. Puede que hubiese funcionado.

Puede que las presiones políticas y económicas hubieran inducido en los poderes tácticos a escuchar con más atención de la que nunca habían demostrado. Puede que las ideas de Joan Useb hubieran mostrado el modo

de combinar las interconexiones ofrecidas por la tecnología con los viejos instintos de cooperación de los primates. Y puede que hubiese ido más allá de un mero programa de gestión ecológica. Después de todo, en los cuatro mil millones de años de la vida en la Tierra, ninguna especie había tenido antes el potencial de crear una unión global. Si hubiesen tenido tiempo, la visión de Joan podría haber inspirado una revolución cognitiva tan significativa como la integración de la generación de Madre.

Los humanos habían desarrollado los medios de dañar a su planeta. Ahora, si hubiesen tenido un poco más de tiempo, tal vez hubieran desarrollado los que les permitirían salvarlo.

Si hubiesen tenido un poco más de tiempo.

Pero entonces se apagaron las luces. Hubo varias explosiones, como pisadas colosales. La gente empezó a chillar y huyó.

Mientras tanto, en Rabaul, los terremotos se habían incrementado. Finalmente, rompieron el lecho marino que había sobre la cámara magmática. El magma emergió a la superficie por túneles, algunos de los cuales tenían hasta trescientos metros de anchura. El agua inundó estos túneles y se transformó inmediatamente en vapor. Otros gases, dióxido de carbono y compuestos del azufre, que habían estado disueltos en el magma por la presión de las profundidades, empezaron a emerger burbujeando.

En las cámaras de roca, la presión aumentó exponencialmente.

II

Las luces de emergencia se activaron y un frío resplandor inundó la sala.

El falso techo se había roto en fragmentos de poliestireno que llovieron sobre los asistentes en medio de su desbandada. Joan vio que Alyce cogía a sus dos hijas y se acurrucaba con ellas en una esquina. El espacio del techo,

lleno de conductos y cables cubiertos por el revestimiento aislante, era cavernoso, oscuro, mugriento.

Finas cuerdas de nailon se desplegaron por el aire saturado de polvo de poliestireno. Entre la oscuridad vio unas formas ataviadas de negro que se movían como arañas por el techo y se deslizaban hasta el suelo. Llevaban monos negros ajustados y pasamontañas con visores plateados. Contó cinco, seis, siete en total. No hubiera podido decir si eran hombres o mujeres. Todos llevaban armas automáticas ligeras.

Alyce Sigurdardottir le tiró del brazo para que bajara de la mesa. Pero se resistió, consciente de que seguía siendo el centro de todo aquello; sentía, puede que de forma irracional, que las cosas podían empeorar si sucumbía al caos.

Uno de los invasores parecía estar al mando. Tras llegar al suelo, los demás se reunieron a su alrededor mientras él examinaba la situación. ¿Era hombre o mujer? *No,* pensó Jean, *hombre.* En un grupo así tenía que ser un hombre. Dos de los intrusos se quedaron con él. Los otros cuatro se encaminaron a la puerta. Con la espalda apoyada en la pared, apuntaron con sus armas a los delegados, quienes, como un rebaño de ovejas, se dejaron conducir al centro de la sala.

Solo había un miembro del personal del hotel en la sala: el barman, el joven australiano que había llamado la atención de Alyce. Era esbelto y de pelo negro y ensortijado —debía de tener sangre aborigen, pensó Jean— y llevaba pajarita y un chaleco brillante. Demostrando gran valor, se adelantó con las manos extendidas.

—Escuchen —empezó a decir—. No sé lo que quieren, pero si me lo permiten, llamaré...

El sonido del disparo fue casi inaudible, extrañamente semejante a la tos de un leopardo. El muchacho cayó al suelo, convulsionándose. De repente, Jean captó el olor de la mierda de la muerte, un olor que no había percibido desde África. Los delegados chillaron, retrocedieron y se quedaron como paralizados, tratando, cada uno a su manera, de no llamar la atención de los asesinos.

Mientras tanto, como una nota incongruente en medio de todo esto, las paredes inteligentes del bar seguían mostrando imágenes del volcán de Nueva Guinea, de las factorías cibernéticas de Marte y anuncios de cerveza, drogas y aparatos tecnológicos.

Como Jean había esperado, el líder, que era el que había asesinado al joven camarero, se aproximó a ella. Su arma, sin duda caliente todavía, apuntaba al suelo. El visor estaba cosido al pasamontañas. Casi hubiera podido decir que tenía estilo.

Antes de que pudiera decir nada, le espetó:

—¿Es que tiene miedo de enseñar la cara?

El terrorista se echó a reír y se quitó el pasamontañas. Sí, tenía razón. El hombre tenía la cabeza afeitada. Era blanco y de ojos castaños. No debía de ser mucho mayor que el camarero al que acababa de matar. Puede que tuviera unos veinticinco años. La miró a los ojos, como si quisiera evaluar su capacidad de desafiarlo.

Sus seguidores se quitaron también los pasamontañas. Eran cuatro hombres, el líder incluido, y tres mujeres.

Jean preguntó:

—¿Es usted Pickersgill?

El líder se echó a reír.

—Pickersgill no existe. El estado policial global persigue una quimera. Pickersgill es un chiste divertido y útil. —Tenía acento del medio oeste americano, aunque con un toque exótico. La dominación del inglés americano era tal en aquellos tiempos que podía venir de cualquier parte.

—¿Y quién es usted?

—Soy Elisha.

—Elisha, dígame qué quiere —dijo Jean con voz cauta.

—Ya no es usted quien establece el orden del día —dijo el muchacho—. Voy a decirle lo que hemos hecho. Doctora Joan Useb, hemos liberado la enfermedad.

A Jean se le puso la piel de gallina.

—Están infectados. Todos lo estamos. Si no reciben tratamiento, la mayoría morirá en pocos días. Si la situación se resuelve a satisfacción

nuestra, puede que todos sobrevivamos. Pero estamos preparados para morir por nuestras creencias. ¿Y usted?

Joan lo pensó un momento.

—¿Quiere la mesa?

El muchacho reflexionó mientras daba unos pasos frente a la absurda mesita que era el foco del poder en aquella habitación: por supuesto que la quería.

—Sí. Baje.

Con la ayuda de Alyce, Jean hizo lo que le decía. Elisha se encaramó de un salto al improvisado podio y empezó a dar órdenes a sus camaradas en una lengua que parecía sueco.

—Comportamiento primate clásico —murmuró Alyce—. Jerarquías de dominancia masculinas. Paranoia. Xenofobia rayana en la esquizofrenia. Eso es lo que está pasando aquí en el fondo, solo eso.

—Pues aunque solo sea eso, espero que podamos salir con vida...

Su voz fue engullida por un inmenso sonido parecido a un aleteo, como si un colosal pterosaurio estuviera tratando de aterrizar en el tejado del hotel. Era un helicóptero, claro, suspendido del cielo más allá del tejado. Y entonces una voz amplificada sonó desde el exterior, anunciando a la policía.

Los terroristas dispararon al tejado, cuyos fragmentos llovieron sobre las cabezas de los presentes. Los delegados de la conferencia se agazaparon y chillaron, lo que contribuyó a aumentar el caos, precisamente lo que pretendían, pensó Jean con las manos en los oídos. Cuando el altavoz de la policía guardó silencio, los terroristas dejaron de disparar.

Joan se puso en pie y se limpió el polvo de la ropa. Curiosamente, no estaba asustada. Miró a Elisha, quien seguía sobre la mesa de café, colorado, con la respiración acelerada y el arma apoyada en el hombro.

—Sea lo que sea lo que quieren, no podrán conseguirlo si no hablan con ellos.

—No necesito hablar con la policía ni con sus retorcidos asesores psicológicos cuando la tengo a usted aquí, a la líder de esta nueva globalización, de este *holon.*

Alyce suspiró.

—Algo me dice que esta palabra inocente va a convertirse en el nombre de un nuevo demonio.

—Hemos escuchado su bonito discurso desde el techo, sin luz... ¡Qué apropiado!

Joan dijo:

—Ustedes no lo... —*No lo entienden. Palabras equivocadas, Joan*—. Por favor. Dígame lo que quiere.

Elisha la miró. Bajó de la mesa.

—Escúcheme —dijo en voz baja—. He oído lo que ha dicho sobre el organismo global en el que pronto estaremos todos sumergidos. Muy bien. Pero todo organismo ha de tener límites. ¿Qué pasa con los que están más allá de los límites? Doctora Joan Useb, las trescientas personas más ricas del planeta poseen lo mismo que los tres mil millones de sus congéneres más pobres. Más allá de los bastiones de la élite, hay regiones pobres que viven, en la práctica, en la esclavitud, pueblos que son explotados por su mano de obra, sus cuerpos... o sus órganos. ¿Cómo va a ser consciente su sistema nervioso global de su miseria?

La mente de Joan volaba a la velocidad de la luz. Todo lo que estaba diciendo aquel hombre parecía repetido, una consigna repetida a sí mismo muchas veces. Cómo no: aquel era su momento, el eje central de su vida. Todo lo que ella hiciera tenía que estar gobernado por este hecho. ¿Era un estudiante? Si era el hijo de una nación opulenta embargado por la culpabilidad, tal vez pudiera encontrar algún punto débil en su fervor.

Pero era un asesino, se recordó. Y había matado sin titubeos, sin un momento de vacilación. Se preguntó qué régimen de drogas utilizaría.

—Discúlpenme. —Era Alison Scott. Estaba junto a Elisha, con sus dos aterradas hijas. Sus cabelleras azul y verde resplandecían extrañamente bajo la luz absurda y parpadeante de las paredes inteligentes.

Joan sintió una punzada de dolor en el bajo vientre, tan fuerte que se le escapó un jadeo. Tuvo la sensación de que las cosas estaban escapando a su control.

Bex la estaba observando con mirada acusatoria.

—¿Estás bien, Bex?

—Dijiste que Rabaul no iba a hacernos nada. Que era imposible que pasara nada justo cuando estábamos aquí. Que estábamos a salvo.

—Lo siento. De veras... Alison, vuelve a sentarte, por favor. Aquí no puedes hacer nada.

Scott la ignoró.

—Mira, seas quien seas, quieras lo que quieras, tenemos calor, estamos cansados y sedientos y estamos empezando a sentirnos enfermos.

—Eso es ridículo —replicó Elisha con voz templada—. Psicosomático. Algo neurótico.

Scott respondió con voz controlada a duras penas:

—No me psicoanalice. Exijo...

—Exige, exige, bla, bla, bla. —Se aproximó a ella. La mujer, sujetando a sus hijas con fuerza, no se dejó intimidar. Elisha cogió el pelo de color aguamarina de Bex, tiró de él delicadamente y lo acarició entre los dedos—. Genenriquecida.

—No la toque —dijo Scott con un siseo.

—Qué bonitas son, como juguetes. —Su mano resbaló por el pelo hasta el hombro y luego le apretó los pequeños senos. Bex soltó un chillido y Scott la apartó.

—Tiene catorce años...

—¿Sabe lo que hacen esos ingenieros genéticos, doctora Useb? Introducen un cromosoma extra en los críos, un cromosoma extra lleno de genes estupendos. Pero aparte del pelo y los dientes, ¿sabe lo que hacen estos genes adicionales? Impiden que estos niños perfectos se crucen con los *Homo sapiens* a la antigua usanza. ¿Puede usted imaginarse una barrera más alta que esa? Hoy en día, los ricos se han convertido en una especie diferente. —Moviéndose con aire ausente, como si estuviera arrancando una fruta de la rama, cogió a Bex y se la arrebató a su madre. Uno de los terroristas sujetó a Scott. Elisha le arrancó la blusa a la joven, dejando a la vista el sostén de encaje. Bex cerró los ojos; estaba musitando algo, una especie de poema.

—Elisha, por favor... —Otra punzada de dolor en el vientre de Joan, y algo líquido. Se retorció sin poder evitarlo. *Oh, Jesús, ahora no,* pensó, *ahora no.*

Alyce apareció a su lado.

—Calma. Siéntate.

Joan vio que las imágenes cambiaban. Su visión estaba borrosa, pero ahora los colores predominantes parecían ser el naranja, el negro y el gris.

Alyce estaba sonriendo, con una mueca desprovista de toda alegría, como la sonrisa de un cráneo.

—Rabaul está reventando. Qué oportuno.

Elisha había cogido a la chica por las muñecas y le había levantado los brazos por encima de la cabeza.

Joan dijo rápidamente:

—Vamos, Elisha, no está aquí para esto.

—¿Ah, no?

Scott dijo:

—Si quieres follarte a alguien, cógeme a mí.

—Oh, pero eso no tendría sentido —dijo Elisha—. Lo importante aquí no es el acto sino el simbolismo. Esta es la primera vez desde la extinción de los neandertales que existen dos especies humanas diferentes en el mundo. —Bajó la mirada hacia la chica—. ¿Es violación si se trata de dos especies diferentes?

Las puertas reventaron hacia dentro.

Hubo gritos, gente corriendo, disparos. Pequeños proyectiles negros penetraron en la habitación. El aire se llenó de humo blanco.

Joan miró a los terroristas y trató de contar. Dos de ellos habían caído al explotar las puertas. Otros dos, que estaban corriendo y disparando, cayeron mientras ella observaba, convertidos de repente en marionetas rotas. La mayoría de los delegados estaba en el suelo o aterrorizados debajo del mobiliario. Entre dos y cuatro de ellos parecían heridos: había formas inertes entre el humo, manchas de sangre en el suelo...

Una nueva cuchillada de dolor atravesó su abdomen.

Elisha estaba a su lado. Tenía en la mano un cordel de color negro que salía de su cinturón.

Al menos había soltado a Bex.

—Elisha, no tiene por qué morir.

Él sonrió.

—Por todo el planeta, hay quinientos de los nuestros preparados para hacer la misma declaración.

Alyce alargó la mano hacia él.

—No lo haga, por el amor de Dios...

—No les pasará nada —repuso. Volvió a ponerse el pasamontañas—. Moriré como he vivido. Sin rostro.

Joan gritó:

—¡Elisha!

Tiró de la cuerda, como si estuviera arrancando un motor de petróleo. Hubo un destello alrededor de su cinturón, una luz fugaz. Entonces, la parte superior de su cuerpo se deslizó sobre la inferior. Mientras sus dos mitades, pulcramente bisecadas, caían al suelo, se extendió una peste a sangre y a los ácidos contenidos del estómago.

Alyce tuvo que agarrarse a Joan para no caer.

—Oh Dios, oh Dios.

El humo era cada vez más denso y Joan estaba tosiendo como una fumadora empedernida. Volvió a sentir el dolor, atravesando su abdomen y su espalda. Se sujetó a Alyce.

—¿Has pensado alguna vez lo absurdo que es el suicidio en grupo desde el punto de vista evolutivo?

—Por el Amor de Dios, Joan...

—Quiero decir, el suicidio puede a veces estar justificado, desde un punto de vista biológico. Un suicida puede estar librando a sus parientes de una carga. Pero, ¿qué justificación biológica puede tener el suicidio colectivo? La capacidad de creer en los dictados culturales ha sido siempre un mecanismo de adaptación. Tiene que haberlo sido o no habría llegado a existir. Pero a veces el mecanismo falla...

—Estamos locos. ¿Es eso lo que quieres decir? ¿Que estamos todos locos? Estoy de acuerdo.

—Señoras, por favor, vengan conmigo. —Había una sombra frente a ellas. Parecía un soldado con traje espacial, y tenía una mano extendida hacia Joan.

Volvió a sentir el dolor en el abdomen y sus pensamientos conscientes se extinguieron. Se desplomó sobre Alyce Sigurdardottir. Oyó otra explosión. Supuso que formaba parte de la operación militar o policial que las había rescatado.

Se equivocaba. Era Rabaul.

Una vez que el mar penetró en la cámara magmática, la explosión era inevitable.

El magma fundido salió despedido a velocidades superiores a la del sonido y alcanzó alturas de cincuenta kilómetros. Se dividió en fragmentos en proceso de solidificación y tamaño variable, desde minúsculas partículas de ceniza a rocas de un metro de anchura. Mezclados con todo esto había fragmentos de la destrozada montaña. Los trozos de roca habían volado sobre el cielo, sobre los aviones y globos, incluso sobre la capa de ozono, hasta mezclarse con los meteoritos, ardiendo fugazmente en el espacio. Era un cielo lleno de roca.

Y en la superficie, la onda expansiva salió despedida desde la aniquilada caldera volcánica a una velocidad dos veces superior a la del sonido. Silenciosa hasta el momento que golpeaba, arrasaba todo cuanto encontraba, casas, templos, árboles, puentes... A su paso, el aire se comprimía y alcanzaba inmensas temperaturas. Todo lo combustible era pasto de las llamas.

La gente podía ver cómo se aproximaba la onda, pero no podía oírla, y desde luego no podía escapar de ella. Las llamas los engullían y desaparecían, como agujas de pino en un incendio. Fue solo el principio.

Los soldados sacaron a Joan del bar lleno de humo y del hotel al aire fresco del exterior. La depositaron sobre una camilla, que empezó a moverse a gran velocidad. A su alrededor había movimiento por todas partes, gente que corría, coches pasando, el alquitrán del suelo, helicópteros pasando por un cielo anaranjado...

De repente se vio metida en la parte trasera de una furgoneta. ¿Una ambulancia? *Uno, dos, tres, arriba.* Había maquinaria en las paredes, pero no emitía zumbidos ni tenía pilotos luminosos, y no se parecía en nada a los equipos de los culebrones médicos a los que antes estaba enganchada.

Movió una mano en el aire.

—Alyce.

Alyce le cogió la mano.

—Estoy aquí, Jean.

—Me siento como un anfibio, Alyce. Estoy nadando en pis y sangre, pero respiro el aire de la cultura. Ni una cosa ni la otra...

El rostro de Alyce estaba sobre ella, marchito, cansado, temeroso.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—¿Qué hora es?

—Joan. Guarda las fuerzas. Créeme, ya he pasado por esto. Vas a necesitarlas.

—¿Es de día o de noche? He perdido la cuenta. Y el cielo no me orienta mucho.

—Se me ha roto el reloj. De noche, creo.

Alguien estaba tocándole las piernas. ¿Estarían quitándole la ropa? La ambulancia se puso en marcha con una sacudida y oyó el lejano chillido de una sirena, como un animal perdido entre la niebla. No veía otra cosa que el desnudo y mal iluminado techo del vehículo, aquellas máquinas aparentemente absurdas y la delgada cara de Alyce.

—Escucha, Alyce.

—Aquí me tienes.

—Nunca te he contado la auténtica historia de mi familia.

—Joan...

—Si no salgo de esta —dijo—, dile a mi hija de dónde venimos.

Alyce asintió, muy sobria.

—Llegasteis a América como esclavos.

—Mi tatarabuelo se inventó esa historia. Venimos de lo que hoy día es Namibia, no de Windhoek. Éramos San, los que ahora se llaman «bosquimanos». Los bantúes casi nos aniquilan, y en la época colonial nos cazaban como a alimañas. Pero mantuvimos nuestra identidad cultural, al menos en parte.

—Jean...

—Alyce, los estudios de frecuencia genética demuestran que el ADN transmitido por línea materna entre las mujeres San es más diverso que en ninguna otra parte de la Tierra. Lo que esto implica es que los genes San llevan en Sudáfrica más que cualquier otro gen en cualquier otro punto de la Tierra. Los hijos del pueblo San están más cerca de la línea directa que desciende de nuestra abuela común, nuestra Eva mitocondrial...

Alyce asintió.

—Lo comprendo. Así que tu hija es una de las personas más jóvenes del planeta y una de las más viejas. —Le cogió la mano—. Te prometo que se lo diré.

El dolor llegaba ahora en oleadas. Se sentía como si su mente estuviera disolviéndose. Tuvo que hacer un esfuerzo para seguir pensando.

—¿Sabías que, estadísticamente, la mayoría de los nacimientos se producen de noche? Es un antiguo rasgo de los primates es mejor tener a tu hijo en la seguridad de tu nido, en lo alto de algún árbol.

—Jean...

—Déjame hablar, joder. Hablar me quita el dolor.

—Las drogas son las que te lo quitan.

—¡Au! Esa ha sido diferente. ¿Es que no hay una comadrona en esta puta ambulancia?

—Son paramédicos titulados. No tienes de qué preocuparte.

—Creo que mi hija está impaciente por ver el interior de esta miserable ambulancia.

—Recuerda las clases de preparación. Respira. Empuja.

Jean empezó a respirar aceleradamente. Uf, uf, uf.

Alyce estaba mirando la parte de salida.

—Lo estás haciendo muy bien.

—Y eso que no tengo la pelvis de un australopitecino.

—Qué plasta eres, Joan Useb.

—Ya no, me temo.

—Aquí viene. Aquí viene.

Los huesos y las junturas del cráneo del bebé eran suaves y bajo la presión que sufrían al pasar por el canal natalicio, poseían la capacidad de deformarse. Y era capaz de soportar la falta de oxígeno en el momento del nacimiento. Estos últimos momentos representaban la transformación física más extrema que tendría que soportar hasta el momento de su muerte. Pero su cuerpo estaba inundado de opiáceos y analgésicos naturales.

No sentía dolor, solo una continuación del largo sueño al que su yo, su identidad, había emergido gradualmente.

Un paramédico con un traje espacial levantó al niño, le sopló en la nariz y le dio unas palmadas en el trasero. Un gozoso llanto llenó la ambulancia. Envolvieron apresuradamente al montoncillo de carne en una manta y se lo entregaron a su madre.

Jean, exhausta, maravillada, le tocó la mejilla. El niño volvió la cabeza y sus labios buscaron algo que mamar.

Alyce, sudorosa y exhausta también, estaba sonriendo, como una tía orgullosa.

—Por Dios, mírala... ya está comunicándose con nosotros, a su manera. Ya es humana.

—Creo que quiere mamar. Pero todavía no tengo leche, ¿verdad?

—Deja que lo haga de todos modos —le aconsejó Alyce—. Eso estimulará la producción de oxitocina.

Jean recordó las clases.

—Lo que provocará que mi útero se contraiga, reducirá la hemorragia y me ayudará a expulsar la placenta.

—No se preocupe por eso —dijo uno de los paramédicos—. Ya Je hemos inyectado oxitocina.

Jean dejó que la pequeña lamiera el pezón.

—Mira eso. Quiere cogerlo. Y es como si estuviera andando. Siento sus pies.

—Si tuvieras un pecho peludo, probablemente podría sujetarse ya, y puede que hasta subir por él. Y si te movieras de repente, se sujetaría con más fuerza.

—En caso de que me pusiera a corretear por los árboles... Mira, está calmándose.

—Dale veinte minutos más y te sacará la lengua.

Jean se sentía como si estuviera flotando, como si nada fuera real aparte de la casilla frágil que tenía entre los brazos.

—Sé que es todo innato. Sé que estoy reprogramada para no librarme de este pequeño y húmedo parásito. Pero, pero...

Alyce le puso una mano en el hombro.

—Pero es toda tu vida, y no lo habías sabido hasta ahora.

—Sí.

Hubo un pitido. Alyce sacó su móvil del bolsillo. Brillantes imágenes y destellos en movimiento empezaron a brillar sobre su rostro.

Uno de los paramédicos murmuró a Jean:

—Estamos llegando al hospital. No debe tener miedo. Tenemos una entrada segura y aislada.

Jean abrazó a su bebé.

—Así que Lucy, después de atravesar un largo y oscuro túnel, va a tener que pasar por otro.

El paramédico titubeó.

—¿Lucy?

—¿Qué mejor nombre para un primate?

Alyce esbozó una sonrisa cansada.

—Jean, no eres la única que acaba de tener descendencia.

—¿Eh?

—El robot de Ian Maughan ha logrado terminar una réplica perfecta de sí mismo en Marte... Se ha reproducido. A juzgar por su mensaje, está muy contento.

—¿Te ha enviado un mensaje?

—Ya conoces a los tipos como él. El resto del mundo puede irse al garete mientras su último juguete haga lo que debe... Oh, los terroristas han matado al pitecino de Alison. Imagino que pensaban que era una abominación. Me pregunto lo que pensaba él.

—Supongo que solo quería seguridad, como todos.

Miró a su bebé. Un mundo había empezado, instantes atrás. Mientras otro terminaba.

—Hemos estado cerca, ¿no crees, Alyce? La conferencia, el manifiesto... podría haber funcionado, ¿no?

—Sí, eso creo.

—Solo que no tuvimos tiempo.

—Sí, ni suerte. Pero hay que tener esperanzas, Jean.

—Sí. Eso siempre.

La ambulancia se detuvo. Las puertas se abrieron de repente y entró aire fresco. Subieron más paramédicos y apartaron a Alyce para subir a Jean a una camilla. Trataron de llevarse al bebé pero ella no les dejó.

Los geólogos sabían desde hacía tiempo que se avecinaba un evento volcánico importante.

La de Rabaul en 2031 no fue la peor erupción conocida, ni siquiera la peor de los tiempos históricos. Sin embargo, fue mucho peor que la del Pinatubo en las Filipinas, en 1991, que había provocado un enfriamiento de medio grado en toda la Tierra. Fue peor que la explosión del Tambora en Indonesia, en 1815, que provocó el «año sin verano» en América y Europa. Fue el mayor evento volcánico desde el siglo VI d.C, y uno de los mayores de los últimos cincuenta mil años. Fue una gran catástrofe.

Los cambios climáticos no eran siempre lentos y proporcionales a sus causas. La Tierra era propensa a sufrir alteraciones dramáticas y drásticas en sus sistemas ecológicos y climáticos. Los efectos de las perturbaciones podían magnificarse, aunque fueran muy pequeñas.

Es lo que ocurrió con Rabaul. Solo que no había sido una pequeña perturbación.

No era culpa de Rabaul. El volcán era solo la punta del iceberg. El extraordinario crecimiento de los humanos lo había sumido todo en una terrible fragilidad. De no haber sido Rabaul, habría sido otro volcán, o un terremoto o un asteroide o cualquier otra cosa.

Pero ahora que los sistemas naturales del planeta estaban desmoronándose, los humanos iban a descubrir que seguían siendo animales que formaban parte del ecosistema; y que si este moría, también lo harían ellos.

Mientras tanto, en Marte, los robots seguían trabajando. Pacientemente, convirtieron la tenue luz del Sol, el polvo rojo y el dióxido de carbono en factorías, que a su vez producían copias de ellos mismos, con patas articuladas y caparazones con células solares y pequeños cerebros de silicio.

Los robots transmitieron la noticia de su avance a sus hacedores, en la Tierra. No hubo respuesta. Pero siguieron trabajando a pesar de todo.

Bajo el cielo anaranjado de Marte las generaciones se sucedían deprisa. Por supuesto, no había replicación, biológica o mecánica, que fuera perfecta. Algunas variaciones funcionaban mejor que otras. De hecho, los robots estaban programados para aprender: para conservar lo que funcionara y eliminar lo demás. Los débiles morían. Los fuertes sobrevivían y transmitían las transformaciones de su diseño a la siguiente generación metálica.

Así habían empezado a operar la variación y la selección.

Los robots siguieron trabajando, hasta que los lechos de los ancestrales mares y cañones quedaron cubiertos por los caparazones metálicos de seres semejantes a insectos.

OceanofPDF.com

Libro Tres

DESCENDIENTES

OceanofPDF.com

17

Una larga sombra

LUGAR Y TIEMPO DESCONOCIDOS

I

Despertar del sueño frío no era como un despertar normal, en su cama, al lado de su esposa. Era más bien como emerger de una buena borrachera tirado en un tanque lleno de un fluido pegajoso y frío.

Pero entonces algo quebró la oscuridad, un círculo de luz cada vez más grande centrado en una cara borrosa. La cara pertenecía a Ahmed, el capilot —capitán piloto— y no al comandante. Ese fue para Snowy el primer indicio de que algo andaba mal.

Ahmed repitió:

—¿Estás bien? ¿Estás bien?

Antes de recibir las inyecciones, le habían dado una charla sobre el momento del despertar y las reacciones que experimentaría su cuerpo. Sonrió y levantó el dedo medio de la mano derecha.

—Cualquier aterrizaje del que sales con vida puede considerarse un éxito. —Tenía la voz cascada y la boca seca como un desierto.

—Aún no has salido, listillo —dijo Ahmed con voz sombría.

—¿Dónde está Ladrador? —Robbert «Ladrador» Madd, bendecido con uno de los motes menos imaginativos de la Marina Real, era el comandante de la unidad.

—Ya hablaremos luego. —Se apartó, dejando a Snowy con la mirada clavada en las paredes metálicas del Pozo. Le dejó un paquete de raciones sobre la cama—. Sal de ahí. Ayúdame con los demás.

Snowy —Robert Wayne Snow, treinta y un años— era teniente de la Marina Real Británica, cuya instrucción le había conferido al menos la inclinación a seguir las órdenes, por muy extrañas que fueran. Así que hizo lo que pudo por levantarse.

El Pozo era un cilindro de metal gris, cuyas paredes no tenían otro adorno que los instrumentos y las consolas de control. Unos fluorescentes de bajo consumo lo cubrían todo de una luz enfermiza. Todos los instrumentos estaban desconectados y las pantallas apagadas. Era como estar dentro de un tanque de gasolina. Y el Pozo estaba lleno de camastros, veinte en total, apilados. Las camas estaban cubiertas con caparazones de plástico. Ahmed estaba trabajando como un poseso, abriendo los caparazones uno a uno y volviendo a cerrar la mayoría de ellos.

Snowy estaba completamente desnudo, pero no sentía frío. Recogió el paquete con la comida. Era una bolsa envasada al vacío que contenía plátano seco, chocolate y otros alimentos. La abrió con la única herramienta de que disponía, los dientes. La bolsa se abrió y le entró aire con un siseo. Echó la comida sobre la cama y se metió un poco de plátano en la boca. Se sentía como si acabara de correr una maratón. Había pasado por el sueño frío en dos ocasiones, durante el entrenamiento y las pruebas de evaluación, una semana cada vez. Una peculiaridad del proceso era que no sentías frío, en ningún momento, pero en cambio despertabas con un hambre de lobo; según los médicos, tenía que ver con el hecho de que tu cuerpo iba consumiendo poco a poco las reservas para mantenerte con vida.

Pero algo le pasaba a su camastro. Se veía dónde había estado tendido: su cuerpo había dejado una marca muy clara, como la espeluznante escena de la madre muerta en la cama, en *Psicosis.* Palpó el colchón. Estaba duro y apelmazado y las sábanas que lo habían estado cubriendo se deshicieron entre sus manos, como las vendas de una momia.

Empezó a sentir miedo.

Ahmed estaba ayudando a una chica de uno de los camastros superiores. Se llamaba June, así que, naturalmente, la llamaban Luna. Era muy mona, con ropa o sin ella. Pero ahora, desnuda, parecía frágil, enferma incluso, y Snowy no sintió otra cosa que el impulso de ayudarla mientras salía con torpeza del camastro, encogiéndose al rozar el metal con la piel desnuda. Ahora que Luna estaba despierta, Snowy empezó a sentir pudor. Metió la mano debajo de la cama para buscar su ropa.

... pero el suelo parecía inclinado. Se incorporó, suponiendo que sería cosa de su cabeza, pero el suelo parecía ladeado y las líneas verticales del camastro estaban inclinadas. *Aquí pasa algo malo,* pensó. No se le ocurría nada bueno que hubiera podido inclinar de aquel modo las veinte toneladas en cuyo interior se encontraban en aquel momento.

Volvió a meter la mano bajo la cama. La caja de cartón que contenía su ropa había desaparecido. La ropa seguía allí, tirada. Pero cuando la cogió, se desintegró, como antes las sábanas.

—Olvídate de eso —dijo Ahmed mientras lo llamaba con gestos—. Ponte el mono de vuelo. Parece que han aguantado.

—¿Aguantado?

—Cosa del plástico, creo.

Snowy hizo lo que le decía. Las botas, fabricadas también de algún imperecedero material artificial, estaban allí. Pero no encontró calcetines, ni un par. Eso podía ser un problema.

Ayudó a Luna a comer algo mientras Ahmed continuaba con su ronda.

Los que habían despertado se reunieron formando un círculo, sentados en la última fila de literas. Pero solo eran cinco, cinco de los veinte que

habían estado allí. Estaban Snowy, Ahmed, Delado, la chica, Luna, y un joven piloto llamado Bonner.

Durante un rato, mientras comían plátano y bebían un poco de agua, nadie dijo nada. Snowy sabía que era lo mejor. Cuando te ves de repente en una situación nueva, siempre conviene que te des un poco de tiempo para escuchar, pensar y adaptarte.

Le había vuelto a preguntar a Ahmed por el comandante. Ahmed se lo había enseñado. El cuerpo de Ladrador Madd estaba marchito y encogido, literalmente momificado, como si no fuera más que un tejido de carne endurecida sobre los huesos. El resto, los otros catorce, estaban igual.

Delado, como cabía esperar, fue incapaz de mantener la boca cerrada, lira un oficial especializado en la guerra aérea. Un hombre flaco y vehemente, se había ganado su apodo por la costumbre que tenía de moverse hacia los lados, como si fuera un cangrejo, siempre que sus pies tocaban una pista de baile. Recorrió el pequeño grupo con la mirada.

—La puta hostia —le dijo a Snowy—. Pues vaya con los márgenes de seguridad.

—Cierra el pico —le espetó Ahmed.

Bonner preguntó a Ahmed.

—¿Y a qué se debe la campanada?

«Campanada» era como ellos llamaban a la señal de alarma que los sacaba del letargo.

—No la ha habido —dijo Ahmed sin rodeos.

—Pues si no ha habido una campanada, ¿qué nos ha despertado?

Ahmed se encogió de hombros.

—Puede que el Pozo tuviera un temporizador automático. O puede que se haya averiado y nos haya sacado a todos.

Bonner era un muchacho bien parecido, aunque una de las plagas que afectaban a los modificados genéticamente lo había dejado completamente lampiño, de la cabeza a los pies. Se pasó una mano por el pelado cráneo. Tenía un leve acento galés.

—Puede que le hayamos pedido demasiado. Se suponía que el Pozo sería una reserva criogénica de semillas y embriones animales, cosas así.

Un seguro de vida contra una extinción masiva. No para los seres humanos...

—Especialmente los seres humanos como tú, Bonner —dijo Snowy—. A lo mejor tus pedos han reventado las juntas.

Aquella muestra de humor negro pareció relajar al grupo, como Snowy pretendía.

Ahmed dijo:

—Puede que este Pozo se construyera originalmente para embriones de elefante o lo que sea, pero estaba adaptado para el ser humano. Todos hemos visto las lecturas de los parámetros de seguridad y los niveles de fiabilidad del sistema.

—Claro —dijo Delado—. Pero todos los sistemas fallan, por muy bien que estén diseñados y construidos. —Eso los dejó callados, y Delado dijo —. ¿Alguien se ha fijado en el reloj?

La mayoría de los instrumentos del Pozo no funcionaban. Pero había un reloj mecánico de emergencia que se alimentaba de la energía termal de las raíces de las plantas. Antes de que se sometieran al sueño les habían hecho una demostración del funcionamiento del reloj: los engranajes de diamante que nunca se desgastarían, los diales que se movían por el inimaginable lapso de cincuenta años y así sucesivamente. Había sido un ardid psicológico no demasiado sutil destinado a tranquilizarlos, en el sentido de que pasase lo que pasase en el Pozo, sabrían la fecha.

Pero entonces Snowy vio que las manecillas del reloj habían llegado al final de los diales.

Pensó en su esposa, Clara. Estaba preñada cuando él se había sometido al sueño frío: *¿Cincuenta años?* El niño habría nacido, crecido y tenido sus propios hijos. Puede que nietos. No. Rechazó la idea. No tenía sentido; era imposible llevar una vida humana con un lapso de cincuenta años en medio. Pero Delado seguía hablando.

—Cincuenta años como poco —dijo, implacable—. ¿Cuánto tiempo creéis que tardaría en momificarse el cuerpo entero de Ladrido, y nuestras ropas en descomponerse del todo?

Ese era el problema de Delado, pensó Snowy. Nunca tenía reparos en decir lo que los demás no se atrevían ni a pensar.

— Basta —dijo Ahmed. Era un hombre menudo y fornido—. Ladrido está muerto. Aquí yo soy el oficial de más alto rango. Estoy al mando. — Les dirigió a todos una mirada furibunda—. ¿Alguien tiene algún problema con eso?

Luna y Bonner parecían ensimismados. Delado sonreía de forma extraña, como si conociera un secreto que todos los demás ignoraban.

Snowy se encogió de hombros. Sabía que Ahmed había servido como sargento mayor. Sabía que *era* un hombre competente, extrañamente reflexivo pero inexperto. Y, además, no era lo bastante popular como para tener su propio mote. Pero, al margen del rango, no había allí nadie más cualificado. —Sugiero que siga adelante, señor. Ahmed le lanzó una mirada de gratitud.

—Muy bien. Este es el trato. No tenemos contacto alguno con el exterior. Ni siquiera sé cuánto hace que no recibimos ningún contacto. Hay demasiados sistemas desactivados. Luna dijo:

—¿Así que no sabemos lo que estaba pasando? Snowy respondió enérgicamente: —Dinos tú lo que hacemos.

—Salimos de aquí. No necesitamos trajes de protección. Todavía funcionan suficientes sensores externos para saber que es así.

Era un alivio, pensó Snowy. *No* quería tener que poner su vida en manos de su traje NBQ —nuclear-biológico-químico— si había estado sometido a los mismos agentes destructivos que el resto de su ropa.

Ahmed sacó una caja de metal de debajo de uno de los camastros. En su interior había pistolas, modelo Walther PPK, cada una de ellas envuelta en una bolsa de plástico llena de aceite. —Ya he comprobado una de ellas. Podemos hacer pruebas de tiro en el exterior. Las repartió.

Snowy abrió la bolsa, limpió la pistola con los jirones de sábana que todavía estaban enteros y se la guardó en el cinturón. Rebuscó entre el resto de su equipo de supervivencia: casco, chaleco salvavidas, chaleco de supervivencia... un equipo de piloto. Los componentes de plástico parecían más o menos intactos pero la tela y la goma se habían desintegrado. Cogió

lo que creyó que podía necesitar. Lamentó tener que dejar su casco, su venerable enseña, aunque estuviera pintado con el azul de las Naciones Unidas. Pero dudaba que fuera a volar mucho en los próximos días. Se reunieron junto a la entrada. La compuerta de las instalaciones era pesada, redonda, estanca, y se abría con una manivela. Era como una escotilla de submarino. Ahmed empezó a abrir los sellos.

Estaban todos aterrorizados, comprendió Snowy, aunque ninguno de ellos quisiera que los demás lo supieran.

—¿Y qué creéis que vamos a encontrar? —susurró Delado—. ¿Rusos? ¿Chinos? ¿Cráteres enormes, niños con dos cabezas? ¿Todo el mundo con máscaras de monos, como en *El planeta de los simios?* —Calla, Lado, so capullo.

Con un movimiento rápido, Ahmed giró la manivela. El último sello se abrió con un crujido. La puerta se abrió de par en par. Penetró una luz teñida de verde.

La criobiología era ya una industria venerable.

La clave de su utilidad estriba en que muy por debajo del punto de congelación del agua, las moléculas frenan el frenético ritmo de acción que permite que se produzcan las reacciones químicas. Así que los leucocitos pueden almacenarse durante una década o más. Puedes congelar, descongelar y volver a utilizar córneas, tejido orgánico, y tejido neuronal. Puedes incluso congelar embriones. El frío, naturalmente, es tanto un aliado como un enemigo. Al expandirse, los cristales de hielo tienen la mala costumbre de destruir las células. Así que los médicos inyectaban tejidos con agentes crioprotectores, como el glicerol y el sulfóxido de dimetilo.

Sin embargo, congelar y revivir a un organismo complejo ya maduro —como los cien kilos de un deslenguado oficial de la Marina Real— representaba un desafío mayor. En el cuerpo de Snowy había muchos tipos de células diferentes, cada una de las cuales requería un perfil de congelación-descongelación diferente. Al final, el asunto se había resuelto con un poco de ingeniería genética. Se había dotado a las células de Snowy

de la capacidad de manufacturar su propio anticongelante natural —de hecho, glicoproteínas, un truco aprendido de algunas especies de peces polares— de modo que eran las mismas células las que regulaban la congelación.

Obviamente, había funcionado. Snowy había salido del proceso vivito y coleando. Al cabo de media hora, ya casi no sentía ninguno de los efectos secundarios.

Por supuesto, la idea era que emergiera para combatir.

Oficialmente la unidad estaba bajo el mando de UNPROFOR, la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas. Pero todo el mundo sabía que aquello era solo una tapadera. La estrategia se conocía como una «siembra de dientes de dragón». A medida que la intensidad del conflicto global se iba intensificando, se habían desarrollado nuevas formas de disuasión. La idea era que cualquier potencia enemiga consideraría que una invasión terrestre sería fútil si sabía que el territorio enemigo estaba minado con personal militar muy bien entrenado, fresco y equipado, preparado para seguir combatiendo en cualquier momento. A partir de aquellos dientes desperdigados, el dragón volvería a nacer. Al menos esa era la teoría.

Tenía sus contrapartidas, claro. El proceso del sueño frío acarreaba un cierto riesgo de lesión o muerte (pero un riesgo bajo, no del setenta y cinco por ciento...). Y uno nunca sabía dónde había sido estacionado. La congelación se realizaba en inmensos depósitos centrales, desde donde los sujetos, todos inconscientes, eran transportados y depositados en puntos seleccionados del país, o incluso fuera de él. Pero lo que Snowy sí había sabido desde el principio era que aquella unidad de pilotos de la Marina se mantendría unida, lo que había resultado muy tranquilizador.

Y había puestos peores. El período de servicio se limitaba a dos años. Desde luego, era más seguro que un destino en un portaviones en alguno de los sumideros del mundo, como el Adriático o el Báltico o el mar del Sur de la China. Era un poco raro, sí, pero en realidad no era más que otro puesto cualquiera.

Snowy se había prestado de buen grado, aunque eso significara estar separado de su esposa. Su idea era que saldría del agujero sano, salvo y

feliz, mucho más ricos gracias a las pagas atrasadas que no habría podido gastar. O, si tenía mala suerte, podía tener que salir para combatir. Pero para eso lo habían entrenado. Incluso en este caso, esperaba emerger en medio de una guerra de alta tecnología ya en marcha, donde encontraría una cadena de mando, algo que básicamente estuviera en funcionamiento, algo en lo que volar. Por eso precisamente habían escogido pilotos para el programa.

Lo que no esperaba era que al despertar, se encontrara completamente aislado de la cadena de mando, de cualquier cadena de mando, sin la menor información sobre la situación del exterior... incluida incluso su posición. Pero eso era lo que había, al parecer.

Snowy tomó la delantera. Atravesó la escotilla.

Más allá de la escotilla había una escalera de hormigón. La escalera conducía a un rectángulo de brillante luz verde: hojas, y más allá, jirones de un cielo azul y blanco.

El hormigón de la escalera estaba teñido de marrón en los puntos que estaban en contacto con el metal, que se había oxidado por completo. Y cuando Snowy se aproximó demasiado al borde del primer escalón, simplemente se desmoronó. La escalera apenas resultaba visible bajo una maraña de moho, hojas y restos de todas clases. Snowy derrochó un poco de energía tratando de arrancarla, pero entonces se dio cuenta de que gran parte de ella crecía allí mismo, en una capa de follaje que había cubierto el hormigón.

Ignorando la vegetación, subió a la escalera y salió del pozo.

Al llegar arriba se encontró sobre un suelo tapizado de hojas. Respiraba entrecortadamente. Era evidente que el sueño frío le había costado más caro de lo que esperaba. Los demás lo siguieron, uno a uno, limpiándose la hojarasca, el moho y la tierra de la ropa.

El bosque estaba lleno de árboles muy altos, de ramas bajas y hojas anchas. Robles, quizá. Soplaba una brisa cálida contra la cara de Snowy. Parecía que estaban a fines de primavera o principios de verano. El aire olía a fresco, a bosque y nada más, verde y mohoso.

El Pozo estaba excavado en el suelo, medio oculto bajo una gran losa de hormigón. Pero la losa estaba inclinada y agrietada y su superficie estaba cubierta de plantas.

Ahmed llevaba una pequeña mochila de color negro. Contenía un receptor de radio activado por un mecanismo de relojería que, al igual que las pistolas, había estado conservado en aceite. Lo encendió, lo cebó, extendió la antena y empezó a caminar por el pequeño claro.

Pero Luna y Bonner parecían muy jóvenes y asustados, como perdidos bajo aquella sombra verde.

Delado se acercó a Snowy, dando patadas al sarcófago de hormigón.

—Lo más asombroso es que la reserva de energía haya durado tanto.

Snowy dijo:

—Es como si acabáramos de salir de Chernobyl.

—No creo que Chernobyl siga siendo un problema.

—¿Qué?

—Snow, ¿cuánto tiempo crees que hemos estado encerrados en ese agujero?

Snowy se rodeó el torso con los brazos.

—¿Más de cincuenta años?

Delado soltó un gruñido.

—Mira a tu alrededor, tío. Esos árboles son robles. Y mira esto. —Lo llevó hasta un árbol caído. El tronco se había partido a poco más de un metro sobre la tierra. Gran parte de él estaba cubierta de vegetación y el tocón estaba tapizado de moho—. Snow —continuó—, estamos en un bosque maduro. Estos árboles son viejos. Este era tan viejo que se murió sin que tuvieran que talarlo. Vamos, tío. Supongo que recuerdas las clases de ecología de la instrucción. ¿Qué pasa si dejas que se recupere el emplazamiento de un antiguo bosque?

Las primeras en colonizar el espacio serían las plantas herbáceas. Al cabo de aproximadamente un año habría retoños de pinos escoceses, abetos y otros árboles de hoja caduca emergiendo de la tierra o de los tocones. Una vez que hubiera alguna protección frente al frío, puede que arraigasen los abetos del norte y los castaños. Luego, a medida que las condiciones

cambiaran, diferentes especies competirían por la luz y el espacio. Al cabo de unos cincuenta años, cuando el bosque nuevo empezase a volverse más denso, las herbáceas del suelo empezarían a hacer espacio a la vegetación de sombra, como los arándanos y los mohos. Y después de eso, regresarían los robles.

Snowy no le había prestado demasiada atención a estas cosas, ni en el colegio, ni durante la instrucción, ni nunca. La ecología, una lista interminable de criaturas muertas, le resultaba demasiado deprimente. Pero... ¿cuánto tiempo?

Delado le dio una patada al tronco.

—Mira estas briofitas, los mohos y las hepáticas. Mira los líquenes, los hongos, los insectos excavadores... ¿Sabes? En nuestros días ver un tronco muerto era tan raro como un lobo.

—¿Era?

Ahmed había dejado de pasear por el claro.

—Nada —dijo—. Ni un rastro de frecuencia. No hay ni GPS.

—Puede que la radio esté estropeada —dijo Luna.

Ahmed le enseñó un piloto de color verde.

—Aquí dice que no.

—Entonces —dijo Bonner—, ¿qué hacemos?

Ahmed enderezó la espalda.

—Mantenernos con vida. Salir de este puto bosque. Y buscar a alguien a quien informar.

Snowy asintió.

—¿Por dónde?

—Los mapas —dijo Bonner al instante.

Su entrenamiento se hizo con el control de la situación y volvieron corriendo al Pozo.

Los Pozos contaban con depósitos externos de mapas en papel, por si se daba el caso de que una unidad fuera revivida así, sin dirección externa ni capacidad de orientación. Se suponía que se almacenaban en cajas estancas en la pared exterior del Pozo. También debían de incluir instrucciones específicas. Snowy sabía que todos se sentirían más tranquilos cuando

encontraran algo que les dijera lo que tenían que hacer, y quizá alguna pista sobre lo que estaba ocurriendo.

Pero, por mucho que lo intentaron, no pudieron encontrar ni rastro de la caja de los mapas. Allí no había nada más que una superficie de hormigón corroído y medio desintegrado, colonizado por mohos y plantas herbáceas.

Delado participó en la búsqueda, pero Snowy se dio cuenta de que lo hacía sin convicción. Él sabía que no iban a encontrar los mapas. Snowy empezó a sentir un cierto temor hacia su compañero, que parecía llevarles tanta delantera. Y, en realidad, ni siquiera quería saber a qué conclusiones había llegado.

Abandonaron la búsqueda de los mapas. A pesar de todo, Ahmed siguió tratando de tomar las riendas de la situación, de mostrarse tranquilo y autoritario, y Snowy lo admiró por ello. Olisqueó el aire, miró a su alrededor y señaló:

—La tierra asciende en aquella dirección. Así que iremos hacia allí. Si tenemos suerte, saldremos pronto de este bosque. ¿Todos de acuerdo?

Respondieron encogiéndose de hombros y asintiendo con la cabeza, en silencio.

II

No había gran cosa que sacar del Pozo, aparte de lo que pudieron arrebatarle a los muertos: todas las armas y municiones que encontraron, ropa y raciones. Utilizaron los monos de vuelo como mochilas y emprendieron la marcha.

Partieron en la dirección que había elegido Ahmed. El Sol parecía estar poniéndose, y eso significaba, pensaba Snowy, que tenían que estar avanzando en dirección más o menos norte. A menos que hasta eso hubiese cambiado en los años que habían pasado en el Pozo.

El bosque estaba dominado por los grandes robles, aunque entre ellos se veía otras especies, como sicómoros, arces noruegos y coníferas. Había muchos pájaros, estorninos casi todos ellos, creía Snowy, pero en una ocasión, para gran sorpresa suya, unas alas de color verde y amarillo pasaron delante del Sol. De vez en cuando veían algún animal —conejos, ardillas, pequeños ciervos de aspecto tímido, hasta algo que parecía un lobo — que los mantenía con las manos cerca de las pistolas.

Al cabo de una hora aproximadamente toparon con un agujero redondo excavado en la tierra. Estaba lleno de restos vegetales, pero se veía a las claras que estaba hecho por la mano del hombre. Aquella prueba de la acción humana los atrajo al instante. Se reunieron a su alrededor, mientras bebían un poco de agua de los frascos que llevaban.

Snowy le dijo a Delado:

—¿Has visto esos pájaros de color verde? Parecían...

—Periquitos salvajes. Descendientes de mascotas escapadas. ¿Por qué no? Probablemente haya también loros y cacatúas. Alguno de esos ciervos me ha parecido de una variedad asiática. Puede que hayan escapado de algún zoológico. Hasta algunos de los árboles parecen especies foráneas, como ese roble turco de ahí. Tal como nos enseñaron: una vez que perturbas el equilibrio de la naturaleza, una vez que empiezas a importar especies, las cosas nunca vuelven a ser como antes.

Snowy dijo:

—Había un lobo.

—¿Estás seguro de que era un lobo? —respondió Delado—. A mí no me lo ha parecido. ¿No era demasiado rápido?

Ahora que lo pensaba, Delado tenía razón. Había en él algo furtivo, y andaba demasiado pegado al suelo. Parecía casi un roedor.

Bonner dijo:

—Muy bien, cerebrito, ¿y qué me dices del agujero en el suelo? Alguien ha arrancado un tocón de árbol y lo ha hecho deliberadamente.

—Puede —dijo Delado con frialdad—. Pero los agujeros en el suelo duran mucho tiempo. Todavía se pueden encontrar algunos excavados por

cazadores-recolectores hace decenas de miles de años. Lo único que esto demuestra es que no se ha producido todavía otra glaciación.

Ahmed lo fulminó con la mirada.

—No puede decirse que estés haciendo mucho por la moral, Delado.

El interpelado replicó:

—¿Y qué pasa con mi moral? No me apetece ignorar lo que salta a la vista por todas partes, joder.

Hubo un momento de silencio tenso. Durante un minuto, Snowy entrevió el pasado de Delado, el pasado del que nunca hablaba: el niño demasiado listo en el colegio, siempre impaciente con sus compañeros y siempre sometido a abusos por ellos.

—Sigamos adelante —dijo Bonner, malhumorado. Ahmed asintió y tomó la delantera.

Al poco tiempo se cruzaron con algo que parecía un camino. No era más que una sinuosa serpentina de tierra apenas visible, tortuosa y laberíntica. Pero la vegetación era un poco menos tupida en ella y Snowy notó que el suelo no cedía bajo sus pies, como en otros sitios. Así que debía de ser una senda, y seguramente, a juzgar por la compactación del suelo, una senda humana.

Nade dijo nada. No querían que aquel atisbo de esperanza fuera derribado por una nueva lección de Delado. Pero todos siguieron la senda, en fila india, ascendiendo por la ladera poco empinada a paso más vivo que antes.

Snowy estaba exhausto, pero a pesar de ello siguió adelante.

Descubrió que no estaba pensando en su mujer, ni en sus amigos, ni en la vida que parecía haberse esfumado para siempre. Todo era demasiado extraño para eso. En cambio, aunque parezca absurdo, echaba de menos la seguridad del caparazón que lo había alojado durante el sueño frío y el zumbido de las máquinas que lo había acompañado. Allí, en el bosque, se sentía expuesto. La PPK que llevaba no le proporcionaba demasiada protección y era muy consciente de que cuando se hiciera la oscuridad en aquel lugar extrañamente transformado, serían muy vulnerables.

Tenemos que encontrar respuestas antes de eso, se dijo.

Al cabo de otra hora, los árboles empezaron a abrirse y Snowy se encontró, con gran alivio, a campo abierto. Pero seguía sin ver gran cosa. Estaban en la ladera de una pequeña loma, cuya cima se ocultaba detrás del horizonte. El suelo era de creta, fina y muy erosionada. No crecía gran cosa allí, aparte de matorrales de brezo, y la tierra estaba salpicada de peñascos desnudos.

El cielo estaba despejado del todo, salvo alguna que otra nubecilla dispersa. Los rayos del Sol poniente proyectaban largas sombras sobre el suelo. Estaba tan bajo que a Snowy le extrañó que no hubiera empezado todavía el crepúsculo y el juego de luces procedentes de las cenizas de Rabaul. Pero el cielo del oeste no estaba teñido de rojo y el Sol brillaba luminoso y blanco. ¿Qué había sido de las cenizas?

Luna gritó:

—¡Huellas! ¡Huellas de vehículos! —Estaba señalando la ladera, a su derecha, mientras daba saltos de excitación.

Corrieron en aquella dirección, con las improvisadas mochilas dando tumbos en sus espaldas.

Era cierto. Las huellas eran inconfundibles. Las había dejado un vehículo todoterreno y atravesaban oblicuamente la ladera.

De repente, todos parecían exultantes. Bonner sonrió.

—Así que hay alguien por aquí. Gracias a Dios.

—Muy bien —dijo Ahmed—. Tenemos que tomar una decisión, podemos seguir subiendo para echar un vistazo o podemos seguir estas huellas en busca de una carretera.

Snowy pensó que probablemente lo mejor hubiese sido seguir ascendiendo, pero en las actuales circunstancias, ninguno de ellos quería alejarse de aquel rastro de actividad humana. Así que empezaron a descender la colina, siguiendo el rastro de las huellas.

Delado caminaba junto a Snowy.

—Esto es una estupidez —murmuró.

—Lado...

— Mira. Son huellas de un vehículo, sí. Pero cruzan barrancos. Mira allí, eso es el lecho de roca. Snow, en un área como esta, por encima de la

línea de los bosques, el suelo y la vegetación pueden tardar siglos en restablecerse una vez que han desaparecido. Siglos.

Snowy lo miró fijamente. Su cara había cobrado un tono ceniciento a la luz del crepúsculo.

—Las huellas parecen de ayer mismo. Es como si alguien acabara de pasar.

—Lo que te digo es que podrían ser de ayer o de hace cien años. No lo sé, joder. —Parecía que estaba muriéndose de ganas de fumarse un cigarrillo.

Las huellas descendían por la ladera describiendo un trazado sinuoso. Finalmente, desembocaron en un amplio valle que albergaba el curso plateado de un río. El rastro viró entre las rocas y se encaminó a lo que, inequívocamente, era una carretera que discurría por la pared del valle, una terraza plana excavada con pulcritud a lo largo de los contornos del valle.

El grupo se encaminó a la carretera con una sensación de alivio generalizado. Mientras emprendían el descenso hacía las tierras bajas por ella, su moral seguía alta a pesar del cansancio.

Pero Snowy se percató de que la carretera estaba en mal estado. Estaba cubierta de maleza. Había todavía un poco de asfalto —manchones negros en medio del verde— pero estaba envejecido y se había vuelto frágil y agrietado. Las plantas y los hongos habían colonizado la superficie hacía tiempo y, de hecho, mientras caminaban, a veces tenían que abrirse camino entre retoños de abedules y álamos temblones. Más que caminar por una carretera, parecía que lo estaban haciendo por un risco cubierto de vegetación rala.

Delado volvía a estar junto a Snowy.

—¿Tú qué piensas? ¿Dónde estamos?

Todos habían recibido una instrucción básica sobre las características geográficas de Europa y Norteamérica.

—No es un valle glacial —dijo Snowy de mala gana—. Así que si estamos en Europa, no puede ser muy al norte. El sur de Inglaterra. O a lo mejor Francia.

—Pero hace mucho que nadie repara esta carretera. Y mira eso. —Señaló una línea que destacaba sobre la pared opuesta del valle, en la roca desnuda.

—¿Y?

—¿Ves a qué altura está? Creo que este valle era una presa. Maldición. En el nivel de la superficie se produce mucha erosión y aparecen cortes horizontales como ese, porque los niveles del agua fluctúan con frecuencia...

—¿Y dónde está la presa?

—Ya la encontraremos —dijo Delado con tono sombrío.

Una hora más tarde, la encontraron.

Doblaron un seno del valle y allí estaba. De hecho, una bifurcación de la carretera bajaba hacia la presa y en su momento debía de haberse prolongado sobre ella para cruzar al otro lado del valle.

Pero la presa había desaparecido. Snowy distinguió los ancladeros junto a la orilla del río, muy erosionados y cubiertos de vegetación. De la sección, la gran pared curva y la maquinaria que una vez había domado las fuerzas del río, no quedaba otra cosa que una línea irregular, una especie de represa que apenas perturbaba el curso del río que pasaba sobre ella.

Luna dijo:

—Puede que alguien la haya volado.

Delado sacudió la cabeza.

—Nada es impermeable. Siempre hay grietas y fallas, lugares en los que puede penetrar el agua. Y si nadie hace nada al respecto, las fugas van creciendo y creciendo, hasta que... —Guardó silencio—. Lo único que hace falta es tiempo —dijo para terminar.

—Joder —gruñó Bonner—. Joder, la hostia puta.

A Snowy le dio la impresión de que la inevitable verdad estaba empezando a calar en el interior de todos ellos. Ni siquiera hacía falta que Delado dijera nada más para que fuera así.

Ahmed avanzó unos pasos y escudriñó el valle. Era piloto. Al igual que todos ellos, tenia buena vista. Señaló.

—Creo que allí hay un pueblo.

Puede, pensó Snowy. Era un retazo de color gris verdoso. No se veía movimiento, ni destellos de parabrisas o ventanas, ni humo, ni luces. Pero no tenían otro sitio adonde ir.

Antes de emprender el descenso, Ahmed disparó un par de bengalas de rescate que había traído del Pozo. No hubo respuesta.

Siguieron a Ahmed mientras caminaba con zancadas firmes y seguras por la carretera cubierta de maleza en dirección al pueblo. La luz empezó a desparecer. Y el pueblo estaba completamente a oscuras mientras se aproximaban: era como un pozo de sombras y silencio.

En algunos puntos, el río se había transformado en una ciénaga, salpicada de morones chatos cubiertos de verde que señalaban el emplazamiento pasado de los edificios. Por todas partes, las orillas estaban jalonadas de sauces esbeltos y hermosos. De aspecto muy viejo, pensó Snowy a su pesar. La llanura aluvial que se extendía más allá estaba cubierta por un bosque de chopos y fresnos. Y, un poco más allá, se veían los dedos del gran bosque de robles que se extendían sobre las laderas de las colinas bajas.

Mucho antes de llegar al centro del pueblo tuvieron que abandonar la carretera, pues se sumergía bajo la superficie del río, cuyo curso era cada vez más ancho. Más adelante, Snowy distinguió formas y líneas rectas bajo las aguas.

—Si construyes alrededor de un río —dijo Luna con lentitud— aprovechas la tierra a ambos lados. ¿No? Pero cuando abandonas el pueblo, el nivel de las aguas sube porque ya no utilizas el agua en las industrias y se producen inundaciones.

Nadie dijo nada. Siguieron caminando, apartados del río y de su pantanosa margen.

Finalmente llegaron al pueblo. Había un trazado de calles claramente discernible, una cuadrícula más o menos rectangular extendida sobre las laderas más bajas. Pero las calles estaban en un estado tan ruinoso como la carretera que los había llevado hasta allí. Los edificios eran solo restos de

montículos y morones cubiertos de vegetación, algunos de los cuales no llegaban ni a la altura de la cintura. El lugar entero parecía un cementerio abandonado. Snowy estaba seguro de que si se hubiesen cruzado con cualquiera de aquellos montones de escombros en el bosque, lo habrían tomado por otra extrusión de roca, el producto de la incansable y ciega acción de la naturaleza.

Hasta la vegetación era la misma que en las tierras que se extendían alrededor del pueblo. Solo la disposición de los restos recordaba que unas manos humanas habían construido aquel lugar y que unas mentes humanas lo habían concebido.

Aquí y allá, sin embargo, algunos restos más duraderos asomaban la cabeza entre la asfixiante vegetación. Había una gran colina circular, tan cubierta de vegetación como el resto. Snowy se preguntó si sería una fortaleza, la base de uno de los grandes castillos de los normandos, erigido para asegurar la ocupación de Inglaterra en el siglo XI. De ser así, habría sobrevivido allí donde muchas cosas más modernas habían desaparecido. Pasaron por delante de una fila de columnas, corroídas hasta la base, que parecían de mármol. Puede que hubieran formado parte del grandioso frontispicio de un banco o un ayuntamiento.

Y había también una estatua, caída de espaldas. El rostro, carcomido por los líquenes y la erosión hasta el punto de resultar irreconocible, miraba al cielo desde un océano de verde. Pero Snowy vio que tenía manchas de hollín. Buscó una fecha pero no encontró ninguna.

Al excavar en el follaje que cubría otro de los anónimos montículos, encontró más rastros de fuego y hollín. Aquel lugar había ardido antes de ser destruido. Caminaban por el escenario de una tragedia, por un horror cubierto por la vegetación. Se preguntó cuánto tendrían que excavar para encontrar huesos.

Llegaron a un espacio abierto, comparado con lo demás. Debía de ser una plaza central, puede que un mercado. Ahmed dio el alto. Dejaron las mochilas en el suelo, bebieron un poco y miraron a su alrededor. Las sombras alargadas del crepúsculo convertían el pueblo en un lugar

espeluznante que no pertenecía por completo ni a los hombres ni a la naturaleza.

Una pequeña criatura furtiva se escabulló entre los pies de Snowy. Sus patitas hicieron crujir el asfalto y desapareció entre el verde más tupido que se extendía más allá del mercado. Parecía un ratón de campo. Y, al seguir sus huellas, Snowy avistó la forma cautelosa de una liebre. Con pasmosa velocidad, el animal se volvió y huyó.

—Ratones y liebres —murmuró a Delado—. Yo esperaba gatos y perros.

Delado se encogió de hombros. Tenía la cara manchada de mugre y sudor.

—La gente ha desaparecido, ¿no? Ha caído la civilización, bla, bla, bla. Los gatos y perros eran animales domesticados, que habían perdido la variación genética. No habrían sobrevivido mucho tiempo sin nosotros.

—Yo esperaba que los gatos sobrevivieran. Antes, hasta los gatitos cazaban.

—Los felinos salvajes eran máquinas de matar perfectas. Pero las variedades domésticas tenían los dientes, las mandíbulas y el cerebro más pequeños que sus antepasados, porque a las señoras viejas les gustaban más así. —Le guiñó un ojo—. Siempre pensé que eran un fraude. No eran tan duros. Solo les gustaba incordiar.

—¿Y los coches? —preguntó Luna—. O sea, ahí están los edificios, o lo que queda de ellos. Pero, ¿y los coches?

—Si escarbas en la vegetación, puede que encuentres unas manchas de óxido o algún trozo de plástico —dijo Delado. Le lanzó una mirada dura a Ahmed—. ¿Qué, vas a echarme la bronca otra vez por minar la moral? Solo me limito a señalar lo obvio, joder.

—Pero ese es un problema que no tenemos que afrontar ahora mismo —dijo Ahmed con una templanza que Snowy no pudo por menos que admirar—. Lo que tenemos que hacer es evidente.

Snowy asintió.

—Buscar refugio.

Bonner se encaramó a un montículo bajo que tal vez hubiese sido en su momento una muralla. Señaló en dirección oeste.

—Por ahí. Veo muros. Me refiero a paredes enteras. Algo que no está cubierto por esta mierda.

Con una absurda chispa de esperanza en el corazón, Snowy se puso en pie. Era una iglesia, vio. Una iglesia medieval. Distinguió las altas y estrechas ventanas, el amplio portal. Pero las puertas y los tejados habían desaparecido hacía tiempo, dejando el edificio al raso. Sintió decepción... y, mezclada con ella, una punzada de admiración.

Delado parecía estar pensando lo mismo que él.

—Si vas a construir, hazlo con piedra.

—¿Dónde crees que estamos, pues? ¿Inglaterra, Francia?

Delado se encogió de hombros.

—¿Y qué sé yo de iglesias?

Ahmed recogió su mochila.

—Muy bien. No hay tejado, así que tendremos que hacer un cobertizo. Bonner, Snowy, venid conmigo a recoger un poco de madera. Hay que encender un fuego. Luna, Delado, encargaos de eso. —Miró sus rostros, que brillaban como monedas en la creciente oscuridad. Sería la primera vez que se perdieran de vista desde que habían despertado y hasta Snowy sentía una punzada de incertidumbre—. No os alejéis mucho —dijo Ahmed con voz amable—. Aquí estamos solos. No parece que podamos contar con la ayuda de nadie. Pero si tenemos cuidado, no nos pasará nada. Si sucede algo, lo que sea, gritad o disparad al aire y los demás acudiremos corriendo. ¿De acuerdo?

Asintieron y murmuraron. Luego, se dispersaron en la oscuridad para cumplir con las tareas que se les había encomendado.

El interior de la iglesia estaba también tapizado de verde. Había un montículo en un extremo que tal hubiese sido el altar, pero no había ni rastro de bancos, crucifijos, libros de rezos o velas. El techo estaba

completamente al aire y no quedaba ni rastro de la estructura de madera que antaño debía de haber cubierto aquellas sólidas y esbeltas paredes.

Al abrigo de los cobertizos que habían construido, en jergones hechos de maleza y con ramas como únicas mantas, no parecía que fueran a pasar una noche tan incómoda. Todos ellos habían soportado duros entrenamientos de supervivencia. Comparado con eso, no estaba tan mal.

Comieron el plátano seco y la carne deshidratada de las raciones de supervivencia. Nadie probó las frutas que habían visto en el bosque. Puede que fuera por superstición, pensó Snowy, como si quisieran aferrarse a lo que quedaba del pasado mientras fuera posible, antes de adentrarse del todo en aquel presente nuevo y peculiar. Pero no había nada de malo en tomarse las cosas con calma. Ahmed estaba demostrando dotes de sicólogo al permitirlo. A la larga, desde luego, no supondría la menor diferencia.

Todos ellos estaban exhaustos por la caminata. Habían sido muchos kilómetros y era el primer día que pasaban fuera del Pozo. Snowy se preguntó cómo se las habrían arreglado de haber tenido que luchar. Puede que la estrategia no hubiera funcionado tan bien como esperaban los planificadores. Y a todos les daban problemas los pies, que estaban cubiertos de ampollas y llagas. Era la falta de calcetines. A Snowy le preocupaba gastar demasiado deprisa las reservas de linimento. Tendrían que hacer algo al respecto al día siguiente.

Pero era un consuelo poder descansar en aquella reliquia del pasado del hombre, como si todavía estuvieran en brazos de la civilización de la que habían venido. A pesar de lo cual, mantendrían el fuego encendido toda la noche.

Snowy descubrió con alivio que estaba demasiado cansado para pensar mucho. Sin embargo, no pudo conciliar el sueño.

Inquieto, rodó sobre sí mismo. El aire era caliente: demasiado para una primavera inglesa. Puede que el clima hubiese cambiado, el calentamiento global se hubiese desbocado o algo por el estilo. El cielo enmarcado por el inexistente tejado estaba colmado de estrellas, ocultas aquí y allá detrás de las nubes. Había Luna creciente, pero todavía no brillaba tanto como para oscurecer las estrellas. El rostro paciente seguía siendo el mismo que había

visto desde su niñez. Durante unas maniobras en el desierto había aprendido un poco de astronomía, para poder orientarse. Empezó a buscar constelaciones. Allí estaba Casiopea, pero la familiar forma en «W» tenía ahora una sexta estrella. Una estrella joven y caliente, quizá, nacida mientras ellos habían estado encerrados en el Pozo. Qué pensamiento más extraño.

—No veo a Marte —susurró Delado desde la oscuridad.

Snowy dio un respingo. No sabía que estuviera despierto.

—¿Qué?

Delado señaló el cielo con un brazo apenas visible.

—Venus, Júpiter, Saturno, creo. ¿Dónde está Marte?

—Puede que se haya puesto ya.

—Puede. O puede que le haya pasado algo.

—Eso sería grave, ¿no, Lado?

Delado no respondió.

—Una vez vi unas ruinas romanas —susurró Snowy—. El Muro de Adriano. Era algo como esto. Todo cubierto de verde. La vegetación se había comido hasta la argamasa.

—La escala de esto es diferente —murmuró Delado—. Hasta comparado con lo de Roma. Nosotros teníamos una civilización global, un mundo entero. Todo estaba relacionado entre sí.

—¿Qué crees tú que pasó?

—No sé. El puto volcán, quizá, El hambre. La enfermedad. Refugiados por todas partes. Al final habría una guerra, supongo. Me alegro de no haber tenido que pasar por ello.

—A callar los dos —murmuró Ahmed.

Snowy se incorporó. Se asomó por una ventana de la iglesia. No se veía nada. La tierra estaba completamente cubierta de sombras. No había luces por ninguna parte, ni el resplandor de las farolas en la distancia. Puede que su fogata fuera la única fuente de luz de toda Inglaterra... o del puto planeta entero. Era estupendo, increíble y al mismo tiempo inaceptable. Tal vez Delado fuera capaz de concebirlo, pero él no.

Algún animal aulló en la noche.

Arrojó un poco más de leña al fuego y se tapó con el follaje.

Delado tenía razón. Marte había desaparecido.

Los replicadores, las sondas cibernéticas de Ian Maughan, habían sobrevivido. Su programa estaba diseñado para preparar la colonización humana del planeta. En su momento, los robots habrían recibido la orden de construir casas para los astronautas humanos, de manufacturar coches y ordenadores para ellos, de fabricar aire y agua, hasta de cultivar comida.

Pero los humanos nunca llegaron. Hasta sus órdenes dejaron de recibirse.

Para los robots replicadores aquello no suponía un problema. ¿Por qué iba a serlo? Mientras no les dijeran lo contrario, su único cometido era reproducirse. Nada más importaba, ni siquiera el extraño silencio en el que se había sumido el mundo azulado del cielo.

Así que se reprodujeron.

Probaron, incorporaron y desecharon numerosas modificaciones. No tardaron mucho en aparecer innovaciones radicalmente superiores.

Los replicadores empezaron a incorporar en sus propios cuerpos los componentes fabriles. Los de la nueva hornada parecían tractores autónomos, que avanzaban sobre el impasible polvo rojo del planeta. Cada uno de ellos pesaba aproximadamente una tonelada y tardaba un año entero en construir una réplica exacta de sí mismo: un período reproductivo mucho más corto que antes porque ahora podían trabajar directamente en las fuentes de recursos.

Al cabo de un año, un replicador de este nuevo tipo se convertía en dos. Al cabo de un segundo, se había convertido en cuatro. Y al cabo de otro más, ya serían ocho.

El crecimiento era exponencial. El desenlace, predecible.

Al cabo de un siglo había robots-factoría por todo Marte, desde el polo al ecuador, desde la cima del *Mons Olympus* a las profundidades del cráter *Helias*. Algunos de ellos se enfrentaron por los recursos: se libraron guerras lentas, lógicas, mecánicas. Otros empezaron a excavar para explotar los

recursos del subsuelo. Si excavabas, había recursos de sobra... al menos para continuar por algún tiempo.

Las minas se hicieron cada vez más profundas. En algunas zonas, la corteza se desplomó. Pero eso no impidió que los replicadores siguieran cavando. Marte era un mundo frío y duro, cuyo interior estaba constituido en su mayor parte de roca. Eso ayudó a los robots mineros. Pero a medida que excavaban cada vez más hondo, y se encontraban con condiciones nuevas, los replicadores habían tenido que aprender deprisa, que adaptarse. Por supuesto, estaban capacitados para ello.

No obstante, la penetración del manto presentó ciertas dificultades técnicas. Y lo mismo el desmantelamiento del núcleo.

Marte pesaba cien mil billones de veces más que cualquiera de los replicadores. Pero esta diferencia era pequeña frente a la ley de replicación que establecía que el número de ellos se duplicaba cada generación. Por culpa de los constantes conflictos, el ritmo de crecimiento no era el óptimo, pero a pesar de ello, transcurridos unos cientos de generaciones, Marte había desaparecido, todo él salvo los vestigios de su sustancia que formaban ahora los brillantes caparazones de los replicadores.

Una vez que hubieron convertido el planeta entero en copias de sí mismos, los enjambres de replicadores, utilizando velas solares, motores de fusión e incluso primitivos motores de antimateria, se dispersaron por el sistema solar, buscando materia prima.

Al día siguiente, al salir a la campiña, Snowy vio pájaros, ardillas, ratones, conejos y ratas. Una vez le pareció ver una cabra, pero el animal huyó en cuanto se le acercó.

No había mucho más. Ni siquiera demasiado pájaros. Reinaba el silencio en aquel lugar, como si todas las cosas vivientes hubieran sido recogidas y eliminadas.

Pero algunas de las ratas eran enormes. Y luego estaban las ratas-lobo que creía haber visto el primer día. Fueran lo que fuesen, huían al verlo.

Los roedores siempre habían sido competidores de los primates, le explicó Delado. Incluso en el cénit de su civilización tecnológica, los humanos habían tenido que contentarse con mantenerlos apartados de sí mismos y de su comida. Ahora que la gente había abandonado el escenario, era evidente que los roedores estaban floreciendo.

Pero cazar era fácil. Snowy, impulsado por un espíritu de experimentación, empezó a poner trampas. Todas ellas funcionaron. Las liebres y los ratones de campo parecían especialmente confiados. Una mala señal, cuando se pensaba un poco en ello, porque significaba que llevaban mucho tiempo sin ver a un ser humano.

Al acabar el segundo día, Ahmed los reunió en las ruinas de la iglesia, en un círculo de bloques de piedra desgastados.

Snowy era consciente de los cambios sutiles que estaba experimentando el grupo. Luna tenía siempre la cabeza gacha y evitaba la mirada de todos. Bonner, Ahmed y Delado se vigilaban unos a otros, y a él, con mirada calculadora.

Ahmed levantó un paquete de raciones. Estaba vacío.

—No podemos quedarnos aquí. Hay que trazar un plan.

Bonner sacudió la cabeza.

—Lo más importante es encontrar a otras personas.

—Vamos a tener que afrontarlo —dijo Delado—. Ya no hay otras personas... nadie que pueda ayudarnos. No hemos visto a nadie. No hemos visto señal alguna que indique que ha habido alguien en esta zona en los últimos tiempos.

—No hay estelas —dijo Ahmed señalando al cielo—. Y la radio no capta nada, en ninguna frecuencia. No hay satélites. Ha pasado algo.

Luna lanzó una risotada vacía.

—Y que lo digas.

—No sabemos lo que ha pasado. Supongo que las cosas se volvieron muy caóticas antes del fin. No nos despertaron. Supongo que al final acabaron por olvidarse de nosotros. Hasta que revivimos por pura casualidad.

Snowy se obligó a formular la pregunta:

—¿Cuánto tiempo, Lado?

Delado se rascó la nariz.

—Es difícil de decir. Si tuviéramos un almanaque astronómico podríamos calcularlo a partir de la posición de las estrellas. Sin eso, podemos hacer una aproximación basándonos en la edad del bosque de robles.

Bonner saltó:

—Para ya con esa mierda, bastardo enano. ¿Cuánto tiempo, joder? Cincuenta años, sesenta...

—No menos de mil años —dijo Delado con voz tensa—. Puede que más. De hecho, es probable que más.

Se hizo el silencio mientras su declaración hacía su efecto. Y Snowy cerró los ojos e imaginó que se arrojaba a la oscuridad desde la cubierta de un portaviones.

Mil años. Y, sin embargo, no significaba más que el abismo de cincuenta años que lo separaba de su esposa. Menos, quizá, porque resultaba inimaginable.

—Menuda mierda de futuro —dijo Bonner con voz irritada—. Sin coches voladores. Sin naves espaciales. Sin ciudades en la Luna. Solo mierda.

Ahmed dijo:

—Hemos de asumir que no vamos a encontrar a nadie más. Que estamos solos. Tenemos que trazar nuestros planes basándonos en esa premisa.

Delado resopló.

—La civilización ha desaparecido, todo el mundo ha muerto y hemos despertado mil años en el futuro. ¿Qué planes quieres que hagamos?

—Probablemente el río esté limpio —dijo Snowy—. Las fábricas debieron de cerrar hace siglos.

Ahmed asintió. Parecía agradecido por aquella intervención.

—Bien. Al menos eso es algo sobre lo que podemos construir. Sabemos cazar y sabemos pescar. Empezaremos mañana. Delado, ¿por qué no utilizas esa cabeza privilegiada para algo útil y piensas en la pesca? A ver

qué se te ocurre para fabricar cañas, redes, lo que sea. Snowy, tú puedes hacer lo mismo con la caza. Aparte, tendremos que encontrar un sitio para vivir. Puede que una granja. Habrá que empezar a pensar en desbrozar la tierra. En plantar trigo. —Levantó la mirada hacia el cielo—. ¿En qué estación creéis que estamos? ¿Principios de verano? Este año ya es tarde para la cosecha. Pero la primavera que viene...

Delado le espetó:

—¿Dónde crees que vamos a encontrar trigo? ¿Sabes lo que pasa cuando no se recoge el trigo o el maíz? Que las espigas caen al suelo y se pudren. Los cereales necesitan al hombre para sobrevivir. Y si no ordeñas las vacas durante varios días, se mueren por la hinchazón de las ubres.

—Calma —dijo Snowy.

—Lo que digo es que si quieres plantar algo, habrá que empezar desde cero. Habrá que reconstruirlo todo, la puta agricultura y la labranza, todo a partir de especies salvajes de plantas y animales.

Ahmed asintió, muy tieso.

—Nosotros, Lado. No yo. Nosotros. Aquí el problema es de todos. Muy bien. Pues eso es lo que habrá que hacer. Y, mientras tanto, recolectaremos y cazaremos. Viviremos de la tierra. No seremos los primeros en hacerlo.

Luna se tiró de la ropa.

—Esto no va a durar eternamente. Tendremos que encontrar la forma de hacer ropa. Y cuando se nos haya acabado la munición, las armas no servirán de nada.

Bonner dijo:

—Quizá podamos hacer más munición.

Delado se echó a reír.

—Será mejor que empieces a pensar en hachas de piedra, Bonner.

Bonner refunfuñó:

—No sé cómo coño se hace una puta hacha de piedra.

—Ni yo, ahora que lo pienso —dijo Delado con voz pensativa—. ¿Y sabes una cosa? Tampoco hay libros donde lo expliquen. Toda esa sabiduría dolorosamente adquirida desde que éramos *Homo erectus* y caminábamos desnudos por África ha desaparecido.

—Entonces habrá que empezar de nuevo —dijo Ahmed con firmeza.

Bonner se volvió hacia él.

—¿Por qué?

Ahmed levantó la mirada hacia el cielo.

—Se lo debemos a nuestros hijos.

Delado se limitó a decir:

—Cuatro Adanes y una Eva.

Hubo un silencio prolongado e intenso. Luna estaba quieta como una estatua, con una expresión dura en el rostro. Snowy se percató de que su mano estaba muy próxima a la pistola.

Ahmed se puso en pie.

—No penséis en el futuro. Pensad en llenaros la tripa. —Dio una palmada—. En marcha.

Se dispersaron. La luna creciente estaba ya levantándose, un gajo de color hueso en medio del cielo azul.

—Bueno —preguntó Dolado a Snowy mientras caminaban—. ¿Qué te parece la vida en el futuro?

—Como una condena, colega —dijo Delado con amargura—. Como una puta condena.

III

A unos cinco kilómetros del campamento base, Snowy estaba tratando de encender un fuego.

Se encontraba en lo que en su día debía de haber sido un campo de labranza. Todavía quedaban vestigios de un cercado de piedra que delimitaba un rectángulo amplio. Pero después de mil años, se parecía a cualquier otro campo de cultivo, asfixiado por hierbas perennes, maleza y arbolillos de hoja caduca.

Había encontrado un madero del tamaño de su antebrazo, y le había hecho un corte redondo en el lado plano. Como lanceta, tenía un palito con una punta afilada; como zócalo, un pedazo de roca que le cabía en la mano; y como cuerda de arco, un arbolillo con un cordón de plástico extendido a lo largo de su superficie. Un trozo de corteza situada debajo del zócalo hacía las veces de bandeja para recoger los rescoldos que se formaran. Además, tenía a mano un montoncillo de trozos de corteza, hojarasca y hierba seca, preparado para alimentar las llamas. Se apoyó en la rodilla derecha y colocó el talón izquierdo sobre el madero. Enrolló la cuerda e introdujo la lanceta. Lubricó la piedra con un poco de cera de su propia oreja e introdujo el extremo redondeado de la lanceta en la cavidad circular del madero y la parte afilada en el zócalo de piedra. Entonces, mientras ejercía una leve presión sobre la piedra, empezó a mover la cuerda adelante y atrás, cada vez con más presión y velocidad, esperando a que aparecieran el humo y las chispas.

Snowy sabía que parecía más viejo. Ahora llevaba el pelo largo, recogido en una coleta con un trocito de alambre. También llevaba la barba crecida, a pesar de que se la afeitaba con un cuchillo cada dos días. Su piel estaba tan cubierta de arrugas alrededor de los ojos y la boca que parecía cuero. *Bueno*, pensó. *Es que soy más viejo. Mil años más. Es lo lógico.*

A veces le costaba creer que solo había pasado un mes desde que salieran del pozo.

Aún no necesitaban recurrir a eso, a hacer fuego con palos y piedras. Tenían montones de cajas de cerillas y una buena reserva de paquetes de *trioxane*, un combustible químico ligero que utilizaba el ejército como fuente de calor. Pero Snowy estaba tratando de anticiparse al día en el que no podrían seguir recurriendo a lo que habían sacado del Pozo con ellos. En cierto modo, estaba haciendo «trampas», claro. Había utilizado su espléndida navaja del ejército suizo para hacer la lanceta y recortar el agujero del tablón; más adelante tendría que hacerlo con cuchillos de piedra. Pero todo llegaría, paso a paso.

El antiguo campo estaba próximo a uno de los dedos del vasto bosque de robles que, al menos hasta donde ellos se habían aventurado, dominaba

el paisaje de la Inglaterra posterior a los humanos... si es que es allí donde estaban. Se encontraba sobre una pequeña loma. Al oeste, más allá de la colina, había un lago. Snowy había visto paredes de piedra bajo las aguas plácidas. Pero el lago estaba asfixiado por los juncos, los nenúfares y las raíces, y en su superficie se veía la película verdosa de las algas microscópicas. Eutrofización, había dicho Delado: incluso ahora, la tierra seguía rezumando nutrientes artificiales, fósforo sobre todo, que se vertían a las aguas y estimulaban el crecimiento de aquella ecología en miniatura. A Snowy le costaba creer que la mierda que los agricultores de un mundo extinguido ya habían inyectado en sus tierras pudiera seguir emponzoñando el medio, pero parecía que era así.

Era un paisaje extrañamente vacío. El silencio lo rodeaba. Ni siquiera se oía el canto de los pájaros.

Probablemente algunas criaturas hubieran experimentado un gran crecimiento una vez que habían desaparecido la caza, el control de plagas y el uso de la tierra para la agricultura: liebres, conejos y urogallos, más que nada. Los mamíferos más grandes se reproducían tan lentamente que la recuperación debía de llevarles más tiempo. Pero parecía haber varias especies de ciervo y Snowy había visto cerdos en el bosque. En cambio, no habían visto grandes depredadores. Hasta los zorros eran raros. Tampoco había aves de presa, aparte de unos pocos y agresivos periquitos. Delado decía que con el desplome de sus cadenas tróficas, los depredadores debían de haberse extinguido. Probablemente, ni siquiera en África quedarían leones o guepardos, aun suponiendo que hubiesen logrado escapar a los últimos y hambrientos refugiados humanos.

Posiblemente, pensaba Snowy. Pero las ratas lo intrigaban.

A la larga se restablecería el equilibrio, claro. La variación, la adaptación y la selección natural se encargarían de ello. Los antiguos roles serían adoptados por unos o por otros. Pero puede que el resultado no se pareciera en nada a la comunidad que el mundo ya había conocido. Y, decía Delado, como la especie típica de mamíferos solo duraba unos pocos millones de años, lógicamente debían de transcurrir millones de años —diez quizá, puede que veinte, nada menos que veinte millones de años— para

que el mundo recobrase la riqueza de la que un día había disfrutado. Así que aunque los humanos lograran sobrevivir y perduraran, digamos, cinco millones de años, no volverían a ver un mundo como el que Snowy había conocido de niño.

Snowy no era un ecologista, desde luego. Pero había algo profundamente perturbador en esos pensamientos. Qué extraño resultaba haber sobrevivido para ver algo así.

Seguía sin haber humo. El fuego no terminaba de prender. Siguió insistiendo.

El problema principal de actividades como aquella era que le dejaban demasiado tiempo para pensar. Echaba de menos a sus amigos, la camaradería de la vida en la Marina. Echaba de menos su trabajo, sus pequeñas rutinas... puede que esto por encima de todo lo demás, puesto que era lo que le daba a su vida una definición de la que carecía ahora.

Había descubierto que echaba de menos el ruido, aunque al principio le había costado identificar esta nostalgia: la televisión y la red y la música, las películas y la publicidad, los logotipos, las cancioncillas de los anuncios y melodías de las noticias. Sospechaba que si algo iba a volverlo loco en aquel mundo era el silencio, el colosal, inhumano y vegetal silencio. Se echaba a temblar solo con pensar cómo debían de haber sido los últimos días, cuando habían muerto todas las máquinas y, uno por uno, se habían ido apagando los parpadeantes carteles, los tubos de neón y las pantallas.

Y echaba de menos a Clara, por descontado. No había llegado a conocer a su hijo o hija, nunca lo había visto.

Al principio lo había atormentado la culpa; culpa por seguir vivo mientras tantos habían muerto; culpa por no haber podido hacer nada por Clara; culpa por estar comiendo y respirando y orinando y estudiando discretamente el trasero de Luna mientras todos aquellos a los que conocía estaban muertos. Siempre había disfrutado —le había dicho Delado en una ocasión— de una bendita falta de imaginación.

O puede que fuera algo más que eso.

Bajo la luz clara de aquel tiempo nuevo, se le antojaba que era su antigua vida, en la abarrotada y lóbrega Inglaterra del siglo XXI, lo que era

el sueño. Como si estuviera disolviéndose en una gran mancha verde...

Algo se movió entre el follaje, a una docena de pasos de allí. Se volvió en aquella dirección, silencioso e inmóvil. Un solitario tallo de hierba, cargado de semillas, se inclinó grácilmente. Había puesto una trampa allí. ¿No había algo en el follaje, la curva de un hombro, el brillo de un ojo atento?

Dejó el arquillo y la lanceta. Se levantó, se estiró y caminó hacia los arbustos fingiendo despreocupación. Lentamente, descolgó el arco que llevaba al hombro, sacó una flecha del carcaj de piel de conejo y la colocó con cuidado en la cuerda.

No hubo ningún movimiento en el follaje, no hasta que estuvo casi sobre él, y entonces algo se movió muy deprisa, tratando de escapar en dirección contraria. Le pareció entrever un pelaje marrón pálido y unos miembros marrones de gran tamaño. ¿Un zorro? En tal caso era el zorro más grande que habían visto hasta el momento.

Sin más titubeos, saltó sobre la criatura, se le echó encima, le apoyó la bota en la espalda y levantó la flecha sobre su cabeza. La criatura se encogió. Maulló como un gato y se tapó la cara con las manos.

... Snowy bajó la flecha. Manos. Tenía manos, como un humano o un simio.

Con el corazón desbocado, dejó caer el arco. Se arrodilló sobre la criatura, la sujetó por el torso y le cogió las manos. Era delgada y esbelta pero muy fuerte. Necesitó toda la suya para apartarle las manos de la cara. La criatura le escupió y empezó a sisear.

Pero el rostro de aquella criatura —de aquella hembra— no era el rostro de un chimpancé ni el de un simio. Era inconfundiblemente humano.

Durante largos segundos, Snowy permaneció allí sentado, estupefacto, montado a horcajadas sobre la chica.

Estaba desnuda, y tenía un fino vello de color entre anaranjado y marrón, aunque su pálida tez asomaba por debajo. El cabello de su cabeza era más oscuro y estaba tan enmarañado como si no se lo hubiera cortado

nunca. No era muy alta, pero tenía buenos pechos, saquillos voluminosos con duros pezones que sobresalían del vello, y bajo el triángulo de pelo más oscuro de su entrepierna había una mancha de lo que acaso fuera sangre menstrual. Y tenía estrías en la piel.

No solo eso. Además apestaba como una jaula de monos.

Pero el rostro no era el de un simio. Tenía una nariz pequeña pero afilada. La boca era pequeña y la barbilla en forma de «v» tenía un característico hoyuelo. Sobre los ojos azules, su frente era suave y lisa. ¿No era un poco más baja que la suya?

Parecía humana, a pesar del vello del pecho. Pero sus ojos estaban... nublados. Aterrorizados, confundidos.

Con la garganta tensa, dijo:

—¿Hablas inglés?

La muchacha chilló y trató de zafarse de él.

Y de repente, Snowy se dio cuenta de que tenía una erección como una barra de hierro. *Mierda,* pensó. Rodando, se apartó de encima de ella y alargó el brazo hacia su arco y su cuchillo.

La chica no podía levantarse. Tenía el pie derecho atrapado en el cepo. Se arrastró sobre la tierra húmeda y se inclinó sobre el pie. Empezó a balancearse adelante y atrás, gimiendo en voz baja. Era evidente que estaba completamente aterrorizada.

El espasmo de lujuria de Snowy se esfumó. Ahora la chica actuaba como un chimpancé, necio y miserable, aunque su cuerpo desnudo hubiese parecido el de una mujer debajo de él *(Clara, perdóname, ha sido tanto tiempo...).* Las manchas de excrementos de sus piernas, las deposiciones sobre las que había estado tendida, contribuyeron a enfriarlo todavía más.

Rebuscó en el bolsillo de su mono de vuelo y sacó los restos de una ración de supervivencia. Contenía todavía un puñado de nueces, un poco de carne y plátano secos. Sacó el plátano, un puñado de copos resecos y arrugados, y se los tendió a la chica.

Ella se apartó todo lo que le permitió el cepo.

Snowy probó con la mímica: se metió uno o dos copos en la boca y los devoró con expresión de deleite.

—Ñam, ñam. Qué rico.

Pero ella seguía sin aceptar la comida de su mano. Claro que tampoco la habría aceptado un ciervo o un conejo, pensó. Dejó los copos en el suelo, entre los dos, y se apartó.

La muchacha recogió un par de copos y se los metió en la boca. Masticó el plátano seco una y otra vez, como si quisiera extraerles hasta la última gota de sabor, antes de tragárselos finalmente. No debía de haber probado algo tan dulce en toda su vida, pensó él.

O puede que solo estuviera famélica. Había puesto la trampa hacía dos días. Podía llevar allí hasta cuarenta y ocho horas. Las deposiciones y la orina, y el vello enmarañado y sucio de sus piernas así lo sugerían.

Mientras ella comía le echó un buen vistazo al pie que había quedado atrapado en la trampa. Era una sencilla trampa de lazo, concebida para atrapar conejos y liebres por la cabeza. En sus esfuerzos por liberarse, la chica la había tensado mas aún —la trampa había hecho lo que estaba previsto— y la cuerda se le había clavado en la carne de la pierna, donde ahora tenía una buena herida. Hasta le pareció ver el blanco del hueso.

¿Y ahora? Podía cargársela al hombro y llevarla al campamento. Pero no era un animal, un conejo o una liebre; no era un espécimen interesante, como el enorme papagayo terrestre que Delado había visto cerca de la orilla de un lago. Era una persona, al margen de su aspecto. Y, se recordó, las estrías indicaban que al menos tenía un hijo, que sin duda estaría esperándola en aquel momento.

—¿He hecho un viaje de mil años para convertir tu vida en el mismo caos que la mía? Nada de eso —murmuró—. Perdóname. —Y saltó sobre ella.

Fue otro combate de lucha libre. La inmovilizó en el suelo, con los brazos debajo del cuerpo y sentado sobre sus nalgas. Utilizando la navaja del ejército suizo, cortó la cuerda de la trampa y la sacó de la herida que había abierto. A continuación, utilizó parte de sus preciados suministros para limpiar el polvo y la sangre seca y el pus con fluido antiséptico —tuvo que arrancar mechones de pelo marrón de las costras— y aplicó coagulantes

y pomada a la herida. Puede que la chica se los dejase el tiempo suficiente para que le desinfectaran.

En cuanto la soltó, se esfumó. Snowy solo pudo entrever una figura erguida y esbelta que corría por la hierba en dirección a los árboles, cojeando pero moviéndose muy deprisa a pesar de ello.

Ya era tarde. Se suponía que no debían estar lejos de la base al oscurecer, y mucho menos solos: órdenes de Ahmed. Sentía deseos de seguir a la chica a las misteriosas profundidades del bosque. Pero sabía que no debía hacerlo. Suspirando, recogió sus cosas y regresó al campamento base.

Snowy fue el último en volver aquella noche.

Habían decidido establecerse cerca de un lago, a pocos kilómetros de la ciudad en ruinas. El lugar se encontraba a sotavento de una compacta colina cónica —aparentemente artificial; puede que fuera un túmulo de la Edad de Hierro o solo un montón de basura—.

Ahmed los reunió alrededor del tocón de un árbol caído, donde él mismo, con cierto aire grave, tomó asiento. Snowy quería contarle a los demás lo que había descubierto. Pero se dio cuenta de que no era el mejor momento. Así que se limitó a sentarse en silencio.

A medida que pasaban las semanas, Luna se había ido volviendo más distante. En aquel momento estaba sentada delante de Ahmed, con las piernas cruzadas y sin mirar a nadie. Pero, como de costumbre, era el centro de todo, de todas las maniobras sin palabras. Delado parecía sumido en sus sueños, como de costumbre, pero estaba sentado frente a ella y Snowy vio que su mirada recorría la curva de sus caderas, los pocos centímetros de piel que asomaban por encima de las botas. El propio Ahmed se había sentado a su lado, sobre la plataforma del tocón, como si ella le perteneciera.

Bonner era el que mostraba su lujuria con menos disimulos. Estaba sentado de forma torpe, con los músculos en tensión y una mancha de barro sobre la cara a modo de camuflaje. Parecía un animal, pensó Snowy, como si solo los últimos jirones de su entrenamiento lo mantuvieran aún entero.

Snowy era consciente de que estaban desintegrándose, apartándose unos de otros, con enormes líneas de falla que dividían el humilde conjunto de sus relaciones. No quedaba casi nada del tímido grupo de pilotos de la Marina que se había acurrucado en un rincón de la iglesia aquella primera noche, devorando sus raciones. Serían capaces de matarse por Luna, si ella no los mataba primero.

Y Ahmed, su líder, no era consciente de nada de esto. De hecho, estaba sonriendo.

—He estado pensando sobre el futuro —dijo.

Delado soltó un gemido ahogado.

—Me refiero al futuro lejano —dijo Ahmed—. No los próximos meses, ni siquiera los primeros años. Las cosas serán difíciles para nuestros hijos.

Ante la mención de los niños, Snowy miró a Luna de soslayo. Tenía la mirada clavada en las manos y los dedos entrelazados, tensos.

Ahmed dijo que durante el período industrializado —y en especial en las últimas décadas de locura— la humanidad había agotado todos los suministros accesibles de combustible fósil: carbón, gas natural y petróleo.

—Probablemente los combustibles fósiles estén formándose otra vez. Eso ya lo sabemos. Pero el proceso es increíblemente lento. Lo que nosotros quemamos en unos pocos siglos ha tardado cuatrocientos cincuenta millones de años en formarse. Pero siempre habrá combustible para nuestros descendientes —dijo—. Turba. La turba es lo que se forma cuando el moho de las ciénagas, la juncia y otra vegetación se descompone en terrenos húmedos y ricos en oxígeno. ¿De acuerdo? Y en algunas zonas del mundo siguió utilizándose como combustible hasta mediados del siglo XXI.

—En Irlanda —dijo Delado—. Y Escandinavia. Pero no aquí.

—Pues iremos a Irlanda o Escandinavia. O puede que la encontremos aquí. Las condiciones han cambiado mucho desde que entramos en el sueño frío. Además, si no encontramos turba, será otra cosa. Hemos heredado un mundo agotado. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Pero todavía tenemos nuestras mentes, nuestro ingenio.

—Oh, por el amor de Dios —explotó Delado—. Ahmed, ¿es que no lo entiendes? No somos más que un puñado de refugiados... eso es lo que somos, refugiados del tiempo. Por el amor de Dios. Solo tenemos un útero.

—Mi útero —dijo Luna sin levantar la mirada—. Es mío, cerdo insoportable.

—El hierro de los pantanos —dijo Ahmed como si nada.

Todos se volvieron hacia él.

Ahmed dijo:

—En las ciénagas y pantanos se forma óxido ferroso. Cuando el agua rica en hierro entra en contacto con el aire... bueno, se oxida, ¿verdad, Delado? Los vikingos lo explotaban. ¿Por qué no nosotros...?

Mientras la discusión continuaba, la mirada de Snowy se extravió hasta los bosques cercanos y sombríos. *Delado tiene razón,* pensó. *Estamos aquí por accidente, somos solo una especie de eco. Moriremos y se nos tragará la vegetación, como a todos los edificios en ruinas. Desapareceremos y nuestros huesos se sumarán a los miles de millones que contiene ya esta tierra. Y no importará nada.* Si no lo había sabido hasta entonces, en el fondo de sus entrañas, lo sabía ahora, tras haber visto a la chica-mono. *Ella es el futuro,* pensó. Con su brillante mirada de leona, su cuerpo esbelto y desnudo, su delgadez y su fuerza... su silencio.

Cuando se separaron, llevó a Delado aparte y le contó lo de la mujer salvaje.

Lo primero que Delado preguntó fue:

—¿Te la has follado?

Snowy frunció el ceño, asqueado.

—No. Estuve a punto... joder, la tenía como una barra de hierro. Pero después de ver lo que era realmente, no habría podido.

Delado le puso una mano en el hombro.

—No te preocupes por tu hombría, colega. Lo que pasa es que Weena no es de la especie adecuada, nada más.

—¿Weena?

—Una antigua referencia literaria. No importa. Escucha. Diga lo que diga aquí *El Presidente,* tenemos que averiguar más cosas sobre esas

criaturas. Eso es mucho más importante que la puta turba. Tenemos que descubrir cómo sobreviven aquí. Porque así es como vamos a tener que vivir nosotros. Ve a buscar a tu novia, Snowy, y pregúntale si no le importaría tener una cita doble.

Un par de días después de eso, antes de que Ahmed pudiera poner en marcha su plan para reconstruir la civilización, cayó enfermo. Tuvo que retirarse a su choza y los demás tuvieron que traerle la comida y el agua.

Delado creía que era envenenamiento por mercurio, causado por la montaña de desperdicios que había junto al campamento. El hombre llevaba siglos utilizando el mercurio para de todo, desde fabricar sombreros y espejos a tratar la sífilis, pasando por el control de insectos. Lo más probable era que el suelo estuviese saturado, relativamente hablando, e incluso ahora, mil años después, siguiese filtrándose por diferentes cauces a las aguas del lago, desde donde se abriría camino por la cadena trófica hasta alcanzar concentraciones atroces en los cuerpos de los peces y en las bocas de las personas que se los comían.

Dolado pareció encontrarlo gracioso: que precisamente Ahmed, el gran planificador, el único que, entre todos ellos, se había aferrado a los sueños expansionistas del lejano siglo XXI, hubiera sucumbido a una intoxicación por veneno, un distante legado de aquella era destructiva.

A Snowy no le importó demasiado. Había cosas muchos más interesantes en el mundo que cualquiera que Ahmed pudiera hacer o decir.

Como Weena y su pueblo de hirsutos moradores del bosque.

Snowy y Delado construyeron una especie de escondrijo, una choza cubierta generosamente de hierba y hojas verdes, no muy lejos del lugar en el que había visto a la chica-mono que Delado había bautizado como Weena.

Lanzó una mirada furtiva a Delado, que estaba tumbado a la sombra de la choza. En el denso calor de aquel verano tan poco inglés, los dos habían adquirido la costumbre de andar desnudos, solo con los calzoncillos, las botas y los cinturones de equipo. La piel de Delado, morena y cubierta

generosamente de barro, era un camuflaje tan bueno como cualquiera inventado por el hombre. Solo cinco o seis semanas después de haber salido del Pozo, estaba irreconocible.

—Allí —susurró.

Varias figuras esbeltas, de un color entre gris y marrón, dos, tres, cuatro en total, emergieron de las sombras del lindero del bosque. Dieron unos pocos pasos cautelosos a campo abierto. Estaban desnudas, pero eran delgadas y erguidas y llevaban algo en la mano, probablemente sus toscos martillos y cuchillos de piedra. Formaron un círculo irregular, de espaldas unos a otros, y empezaron a mirar a su alrededor con bruscas sacudidas de la cabeza.

Delado, como era su costumbre, había desarrollado una teoría para explicar de dónde había salido aquella gente pequeña e hirsuta.

—Niños de las alcantarillas —había dicho—. Cuando cayeron las ciudades, ¿quién crees que sobreviviría? Los niños enanos que ya estaban en el subsuelo, alimentándose de la basura. Puede que pasasen años antes de que alguno de ellos se percatara de que las cosas habían cambiado.

Entonces, los hirsutos echaron a correr por el prado en dirección a una forma caída. Era un ciervo, un espécimen de gran tamaño que Snowy y Delado habían abatido con una honda y habían dejado allí con la esperanza de atraer a los hirsutos y obligarlos a salir del bosque. Las criaturas convergieron sobre el cadáver. Empezaron a golpearlo en las articulaciones de las patas para arrancarlas del cuerpo. Mientras los demás trabajaban, había uno de ellos de pie en todo momento, mirando a su alrededor, montando guardia.

—Así es como trabajan —murmuró Snowy—. Le arrancan las piernas, ¿ves?

—Rápido y fácil —dijo Delado—. Es la forma más fácil de despiezar un animal muerto. Le arrancas una pierna y vuelves corriendo al bosque antes de que algo con los dientes más grandes que tú se presente para disputarte el resto. Aunque no hablen, trabajan coordinadamente. Mira cómo se turnan para vigilar. Cazan en grupo. O recogen carroña, al menos.

Snowy se preguntó por qué serían tan cautelosos si, como Delado había dicho antes, no quedaban grandes depredadores.

—Parecen humanos pero no actúan como tales —murmuró Snowy—. ¿Ves a qué me refiero? No son como una patrulla. Miran a su alrededor como pájaros o gatos.

Delado gruñó.

—Esos chicos de las alcantarillas no debían de tener cultura ni medios de aprendizaje. Lo único que conocían eran las alcantarillas. Puede que por eso dejaran de hablar. En las alcantarillas, el silencio sería más importante que la capacidad de hablar.

—¿Crees que perdieron la capacidad de hablar?

—¿Y por qué no? Hay aves que pierden la de volar, ocurre constantemente. La inteligencia es muy costosa. Hasta un cerebro como el tuyo, Snowy, resulta muy caro: consume un montón de energía de tus reservas corporales. Puede que en este mundo, la inteligencia no sea un rasgo tan útil como, digamos, la velocidad o la buena vista. Probablemente no hicieran falta muchas transformaciones en el cerebro para que perdieran la capacidad de hablar, o incluso la consciencia. Y ahora el cerebro es libre para menguar. Dales cien mil años y se parecerán a los australopitecinos.

Snowy sacudió la cabeza.

—Siempre creí que los hombres del futuro tendrían grandes cabezas esféricas y perderían la polla.

Delado lo miró de soslayo en la oscuridad.

—La inteligencia no nos ha hecho demasiado bien a nosotros, ¿no te parece? —dijo con tono sarcástico. Volvió a mirar a los hirsutos y se rascó la cara—. Da que pensar. La rapidez con la que se ha producido todo. En un momento dado, había mentes con capacidad de raciocinio: de cambiar las cosas, de construir. Ahora ha desaparecido, se ha evaporado, y hemos vuelto a eso: a vivir como animales, como un elemento más del medio. Una existencia pura, inmediata.

Siguieron observándolos un rato más, mientras los hombrecillos hirsutos y desnudos, cooperando y tunándose para vigilar, le cortaban los miembros al ciervo y volvían al abrigo del bosque.

Luego regresaron al campamento base.

Y fue entonces cuando descubrieron que Bonner estaba fuera de sus casillas. Porque Luna había desaparecido.

—¿Dónde coño está?

Luna había construido su propia choza, más sólida y privada que la de los demás. Snowy siempre había pensado que si hubiera podido poner una puerta con candado, lo habría hecho. Ahora había desaparecido todo: la mochila que había hecho con los restos del mono de vuelo, las herramientas y la ropa, el peine de madera que ella misma se había fabricado y su preciosa reserva de tampones lavables.

Bonner estaba registrando lo que quedaba, destrozando las paredes del cobertizo. Estaba completamente desnudo, a excepción de los jirones de sus calzoncillos, y tenía el pecho, la cara y el cabello cubiertos de barro. Qué poco quedaba del tímido piloto que era cuando se habían conocido, en un portaviones destinado en el Adriático, pensó Snowy.

Ahmed salió de su choza, envuelto en una manta de supervivencia.

—¿Qué ocurre?

—Que se ha largado. ¡Que se ha largado, joder! —gritó Bonner.

Delado se le acercó.

—Eso ya lo vemos, tarado.

Bonner le lanzó un puñetazo. Delado trató de agacharse, pero el puño del joven piloto le golpeó en la sien y cayó de espaldas.

Snowy corrió hacia ellos y le sujetó el brazo desde atrás.

—Por el amor de Dios, Bon, tranquilo.

—Ese bastardo listillo se la ha estado follando. Se la ha estado follando desde el principio.

Ahmed parecía consternado. Y bien podía estarlo, pensó Snowy, porque si Luna había desaparecido, llevándose consigo su única esperanza de procreación, todos sus grandiosos planes se habrían ido al garete antes siquiera de empezar.

—Pero, ¿adónde ha podido ir? —gimió—. ¿Y por qué sola? ¿Qué sentido tendría?

Snowy dijo:

—¿Qué sentido tiene nada aquí? Vamos a morir todos. No va a funcionar, tío. Y ni todo el óxido ferroso del mundo supondrá la menor diferencia.

Delado logró esbozar una sonrisa sarcástica.

—No creo que lo que le preocupa a Bonner en este momento sea el futuro de la humanidad. ¿Verdad, Bon? Lo único que le preocupa es que el único coño del mundo se ha esfumado sin que él haya podido catarlo.

Bonner gritó y se le echó encima, pero esta vez Snowy logró sujetarlo.

Ahmed volvió a meterse en su cabaña, tosiendo.

Cuando recobraron una relativa calma, Snowy fue al colgador en el que había dejado una fila de conejos desollados y empezó a preparar la comida.

Antes de que el primer *kebab* de conejo estuviera preparado, Bonner había preparado la mochila. Se detuvo allí, bajo la luz menguante del anochecer, mirando a Snowy y Delado.

—Estoy hasta los huevos —dijo.

Delado asintió.

—¿Vas a buscar a Luna?

—¿Tú qué crees, gilipollas?

—Creo recordar que se le daba bastante bien ocultar sus huellas. Será difícil de rastrear.

—Ya me las arreglaré.

—Espera hasta mañana —dijo Snowy tratando de aplacarlo—. Come un poco. Si sales en la oscuridad puedes tener dificultades.

Pero la parte razonable de la mente de Bonner parecía haberse desactivado por completo. Su máscara de barro los fulminó con la mirada. Todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión. Entonces, con la tosca mochila dando saltos en su espalda, se puso en marcha.

Delado puso otro conejo al fuego.

—Ésta es la última vez que lo vemos.

—¿Crees que encontrará a Luna?

—No si ella lo ve venir. —Puso cara de concentración—. Y si trata de forzarla, lo matará. Es muy dura a su manera.

El conejo estaba casi hecho. Snowy apagó el fuego y empezó a sacar los trozos del espetón y a ponerlos en los burdos platos de madera. Todas las noches dividía la comida en cinco porciones. Ahora que Luna y Bonner habían desaparecido, lo hizo en tres.

Delado y él se quedaron mirando los tres platos un rato, esperando. Ahmed había vuelto a meterse en su choza, como si nada de todo aquello le importara. Snowy cogió el tercer plato y, con la hoja de su cuchillo, repartió la carne entre los otros dos.

—Si Ahmed mejora, podrá cuidarse solo. Si no, no hay nada que podamos hacer por él.

Pasaron un rato comiendo en silencio.

—Mañana me marcho —dijo Snowy al fin.

Delado no respondió.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Me gustaría explorar —dijo Delado—. Ir a ver las ciudades. Londres, París, si logro cruzar el Canal. Averiguar algo más sobre lo que ocurrió. Seguro que mucho ha desaparecido ya. Pero lo que quede debe de ser como las ruinas del Imperio Romano.

—Solo que nadie las verá nunca —dijo Snowy.

—Eso es cierto.

Titubeando, Snowy dijo:

—¿Y después de eso? O sea, cuando seamos viejos. Menos fuertes.

—No creo que eso sea un problema —dijo Delado lacónicamente—. La cuestión será escoger cómo quieres irte. Asegurarte de que al menos controlas eso.

—Cuando hayas visto todo lo que quieres ver.

—Eso. —Sonrió—. Puede que en París queden algunas ventanas sin romper. Un poco de brandy de mil años. Eso me gustaría.

—Pero —dijo Snowy con voz llena de cautela—, no quedará nadie a quien contárselo.

—Eso siempre lo hemos sabido —repuso Delado—. Desde el mismo momento en que salimos a ese bosque de robles desde el Pozo. Era evidente incluso entonces.

—Puede que para ti —dijo Snowy.

Delado se tocó la sien, donde estaba apareciendo un cardenal de buen tamaño, provocado por el puñetazo de Bonner.

—Es la especialidad de mi gran cerebro. Sacar una conclusión absurda tras otra. Y sin que suponga ninguna diferencia, ninguna en absoluto. Escucha. Te propongo un pacto. Escojamos un lugar de reunión. La idea será verse allí todos los años. No lo conseguiremos siempre, pero al menos habrá que dejar un mensaje o algo.

Escogieron un sitio, Stonehenge, en las tierras altas de la llanura de Salisbury. Seguramente seguía intacto e inconfundible después de todo aquel tiempo, aparte de que era un lugar que, en el Solsticio de verano, gracias a la disciplina topográfica que Ahmed les había inculcado, sería fácil de encontrar. Era una buena idea. De algún modo, para Snowy era reconfortante saber que, incluso ahora, habría una cierta estructura en su futuro.

Cuando terminaron de comer estaba ya anocheciendo. No hacía frío, pero a pesar de ello cogió una manta de corteza cosida y se cubrió los hombros con ella.

—Una cosa, Lado. ¿Era verdad?

—¿Cómo?

—Lo que ha dicho Bonner. ¿Te has tirado a Luna?

—Ya te digo.

—Serás capullo. Nunca lo hubiera dicho. ¿Y por qué tú?

—Impulsos atávicos, colega. Creo que lo que le atraía de mí era un cerebro superior a la media.

Snowy pensó un momento.

—Así que nuestros cerebros sí que sirven para algo.

—Oh, sí. Para eso siempre han servido. Probablemente esa fue la causa de todo. El resto es mierda.

—Serás capullo.

IV

Snowy siguió a los hombres-mono.

No vivía como ellos. Utilizaba sus trampas para cazar animales, cerdos y ciervos pequeños, incluso, y utilizaba sus cuchillos, el fuego y las chozas para protegerse y cobijarse. Pero caminaba por donde ellos caminaban.

Sus vagabundeos por los grandes bosques que habían cubierto el sur de Inglaterra, bosques que ahora ocultaban las ruinas de ciudades y catedrales, palacios y parques, eran impresionantes. Cuando Weena desaparecía, él se preocupaba, y cuando volvía a aparecer, se sentía más tranquilo. Aprendió a distinguir a todos los individuos del pequeño grupo. Les dio nombres, como Abuelo, Nano y Doc, y asistió a sus vidas, sus triunfos y sus tragedias, como si fuera un pequeño culebrón.

Lo que les daba miedo eran las ratas, las grandes, las ratas-lobo que, según parecía, cazaban en manadas. Eso lo averiguó muy pronto.

Siempre se preguntaba lo que pensarían de él. Estaba claro que sabían que estaba allí, pero no los estorbaba ni se entrometía cuando buscaban comida, así que lo dejaban tranquilo. Era como un fantasma, pensó, como un fantasma de un pasado desaparecido, que seguía a aquellos hombres nuevos.

Al cabo de algunos meses, cuando el largo, largo verano de aquellos tiempos se aproximaba a su final, llegaron a una playa. Snowy pensaba que estaban en algún lugar de la costa de Sussex, en la Inglaterra meridional.

Los hirsutos recogieron un poco de comida en el lindero del bosque, ignorando a Snowy como de costumbre.

Dio un paseo por la playa. El bosque llegaba casi hasta la arena, como si aquella fuera la isla tropical de Robinson Crusoe en lugar de Inglaterra. Encontró un sitio para sentarse frente a las rompientes.

Recogió un puñado de arena. Era fina y dorada y se deslizaba con facilidad entre los dedos. Pero contenía granos negros, y fragmentos de color naranja, verde y azul. Aquella materia multicolor debía de ser plástico. Y lo negro parecía hollín, hollín de Rabaul, el volcán asesino, o de los incendios que debían de haber arrasado el mundo mientras todo se iba al garete.

Ha desaparecido todo, se dijo, maravillado. Era verdad. La arena era como una prueba. Las rocas lunares y las catedrales y los estadios de fútbol, las bibliotecas y los museos y los cuadros, las autopistas y las ciudades y las chabolas. Shakespeare y Mozart, Buda y Mahoma y Jesús, los leones y los elefantes y los caballos y los gorilas y el resto del zoológico de la extinción: todo aniquilado y arrastrado por el viento y mezclado con aquella arena llena de hollín que resbalaba entre sus dedos.

Los hirsutos estaban marchándose. Vio que sus formas esbeltas regresaban sigilosamente al bosque.

Se levantó, se limpió la arena de las manos, se colgó la mochila al hombro y fue tras ellos.

OceanofPDF.com

18

El reino de las ratas

África Oriental,

c. 30 millones de años después de nuestros días

I

El asteroide había recibido el nombre de Eros hacía mucho tiempo.

Poseía su propia geografía en miniatura. Su superficie estaba cubierta de cráteres, restos de escombros y detritos, y extraños estanques de polvo azulado y muy fino, cargado de electricidad por el Sol implacable. Tres veces más largo que ancho, era la isla de Manhattan arrojada al espacio.

Eros era tan viejo como la Cola del Diablo. Al igual que el cometa de Chicxulub, era una reliquia de la formación del propio sistema solar. Pero, a diferencia del cometa, este asteroide había encajado perfectamente en el mecanismo de relojería del sistema interior, dentro de la órbita de Júpiter. En los primeros tiempos se habían producido destrucciones en masa de

asteroides jóvenes que, siguiendo sus órbitas descontroladas, había chocado unos con otros. La mayoría de ellos se habían convertido en nubes de polvo o se habían precipitado hacia las inmensas fauces de Júpiter, o al abarrotado y peligroso interior del sistema. Los supervivientes, diezmados, seguían ahora órbitas perfectas alrededor del Sol.

Pero incluso ahora, la fantasmal tensión de las fuerzas gravitatorias provocaban que las órbitas de los asteroides resonaran como cuerdas tañidas.

Salió de mala gana a la luz del Sol.

Había tenido otro mal sueño. Estaba mareada y tenía los miembros tiesos. Más allá del tosco techo de su nido, situado en la copa del árbol, entrevió el verdor crujiente del dosel superior y algunos jirones azules del cielo tropical. Al igual que el jergón sobre el que se había acostado, el techo no era más que una masa de ramas, hojas y palos doblados, construida apresuradamente en las horas previas al crepúsculo y que pronto abandonaría.

Estaba de espaldas, con la cabeza apoyada en el brazo derecho y las piernas sobre el vientre. Su cuerpo desnudo estaba cubierto por un fino vello dorado. A los quince años estaba en la flor de la vida. Las estrías de su vientre y sus pequeños pechos demostraban que ya había tenido descendencia. Los ojos, cubiertos de legañas, eran grandes, negros y vigilantes: la marca de una readaptación a la vida nocturna. Sobre ellos, una frente chala conducía a la pequeña cavidad cerebral, cuya modesta forma quedaba oculta tras una mata de pelo negro y enredado.

Una parte de ella nunca dormía profundamente, por muy bien que hubiera construido el nido. Sus sueños siempre sufrían el acecho de los inmensos abismos abiertos a sus pies, y la amenaza de caer a ellos. Los árboles eran el único lugar seguro para su pueblo, así que aquello no tenía demasiado sentido, pero así era de todos modos. La gente necesitaría más tiempo para acostumbrarse a su regreso a los árboles.

Por supuesto, no ayudaba demasiado el hecho de que el único hijo que había tenido hasta el momento se lo hubiera llevado el abismo, arrancado de sus manos por la lluvia y arrojado a las profundidades verdes.

Nunca había hablado de ellos con nadie. De hecho, nadie hablaba ya. Los días de interminables charlas habían pasado, pues las laringes y capacidades cognitivas de las especies locuaces, irrelevantes para la vida en los árboles, habían sido abandonadas.

Ni siquiera tenía un nombre. Pero es posible que parte de ella retuviera un recuerdo lejano de días ya pasados, días diferentes. Llamémosla Remembranza.

Escuchó un crujido entre la vegetación que había debajo, una cáscara de fruta que caía entre las hojas y los primeros aullidos tentativos de los machos.

Rodó sobre sí misma y pegó la cara al lecho de ramas. Apenas distinguía la propia colonia, una masa oscura y oscilante en las capas superiores de la copa, como un submarino de madera colgado de algún modo de la vegetación. Por todas partes se movían, trepaban y disputaban las figuras esbeltas de sus congéneres. El día echaba a andar. Y no convenía llegar tarde.

Remembranza se puso en pie y abrió el jergón, como si fuera una cría de ave saliendo del cascarón. Con la pequeña cabeza un metro sobre el suelo de la rama, recorrió su mundo con la mirada.

El bosque se extendía en todas direcciones en verdes capas de vida. La última de ellas era un techo situado muy por encima de Remembranza. Al norte, el oeste y el este, más allá de los árboles, su mirada atisbó un resplandor azulado y cubierto de destellos. La luz del océano siempre la había intrigado. Y aunque su vista no alcanzaba la costa meridional, tenía la intuición de que el océano continuaba incluso allí, formando un gran cinturón alrededor de la tierra. Y tenía razón: sabía que vivía en una vasta isla. Pero el océano no era más que otra irrelevancia, algo demasiado lejano para preocuparla.

Aquel bosque especialmente denso había brotado de una profunda quebrada abierta en el lecho de roca. Protegido por paredes de roca dura y

alimentado por los arroyos que discurrían por la base de la quebrada, era un lugar vibrante y rebosante de vida, aunque aquí y allá había claros abiertos por los árboles borametz y sus servidores, una forma de vida nueva.

Pero la quebrada no era natural. Excavada hacía mucho tiempo en el ancestral lecho de roca, era el resultado de una obra humana, la construcción de una autopista. La erosión había hecho su trabajo: cuando los canales de drenaje y las alcantarillas dejaron de mantenerse, las laderas excavadas se habían desplomado. Pero, con todo, un geólogo paciente hubiera podido detectar una fina capa oscura en la arenisca que se había ido formando lentamente en el fondo de la quebrada. La capa estaba hecha de brea metamórfica, un estrato que afloraba aquí y allá junto con los fragmentos de los vehículos que antaño habían recorrido la carretera.

Incluso ahora, la marca de los humanos seguía allí.

Una sombra fugaz, rápida, silenciosa pasó sobre las hojas, que se agitaron a su alrededor. Se acurrucó rápidamente, buscando la protección del follaje. Era un pájaro, claro. Los depredadores de las capas superiores habían despertado y no convenía estar demasiado a la vista.

Con una última mirada a los restos de su nido, manchados de excrementos y orines y cubiertos de pelo, empezó a descender.

Conforme avanzaba el día tropical, la gente se había desperdigado por los árboles, ágil y esbelta, para empezar la cotidiana búsqueda de fruta, insectos de la corteza y agua acumulada en las hojas.

Remembranza, inquieta todavía, los observaba.

Había machos y hembras, algunas de ellas con sus crías pegadas a la espalda. Los machos hacían sus características exhibiciones, aullando y dando agresivos saltos de un lado a otro. Eso era algo que no había cambiado en los largos años: la organización de la sociedad de los primates seguía siendo la misma, una llamativa superestructura masculina impuesta sobre una estructura orgánica de pacientes clanes femeninos.

En las capas medias del dosel del bosque, los árboles más altos dejaban atrás las multitudes de sus parientes menores. En aquellos espacios

intermedios, ni altos ni bajos, la gente estaba relativamente a salvo de las amenazas de arriba y las de abajo. Y era allí, rodeados por las formas altas y esbeltas de los troncos de los grandes árboles, donde habían erigido su colonia.

Era una esfera de unos diez metros de diámetro. Sus gruesas paredes estaban hechas de ramas y hojas muertas, toscamente embuchadas. Habían ablandado las hojas mordisqueándolas antes de meterlas a presión en las cavidades de la estructura. El nido descansaba sobre las ramas más robustas del árbol, sobre el que lo habían ido construyendo a lo largo de varias generaciones. Y la vida florecía en su interior: un fino reguero de excremento y pis resbalaba por las paredes del árbol, el sistema de alcantarillado alimentado por las numerosas aberturas que salpicaban la base de la colonia.

Aquella esfera de rama y hojas mascadas era la estructura arquitectónica más avanzada que los post-humanos eran capaces de construir. Pero era obra del instinto, no de la mente, tan ajena a la planificación consciente como el nido de un pájaro o un termitero.

Remembranza veía rostros pequeños que se asomaban con timidez por los agujeros del tosco muro de la colonia. Recordó cuando ella vivía con su hijo tras aquellas húmedas y apestosas paredes. El propósito básico de la colonia era proteger a sus miembros más vulnerables frente a los depredadores del bosque: de noche, los más jóvenes, los viejos y los enfermos se apiñaban entre sus paredes. Pero durante el día solo se permitía que se quedaran los niños más pequeños y sus madres, mientras el resto salía al bosque para buscar comida.

Cuando los rayos de sol filtrados por el dosel vegetal incidieron sobre la colonia, las paredes empezaron a resplandecer. Entre las ramitas y hojas apiñadas había piedrecillas brillantes recogidas por los congéneres de Remembranza en el suelo del bosque. Incluso había algunos fragmentos de vidrio. Después de millones de años, el vidrio se volvía inestable, se formaban cristales en su interior y se volvía opaco, pero a pesar de ello, aquellos fragmentos, restos de parabrisas o faros o botellas, habían conservado la forma y ahora decoraban los muros de aquel edificio informe.

Parecía un elemento decorativo, pero no lo era. El cristal y las piedras brillantes estaban allí por razones defensivas. Incluso ahora, los depredadores de aquellos posthumanos, impulsados por instintos atávicos enterrados en su código genético desde los tiempos de los depredadores más terroríficos de la historia, sentían pavor a los restos de edificios, las piedras brillantes y el vidrio. Así que el pueblo de Remembranza, sin saber siquiera lo que estaba haciendo, imitaba las estructuras de sus antepasados.

Antaño, claro está, los árboles habían sido el dominio de los primates, un espacio por el que podían vagar a sus anchas sin temor. Los monos y los chimpancés no necesitaban fortalezas de hojas y ramas. Los tiempos habían cambiado.

Al ver que Remembranza se retrasaba, un joven macho le gruñó. Tenía una insólita mata de pelo blanco en la espalda, parecida a la de un conejo. Ella sabía lo que pensaba: temía que tratara de robarle el fragmento de corteza que estaba trabajando con su madre y sus hermanos. La mente de estas criaturas no era comparable a la de sus antepasados, pero Remembranza era todavía capaz de intuir las creencias e intenciones de otros.

El grupo de Mancha-Blanca parecía más débil aquel día. Desde la última vez que Remembranza los había visto, su hijo mayor había desaparecido. Puede que se hubiese marchado en busca de otra colonia, suspendida en algún lugar de las profundidades del bosque. O puede, claro está, que hubiera muerto. Los miembros de la familia mostraban que todavía eran conscientes de la ausencia de uno de los suyos en su forma de volver la cabeza en busca de alguien que no estaba allí o al dejar un espacio para un macho que no lo ocupaba, pero muy pronto la herida en sus recuerdos se cerraría y el hermano perdido se hundiría en la oscuridad del pasado ignorado, tan olvidado como todos los hijos del hombre desde la construcción de la última lápida.

La propia Remembranza nunca sabría lo que había sido de aquel macho. Aquella no era una época de la información. Nadie le decía ya nada a nadie. Lo único que sabía con seguridad era lo que veía con sus propios ojos.

Para Remembranza, sin embargo, aquello representaba una oportunidad. Probablemente podría obtener un lugar en el árbol luchando contra aquel grupo debilitado. Pero había dormido mal y se sentía frágil, inquieta. Era igual desde que perdiera a su hijo. La muerte de la criatura se había producido más de un año antes, pero el dolor era tan intenso, tan vivido en su mente caleidoscópica y desestructurada que parecía como si hubiera sido ayer mismo. Al igual que todos los de su especie, Remembranza no actuaba obedeciendo a un propósito planificado sino por impulsos. Y aquel día su impulso no era pelear contra aquellos enclenques por el privilegio de un lugar en la abarrotada rama para poder arrancar un trozo de corteza en busca de gusanos.

Le dio la espalda y echó a andar por la maraña del bosque.

Mientras trepaba, corría y saltaba de rama en rama, empezó a sentirse un poco mejor. Poco a poco, sus músculos empezaron a relajarse, y fue como si empezara a despertar de verdad. Hasta olvidó, por un breve instante, la desaparición de su hijo. Era todavía joven: los de su especie alcanzaban a menudo los veinticinco o incluso los treinta años. Y mucho tiempo después de que sus antepasados lejanos hubieran salido arrastrándose de las alcantarillas para encontrarse, estupefactos, con la luz del Sol, su cuerpo, si no los rincones más profundos de su mente, estaba bastante bien adaptado a aquella forma nueva de vida.

Sí, mientras se desplazaba a gran velocidad por entre la vegetación, sentía una especie de júbilo. ¿Por qué no? Mucho se había perdido, pero eso no significaba ninguna diferencia para ella. Su breve momento bajo el Sol era aquel, y estaba allí para disfrutarlo. Mientras corría bajo el denso crepúsculo del bosque, sus labios se abrieron y lanzó una risotada furiosa. Era un reflejo que los hijos del hombre nunca habían perdido, a pesar de que, sobre la faz de una Tierra en proceso de curación, treinta millones de veranos habían llegado y habían pasado ya.

El bosque tropical de Remembranza formaba parte de *un* vasto cinturón forestal que rodeaba el talle del planeta, interrumpido solo por océanos y montañas. Eran bosques exuberantes, aunque habían tenido que pasar miles

de años tras el cese de las feroces depredaciones del hombre para que recobraran algo parecido a su antigua riqueza.

Este mundo reconstruido, cubierto de bosque, había dejado poco espacio para los descendientes de la humanidad. Así que los antepasados de Remembranza habían dejado la superficie y habían regresado al verde útero de las copas de los árboles. Había primates allí: monos cuyos antepasados habían logrado eludir a los famélicos humanos de los últimos días, supervivientes del gran evento de extinción. Al principio, los post-humanos eran más torpes que los monos. Pero seguían siendo relativamente inteligentes y estaban desesperados. No tardaron en completar la extinción que sus antepasados habían dejado inconclusa.

Después de eso, empezaron a proliferar. Pero la presión que los había expulsado de la superficie seguía allí.

Remembranza no sabía nada de esto. Sin embargo, en su interior conservaba un recuerdo molecular, una cadena ininterrumpida de material genético que se remontaba hasta el pueblo desaparecido que había tallado la roca para construir una carretera... y, a través de él, mucho más allá, hasta los tiempos en los que unas criaturas no muy diferentes a ellas habían trepado por árboles no muy diferentes a aquel.

Se detuvo en una rama cubierta de racimos de unas frutas grandes y rojas. Se sentó en cuclillas y empezó a alimentarse con rapidez: abría la cáscara, engullía el blando contenido y dejaba caer la cáscara a la oscuridad. Pero comía con la espalda pegada al tronco, y mientras lo hacía su mirada no dejaba de moverse de acá para allá, contemplando las sombras con temor, con movimientos rápidos y furtivos.

A pesar de su vigilancia, se dio un buen susto cuando el primer trozo de cáscara cayó sobre su cabeza.

Pegada todo lo posible al árbol, levantó la mirada. De las ramas que había sobre ella colgaba algo que parecían frutos: gruesos, oscuros y oscilantes. Pero a estos «frutos» les estaban saliendo manos, piernas, cabezas y ojos brillantes, y manos hábiles que le arrojaban cáscaras y trozos

de corteza y ramitas. Probablemente habían aguardado mientras se aproximaba y luego, silenciosamente, habían convergido sobre su posición. Hasta le arrojaron trozos de excrementos todavía calientes.

Y entonces empezaron los graznidos. Era una jerigonza estrepitosa y carente de sentido que llenó su cabeza y la desorientó, como era su propósito. Se acurrucó contra la rama, con las manos en los oídos.

Los Chillones eran parientes de la especie de Remembranza. También descendían del hombre. Pero vivían de forma diferente. Eran cazadores cooperativos. Todos ellos, desde que eran muy pequeños, participaban con una fría e instintiva disciplina en el acoso a cualquier presa o la defensa contra cualquier depredador. Era una estrategia que funcionaba: Remembranza había visto caer a más de uno de los suyos frente a aquel ejército.

A pesar de sus diferencias, hasta hacía un par de millones de años, las dos especies hubiesen podido cruzarse, aunque su descendencia habría sido infértil. Pero ahora era imposible. Se había producido una nueva división de especies, una de tantas. Para la Gente Chillona, Remembranza no era más que una amenaza potencial... o puede que una presa.

Estaba atrapada. Parecía haber Chillones en todas las ramas. Nunca podría pasar por encima de ellos para llegar a otro árbol. Solo había una forma de escapar: por la superficie.

No titubeó. Empezó a descender por el tronco, se dejó caer, utilizando las ramas para frenar su descenso, y escapó hacia las densas sombras del suelo del bosque.

Al principio los Chillones fueron tras ella, y los trozos de fruta y excrementos que le arrojaban caían como una lluvia a su alrededor, rebotando contra la corteza. Los oía mientras se extendían como un enjambre por el árbol en el que la habían acorralado, lanzando chillidos y gritos de absurdo triunfo.

Finalmente llegó al suelo. Su intención era alcanzar otro tronco, situado a unos cien metros de allí, lo que tal vez bastase para que los Chillones le permitiesen regresar sana y salva a la zona en la que vivían los suyos.

Avanzó, con los ojos muy abiertos y alerta, erguida.

Remembranza tenía caderas estrechas y piernas largas, reliquias de los tiempos de bipedismo de los simios que moraban en la sabana. Caminaba más erguida que cualquier chimpancé, más que la raza de Capo. Pero incluso erguida, sus piernas seguían ligeramente dobladas y su cuello un poco encorvado. Tenía hombros finos, brazos largos y fuertes. Y pies de buen tamaño, equipados con pulgares oponibles: en conjunto, estaba bien equipada para trepar y saltar. La vida en los árboles había moldeado a su especie, la selección había echado mano de diseños muy antiguos que, aunque extremadamente modificados, nunca se habían abandonado del todo.

En la superficie no se sentía cómoda. Al levantar la mirada, vio capas y capas de follaje, árboles que competían por la energía del Sol, absorbiendo toda luz salvo la más difusa. Era como dirigir la mirada hacia otro mundo, hacia una ciudad tridimensional.

En cambio, el suelo del bosque era un lugar húmedo y oscuro. Bajo su eterno crepúsculo crecían solo matorrales, algunas especies de plantas herbáceas y hongos. Aunque caía constantemente una lluvia de hojas y otros materiales desde las galerías superiores, la capa de materia superficial era muy fina: las hormigas y las termitas, cuyas ciudades se erguían por todas partes como monumentos desgastados por la erosión, se encargaban de ello.

Llegó junto a un enorme champiñón. Se detuvo y empezó a meterse la carne blanca y sabrosa en la boca. Había comido muy poco aquel día y había consumido mucha energía para escapar de los Chillones.

Detrás de un puñado de flacos retoños de árbol, algo se movía entre las sombras: formas enormes que gruñían y husmeaban el suelo. Remembranza se ocultó tras el champiñón.

Las criaturas emergieron de las sombras, vagamente perfiladas en la oscuridad verdosa. Poseían cuerpos fornidos e hirsutos, grandes cabezas y trompas cortas que escarbaban el suelo y recogían follaje y fruta de las ramas inferiores de los árboles. Con sus dos metros de altura, parecían elefantes de bosque, pero sin cuernos.

Sus pequeñas orejas puntiagudas y sus extrañas colas curvadas atestiguaban su auténtico linaje. Eran cerdos, supervivientes de una de las pocas especies domesticadas que había sobrevivido a la gran destrucción y dotados por la evolución de aquella forma eficiente. De hecho, los últimos elefantes auténticos se habían extinguido junto con el hombre.

Otras criaturas grandes y peludas aparecieron ante Remembranza. Se parecían también a los elefantes por su forma, y eran tan grandes como las anteriores. Pero mientras que aquellas tenían trompa pero carecían de colmillos, estos, sin trompa, poseían unos cuernos curvos que les servían, como en su tiempo los colmillos de los elefantes, para escarbar en la tierra y desenterrar raíces y tubérculos. Más asustadizos y agresivos que los cerdos, estos animales descendían de otra especie superviviente de las granjas del hombre, la cabra.

Los dos grupos de imitadores de elefante, las cabras y los cerdos, eran lo bastante diferentes como para compartir un mismo espacio, de modo que podían ignorar la presencia de los otros. Remembranza, aterrorizada, esperó a que se presentara la ocasión para escapar de aquellos descendientes de animales domésticos.

Y entonces olió un aliento en su nuca: el más tenue rastro de calidez, el aroma pútrido de la carne.

Inmediatamente, se echó al suelo. Ignorado a los cerdos y las cabras, corrió hacia el tronco del árbol y trepó lo más deprisa posible sujetándose a los pliegues de la corteza. No vaciló un segundo, ni siquiera para mirar atrás y ver qué era lo que se le había acercado tanto.

Pero lo vislumbró alguna vez mientras huía. Era una criatura del tamaño de un leopardo, de ojos rojos, miembros largos, grandes zarpas y poderosos incisivos.

Sabía lo que era. Era una rata. Cuando uno olía a una rata, echaba a correr.

Pero la rata lo seguía.

Para poder perseguir a sus presas a los árboles, las ratas-leopardo habían aprendido a trepar. Tenían zarpas, dedos oponibles para sujetarse a las ramas, unos antebrazos lo bastante largos como para columpiarse de rama

en rama e incluso una cola prensil. No trepaban tan bien como los mejores primates, como Remembranza. Aún no. Pero tampoco necesitaban ser tan buenos como los mejores. Solo hacerlo mejor que los peores, los débiles, los enfermos... y los desafortunados.

Así que Remembranza trepó y trepó hacia la pálida luz verde de los estratos superiores del bosque, cada vez más deprisa, ignorando el dolor abrasador que le recorría los brazos. De repente, se encontró con una luz cegadora. Estaba llegando a las últimas capas. Pero siguió trepando, porque no tenía alternativa.

Hasta que salió al exterior.

Había abandonado el verde tan precipitadamente que estuvo a punto de tropezar. Se agarró con todas sus fuerzas a una rama estrecha, que se inclinó alarmantemente bajo sus pies. La rama estaba cubierta de hojas que, verdes y brillantes, parecían beberse la luz del Sol.

Había alcanzado las ramas superiores de los árboles más altos. El dosel de vegetación era un manto verde que se extendía hasta el océano. Pero se veían los rocosos bordes del barranco en el que crecía su bosque, la antiquísima carretera de sus antepasados. No tenía a donde ir. Jadeando, exhausta con los músculos agotados temblando, no podía más que permanecer aferrada a aquella ramita. El Sol caía sobre ella, demasiado caluroso. A diferencia de sus antepasados, no estaba preparada para vivir al raso. Su raza había perdido la capacidad de sudar.

Pero la rata no la había seguido. Le pareció ver sus ojos rojizos un instante, como un destello, antes de volver a perderse en la oscuridad del bosque.

Durante una fracción de segundo, sitió una alegría desbordante. Echó la cabeza atrás y lanzó un grito de júbilo.

Puede que fuera eso lo que la delatara.

Primero sintió una brisa. Entonces hubo un frufrú casi metálico de plumas y una sombra que se cernía sobre ella.

Las garras se clavaron profundamente en la carne de su hombro. Sintió un dolor agonizante... que se multiplicó de pronto, cuando las garras la levantaron en volandas, suspendido el peso entero de su cuerpo de aquellos

jirones de carne. Estaba volando. Por un instante vio la tierra debajo de sí, dando vueltas, jirones de bosque, franjas de pastizales y arboledas de borametz, de color pardo, dispuesto todo ello sobre un paisaje volcánico roto y erosionado, y envuelto en un cinturón de agua resplandeciente.

En el mundo de Remembranza había depredadores feroces. Tanto en la superficie como en el cielo, como bocas rojas a tu alrededor, esperando para castigar el menor descuido. Al escapar de un peligro se había arrojado en brazos de otro.

El ave, con un feroz pico amarillo y ojos redondos orientados al frente, adaptados para las depredaciones en las tinieblas del interior del bosque, parecía un cruce entre una lechuza y un águila. Pero no era ninguna de las dos cosas. Aquel feroz asesino era en realidad descendiente de los pinzones, otro superviviente de la catástrofe humana.

El pinzón la estaba llevando hacia un complejo elevado de chimeneas volcánicas, el corazón erosionado de un volcán muy antiguo. A poca distancia, la hierba teñía de verde el suelo cubierto de restos, aunque interrumpido aquí y allá por el marrón de las arboledas de borametz. En lo alto de las repisas rocosas, Remembranza avistó nidos: nidos llenos de bocas rosas muy abiertas.

Sabía lo que pasaría si el pinzón conseguía llevarla hasta su nido.

Empezó a chillar, a debatirse y a propinarle puñetazos al pájaro en las patas y el vientre. Con la lucha, la carne de su hombro, donde las garras habían hecho presa, se desgarró aún más y el pelaje de los hombros se le llenó de sangre, pero a pesar de todo ignoró los latigazos de agonizante dolor.

El enfurecido pinzón graznó y batió furiosamente las alas, que la golpearon en la cabeza y la espalda. Su pico despedía un tufo como de carne podrida. Pero Remembranza era una presa muy grande, demasiado hasta para un ave gigante como aquella. Mientras se trababan en una torpe batalla aérea, homínido y ave se precipitaron a tierra. Finalmente, Remembranza logró hundir los colmillos en la carne más blanda que había sobre las garras escamosas del ave. Esta gritó y se estremeció con un espasmo. Abrió las garras.

... y Remembranza empezó a caer en medio de un repentino silencio. Lo único que oía era su respiración entrecortada y el azote del aire, como si se hubiese levantado viento. Todavía veía al pájaro. Una sombra que volaba en círculos sobre ella, cada vez más lejana. Alargó los brazos en busca de ramas o rocas, pero no había sitio donde sujetarse.

Curiosamente, ahora que estaba perdida en su peor pesadilla, precipitándose en el vacío, había dejado de tener miedo. Su cuerpo quedó fláccido, expectante.

Chocó contra un árbol. Las hojas y ramas le arañaron dolorosamente la piel al pasar como un proyectil entre ellas. Pero el follaje frenó su caída, y finalmente cayó sobre el suelo cubierto de hierba. Lastimada, cubierta de arañazos y magulladuras, pero entera. Durante varios segundos fue incapaz de moverse.

El shock hubiese sido mayor para un ser humano. ¿Quién era el culpable de aquella secuencia de calamidades? ¿La rata, el ave de presa, el conjuro de un enemigo, un dios malicioso? ¿Por qué había ocurrido? *¿Por qué a mí?* Pero Remembranza no se planteó estas preguntas. Para ella, la vida no era algo que se controlaba. La vida era una sucesión de episodios, fortuita, carente de propósito.

Así eran las cosas para los descendientes del hombre. Uno no vivía mucho. No moldeaba el mundo a su alrededor. Apenas entendía una parte pequeña de lo que le ocurría. Solo podía pensar en el ahora: respirar, buscar comida, escapar del próximo asesino.

Esperar y ver qué ocurría a continuación.

Cuando recobró el aliento, se puso a cuatro patas y se escabulló bajo la sombra del árbol que había frenado su caída.

II

Aquellos tiempos podrían haberse bautizado como Edad Atlántica.

Desde la desaparición del hombre, la danza tectónica de los continentes había continuado. El gran océano, nacido como una grieta en Pangea unos doscientos millones de años antes, seguía creciendo, impulsado por la materia volcánica que la grieta que separaba sus dos mitades seguía escupiendo al lecho. Las Américas se habían desplazado hacia el oeste y Sudamérica se había separado de su hermana del norte para reanudar su interrumpida carrera como continente aislado. Al mismo tiempo, los continentes que rodeaban a Asia se habían desplazado hacia el este, de modo que el Pacífico estaba cerrándose lentamente. Alaska ya había entrado en contacto con Asia y el puente continental que, sobre el estrecho de Bering, había aparecido y desaparecido a lo largo de toda la Edad de Hielo, volvía a estar abierto.

Se habían producido tremendas colisiones prolongadas en el tiempo. Australia había migrado hacia el norte hasta clavarse en el sur de Asia, y África había embestido las costas meridionales de Europa. Era como si los continentes estuvieran reuniéndose en el hemisferio norte, dejando el sur abandonado a la solitaria vigilancia de la helada Antártida. Pero la propia África se había fragmentado, pues la terrible herida ancestral del Rift Valley se había hecho más profunda.

Allí donde se encontraban los continentes, aparecían nuevas montañas. En el lugar que en su día habían ocupado las aguas del Mediterráneo se levantaba ahora una poderosa cordillera que se extendía hacia el este, hacia el Himalaya. Era la extinción definitiva del ancestral Tethys. No quedaba ni rastro de Roma: los huesos de emperadores y filósofos habían sido aplastados, fundidos y sumergidos en las entrañas de la propia Tierra. Pero mientras se erigían algunas montañas, otras se evaporaban como el rocío. El Himalaya había desaparecido, reducido por la erosión a una cadena de colinas, lo que había abierto nuevas vías migratorias entre la India y Asia.

Nada de lo que el hombre había hecho en su corta y sanguinaria historia había supuesto la menor diferencia en esta paciente reconstrucción geográfica.

Y mientras tanto, la Tierra, abandonada a sus propios recursos, había desplegado una serie de mecanismos curativos, tanto físicos como químicos, biológicos y geológicos, para recobrarse de las devastadoras acciones de sus habitantes humanos. La luz del Sol había disuelto los contaminantes de la atmósfera y el viento los habían dispersado. La turba había absorbido gran parte de los desechos metálicos. La vegetación había recolonizado los medios abandonados y las raíces habían fragmentado el cemento y el asfalto, mientras las zanjas y los canales desaparecían debajo del follaje. La erosión del viento y el agua había provocado el desplome final y las últimas estructuras habían acabado convertidas en arena.

Al tiempo que todo esto ocurría, el implacable proceso de variación y selección había seguido operando para repoblar un mundo vacío.

El Sol seguía ascendiendo. A pesar de todo lo que le había ocurrido a Remembranza, todavía no era ni mediodía.

Estaba perdida en una llanura cubierta de pasto, desde la que se veían, en la distancia, unas colinas volcánicas de color púrpura, algunos árboles y matorrales dispersos y alguna que otra arboleda de borametz, la nueva especie de árboles. Allí, a la sombra de aquellas colinas púrpura, la lluvia era intermitente y errática. El suelo solía estar reseco y en tales condiciones era imposible que los árboles se establecieran, con lo que se perpetuaba la ancestral dominación de las plantas herbáceas... o casi. Hasta las comunidades vegetales evolucionaba. Y ahora había aparecido un nuevo competidor frente a las herbáceas: los borametz.

El árbol que la había salvado en su caída no tenía frutos. Estaba agrietada y se aferraba afanosamente a la vida en el suelo reseco de aquel pastizal. Allí no había nada para comer, aparte de los escorpiones y escarabajos que se escabullían cuando levantaba las rocas, bichos que reventaban en su boca cuando los mordía.

En la lejanía vio un bosquecillo, a la sombra de las lejanas colinas de color púrpura, resplandeciente bajo la calima matutina. De forma vaga,

comprendió que si conseguía llegar hasta allí estaría a salvo. Puede que encontrase comida, e incluso otros como ella.

Pero el bosque estaba lejos. Los antepasados lejanos de Remembranza habrían recorrido sin miedo aquella franja de sabana. Pero ella no. Era una caminante demasiado torpe. Y, al igual que Capo, un chimpancé de otra época, su especie había recobrado el pelaje y había olvidado cómo se sudaba.

Así que se sentó allí, sin ningún plan en mente, esperando a que ocurriera algo.

De repente, una esbelta cabeza descendió desde el cielo. Remembranza chilló y se pegó al tronco del árbol. Vio unos ojos redondos y negros, colmados de asombro, en una cara fina y cubierta de pelaje, y dos largas orejas que caían sobre un elegante cuello. Era una cabeza de conejo, pero era grande, tan grande como la de una gacela.

El conejo-gacela decidió evidentemente que aquel asustado homínido no representaba ninguna amenaza para él. Siguió pastando en la hierba rala que crecía a la sombra del árbol.

Cautelosamente, Remembranza se arrastró hacia él.

Su visitante formaba parte de una manada que pastaba pacientemente por toda la llanura. Eran criaturas altas, dos veces más altas que ella. Delgadas y elegantes, parecían gacelas, pero eran, en efecto, descendientes de los conejos, como atestiguaban sus largas orejas y sus pequeñas colitas blancas.

Sus patas eran también de gacela. Las delanteras eran rectas y podían encajarse de modo que soportaran todo el peso del animal con poco esfuerzo. Pero desde la mitad de sus patas traseras hacia abajo, poseían unas articulaciones capaces de doblarse hacia atrás que, de hecho, eran tobillos. La parte inferior de la pata era como un pie alargado apoyado sobre dos dedos con forma de casco, mientras que la rodilla estaba cerca del torso, oculta bajo el pelaje. Las patas traseras estaban constantemente flexionadas, en una postura propia de un velocista, preparadas para echar a correr, la tarea más vital de la existencia de aquellas criaturas. Los pequeños triscaban entre las patas de los adultos. La manada se mantenía compacta y

no había un solo momento en que alguno de ellos no estuviera vigilando el pastizal.

La razón para esto no tardó en hacerse evidente. Uno de los machos más grandes levantó la cabeza, se puso rígido y huyó a la carrera. El resto de la manada lo siguió inmediatamente, levantando una nube de polvo.

Una figura negra y esbelta salió de detrás de un farallón rocoso. Era otra rata, de una variedad capaz de correr con la potencia de un guepardo. La rata-guepardo desapareció en el polvo, en pos de la manada de conejos.

Volvió la quietud. Durante un momento, nada se movió en la llanura, nada aparte de la trepidación del aire. El Sol empezó a descender desde su cénit. Pero el calor no perdió fuerza, y Remembranza empezó a sentir mucha sed.

Salió arrastrándose de su escondite. Su rostro casi humano, con la nariz recta, la boca y la barbilla pequeñas, se arrugó bajo la luz del atardecer. Se irguió cuan larga era y husmeó el aire. Se oía un mugido y un entrechocar de cuernos que parecía venir de la dirección opuesta al Sol, del este. Y olía a agua.

Empezó a correr hacia allí. Se movía a hurtadillas, saltando de sombra en sombra, apoyándose con frecuencia en manos y piernas. Aquella hija de la humanidad corría como un chimpancé.

Finalmente llegó a la cima de un farallón bajo de arenisca desgastada. Frente a ella se extendía un lago. Lo nutrían unos arroyos que descendían serpenteando desde las colinas lejanas, pero estaba cubierto de juncos y rodeado por una amplia corona de lodo. Encontró una acacia bajo la que refugiarse y se asomó desde allí, tratando de dar con el modo de llegar al agua.

En el agua, como siempre, se habían reunido los herbívoros para beber.

Había más conejos. Por un lado estaban las criaturas con aire de gacela como la que había visto antes. Pero también había grandes y fornidas criaturas que parecían bisontes y, corriendo entre sus patas, otras más pequeñas que brincaban y saltaban. Los conejos, numerosos y rápidos a la hora de reproducirse, se habían extendido y adaptado rápidamente tras la desaparición del hombre. Pero no todas las especies habían abandonado las

antiguas costumbres. Había todavía pequeños herbívoros, especialmente en los bosques, criaturas saltarinas y furtivas como sus antepasados.

Mientras tanto, los jabalíes salvajes, ajenos aparentemente al paso del tiempo, gruñían y hozaban entre el lodo. Si no había necesidad de cambiar, la naturaleza era conservadora. Y Remembranza distinguió también criaturas enormes y lentas que marchaban serenamente por las aguas poco profundas. Estaban emparentadas con las cabras que había visto en el bosque, solo que eran mucho más grandes, con patas gruesas como troncos y cuernos curvos como los colmillos de los mamuts. No tenían trompa —ninguno de aquellos rumiantes había desarrollado aquel truco anatómico tan particular— pero, como las jirafas, poseían grandes cuellos que les permitían alcanzar las suculentas hojas de las ramas más bajas o el agua del lago.

En el agua había también una manada de otros descendientes de las cabras. Tenían pies palmeados que impedían que se hundieran en el lodo y la arena. Cada uno de ellos tenía una máscara parecida a un pico delante de la cara. Hechos de cuerno, estos picos se utilizaban para escarbar entre los juncos suaves que crecían en la orilla de los lagos. Allí, pastando apaciblemente la vegetación de la orilla, aquellas cabras parecían nada menos que hadrosaurios, los dinosaurios con pico que se habían extinguido hacía muchísimo tiempo.

Y, al igual que los hadrosaurios habían sido el grupo más diverso de dinosaurios antes de la llegada del cometa, el redescubrimiento de una antiquísima estrategia estaba permitiendo que se produjera una nueva variación. En muchos de los cursos fluviales de las regiones tropicales del mundo, y en otras zonas, podían encontrarse ya muchas especies de cabras con pico, sutilmente diferenciadas entre sí por detalles en el diseño de los cuernos, el tamaño y las preferencias alimenticias.

Mientras tanto, alrededor de esta escena de herbívoros relativamente pacíficos que aplacaban su sed, vigilaban —como siempre había sido— los ojos intensos y calculadores de los carnívoros.

Si uno hubiese contemplado la escena con los ojos entornados, no le habría sido del todo imposible imaginar que los animales aniquilados por la

acción del hombre habían reaparecido. Pero en aquella nueva sabana africana los antiguos roles eran ahora desempeñados por nuevos actores, descendientes de criaturas que habían sobrevivido a la extinción del hombre y a las que habían resistido todos los intentos de este por extirparlas: las alimañas, especialmente las generalistas —estorninos, pinzones, conejos— y los roedores como las ratas y los ratones. Así que había conejos con forma de gacelas y ratas que ejercían de guepardos. Solo algunos detalles sutiles habían cambiado: el nerviosismo de los conejos y la intensidad y dureza de las ratas, que había sustituido a la lánguida elegancia de los felinos.

De repente ocurrió algo, un estrépito enorme, como si estuvieran partiéndose unos huesos. Dos de las grandes cabras-elefante habían iniciado una disputa. Sus cabezas se balanceaban sobre los grandes cuellos y los cuernos, elaboradamente curvados delante de sus caras, chocaron como barrocas espadas.

Remembranza se acurrucó bajo la sombra de su acacia. Mientras los herbívoros, perturbados por la batalla, empezaban a agolparse a su alrededor, se dio cuenta de que no estaba a salvo. El árbol, con tronco y todo, podía ser derribado y devorado en cuestión de segundos.

Y entonces los vigilantes depredadores se aprovecharon de la confusión.

Una manada de ellos emergió de su escondite. Eran más ratas, esbeltas y vulpinas, con largas y poderosas zancas y pies almohadillados. Moviéndose coordinadamente, avanzaron en formación triangular para separar a una de las cabras-elefante más viejas del resto de la manada. El gran macho, con los enormes cuernos astillados y desgastados por una vida entera de batallas, lanzó un rugido de furia y temor y emprendió la huida. Las ratas, corriendo muy juntas, salieron en su persecución.

Aquellos descendientes de las ratas eran como perros, pero al mismo tiempo no lo eran. Los característicos incisivos de los roedores habían sufrido sutiles modificaciones y habían pasado de ser dientes diseñados para procesar semillas e insectos a cuchillos de punta afilada. Sus molares posteriores eran como trituradoras, capaces de desgarrar la carne. Y se movían con mayor coordinación de la que nunca había poseído manada alguna de caninos, con una potencia líquida y deslizante. Pero, al igual que

los caninos, su estrategia principal era seguir a su presa hasta que estuviera exhausta.

Muy pronto, tanto la presa como sus perseguidores se habían perdido de vista. Las cabras-elefante reanudaron sus juegos y sus luchas, aunque algunos de ellos volvieron la mirada hacia el lugar en el que antes estaba el camarada desaparecido, recordando su ausencia.

Remembranza aprovechó el momento para salir de la sombra.

El agua estaba llena de porquería. Pero la recogió con las manos y se la echó en la boca, dejándose las palmas y los dedos cubiertos de légamo verde.

Desde el agua, dos ojos amarillos la observaban con abstracto instinto. Era un cocodrilo, por supuesto. Estos ancestrales supervivientes habían escapado del apocalipsis humano como tantas veces antes: recurriendo a la cadena trófica marrón de la agonizante tierra firme y enterrándose en el barro en las épocas de sequía. Y aun ahora, ningún animal, cerdo, conejo, primate, pez o ave, reptil o anfibio, había logrado desalojarlos de sus acuosos dominios.

Remembranza se estremeció y se apartó de la orilla.

Un nuevo depredador cruzó el farallón para acercarse al lago. Remembranza volvió a buscar refugio en la sombra, tapada por los colosales e impasibles cuerpos de la manada de cabras picudas.

Aquel depredador era también un roedor; una especie de ratón, de hecho. Pero no era como los felinos o los caninos. Llegó hasta la orilla del agua y se levantó sobre sus enormes patas traseras. Los herbívoros de la orilla se apartaron, asustados. Pero el ratón-raptor no estaba interesado en ellos. Con señorial desdén, introdujo su feroz hocico en el agua para probarla. A continuación, regresó a tierra firme, donde utilizó sus pequeñas manos, de aspecto débil, para arrancar matojos de hierba, como si quisiera hacer una demostración de fuerza.

Se parecía a los dinosaurios carnívoros del Cretácico. Sus antebrazos eran pequeños, poseía una cola gruesa para equilibrarse y sus patas traseras eran máquinas de hueso y músculo asombrosamente poderosas. Sus incisivos se habían desarrollado hasta convertirse en feroces armas

cortantes, que utilizaba con acometidas de la poderosa cabeza. El ratón-raptor era un tiburón de tierra firme, como un tiranosaurio, dueño de un diseño corporal redescubierto y dotado de devastadora eficacia. Y sin embargo, la arrogante criatura conservaba aún las mismas orejillas y el mismo pelaje marrón de los diminutos roedores de los que descendía.

El ratón-raptor pareció contentarse con el agua y la hierba. Lanzó un chillido, escupió y golpeo el suelo con la cola. Desde la distancia llegaron otras voces semejantes en respuesta, y más golpes.

Varios ratones-raptor se aproximaron al lago. Se dispersaron en abanico y olisquearon el aire. Algunas crías correteaban entre las patas de los adultos, forcejeando unas con otras y lanzándose dentelladas, con la misma curiosidad juguetona de los depredadores de todas las épocas.

Una vez estuvieron todos reunidos, los adultos se volvieron, abrieron la garganta y emitieron una especie de aullido sincronizado. Como respuesta, una manada de animales de una especie diferente se aproximó pesadamente al lago.

Eran criaturas grandes, tan grandes como las cabras-elefante. Avanzaban en grupo, con lentitud, empujándose unas a otras. Mientras se aproximaban a la orilla, aparentemente dirigidas por los ratones-raptor, iban mordisqueando la hierba que había bajo sus pies.

Sus cuerpos estaban recubiertos de un pelaje ralo. Tenían una cresta ósea en lo alto de la cabeza, y la forma de sus cráneos les permitía anclar los tremendos músculos de las mejillas que movían las inmensas mandíbulas inferiores. De hecho, sus cabezas se parecían bastante a la de aquellos pitecinos del pasado, los robustos. Sus orejas, como pegotes que sobresalían de los grandes cráneos, eran enormes y venosas, grandes aletas radiadoras diseñadas para refrigerar los enormes cuerpos. Aunque sus patas anteriores eran enormes para poder soportar su gran peso, tenían la misma y peculiar forma invertida de la de los conejos-gacela: patas concebidas para la huida.

Eran animales feos, grandes como elefantes. Pero no descendían de las cabras ni de los cerdos. Sus enormes y oscuros ojos, bajo el grueso arco superciliar, miraban el mundo hacia delante, con miedo y perplejidad.

Caminaban a cuatro patas, pero se apoyaban en los nudillos de las manos plegadas, como los gorilas de antaño.

Al igual que Remembranza, sus antepasados habían sido humanos.

Remembranza esperó a que las grandes y torpes criaturas hubiesen empezado a beber, empujándose unas a otras, con las grandes orejas extendidas bajo el aire de la tarde. Entonces escapó a hurtadillas.

El gran rebrote de la vida había tardado millones de años en completarse. En esta época, al norte del bosque tropical de Remembranza, se extendía una franja de bosque de latitudes templadas y pastos, una franja que se extendía por toda la Tierra, desde Europa-África a Norteamérica. Allí moraban criaturas parecidas a conejos, que se alimentaban del fresco follaje, mientras otras, parecidas a jabalíes y cerdos, escarbaban entre la maleza. En los árboles había ardillas y aves, y muchos, muchos murciélagos. Este grupo diverso de mamíferos había continuado proliferando y divergiendo y ahora existían algunas variedades nocturnas que habían perdido los ojos del todo, junto a otros que habían aprendido a competir con los pájaros por las presas más suculentas y numerosas que ofrecía el día.

Más al norte se extendían los bosques de coníferas, árboles de hojas perennes y puntiagudas, siempre preparadas para aprovecharse del menor rayo de luz. Había animales que se alimentaban de las ramitas y agujas jóvenes en verano, y de corteza, moho y líquenes el resto del año. La mayoría de ellos descendían de las cabras. Las variedades dotadas de pico, las que se parecían a los hadrosaurios, eran especialmente numerosas. Entre los depredadores se contaban los ubicuos ratones y ratas, pero había también ardillas carnívoras y enormes aves de presa que parecían estar tratando de emular a los pterosaurios de los cielos ricos en oxígeno del Cretácico.

En el extremo meridional de los continentes se había formado un cinturón de tundra. Allí, los descendientes de los cerdos y las cabras mordisqueaban el fino follaje del verano y se acurrucaban para pasar el

invierno. Al igual que los desaparecidos mamuts, algunas de aquellas criaturas habían alcanzado proporciones asombrosas para poder retener el calor, como inmensos peñascos redondos hechos de carne. En la tundra, las ratas depredadoras habían convertido sus incisivos en inmensos instrumentos perforantes que les permitían penetrar esas gruesas capas de pelaje y grasa. Se parecían en cierto modo a los tigres de dientes de sable del pasado. Existían incluso poblaciones de murciélagos migratorios que habían aprendido a subsistir de los vastos enjambres de insectos que se formaban durante las breves primaveras de la tundra.

Ninguna de aquellas especies, claro está, tendría jamás un nombre humano.

Había una diferencia clave en esta última recuperación de la vida, comparada con la que se había producido tras el gran trauma de Chixculub. Los roedores no habían evolucionado hasta diez millones de años después del impacto del cometa. Esta vez, en cambio, cuando había llegado el momento de la recuperación, había roedores por todas partes.

Los roedores eran competidores formidables. Nacían con incisivos preparados para roer. Estos dientes poseían raíces profundamente implantadas en poderosas mandíbulas: las ratas del pasado podían hasta desgastar el hormigón. Aquella dentadura les permitía aprovechar fuentes de sustento inaccesibles para otros mamíferos. Pero lo más importante era su capacidad de adaptación y proliferación. Los roedores crecían deprisa y se reproducían pronto. Incluso entre las especies gigantes, como por ejemplo las ratas-guepardo, las hembras tenían períodos de gestación cortos y carnadas muy numerosas. Muchas de las crías morían, pero cada uno de los bebés muertos era materia prima para el implacable proceso de adaptación y selección.

Si se les daban espacios vacíos para extenderse, los roedores eran capaces de evolucionar con mucha rapidez. En la gran recuperación que había sucedido a la extinción del hombre, los roedores habían sido los grandes triunfadores. A estas alturas, al menos en tierra firme, la Tierra podía definirse como el reino de las ratas.

Todo esto dejaba muy poco espacio a los descendientes de los humanos.

Arrinconados por los cada vez más feroces y confiados roedores, los post-humanos habían renunciado a la estrategia —una inteligencia superior — que había permitido su triunfo y había acarreado su desastre. Se habían retirado, buscando nichos seguros y utilizando estrategias pasivas. Algunos de ellos se habían convertido en corredores de pequeño tamaño, tímidos y rápidos en reproducirse. Eran como alimañas. Otros se habían escondido en la tierra. La especie de Remembranza había regresado al reino ancestral de los árboles, pero ahora, incluso este estaba sufriendo la invasión de las ratas.

Los humanos elefantinos habían explorado otra posibilidad: crecer tanto que su inmenso tamaño les ofreciera protección. Pero no habían alcanzado un éxito completo. Eso se veía en sus patas traseras de gacela. Puede que los elefantes de verdad no fueran capaces de correr muy deprisa; en sus días no había depredador que representara una auténtica amenaza para un proboscideano adulto. Frente al poder de las familias de depredadores roedores, los post-humanos elefantinos habían tenido que conservar la capacidad de huir.

Pero ni siquiera esto había sido suficiente.

Los ratones-raptor eran criaturas sociales. Su sociabilidad estaba profundamente enraizada y se remontaba a las estructuras coloniales de las marmotas y los perrillos de las praderas, que habían vivido en «ciudades» jerárquicas de millones de habitantes. Exploraban el territorio, en busca de presas o agua. Montaban turnos de guardia. Cazaban cooperativamente. Se comunicaban: los adultos se llamaban unos a otros continuamente con chillidos, gritos y golpes de las poderosas colas, cuya trepidación podía llegar muy lejos.

Para los post-humanos, la sociabilidad de estos raptores los convertía, sencillamente, en unos depredadores demasiado efectivos. El número de grandes herbívoros había empezado a disminuir.

Pero eso tampoco convenía a los raptores. De modo que, con el tiempo, los elefantinos y los ratones-raptor habían desarrollado una especie de simbiosis. Los roedores aprendieron a proteger a las manadas de torpes y estúpidos elefantinos. Su presencia mantenía a raya a otros depredadores.

Utilizando su comportamiento y ciertas señales, podían advertir a los elefantinos de otros peligros, como por ejemplo los incendios. Podían conducirlos hasta el agua y los pastos.

Lo único que pedían a cambio era su libra de carne.

Los elefantinos lo aceptaban pasivamente. No tenían alternativa. Y, con el paso del tiempo, la selección los había adaptado a sus nuevas condiciones. Si los raptores alejaban a los demás depredadores, ¿para qué ser rápido? Y si se encargaban de pensar por ti, ¿para qué ser listo?

Al mismo tiempo que sus cuerpos crecían, los descendientes del hombre se habían despojado del peso del pensamiento y sus mentes habían menguado. Eran como gallinas domesticadas, criaturas que habían sacrificado el cerebro a cambio de mejores intestinos y un sistema digestivo más eficaz. Cuando uno se acostumbraba a ello, no era tan malo. Bajo la tutela de los ratones-raptor, incluso había aumentado su número. No era tan malo, siempre que apartaras la mirada cuando sacrificaran a tu hermana o tus hijas.

Ser el ganado de los roedores no estaba tan mal.

El cielo empezó a oscurecerse. Así que Remembranza encontró un grupo de acacias y trepó cautelosamente a la copa de la más alta. Tendría que servirle. Al menos no estaba en el suelo.

Al desaparecer la luz, aparecieron las estrellas: era un cielo abarrotado.

El sistema solar, en su interminable avance por la galaxia, estaba ahora pasando por una nube de polvo y gases interestelares, tan grande que se extendía a lo largo de varios años luz. Los astrónomos humanos lo habrían visto venir. Era la vanguardia de una poderosa burbuja de gas dejada por la explosión de una supernova ancestral, y su núcleo era una región en la que se formaban estrellas. Así que el cielo era una imagen espectacular, llenos de estrellas brillantes y nuevas.

Pero no había nadie en la Tierra que pudiera entenderlo. Remembranza pasó una noche en vela escuchando los chillidos, golpes y rugidos de los depredadores, mientras en el cielo flotaban constelaciones sin nombre.

III

Los primeros cientos de asteroides que los astrónomos habían descubierto orbitaban en un cinturón situado entre Marte y Júpiter, razonablemente lejos de la Tierra. Estas rocas espaciales eran una curiosidad, apenas un desafío teórico para los estudiosos de los orígenes del sistema solar.

El hallazgo de Eros había levantado una auténtica polvareda.

Los científicos descubrieron que Eros orbitaba alrededor de Marte: de hecho, en su punto de máxima proximidad a la Tierra cubría más de las tres cuartas partes de la distancia que separaba a ambos planetas. Más tarde, se descubrió que había otros asteroides que llegaban a cruzarse con la órbita de la Tierra, lo que los convertía en candidatos para una colisión potencial con nuestro planeta.

Eros, el primer descarriado, no fue olvidado nunca. Mientras hubiera gente para preocuparse por tales cosas, el asteroide sería una especie de héroe silencioso entre los suyos, mejor conocido que ninguno.

Al comienzo del siglo XXI, Eros fue el destino de la primera sonda espacial que se enviaba a un asteroide. La sonda se llamaba NEAR, por *Near Earth Asteroid Rendezvous* («encuentro con un asteroide próximo a la Tierra»). Al terminar la misión, se hizo aterrizar la sonda en la antiquísima superficie del asteroide. Los primeros astrónomos le habían puesto el romántico nombre del dios griego del amor. Hubo muchas bromas sobre el «beso» que la sonda había dado a la roca del asteroide y a la prensa, como cabía esperar, le encantó que el contacto se produjera un día antes del Día de san Valentín.

Pero en aquellas circunstancias, el nombre del asteroide no podía haber sido más inapropiado.

Hacía tiempo que se había llegado a la conclusión de que Eros, con su excéntrica órbita alrededor de Marte, no corría el peligro de colisionar con la Tierra. De hecho, parecía mucho más probable que acabase por chocar con el propio Marte.

Pero Marte ya no estaba.

Y el asteroide, a lo largo de un período suficientemente prolongado, había respondido a las sutiles presiones del campo gravitatorio de los planetas, la rotación del Sol y sus propias y complejas inestabilidades dinámicas, y su órbita había evolucionado. Un millón de años después de la desaparición de la humanidad, Eros se había aproximado a la Tierra... se había aproximado mucho, lo suficiente, de hecho, para ser visible en su cielo, como un gran ojo, de haber existido alguien para mirarlo.

Unos veintinueve millones de años después, estaba aproximándose más aún.

Atrapada en su acacia, Remembranza sentía molestias en la piel. Se rascó el vello tratando de quitarse las garrapatas e insectos que se alimentaban de su sangre o ponían sus irritantes huevos bajo su piel. Pero había sitios a los que no llegaba, como la parte trasera de la espalda, y, naturalmente, era allí donde se concentraban los parásitos.

Era una molestia que le recordaba lo sola que estaba. A medida que declinaba el lenguaje, el hábito de rascarse y acariciarse había regresado para recobrar su antigua función de servir como cimentador de la sociedad. (Nunca había llegado a desaparecer por completo, de todos modos.) Pero Remembranza no había disfrutado de las manos de ningún congénere desde la pasada noche, cuando estaba acurrucada junto con su madre en su nido.

Acalorada, molesta, hambrienta, sedienta, esperó entre las acacias hasta que el Sol volvió a levantarse en el cielo.

Entonces, al fin, bajó de su árbol.

La gente-elefante y sus guardianes roedores habían desaparecido. Por los vacíos y polvorientos pastizales apenas se movía nada. Más allá de una neblina, al este, atisbó una mancha negra que tal vez fuera una manada de

elefantinos, cerdos o cabras, o puede que incluso homínidos. Al oeste se movía algo, alguna criatura de pelaje marrón. Puede que fuera una rata depredadora con sus cachorros.

Al norte, donde se levantaban las montañas de color púrpura, se levantaba aquella extensión de vegetación. Volvió a sentir el impulso de dirigirse en línea recta hacia el tentador abrazo del bosque.

Desnuda y con las manos vacías, se puso en marcha por la llanura. De vez en cuando se encorvaba para dejar que sus nudillos cargaran con parte del peso. Era una figura diminuta atravesando una enorme y desnuda parcela, con la única compañía de la sombra que pisaban sus pies.

No encontró agua, ni nada que echarse a la boca aparte de algunos puñados de hierba. A medida que avanzaba, su sed iba en aumento. Reinaba un silencio pesado. Al poco tiempo, era como si en su vida no hubiera otra cosa que aquella caminata, como si sus recuerdos de una vida entre la vegetación y la familia fueran tan absurdos como los sueños en los que caía.

De repente se encontró bajando una ladera en dirección a una cuenca de varios kilómetros de diámetro. Ante aquella inmensa depresión, titubeó.

Había un valle tallado en el fondo de la cuenca —un valle excavado tiempo atrás por un río— pero desde donde se encontraba se podía ver que el valle estaba seco. La vegetación era diferente a la de la llanura. No había árboles, los matorrales eran muy escasos y el verde solo aparecía aquí y allá, en manchones dispersos. Pero, en cambio, todo estaba cubierto por una capa de hojas de color violeta que trepidaban bajo el viento.

Desconfiar de todo lo nuevo era una buena regla de tres. Pero aquella cuenca se encontraba justo en su camino y para llegar al bosque, todavía muy lejano, no tenía otro remedio que atravesarla. Además, no había animales en ella, ni herbívoros ni depredadores.

Así que volvió a ponerse en marcha, cauta, vigilante.

El manto de color violeta estaba formado por flores que crecían en grandes matojos, algunos de ellos tan altos que le llegaban a la altura del talle, entre briznas de hierba pálidas y finas. Se adentró entre las flores hasta que la rodearon por completo. Pero siguió sin encontrar agua.

Antaño allí se había levantado una ciudad. Incluso ahora, mucho después de la caída de la civilización, el suelo estaba tan polucionado que solo las plantas capaces de tolerar el metal podían sobrevivir allí, como por ejemplo aquellas flores de pétalos violetas.

Al cabo de un rato, las flores empezaron a desaparecer. En el corazón mismo de aquel extraño lugar llegó a la orilla del antiguo río. El lecho estaba seco, lleno solo de polvo: antiquísimas transformaciones geológicas se habían llevado hacía tiempo el agua que corría por aquel canal. Remembranza bajó al fondo y trató de escarbar el polvoriento sustrato, pero tampoco allí pudo encontrar ninguna humedad.

Tras salir del lecho seco del río, no tardó mucho en encontrar un nuevo obstáculo.

Había árboles, retorcidos, de aspecto resistente, junto a termiteros y antiguos hormigueros, como estatuas en medio de una llanura seca y sin vida. No era un bosque, sino más bien algo parecido a un parque, con árboles aquí y allá, rodeados por jardincillos de termiteros y hormigueros. Eran los árboles borametz, la especie nueva. La visión despertó profundos e instintos sentimientos de intranquilidad en Remembranza. Algo en su interior sabía que aquel no era el tipo de paisaje en el que habían evolucionado los homínidos.

Pero aquel país de hormigas y termitas era otra barrera levantada en su camino, y se extendía a derecha e izquierda hasta donde alcanzaba la vista. El Sol acababa de emprender el descenso hacia el horizonte y ella estaba cada vez más hambrienta y sedienta.

Dio un paso adelante.

Algo le hizo cosquillas en el pie. Dio un grito y retrocedió de un salto.

Había interrumpido una fila doble de hormigas. Iban y venían desde un hormiguero —se veían los agujeros en el suelo—, siguiendo un camino que conducía a las raíces de uno de los árboles. Se agachó y empezó a recoger las hormigas con las manos. Cogió más tierra que insectos, pero al menos logró meterse algunas en la boca y las masticó. Las demás, ajenas al destino sufrido por sus congéneres, siguieron pasando por encima de sus pies.

El árbol hacia el que se encaminaban aquellas hormigas no tenía nada de espectacular: era bajo y achaparrado, con un tronco grueso y nudoso, las ramas cubiertas por pequeñas hojas redondeadas y raíces muy anchas que se extendían unos centímetros por el suelo antes de hundirse en él como dedos excavadores.

Remembranza se aproximó al Borametz y lo inspeccionó con escepticismo. No había frutos en sus ramas. En la base del árbol, cerca de las raíces, crecían unos racimos de algo que parecían nueces de cáscara dura. Pero eran muy poco numerosas, apenas una docena. Al tratar de arrancarlas descubrió que eran demasiado sólidas y las cáscaras, demasiado duras para sus dientes. Arrancó algunas hojas y las probó. Eran amargas y secas.

Al final abandonó. Tiró las hojas y se aproximó a una fuente de alimentó más prometedora. El termitero más próximo, un gran cono de barro endurecido y con forma irregular, era tan alto como ella. Regresó al árbol a buscar una ramita. En el pasado había practicado la pesca de termitas, aunque no se le daba tan bien como a Capo. Ni siquiera era tan experta como los chimpancés de tiempos del hombre. Pero tal vez pudiera conseguir las suficientes para aplacar su hambre...

De repente, entrevió una cabeza puntiaguda y unos incisivos como cuchillas que cortaban el aire. *Rata.* Saltó para encaramarse a las ramas del borametz. Eran estrechas, enmarañadas y difíciles de asir. Pero se subió a ellas a pesar de todo, porque era lo único que tenía.

Era un ratón-raptor: un miembro de la colonia que había llevado a los homínidos elefantinos hasta el lago. Con un agudo chillido de rabia, el raptor se levantó sobre las patas posteriores, arrancó el follaje con los incisivos ensangrentados y golpeó como un ariete el tronco del borametz con su poderoso cráneo.

Joven, inquieto, inquisitivo, el raptor nunca había cazado una criatura como aquella. Seguir el rastro de Remembranza hasta allí había sido un juego divertido. Pero ya se había cansado de jugar y había empezado a sentir deseos de probar a qué sabía.

La nudosa corteza del borametz le arañaba la piel a Remembranza. El raptor no podía alcanzar las ramas. Pero bajo las poderosas acometidas de su cabeza, el tronco entero se estremecía, y Remembranza se dio cuenta de que no tardaría mucho en caer, como una fruta madura. Embargada por el pánico, trepó por las ramas, tratando de alejarse lo máximo posible del raptor.

Pero las ramas del borametz eran frágiles y se partían con facilidad. Habían evolucionado así para impedir que los pájaros, los murciélagos y los mamíferos trepadores se establecieran allí.

La rama en la que se apoyaba cedió de repente. Cayó al suelo... pero la tierra se colapso debajo de ella en una nube de polvo.

Sorprendida, volvió a caer una distancia parecida y se dio un fuerte golpe contra algo. Se volvió, aturdida. Sobre ella se veía un jirón de cielo y, delante de él, la cabeza de un raptor enmarcada por un techo roto e irregular de tierra compactada.

Y entonces la superficie sobre la que se encontraba volvió a ceder. Cayó de nuevo, acompañada por polvo y trozos de tierra. Chocó de nuevo con algo, más abajo aún. Los escombros le cubrieron la cara, y la boca y la nariz se le llenaron de polvo.

Olía como a leche: leche mezclada con orina y heces. Algo pasó sobre el vientre de Remembranza, algo pequeño pero pesado, caliente y sin pelo. Alargó la mano a ciegas. Sus dedos se cerraron alrededor de un torso desnudo, resbaladizo, húmedo. Unos brazos y piernas diminutos la golpearon débilmente. Estaba sujetando un niño sin pelo.

Pero entonces una de aquellas manitas se alargó hacia su pecho y unas garras se clavaron en su carne. Dio un grito y lanzó lejos la criatura. Oyó que chocaba contra algo con un ruido sordo y se escabullía en la oscuridad.

Entonces los sintió a su alrededor, por todas partes. Los oyó en la oscuridad, deslizándose, los vio a la tenue luz que reinaba allí.

Hombres-topo. Eso era lo que parecían. Tenían una piel floja y carnosa que les colgaba del cuello y del cuerpo. Eran lampiños: no tenían pelo en la cabeza, en los cráneos de color rosado y ni siquiera en las cejas y los párpados. Sus orejas eran pequeñas, vestigios del pasado, y su nariz tenía

forma de hocico. Hasta poseían bigotes. Pero, en cambio, no tenían ojos: en el lugar en que debían de haber estado no había más que capas de piel cubriendo las cuencas oculares.

Tenían brazos, piernas, torsos y cabezas de humanos. Pero eran de pequeña talla, como los jóvenes de la raza de Remembranza, aunque muchos de ellos eran adultos. Vio senos y penes atrofiados en aquellos cuerpecillos.

Ciegos o no, se apartaban de la luz como si les hiciera daño. Como un enjambre de alimañas, desaparecieron por los túneles que excavaban la tierra. Sus manos terminaban en garras con las que excavaban la tierra. Un roce de aquellas garras le había dejado profundas marcas en el hombro.

Estaba en un nido, un nido de gente que chillaba y excavaba la tierra. Impulsada por el profundo horror que le inspiraban aquellas caricaturas de post-humanos, un horror que no terminaba de comprender, gritó y alargó los brazos hacia la luz.

Y se encontró mirando a los ojos del ratón-raptor. El depredador lanzó un siseo y se preparó para saltar sobre ella.

Escapó por un túnel vacío.

Las paredes habían sido compactadas y pulidas por el paso de muchos, muchos cuerpos húmedos y el característico aroma a leche y excrementos flotaba por todas partes. Los hombres-topo habían construido aquella red de túneles para sus cuerpos delgados y pequeños, claro está, así que eran demasiado pequeños para Remembranza. Tuvo que arrastrarse estirada sobre el suelo. Los brazos y las piernas empezaron a dolerle enseguida. Era como estar atrapada en una tumba, en una pesadilla.

Pero al menos había luz. Unas chimeneas estrechas y sinuosas ascendían hasta la superficie. Finas y angulosas, su propósito era dejar que pasara el aire y ningún depredador. Pero la escasa luz que se colaba por ellas le permitió extraer una imagen parcial del lugar que estaba recorriendo.

Túneles, túneles por todas partes, un auténtico laberinto de ellos. Escuchó el eco de los espacios que la rodeaban, cámaras y túneles y nichos que se extendían en todas direcciones. De vez en cuando veía por un

momento a los hombres-topo: un miembro que arañaba o unas posaderas que se alejaban o una cuenca ocular lisa que miraba sin ver.

El miedo llenaba su mente. Pero no tenía más alternativa que seguir adelante.

Sin previo aviso, atravesó una pared fina y cayó de bruces en una cámara abarrotada. Los cachorros la rodearon como un enjambre, mordiendo y chillando.

La gran cámara estaba llena de crías, versiones en miniatura de los adultos que había visto antes. El hedor que flotaba en el lugar, una mezcla de excrementos, leche y vómito, era abrumador.

Con esfuerzo, se quitó las crías de encima. Casi todas ellas eran hembras. Sus suaves, cálidos y pequeños cuerpos eran aún más repulsivos que los de los adultos. Se volvió y trató de regresar al túnel por el que había entrado.

Pero entonces vio que varios adultos venían por allí. Estos no retrocedieron como los primeros con los que se había encontrado. Estos hombres-topo eran soldados, que acudían para proteger la cámara de las crías de la intrusa.

El primero saltó sobre ella con las garras extendidas. Remembranza levantó el brazo para protegerse la garganta. Bajo el peso de la criatura-topo cayó sobre la masa de pequeños.

El soldado era un adulto, una hembra. Pero sus pechos eran tan pequeños como los de un cachorro y sus genitales no estaban desarrollados. Era estéril. Sin embargo, chillando, mordiendo y arañando, luchaba tan ferozmente como si sus propios hijos estuviesen en peligro.

Remembranza podía haber sucumbido al asalto del Soldado, pero logró propinarle una patada a su enemiga por debajo del esternón. La pequeña criatura salió despedida hacia atrás y chocó con las que estaban tratando de seguirla, que se disolvieron en una temblorosa masa de miembros y garras.

En ese momento, Remembranza creyó ver la boca de un túnel al otro extremo de la cámara y se precipitó hacia allí. Corría a cuatro patas, entre los chillidos de las crías.

Pero los soldados fueron tras ella. Corrió por los túneles, eligiendo las intersecciones al azar. No sabía si estaba ascendiendo o adentrándose en la oscuridad. Pero de momento, lo único que importaba era escapar.

Atravesó otra pared, cayó, aterrizó sobre algo duro, un montón de rocas. No, no eran rocas, eran frutos, frutos grandes y duros, los frutos del borametz. Tropezó otra vez y cayó sobre una inmensa pila de semillas y raíces. La enorme cámara estaba repleta de comida.

Entonces llegaron los soldados, pegados unos a otros, husmeando.

Remembranza salló hacia el otro lado de la caverna y se pegó a la pared, tras una pila de semillas muy gruesas. Recogió frutos y empezó a arrojárselos con todas sus fuerzas. Era casi imposible fallar en aquel lugar estrecho y abarrotado y, en efecto, recibió la recompensa del crujido de las cáscaras contra las cabezas sin ojos de sus enemigos. Hubo chillidos y se extendió la confusión cuando la primera línea, al tratar de escapar de aquel demonio que los atacaba con proyectiles, empujó a los soldados que venían detrás.

Pero no todos los soldados retrocedieron. Varios se quedaron en la boca del túnel, siseando.

A Remembranza, exhausta y magullada, no le importaba ya demasiado. No podía salir de allí, pero los soldados tampoco podían alcanzarla. Dejó de lanzarles nueces.

Olía a humedad. Encontró un lugar en la pared de tierra, tras ella, en el que sobresalía una fina raíz de árbol. La había roto sin darse cuenta y ahora rezumaba una savia acuosa. Pegó la boca a la raíz y empezó a chupar la savia. Tenía un sabor dulce y le refrescó la reseca garganta. Luego encontró algunos tubérculos bajo el montón de nueces. En aquella oscuridad casi completa, mordió su dulce carne y sació su hambre Se tumbó en el suelo, con varios frutos apretados contra el pecho. Al poco rato, el siseo de los impotentes soldados dejó de parecerle más perturbador que el ruido de una tormenta lejana. Exhausta, confundida, aterrada, se quedó dormida.

Pero entonces algo se movió por la cámara, arañando, deslizándose. De mala gana, asomó la cabeza por encima de la barrera de nueces. Vio que había otros hombres-topo allí, pero no eran soldados. Parecían haberse

olvidado de su presencia. Estaban recogiendo los frutos y, pasándoselos unos a otros, sacándolos de la cámara. No tenía la menor idea de lo que estaba pasando. Ni siquiera poseía la capacidad intelectual necesaria para formularse la pregunta. Lo único que le importaba era que no representaban una amenaza para ella.

Volvió a tumbarse sobre su improvisado nido y, mordisqueando un trozo de tubérculo, se quedó dormida.

La forma de vida subterránea de los hombres-topo había nacido como respuesta a la aridez de aquel lugar y a la feroz amenaza de los depredadores. Ni siquiera las ralas podían alcanzarte si te enterrabas en el suelo.

Por supuesto, había que pagar algún precio. Generación tras generación, la gente había ido menguando para adaptarse a la creciente complejidad de los túneles. Y con el paso del tiempo, sus cuerpos habían sido moldeados por las restricciones de la vida en el subsuelo: los ojos, inútiles, habían desaparecido, las uñas se habían convertido en garras excavadoras, el vello corporal se había evaporado, con la excepción de los bigotes, que crecían de unos hocicos cada vez más grandes, y que representaban una gran ayuda para orientarse en la oscuridad.

La aridez había promovido la cooperación.

Los hombres-topo vivían de las raíces y los tubérculos, tesoros enterrados en la tierra. Pero en la sequedad de aquella región, los tubérculos crecían muy separados unos de otros y alcanzaban gran tamaño. Para las plantas era mejor así, porque los tubérculos grandes no se secaban con tanta facilidad. Sin embargo, un solo hombre-topo, excavando al azar, tenía muchas posibilidades de morirse de hambre antes de dar con uno de ellos. Pero si estaba dispuesto a compartir lo que encontraba, la colaboración de muchos congéneres excavando en todas direcciones ofrecía mayores posibilidades de éxito para el grupo en su conjunto.

Todos los post-humanos eran criaturas sociales, como sus antepasados, pero cada una de sus variedades se especializaba en la forma de desarrollar

este carácter social. Los hombres-topo la habían refinado al máximo. Habían acabado viviendo como insectos sociales, como hormigas, abejas o termitas. O puede que, más bien, como ratas excavadoras, los peculiares roedores que en el pasado habían infestado Somalia, Kenia y Etiopía y que se habían extinguido hace mucho tiempo.

Aquello era una colmena. No había ninguna mente consciente gobernándola. Pero tampoco era necesaria. La organización global de la colmena emergía de la suma de las interacciones de sus componentes.

La mayoría de los habitantes de la colmena eran hembras pero solo unas pocas de ellas eran fértiles. Estas «reinas» habían engendrado a las crías con las que Remembranza había topado en la cámara anterior. El resto de las hembras eran estériles. De hecho, nunca habían entrado en la pubertad y sus vidas estaban consagradas al cuidado, no de sus propias crías, sino de las de sus hermanas y parientes.

Desde el punto de vista genético tenía sentido, claro. De lo contrario no habría ocurrido. La colonia era una vasta familia, unida por lazos de consanguinidad. Al asegurar la preservación de la colonia, asegurabas que tu propio legado genético se transmitiera al futuro, aunque no fuera directamente a través de tu propia descendencia. De hecho, si uno era estéril, ese era el único modo de poder transmitir sus genes.

Más sacrificios. A medida que los cuerpos de los habitantes de aquella colonia menguaban, lo mismo le había ocurrido a sus cerebros. Allí el cerebro era algo superfluo. La colonia se encargaba de ti, al igual que los ratones-raptor se encargaban de los hombres-elefante que esclavizaban. Había cosas más importantes que hacer con la energía corporal que derrocharla en un órgano innecesario como el cerebro.

Y, con el tiempo, los hombres-topo estaban renunciando incluso a la más preciada de todas las características de los mamíferos: la sangre caliente. Como solo salían en raras ocasiones de sus madrigueras, no necesitaban una maquinaria metabólica tan costosa —y, además, los exploradores de sangre fría consumían menos comida que los de sangre caliente—. La transformación se llevaba a cabo sin sentimentalismos. Con el tiempo, el tamaño de la colonia decrecería más aún, hasta quedar

reducida a un tamaño imposible de manejar para ningún mamífero. En cuestión de un millón de años, los hombres-topo serían como diminutos lagartos y competirían con los reptiles y los anfibios que siempre habían habitado la micro-ecología.

Así que los hombres-topo siguieron escabullándose por sus corredores tapizados de esputo, moviendo los bigotes, temerosos e ignorantes. Pero en su sueño, sus ojos residuales, cubiertos de carne, se moverían velozmente mientras los asaltaban extrañas imágenes de llanuras abiertas en las que corrían y corrían.

Perdió la noción del tiempo. Suspendida en el sofocante calor de la cámara, dormía, comía raíces y tubérculos, y bebía agua de las raíces de los árboles. Los hombres-topo no la molestaban. Pasó allí días, sin pensar, sin otro impulso que el de comer, orinar, excretar, dormir.

Al final, sin embargo, algo la perturbó. Despertó y levantó la mirada, adormilada.

A la tenue y difusa luz de la cámara, vio que los hombres-topo entraban y salían por un estrecho pasadizo que había en el techo. Se movían en fila de a uno, a empujones pero con orden. La fláccida piel de sus pálidos cuerpos se arrugaba al apretarse unos contra otros. Los bigotes se estremecían. Las manos arañaban la tierra.

Aunque el ratón-raptor y otros peligros estaban todavía presentes en el fondo de sus pensamientos, Remembranza se encontró anhelando los espacios abiertos, la luz del día, el aire fresco, el verdor.

Esperó hasta que terminaron de pasar los hombres-topo. Entonces salió trepando de detrás del montículo de frutos y se abrió camino hasta la estrecha abertura del techo.

Era una especie de chimenea que ascendía hacia una grieta, tras la que asomaba un cielo tan púrpura que era casi negro. Aquella visión la impulsó, e introdujo el cuerpo por la abertura estrecha e irregular, arañando la tierra con las manos y los pies, los codos y las rodillas, obligando a sus pechos y

sus caderas a pasar por espacios que parecían demasiado pequeños para ellos.

Finalmente, su cabeza emergió al exterior. Aspiró el aire fresco a bocanadas y al instante sintió que recuperaba fuerzas. Pero el aire era frío. Era de noche, el momento más lógico para que los hombres-topo se aventuraran a salir. Sacó los brazos del agujero, se apoyó en la superficie, y con la fuerza de un animal acostumbrado a trepar a los árboles, se impulsó hacia arriba y extrajo su cuerpo del agujero como un corcho de una botella.

Había hombres-topo por todas partes, corriendo sobre las patas traseras y los nudillos, husmeando, arrastrando los pies y retorciéndose. Pero se movían coordinadamente. Marchaban en columnas que avanzaban entre los termiteros y hormigueros e iban y venían desde los borametz. Estaban recogiendo los frutos que crecían en racimos en las raíces de los árboles, frutos que a veces eran tan grandes como sus cabezas. Pero no trataban de abrirlos para sacar la carne. Ni siquiera los guardaban en sus despensas subterráneas. De hecho, vio Remembranza de repente, estaban sacando algunos de las cavernas.

Llevaban los frutos, uno por uno, hasta el límite de la arboleda. Una vez allí, los trabajadores excavaban en el suelo pequeños agujeros, en los que arrojaban las nueces antes de taparlos.

Cada borametz era el centro de una comunidad simbiótica de insectos y animales.

Las simbiosis entre las plantas y otros organismos eran muy antiguas: de hecho, las plantas con flores y los insectos sociales habían evolucionado al unísono, sirviendo a las necesidades de los otros. Y eran los insectos sociales, las hormigas y las termitas, los que primero se habían asociado a las estrategias reproductivas de la nueva especie forestal.

La simbiosis era una especie de trueque. Los servidores del árbol, fueran insectos o mamíferos, recogían las semillas de la base de los árboles, pero no las devoraban. Las almacenaban. Y cuando se daban las condiciones precisas, las transportaban a un lugar apropiado para plantarlas, normalmente en el linde de una arboleda ya existente, donde no tendrían que sufrir la competencia de otros árboles o plantas herbáceas ya existentes.

Y de este modo, la arboleda se extendía. A cambio de su trabajo, los servidores de los árboles recibían agua: agua extraída incluso en las regiones más áridas por las raíces del borametz, que excavaban el suelo hasta profundidades extraordinarias.

A los hombres-topo, con su sociedad cooperativa, sus cerebros de primate y sus manos todavía ágiles, no les había costado demasiado aprender a emular a las termitas y hormigas y empezar a cuidar a los borametz. De hecho, como eran más grandes, podían mover pesos mayores que los insectos, lo que había provocado el desarrollo de nuevas especies de borametz con semillas más grandes.

Para el borametz era una cuestión de eficiencia. Para plantar una generación nueva, tenía que invertir mucha menos energía que sus competidores. Así que aquella estrategia le permitía florecer en espacios donde los demás no podían ni sobrevivir. Poco a poco, a medida que sus servidores llevaban sus semillas incluso a las llanuras, los borametz estaban empezando a invadir los pastizales. Al fin, más de cincuenta millones de años después del triunfo de las plantas herbáceas, los árboles habían encontrado un medio para contraatacar.

Los borametz encarnaban la primera revolución vegetal desde la aparición de las plantas con flores, en los tiempos anteriores a Chicxulub. Y en las edades venideras —al igual que había ocurrido con la primera aparición de las plantas en la tierra, que había permitido a los animales abandonar el mar— esta nueva revolución vegetal tendría un profundo impacto en todas las formas de vida.

Mientras estaba allí sentada, todavía jadeando, observando el extraño comportamiento de los hombres-topo, Remembranza escuchó unas pisadas suaves y familiares y el siseo espantoso de un aliento. Volvió la cabeza, lentamente, tratando de permanecer invisible.

Era el ratón-raptor, la misma joven criatura que se había alejado de la manada de hombres-elefante para seguirla hasta allí. Se aproximaba a una fila de hombres-topo, que iban de acá para allá, plantando sus árboles, ajenos a la amenaza que se cernía sobre ellos.

Era como si quisiera cobrarse una pequeña venganza. Pocos roedores eran capaces de perforar las poderosas cáscaras de los frutos del borametz. A medida que esta especie de árbol se difundiera, las criaturas que se alimentaban de semillas y de las que derivaba aquel raptor —junto con aves y otras especies— se verían amenazadas por la merma de sus reservas de alimento, quedarían confinadas a espacios cada vez más limitados y, en algunos casos, acabarían por extinguirse.

El raptor tomó al fin una decisión. Se inclinó, utilizando su larga cola para equilibrarse y con sus delicadas zarpas delanteras, atrapó y levantó a una perpleja mujer-topo. Le dio la vuelva y, casi con delicadeza, le acarició el suave vientre.

La mujer-topo, aislada de la colonia por primera vez en su vida, divorciada de las sutiles presiones sociales que conocía, se debatió débilmente. Fue como si de repente hubiera emergido de un océano de sangre y leche, y estaba, por primera y última vez, completamente aterrorizada. Entonces, la cabeza del raptor descendió sobre ella.

Sus congéneres, apenas perturbados, siguieron pasando junto a los pies de su asesino.

El ratón-raptor se volvió, sacudiendo las orejillas. Y su mirada se clavó en Remembranza.

Sin dudarlo un momento, ella volvió a meterse bajo tierra.

Remembranza se quedó en la despensa varios días más. Pero ya no fue capaz de volver a sumirse en el sopor exhausto que hasta entonces la había rodeado.

Al final, fue la locura de los hombres-topo lo que la obligó a salir.

La estación había sido seca hasta para aquella región tan árida. Los hombres-topo estaban teniendo cada vez más dificultades para encontrar las raíces y tubérculos de los que se alimentaban. Las reservas de la despensa estaban mermando a marchas forzadas, y empezaron a ser reemplazadas por otras plantas, como las hojas violetas de las flores cobrizas. Pero aquella

dieta contenía elementos tóxicos. Gradualmente, el veneno se fue acumulando en la corriente sanguínea de los hombres-topo.

Y al final, todo se vino abajo.

Una vez más, los movimientos de los moradores de la caverna por la vacía despensa despertaron a Remembranza con un sobresalto. Pero esta vez no se movían en columnas ordenadas hacia las salidas, sino que corrían como un enjambre enloquecido, derribando paredes y techos en su afán por alcanzar la superficie.

Remembranza no se interpuso en el camino de sus garras ciegas y los siguió con cautela una vez hubieron pasado. Esta vez emergió a plena luz del día.

A su alrededor había un auténtico enjambre de hombres-topo. Eran muchos, muchísimos, corriendo por todas partes como un manto de carne temblorosa. En el aire flotaba su lechoso hedor y el ruido que hacían sus garras al arañar el suelo. Había muchos más de los que contenía la colonia: muchas colmenas se habían vaciado mientras aquella plaga de locura se extendía por las poblaciones envenenadas y medio embriagadas.

Los depredadores estaban empezando a mostrar su interés. Remembranza distinguió la forma sigilosa de una rata-guepardo y una manada de ratones parecidos a perros, mientras, sobre su cabeza, empezaban a descender las aves de presa. Para quienes se alimentaban de carne, aquello, una eclosión de pequeñas raciones del mismo suelo, era un auténtico milagro.

Todo formaba parte de una respuesta a la escasez de comida. Las abarrotadas madrigueras de los hombres-topo se habían vaciado al salir sus moradores a buscar comida en cualquier parte. Pero en el estado de embriaguez en el que se encontraban eran incapaces de protegerse o mostrar cautela. La mayor parte de aquella horda moriría aquel mismo día, en las bocas de los depredadores. Aunque, a la larga, no sería muy importante para las colmenas. Cada colonia retenía las suficientes reservas genéticas para sobrevivir. Y además, en aquellos tiempos de privaciones, no era necesariamente algo malo que su número se redujera. Los hombres-topo se

reproducían con rapidez y en cuanto volviera a aumentar el suministro de comida, las vacías cámaras y madrigueras volverían a llenarse.

Los genes sobrevivirían: eso era lo único que importaba. Incluso aquella demencia periódica formaba parte de un diseño a mayor escala. Pero muchas mentes pequeñas se extinguirían aquel día.

Mientras los depredadores empezaban a alimentarse, mientras el aire se llenaba con los crujidos del hueso y el cartílago, los chillidos de los agonizantes y la peste de la sangre, Remembranza escapó a hurtadillas de aquel lugar de locura y muerte, y reemprendió su interrumpida marcha hacia las lejanas colinas púrpura.

IV

Remembranza llegó al fin a una gran bahía, un lugar en el que el océano se adentraba en la tierra.

Descendió por la cara de farallones de arenisca. Antaño aquella zona había estado completamente sumergida y durante millones de años se habían posado capas sedimentarías sobre ella. Pero la tierra se había levantado, y los ríos y arroyos habían abierto enormes cavidades en el lecho marino emergido, con densos y profundos estratos, algunos de los cuales escondían todavía, atrapados entre espesas capas de arenisca, los restos de naufragios o los escombros de ciudades desaparecidas.

Remembranza llegó a la playa. Paseó sin acercarse mucho a las aguas, bajo la sombra de rocas y matorrales. La arena crujía bajo sus pies y sus nudillos, y se le metía entre el pelaje. Era una playa joven y la arena, demasiado reciente para haber cedido a la acción de la erosión, tenía todavía bordes afilados.

Llegó a un arroyo de agua dulce que descendía desde unas rocas hacia la playa. Donde el agua desembocaba sobre la arena había un grupillo de

árboles que se aferraba a la vida. Se agachó e introdujo la boca en el agua y empezó a beber a grandes tragos. Luego se metió en el agua y se echó agua sobre el pelaje, tratando de quitarse la arena, las moscas y las garrapatas.

Hecho esto, se echó a descansar a la sombra de los árboles. No había fruta en sus ramas, pero al menos el suelo cubierto de hierbas, fresco y húmedo, albergaba una nutrida comunidad de insectos, que engulló con avidez.

Frente a ella, el mar lamía suavemente la costa. El agua brillaba bajo la luz cegadora del Sol, que estaba muy alto. El mar no significaba nada para ella, pero su distante resplandor la había atraído siempre y estar allí le proporcionaba un extraño placer.

De hecho, el mar había sido el salvador de su especie.

Sometido a la acción de las fuerzas tectónicas, el Rift Valley había terminado por convertirse en un auténtico desgarrón en el tejido del continente africano. El mar había invadido la tierra y toda el África oriental, separada del continente, se había adentrado en lo que antes se llamaba el océano Índico para buscar su propio destino. El inmenso proceso se había desarrollado con tan tectónica lentitud que las criaturas que vivían en la nueva isla apenas se habían percatado de ello. Y sin embargo, para la especie de Remembranza, había sido un acontecimiento crucial.

Tras la caída de la humanidad, habían quedado reductos de supervivientes por todo el planeta. En casi todas partes, la competencia de los roedores había sido demasiado dura. Solo allí, en aquel fragmento aislado de África, un accidente geológico había salvado a los post-humanos al darles tiempo a desarrollar formas de sobrevivir a la implacable presión de los roedores.

Antaño aquel lugar, el África oriental, había sido la cuna de la humanidad. Ahora era el último refugio de los últimos hijos del hombre.

Había algo en el agua. Cautelosamente, Remembranza se pegó un poco más al árbol.

Era una gran forma negra, esbelta y poderosa, que nadaba con parsimonia. Pareció dar una vuelta sobre sí misma y una aleta que parecía el ala de un pájaro salió al aire. Remembranza distinguió una cabeza bulbosa

que se levantaba sobre la superficie del agua, con un pico que parecía un colador. En lo alto de este pico había dos fosas nasales que, con un ruido estruendoso, expulsaron sendos chorros de agua. Entonces el cuerpo se flexionó y se hundió bajo la superficie. Remembranza vio una cola por un instante, y entonces la criatura desapareció sin apenas dejar una onda en el agua, a pesar de su inmenso tamaño.

Tras la estela de aquel gigante, saltaron del agua otras formas poderosas y esbeltas, tres, cuatro, cinco de ellas. Describieron arcos elegantes por el aire, volvieron a sumergirse y luego repitieron la maniobra, una vez tras otra. Sus cuerpos tenían forma de pez, pero era evidente que aquellas criaturas, parecidas a delfines, no eran peces. Estaban equipadas con picos como los de las aves, terminados en largas pinzas de color naranja.

Detrás de los «delfines», a su vez, venían más seguidores, saltando y jugando como ellos sobre la superficie del océano. Mucho más pequeños, estos sí que eran peces. Sus húmedas escamas relucían y, al hacer sus cortos y convulsos vuelos sobre la superficie del agua, los cuerpos dorados sacudían a ambos lados unas aletas que por un momento parecían alas.

La «ballena» no era una auténtica ballena, ni los «delfines» eran delfines. Los grandes mamíferos marinos habían precedido al hombre en la extinción. Estas criaturas descendían de las aves: en concreto, de los cormoranes de las islas Galápagos del Pacífico que, empujados hasta allí desde el continente sudamericano por vientos contrarios, habían renunciado al vuelo y habían decidido explorar las aguas. Las alas y patas de sus descendientes se habían convertido en aletas, y sus picos en instrumentos especializados —para romper y cribar— que utilizaban para extraer comida del océano. A algunas de las especies de «delfines», incluso, habían vuelto a crecerles los dientes de sus antepasados reptiles: el diseño genético para los dientes había permanecido latente en su genoma durante doscientos millones de años, esperando a que fuera necesario que volviera a manifestarse.

Tan lentas que resultaban invisibles a la escala temporal en la que existía el ser humano, la adaptación y la selección eran sin embargo

capaces, si se les daban treinta millones de años, de convertir a un cormorán en una ballena, un delfín o una foca.

Y, curiosamente, todas las aves natatorias que Remembranza estaba viendo eran un legado indirecto de Joan Useb.

Mientras contemplaba la escena, una de las criaturas parecidas a delfines emergió del agua en mitad de una bandada de peces voladores. Los peces se dispersaron batiendo las rapidísimas alas, pero el pico del «delfín» se cerró sobre una, dos, tres de ellas, antes de que su cuerpo esbelto volviera a sumergirse.

El Sol estaba iniciando su largo descenso hacia el mar. Remembranza se levantó, se limpió la arena y reanudó su cautelosa marcha por la playa. Pero algo que había en el cielo la distrajo. Levantó la mirada temiendo que fuera otra ave de presa. Era una luz, como una estrella, pero el cielo estaba demasiado brillante como para que se vieran las estrellas.

La luz del cielo era Eros.

NEAR, la humilde sonda, muerta mucho tiempo atrás, había pasado treinta millones de años navegando sobre su asteroide por los espacios que se extendían más allá de Marte. La superficie expuesta había sufrido una erosión muy profunda y las paredes de papel habían quedado reducidas a un grosor de papel por interminables impactos microscópicos. El contacto de una mano humana hubiera bastado para que se desintegrara como una escultura de polvo.

Pero NEAR había sobrevivido hasta entonces, uno de los últimos artefactos creados por el hombre. Si Eros hubiese continuado con su excéntrico baile alrededor del Sol, puede que NEAR hubiera sobrevivido más tiempo. Pero no iba a tener la oportunidad.

El paso del asteroide por la atmósfera sería piadosamente rápido. La frágil sonda, en su regreso al planeta donde había nacido, se vaporizaría con un destello, una fracción de segundo antes de que el cuerpo con el que se había encontrado tanto tiempo atrás fuera aniquilado.

Los laboratorios evolutivos del planeta Tierra habían sido zarandeados muchas veces por monstruosas intervenciones del exterior. Esta era una más

de ellas. Sobre la brillante escena que Remembranza estaba contemplando iba a correrse muy pronto una cortina.

La propia Remembranza sobreviviría, al igual que los hijos que tendría en el futuro. Una vez más, el gran trabajo volvería a iniciarse: una vez más los procesos de variación y selección esculpirían a los descendientes de los supervivientes para que pudieran repoblar los maltrechos sistemas ecológicos.

Pero la capacidad de adaptación de la vida no era infinita.

En la Tierra de Remembranza, había muchas cosas nunca vistas entre las nuevas especies. Y, sin embargo, todas ellas no eran sino variaciones sobre temas ya antiguos.

Todos los animales nuevos compartían el mismo esquema corporal tetrápodo, heredado del primer pez que, jadeando, había emergido del lodo. Y todas las criaturas con columna vertebral formaban parte de un mismo *phylum:* un vasto imperio de vida. El primer triunfo de la vida multicelular había sido la llamada explosión cámbrica, unos quinientos millones de años antes de la era del hombre. En medio de un frenesí creativo, habían aparecido cientos de *phyla,* cada uno de los cuales era un grupo de especies significativo que representaba un diseño fisiológico fundamental. Todas las criaturas con columna vertebral pertenecían al *phylum* de los cordados. El *phylum* de los artrópodos, el más numeroso de todos, incluía a criaturas como los insectos, los ciempiés, los miriápodos, los arácnidos y los crustáceos. Y así sucesivamente. Treinta *phyla* habían sobrevivido a la primera gran explosión de la vida.

Desde entonces, habían aparecido y desaparecido especies, y la vida había sufrido grandes desastres y recuperaciones, una vez tras otra. Pero no había aparecido una *phylum* nueva, ni una sola, ni siquiera después del gran evento de extinción de Pangea, la mayor de todas las catástrofes. Incluso en aquel pasado remoto, la capacidad de innovación de la vida estaba muy limitada.

La materia prima de la vida era plástica y el inconsciente proceso de variación y selección, inventivo. Pero no infinitamente. Y con el paso del tiempo, cada vez lo era menos.

La culpa era del ADN. A medida que pasaban los años, el software molecular que controlaba el desarrollo de las criaturas había ido evolucionando también, y se había vuelto más rígido, más robusto, más controlado. Era como si, con cada reconstrucción del genoma, se hubieran eliminado defectos y material inútil, se hubiera desarrollado la coherencia del conjunto... pero al mismo tiempo se hubiera podado la capacidad de innovación, de experimentar cambios importantes. Extraordinariamente antigua pero teñida de conservadurismo por la complejidad endogámica de los propios genomas, la vida ya no era capaz de grandes novedades. Hasta el ADN se había hecho viejo.

Esta incapacidad de innovar era una oportunidad perdida. Y la vida no podía soportar muchos más golpes.

La luz del cielo se volvió extraña. Pero, decidieron rápidamente los instintivos cómputos mentales de Remembranza, no suponía ninguna amenaza. Se equivocaba. Purga, que había presenciado cómo se abatía sobre la atmósfera la Cola del Diablo de forma muy parecida, hubiese podido decírselo.

Antes de que el Sol hubiera tocado al horizonte, llegó por fin al bosque que llevaba días buscando, al pie de las colinas volcánicas. Levantó la mirada hacia los altos árboles que se extendían sobre ella, las copas que, parecía, intentaban alcanzar el cielo. Creyó ver formas esbeltas trepando por allí, y puede que aquellas sombras imprecisas fueran nidos.

No eran los suyos. Pero era gente, y puede que les gustara.

Abandonando la superficie, emprendió el ascenso hacia el confortable verdor de las copas.

Algo pasó volando junto a su cabeza. Era un pez volador que venía del mar. Mientras ella lo seguía con la mirada, ascendió hasta las copas, batiendo las alas con fuerza, y se posó torpemente en un nido, resollando con sus primitivos pulmones.

OceanofPDF.com

19

Un futuro muy distante

MONTANA, EN EL CENTRO DE NUEVA PANGEA
C. 500 MILLONES DE AÑOS DESPUÉS DE NUESTROS DÍAS

I

Postrera estaba escarbando en la tierra con la esperanza de encontrar un escorpión o un escarabajo. Era un mechón de pelaje de color naranja sobre el suelo teñido de óxido.

Estaba en una llanura lisa y reseca de roca de color carmesí y arena. Era como si alguien hubiese segado toda la vegetación con una vasta hoz y luego el viento hubiese barnizado el lecho de roca hasta darle un lustre cobrizo. Antaño, al oeste de allí se habían levantado unas montañas, conos de color púrpura y gris que aliviaban la monotonía del paisaje. Pero hacía tiempo que el viento había aniquilado las montañas, dejando solo grandes

abanicos de rocas dispersas sobre las llanuras, rocas que luego habían sido erosionadas hasta que no quedó ni rastro de ellas.

Medio millar de millones de años después de la muerte del último humano, se había formado un nuevo supercontinente. Dominado por el desierto, tan rojizo como el antiguo corazón de Australia, era como un enorme escudo pegado a la cara azulada de la Tierra. En esta Nueva Pangea, no había barreras ni lagos ni cordilleras. Podías ir de un lado a otro del mundo, del polo al ecuador, de este a oeste, pero todo era idéntico. Hasta el aire estaba lleno de polvo en suspensión, arrastrado por las habituales tormentas de arena que convertían al suelo en una cúpula de color caramelo. Se parecía más a Marte que a la Tierra.

Pero el Sol era un disco feroz que arrojaba calor y luz, con mucha más intensidad que en el pasado. Un humano se hubiera escondido, aterrado, de la bola de fuego que dominaba el cielo.

Bajo aquella mirada furiosa y tremenda, el calor caía pesadamente sobre la tierra, día y noche. No había otro sonido que el viento y el que hacían al arañar el suelo las escasas criaturas vivientes. Nada indicaba que antaño las cosas hubieran sido diferentes en aquel planeta rojo. La tierra parecía vacía, un lugar inmenso de resonante silencio, un escenario abandonado por los actores.

Muy por debajo de la tierra que Postrera estaba excavando —bajo quinientos millones de años de depósitos, bajo la sal y la arenisca de Nueva Pangea— se encontraba el lugar que en su día se había conocido como Montana. Postrera, de hecho, no se encontraba muy lejos de Hell Creek, donde los huesos de la madre de Joan Useb se había reunido por fin con los de los dinosaurios y los mamíferos arcaicos en los estratos que ella había explorado con tanto fervor.

Postrera no podía saber el papel que desempañaba en la historia, y mucho menos comprenderlo. Pero, en cualquier caso, era uno de los últimos miembros de su especie.

Postrera regresó a su casa. Su casa era un agujero tallado en la roca más dura, que le ofrecía alguna protección frente al viento. Allí era donde Postrera y su raza vivían sus penosas existencias.

El pozo parecía poco profundo. El suelo era suave y las aterrazadas paredes, poco empinadas. De hecho se trataba de una cantera, abierta quinientos millones de años antes por los seres humanos en el lecho de la roca. Aun pasado todo este tiempo, mientras las montañas aparecían y desaparecía, la cantera había sobrevivido casi intacta, como un mudo memorial a las obras del hombre.

En el fondo del pozo crecían algunos árboles borametz, solitarios y majestuosos, como centinelas, rodeados por todas partes por los termiteros que siempre los acompañaban. Eran árboles achaparrados y feos, un desafío frente al tiempo. Poco más vivía allí, aparte la gente y los demás organismos simbióticos, y muchas, muchas criaturas minúsculas que excavaban el suelo.

Mientras Postrera descendía por las paredes del pozo, cambió el viento y empezó a soplar desde el oeste, desde la dirección del océano interior. Poco a poco, el nivel de humedad fue aumentando. Finalmente, sobre los restos de las montañas que se alzaban al oeste empezaron a formarse unas nubes negras.

Postrera escudriñó el cielo del oeste. En toda su vida, nunca había llovido allí. La mayoría de las nubes que llegaban desde el lejano océano soltaban su carga de lluvia mucho antes de llegar a un lugar como aquel, situado tan al interior del supercontinente. Haría falta una tormenta poderosísima para derribar las inmensas defensas de la árida llanura, un monstruo de los que solo se veían una vez en la vida. Pero eso era precisamente lo que estaba aproximándose en aquel momento. Podía sentirse en el aire, algo andaba mal.

La gente regresó corriendo a su Árbol y se encaramó a sus ramas protectoras. Corriendo, sí... pero a pesar de ello, con lánguida lentitud, como si estuvieran nadando por el denso calor de la atmósfera.

A sus diez años, Postrera parecía un monito. Tenía miembros largos, un torso estrecho y hombros pequeños: incluso ahora, en aquellos

descendientes lejanos de la humanidad, la tipología corporal básica todavía perduraba. Su esbelto cuerpo estaba cubierto de un pelaje tupido, de color rojo brillante, como la arena. Poseía una cabeza pequeña de amplio ceño y una cara móvil y expresiva: una cara muy humana, de hecho. Poseía pequeñas aletas de piel, parecidas a párpados, con las que podía cubrir las orejas, la nariz, el ano y la vagina para atrapar la preciada humedad. Su ceño era muy protuberante, caso como si su raza hubiera vuelto a desarrollar los grandes cerebros de la época humana, pero tras aquella frente no había más que hueso esponjoso, una serie de cavidades que funcionaba como sistema de refrigeración para mantener el cerebro fresco.

Y, aunque era ya adulta, su cuerpo parecía el de un niño. Funcionalmente hablando, era hembra —la gente todavía daba a luz— pero ya no había machos y el género carecía de significado. No tenía pechos, ni siquiera un vestigio de pezones. En aquellos tiempos, la leche materna no era necesaria, ni tampoco la elaborada superestructura de un cerebro de gran tamaño. El Árbol se encargaba de todo por ti.

Y no era bípeda. Eso resultaba evidente al ver cómo avanzaba por el árbol: sus brazos y piernas estaban hechos para columpiarse y para trepar, y sus pies para asir, no para caminar erguida. El experimento locomotivo del bipedismo había caído en el olvido hacía mucho tiempo. Comparada con sus ancestros, era lenta, letárgica, como toda su raza.

Una vez en el Árbol, Postrera buscó a su hija.

El capullo vegetal de la pequeña estaba apoyado en la esquina de una rama baja. Con la frente cubierta de mechones de pelo anaranjado, la pequeña estaba a salvo en el interior de las hebras blancas. Mientras la savia del Árbol pasaba por la pálida raíz umbilical que comunicaba el Árbol con su estómago, la cría se agitó y murmuró. Tenía el pulgar firmemente encajado en la boca y disfrutaba de sueños vegetales.

... Algo iba mal. La capacidad analítica de Postrera no era gran cosa, pero su instinto le decía que era así. Palpó el pelaje rojizo y enmarañado del vientre de la cría y alisó con las manos las hebras algodonosas del capullo. La pequeña emitió un suave maullido y se volvió en sueños. Nada de lo que

Postrera hizo pudo calmar su desazón. Intranquila, volvió a cerrar las paredes del capullo.

Se levantó la brisa, como una inmensa exhalación.

Postrera se encaramó un poco más a las ramas del Árbol. Apresuradamente, envolvió su propio cuerpo en su capullo y se encerró entre las hojas. Eran gruesas y duras, como placas de cuero reforzado. Los demás estaban subiendo a las ramas y haciendo lo mismo, y era como si al árbol estuvieran creciéndole de repente enormes frutos negros.

Las nubes empezaron a acumularse sobre ellos, bloqueando el calor de aquel Sol demasiado intenso. Postrera levantó la mirada. La curiosidad no era muy útil allí, en las inmensas extensiones de tiempo y espacio de un mundo en el que había tan pocas diferencias, pero aquel día ocurría algo diferente. Nunca había sentido un aire tan húmedo, pesado y opresivo como aquel, nunca había visto nubes negras que se hincharan de aquel modo.

Y en el último momento antes de que se desencadenara la tormenta, vio algo completamente nuevo.

Sobre la llanura desgastada por el tiempo, había una esfera. Era dos veces más alta que ella. No era azul como el cielo de la tarde, ni rojo óxido como la superficie, ni del color de la arena y la tierra, como la mayoría de las criaturas del mundo. Su color era una mezcla reluciente y trémula de púrpura y negro, colores de la noche.

En aquel día de cosas insólitas, aquello era algo extraordinario. Incapaz de comprenderlo, lo contempló, boquiabierta. Pero tuvo la sensación de que aquella cosa nueva no era de aquel mundo. Y en esto tenía razón.

Pero entonces se oyó el crujido de un rayo y Postrera, con un maullido, enterró la cara entre el follaje. Las hojas se cerraron sobre ella y sellaron el capullo por completo. En la cálida oscuridad, el aire se volvió húmedo y confortable. Pero cuando apareció la raíz umbilical tanteando en busca del orificio-válvula de su estómago, la apartó. Estaba allí buscando refugio; aquel día no tenía nada para el Árbol.

Y entonces se desencadenó la tormenta.

Desde el oeste llegaron vientos y nubes de polvo, como una muralla roja. Las plantas secas quedaron reducidas a fragmentos. Hasta los Árboles

se vieron sacudidos y perdieron algunas ramas. La gente y las otras criaturas simbióticas, zarandeadas en el interior de sus capullos, estaban aterrorizadas.

Las primeras gotas de lluvia, pesadas como balas, presagiaban un inmenso aguacero. La lluvia era tan densa que empezó a erosionar incluso las superficies rocosas de los antiguos termiteros. No había nada que pudiera absorber el agua, ni hierba para consolidar los suelos. En cuestión de pocos minutos, discurría aceleradamente por los surcos del suelo y los lechos de arroyos antiguos. Una gran ola de lodo descendió como una cascada sobre la cantera. El agua corría turbulenta por entre las raíces del Árbol, teñida de rojo por el lodo.

Pero la lluvia se disipó tan deprisa como había llegado. Las nubes desaparecieron, empujadas a enorme velocidad hacia el interior del supercontinente. La inundación remitió, engullida en cuestión de instantes por la tierra reseca.

No se había visto una tormenta como aquella desde que la madre de Postrera abriera los ojos por primera vez. Nada en la experiencia de Postrera la había preparado para un aguacero tan catastrófico, pero el Árbol, a su lenta y vegetal manera, comprendió lo que estaba ocurriendo.

Mientras Postrera se encogía, aterrada y confundida, en el interior de su capullo, sintió una palpitación coriácea a su alrededor. Quería quedarse allí, en la húmeda oscuridad, en lugar de afrontar lo que quiera que hubiese tras las paredes protectoras. Pero el objetivo de aquel movimiento era hacer que se sintiera intranquila, inquieta. El Árbol quería que se marchara, que se pusiera a trabajar.

Apoyó la espalda en la pared del capullo y empujó. Las hojas se separaron unas de otras con un húmedo sonido de succión. Cayó del Árbol y aterrizó sobre el lodo.

Sus congéneres estaban cayendo también a su alrededor. Daban pasos temerosos, apoyándose sobre los nudillos. El barro era extraño: pesado, pegajoso, se adhería a sus brazos, sus manos y sus piernas.

El Sol feroz estaba brillando de nuevo y el lodo ya había empezado a secarse. El agua se evaporaba y la superficie volvía a endurecerse. Pero

durante aquellos minutos escasos e insólitos, la superficie fue una cacofonía de ruidos y movimiento. Delante de sus mismos ojos estaban brotando zarcillo, hojas e incluso flores. Eran semillas que llevaban siglos latentes y que el agua había hecho despertar. Pasados unos momentos, empezaron a reventar los sacos con un ruido seco y las semillas salieron despedidas por todas partes. Ciclos reproductivos enteros se completaron en cuestión de minutos.

Emergieron insectos de sus escondrijos para bailar y aparearse sobre los pasajeros charcos. El suelo estaba lleno de insectos, hormigas, escorpiones, cucarachas, abejorros y sus descendientes, algunos de ellos insólitos. Muchas de las hormigas se alimentaban de hojas y Postrera vio filas de ellas que se dirigían hacia los tiernos brotes que estaban emergiendo y se llevaban la vegetación a sus hormigueros.

Y había también muchísimos lagartos. El tono de su piel se parecía tanto al color del suelo que costaba verlos. Estaban cazando. Algunos de ellos utilizaban estrategias tan simples como esperar con la boca abierta a que las filas de torpes insectos se introdujeran en ella.

Una pequeña y resistente planta parecida a un cacto, una bola de piel coriácea erizada de espinas defensivas, arrancó sus raíces superiores del suelo y abandonó el profundo y extenso sistema de raíces al que estaba unida. Sobre unos zarcillos que temblaban como patas en miniatura, se arrastró hacia el agua que todavía quedaba sobre el suelo. Al llegar allí, casi con un suspiro, la planta ambulante se dejó caer sobre el barro. Al instante, los ineficientes músculos vegetales que la habían propulsado durante su corta travesía empezaron a disolverse y unas raíces nuevas se adentraron en la tierra.

Por toda la cantera, la gente estaba alimentándose de las plantas, los reptiles, los anfibios y los insectos. En su mayoría eran adultos: los niños eran raros en aquellos tiempos de escasez: el Árbol se encargaba de ello.

Postrera, que nunca había vivido una tormenta, contemplaba aquel espectáculo con la boca abierta.

Una criatura parecida a un sapo emergió del suelo. De un salto, se llegó hasta el más cercano de los estanques, donde empezó a croar ruidosamente

para indicar la dirección a las hembras que habían salido detrás de él. En cuestión de segundos, el charco era un chapoteante frenesí de apareamiento anfibio. Postrera cogió uno de los anfibios. Era como un saco flojo lleno de agua. Se lo metió en la boca. Durante un segundo, sintió su frescor, los latidos de su corazón contra su lengua, acelerados, como si estuviera indignado al darse cuenta de que su larga espera de un siglo en un capullo de barro endurecido iba a terminar con semejante ignominia. Entonces lo mordió y el agua y la deliciosa y salina sangre resbalaron por su garganta.

Pero los charcos ya estaban secándose y el agua desaparecía con un siseo en la tierra quebrada. Los renacuajos habían eclosionado y estaban alimentándose de las algas, de diminutos crustáceos y de sus congéneres. Salieron del agua detrás de sus padres... y cayeron en las fauces de una hueste de pequeños lagartos, embargados por un salvaje frenesí devorador. Pero los jóvenes sapos supervivientes estaban ya excavando el barro, construyéndose sarcófagos de barro cubiertos de moco en los que pasarían décadas esperando a la llegada de la siguiente tormenta, con la piel endurecida y el metabolismo ralentizado hasta convertirse en una especie de animación suspendida.

La gente estaba alejándose de allí. Algunos de ellos cargaban las pesadas semillas del Árbol, tan grandes como sus propias cabezas. Al igual que le ocurría a las ranas, para el Árbol aquel día insólito representaban su única oportunidad en un siglo entero para hacer que su ejército de simbiontes enterrara sus semillas.

Postrera vio que Cacto estaba persiguiendo a un furtivo lagarto con una cola gruesa llena de grasa almacenada.

Cacto había nacido aproximadamente al mismo tiempo que ella. Habían crecido y aprendido a desenvolverse en el mundo juntas, compartiendo, compitiendo y luchando. Cacto era menuda y rechoncha —cosa rara en su especie, que tendía a ser delgada y de miembros largos, para facilitar la refrigeración del cuerpo— y tenía mal genio, como un cacto, en efecto. Era una especie de compañera, o de hermana, pero no era amiga de Postrera. Para llamar amigo a alguien había que poder concebir su punto de vista y

esa capacidad la habían perdido sus antepasados hacía mucho tiempo. La gente ya no tenía amigos... aparte del Árbol.

Postrera quería seguir a Cacto. Pero algo la distrajo. De repente, le apetecía sal. Era el mensaje que el Árbol le había implantado en la química de su organismo mientras estaba en el capullo. *El Árbol necesita sal.* Y ella tenía que encontrarla. Recordaba dónde había una placa salina, a unos centenares de metros de allí. Sin poder evitarlo, se encaminó hacia allí.

Pero en aquella dirección estaba la esfera, la enigmática bola de color negro y púrpura que flotaba en silencio sobre aquel paisaje repentinamente rebosante de vida.

Titubeó, atrapada entre dos impulsos contradictorios. Sabía que la esfera era algo malo. La gran marea de la inteligencia humana había bajado hacía mucho, pero la gente había conservado una aguda capacidad de comprender el medio, su geografía y recursos: la capacidad de encontrar alimento de forma eficiente era esencial si uno quería sobrevivir en aquel medio árido. Así que sabía perfectamente que la esfera no debía estar allí. Pero aquella era la dirección de la sal.

A pesar de su intranquilidad, se puso en marcha.

La placa salina se encontraba casi a los pies de la esfera. El barro había manchado la extraña y resplandeciente superficie. Trató de ignorar la esfera, y empezó a escarbar en el pegajoso barro.

La sal era algo que no escaseaba. Cien millones de años antes, mientras los continentes danzaban hacia su espontáneo encuentro en esta Nueva Pangea, se había formado un mar interior sobre gran parte de Norteamérica. Aislado de las grandes superficies marinas, había quedado reducido a una serie de lagos dispersos de agua salada. Pero en su desaparición, había dejado tras de sí un vasto lecho de depósitos de sal, una resplandeciente llanura que se extendía a lo largo de cientos de kilómetros. El lecho de sal había sido cubierto por los sedimentos de la destrucción de las montañas y ahora estaba enterrado cientos de metros por debajo de la arena rojiza, pero seguía allí.

Postrera no tardó apenas en hacer un agujero tan profundo como su brazo y empezó a sacar la tierra a puñados, mezclada con la blanquecina

sal. Se la metía en la boca, dejaba que los cristales de sal se fundieran y luego escupía la tierra. Una vez que la sal estuvo almacenada en su vientre, de donde más tarde podría extraerla el Árbol, Postrera se vio libre de su convulsión.

Y entonces, de nuevo, su atención se vio irremisiblemente dirigida hacia la esfera. Desde la primera vez que la viera, se había desplazado. Flotaba sobre el suelo: se veía un dedo de luz debajo de ella.

Se aproximó caminando sobre las patas traseras y los nudillos, con una tenue luz de curiosidad en los ojos. Su miedo no era muy intenso. En aquel mundo desértico había pocas novedades y, por la misma razón, había pocas amenazas. En un paisaje que era una planicie ininterrumpida, los depredadores tenían dificultades para tender emboscadas incluso a las víctimas más torpes.

Tocó la esfera con un dedo. No estaba ni fría ni caliente. Pero era suave, más suave que cualquier otra cosa que hubiera tocado nunca. Se le erizó el pelaje de la mano, como si tuviese electricidad estática. Y su olfato captó algo, algo que era como la esencia misma del desierto, un aroma eléctrico a consunción, a combustión, a sequedad.

El metálico aroma era de hecho el resultado de la exposición al vacío absoluto: un legado del espacio.

Una vez terminaron de recolectar la comida, regresaron todos, uno a uno, al Árbol, treparon a sus ramas y se recogieron en la seguridad de sus ramas.

Postrera se tapó el cuerpo con las hojas coriáceas. La raíz umbilical apareció casi inmediatamente y empezó a sondear la válvula de su estómago, donde se acopló al cabo de unos instantes. Mientras los fluidos colmados de sal empezaban a circular hacia el Árbol, Postrera se veía recompensada con una apacible sensación de paz, de tranquilidad. Aquel estado de ánimo era inducido por los compuestos químicos que entraban en su cuerpo junto con la savia del Árbol, pero no por eso resultaba menos tranquilizador. Aquella era su recompensa inmediata por sus servicios al

Árbol, del mismo modo que su vida era la recompensa a largo plazo. El Árbol no recibía sin dar algo a cambio. Ni el Árbol ni aquellos post-humanos eran parásitos. Su relación era una auténtica simbiosis.

Pero algo andaba mal. Postrera se sentía intranquila, carcomida por una inquietud sin palabras.

Aunque la cálida savia llenaba su cabeza de verde y agradable sopor, seguir pensando en su hija en el capullo, con el pulgar en la boca y la raíz umbilical en el cuerpo Algo andaba mal. Su instinto se lo decía.

El Árbol bombeó más savia hacia su estómago y los productos soporíferos inundaron su organismo. Aquella inyección drástica significaba que el Árbol quería que se quedara allí, donde estaba, a salvo en su capullo. Pero a pesar de todo, la sensación de intranquilidad no la abandonaba.

Se sacó la raíz umbilical del estómago y empujó fuerte con los hombros y las piernas. El capullo se abrió y ella cayó al suelo.

La luz y el calor la desorientaron durante unos segundos. Aunque seguía siendo de día, el Sol estaba bastante bajo. Dentro del capullo el tiempo pasaba a un ritmo diferente, el ritmo escogido por el Árbol. Pero el suelo estaba duro y cubierto de polvo seco. Salvo por los rastros dejados por algunos goterones, era como si la tormenta nunca se hubiera producido.

No había nadie allí. Todos los capullos estaban cerrados, salvo uno. Cacto, cuya cabecita sobresalía entre las hojas del suyo, la estaba mirando. Con una expresión juguetona, salió de entre las hojas y se dejó caer al suelo, junto a Postrera.

La ansiedad de esta seguía creciendo.

Rodeó apresuradamente la base del Árbol para buscar el capullo de su bebé entre las ramas. Pero estaba cerrado del todo y, por mucho que intentó abrirlo, no cedió. Como si se tratara de un juego, Cacto se unió a ella. Los dos introdujeron las manos entre las hojas y, gruñendo y resoplando, empezaron a tirar.

A uno de sus antepasados se le habría ocurrido utilizar una herramienta para abrir la vaina. Pero a ellas no. Ya no se usaban herramientas y todos los artefactos del hombre se habían desintegrado hacía mucho salvo algunos nódulos hechos por los pitecinos y enterrados ahora en profundos estratos

perdidos. Y además, Postrera y Cacto no eran muy hábiles resolviendo problemas inusuales, porque en su monótono mundo se encontraban con muy pocas novedades.

Al final, no obstante, el capullo se abrió con un ruido sordo.

Allí estaba el hijo de Postrera, envuelto todavía en el material algodonoso del interior del capullo. Pero inmediatamente se percató de que la sustancia se había vuelto más tupida. Se había cerrado alrededor de la cara del niño y unos zarcillos se le habían introducido por la boca, la nariz, los ojos y las orejas.

Cacto se encogió con una expresión de repulsión en el rostro.

Los dos sabían lo que aquello significaba. Ya lo habían visto antes. El Árbol estaba matando al niño de Postrera.

Una Nueva Pangea. Cien millones de años después de que Remembranza bajara a su anónima tumba, las Américas habían empezado de nuevo a deslizarse hacia el este. Mientras el Atlántico se cerraba, África hacía lo mismo al norte del ecuador, empujando a Eurasia hacia el polo. Al mismo, la Antártida avanzó hacia el norte y chocó con Australia, y las dos juntas empezaron a desplazarse hacia el este, en dirección a Eurasia. Así había nacido el nuevo supercontinente. África era la placa central, empujada por las Américas desde el Oeste, Eurasia desde el norte y Australia y la Antártida desde el este y el sur. En el interior, lejos del influjo suavizante de los océanos, las condiciones eran muy duras: veranos ferozmente cálidos y áridos e inviernos mortalmente fríos.

Todas las barreras habían sido eliminadas. La libertad de movimiento para los animales era absoluta, brutal, y la aprovecharon para emigrar en todas direcciones. Fue un proceso parecido a la gran mezcolanza global que los humanos habían impuesto durante sus escasos milenios de dominancia y, al igual que había ocurrido entonces, un mundo unido equivalía a un mundo reducido. Las extinciones se sucedieron con rapidez.

A media que pasaba el tiempo, las cosas fueron empeorando.

El nuevo supercontinente empezó a envejecer inmediatamente. Las colisiones tectónicas habían levantado nuevas montañas y, al erosionarse estas, sus sedimentos enriquecieron las llanuras con nutrientes químicos, como el fósforo. Pero ahora no estaban apareciendo cordilleras nuevas ni produciéndose levantamientos tectónicos. Las últimas montañas se desgastaron. Las aguas, tanto pluviales como corrientes, en el proceso de percolación hacia los estratos profundos, se llevaron los últimos nutrientes, y cuando estos desaparecieron, no quedó nada para reemplazarlos.

Los sedimentos formaron nuevas areniscas de color rojo óxido, tan rojas como el desierto sin vida del desaparecido Marte: era la señal que atestiguaba la ausencia de vida, la erosión y el viento, el calor y el frío. El supercontinente se convirtió en una vasta llanura de color carmesí que se extendía a lo largo de miles de kilómetros y no contenía más que los restos erosionados de las últimas montañas.

Al mismo tiempo, el descenso del nivel del mar expuso a la luz del Sol las primeras terrazas continentales. Su proceso de desecamiento se vio acompañado por otro, paralelo, de erosión, que consumió grandes cantidades de oxígeno de la atmósfera. En tierra firme, muchos animales se asfixiaron hasta morir. En los océanos, a medida que el gradiente de temperaturas polo-ecuador disminuía, la circulación marina empezó a perder fuerza. Las aguas se estancaron.

En tierra, en el mar, las especies caían como hojas de otoño.

En un mundo en proceso de desecación, los viejos juegos de la competición, del depredador y la presa, no eran ya tan eficaces como antes. El mundo carecía de la energía necesaria para seguir sustentando cadenas y pirámides tróficas complejas.

Así que la vida había recurrido a estrategias mucho más antiguas.

Compartir los recursos era una de ellas, tan antigua como el mundo. Hasta las células que formaban el cuerpo de Postrera eran el resultado de la fusión de formas de vida más primitivas. Las bacterias más antiguas habían sido organismos muy sencillos, que vivían del azufre y el calor de la infernal Tierra de los primeros tiempos. Para ellas, la aparición de las cianobacterias —las primeras criaturas capaces de llevar a cabo la

fotosíntesis, la transformación del dióxido de carbono en carbohidratos y oxígeno por medio de la luz solar— fue un desastre, porque el oxígeno era letal para ellas.

Los supervivientes salieron adelante recurriendo a la cooperación. Un devorador de azufre se fusionó con otra forma primitiva, un organismo nadador. Más tarde, una bacteria capaz de respirar oxígeno se sumó al conjunto. La entidad tripartita —nadador, amante del azufre y organismo que respiraba oxígeno— era capaz de reproducirse por división celular y de engullir partículas de comida. En una cuarta absorción, algunos de estos complejos cada vez más grandes incorporaron bacterias fotosintéticas de brillante color verde. El resultado fue un alga verde, ancestro de todas las células vegetales.

A lo largo de la historia de la vida se habían producido fenómenos similares, incluso compartiendo el material genético. Los propios seres humanos y sus descendientes, Postrera incluida, eran como colonias de seres cooperativos, desde las útiles bacterias del sistema digestivo que procesaban la comida, hasta las mitocondrias absorbidas siglos atrás y que daban energía a sus células.

Así era ahora. Las sospechas de Joan Useb, hacía tanto, se habían confirmado: de un modo o de otro, el futuro de la humanidad estribaba en la cooperación, entre los propios seres humanos y con las criaturas que los rodeaban. Pero ella nunca podría haber previsto la expresión final de aquella cooperación.

El Árbol, un descendiente remoto del borametz de tiempos de Remembranza, había tomado el principio de la cooperación y lo había llevado hasta sus extremos. Ahora, el Árbol no podía sobrevivir sin las termitas y otros insectos que traían nutrientes a sus raíces y los mamíferos peludos y de ojos brillantes que le traían comida, agua y sal y se encargaban de plantar sus semillas. Hasta las hojas, estrictamente hablando, pertenecían a otra planta, que vivía en su superficie y se alimentaba de su savia.

Pero del mismo modo, los simbiontes, incluidos los descendientes de los humanos, no podrían haber sobrevivido sin el socorro del Árbol. Sus duras hojas los protegían de los depredadores, del feroz calor del Sol y

hasta de las rarísimas tormentas. Les proporcionaba savia a través de las raíces umbilicales, las mismas que utilizaban ellos para darle los nutrientes: los bebés no se alimentaban de la leche de sus madres, sino de la savia del Árbol, administrada por medio de estos conductos vegetales. La savia, que se nutría de las aguas subterráneas más profundas, los mantenía con vida en medio de las sequías más graves y, repleta de beneficiosos compuestos químicos, los ayudaba a recuperarse de las heridas y enfermedades.

El Árbol se había entrometido incluso en la reproducción humana.

Seguía habiendo sexo, pero solo homosexual, porque ya solo quedaba un género. El sexo solo servía para cimentar los vínculos sociales, para proporcionar placer y consuelo. La gente ya no lo necesitaba para reproducirse, ni siquiera para mezclar su material genético. El Árbol se encargaba de todo. Cogía los fluidos corporales de un «padre», los mezclaba con otros de los que circulaban por su interior y los inyectaba en otro.

La gente seguía dando a luz, eso sí. La propia Postrera lo había hecho con el niño que estaba ahora enterrado en su cuna vegetal. Este rasgo, el lazo entre madre e hijo, había demostrado ser demasiado vital como para desaparecer. Pero las madres ya no amamantaban a sus hijos. Lo único que tenían que darles era atención y cariño. Ya no los criaban. El Árbol, con los mecanismos orgánicos que contenían sus capullos de hojas, se encargaba de todo.

Por supuesto, seguía existiendo la selección natural, o algo parecido a ella. Solo los individuos que colaboraban con el Árbol y con sus congéneres recibían protección y permiso para contribuir a la corriente circulatoria del material germinal. Los enfermos, los débiles, los deformados, eran expulsados con vegetal desprecio.

Semejante convergencia de biologías animales y vegetales podía parecer insólita. Pero lo cierto es que, si se les daba el tiempo suficiente, la adaptación y la selección eran capaces de convertir a un pez medio ahogado de cuatro aletas en un dinosaurio, o en un humano, un caballo, un elefante y un murciélago... o incluso, completando el circuito, en una ballena, una criatura marina. Comparada con esto, la transformación genética que

permitía unir a personas y árboles por medio de una conexión umbilical era una trivialidad.

En los mitos de la desaparecida humanidad había existido siempre el profético vislumbre de algo parecido a esto. En la Edad Media, las leyendas de la tierra de Tartaria hablaban del borametz, un árbol cuyos frutos contenían pequeños corderos. Todas las leyendas del hombre habían caído en el olvido, pero el relato del borametz, con su fusión de plantas y animales, había encontrado un eco extraño en estos días postreros.

Claro que había costes, como siempre. La compleja simbiosis con el Árbol había impuesto a los post-humanos una especie de parálisis letárgica. Con el paso del tiempo, los cuerpos se habían especializado en condiciones de calor y aridez, se habían simplificado para ganar en eficiencia. Una vez realizada la crucial conexión, el Árbol y los hombres se habían adaptado tan bien entre sí que habían perdido la capacidad de cambiar con rapidez.

Desde que las raíces umbilicales habían empezado a introducirse reptando en el vientre de los post-humanos, desde que la gente había empezado a buscar cobijo entre las hojas del borametz, habían transcurrido doscientos millones de años sin que se produjeran cambios.

Pero incluso ahora, después de todo este tiempo, los lazos simbióticos eran débiles comparados con otras fuerzas más antiguas.

Con la lentitud propia de un organismo vegetal, el Árbol había llegado a la conclusión de que su pueblo no podía permitirse otro niño. El hijo de Postrera estaba siendo reabsorbido para que su sustancia revertiera al Árbol.

Era un cálculo ancestral: en tiempos de penurias, compensaba sacrificar a los vulnerables jóvenes y mantener con vida a los individuos maduros que, cuando cambiaran las cosas, podrían volver a reproducirse.

Pero el niño era casi lo bastante mayor para alimentarse a sí mismo. Un poco más y habría sobrevivido como criatura independiente. Y era el hijo de Postrera: el primero que había tenido, puede que el único que se le permitiera tener en toda su vida. Aquella batalla de instintos representaba un fracaso de adaptación. Era una aritmética primordial, una vieja historia repetida una vez tras otra, en tiempos de Purga, en los de Juna, por incontables madres perdidas en la oscuridad e inimaginables. Pero para

Postrera, allí, al final de los tiempos, el dilema era tan doloroso como si acabaran de arrojarla a las hogueras del incendio.

Tardó varios segundos en resolverse. Pero al final, los lazos entre madre e hijo derrotaron a los vínculos de la simbiosis. Introdujo las manos entre el material algodonoso y sacó a su hijo del capullo. Arrancó la raíz umbilical del vientre del niño y le sacó las fibras de la nariz y la boca. Con un sonido de succión, el pequeño abrió la boca y movió la cabeza de un lado a otro.

Cacto la miró, asombrado. Postrera estaba allí, jadeando, con la boca abierta.

¿Y ahora qué? Allí de pie, con su hijo en brazos —desafiando al Árbol que le había dado la vida— Postrera estaba sola, sin que el instinto o la experiencia pudieran ayudarla. Pero el Árbol había tratado de matar a su hijo. No había tenido alternativa.

Se alejó un paso. Luego otro. Y otro.

Y entonces echó a correr, pasando junto al lugar en el que había desenterrado la sal —la esfera había desaparecido ya, y tampoco quedaba ni rastro de ella en su memoria—, y siguió corriendo, con el niño en brazos, hasta que llegó a las paredes de la cantera, que escaló en un abrir y cerrar de ojos.

Se volvió un momento para mirar el pozo, cuyo fondo estaba tapizado con las formas compactas y silenciosas de los árboles borametz. Y entonces vio que por allí venía Cacto, corriendo detrás de ella con una sonrisa desafiante.

II

La tierra estaba desnuda. Había algunos árboles raquíticos, y unos matorrales con corteza dura como la roca y hojas afiladas como agujas; y cactos, pequeños y duros como guijarros y equipados con espinas cargadas

de componentes tóxicos. Aquellas plantas protegían su agua con un arsenal completo y Cacto y Postrera sabían que no convenía arriesgarse a provocar su ira hasta que no quedase otro remedio.

Había que mirar dónde ponías los pies y las manos.

En el suelo del desierto había fosos. Eran de un color rojo brillante, un poco como flores, apenas visibles entre el óxido, pero con nudos de oscuridad en el centro. Algunos lagartos y anfibios descuidados, e incluso algún que otro mamífero, se metían en ellos sin darse cuenta... y no volvían a salir, porque estos fosos eran bocas.

Las letales fauces pertenecían a criaturas que vivían en madrigueras estrechas bajo el suelo. Sin pelo, sin ojos, con las piernas reducidas a unos muñones que parecían aletas y terminados en garras que utilizaban para enterrarse en la arena, eran roedores, los últimos descendientes de los linajes que antaño habían dominado el planeta.

Esta era de espacios abiertos y sin escondrijos no favorecía a los grandes depredadores, y los supervivientes se habían visto obligados a desarrollar nuevas estrategias. Abandonada tiempo atrás la frenética actividad y sociabilidad de sus antepasados, estas ratas-boca del subsuelo pasaban la vida enterradas bajo la superficie, esperando a que algo les cayera dentro. Protegidas frente a los excesos del clima, inmóviles salvo en las escasas ocasiones en las que emergían de sus madrigueras para aparearse, las ratas-boca poseían un metabolismo lento y un cerebro muy pequeño. Exigían poco de la vida y a su manera estaban contentas.

Pero para unas criaturas tan inteligentes como Postrera y Cacto, las ratas-boca no eran difíciles de evitar. Juntas, las dos compañeras siguieron adelante.

Llegaron a una pequeña barranca. Estaba casi inundada: la tormenta la había llenado de guijarros *y* rocas. Pero todavía corría un pequeño reguero de agua por el fondo. Postrera y Cacto se arrodillaron para beber. Postrera protegió a su hijo con los brazos e introdujo el hocico en el agua.

Había algo verde allí, en la humedad. Era una especie de hoja, postrada, oscura, arrugada. Su especie era muy antigua, tan primitiva que ni había desarrollado el impulso de crecer hacia la luz. De hecho, era la descendiente

de una hepática, casi inalterada por el tiempo, la copia levemente modificada de una de las primeras plantas que habían colonizado la tierra firme... una tierra firme que no se diferenciaba mucho de aquel lugar inhóspito. El tiempo había descrito un ciclo entero y la hepática volvía a tener sitio para vivir. Llena de curiosidad, Postrera arrancó la hoja de la roca a la que se aferraba, la masticó —era cerúlea, pegajosa— y dio un beso a su bebé para que parte de los trocitos de hoja pasaran a su boca. El pequeño masticó con un sonido de succión y puso los ojos en blanco.

Cerca de uno de los cactus esféricos, Postrera vio un escarabajo de caparazón plateado que empujaba una bolita de excremento endurecido a lo largo de una fisura en la roca. Postrera se dispuso a cogerlo.

Pero mientras el escarabajo pasaba por la sombra del cacto, una pequeña forma de color carmesí salió disparada de la oscuridad. Era un lagarto, más pequeño que el meñique de Postrera. De hecho, su cabeza era bastante más pequeña que el propio escarabajo. Pero a pesar de ello, el lagarto cerró las fauces sobre la parte trasera del insecto. Postrera oyó el minúsculo crujido: el escarabajo sacudió las patas y las antenas pero no pudo escapar. El lagarto, tras haber consumido su energía en aquel ataque relámpago, extendió unos abanicos parecidos a velas en el cuello y las patas. Con los abanicos refrigerantes doblaba su tamaño, aunque su color rojo le ofrecía un buen camuflaje sobre el polvo de Pangea. Ahora que no corría el peligro de sufrir un calentamiento excesivo, inició el lento y placentero proceso de absorber el salado organismo del escarabajo del interior del caparazón.

Pero no iba a poder hacerlo. Porque de repente, como de la nada, apareció un pájaro de pequeño tamaño. De plumaje negro y con las protuberancias de unas alas vestigiales debajo de la piel, no era un ave voladora. Sin vacilar un instante y con letal precisión, se abalanzó sobre el lagarto con un pico amarillento lleno de minúsculos dientes. El lagarto soltó al escarabajo y, plegando los abanicos, trató de esconderse debajo del cacto. Pero el ave lo había atrapado por uno de los abanicos, lo sacó a la luz y sacudió su diminuto cuerpo con el pico.

El escarabajo mutilado trató de escapar, pero la pequeña zarpa de Cacto lo recogió y se lo metió en la boca.

Había muchos pájaros por todas partes; este antiguo linaje era demasiado adaptable como para no haber encontrado su sitio, aunque fuera en un mundo tan duro y cambiado como aquel. Pero en estos tiempos eran muy pocos los pájaros que volaban. ¿Para qué volar, si no había ningún sitio al que escapar, ningún sitio que estuviera a una altura diferente? Así que las aves se habían quedado en tierra y, en medio del gran marchitamiento de la tierra, habían adoptado numerosas formas.

Entretanto, perturbados por el ataque del pájaro, otros lagartos emergieron de debajo del cacto. Eran muchos, y todos ellos más pequeños que el que había caído, más pequeños aún que el meñique de Postrera. Eran tan minúsculos, vio Postrera, que tenían que escalar sobre los guijarros y las irregularidades del suelo como si fueran colinas y valles. Despiertos en mitad de su siesta diurna, huyeron en todas direcciones, tratando de encontrar refugio entre las rocas o los guijarros.

Postrera lo observaba todo, fascinada.

A medida que continuaba el desecamiento de Pangea, las especies más grandes habían ido desapareciendo. En la inhóspita monotonía del supercontinente no había ningún sitio donde pudiera esconderse una criatura del tamaño de Postrera, y mucho menos una gacela o un león. El ancestral juego del depredador y la presa se había interrumpido entre las criaturas de gran tamaño.

Pero a pequeña escala, había proliferado una ecología nueva. Bajo los pies de Postrera había agujeros en las rocas, cavidades en la arenisca, grietas en los troncos de los borametz, escondrijos en los sistemas de raíces. Hasta el paisaje más llano escondía una topografía donde uno podía esconderse de los depredadores, acechar a las presas o simplemente enterrarse y olvidarse del resto del mundo... si era lo bastante pequeño.

Pero si el mundo de las escalas pequeñas seguía siendo rico en oportunidades, las criaturas de sangre caliente estaban específicamente excluidas de él.

Todos los organismos de sangre caliente tenían que mantener una elevada temperatura corporal. Pero la cantidad de vello y grasa aislante que un cuerpo podía desarrollar antes de convertirse en una bola peluda incapaz de moverse tenía un límite. Los últimos y menguantes hombres-topo, cuyos corazones se veían obligados a hacer esfuerzos titánicos para mantenerlos con vida, apenas superaban el centímetro de longitud. Por debajo de esto, había muchísimo espacio, muchísimas formas diferentes de vivir.

Pero todos estos nichos fueron ocupados por insectos, reptiles y anfibios. Pequeños y delgados, los seres de sangre fría se ocultaban para escapar del calor del Sol y del frío de la noche, debajo de las rocas o a la sombra de cactos y árboles. En un puñado de tierra era posible ahora encontrar diminutos y perfectamente formados descendientes de las ranas, las salamandras, las serpientes... y hasta puede que los inmortales cocodrilos. Había minúsculos peces pulmonares, criaturas plateadas que se habían adaptado apresuradamente a la vida en tierra mientras sus aguas se desecaban. El mayor de los continentes estaba dominado por las más pequeñas criaturas.

Sin la ayuda del Árbol, unas criaturas de sangre caliente tan grandes como Postrera y los suyos nunca habrían sobrevivido. Eran como reliquias de tiempos más fáciles, y en aquel entorno marginal estaban fuera de su elemento. A medida que continuaba el implacable calentamiento de la Tierra, a medida que se prolongaba la desecación, hasta las comunidades basadas en Árboles iban menguando y desapareciendo, una a una. Y sin embargo allí estaban; y sin embargo allí estaba Postrera, el último eslabón de una cadena que se remontaba a través de cien millones de antepasadas, en constante proceso de metamorfosis y cambio, de amor y muerte, hasta la propia Purga, y al pasado informe y aún más remoto que la precedía.

Postrera y Cacto observaron la escena que se desarrollaba sobre la arena. Entonces, aullando, los post-humanos cayeron sobre las lagartijas. La mayoría de ellas eran tan pequeñas que no podían ni cogerlas —podías cerrar el puño sobre una y ver cómo aparecía reptando al instante siguiente entre tus dedos— y, incluso cuando lograban meterse alguna en la boca, era un bocado demasiado pequeño para resultar satisfactorio.

Pero no lo hacían para alimentarse. Estaban jugando. Incluso en estos tiempos había diversión. Pero, en el silencio de Nueva Pangea, sus aullidos y gritos resonaban contra las rocas desnudas y, hasta donde alcanzaba la vista, eran las únicas criaturas de gran tamaño que había.

La puesta de sol llegó rápidamente.

Las lluvias habían limpiado el aire de polvo. En cuanto el Sol tocó el horizonte, una oscuridad cuajada de sombras como barrotes, proyectadas por las pequeñas lomas erosionadas, dunas y peñascos, se extendió por todas partes. En el cielo, la luz pasó de azul a púrpura y, en su cénit, a un negro que descendía hacia ellos. Era como una puesta de sol en la Luna.

Postrera y Cacto se acurrucaron juntas, con el niño entre las dos. Postrera había pasado todas las noches de su vida en el protector abrazo vegetal del árbol. Ahora, las sombras eran como dedos de raptor extendiéndose hacia ellas.

Sin embargo, a medida que descendía la temperatura, los mecanismos de adaptación al desierto de Postrera empezaron a ponerse en funcionamiento.

Su piel estaba caliente al tacto. Durante el día, su cuerpo almacenaba calor en las capas de grasa y tejido. En el frío de la noche, era capaz de irradiar mucho calor al medio. De no haber contado con este sistema de refrigeración, habría tenido que perder calor sudando, y eso habría supuesto un derroche de líquido que no podía permitirse. Cacto y ella empezaron a respirar profunda y lentamente. De este modo, se extraía un máximo de oxígeno con cada inhalación y se perdía un mínimo de agua. Además, el cuerpo de Postrera poseía la capacidad de manufacturar agua a partir de la comida que había tomado. Su cuerpo acabaría la noche con mayores reservas de agua de las que tenía al principio.

Sin embargo, a pesar de toda esta ingeniería fisiológica tan asombrosa, no podían hacer mucho más que sentarse allí y pasar la noche, respirando lentamente y sumiéndose en una especie de sopor semi-onírico, mientras el funcionamiento de su organismo se ralentizaba hasta casi detenerse.

Sobre ellas se desplegó un cielo asombroso.

Postrera tenía un asiento de primera fila para contemplar el espectáculo de la galaxia. Los enormes brazos de la espiral eran corredores de luminosidad que se extendían por todo el cielo, salpicados de puntitos de luz de colores, el azul zafiro de las estrellas más jóvenes y el rojo rubí de las nebulosas. En el centro del disco se encontraba el núcleo galáctico, una protuberancia de estrellas amarillas y anaranjadas que parecía la yema de un huevo frito: la luz había tardado veinticinco mil años en llegar hasta la Tierra desde aquel abarrotado centro.

En los tiempos del hombre, el Sol estaba enclavado en el plano de este enorme disco, por lo que la galaxia se veía solo de refilón y las nubes de polvo que contenía disminuían en gran medida su gloria. Pero ahora el Sol, siguiendo su órbita alrededor del núcleo, había abandonado el plano de la galaxia. En comparación con los escasos y dispersos miles de luces que iluminaban el cielo de la Tierra en tiempos del hombre, aquello era como contemplar una ciudad desde lo alto.

Postrera estaba aterrada.

Un garfio de color hueso se levantó en el cielo. Era la Luna, claro, una luna ya vieja, que aquella noche entraba en cuarto menguante. La misma cara paciente que había contemplado la superficie de la Tierra desde antes del nacimiento del hombre seguía allí, casi intacta tras quinientos millones de años. Y, sin embargo, aquella pequeña luna brillaba con más fuerza sobre el supercontinente de lo que lo hubiera hecho nunca en las tierras del pasado. Porque la Luna reflejaba la luz que enviaba el Sol, y el Sol se había vuelto más brillante.

De haber sabido dónde tenía que mirar, Postrera habría podido distinguir un tenue manchón de luz en el cielo, lejos del disco de la Vía Láctea, fácilmente discernible en las noches más claras. Aquella remota mancha era la galaxia conocida como Andrómeda, dos veces más grande que su vecina. Estaba a un millón de años luz de la galaxia de la Tierra, pero en tiempos del hombre había estado dos veces más lejos, e incluso entonces podía verse a simple vista.

Andrómeda y la Vía Láctea seguían una trayectoria de colisión, que se produciría dentro de otros quinientos millones de años. Los dos grandes cuerpos estelares se fundirían como si fueran nubes y las colisiones directas entre estrellas serían raras. Pero se produciría un auténtico frenesí de formación de astros nuevos, una explosión de energía que inundaría de radiación dura los discos de ambas galaxias.

Sería un alucinante y letal espectáculo de fuegos artificiales.

Pero para entonces quedaría muy poca cosa en la Tierra para preocuparse por la catástrofe. Porque el aumento de la intensidad del Sol era la última emergencia a la que se enfrentaría la vida.

La mañana llegó con su acostumbrada brusquedad. Los lagartos e insectos que habían salido a explorar desaparecieron en los agujeros y escondrijos en los que pasarían el día, esperando al regreso de las oportunidades del crepúsculo y la noche.

El bebé empezó a llorar. Tenía el pelaje apelotonado, y la bolsa en la que debía acoplarse la raíz umbilical parecía inflamada. Siguió quejándose, sacudiendo la bulbosa cabeza de un lado a otro, hasta que Postrera masticó un poco más de hepática y se la metió en la boca. Cacto también estaba refunfuñando, mientras se limpiaba la tierra y los trocitos de excrementos secos del pelaje.

Aquella mañana, no parecía tan buena idea estar allí, en medio de la nada, tan lejos de casa. Pero al abrazar a su bebé, Postrera supo que había tenido que alejarse del Árbol... o habría perdido a su hijo. Se aferró con todas sus fuerzas a este hecho irreducible.

Cacto y ella partieron sin destino fijo, en una dirección que marchaba más o menos en sentido contrario a la cantera. Al igual que el día anterior, comieron lo que encontraron —aunque no dieron con agua— y evitaron las bocas-rata y otros peligros.

Y, en algún momento, pasado el mediodía, cuando el Sol había emprendido el descenso por el cielo, Postrera volvió a encontrarse de repente frente a la esfera plateada.

Había olvidado su existencia. No se le ocurrió preguntarse cómo habría podido un objeto tan inmenso llegar hasta donde estaba desde allí, desde la cantera.

Cacto, una vez que se dio cuenta de que la esfera no era comestible, dejó de prestarle atención. La rodeó, refunfuñando para sus adentros y limpiándose la tierra de color carmesí del pelaje.

Con el bebé dormido en sus brazos, Postrera se aproximó a la masa púrpura y negra de la esfera. La olisqueó y, esta vez, además la probó. Una vez más, aquel olor eléctrico imposible de identificar despertó una extraña emoción en su interior. Permaneció allí quieta un instante, como apagada.

Pero entones Cacto empezó a gritar y a golpear el suelo con los puños. Postrera se volvió y se agazapó. Cacto tenía la pierna izquierda atrapada y su pie sangraba copiosamente. Postrera escuchó un crujido de huesos, como si el miembro de la pobre Cacto hubiera caído dentro de una inmensa boca.

Pero no se veía ninguna boca.

Cacto no estaba atrapada por colmillos o garras. Pero en su pecho y su torso aparecieron heridas como navajazos, de las que empezó a brotar, como de la nada, una sangre tan brillante que daba miedo. Sacudió los puños, lanzó puntapiés y trató de morder mientras seguía gritando. Sus golpes hacían blanco: Postrera oía el sonido blando de la carne golpeada y veía manchas decoloradas en el aire, sobre Cacto, púrpuras y azules. Y además, la sangre de su compañera estaba empezando a perfilar la forma de su asaltante con regueros rojos. Postrera distinguió un torso cilíndrico, unas piernas cortas y gruesas, una boca enorme y furiosa.

Pero Cacto estaba perdiendo la pelea. Sus piernas y la parte superior de su cuerpo estaban atrapadas bajo la reluciente masa. Se volvió hacia Postrera y extendió la mano.

En el interior de Postrera batallaron los instintos. Puede que el desenlace hubiera sido distinto si hubiera podido imaginar lo que Cacto estaba sintiendo, el miedo mortal que la recorría. Pero Postrera no podía; la empatía se había perdido con la catástrofe del hombre, junto con muchas otras cosas.

Vaciló demasiado.

La borrosa masa se elevó y se precipitó sobre Cacto. Una sangre más espesa y rojiza brotó de la boca de la post-humana.

El shock de Postrera se evaporó. Con un chillido de terror, se volvió y echó a correr, con el aullante bebé sujeto al pecho. Sus pies y la mano que no tenía ocupada traqueteaban contra las piedras del suelo. Siguió corriendo hasta llegar a un risco de erosionada roca de color carmesí.

Se pegó al suelo y volvió la vista hacia atrás. Cacto seguía inmóvil. Postrera no veía ni rastro de la criatura vasta y transparente que la había destruido. Pero habían aparecido nuevas criaturas, como de la nada. Parecían ranas de cuerpos chatos, piel coriácea, pies palmeados y terminados en garras y grandes bocas equipadas con dientes afilados como navajas. La primera de ellas había abierto ya el pecho de Cacto y estaba devorando los órganos todavía calientes del interior.

El invisible depredador había hecho su trabajo. Estaba tendido, exhausto, en el charco de la sangre de Cacto. Estaba demasiado cansado hasta para alimentarse y dependía de los trozos que le arrojaban sus voraces congéneres. Se veía cómo desgarraban sus dientes la carne, la pasaban al gaznate y desde allí al estómago, donde los jugos gástricos empezaban a absorberla y transformarla.

Mientras el mundo se vaciaba y erosionada, la falta de escondrijos había sido el mayor de los asesinos. En un paisaje que era como una mesa de billar, no podías esconder una salamandra de una tonelada, por mucho que estuviera pintada del mismo color que las rocas. Por eso, la mayoría de los grandes animales había desaparecido rápidamente, incapaces de competir con sus parientes de menor tamaño.

Pero aquellas criaturas habían adoptado una estrategia novedosa: el camuflaje definitivo. El nuevo diseño había tardado millones de años en completarse.

La invisibilidad —o al menos la transparencia— era una estrategia que ya habían adoptado algunos peces en el pasado. Para la mayoría de los componentes bioquímicos del cuerpo existían alternativas transparentes. Por ejemplo, hubo que encontrar una para la hemoglobina, la proteína de

intenso color rojo que, en las células sanguíneas, se combinaba con el oxígeno para transportar el vital elemento por todo el organismo.

Por supuesto, las criaturas terrestres nunca podrían llegar a ser realmente invisibles. Incluso en estos tiempos de aridez, todos los animales seguían siendo en esencia bolsas de agua. Si estabas sumergido en agua —el medio de aquellos peces extintos tiempo atrás—, podías llegar a alcanzar algo parecido a la invisibilidad. Pero la luz se movía de forma diferente en el aire y en el agua. En el aire, una criatura «invisible» parecía una gran bolsa de líquido apoyada en el suelo.

No obstante, funcionaba bastante bien. Mientras te mantuvieras inmóvil no era fácil detectarte: apenas se percibía una trepidación, una leve distorsión aquí y allá que se podía atribuir a las ondas de calor. Podías pegarte a una roca, y situarte de tal modo que presentaras el ángulo menos visible a tus presas. Aquellas criaturas tenían incluso un pelaje, transparente como los cables de fibra óptica, que transmitía el color del fondo para confundir más aún a sus presas.

Pero a pesar de todo, muy pocas especies habían adaptado la invisibilidad porque también era una maldición.

Las criaturas invisibles eran ciegas. No había retina transparente que pudiera atrapar la luz. Además, la bioquímica de estas criaturas, limitada al uso de sustancias transparentes, era mucho menos eficiente. Y sus cuerpos, incluso los órganos internos, estaban menos protegidos de la luz feroz, el calor y la radiación ultravioleta del Sol, o de la radiación cósmica que siempre había martilleado el planeta a pesar de su escudo magnético. Sus órganos eran transparentes, pero no tanto como para dejar pasar toda la radiación dañina.

La criatura que había asesinado a Cacto estaba ya agonizando, y muy pronto, los tumores que estaban desarrollándose en su estómago transparente la matarían. Y, desde el punto de vista sexual, seguía en fase larvaria. Moriría sin llegar a la pubertad. De hecho, ninguna criatura invisible había vivido el tiempo suficiente para engendrar descendencia, además de que su material genético, dañado por la radiación, nunca habría sido capaz de producir vástagos viables.

Enfermas e impotentes desde su nacimiento, estas criaturas miserables empezaban a morir antes de haber emergido de los huevos.

Pero daba igual, porque desde el punto de vista genético, la familia salía beneficiada.

Aquella especie de anfibios había alcanzado un compromiso. La mayoría de los jóvenes eran normales. Pero uno de cada diez, aproximadamente, nacía invisible. Como los trabajadores estériles de una colmena, los invisibles llevaban vidas cortas y dolorosas y morían jóvenes, y todo ello con un solo propósito: conseguir comida para sus congéneres. A través de ellos —de la descendencia de sus parientes, no la suya— el legado genético de los invisibles perduraba.

Era una estrategia costosa. Pero era mejor sacrificar uno de cada diez individuos de una generación a una fugaz vida de agonía que sucumbir a la extinción.

Naturalmente, la presencia de la comida en su estómago y de los desechos en la parte baja de su intestino, haría que el invisible dejara de serlo por algún tiempo. Así que sus hermanos, cuando hubieran digerido aquella presa, dejarían que pasara hambre y esperarían a que todos los desechos hubieran abandonado su organismo para que volviera a ser lo más transparente posible. Y entones volverían a ponerse en marcha, bajo el Sol letal, confiando en que pudiera conseguir un último trozo de carne para ellos antes de morir.

La esfera había realizado sus propias observaciones sobre el acontecimiento.

Era una criatura viviente, y al mismo tiempo no lo era. Era un artefacto, y al mismo tiempo, tampoco lo era. No tenía nombre para sí misma ni para sus iguales. Y sin embargo, era consciente.

Formaba parte de la horda que se extendía por las estrellas, en una gran franja de colonización que estaba recorriendo aquella extremidad de la galaxia. Y sin embargo había acudido allí, a ese mundo en ruinas, en busca de respuestas.

Su memoria tenía profundas raíces. Entre su especie, la identidad era una cosa fluida, algo que se fraccionaba y compartía y se transmitía a través de componentes y diseños tipo. La esfera podía remontar su memoria a través de millares de generaciones... Pero era una memoria que concluía en la niebla. Las hordas de replicadores habían olvidado de dónde venían.

A su manera, la esfera anhelaba saber. ¿Cómo se había originado aquel enjambre de robots viajeros? ¿Había sido la suya una especie de mecánica generación espontánea, una fortuita reunión de engranajes y circuitos producida en un asteroide metálico? ¿O había existido un Diseñador... un otro, que había dado vida a las masas incontables?

Durante un millón de años, la esfera había estudiado la distribución de los replicadores por la galaxia. No había sido fácil, porque el disco había dado dos vueltas completas desde el nacimiento de su especie, y las estrellas habían navegado por los cielos, llevando consigo a sus cibernéticos colonos. Había construido modelos matemáticos para interpolar esta diáspora, para restaurar las estrellas a su disposición original, para cartografiar en sentido contrario la expansión casi olvidada de los replicadores.

Y finalmente, la esfera había convergido en aquel sistema y había concluido que aquel mundo —uno entre un puñado de otros— era el origen de la raza. Había encontrado un mundo de química orgánica, con criaturas que, a su modo, resultaban interesantes. Pero era un mundo agonizante, sobrecalentado por su estrella, cuyas formas de vida estaban confinadas en las márgenes de un continente desierto. No había señales de inteligencia organizada.

... Y, sin embargo, aquí y allá, las rocas ancestrales del supercontinente mostraban marcas deliberadas, le parecía a la esfera, cortes y perforaciones y grandes cavidades que no eran naturales. Una mente había vivido allí... quizá. Pero si era así, se había desvanecido, abandonado a aquellas criaturas miserables que reptaban por el polvo.

La esfera representaba un nuevo orden de vida. Y sin embargo, era como un niño, en busca de su padre perdido. Los últimos vestigios del diseño original del robot marciano, construido por ingenieros de la NASA

en laboratorios de California y Nueva Inglaterra hacía una eternidad, se habían perdido. Parecía apropiado que aquel, el mayor y más extraño de todos los legados de la especie humana, hubiera sido creado enteramente por accidente... y que hubiera prosperado abandonado a su suerte.

No había nada más que averiguar allí. Con el equivalente a un suspiro, la esfera regresó a las estrellas. El pequeño mundo desapareció debajo de ella.

Postrera permaneció agazapada hasta que los anfibios terminaron de alimentarse. Entonces se alejo, con su cría apretada contra el pecho, sin percatarse siquiera de que la esfera había desaparecido.

III

Postrera siguió su marcha hacia el oeste, alejándose de la cantera de los borametz.

De noche se refugiaba con su pequeño en alguna grieta de las rocas, tratando de emular la confortable calidez del capullo del Árbol. Comía lo que encontraba: sapos medio secos, ranas enterradas en el barro, lagartijas, escorpiones y carne de las raíces de los cactos. A su hijo lo alimentaba con carne y pulpa vegetal masticadas. Pero el niño las escupía. Echaba de menos su raíz umbilical y maullaba y se quejaba constantemente.

Postrera caminaba, caminaba y caminaba.

No tenía otra estrategia en mente que seguir caminando, alejar a su pequeño de las garras del Árbol y esperar a ver lo que pasaba. Si hubiese poseído una mente más sofisticada, podría haber albergado la esperanza de encontrar más gente, en alguna parte en la que pudiera quedarse... puede que incluso que una comunidad que viviese independiente de los Árboles.

Pero habría sido una esperanza fútil, porque en toda la Tierra ya no quedaba ninguna comunidad así. Ella no lo sabía, pero no tenía ningún sitio adonde ir.

La tierra empezó a elevarse lentamente. Postrera se encontró caminando sobre arena áspera y abanicos de grava.

Tras medio día de marcha llegó a un lugar cubierto de lomas bajas. Las erosionadas formas se extendían hasta el horizonte, al norte y al sur, kilómetro tras kilómetro, hasta el cielo teñido de polvo oxidado y más allá. Había llegado a lo que quedaba de una antigua cadena montañosa, levantada por la ancestral colisión de los continentes. Pero los vientos cargados de polvo de Nueva Pangea habían desgastado hacía tiempo las montañas, convirtiéndolas en humildes lomas.

Al mirar atrás, pudo ver sus propias pisadas, acompañadas por las marcas de sus nudillos, interrumpidas solo en aquellos sitios donde se había detenido para alimentarse o hacer sus necesidades o dormir. Era el único rastro que había en aquellas silenciosas colinas.

Tardó dos días en cruzar las montañas.

Y después, la tierra volvió a descender.

En la llanura crecía un poco de vegetación. Había árboles nudosos de ramas retorcidas y cubiertas de hojas afiladas como navajas, como agujas de pino. Alrededor de las raíces vivían algunos ratones saltarines —resistentes roedores que habían perfeccionado las estrategias de ahorro de agua— y muchos, muchos lagartos e insectos. Cazó criaturas diminutas como geckos e iguanas y devoró su carne. Pero en aquella región tenía que andar vigilante, por si las ratas-boca del suelo y los depredadores invisibles.

A medida que la tierra descendía, el oeste se desplegó ante sus ojos. Vio una gran planicie. Más allá de una especie de margen costera, la tierra era blanca, tan blanca como el hueso, una capa que se extendía hasta un horizonte de una rectitud geométrica. Una débil brisa soplaba en su rostro. En su aliento captó el olor de la sal. Nada se movía hasta donde alcanzaba la vista.

Había llegado a un fragmento del agonizante océano interior. Todavía quedaba agua allí —hacía falta mucho, mucho tiempo para desecar un mar

entero— pero era un jirón cada vez más estrecho de un líquido tan salino que nada podía vivir en él, y estaba rodeado por una amplia corona de placas de sal, una película que se extendía hasta el horizonte.

Con el bebé pegado al pecho, Postrera emprendió el descenso.

Llegó al lugar donde empezaba la sal. Unas bandas paralelas de enorme tamaño señalaban el límite que las aguas habían alcanzado en el pasado. Recogió un poco de tierra salina y la lamió. Tuvo que escupirla inmediatamente. Allí crecía vegetación, especies que toleraban la salinidad del suelo. Había unos matorrales pequeños, cubiertos de espinas y de color amarillo que se parecían al acebo desértico, el titímalo y el tártago que antaño crecieran en los desiertos californianos de Norteamérica. Arrancó un trozo de vegetación y se lo metió en la boca, pero era demasiado duro. Frustrada, arrojó el trozo sobre la sal.

Y entonces vio las huellas.

Llena de curiosidad, introdujo sus propios pies en las marcas poco profundas del suelo. Allí había dedos del pie, aquí una depresión que podía haber sido causada por un nudillo al apoyarse. Puede que no fueran muy recientes. El barro era tan duro como la roca y su propio peso no dejaba ninguna marca en él.

El rastro se alejaba, en línea recta como una flecha, sobre la llanura salina, en dirección al horizonte vacío. Lo siguió durante un paso o dos. Pero la sal era dura y molesta y estaba muy caliente y cuando se le metía en los pequeños cortes y arañazos de las manos y los pies, picaba mucho.

Las huellas, en cambio, continuaban. Quienquiera que las hubiera dejado, no había regresado. Puede que hubiera tratado de llegar al océano, atravesando toda Norteamérica; a fin de cuentas, ya no existían barreras.

Postrera sabía que no podía seguirlas, no hacia el vientre de aquel mar muerto.

Y aunque hubiera podido, no habría supuesto la menor diferencia. Aquello era Nueva Pangea. Allá donde fuese, encontraría la misma tierra carmesí, el mismo calor insoportable.

Se quedó en aquella playa desolada y silenciosa el resto del día. El Sol, en su descenso por el cielo, se hizo inmenso. Su borde circular temblaba y

la áspera luz que proyectaba teñía la llanura salina de un rosa desvaído.

Aquel había sido el último viaje reseñable que emprendía algún miembro de aquel ancestral linaje de vagabundos. Pero había terminado. Aquella playa seca y cuarteada era su punto final. Los hijos de la humanidad habían terminado de explorar.

Mientras empezaba a hacerse de noche, emprendió el camino de regreso por la ladera. No miró atrás.

En los años que sucederían a la muerte de Postrera, la Tierra seguiría girando, cada vez más despacio. Poco a poco, su antiguo vals con la Luna perdería fuerza y acabaría muriendo.

Y el Sol, obedeciendo a la lógica del hidrógeno, brillaría cada vez con más fuerza.

El Sol era un horno de fusión. Pero su corazón estaba cada vez más cargado de cenizas de helio y las capas circundantes estaban empezando a colapsarse: estaba menguando. No era un proceso muy rápido —alrededor de un uno por ciento cada cien millones de años— pero era inevitable.

Durante la mayor parte de su historia en la Tierra, la vida había logrado protegerse de este gradual calentamiento. El planeta, como una criatura viva, utilizaba su «corriente sanguínea» —los ríos y los océanos y la atmósfera y los ciclos de las rocas y las interacciones de billones de organismos— para eliminar desechos y enviar nutrientes allí donde eran necesarios. El dióxido de carbono, responsable del vital efecto invernadero y materia prima para la fotosíntesis vegetal, regulaba la temperatura. Era un ciclo cerrado. Cuanto más aumentaba la temperatura, más dióxido de carbono absorbían las rocas, menor era el efecto invernadero y la temperatura se ajustaba. Era un termostato que había mantenido estable la temperatura de la tierra durante eones.

Pero a medida que aumentaba la temperatura del Sol, más dióxido de carbono quedaba atrapado en las rocas y menos quedaba para las plantas.

Con el paso de tiempo, cincuenta millones de años después de la desaparición de Postrera, la propia fotosíntesis empezaría a fallar. Las

plantas se marchitarían: herbáceas, flores, helechos, árboles... todos desaparecerían. Y las criaturas que vivían de ellas morirían también. Grandes reinos de la vida se colapsarían. Habría un último reptil, un último roedor y un último mamífero. Y después de que desaparecieran los organismos vegetales superiores, lo mismo harían los hongos, los ciliados y las algas. Sería como si, en aquellos últimos y duros días, la evolución hubiera revertido el sentido de su avance y la complejidad de la vida, labrada a sangre y fuego, mermara infinitamente.

Al final, bajo un Sol abrasador, solo sobrevivirían las bacterias termófilas. Muchas de ellas descendían, con pequeñas modificaciones, de las primeras formas de vida, de sencillos organismos que se alimentaban de metano y que habían vivido antes de que la atmósfera se llenara de venenoso oxígeno. Para ellas sería como los buenos tiempos anteriores a la fotosíntesis: las plantas áridas del último supercontinente se engalanarían fugazmente con colores chillones y desafiantes, púrpuras y carmesíes tendidos como banderolas sobre las rocas erosionadas.

Pero el calor seguiría aumentando, implacable. El agua se evaporaría y océanos enteros quedarían suspendidos en la atmósfera. Al fin, algunas de las grandes nubes llegarían a la estratosfera, la capa molecular de la atmósfera. Allí, sometidas al asalto de los rayos ultravioleta del Sol, las moléculas de agua se dividirían en hidrógeno y oxígeno. El hidrógeno se perdería en el espacio... y con él, la posibilidad de que volviera a formarse agua. Sería como si se hubiera abierto una válvula. Toda el agua de la tierra se filtraría rápidamente al espacio.

Cuando el agua hubiera desaparecido, la temperatura ascendería tanto que arrancaría el dióxido de carbono de las rocas. Bajo una atmósfera tan densa como un océano, los lechos secos de los mares se volverían tan calientes como para fundir el plomo. Hasta las termófilas sucumbirían. Sería el último de todos los eventos de extinción.

Pero en la roca de la superficie, como si fuera el suelo de un horno, las bacterias dejarían tras de sí esporas desecadas. En el interior de aquellos caparazones virtualmente indestructibles, las bacterias, aletargadas, contemplarían el paso de los años.

Habría nuevas convulsiones, asteroides y cometas que periódicamente caerían sobre el planeta, nuevos Chixculub que nadie presenciaría. Ya no quedaría nada que matar, claro. Pero con las terribles convulsiones de la superficie, la Tierra arrojaría grandes cantidades de roca al espacio.

Parte de este material, arrancado en los márgenes de las zonas de impacto, no se vería afectado por las fuerzas destructivas de la colisión... y, por tanto, llegaría al espacio casi intacto. Así es como las esporas bacterianas abandonarían la Tierra.

Se alejarían flotando del planeta e, impulsadas por la delicada pero constante presión de la luz del Sol, crearían una nube vasta y difusa alrededor del Sol. Enquistadas en el interior de sus esporas, las bacterias eran casi inmortales. Y eran viajeros interplanetarios muy resistentes. Habían revestido sus cadenas de ADN de pequeñas proteínas que endurecían las formas helicoidales y repelían las agresiones químicas. Cuando una espora germinaba, podía movilizar encimas especializadas para reparar cualquier daño sufrido por el ADN. Hasta el daño provocado por la radiación podía repararse si no era demasiado grave.

El Sol continuaría con su incesante rotación alrededor del corazón de la galaxia, arrastrando sus planteas, sus cometas, su nube de esporas y todo lo demás.

Al final, su recorrido por el espacio lo llevaría hasta una vasta nube molecular. Aquel era el lugar en el que nacían las estrellas. El cielo estaba abarrotado, repleto de estrellas jóvenes y vigorosas, como un enorme enjambre. El furioso Sol con su séquito de planetas arruinados sería como una anciana amargada irrumpiendo en una guardería.

Pero, de vez en cuando, aquí y allá, una de las esporas espaciales del Sol toparía con un grano de polvo interestelar, colmado de moléculas orgánicas y hielo.

Golpeado por la radiación de una supernova cercana, un fragmento de la nube se colapsaría. Nacería un nuevo sol, un nuevo sistema de planetas, gigantes gaseosos y sólidos mundos de roca. Lloverían cometas sobre la superficie de los nuevos mundos, igual que había ocurrido en su tiempo con la Tierra.

Y en algunos de estos cometas habría bacterias nativas de la Tierra. Solo unas pocas. Pero es que solo harían falta unas pocas.

El Sol seguiría envejeciendo. Se hincharía hasta alcanzar proporciones monstruosas y se teñiría de un rojo intenso y furioso. La Tierra seguiría flotando alrededor de su corpachón, como una mosca y un elefante. El paroxismo final consumiría el gas y el polvo que todavía quedaban alrededor de la estrella. El sistema solar se convertiría en una nebulosa planetaria, una esfera de colores fabulosos visible a años luz de distancia.

Estos espasmos gloriosos marcarían la muerte definitiva de la Tierra. Pero en un nuevo planeta de una nueva estrella, la nebulosa no sería más que una luz en el cielo. Lo que importaba era el aquí y el ahora, los océanos y las tierras en los que se ensamblaban nuevos ecosistemas, en los que las formas cambiantes de las criaturas seguían el rastro de las transformaciones de su medio, en los que la variación y la selección habían reemprendido su ciego trabajo, moldeando y diversificando.

La vida siempre había sido dura y azarosa. Y ahora había encontrado el modo de escapar al evento de extinción definitivo. En océanos nuevos y tierras nuevas, la evolución había empezado de nuevo.

Pero ya no tenía nada que ver con el hombre.

Exhausta, cubierta de polvo, con el cuerpo repleto de arañazos, magulladuras y pequeñas heridas y el bebé en los brazos, Postrera se aproximó cojeando al centro de la antigua cantera.

La tierra parecía tan desnuda allí, con el Sol encima como un inmenso puño llameante, que daba miedo. Y a primera vista no parecía que hubiera nada vivo en aquel desierto, nada en absoluto.

Se acercó al Árbol. Vio la grandes y colgantes formas de los capullos con sus hermanos, inertes y negros dentro. El Árbol seguía allí, inmóvil y silencioso, sin reprobar ni perdonar su pequeña traición.

Sabía lo que tenía que hacer. Encontró una bola de hojas plegadas. Las separó cuidadosamente y les dio la forma de una cuna improvisada. Entonces metió al niño dentro.

El pequeño se estremeció y gorjeó. Se sentía cómodo y protegido entre las hojas. Pero Postrera vio que el apéndice umbilical había empezado ya a arrastrarse hacia el orificio de su vientre. Los zarcillos blancos estaban brotando de los poros de las hojas del capullo y se extendían tanteando hacia las orejas, la nariz y los ojos del bebé.

No sería doloroso. Se le había dicho así, y eso al menos la consolaba. Acarició la mejilla del pequeño una última vez. Entonces, con pesar, plegó las hojas y volvió a sellarlas.

Trepó al árbol, encontró su capullo favorito, se introdujo en él y se cubrió con las grandes y coriáceas hojas. Permanecería allí hasta que llegara un momento mejor: un día milagrosamente más fresco y más húmedo que el anterior, un día en el que el Árbol podría liberar a Postrera de su protector abrazo, enviarla al mundo una vez más... hasta puede que sembrar en su vientre la semilla de una nueva generación.

Pero no habría más embarazos, ni más nacimientos, ni más niños condenados.

Uno por uno, los capullos se marchitarían, serían absorbidos por el borametz, y al final, el propio borametz, por supuesto, sucumbiría, tras miles de años de vida, duro y desafiante hasta el final. La resplandeciente cadena molecular que se extendía desde Purga, a través de generaciones de criaturas que habían trepado y saltado y aprendido a andar, y pisado la tierra de otro mundo, y decrecido de nuevo y, tras renunciar a la consciencia, regresado a los árboles, aquella cadena se había roto ahora que la última de las descendientes de Purga se había enfrentado a una barrera que no había podido superar.

Postrera era la última madre de todas. Y no había podido salvar a su propia hija. Pero estaba en paz.

Acarició la raíz umbilical y la ayudó a penetrar en sus entrañas. Las sustancias anestésicas y curativas del Árbol aliviaron su cuerpo dolorido, cerraron sus pequeñas heridas. Y, mientras los sicotrópicos vegetales se llevaban el intenso y penoso recuerdo de su hijo perdido, la embargó una dicha verde que, parecía, podría durar para siempre.

No era un final tan malo para tan larga historia.

OceanofPDF.com

Epílogo

Otra banda de niños salvajes había sido avistada, esta vez en la isla Bartolomé. Así que Joan y Lucy habían cargado sus redes, sus tásers y sus rifles hipodérmicos y estaban avanzando por el Pacífico en su lancha de motor solar.

La luz del Sol ecuatorial se reflejaba sobre las aguas e incidía en la piel picada de Joan. Tenía cincuenta y dos años, pero aparentaba muchos más, por culpa de los daños que el medio le había infligido a su piel, por no hablar de su pelo, desde lo de Rabaul. Pero Lucy había conocido a muy poca gente de verdad en el transcurso de su corta vida y tenía pocos elementos de comparación; para ella, Joan solo era Joan, su madre, su mejor amiga.

El día era luminoso y las pocas nubes que había en el cielo eran altas y finas. El Sol caía con fuerza sobre la gran vela solar que Lucy tenía encima. Sin embargo, llevaban los ponchos de campaña y cada pocos minutos levantaban la mirada al cielo. Temían que la lluvia volviera a rociarlas con las partículas tóxicas, y a veces radiactivas, que antaño habían sido campos de cultivo, ciudades y personas y que ahora rodeaban el planeta como una manta de color gris.

Y como siempre, Joan Useb parloteaba y parloteaba:

—... los británicos, Dios los tenga en su gloria, siempre fueron mi punto débil. En los días de su apogeo no siempre se comportaron bien, claro. Pero la historia del hombre y las islas Galápagos ha sido siempre triste: granjeros

noruegos locos, campos de prisioneros ecuatorianos y todo el mundo devorando todo lo devorable como si fuera a acabarse el mundo. Los americanos las utilizaron para probar sus bombas. Pero lo único que hicieron los ingleses en las Galápagos fue enviar a Darwin cinco semanas, y lo único que sacaron de allí fue la teoría de la evolución...

Lucy dejó que las palabras de Joan, ecos incomprensibles de un mundo que nunca había conocido, resbalaran sobre ella.

Una bandada de pelícanos volaba sobre sus cabezas, siguiendo su lancha como siempre habían seguido las embarcaciones pesqueras y de turismo que navegaban por aquellas aguas. Eran grandes aves esbeltas y de plumaje negro que a Lucy le recordaban nada menos que a los pterosaurios de los libros de su madre. En el agua vio lo que parecía un león marino, atraído quizá por el zumbido del motor eléctrico de la lancha. Pero aquellos bonitos mamíferos eran muy raros últimamente, por culpa de la basura tóxica que seguía circulando por los lentos océanos.

Las Galápagos estaban formadas por un puñado de conos volcánicos levantados pocos millones de años atrás sobre las aguas del Pacífico, allí en el ecuador, mil kilómetros al oeste de Sudamérica. Algunos de estos conos no eran más rocas volcánicas apiladas unas encima de otras. Pero otros habían experimentado su propia evolución geológica. En Bartolomé, por ejemplo, la capa externa de los más viejos se había desgastado y los resistentes núcleos de su interior se habían teñido de rojo a medida que el hierro que contenían se oxidaba. Luego, las formaciones viejas habían sido recubiertas por lava más reciente, campos de bombas, tubos y conos de lava, como si un paisaje lunar de color negro y gris estuviera emergiendo a los pies de los tozudos y viejos monumentos.

Pero había vida, allí, en aquellas islas nuevas y a medio formar: por supuesto que la había, un retazo de vida que una vez había sido la más famosa del mundo.

Un ave negra y enjuta se había posado sobre un pequeño promontorio. Era un cormorán: desaliñado y negro, una criatura con alas atrofiadas e inútiles y un plumaje grasiento. De pie y solo sobre su fragmento de roca volcánica, estaba contemplando el mar, paciente e inmóvil como la mayoría

de la vida salvaje de aquel lugar en el que no había depredadores, como si estuviera esperando algo.

—... Feos, feos —murmuró Joan—. Las islas, los pájaros y los animales. Maravillosos, sí, pero feos... Las islas siempre han sido grandes laboratorios de la evolución. Es por el aislamiento. Vacías, pobladas por un puñado de especies que llegan volando arrastradas por la vegetación flotante y que después llenan todos los nichos ecológicos existentes. Como ese cormorán: a eso es a lo que se llega en tres millones de años, según parece, a estar a medio camino entre un pelícano y un pingüino. Pero si le das unos pocos miles de años más, esas alas inútiles se convertirán en aletas genuinas, y las plumas se volverán resistentes al agua. Me pregunto en qué se convertirá entonces... No me extraña que este lugar le abriera los ojos a Darwin. Aquí se ve cómo trabaja la selección natural.

—Madre...

—Ya lo sabes, sí. —Hizo una mueca. La máscara de su rostro se arrugó —. ¿Sabes?, el destino de los viejos es acabar convirtiéndose en sus propios padres. Mi madre me hablaba justo así. No había conversación que no se convirtiera en una conferencia...

Recalaron junto a una playa baja. La lancha llegó a tierra por sí sola y las sandalias de sus pies crujieron sobre la áspera arena negra. Lucy volvió para ayudar a su madre y, luego, las dos juntas descargaron rápida y eficientemente sus cosas.

Mientras Joan empezaba a montar las trampas, Lucy cogió un par de rifles hipodérmicos y salió a patrullar por la playa.

Era un lugar espeluznante. La arena negra estaba cubierta de rocas igualmente negras. Hasta el agua parecía negra, como un mar de petróleo, a causa del color del lecho. En la lejanía se veían mangles, árboles capaces de vivir del agua salada, una mancha verde contra un escenario de negros y rojos colores minerales.

Había iguanas marinas allí, como esculturas de un metro de longitud, con el rostro inexpresivo vuelto hacia el Sol. Como eran tan negras y estaban tan inmóviles, tuvo que mirarlas dos veces para darse cuenta de que eran criaturas vivas y no una extraña formación de cordadas de lava.

Extraviadas allí, en el laboratorio de Darwin, arrastradas sobre la vegetación junto con varias especies de tortugas, las antepasadas de las iguanas habían sido criaturas de tierra firme que moraban en los árboles. Gradualmente se habían adaptado a vivir de las algas marinas. Pero tenían que escupir el exceso de sal —el aire estaba lleno con sus siseos, y los chorros que expulsaban sus bocas despedían destellos a la luz del Sol— y dependían del calor del Sol para que cocinara el alimento en el interior de sus estómagos.

Lucy tenía el rifle preparado. Si había chicos salvajes por allí, convenía estar preparada.

En la lucha por el espacio en los últimos barcos que regresaban al continente, algunos padres desesperados habían dejado allí a sus hijos. Los más débiles habían muerto rápidamente, y sus cuerpos tapizaban ahora las playas y las rocas, junto a los de los leones marinos, las iguanas y los albatros. Pero algunos habían sobrevivido. De hecho, la palabra «chicos» conducía a interpretaciones equivocadas, porque algunos de ellos formaban parte de una segunda generación, jóvenes que habían crecido sin conocer otra cosa que aquellas extensiones inhóspitas de roca y el océano interminable, con menos cultura y conocimientos aún que sus padres. Chicos salvajes, sin herramientas, con apenas un lenguaje rudimentario... pero humanos al fin y al cabo, a los que se podía recoger, educar y ayudar.

Pero que también podían morderte en una pierna.

Las trampas de Joan eran muy sencillas: una red con un cebo hecho de comida de aroma suculento. Una vez que estuvieron preparadas, Lucy y ella se ocultaron a la sombra de un afloramiento de roca volcánica medio erosionada, y se prepararon para esperar a que llegaran los salvajes.

Desde lo de Rabaul, la vida había sido dura para Joan y su hija, pero había gente en el planeta para la que lo había sido mucho más. A pesar de que su gran proyecto se había desmoronado, Joan no había dejado de trabajar. Seguida por la pequeña y curiosa Lucy, se había retirado allí, a las Galápagos.

Paradójicamente, aquellas frágiles islas habían emergido bastante intactas de la gran catástrofe global. En el pasado, vivían allí diecisiete mil

personas, la mayoría de ellos ecuatorianas. Antes de lo de Rabaul, había una constante fricción entre las necesidades de la creciente comunidad y la fauna única de aquel enclave, teóricamente protegida por la legislación de Ecuador. Pero las islas siempre habían dependido del apoyo de la metrópoli. Cuando todo se vino abajo, cuando los barcos dejaron de llegar con alimentos, la mayoría de la población había huido a casa.

Así que las islas, casi despobladas —tanto de gente como de sus eternos acompañantes, las ratas y las cabras, y de sus residuos, desechos orgánicos y petróleo— habían empezado, a su modesta manera, a prosperar de nuevo.

Joan y Lucy y un puñado de personas más, entre las que se encontraba Alyce Sigurdardottir hasta el día de su muerte, se habían establecido en las ruinas de lo que una vez había sido el Centro de Investigaciones Charles Darwin, en Santa Cruz y desde allí, con la ayuda de los lugareños, se habían dedicado a ayudar a las criaturas que tanto intrigaran a Darwin en su día a superar la extinción.

Las comunicaciones duraron algún tiempo. Pero entonces, en el cénit de las guerras multipolares, alguien había decidido utilizar bombas anti-electrónica en la ionosfera y cuando los últimos satélites fueron destruidos, fue el fin de la televisión y de la radio. Joan había seguido rastreando las frecuencias con regularidad mientras habían durado los aparatos y la energía, pero habían pasado años desde que escuchara algo.

No había radio. Ni artefactos en el cielo ni barcos en el horizonte. A todos los efectos, no existía el mundo exterior.

Estaban acostumbrándose al aislamiento. Tenían que recordar que cuando algo se estropeaba, se había estropeado para siempre. Pero los suministros dejados por los miles de personas que habían huido, herramientas, ropa, baterías, antorchas, papel e incluso comida enlatada, bastarían para sustentar a la pequeña comunidad de menos de cien personas durante toda su vida.

Puede que fuese el fin del mundo, pero no allí, aún no.

La humanidad no se había esfumado; por supuesto que no. Al drama terminal que estaba desarrollándose por todo el planeta le quedaban todavía muchos años, incluso décadas, para terminar. Pero algunas veces, cuando

Joan pensaba en el futuro, se daba cuenta de que no veía nada para Lucy, con sus apenas dieciocho años, ni para sus hijos: nada de nada. Así que intentaba no pensar en ello. ¿Qué otra cosa podía hacer?

A los pies de Lucy, paseaban los cangrejos entre las rocas, rojos contra la superficie negra, con aquellos ojos montados sobre antenas alargadas.

—Mamá.

—¿Sí, cariño?

—¿Alguna vez te preguntas si hacemos lo que debemos con esos niños? O sea, ¿qué habría pasado si los padres de esas iguanas les hubiesen dicho, «no, no puedes comer eso del mar. Vuelve a los árboles, que es tu sitio.»?

Joan tenía los ojos cerrados.

—¿Piensas que deberíamos dejar que los niños evolucionaran, como las iguanas?

—Bueno, igual sí.

—Para que los descendientes de un puñado de chicos pudieran adaptarse, la mayoría tendría que morir. Me temo que los humanos carecemos de la flexibilidad moral necesaria para sentarnos de brazos cruzados y dejar que eso ocurra. Pero si llega el día en que no podamos ayudarlos... bueno, entonces será el momento de que papá Darwin se haga cargo. —Joan se encogió de hombros—. Se adaptarían, eso es seguro. Pero el resultado no tendría por qué parecerse a nosotros. Para sobrevivir aquí, los cormoranes tuvieron que perder la capacidad de volar, quizá el más precioso de todos los dones. Me pregunto lo que perderíamos nosotros... Por supuesto, todo esto son prejuicios míos. Quizá sea mejor pensar que, por muy duro que nos parezca el proceso evolutivo, tal vez alumbrase la aparición de algo mucho mejor que nosotros mismos, ¿no?

Lucy le cogió la mano.

—Madre, tengo que decírtelo: tu visión del mundo es totalmente atea.

Joan se apartó un poco.

—Ah. Sabía que llegaría este día. Así que ya has descubierto al gran Ju-ju del cielo.

Lucy se puso a la defensiva.

—Tú eres la que siempre me ha animado a leer. Lo que pasa es que me cuesta creer que Dios no sea otra cosa que una construcción antropomórfica. O que este mundo sea solo... una vasta máquina que devora a nuestros hijos como si fueran un puñado de algas en un plato.

—Bueno, puede que haya lugar para Dios. Pero, ¿qué clase de Dios estaría interviniendo constantemente? ¿No crees que la historia es maravillosa por sí sola?

»Míralo de este modo. Piensa en tus abuelas. En cada generación tienes muchos antepasados, pero solo una abuela materna. Así que hay una cadena molecular que llega hasta nosotras desde el pasado más profundo. Tienes diez millones de abuelas, Lucy. Desde que ese cometa aniquiló a los dinosaurios y les dio a aquellos pequeños y furtivos mamíferos su primera oportunidad, diez millones. Imagínate que estuvieran todas en fila, una detrás de otra, tu abuela detrás de su madre y la madre de esta detrás...

«Rostros humanos al principio, sí. —Entre aquellos rostros estarían las discípulas de Madre, antepasados del pueblo africano del que Joan descendía. Y si Lucy hubiera podido seguir la pista al linaje europeo de su padre hasta el principio, habría visto, entre los rostros cambiantes, al de Juna de Cata Huuk, y un poco más allá, el de Jahna, la chica que había conocido al último neandertal, descendientes a su vez del grupo de Madre —. Pero entonces —dijo Joan—, entonces empezarías a ver cambios sutiles, de generación en generación. Gradualmente, su mirada perdería la luz del entendimiento. Implosiones: una frente en retroceso, un cuerpo menguante, rostros simiescos y por fin, el gran rediseño anatómico, hasta que volvieras a ver a las criaturas de grandes ojos que vivían en los árboles: y más allá. Menguando y encogiéndose cada vez más, ojos más grandes, mentes más simples... —El último antepasado común de los humanos y las demás especies de homínidos, el neandertal, se encontraba a un cuarto de millón de años de distancia. Más allá, la brillante línea pasaba por Lejos y su hermoso pueblo erguido, y luego por los pitecinos, hasta el bosque de Capo, y más allá, hasta Purga, quien corría entre las patas de los dinosaurios a la luz de un cometa—. Y sin embargo —dijo Joan—, cada uno de aquellos diez millones de animales, carentes la gran mayoría de ellos de la

facultad del raciocinio, uno detrás de otro como secuencias de una película, es tu antepasado. Pero nunca llegaste a conocerlos, Lucy, y nunca los conocerás. Ni siquiera a mi madre, tu abuela. Porque todas han desaparecido, han muerto, están enterradas en la tierra: «No tiene ya movimiento, ni fuerza / Ni oye ni ve / Rueda en el diurno curso de la Tierra / con rocas y piedras y árboles».

Lucy dijo con sequedad:

—Wordsworth, ¿no? Otra persona muerta.

—Desgraciadamente, el mundo está lleno de personas muertas. Esa es nuestra historia. Pero, en lo que he podido entrever de gran mecanismo que nos ha moldeado a todos, me ha parecido detectar la acción de algo trascendente. No necesito más Dios que ese. —Suspiró—. Por supuesto, estas son cosas que tendrás que decidir por ti misma... y eso es lo divertido del asunto.

—Mamá, ¿tú has sido feliz?

Joan frunció el ceño.

—Nunca me habías preguntado algo así.

Lucy guardó silencio. No quería desviarse del tema.

Joan lo pensó.

Como todas sus antepasadas, había emergido de las profundidades del tiempo. Pero a diferencia de muchas de ellas, había podido asomarse a los abismos oscuros que rodeaban su existencia. Había llegado a saber que sus antepasados eran completamente diferentes a cualquier cosa que hubiera sobre la faz de la Tierra y que nada como ella sobreviviría en el futuro lejano. Pero sabía también que la vida continuaría —si no su vida, si no aquella vida— mientras existiera la Tierra y puede que más aún. Y eso tendría que haber bastado para cualquiera.

—Sí —le dijo a su hija, y la abrazó—. Sí, mi amor. He sido feliz...

Lucy la silenció con un gesto. Joan lo oyó también: un crujido, un llanto apagado. Se asomaron sobre la roca.

La red había atrapado a una niña pequeña. No debía de tener más de cinco años, estaba desnuda, tenía el pelo enmarañado y lloraba porque no era capaz de alcanzar el plato de verduras que Joan había dejado allí.

Joan y Lucy salieron de su escondite. La niña se encogió.

Cautelosamente, con las manos abiertas, pasos medidos y palabras tranquilizadoras, se aproximaron a la niña salvaje. Se quedaron allí hasta que se calmó. Entonces, delicadamente, empezaron a quitarle la red.

OceanofPDF.com

«Hay grandiosidad en esta visión de la vida (...) que (...) de tan simple principio evolucionaron, y aún evolucionan, un sinfín de formas bellísimas y maravillosas».

—Charles Darwin, *op. cit.*

OceanofPDF.com

Esto es una novela. He tratado de dramatizar la gran historia de la evolución del hombre, no de definirla; confío en que la historia sea plausible, pero no debe leerse como si fuera un manual. Gran parte de lo que se dice en ella se basa en reconstrucciones hipotéticas del pasado llevadas a cabo por expertos en el campo. En muchos casos, me he decantado por la idea que me parecía más plausible o excitante entre varias diferentes. Pero parte de lo escrito se basa en mis propias especulaciones.

Le estoy profundamente agradecido a Eric Brown, quien se prestó amablemente a criticar el manuscrito. Asimismo, los profesores Jack Cohen e Ian Stewart, de la universidad de Warwick, me prestaron generosamente parte de su tiempo para sustentar con sus conocimientos de expertos mi visión de lego. También le estoy muy agradecido a Simon Spanton, por su ayuda y apoyo más allá del deber editorial. Y, por supuesto, cualquier error que conserve el manuscrito es de mi exclusiva responsabilidad.

Stephen Baxter,
Great Misseden, mayo de 2002

OceanofPDF.com